

MARCEL PROUST

En Busca del Tiempo Perdido

IV

SODOMA  
Y GOMORRA



SANTIAGO RUEDA - EDITOR  
BUENOS AIRES

<https://onemorelibrary.com>

---

# **En busca del tiempo perdido**

## **IV**

### **Sodoma y Gomorra**

**Marcel Proust**

---

Santiago Rueda, Buenos Aires, 1927

# Primera parte

## Capítulo único

Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de los habitantes de Sodoma que fueron perdonados por el fuego del cielo.

*La femme aura Gomorrhe  
et l'homme aura Sodome.*

**Alfred de Vigny**

Mucho antes de hacer a los duques la visita que acabo de contar (el día de la fiesta de la princesa de Guermantes) estuve al cuidado de su regreso y, en la espera, hice un descubrimiento especialmente relacionado con monsieur de Charlus, pero tan importante en sí mismo que he ido aplazando su relato hasta ahora, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión que quería darle. Como dije, había dejado el maravilloso punto de vista, tan confortablemente dispuesto en el piso alto de la casa, desde donde se dominan las accidentadas cuestas que llevan hasta el hotel de Bréquigny y en las que el campanile rosa de la cochera perteneciente al marqués de Frécourt pone una alegre decoración a la italiana. Cuando yo creía que los duques estaban a punto de llegar, me parecía más práctico apostarme en la escalera. Echaba un poco de menos las alturas. Pero a aquella hora, que era la del almuerzo, la añoranza era menor, pues no hubiera visto, como por la mañana, los minúsculos personajes de cuadro en que la distancia convertía a los criados del hotel de Bréquigny subiendo lentamente la abrupta cuesta, con un plumero en la mano, entre las grandes placas de transparente mica que tan graciosamente se destacaban sobre los contrafuertes rojos. Ya que no la contemplación del geólogo, tenía yo por lo menos la del botánico y miraba por las ventanas de la escalera el pequeño arbusto de la duquesa y la planta preciosa expuestos en el patio con esa insistencia que se pone en hacer salir a los jóvenes casaderos, y me preguntaba si, por un azar providencial, vendría el improbable insecto a visitar al pistilo ofrecido y desdeñado. Como la curiosidad me fuera enardeciendo, bajé hasta la ventana de la planta baja, abierta también, con los postigos a medio cerrar. Oía muy bien a Jupien, que se disponía a salir

y que no podía descubrirme detrás de mi cortina, sin moverme hasta que me eché a un lado bruscamente por miedo de que me viera monsieur de Charlus, el cual iba a visitar a madame de Villeparisis y, en aquel momento, atravesaba despacio el patio, barrigudo, envejecido por la luz del mediodía, agrisado el pelo. Había sido necesaria una indisposición de madame de Villeparisis (consecuencia de la enfermedad del marqués de Fierbois, con el que monsieur de Charlus estaba a matar) para que hiciese una visita, acaso por primera vez en su vida, a semejante hora. Pues con aquella singularidad de los Guermantes, que, en lugar de amoldarse ellos a la vida mundana, la adaptaban a sus costumbres personales (no mundanas, pensaban ellos, y dignas, por tanto, de que se humillara ante ellas esa cosa sin valor, la mundanidad —y, así, madame de Marsantes no tenía un día fijo para recibir, sino que recibía a sus amigas todas las mañanas de diez a doce—), el barón, dedicando ese tiempo a la lectura, a la búsqueda de viejos cachivaches, etc., no hacía jamás una visita sino entre las cuatro y las seis de la tarde. A las seis iba al Jockey o a pasear al Bois.

Pasado un momento, hice otro movimiento de retroceso para que no me viera Jupien; se le acercaba la hora de ir al taller, de donde no volvía hasta la noche, y eso no siempre desde que, hacía una semana, se había ido con sus aprendizas a la casa de campo de una clienta para terminarle un vestido. Después, dándome cuenta de que no podía verme nadie, decidí no molestarme, por miedo de perder, si el milagro había de producirse, la llegada, casi imposible de esperar (a través de tantos obstáculos, de distancia, de avatares contrarios, de peligros), del insecto enviado desde tan lejos como embajador a la virgen que llevaba tanto tiempo esperando. Yo sabía que esta espera no era más pasiva que la de la flor macho, cuyos estambres se habían apartado espontáneamente para que el insecto pudiera recibirla mejor; de la misma manera, la flor hembra que estaba aquí, si el insecto venía arquearía coquetonamente sus «estilos», y para que la penetrara mejor, le haría imperceptiblemente, como una jovencuela hipócrita pero ardiente, la mitad del camino. Las leyes del mundo vegetal están regidas a su vez por leyes cada vez más altas. Si para fecundar una flor se requiere generalmente la visita de un insecto, es decir, el transporte de una semilla de una flor por ella misma, como los matrimonios repetidos en una misma familia, determinaría la degeneración y la esterilidad, mientras que el crecimiento operado por los insectos da a las generaciones siguientes de la misma especie un vigor que no tuvieron sus

mayores. Pero este impulso puede resultar excesivo, puede desarrollarse la especie desmesuradamente; entonces, como una antitoxina defiende de la enfermedad, como el tiroides detiene nuestra obesidad, como la derrota castiga nuestro orgullo, la fatiga el placer, y como el sueño nos descansa a su vez de la fatiga, así un acto excepcional de autofecundación viene en el momento oportuno a apretar el tornillo, a echar el freno, a hacer que vuelva a la norma la flor que se había salido demasiado de ella. Mis reflexiones habían seguido una pendiente que describiré más adelante y había sacado ya del aparente ardid de las flores una consecuencia sobre toda una parte inconsciente de la obra literaria, cuando vi a monsieur de Charlus que salía de casa de la marquesa. Sólo hacía unos minutos que había entrado. Quizá se había enterado por ella misma, o solamente por un criado, de la gran mejoría o más bien de la curación total de lo que no había sido más que un pasajero malestar. En aquel momento en que creía que nadie le miraba, monsieur de Charlus, los párpados cerrados contra el sol, había aflojado en su semblante aquella tensión, amortiguado aquella vitalidad ficticias que sostenían en él la animación de la charla y la fuerza de voluntad. Pálido como el mármol, gruesa la nariz, sus finos rasgos no recibían ya de una mirada enérgica un significado diferente que alterase la belleza de su modelo; ya no era más que un Guermantes, parecía ya su estatua, él, Palaméde XV, en la capilla de Combray. Pero aquellos rasgos generales de toda una familia adquirirían, sin embargo, en el rostro de monsieur de Charlus, una finura más espiritualizada, sobre todo más suave. Yo lamentaba por él que adulterara habitualmente con tantas violencias, con desagradables rarezas, cominerías, dureza, susceptibilidad y arrogancia, que escondiera bajo una brutalidad postiza la dulzura, la bondad que yo veía expandirse inocentemente en su rostro al salir de casa de madame de Villeparisis. Guiñando los ojos contra el sol, parecía casi sonreír, y yo encontraba en su rostro, visto así, descansado y como al natural, algo tan afectuoso, tan inerte, que no pude menos de pensar que si monsieur de Charlus se diera cuenta de que le miraban le daría mucha rabia; pues aquel hombre tan entusiasta de la virilidad, aquel hombre que tanto presumía de virilidad, aquel hombre al que todo el mundo le parecía odiosamente afeminado, me hacía pensar de pronto en una mujer: hasta tal punto tenía pasajeramente los rasgos, la expresión, la sonrisa de una mujer.

Iba a esconderme mejor para que no pudiera verme; pero no me dio tiempo, ni fue necesario. ¡Qué vi! Frente a frente, en aquel patio donde

seguramente no se habían encontrado nunca (pues monsieur de Charlus no iba al hotel Guermantes más que por las tardes, a las horas en que Jupien estaba en el taller), el barón, que de pronto abrió mucho los ojos medio cerrados, miraba con atención suma al antiguo chalequero en el umbral de su tienda, mientras éste, súbitamente clavado en el sitio ante monsieur de Charlus, como si hubiera echado raíces, contemplaba maravillado la barriga del envejecido barón. Pero lo más curioso fue que, al cambiar la actitud de monsieur de Charlus, la de Jupien se puso inmediatamente a tono con ella, como obedeciendo a las leyes de un arte secreto. El barón, que intentaba ahora disimular la impresión sentida, pero que, a pesar de su afectada indiferencia, parecía alejarse de mala gana, iba, venía, miraba al vacío de la manera que él creía más favorable a la belleza de sus pupilas, tomaba un aire fatuo, desdeñoso, ridículo. Y Jupien, abandonando por su parte el aire humilde y bueno que yo le había conocido siempre, levantaba la cabeza —en perfecta simetría con el barón— adoptaba un porte digno, apoyaba, con grotesca impertinencia el puño en la cadera, sacaba el trasero, tomaba posturas con la coquetería que hubiera podido tener la orquídea ante el moscardón providencialmente aparecido. Yo no sabía que pudiera tener un aire tan antipático. Pero ignoraba también que fuera capaz de representar de improviso su papel en aquella especie de escena de dos mudos que, aunque fuera la primera vez que Jupien se encontraba en presencia de monsieur de Charlus, parecía ensayada durante mucho tiempo; no se llega espontáneamente a esta perfección más que cuando se encuentra en el extranjero a un compatriota, pues entonces el acoplamiento se produce solo, la interpretación es idéntica y la escena prevista, aunque los personajes no se hayan visto nunca.

Por lo demás, esta escena no era positivamente cómica, había en ella algo extraño, o, si se quiere, una naturalidad cuya belleza iba en aumento. Por más que monsieur de Charlus se esforzara en tomar un aire indiferente, en bajar distraídamente los párpados, de vez en cuando los alzaba y le echaba a Jupien una mirada atenta. Pero (seguramente porque pensaba que una escena como aquella no se podía prolongar indefinidamente en aquel lugar, bien por las razones que se comprenderán más adelante, bien por ese sentimiento de la brevedad de todas las cosas que mueve a que cada golpe dé en el blanco, y que hace tan emocionante el espectáculo de todo amor), cada vez que monsieur de Charlus miraba a Jupien se las arreglaba para que a su mirada acompañara una palabra, lo

que la hacía sobremanera diferente de las miradas habitualmente dirigidas a una persona a la que se conoce poco o nada; miraba a Jupien con esa especial fijeza de alguien que nos va a decir: «Perdone la indiscreción, pero lleva usted pegado a la espalda un hilo blanco», o bien: «Creo que no me equivoco: usted debe de ser también de Zurich, me parece que le he visto muchas veces en la tienda de antigüedades». Una pregunta así parecía dirigir intensamente, cada dos minutos, la ojeada de monsieur de Charlus, como esas frases interrogativas de Beethoven, repetidas indefinidamente, a intervalos iguales, y destinadas con un lujo exagerado de preparaciones a dar paso a un nuevo motivo, a un cambio de tono, a una nueva salida a escena. Pero, precisamente, la belleza de las miradas de monsieur de Charlus y de Jupien estaba, por el contrario, en que, provisionalmente al menos, aquellas miradas no parecían destinadas a dar paso a nada. Aquella belleza era la primera vez que yo veía al barón y a Jupien manifestarla. En los ojos del uno y del otro se acababa de abrir el cielo, no ya de Zurich, sino de alguna ciudad oriental cuyo nombre no había yo adivinado aún. Fuere cual fuere el punto que pudiera retener a monsieur de Charlus y al chalequero, parecía que habían llegado a entenderse y que aquellas inútiles miradas no eran sino preludios rituales, algo así como las fiestas que se dan antes de una boda convenida. Más cerca todavía de la naturaleza —y la misma multiplicidad de las comparaciones es aún más natural, porque un mismo hombre, si se le mira durante unos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro, un hombre-pep, un hombre-insecto—, parecían dos pájaros, macho y hembra, intentando el macho avanzar, no respondiendo ya la hembra —Jupien— con ninguna señal a este manejo, pero mirando a su nuevo amigo sin extrañeza, con una fijeza atenta, considerada sin duda más turbadora y la única útil, desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos, y limitándose a alisarse las plumas. Finalmente, no pareció que la indiferencia de Jupien le bastara; de la seguridad de haber conquistado a hacerse perseguir y desear no había más que un paso, y Jupien, decidiéndose a marcharse a su trabajo, tomó por la puerta cochera. Pero sólo después de volver dos o tres veces la cabeza salió a la calle, adonde el barón, temblando de perder la pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar un «adiós» al portero, que, medio borracho y atendiendo a unos invitados en la antecocina, ni siquiera le oyó), se lanzó muy de prisa a su alcance. En el mismo momento en que monsieur de Charlus cruzó la



puerta silbando como un moscardón, otro, éste de verdad, entraba en el patio. ¿No sería el que la orquídea esperaba desde hacía tanto tiempo y que venía a traerle ese polen tan raro sin el cual continuaría virgen? Pero no seguía las maniobras del insecto, porque a los pocos minutos, Jupien, solicitando más mi atención (acaso para recoger un paquete que se llevó después y que, en la emoción que le produjo la aparición de monsieur de Charlus, había olvidado, o quizá sencillamente por una razón más natural), volvió, seguido del barón. El cual, decidido a cortar por lo sano, pidió fuego al chalequero, pero rectificó en seguida: «Le pido fuego, pero he olvidado los cigarros». Las leyes de la hospitalidad vencieron a las leyes de la coquetería. «Entre, se le dará todo lo que quiera», dijo el chalequero, en cuyo rostro la alegría sustituyó al desdén. La puerta de la tienda se cerró tras ellos y ya no pude oírles. Había perdido de vista al moscardón, y no sabía si era él el insecto que esperaba la orquídea, pero ya no dudaba que se diera, para un insecto tan raro y una flor cautiva, la posibilidad milagrosa de ayuntarse, cuando monsieur de Charlus (simple comparación para los azares providenciales, cualesquiera que sean, y sin la menor pretensión científica de identificar ciertas leyes de la botánica con lo que, muy mal llamado, se llama a veces homosexualidad), que, desde hacía años, no venía a aquella casa más que a las horas en que Jupien no estaba en ella, había encontrado al chalequero y, con él, la buena suerte reservada a los hombres del tipo del barón por uno de esos seres que hasta pueden ser, como veremos, infinitamente más jóvenes que Jupien y más hermosos, el hombre predestinado para que a aquéllos les toque su parte de placer en este mundo: el hombre al que sólo le gustan los señores viejos.

Pero lo que aquí acabo de decir es lo que no iba a comprender sino pasados unos minutos: tanto se adhieren a la realidad esas propiedades de ser invisible, hasta que una circunstancia la despoja de ellas. En todo caso, yo estaba, por el momento, muy contrariado por no oír ya la conversación del antiguo chalequero y del barón. Entonces me fijé en la tienda que estaba para alquilar, separada de la de Jupien sólo por un tabique muy delgado. Para ir a ella, no tenía más que subir a nuestro piso, ir a la cocina, bajar la escalera de servicio hasta las bodegas, seguirlas interiormente a todo lo largo del patio y, al llegar al lugar del sótano donde, hasta hacía unos meses, serraba el ebanista sus maderas, donde Jupien pensaba meter el carbón, subir los pocos escalones que conducían al interior de la tienda.

Todo el camino lo haría así a cubierto, sin que nadie me viera. Era el medio más prudente. Pero no fue el que seguí, sino que, pegado a las paredes, di la vuelta al patio por fuera, procurando que no me vieran. No me vieron, y creo que gracias a la casualidad más bien que a mi prudencia. Y en el hecho de haber tomado un partido tan imprudente, cuando el camino por la bodega era tan seguro, veo yo tres razones posibles, suponiendo que haya alguna. En primer lugar mi impaciencia. Quizá más un oscuro recuerdo de la escena de Montjouvain, escondido frente a la ventana de mademoiselle Vinteuil. En realidad, estas cosas a las que asistí tuvieron siempre, en el mismo escenario, el carácter más imprudente y el menos verosímil, como si revelaciones tales debieran ser la recompensa de un acto lleno de peligros, aunque clandestino en parte. En fin, apenas me atrevo, por su carácter de niñería, a declarar la tercera razón, que fue, estoy seguro, inconscientemente determinante. Desde que, para seguir —y ver cómo se desmentían— los principios militares de Saint-Loup, seguí con gran detalle la guerra de los Bóers, me había puesto a leer antiguos relatos de exploraciones, de viajes. Estos relatos me apasionaban y los aplicaba a la vida corriente para darme más valor. Cuando alguna crisis me obligaba a quedarme varios días y varias noches seguidas no sólo sin dormir, sino sin acostarme, sin beber y sin comer, en el momento en que el agotamiento y el sufrimiento llegaban a tal punto que perdía la esperanza de salir nunca de aquel trance, pensaba en algún viajero arrojado a la arena, envenenado con hierbas malsanas, tiritando de fiebre en sus ropas mojadas por el mar, y que, sin embargo, se sentía mejor al cabo de dos días, encontraba casualmente el camino en busca de habitantes, los que fueran, quizás antropófagos. Su ejemplo me tonificaba, me devolvía la esperanza y me avergonzaba de haber tenido un momento de desaliento. Pensando en los Bóers, que, frente a los ejércitos ingleses, no temían exponerse cuando, para llegar a una espesura, había que atravesar a campo raso, me decía: «Estaría bueno que fuera yo más pusilánime cuando el teatro de operaciones es solamente nuestro propio patio y cuando, yo que me he batido varias veces en duelo sin ningún miedo en el momento del asunto Dreyfus, la única espada que tengo que temer es la de la mirada de los vecinos que tienen más que hacer que mirar al patio».

Pero cuando llegué al taller, evitando hacer crujir el suelo, pues me daba cuenta de que el menor crujido en el de Jupien se oía en el mío, pensé

en lo imprudentes que habían sido Jupien y monsieur de Charlus y en lo bien que les había servido la suerte.

No me atrevía a moverme. El palafranero de los Guermantes, sin duda aprovechando la ausencia de éstos, había llevado a la tienda en que yo me encontraba una escalera que había estado hasta entonces en la cochera. Y si hubiera subido por ella habría podido abrir el ventanillo y oír como si me encontrara en la casa misma de Jupien. Pero tenía miedo de hacer ruido. De todos modos hubiera sido inútil. Ni siquiera tuve que lamentar no haber llegado a mi taller hasta pasados unos minutos. Pues, por lo que oí al principio en el de Jupien, y que no fue más que sonidos inarticulados, supongo que pocas palabras se dijeron. Verdad es que aquellos sonidos eran tan violentos que, de no repetirse sucesivamente y cada vez una octava más alto en quejido paralelo, habría podido yo creer que una persona estaba degollando a otra muy cerca de mí y que, después, el homicida y su víctima resucitada tomaban un baño para borrar las huellas del crimen. Posteriormente llegué a la conclusión de que hay una cosa tan estrepitosa como el dolor, y es el placer, sobre todo cuando va acompañado —a falta del miedo a tener niños, y aquí no era el caso, a pesar del ejemplo poco probatorio de la leyenda dorada— de los cuidados inmediatos de limpieza. Por fin, pasada una media hora (durante la cual yo me había encaramado a paso de lobo en mi escalera para mirar por el ventanillo sin abrirlo), se inició una conversación. Jupien rechazaba enérgicamente el dinero que monsieur de Charlus quería darle.

A la media hora salió monsieur de Charlus.

—¿Por qué lleva la barbilla afeitada? —le dijo, zalamero, Jupien—. ¡Hace tan bien una hermosa barba!

—¡Quita allá, es una porquería! —replicó el barón.

Remoloneaba aún en el umbral de la puerta, preguntando a Jupien cosas sobre el barrio.

—¿No sabes nada del castaño de la esquina, no el de la izquierda, eso es un horror, sino del lado de los pares, un gran mozo muy moreno? Y el boticario de enfrente tiene un ciclista muy majo que lleva las medicinas.

Sin duda estas preguntas amoscaron a Jupien, pues, irguiéndose con la rabia de una gran coqueta traicionada, contestó:

—Ya veo que tiene un corazón de alcachofa.

Este reproche, proferido en un tono dolido, glacial y amanerado, debió de hacer mella en monsieur de Charlus, quien, para borrar la mala

impresión que su curiosidad había producido, hizo a Jupien, en voz demasiado baja para que yo pudiera distinguir bien las palabras, una proposición que seguramente requería una prolongación de la estancia en la tienda y que halagó al chalequero lo bastante para borrar su disgusto, pues miró al barón a la cara, gruesa y congestionada bajo el pelo gris, con la expresión beatífica del amor propio profundamente halagado. Y, decidiéndose a conceder a monsieur de Charlus lo que acababa de pedirle, Jupien, previas unas palabras nada elegantes, como «¿tienes una bofetada!...», dijo al barón con gesto sonriente, emocionado, superior y agradecido:

—¡Bueno, está bien, chiquillote!

—Si vuelvo al conductor de tranvía —insistió con tenacidad monsieur de Charlus— es porque, aparte de todo, la cosa podría tener algún interés para la vuelta. A veces, como el califa que recorría Bagdad detrás de un simple mercader, sigo a alguna curiosa personilla cuya silueta me hace gracia.

Hice aquí la misma observación que había hecho sobre Bergotte. Si alguna vez tuviera que contestar ante un tribunal, usaría, no las frases adecuadas para convencer a los jueces, sino esas frases bergottescas que su particular temperamento literario le sugería naturalmente y que gustaba de emplear. Análogamente, monsieur de Charlus usaba con el chalequero el mismo lenguaje que hubiera usado con la gente de su mundo y de su camarilla, exagerando hasta sus tics, bien porque la timidez contra la que se esforzaba en luchar le llevara a un excesivo orgullo, bien porque, impidiéndole dominarse (pues nos turbamos más ante quienes no son de nuestro medio), le obligara a descubrir, a poner al desnudo su naturaleza, que era en realidad orgullosa y un poco extravagante, como decía madame de Guermentes.

—Para no perder su pista —continuó—, salto como un profesorcillo, como un médico joven y guapo, al mismo tranvía que la modesta persona, de la que hablamos en femenino para seguir la regla (como se dice de un príncipe: ¿Está satisfecha Su Alteza?). Si cambia de tranvía, yo tomo, quizá con los microbios de la peste, esa cosa increíble que se llama «correspondencia», un número, y que, aunque me lo entregan a mí, ¡no siempre es el número 1! Así cambio hasta tres o cuatro veces de «coche». A veces voy a parar a las once de la noche a la estación de Orléans, y tengo que volver. ¡Y si no fuera más que a la estación de Orléans!... Pero es que,

por ejemplo, una vez no me fue posible trabar conversación antes y llegué hasta el mismo Orléans, en uno de esos horribles vagones en los que se nos ofrece como vista, entre triángulos de eso que llaman labor de malla, la fotografía de las principales obras maestras de la arquitectura de la red. No había más que un asiento libre; tenía enfrente de mí, como monumento histórico, una «vista» de la catedral de Orléans, que es la más fea de Francia, y me cansaba tanto mirarla, sin yo quererlo, como si me hubieran obligado a mirar sus torres en la bola de vidrio de esos portaplumas ópticos que dan oftalmías. Me bajé en Aubrais al mismo tiempo que mi personilla, a la que, ¡cielos!, esperaba su familia en el andén (cuando yo le suponía todos los defectos menos el de tener una familia). No me quedó más consuelo, mientras esperaba el tren para volver a París, que la casa de Diana de Poitiers. Por mucho que encantara a uno de mis antepasados regios, yo hubiera preferido una belleza más viva. Por eso, para evitar el aburrimiento de volver solo, me gustaría conocer a un mozo de los coches cama, a un conductor de ómnibus. Pero no te choque —concluyó el barón—, todo esto es cuestión de clase. Tratándose de jóvenes del gran mundo, como dicen, yo no deseo ninguna posesión física, pero no me quedo tranquilo hasta que los he tocado, no quiero decir materialmente, sino tocado su cuerda sensible. Una vez que un joven, en vez de no contestar a mis cartas, no para de escribirme, que está a mi disposición moral, me quedo satisfecho, o más bien me quedaría satisfecho si no me agarrara en seguida la preocupación por otro. Es bastante curioso, ¿verdad? A propósito de jóvenes del gran mundo, ¿no conoces a alguno?

—No, hijo mío. ¡Ah, sí!, uno moreno muy alto, con monóculo, que está siempre riéndose y volviendo la cabeza.

—No veo quién puede ser.

Jupien completó el retrato, pero monsieur de Charlus no llegaba a encontrar de quién se trataba, porque ignoraba que el antiguo chalequero era uno de esos, más numerosos de lo que se cree, que no recuerdan el color del pelo de las personas a las que conocen poco.

Mas para mí, que estaba al tanto de este defecto de Jupien y que sustituía moreno por rubio, el retrato me pareció que correspondía exactamente al duque de Châtellerault.

—Volviendo a los jóvenes que no son del pueblo —reanudó el barón—, ahora me trae loco un hombrecillo extraño, un pequeño burgués inteligente, que me trata con una incivilidad asombrosa. No tiene la menor

idea del prodigioso personaje que soy yo y del microscópico microbio que él representa. Pero qué más da; ese borriquito puede rebuznar todo lo que quiera ante mi augusto manto de obispo.

—¡Obispo! —exclamó Jupien, que no había entendido nada de las últimas frases que acababa de pronunciar monsieur de Charlus, pero que se quedó estupefacto al oír la palabra obispo—. Pero eso no pega con la religión —añadió.

—Tengo tres papas en mi familia —replicó monsieur de Charlus— y el derecho de vestir manto rojo, por un título cardenalicio, pues la sobrina de mi tío abuelo el cardenal aportó a mi abuelo el título de duque que sustituyó a aquél. Ya veo que las metáforas te dejan sordo y la historia de Francia indiferente. Por lo demás —añadió, acaso más como advertencia que como conclusión—, esa atracción que ejercen sobre mí los jóvenes que me huyen, claro que por miedo, pues sólo el respeto les cierra la boca para gritarme que me aman, requiere que sean de rango social eminente. Y, además, su fingida indiferencia puede producir, a pesar de eso, un afecto diametralmente opuesto. Neciamente prolongada, me da asco. Para poner un ejemplo en una clase que te será familiar, cuando mi hotel estaba en obra, para que no tuvieran celos entre ellas las duquesas que se disputaban el honor de poder decir que me habían tenido en su casa, fui a pasar unos días al «hotel», como dicen. Yo conocía a uno de los camareros de piso. Le indiqué a un curioso «botones» que cerraba las portezuelas y que rechazó mis proposiciones. Exasperado, para demostrarle que mis intenciones eran puras, mandé a ofrecerle una cantidad ridículamente alta por subir cinco minutos nada más que a hablar conmigo en mi cuarto. Le esperé en vano. Le tomé tal asco que salía por la puerta de servicio para no verle la cara a aquel miserable mozuelo. Después me enteré de que no había recibido ninguna de mis cartas: la primera la había interceptado el camarero, por envidia; la segunda, el conserje de día, por virtud; la tercera, el conserje de noche, porque le gustaba el «botones» y se acostaba con él a la hora en que se levantaba Diana. Pero el asco que le había tomado persistió, y ya podían traérmelo como una perdiz en bandeja de plata, que le rechazaría vomitando... Pero lo malo es que hemos pasado el tiempo hablando de cosas serias y ya no nos queda para lo que yo esperaba. Pero podrías serme muy útil, de intermediario... Bueno, no, nada más que la idea me rejuvenece y siento que nada ha terminado.

Desde que comenzó esta escena, ante mis ojos abiertos, se había producido en monsieur de Charlus una revolución tan completa, tan repentina como si le hubiera tocado una varita mágica. Hasta entonces, como yo no había comprendido, no había visto. El vicio (se habla así por comodidad de lenguaje), el vicio de cada uno le acompaña como ese genio que era invisible para los hombres mientras ignoraban su presencia. La bondad, la bellaquería, el nombre, las relaciones mundanas, no se dejan descubrir y se llevan escondidas. El propio Ulises no reconocía al principio a Atenea. Pero los dioses son inmediatamente perceptibles para los dioses, el semejante para el semejante, y así lo había sido monsieur de Charlus para Jupien. Hasta entonces yo me había encontrado ante monsieur de Charlus de la misma manera que un hombre distraído que, ante una mujer encinta en cuya cintura no ha reparado, cuando ella le repite sonriendo: «Me encuentro ahora un poco mal», se obstina en preguntarle indiscreto: «Pues ¿qué le pasa?». Pero si alguno le dice: «Está embarazada», de pronto ve el vientre y ya no verá nada más que el vientre. Es la razón que abre los ojos; un error disipado nos da un sentido más.

Las personas que no quieren poner como ejemplos de esta ley a los messieurs de Charlus que conocen, de los que, durante mucho tiempo, no habían sospechado, hasta el día en que surgen sobre la superficie lisa del individuo análogo a los demás, trazados con una tinta invisible hasta entonces, los caracteres que componen la palabra cara a los antiguos griegos, para convencerse de que el mundo que les rodea se les presenta al principio desnudo, despojado de mil ornamentos que ofrece a los mejor enterados, no tienen más que recordar cuántas veces, en la vida, han estado a punto de cometer una pifia. En el rostro privado de caracteres de este o de aquel hombre, nada podía hacernos suponer que era precisamente el hermano, o el novio, o el amante de una mujer de la que íbamos a decir: «¡Qué mula!». Pero entonces, por suerte, una palabra que le susurra un vecino corta en sus labios el término fatal. Aparecen súbitamente, como un Mané, Thécel, Pharés, estas palabras: es el novio, o es el hermano, o es el amante de esta mujer, y no está bien llamarle «mula» delante de él. Y esta sola noción nueva determinará todo un reagrupamiento, el retroceso o el avance de la fracción de las nociones, ahora ya completas, que teníamos del resto de la familia. Por más que a monsieur de Charlus se acoplara otro ser que le diferenciara de los demás hombres, como en el centauro el caballo, por más que este otro ser formara un cuerpo con el barón, yo no lo

había visto nunca. Ahora lo abstracto se había materializado, el ser al fin comprendido había perdido de pronto su poder de permanecer invisible, y la transmutación de monsieur de Charlus en una persona nueva era tan completa, que no sólo los contrastes de su cara, de su voz, sino, retrospectivamente, hasta los altibajos de sus relaciones conmigo, todo lo que hasta entonces había parecido incoherente para mi inteligencia, se tornaba ahora inteligible, resultaba evidente, como una frase que, carente de sentido mientras está descompuesta en letras dispuestas al azar, cuando los caracteres se encuentran colocados en el orden debido expresa un pensamiento que ya no podremos olvidar.

Además yo comprendía ahora por qué un momento antes, cuando vi salir a monsieur Charlus de casa de madame de Villeparisis, me pareció que tenía aires de mujer: ¡lo era! Pertenecía a la raza de esos seres, menos contradictorios de lo que parecen, cuyo ideal es viril, precisamente porque su temperamento es femenino, y que en la vida son, aparentemente al menos, como los demás hombres; donde cada uno lleva, inscrita en esos ojos a través de los cuales ve todas las cosas del universo, una silueta inscrita en la pupila, para ellos no la silueta de una ninfa, sino la de un efebo. Raza sobre la cual pesa una maldición y que tiene que vivir en la mentira y el perjurio, pues sabe que se considera punible y vergonzoso, por inconfesable, su deseo, ese deseo que constituye para toda criatura el mayor gozo de vivir; que tiene que renegar de su Dios, pues hasta los cristianos, cuando comparecen ante el tribunal como acusados, les es forzoso, ante Cristo y en su nombre, defenderse como de una calumnia de lo que es su vida misma; hijos sin madre, a la que no tienen más remedio que mentir toda la vida y hasta a la hora de cerrarle los ojos; amigos sin amistades, a pesar de todas las que inspira su encanto, frecuentemente reconocido, y que su corazón, que suele ser bueno, sentiría; pero ¿se pueden llamar amistades esas relaciones que no vegetan más que a favor de una mentira y de las que, al primer arranque de confianza y de sinceridad que se vieran tentados a tener, se verían rechazados con repugnancia, a menos que se tratara de un espíritu imparcial, incluso afín, pero que entonces, extraviado por una psicología convencional, fundará en el vicio confesado el afecto mismo que le es más ajeno, de la misma manera que algunos jueces suponen y disculpan más fácilmente el asesinato en los invertidos y la traición en los judíos por razones sacadas del pecado original y de la fatalidad de la raza? Amantes, en fin, a los que



—al menos según la primera teoría que yo esboqué entonces, que ya veremos después cómo se modifica, y en la que esto les hubiera contrariado más que nada si esta contradicción no se escondiera a sus ojos por la ilusión misma que les hacía ver y vivir—, casi siempre les está vedada la posibilidad de ese amor cuya esperanza les da la fuerza necesaria para soportar tantos riesgos y tantas soledades, pues se enamoran precisamente de un hombre que no tiene nada de mujer, de un hombre que no es invertido y que, por consiguiente, no puede amarlos; de suerte que su deseo no se vería nunca satisfecho si el dinero no les proporcionara verdaderos hombres y si la imaginación no acabara por hacerlos tomar por hombres verdaderos a los invertidos con los que se han prostituido. Sin honor sino precario, sin libertad sino provisional, hasta que se descubre el crimen, sin situación sino inestable, como en el caso del poeta festejado la víspera en todos los salones, aplaudido en todos los teatros de Londres, expulsado al día siguiente de todos los hoteles, sin encontrar una almohada donde posar la cabeza, dando vuelta a la noria como Sansón y diciendo como él:

*Les deux sexes mourront chacun de son côté;*

hasta excluidos, aparte los días de gran infortunio en que la mayoría se congrega en torno a la víctima, como los judíos en torno a Dreyfus, de la simpatía —a veces de la compañía— de sus semejantes, a los que dan la ingrata ocasión de ver lo que son ellos pintado en un espejo que ya no les favorece y acusa todas las taras que no habían querido ver en ellos mismos y que les hace comprender que lo que ellos llamaban su amor (y a lo que, jugando con la palabra, habían incorporado, por sentido social, todo lo que la poesía, la pintura, la música, la caballería, el ascetismo, han podido añadir al amor) nace no de un ideal de belleza que ellos han elegido, sino de una enfermedad incurable; también como los judíos (excepto algunos que no quieren tratar más que a los de su raza y tienen siempre en la boca las palabras rituales y las chanzas consagradas), huyendo unos de otros, buscando a los más opuestos a ellos, a los que no quieren nada con ellos, perdonando sus sofiones, embelesándose con sus complacencias; pero igualmente confinados con sus semejantes por el ostracismo que los condena, por el oprobio en que han caído, y así han acabado por adquirir,

por una persecución semejante a la de Israel, los caracteres físicos y morales de una raza, bellos a veces, a veces horribles, encontrando un alivio (a pesar de todas las burlas con que el más mezclado, el mejor asimilado a la raza adversa y por ello relativamente menos invertido, en apariencia, fustiga al que sigue siéndolo más) en el trato de sus semejantes, y hasta un apoyo en su existencia, tanto que, aun negando que sean una raza (cuyo nombre es la mayor injuria), a los que llegan a ocultar que lo son los desenmascaran de buena gana, más que por perjudicarlos, lo que tampoco les disgusta, por disculparse, y así van a buscar la inversión como un médico la apendicitis, hasta en la historia, complaciéndose en recordar que Sócrates era uno de ellos, como los israelitas dicen de Jesús que era judío, sin pensar que no había anormales cuando la homosexualidad era la norma, que no había anticristianos antes de Cristo, que el delito lo crea el oprobio, porque no permite subsistir sino a los que eran refractarios a toda predicación, a todo ejemplo, a todo castigo, en virtud de una disposición innata tan especial que repugna más a los demás hombres (aunque pueda ir acompañada de altas cualidades morales) que algunos vicios opuestos, como el robo, la crueldad, la mala fe, mejor comprendidos y por tanto más disculpados por la generalidad de los hombres; formando una masonería mucho más extendida, más eficaz y menos señalada que la de las logias, porque se funda en una identidad de gustos, de necesidades, de costumbres, de peligros, de aprendizaje, de saber, de tráfico, de glosario, y en la que los propios miembros que desean no conocerse se reconocen inmediatamente por signos naturales o convencionales, involuntarios o deliberados, que descubren a uno de sus semejantes al mendigo en el gran señor al que cierra la portezuela del coche, al padre en el novio de su hija, al que había querido curarse, confesarse, al que tenía que defenderse, en el médico, en el sacerdote, en el abogado a quien han ido a buscar; todos obligados a proteger su secreto, pero con su parte en un secreto de los demás que el resto de la humanidad no sospecha y que hace que, a ellos, las más inverosímiles novelas de aventuras les parezcan verdaderas; pues, en esta vida de un novelesco anacrónico, el embajador es amigo del forzado; el príncipe, con cierta libertad de movimientos que da la educación aristocrática y que un trémulo pequeño burgués no tendría, al salir de casa de la duquesa se va a departir con el apache; parte reprobada de la colectividad humana, pero parte importante, presunta allí donde no está, ostentada, insolente, impune

allí donde no es adivinada; con adeptos por doquier, en el pueblo, en el ejército, en el templo, en el presidio, en el trono; viviendo, en fin, al menos una gran parte, en la intimidad afectuosa y peli grosa con los hombres de la otra raza, provocándolos, jugando con ellos a hablar de su vicio como si no fuera suyo, juego que resulta fácil por la ceguera o la falsedad de los otros, juego que se puede prolongar durante años hasta el día del escándalo en que esos domadores son devorados; obligados hasta entonces a ocultar su vida, a apartar sus miradas de allí donde quisieran fijarse, a fijarlas allí de donde quisieran apartarse, a cambiar el género de muchos adjetivos en su vocabulario, imposición social ligera después de la coacción interior que su vicio, o lo que, impropriamente, así se llama, les impone no ya ante los demás, sino ante sí mismos, y de manera que a ellos mismos no les parezca un vicio. Pero algunos, más prácticos, más impacientes, que no tienen tiempo de ir a hacer su trato y de renunciar a la simplificación de la ida y a la economía de tiempo que puede resultar de la cooperación, se han agenciado dos sociedades, la segunda de las cuales está constituida exclusivamente por seres semejantes a ellos.

Esto resalta en los que son pobres y en los que llegan de provincias, sin relaciones, sin nada más que la ambición de llegar a ser un día médico o abogado famoso, con un espíritu vacío todavía de opiniones y un cuerpo sin maneras con las que esperan adornarle muy pronto, igual que comprarían para su pequeña habitación del Barrio Latino unos muebles a imitación de los que vieran en las casas de los que ya han «llegado» en esa profesión útil y seria que ellos van a emprender con la intención de ser en ella ilustres; en ellos, su gusto especial, heredado sin quererlo, como se heredan las disposiciones para el dibujo, para la música, la propensión a la ceguera, es quizá la única originalidad vivaz, despótica —y que una noche les obliga a faltar a una reunión útil para su carrera con unas gentes de quienes, por lo demás, adoptan las maneras de hablar, de pensar, de vestirse, de peinarse. En su barrio, donde, aparte esto, frecuentan solamente a condiscípulos, profesores o algún compatriota «llegado» y protector, no han tardado en descubrir otras personas hacia ellos atraídas por el mismo especial gusto, como en una ciudad pequeña se aproximan y amistan el profesor de segunda enseñanza y el notario porque a los dos les gusta la música de cámara o los marfiles medievales; aplicando al objeto de su distracción el mismo instinto utilitario, el mismo espíritu profesional que les guía en su carrera, lo ponen en reuniones donde ningún

profano es recibido, como no lo es en las de aficionados a las tabaquerías antiguas, a las estampas japonesas, a las flores raras, y donde, por el gusto de aprender, por la utilidad de los intercambios y el temor a la competencia, reinan a la vez, como en una bolsa de filatelia, la estrecha camaradería de los especialistas y las feroces rivalidades de los coleccionistas. Por lo demás, en el café donde tienen su mesa, nadie sabe qué reunión es ésta, si es de una sociedad de pesca, de secretarios de redacción o de hijos del departamento del Indre: tan correcta es su traza, tan fría y reservada su actitud, de tal manera no se atreven a mirar sino a hurtadillas a los jóvenes de moda, a los jóvenes «leones» que, a pocos metros de distancia, hacen ostentación de sus queridas, y entre los cuales los que admiran sin atreverse a levantar los ojos sólo pasados veinte años, cuando unos estarán en vísperas de ingresar en una academia y otros serán unos viejos de casino, se enterarán de que el más seductor, ahora un grueso y encanecido Charlus, era en realidad de los suyos, pero en otro mundo, bajo otros símbolos exteriores, con signos extraños cuya diferencia les indujo a error. Pero las agrupaciones son más o menos avanzadas; y así como la «Unión de Izquierdas» difiere de la «Federación Socialista» y esta o la otra sociedad de música mendelssohniana de la Schola Cantorum, así, algunas noches, en una mesa, hay extremistas que se dejan poner una pulsera en el puño, un collar en el escote del cuello abierto, o, con sus miradas insistentes, con sus zureos, con sus risas, con sus caricias entre ellos, fuerzan a salir corriendo a una banda de colegiales, y son servidos, con una cortesía bajo la que fermenta la indignación, por un camarero que, como las noches en que sirve a los dreyfusistas, quisiera ir a buscar a la policía si no le conviniera más embolsarse las propinas.

A estas organizaciones profesionales opone el espíritu la preferencia por los solitarios, y sin muchos artificios por una parte, puesto que en esto no hace más que imitar a los propios solitarios que creen que nada hay más diferente del vicio organizado que lo que a ellos les parece un amor incomprendido, con cierto artificio sin embargo, pues estas diferentes clases responden, tanto como a tipos psicológicos diversos, a momentos sucesivos de una evolución psicológica o simplemente social. Y es muy raro, en realidad, que, un día u otro, no vengán los solitarios a incorporarse a tales asociaciones, a veces por simple cansancio, por comodidad (como acaban los más recalcitrantes por instalar en su casa el teléfono, por recibir a los Iena o por comprar en Potin). Por lo demás, son,

generalmente, bastante mal recibidos, pues, en su vida relativamente pura, la falta de experiencia, la saturación por ensimismamiento a que han quedado reducidos, han marcado con más fuerza en ellos esos caracteres especiales de afeminamiento que los profesionales han procurado borrar. Y hay que reconocer que en algunos de estos recién llegados, la mujer no está ya unida al hombre sólo interiormente, sino horriblemente visible, agitados como están en un espasmo histérico por una risa aguda que les convulsiona las rodillas y las manos, no pareciéndose a la generalidad de los hombres más de lo que se parecen esos monos de ojos melancólicos y ojerosos, de pies prensiles, que visten de smoking y llevan una corbata negra; de suerte que el trato con estos nuevos reclutas es considerado, y por otros menos castos, comprometedor, y resulta difícil su admisión; se les acepta, sin embargo, y entonces se benefician de esas facilidades con las que el comercio, las grandes empresas han transformado la vida de los individuos, les han hecho asequibles muchas cosas que eran demasiado caras y hasta difíciles de encontrar, y que ahora les asedian con la plétora de lo que, solos, no habían podido llegar a descubrir entre las grandes multitudes.

Pero aun con estos innumerables exutorios, la coerción social es todavía demasiado aplastante para algunos, que se reclutan sobre todo entre los que no se ejerce la coerción mental y que creen aún más raro de lo que es su género de amor. Dejemos por el momento a los que, por el carácter excepcional de su inclinación, se creen superiores a las mujeres, las desprecian, erigen la homosexualidad en privilegio de los grandes genios y de las épocas gloriosas y, cuando quieren hacer compartir su inclinación, más que a los que le parecen predispuestos a ella, como el morfinómano al que puede serlo, se dirigen a los que les parecen dignos de compartirla, por celo de apostolado, como otros predicán el sionismo, el negarse al servicio militar, el saintsimonismo, el vegetarianismo y el anarquismo. Algunos, si se les sorprende por la mañana, todavía en la cama, tienen una admirable cabeza de mujer, hasta tal punto es general su expresión y simboliza todo el sexo; hasta su cabello lo afirma con su inflexión, tan femenina; suelto, cae tan naturalmente en trenzas sobre la mejilla que uno se asombra de que la mujer, la doncella, Galatea que se despierta apenas en el inconsciente de ese cuerpo de hombre donde está encerrada, haya sabido tan ingeniosamente, por sí misma, sin que nadie se lo enseñara, aprovechar salidas de su prisión, encontrar lo que era

necesario para su vida. Seguramente el joven que tiene esa cabeza deliciosa no dice: «Soy una mujer». Aun cuando —por tantas razones posibles— viva con una mujer, puede negarle que él sea una mujer, jurarle que no tuvo jamás relaciones con hombres. Que le mire como acabamos de presentarle, tendido en el lecho, en pijama, desnudos los brazos, desnudo el cuello bajo el pelo negro: convertido el pijama en camisón de mujer, la cabeza en la de una española bonita. La amante se horroriza ante estas confidencias hechas a sus ojos, más verdaderas que pudieran serlo las palabras, los actos mismos, y que los actos mismos no podrían dejar de confirmarlas, si no lo han hecho ya, pues todo ser persigue su placer y, si ese ser no es demasiado vicioso, lo busca en un sexo opuesto al suyo. Y para el invertido el vicio comienza, no cuando traba relaciones (pues pueden imponerlas demasiadas razones), sino cuando recibe su placer con mujeres. El joven que ahora hemos intentado pintar era tan evidentemente una mujer que las mujeres que le miraban con deseo estaban condenadas (de no tener un gusto especial) a la misma decepción que las que, en las comedias de Shakespeare, se ven burladas por una joven disfrazada que se hacía pasar por un adolescente. El engaño es el mismo, el propio invertido lo sabe, adivina la desilusión que, caído el disfraz, sufrirá la mujer, y siente que este error es una rica fuente de fantástica poesía. Por otra parte, por más que no confiese, ni siquiera a su exigente amante (si ella no es gomorreana): «Soy una mujer», sin embargo, en él —y con qué tretas, con qué agilidad, con qué obstinación de planta trepadora—, la mujer inconsciente y visible busca el órgano masculino. No hay más que mirar esos bucles sobre la almohada blanca para comprender que, por la noche, si ese joven escapa de las manos de sus padres, pese a ellos, pese a él, no será para ir a buscar mujeres. Ya puede su amante castigarle, encerrarle: al día siguiente el hombre-mujer habrá encontrado el medio de agarrarse a un hombre, como la trepadora clava sus zarcillos allí donde se encuentre un azadón o un rastrillo. ¿Por qué, si admiramos en el rostro de este hombre delicadezas que nos seducen, una gracia, una naturalidad en la amabilidad que los hombres no tienen, hemos de sentirnos desolados al saber que ese joven busca a los boxeadores? Son aspectos diferentes de una misma realidad. Más aún, el que nos repugna es el más enternecedor, más que todas las delicadezas, pues representa un admirable esfuerzo inconsciente de la naturaleza: el reconocimiento del sexo por sí mismo, pese a las engañosas tretas del sexo, es como un intento inconfesado de evadirse

hacia lo que un error inicial de la sociedad ha puesto lejos de él. Unos, sin duda los que tuvieron una infancia más tímida, no se preocupan apenas del tipo material de placer que reciben, con tal de que puedan aplicarlo a un rostro masculino. Mientras que otros, seguramente por tener más violentos los sentidos, asignan a su placer material localizaciones imperiosas. Acaso éstos escandalizarían con sus confesiones al término medio de la gente. Quizá viven menos exclusivamente bajo el satélite de Saturno, pues para ellos las mujeres no están del todo excluidas como para los primeros, que sin la conversación, la coquetería, los amores de imaginación no reconocerían su existencia. Pero los segundos buscan a las que les gustan las mujeres, porque éstas pueden procurarles un joven, aumentar el placer que sienten con él; más aún, pueden, de la misma manera, sentir con ellas el mismo placer que con un hombre. De aquí que a los que aman a los primeros sólo les causa celos el placer que éstos podrían sentir con un hombre, pues sólo ese placer les parece una traición, puesto que no participan del amor a las mujeres y no le han practicado sino como costumbre y para reservarse la posibilidad del matrimonio, imaginándose tan mal el placer de este amor que no pueden soportar que el hombre que ellos aman lo goce; mientras que los segundos inspiran a menudo celos por sus amores con mujeres. Pues en las relaciones que tienen con ellas, representan, para la mujer que ama a la mujer, el papel de otra mujer, tanto que el amigo celoso sufre de sentir al que él ama unido a la que es para él casi un hombre, y al mismo tiempo siente casi que se le escapa, porque para esas mujeres es algo que él no conoce, una especie de mujer. No hablemos tampoco de esos jóvenes locos que, por una especie de infantilismo, por fastidiar a sus amigos, escandalizar a sus padres, ponen como un empeño en elegir trajes que parecen de mujer, en pintarse los labios y sombrearse los ojos; dejémoslos, pues a éstos los veremos luego, cuando hayan pagado muy cara su afectación, pasarse toda la vida procurando en vano reparar con un atuendo severo, protestante, el daño que se hicieron cuando se dejaron arrastrar por el mismo demonio que lleva a las mujeres del barrio de Saint-Germain a una vida escandalosa, a romper con todas las costumbres, a escarnecer a la familia, hasta el día en que se ponen con perseverancia y sin resultado a volver a subir la cuesta que tan divertido les había parecido bajar o, más bien, que no habían podido menos de bajar. Dejemos también para más adelante a los que han concluido un pacto con Gomorra. Ya hablaremos de ellos cuando monsieur

de Charlus los conozca. Dejemos a todos los que, de una o de otra variedad, aparecerán a su tiempo, y, para terminar esta primera exposición, digamos unas palabras de aquellos otros de los que comenzamos a hablar hace un momento, de los solitarios. Teniendo su vicio por más excepcional de lo que es, se han ido a vivir solos el día en que lo descubrieron, después de haber vivido mucho tiempo sin conocerlo, sólo más tiempo que otros. Pues nadie sabe desde el principio que es invertido, o poeta, o *snob*, o perverso. Un colegial está aprendiendo unos versos de amor o mirando unas estampas obscenas, se aprieta contra un compañero y se imagina solamente que están oficiando juntos en el mismo deseo de la mujer. ¿Cómo va a creer que no es como los demás, si la sustancia de lo que siente la reconoce leyendo a madame de Lafayette, a Racine, a Baudelaire, a Walter Scott, cuando no sabe aún observarse a sí mismo para darse cuenta de lo que él pone por su propia cuenta y de que, si el sentimiento es el mismo, el objeto difiere, de que lo que él desea es a Rob-Roy y no a Diana Vernon? Para muchos, por una prudencia defensiva del instinto que precede a la visión más clara de la inteligencia, el espejo y las paredes de su habitación desaparecen bajo cromos que representan a actrices, y hacen versos como:

*Je n'aime que Chloé au monde,  
Elle est divine, elle est blonde,  
Et d'amour mon coeur s'inonde*

¿Es que por esto hemos de poner en el comienzo de esas vidas una inclinación que después no se encuentra en ellos, como esos bucles rubios de los niños que luego se tornan castaños? ¿Quién sabe si las fotografías de mujeres no son un comienzo de hipocresía, también un principio de horror por los otros invertidos? Pero los solitarios son precisamente aquellos a quienes la hipocresía resulta dolorosa. Acaso el ejemplo de los judíos, de una colonia diferente, no basta para explicar lo poco que en ellos puede la educación, y con qué arte llegan, no digo a algo tan sencillamente atroz como el suicidio (al que los locos llegan, por muchas precauciones que se tomen, y salvados del río al que se arrojaron, se envenenan, se agencian un revólver, etc.), sino a una vida cuyos placeres



necesarios los hombres de otra raza no sólo no los comprenden, no sólo no los imaginan, no sólo los odian, sino que les horroriza el peligro frecuente y la vergüenza permanente que llevan consigo. Quizá para pintarlos hay que pensar, si no en los animales que no se domestican, en los leoncillos que se supone domesticados pero que siguen siendo leones, al menos en los negros, a los que desespera la vida confortable de los blancos y que prefieren los peligros de la vida salvaje a sus incomprensibles goces. Cuando llega el día en que se descubren incapaces de mentir a los demás y, a la vez, de mentirse a sí mismos, se van a vivir al campo, huyendo de sus semejantes (a los que creen poco numerosos) por horror a la monstruosidad o por miedo a la tentación, y del resto de la humanidad por vergüenza. Sin haber llegado nunca a la verdadera madurez, caen en la melancolía; de vez en cuando, un domingo sin luna, van a dar un paseo por un camino que conduce a un cruce, donde, sin que se hayan dicho una palabra, ha venido a esperarle un amigo de la infancia que vive en una quinta cercana. Y vuelven a empezar los juegos de antaño, sobre la hierba, en la oscuridad, sin decirse una palabra. Durante la semana se ven en casa de uno de ellos, hablan de cualquier cosa, sin una alusión a lo que pasó, exactamente como si no hubieran hecho nada y como si no hubieran de volver a hacer nada, salvo, en sus relaciones, un poco de frialdad, de ironía, de irritabilidad y de rencor, a veces de odio. Después, el vecino emprende una dura excursión a caballo, y, a mulo, escala picos, se acuesta en la nieve; su amigo, que identifica su propio vicio con una debilidad de temperamento, con la vida casera y tímida, piensa que el vicio no podrá ya vivir en su amigo emancipado, a tantos miles de metros sobre el nivel del mar. Y, en efecto, el otro se casa. Pero el abandonado no se cura (a pesar de los casos en los que veremos que la inversión es curable). Exige recibir él mismo por la mañana, en la cocina, la crema fresca de manos del mozo lechero y, las noches en que el deseo le excita demasiado, llega hasta a traer a su camino a un borracho, hasta arrancarle la blusa a un ciego. Cierto que a veces, la vida de algunos invertidos parece cambiar, que su vicio (como se dice) no aparece ya en sus costumbres; pero nada se pierde: una sortija escondida se encuentra; cuando disminuye la cantidad de orina de un enfermo, es que suda más, pero la excreción se produce siempre. Un día, ese homosexual pierde un primo joven y, en su dolor inconsolable, comprendemos que a este amor, acaso casto y más interesado por conservar la estimación que por lograr la posesión, habían pasado los

deseos por transferencia, como en un presupuesto se trasladan los gastos de uno a otro ejercicio sin cambiar el total. Como ocurre con esos enfermos en los que una crisis de urticaria hace desaparecer por un tiempo sus indisposiciones habituales, así el amor puro por un joven pariente parece haber reemplazado momentáneamente en el invertido, por metástasis, unos hábitos que, un día u otro, volverán a ocupar el sitio del mal.

Mientras tanto, el vecino casado y solitario ha vuelto; ante la belleza de la esposa y el cariño con que su marido la trata, el día en que se ve obligado a invitarlos a comer, se avergüenza del pasado. La esposa, ya en estado interesante, tiene que volver a casa temprano, dejando a su marido; éste, llegada la hora de volver a su vez a casa, pide a su amigo que le acompañe un trecho; el amigo no sospecha nada, pero al llegar al cruce se encuentra con que el alpinista que pronto será padre le tumba sobre la hierba sin decir palabra. Y se reanudan los encuentros, hasta que llega a vivir no lejos un primo de la mujer, con el que ahora pasea siempre el marido. Y éste, si el abandonado va a verle y trata de acercársele, le rechaza furibundo, indignado de que el otro no haya tenido el tacto de presentir la repulsión que ahora le inspira. Sin embargo, una vez se presenta un desconocido enviado por el vecino infiel; pero el abandonado no puede recibirle en aquel momento y, hasta pasado un tiempo, no se da cuenta de con qué fin había ido el forastero.

Y el solitario languidece solo. No tiene más expansión que ir a la playa cercana a preguntar algo a cierto empleado del ferrocarril; pero el empleado asciende y le trasladan al otro extremo de Francia; ya no podrá el solitario ir a preguntarle la hora de los trenes, el precio de los primeras, y antes de volver a meditar en su torre, como Griselda, se rezaga en la playa, como una extraña Andrómeda a la que ningún Argonauta vendrá a liberar, como una medusa estéril que morirá en la arena, o bien espera, perezoso, en el andén de la estación la salida del tren, echando a los viajeros una mirada que parecerá indiferente, desdeñosa o distraída a los de otra raza, pero que, como el resplandor con que se adornan ciertos insectos para atraer a los de la misma especie, o como el néctar que ofrecen algunas flores para atraer a los insectos que han de fecundarlas, no engañaría al gustador casi inencontrable de un placer demasiado singular, demasiado difícil de colocar que se le ofrece, al cofrade con quien nuestro especialista podría hablar la lengua insólita; a lo sumo, algún pordiosero

del andén hará como que le interesa esa lengua, pero sólo por un beneficio material, como esos que, en el Colegio de Francia, en la sala donde el profesor de sánscrito habla sin auditorio, van a las clases, pero sólo por calentarse. ¡Medusa! ¡Orquídea! En Balbec, cuando yo no seguía más que mi instinto, la medusa me repugnaba; pero si sabía mirarla, como Michelet, desde el punto de vista de la historia natural y de la estética, veía un delicioso candelabro de cobalto. ¿No son acaso, con el terciopelo transparente de sus pétalos, como las malvas orquídeas del mar? Como tantas criaturas del reino animal y del reino vegetal, como la planta que produciría la vainilla, pero que, separado en ella por un tabique el órgano macho del órgano hembra, permanece estéril si los pájaros-mosca o unas pequeñas abejas no transportan el polen de una a otra o si el hombre no la fecunda artificialmente, monsieur de Charlus (y aquí se debe tomar la palabra fecundación en el sentido moral, puesto que en el sentido físico la unión del macho con el macho es estéril, pero no es indiferente que un individuo pueda encontrar el único placer que es capaz de sentir, y que «aquí abajo todo ser» pueda dar a alguien «su música, su llama o su perfume»), monsieur de Charlus era de esos hombres que podemos llamar excepcionales, porque, por numerosos que sean, la satisfacción, tan fácil en otros, de sus necesidades sexuales depende de la coincidencia de demasiadas condiciones y demasiado difíciles de encontrar. Para hombres como monsieur de Charlus (y aparte los acomodados que irán surgiendo poco a poco y que ya se han podido presentir, exigidos por la necesidad de placer que se resigna a consentimientos a medias), el amor mutuo, además de las dificultades tan grandes, a veces insuperables, que encuentra en la generalidad de los seres, les suma otras tan especiales que lo que es siempre muy raro para todo el mundo resulta para ellos casi imposible, y que, si se produce un encuentro verdaderamente afortunado para ellos o que la naturaleza les hace verlo afortunado, su dicha, mucho más aún que la del enamorado normal, tiene algo de extraordinario, de selecto, de profundamente necesario. El odio entre los Capuletos y los Montescos no era nada al lado de los impedimentos de todo orden que ha habido que vencer, de las eliminaciones especiales que la naturaleza ha tenido que sufrir en los azares ya poco corrientes que llevan al amor, antes de que un antiguo chalequero, que se dirigía juiciosamente a su taller, titubee, deslumbrado, ante un cincuentón barrigudo; este Romeo y esta Julieta pueden creer con razón que su amor no es capricho de un instante, sino

verdadera predestinación preparada por las armonías de su temperamento, no solamente por su temperamento propio, sino por el de sus antepasados, por su más remota herencia, tanto que el ser que se conjuga en ellos les pertenece antes del nacimiento, les ha atraído con una fuerza comparable a la que dirige los mundos en que hemos pasado nuestras vidas anteriores. Monsieur de Charlus me había distraído de mirar si el moscardón traía a la orquídea el polen que ella estaba esperando desde hacía tanto tiempo y que sólo podía recibir en virtud de un azar tan improbable que se podía llamar una especie de milagro. Pero también era un milagro aquello a que yo acababa de asistir, un milagro casi del mismo género y no menos maravilloso. En cuanto consideré este encuentro desde este punto de vista, todo en él me pareció impregnado de belleza. Las estratagemas más extraordinarias que la naturaleza ha inventado para obligar a los insectos a asegurar la fecundación de las flores que, sin ellos, no se podría cumplir, porque la flor macho está muy lejos de la flor hembra, o la treta que, si es el viento el encargado de transportar el polen, hace mucho más fácil separarlo de la flor macho, y que lo atrape al paso la flor hembra, suprimiendo la secreción del néctar, que ya no es útil puesto que no hay que atraer a los insectos, y hasta el esplendor de las corolas que los atraen, y el ardid que, para que la flor quede reservada al polen que necesita y que sólo en ella puede fructificar, la hace segregarse un licor que la inmuniza contra los demás pólenes, no me parecían más maravillosas que la existencia de la subvariedad de invertidos destinada a asegurar los placeres del amor al invertido que envejece, los hombres a los que atraen no todos los hombres, sino —por un fenómeno de reciprocidad y de armonía comparable a los que rigen la fecundación de las flores heteroestiladas trimorfas como el *Lythrum salicaria*— solamente los hombres mucho mayores que ellos. De esta subvariedad acababa Jupien de ofrecerme un ejemplo, menos impresionante, sin embargo, que otros que todo herborizador humano, todo botánico moral podrá observar, pese a su rareza, y que les presentará un delicado joven que esperaba las insinuaciones de un robusto y barrigudo cincuentón, mostrándose tan indiferente a las insinuaciones de otros jóvenes como estériles permanecen las flores hermafroditas de estilo corto de la *Prímula veris*, mientras sólo las fecundan otras *Prímula veris* también de estilo corto, y acogen con gozo el polen de las *Prímula veris* de estilo largo. Por lo demás, en cuanto a monsieur de Charlus, después me di cuenta de que para él había diversas

clases de conjunciones, algunas de las cuales, por su multiplicidad, su instantaneidad apenas visible y, sobre todo, por la falta de contacto entre los dos actores, recordaban más aún esas flores que en un jardín son fecundadas por el polen de una flor vecina que nunca tocarán. Hay, en efecto, ciertos seres a los que les basta hacer venir al otro a ellos, tenerlo unas horas bajo el dominio de su palabra, para que su deseo, encendido en algún encuentro, se satisfaga. Por unas simples palabras se opera en ellos la conjunción tan sencillamente como puede producirse en los infusorios. A veces, como seguramente le había ocurrido conmigo la noche en que me amonestó después de la cena de los Guermantes, la satisfacción del deseo se lograba con una violenta reprimenda que el barón le arrojaba a la cara al visitante, como algunas flores, mediante un resorte, rocían a distancia al insecto inconscientemente cómplice y aturdido. Monsieur de Charlus, pasando de dominado a dominador, se sentía purgado de su desasosiego y calmado, y despedía al visitante, que ya no le parecía deseable. Por último, como la inversión misma se debe a que el invertido se parece demasiado a la mujer para poder tener con ella relaciones útiles, se adapta a una ley más alta por la que tantas flores hermafroditas permanecen infecundas, es decir, a la esterilidad de la autofecundación. Verdad es que los invertidos en busca de un macho suelen contentarse con un invertido tan afeminado como ellos. Pero basta que no pertenezcan al sexo femenino, del que llevan en sí mismos un embrión del que no pueden servirse, lo que ocurre a tantas flores hermafroditas e incluso a algunos animales hermafroditas, como el caracol, que no pueden fecundarse a sí mismos, pero pueden ser fecundados por otros hermafroditas. Así, los invertidos, que se suelen relacionar con el antiguo Oriente o con la edad de oro de Grecia, vendrían aún de más lejos, de aquellas épocas de prueba en que no existían ni las flores dioicas ni los animales unisexuados, de aquel hermafroditismo inicial de cuyos rudimentos de órganos machos parecen quedar huellas en la anatomía de la mujer y de los femeninos en el hombre. Yo encontraba la mímica de Jupien y de monsieur de Charlus tan curiosa para mí como esos gestos tentadores que, según Darwin, dirigen a los insectos las flores compuestas alzando los semiflorones de sus capítulos para que las vean de más lejos, como alguna heteroestilada que vuelve sus etaminas y las dobla para abrir camino a los insectos, o que les ofrece una ablución, y, simplemente, incluso comparable a los perfumes de néctar, al esplendor de las corolas que en aquel momento atraían a los insectos en el patio. Desde

aquel día, monsieur de Charlus hubo de cambiar la hora de sus visitas a madame de Villeparisis, y no porque no pudiera ver a Jupien en otro sitio y más cómodamente, sino seguramente porque el sol de la tarde y las flores del arbusto estaban unidas a su recuerdo, como lo estaban para mí. Por otra parte, no se contentó con recomendar a los Jupien a madame de Villeparisis, a la duquesa de Guermantes, a toda una brillante clientela, que fue más asidua aún a la joven bordadora porque algunas señoras que se resistieron o solamente se retrasaron fueron objeto de terribles represalias por parte del barón, fuera para que sirviesen de ejemplo, fuera porque despertaran su furor y se rebelaran contra sus empeños de dominio. Hizo cada vez más lucrativo el puesto de Jupien, hasta que le tomó definitivamente como secretario y le estableció en las condiciones que más adelante veremos. «¡Vaya suerte que tiene ese Jupien!», decía Francisca, que tenía una tendencia a disminuir o a exagerar las bondades según que fueran para ella o para los demás. Por otra parte, no necesitaba exagerar ni sentía envidia, porque quería sinceramente a Jupien. «¡Qué bueno es el barón —añadía—, tan devoto, tan como Dios manda!» Si yo tuviera una hija que casar y fuera del mundo de los ricos se la daría al barón a cierra ojos.

—Pero, Francisca —decía suavemente mi madre—, esa hija tendría muchos maridos. Recuerda que ya se la ha prometido a Jupien.

—¡Ah, caramba! —contestaba Francisca—, es que Jupien es otro que haría muy feliz a una mujer. Por más que haya ricos y pobres miserables, eso nada tiene que ver con el natural. El barón y Jupien son la misma clase de personas.

Por lo demás, yo exageraba mucho entonces, ante esta primera revelación, el carácter electivo de una conjunción tan seleccionada. Cierto que cada uno de los hombres parecidos a monsieur de Charlus es una criatura extraordinaria, porque, si no hace concesiones a las posibilidades de la vida, busca esencialmente el amor de un hombre de la otra raza, es decir de un hombre que ama a las mujeres (y que, por consiguiente, no podrá no amarle a él); al contrario de lo que yo creía en el patio donde acababa de ver a Jupien revolotear en torno a monsieur de Charlus como la orquídea provocando al moscardón, esos seres excepcionales a los que se compadece son multitud, como se verá en el transcurso de esta obra, por una razón que no descubriremos hasta el final, y ellos mismos se quejan de ser demasiado numerosos más bien que demasiado poco. Pues los dos

ángeles que fueron puestos a las puertas de Sodoma para saber si sus habitantes, dice el Génesis, habían hecho verdaderamente todo aquello cuyo clamor llegara hasta el Altísimo fueron, y hay que felicitarlo de ello, muy mal elegidos por el Señor, que debió confiar tal misión a un sodomita. Al cual, las excusas —«Padre de seis hijos, tengo dos queridas», etc.— no le hubieran hecho bajar benévolamente la espada flamígera y atenuar las sanciones. Hubiera contestado: «Sí, y tu mujer sufre de celos. Pero aun cuando esas mujeres no las hayas elegido en Gomorra, pasas las noches con un pastor del Hebrón.» E inmediatamente le hubiera hecho volver a la ciudad que la lluvia de fuego y azufre iba a destruir. Pero no, dejaron escapar a todos los sodomitas pecadores, aunque al ver a un mancebo miraran hacia atrás, como la mujer de Lot, sin que por ello fueran convertidos, como ella, en estatua de sal. De suerte que tuvieron una numerosa posteridad en la que este gesto sigue siendo habitual, parecido al de las desvergonzadas mujeres que, haciendo como que miran un escaparate de zapatos, vuelven la cabeza hacia un estudiante. Esos descendientes de los sodomitas, tan numerosos que se les puede aplicar el otro versículo del Génesis: «Si alguien puede contar el polvo de la tierra, podrá también contar esta posteridad», se han establecido en todo el globo terráqueo, han tenido acceso a todas las profesiones y entran en tal proporción en los clubs más cerrados que, cuando un sodomita no es admitido en ellos, la mayor parte de las bolas negras son de sodomitas, pero de sodomitas que se cuidan muy bien de incriminar la sodomía, porque han heredado la mentira que permitió a sus antepasados salir de la ciudad maldita. Acaso vuelvan algún día. Ciertamente constituyen en todos los países una colonia oriental, cultivada, música, deslenguada, con cualidades seductoras y defectos insoportables. Los veremos con más detenimiento en las páginas siguientes; pero hemos querido, provisionalmente, prevenir el funesto error que consistiría, de la misma manera que se ha alentado un movimiento sionista, en crear un movimiento sodomita y en reconstruir Sodoma. Pues, apenas llegados, los sodomitas abandonarían la ciudad para no parecerlo, tomarían mujer, tendrían queridas en otras ciudades donde, además, encontrarían todas las distracciones convenientes. No irían a Sodoma sino los días de suprema necesidad, cuando su ciudad estuviera vacía, en esos tiempos en que el hambre echa del bosque al lobo. Es decir, que, en Sodoma, todo sería igual que en Londres, en Berlín, en Roma, en Petrogrado o en París.

En todo caso, aquel día, antes de mi visita a la duquesa, yo no pensaba tan lejos y lo que sentía era que, por atender a la conjunción Jupien-Charlus, acaso había dejado de ver cómo el moscardón fecundaba la flor.



# Segunda parte

## Capítulo primero

Monsieur de Charlus en sociedad. — Un médico. — Faceta característica de madame de Vaugoubert. — Madame d'Arpajon, el surtidor de Hubert Robert y la jovialidad del gran duque Wladimiro. — Madame d'Amoncourt, madame de Citri, madame de Saint-Euverte, etcétera. — Curiosa conversación entre Swann y el príncipe de Guermantes. — Albertina al teléfono. — Visitas mientras espero mi última y segunda temporada en Balbec. — Llegada a Balbec. — Celos por Albertina. — Las intermitencias del corazón.

Como no tenía prisa de llegar a aquella fiesta Guermantes, a la que no estaba seguro de que me invitaran, me quedé deambulando fuera; pero, al parecer, el día estival tenía tan poca prisa como yo de moverse. Aunque eran más de las nueve, en la plaza de la Concordia seguía dando al obelisco de Luxor un aspecto de guirlache rosado. Después cambió el color y lo convirtió en una materia tan metálica que el obelisco resultaba no sólo más precioso, sino más delgado y casi flexible. Se imaginaba uno que se hubiera podido torcer, que acaso ya se había deformado ligeramente aquella joya. En aquel momento, la luna lucía en el cielo como un quiñón de naranja delicadamente mondado, aunque un poco mordido. Pero unas horas después estaría hecha del oro más resistente. Sola y encogidita detrás de ella, una pobre estrellita iba a servir de única compañía a la luna solitaria, mientras ésta, sin dejar de proteger a su amiga pero más intrépida y caminando hacia adelante, enarbolaría como un arma irresistible y como un símbolo oriental su áureo creciente, grande y maravilloso.

Delante del hotel de la princesa de Guermantes encontré al duque de Châtellerault; no me acordaba de que, media hora antes, me inquietaba el temor —del que en seguida me curé— de ir a la fiesta sin haber sido invitado. Nos inquietamos, y a veces mucho tiempo después del peligro, al recordar nuestra inquietud, olvidada con la distracción. Saludé al joven duque y entré en el hotel. Pero aquí he de consignar ante todo una circunstancia mínima, porque permitirá entender un hecho que va a ocurrir en seguida.

Había una persona que, aquel día como los anteriores, pensaba mucho en el duque de Châtellerauld, sin sospechar, por lo demás, quién era: era el ujier (que en aquella época se llamaba aboyeur) de madame de Guermantes. Monsieur de Châtellerauld, lejos de ser de los íntimos de la princesa —de la que era primo—, le recibía en su salón por primera vez. Sus padres, reñidos con ella desde hacía diez años, se habían reconciliado hacía dos semanas y, obligados a estar ese día fuera de París, habían encargado a su hijo de representarlos. Ahora bien, unos días antes, el ujier de la princesa había conocido en los Champs-Élysées a un joven que le pareció encantador, pero cuya identidad no llegó a determinar. Y eso que el joven se mostró tan amable como generoso. Todos los favores a los que el ujier se creía obligado para con un señor tan joven fue él quien los recibió. Pero monsieur de Châtellerauld era tan temeroso como imprudente, y estaba tanto más decidido a no descubrir su incógnito cuanto que ignoraba con quién se hallaba; de haberlo sabido, mayor fuera su miedo —aunque mal fundado—. Se limitó a hacerse pasar por un inglés, y a todas las apasionadas preguntas del ujier, deseoso de volver a ver a una persona a quien tanto placer y tantas larguezas debía, el duque se limitaba a contestar, a lo largo de la Avenue Gabriel: «*I do not speak french*».

Aunque, a pesar de todo —y por el origen materno de su primo—, el duque de Guermantes afectara encontrar una brizna de Courvoisier en el salón de la princesa de Guermantes-Bavière, generalmente se juzgaba el espíritu de iniciativa de esta señora por una innovación que no se encontraba en ninguna otra parte de aquel medio. Después de la cena, cualquiera que fuere la importancia de la fiesta que iba a tener lugar, los asientos, en los salones de la princesa de Guermantes, estaban dispuestos del modo conveniente para formar pequeños grupos, que, a veces, se daban la espalda. La princesa marcaba su sentido social yendo a sentarse, como por preferencia, en uno de ellos. Por lo demás, no se privaba de elegir y llevarse a un miembro de otro grupo. Si, por ejemplo, hacía a monsieur Detaille —con la aquiescencia de éste, por supuesto— la observación de que madame de Villemur —que, sentada en otro grupo, les mostraba la espalda— tenía un cuello muy bonito, la princesa no vacilaba en levantar la voz: «Madame de Villemur, monsieur Detaille, como gran pintor que es, está admirando su cuello». Madame de Villemur veía en esto una invitación directa a la conversación; con la destreza que da la costumbre

de montar a caballo, hacía girar lentamente su silla describiendo un arco de tres cuartos de círculo y, sin molestar nada a sus vecinos, se quedaba de frente a la princesa.

—¿No conoce a monsieur Detaille? —preguntaba la dueña de la casa, que no se conformaba con la hábil y púdica conversación de su invitada.

—No, no le conozco, pero conozco sus obras —contestaba madame de Villemur en tono respetuoso e insinuante y con un sentido de la oportunidad que muchos envidiaban, dirigiendo al célebre pintor, que la interpelación no había bastado a presentarle de manera formal, un imperceptible saludo.

—Venga, monsieur Detaille —decía la princesa—, le voy a presentar a madame de Villemur. Entonces, madame de Villemur se las arreglaba para hacer sitio al autor de Réve tan ingeniosamente como antes para volverse hacia él. Y la princesa corría una silla para ella, pues su interpelación a madame de Villemur no era más que un pretexto para dejar el primer grupo en el que había pasado los minutos de rigor y conceder al segundo otros tantos minutos de presencia. En tres cuartos de hora todos los grupos habían recibido su visita, que, cada vez, parecía guiada solamente por lo imprevisto y por las predilecciones, pero que obedecía principalmente al propósito de poner de relieve la naturalidad con que «una gran dama sabe recibir». Pero ahora los invitados a la fiesta comenzaban a llegar, y la dueña de la casa se había sentado no lejos de la entrada —erguida y altiva, en su majestad casi regia, llameantes los ojos por su propia incandescencia— entre dos Altezas sin belleza y la embajadora de España.

Yo estaba en la cola detrás de unos invitados que llegaron antes que yo. Tenía enfrente a la princesa, cuya belleza, entre tantas otras, no es para mí recuerdo único de aquella fiesta. Pero aquel rostro de la dueña de la casa era tan perfecto, acuñado como una medalla tan bella, que ha conservado para mí una virtud conmemorativa. La princesa tenía la costumbre de decir a sus invitados, cuando los encontraba unos días antes de una de sus fiestas: «Vendrá usted, ¿verdad?», como si tuviera un gran deseo de charlar con ellos. Pero como era todo lo contrario, que no tenía nada que hablar con ellos, cuando los tenía delante se limitaba, sin levantarse, a interrumpir un momento su vana conversación con las dos Altezas y con la embajadora y a dar las gracias diciendo: «¡Qué amable haber venido!», no porque creyera que el invitado había dado una prueba

de amabilidad al asistir, sino por acentuar más la suya; en seguida añadía, echándole a la corriente: «A la entrada de los jardines encontrará a monsieur de Guermantes», para que el individuo se fuera a saludar y la dejara tranquila. A algunos ni siquiera les decía nada, limitándose a mostrarles sus admirables ojos de ónice, como si hubieran ido solamente a una exposición de piedras preciosas.

La primera persona que tenía que pasar antes que yo era el duque de Châtellerauld.

Entretenido en contestar a todas las sonrisas, a todos los saludos que le hacían con la mano desde el salón, no había visto al ujier. Pero el ujier le había reconocido desde el primer momento. La identidad que tanto deseaba descubrir la iba a conocer en seguida. Al preguntar a su «inglés» de la víspera qué nombre tenía que anunciar, el ujier no sólo estaba emocionado: se creía indiscreto, indelicado. Le parecía que iba a revelar a todo el mundo (que, sin embargo, no sospecharía nada) un secreto que él era culpable de sorprender y de revelar públicamente. Al oír la respuesta del invitado: «El duque de Châtellerauld», se sintió trastornado por un orgullo tal que se quedó, por un instante, mudo. El duque le miró, le reconoció, se vio perdido, mientras el doméstico, que se había rehecho y se sabía sus jerarquías heráldicas lo bastante para completar por su cuenta una apelación demasiado modesta, voceaba con energía profesional matizada de una íntima ternura: «¡Su Alteza Monseñor el duque de Châtellerauld!». Pero ahora me llegaba a mí el turno de ser anunciado. Absorto en la contemplación de la dueña de la casa, que no me había visto aún, no había pensado en las funciones, terribles para mí —aunque de otra manera que para monsieur de Châtellerauld—, de aquel ujier vestido de negro como un verdugo, rodeado de una tropa de criados con las libreas más alegres, unos mocetones dispuestos a coger al intruso y ponerle a la puerta. El ujier me preguntó mi nombre, yo se lo dije tan maquinalmente como el condenado a muerte se deja amarrar al patíbulo. Levantó majestuosamente la cabeza y, sin darme tiempo a rogarle que me anunciara a media voz para menor daño de mi amor propio si no estaba invitado y del de la princesa si lo estaba, gritó las inquietantes sílabas con una fuerza capaz de sacudir la bóveda del hotel.

El ilustre Huxley (ese cuyo sobrino ocupa ahora un lugar preponderante en el mundo de la literatura inglesa) cuenta que una de sus enfermas no se atrevía a hacer vida de sociedad porque a veces, en el

mismo sillón que le indicaban con un gesto cortés, estaba sentado un señor viejo. Estaba segura de que, o el gesto invitador o la presencia del caballero viejo era una alucinación, porque no le iban a indicar un sillón ya ocupado. Y cuando Huxley, para curarla, la obligó a volver a las fiestas, tuvo un momento de penosa vacilación preguntándose si la amable señal que le hacían era la cosa real, o si, obedeciendo a una visión inexistente, iba a sentarse, en público, en las rodillas de un señor de carne y hueso. Su breve incertidumbre fue terrible. Acaso menos que la mía. Desde el momento en que sentí el estruendo de mi nombre, como el ruido preliminar de un posible cataclismo, para alegar en todo caso mi buena fe y como si no me atormentara ninguna duda, avancé con aire decidido hacia la princesa.

La princesa me vio cuando ya estaba a pocos pasos de ella, y, lo que ya no me permitió dudar que había sido yo víctima de una maquinación, en vez de permanecer sentada como con otros invitados, se levantó y vino hacia mí. Pasado un segundo, pude lanzar el suspiro de alivio de la paciente de Huxley cuando, tomada la decisión de sentarse en la butaca, la encontré libre y comprendió que la alucinación era el viejo caballero. La princesa acababa de tenderme la mano sonriendo. Permaneció de pie unos momentos, con esa gracia propia de la estancia de Malherbe que termina así:

*Et pour leur faire honneur les Anges se lever*

Se disculpó por no haber llegado todavía la duquesa, como si yo me hubiera de aburrir sin ella. Para este saludo, ejecutó en torno a mí, reteniéndome la mano, una vuelta sumamente graciosa en cuyo torbellino me sentía arrastrado. En este momento llegué casi a esperar que, como una conductora de cotillón, me entregara un junquillo con puño de marfil o un reloj de pulsera. No me dio nada de esto y, como si en vez de bailar el boston escuchara más bien un sacrosanto quatuor de Beethoven y temiera turbar sus sublimes acentos, interrumpió la conversación, o más bien no la comenzó y, todavía radiante por haberme visto entrar, me dijo dónde estaba el príncipe.

Me alejé de ella y ya no me atreví a volver a acercarme, dándome cuenta de que no tenía absolutamente nada que decirme y de que, en su

inmensa buena voluntad, aquella mujer maravillosamente bella y arrogante, noble como lo fueran tantas grandes damas que tan activamente subieron al cadalso, no hubiera podido hacer otra cosa, de no atreverse a ofrecerme el agua de melisa, que repetirme lo que ya me había dicho dos veces: «El príncipe está en el jardín». Ahora bien, ir a ver al príncipe era hacer renacer, en otra forma, mis dudas.

De todos modos había que buscar a alguien que me presentara. Se oía, dominando todas las conversaciones, el interminable charloteo de monsieur de Charlus, que estaba hablando con su excelencia el duque de Sidonia, al que acababa de conocer. De profesión a profesión, las personas se adivinan, y también de vicio a vicio. Monsieur de Charlus y el duque de Sidonia habían adivinado, cada uno por su parte, el del otro, y que era, en los dos, el de ser monolguistas, hasta el punto de no poder soportar ninguna interrupción. Dándose cuenta en seguida de que el mal no tenía remedio, como dice un famoso soneto, habían tomado la determinación, no de callarse, sino de hablar cada uno sin preocuparse de lo que decía el otro. Esto había dado aquel ruido confuso producido en las comedias de Moliere por varias personas que dicen juntas cosas diferentes. El barón, con su voz estentórea, estaba por lo demás seguro de quedar encima, de cubrir la débil voz de monsieur de Sidonia, sin por eso desanimar a éste, pues cuando monsieur de Charlus callaba un instante para tomar aliento, el intervalo lo ocupaba en seguida el susurro del grande de España, que había continuado imperturbable su discurso. Yo hubiera pedido a monsieur de Charlus que me presentara al príncipe de Guermantes, pero temía (y con mucha razón) que estuviera enfadado conmigo. Me había portado con él de la manera más ingrata desdeñando por segunda vez sus ofrecimientos y no dando señales de vida desde la noche en que, tan afectuosamente, me llevó a casa. Y eso que no tenía como disculpa anticipada la escena que acababa de ver, aquel mismo día, entre Jupien y él. No sospechaba nada semejante. Verdad es que, poco tiempo antes, como mis padres me reprocharan mi pereza por no haberme tomado la molestia de escribir unas palabras a monsieur de Charlus, les reproché yo violentamente que quisieran hacerme aceptar proposiciones deshonestas. Pero sólo la cólera, el deseo de encontrar la frase que pudiera resultarles más desagradable, me dictó esta mentirosa respuesta. En realidad, yo no había imaginado nada sensual, ni siquiera sentimental, en los ofrecimientos del barón. Si dije aquello a mis padres, fue por arbitrariedad. Pero a veces el futuro habita en nosotros

sin que lo sepamos, y unas palabras nuestras que creen mentir señalan una realidad próxima.

Seguramente monsieur de Charlus no habría perdonado mi ingratitud. Pero lo que le enfurecía era que mi presencia aquella noche en casa de la princesa de Guermantes, como desde hacía algún tiempo en casa de su prima, parecía una burla de su solemne declaración: «En esos salones no se entra si no es por mí». Grave falta, crimen quizás imperdonable: yo no había seguido la vía jerárquica. Monsieur de Charlus sabía bien que los rayos que enarbolaba contra los que no obedecían sus órdenes, o contra aquellos a quienes había tomado odio, comenzaban a pasar, según algunas personas, por mucha furia que pusiera en ellos, por rayos de cartón, y ya no tenía fuerza para echar a nadie de ningún sitio. Pero quizá creyera él que su poder, disminuido pero todavía grande, seguía intacto para los novicios como yo. Por eso no me pareció muy indicado para pedirle un favor en una fiesta donde mi simple presencia parecía un mentís irónico a sus pretensiones.

En aquel momento me detuvo un hombre bastante vulgar, el profesor E... Le había sorprendido verme en casa de los Guermantes. Y no menos me sorprendió a mí encontrarle allí, pues ni antes se había visto ni se ha visto después un personaje semejante en casa de la princesa. Acababa de curar al príncipe, ya administrado, de una pulmonía infecciosa, y el gran agradecimiento de madame de Guermantes la hizo romper las normas e invitarle. Como no conocía absolutamente a nadie en aquellos salones y no podía pasearse en ellos solo indefinidamente, como un ministro de la muerte, al reconocerme se sintió, por primera vez en su vida, con una infinidad de cosas que decirme, lo que le permitía adoptar un continente, y esta era una de las razones que le llevaron a acercarse a mí. Había otra. Le daba mucha importancia a no errar jamás un diagnóstico. Ahora bien, su correo era tan copioso que no siempre recordaba muy bien, cuando había visto una vez a un enfermo, si la enfermedad había seguido el curso que él le había señalado. Quizá no hayan olvidado que la noche que mi abuela cayó enferma la llevé a casa de este doctor en el momento en que le estaban cosiendo tantas condecoraciones. Al cabo de tanto tiempo, ya no se acordaba de la esquila de defunción que le enviamos.

—Su señora abuela murió, ¿verdad? —me dijo con un tono en el que la casi certidumbre calmaba una ligera aprensión—. ¡ Ah, claro! En cuanto la vi, mi pronóstico fue absolutamente malo, lo recuerdo muy bien.



Así se enteró el profesor E... o así volvió a enterarse de la muerte de mi abuela, y debo decir en honor suyo, en elogio de todo el cuerpo médico, que sin manifestar, acaso sin sentir satisfacción. Los errores de los médicos son innumerables. Generalmente pecan de optimismo en cuanto al régimen, de pesimismo en cuanto al desenlace. «¿Vino? En cantidad moderada no puede hacerle daño, en realidad es un tónico... ¿El placer físico? Después de todo es una función. Se lo permito, pero sin abusar, ya me entiende. El exceso es un defecto en todo.» ¡Y qué tentación para el enfermo renunciar a esos dos resucitadores, el agua y la castidad! Pero si uno tiene algo en el corazón, albúmina, etc., no tirará mucho tiempo. Unos trastornos graves pero funcionales se atribuyen fácilmente a un imaginario cáncer. Para qué continuar las visitas, si no pueden atajar un mal implacable. Si el enfermo, abandonado a sí mismo, se impone un régimen riguroso y se cura o al menos sobrevive y se encuentra al médico en la Avenida de la Ópera, el médico, que le creía desde hacía tiempo en el Pére-Lachaise, verá en el sombrero del cliente un gesto de burlona insolencia. Un inocente paseo efectuado en sus propias barbas no enfurecería más al presidente de un tribunal que, dos años antes, ha dictado sentencia de muerte contra el paseante que aparece sin miedo alguno. A los médicos (no a todos, por supuesto, y no olvidamos, mentalmente, notables excepciones), más que alegrarles la ejecución de su veredicto, les contraría y aun les irrita su incumplimiento. Así se explica que el profesor E..., aun sintiendo sin duda cierta satisfacción intelectual por no haberse equivocado, supiera no hablar sino tristemente de la desgracia que habíamos sufrido. No le interesaba abreviar la conversación, que le proporcionaba una manera de estar y una razón para seguir allí. Me habló del gran calor que hacía aquellos días, pero, aunque era hombre letrado y hubiera podido expresarse en buen francés, me dijo:

—¿No incide en su salud esta hipertermia?

Y es que la medicina ha adelantado un poco en sus conocimientos desde Moliere, pero nada en su vocabulario. Mi interlocutor añadió:

—Lo que hay que hacer es evitar las sudaciones que causa, sobre todo en los salones demasiado calientes, en un tiempo así. El remedio, al volver a casa, es el calor (lo que sin duda quería decir bebidas calientes).

Por la manera como murió mi abuela, me interesaba el tema y recientemente había leído en un libro de un gran sabio que la transpiración perjudicaba a los riñones, porque hacía pasar por la piel lo que debía salir

por otra parte. No me gustaba ese tiempo de canícula en el que había muerto mi abuela y al que no andaba lejos de atribuir esta muerte. No hablé de esto al doctor E..., pero él mismo me dijo: «La ventaja de este tiempo cálido, en el que la transpiración es tan abundante, es que el riñón descansa». La medicina no es una ciencia exacta.

El profesor E..., pegado a mí, no deseaba más que no dejarme. Pero yo acababa de ver al marqués de Vaugoubert haciendo grandes reverencias a la princesa de Germantes. Hacía poco que me había presentado a él monsieur de Norpois, y yo esperaba que fuera ese alguien que buscaba capaz de presentarme al dueño de la casa. Las proporciones de esta obra no me permiten explicar aquí por qué incidentes de juventud era monsieur de Vaugoubert uno de los pocos hombres de la alta sociedad (acaso el único) que estaba, como se dice en Sodoma, «en confidencias» con monsieur de Charlus. Pero aunque nuestro ministro cerca del rey Teodosio tenía algunos de los defectos del barón, no eran más que un pálido reflejo. Sólo en una forma muy atenuada, sentimental y boba presentaba esos altibajos de simpatía y de odio por los que el deseo de seducir, seguido del temor — igualmente imaginario— de ser, si no despreciado, al menos descubierto, hacía pasar al barón. Pero sí los tenía, esos altibajos, y, por una castidad, un «platonismo» (a los que, como gran ambicioso, había sacrificado, desde la edad de las oposiciones, todo placer), sobre todo por su nulidad intelectual, resultaban ridículos. Pero mientras que monsieur de Charlus clamaba las inmoderadas alabanzas con verdadero alarde de elocuencia, sazónándolas con las más sutiles, con las más aceradas burlas, hasta deshacer a un hombre para siempre, monsieur de Vaugoubert, por el contrario, expresaba la simpatía con la trivialidad de un hombre de último orden, de un hombre del gran mundo y de un funcionario, y los agravios (generalmente forjados de arriba abajo, como en el barón) con una malevolencia sin cuartel pero sin ingenio y que chocaba más porque, generalmente, estaba en contradicción con lo que había dicho seis meses antes y acaso volvería a decir poco después: regularidad en la variación que daba cierta poesía casi astronómica a las diversas fases de la vida de monsieur de Vaugoubert, aunque, a no ser por esto, nadie menos que él hubiera hecho pensar en un astro.

El saludo que me devolvió no tenía nada de lo que hubiera sido el de monsieur de Charlus. Monsieur de Vaugoubert ponía en el suyo, además de las maneras que él creía del gran mundo y de la diplomacia, un aire

desenvuelto, jovial, sonriente, con lo que pretendía parecer, por una parte, un hombre encantado de la vida —cuando la verdad era que, interiormente, rumiaba los sinsabores de una carrera sin ascensos y amenazada de jubilación—, y, por otra parte, aún un hombre joven, viril y seductor, cuando veía y ni siquiera se atrevía ya a mirar en el espejo las arrugas que se iban grabando en los ángulos de una cara que él hubiera querido conservar llena de encantos. No es que deseara conquistas efectivas, cuya sola idea le daba miedo por el qué dirán, por el escándalo, por el *chantage*. Después de pasar de un desenfreno casi desde la infancia a la incontinencia absoluta desde el día en que pensó en el Quai d'Orsay con el designio de hacer una gran carrera, parecía una fiera enjaulada, lanzando en todas direcciones unas miradas que expresaban miedo, apetencia y estupidez. La suya era tan grande que no pensaba en que los golfos de su adolescencia ya no eran unos niños y cuando un vendedor de periódicos le gritaba en sus narices: *La Presse!*, se estremecía de espanto más que de deseo, creyéndose reconocido y descubierto.

Pero, a falta de los placeres sacrificados a la ingratitud del Quai d'Orsay, monsieur de Vaugoubert —y por eso hubiera querido agradar todavía— tenía bruscos impulsos sentimentales. Dios sabe las cartas con que asediaba al ministro, las estratagemas personales que ponía en juego, los anticipos que tomaba sobre el crédito de madame de Vaugoubert (a la que por su corpulencia, su alto linaje, su aspecto masculino, y sobre todo la mediocridad del marido, se creía dotada de capacidades eminentes y haciendo de ministro) para que entrara en el personal de la legación, sin ninguna razón valedera, un joven carente de todo mérito. Verdad es que, a los pocos meses, a poco que el insignificante agregado pareciera, sin sombra de mala intención, haber dado pruebas de frialdad a su jefe, éste, creyéndose despreciado o traicionado, ponía en castigarle el mismo ardor histórico que antes pusiera en exaltarle. Movía cielo y tierra para que lo trasladaran y el director de asuntos políticos recibía diariamente una carta. «¿Qué espera para librarme de ese mercenario? Dómele un poco, por su propio bien. Lo que necesita es sufrir un poco.» Por eso el puesto de agregado cerca del rey Teodosio era poco agradable. Pero en todo lo demás, monsieur de Vaugoubert, por su perfecto tacto de hombre de sociedad, era uno de los mejores agentes del Gobierno francés en el extranjero. Cuando, pasado un tiempo, le sustituyó un hombre

supuestamente superior, docto en todas las cosas, no tardó en estallar la guerra entre Francia y el país donde reinaba el rey.

A monsieur de Vaugoubert, como a monsieur de Charlus, no le gustaba saludar el primero. Uno y otro preferían «contestar», temiendo siempre las habladurías que, desde que no le habían visto, hubiera podido oír sobre ellos la persona a quien, de no ser por eso, hubieran tendido la mano. Me contestó con aire maravillado y encantado, moviendo mucho los ojos como si hubiera a uno y otro lado alfalfa prohibida que pacer. Me pareció conveniente pedirle que me presentara a madame de Vaugoubert antes que al príncipe, del que no pensaba hablarle hasta más tarde. La idea de ponerme en relación con su mujer pareció llenarle de alegría, tanto por él como por ella, y, con paso resuelto, me condujo hacia la marquesa. Al llegar ante ella, me señaló con la mano y con los ojos, con todas las muestras de consideración posibles, pero permaneció mudo y se retiró en seguida, muy vivaracho, para dejarme solo con su mujer, que me había tendido la mano, pero sin saber a quién dirigía esta prueba de amabilidad, pues comprendí que monsieur de Vaugoubert había olvidado cómo me llamaba, o quizá ni siquiera me había reconocido, y no queriendo, por cortesía, decírmelo, había reducido la presentación a una simple pantomima. De modo que yo no había adelantado nada: ¿cómo me iba a presentar al dueño de la casa una señora que no sabía mi nombre? Además me veía obligado a hablar unos momentos con madame de Vaugoubert. Y esto me fastidiaba con doble motivo. No quería eternizarme en aquella fiesta, pues había quedado con Albertina (le había dado un palco para *Fedra*) en que vendría a verme un poco antes de las doce. Cierto que no estaba enamorado de ella en absoluto; al hacerla venir aquella noche obedecía a un deseo puramente sensual, por más que estuviéramos en esa época tórrida del año en que la sensualidad liberada se va más fácilmente a los órganos del gusto, buscando sobre todo el fresco. Más que del beso de una muchacha, tiene sed de una naranjada, de un baño, hasta de contemplar esa luna mondada y jugosa que le quitaría la sed al cielo. Pero esperaba liberarme, junto a Albertina —que además me recordaba el frescor de las olas— de las añoranzas que me iban a dejar tantos preciosos rostros (pues la fiesta que daba la princesa era también para señoritas). Por otra parte, el de la imponente madame de Vaugoubert, borbónico y hosco, no tenía nada de atractivo. Le decían al ministro, sin sombra de malicia, que, en aquel matrimonio, el marido llevaba las faldas y la mujer los

pantalones. Y en esto había más verdad de lo que se pensaba. Madame de Vaugoubert era un hombre. Que hubiera sido siempre así o que se hubiera vuelto como yo la veía importa poco, pues en uno y otro caso se trata de uno de los más impresionantes milagros de la naturaleza, que asimilan, sobre todo el segundo, el reino humano con el reino de las flores. En la primera hipótesis —que la futura madame de Vaugoubert hubiera sido siempre tan hombruna—, la naturaleza, por un ardid diabólico y benéfico, da a la muchacha el aspecto engañoso de un hombre. Y el adolescente al que no le gustan las mujeres y quiere curarse encuentra con alegría este subterfugio de descubrir una novia que le representa un cargador de muelle. En el caso contrario, si la mujer no tiene desde el principio los caracteres masculinos, los adquiere poco a poco para agradar a su marido, aun inconscientemente, con esa especie de mimetismo en virtud del cual ciertas flores toman la apariencia de los insectos a los que quieren atraer. El pesar de no ser amada, de no ser hombre, la viriliza. Prescindiendo del caso que nos ocupa, ¿quién no ha observado que los matrimonios más normales acaban por parecerse, a veces incluso para intercambiar sus cualidades? Un antiguo canciller alemán, el príncipe de Bulow, casó con una italiana. Pasado el tiempo se observó en el Pincio que el esposo germano había adquirido la finura italiana, y la princesa italiana la rudeza alemana. Saliendo a un punto excéntrico de las leyes que trazamos, todos conocen el caso de un eminente diplomático francés cuyo origen se recordaba sólo por su nombre, uno de los más ilustres de Oriente. Al madurar, al envejecer, salió en él el oriental que nunca había asomado, y al verle se echa de menos el fez que le completaría.

Volviendo a costumbres muy ignoradas del embajador cuya silueta, ya de antiguo voluminosa, acabamos de evocar, madame de Vaugoubert encarnaba el tipo, adquirido o predestinado, cuya inmortal imagen es la princesa Palatina, siempre en traje de amazona y que, habiendo tomado de su marido algo más que la virilidad, adoptando los defectos de los hombres a los que no les gustan las mujeres, denuncia en sus cartas de comadre las relaciones que tienen entre ellos todos los grandes señores de la corte de Luis XIV. Una de las causas que acentúan más aún el aire masculino de las mujeres como madame de Vaugoubert es que el abandono en que las dejan sus maridos, la vergüenza que esto les causa, van secando en ellas todo lo propio de la mujer. Y acaban por tomar las cualidades y los defectos que el marido no tiene. A medida que va siendo

más frívolo, más afeminado, más indiscreto, van siendo ellas como la efigie sin encanto de las virtudes que el esposo debería practicar.

Señales de oprobio, de disgusto, de indignación, empañaban el rostro regular de madame de Vaugoubert. Lo malo es que yo sentía que me consideraba, con interés y curiosidad, como uno de esos jóvenes que le gustaban a monsieur de Vaugoubert, y que tanto hubiera deseado ser ella ahora que su marido, al envejecer, prefería la juventud. Me miraba con la atención de esas personas de provincias que copian de un catálogo de tienda de modas el traje sastre que tan bien le cae a la bella persona dibujada (en realidad, la misma en todas las páginas, pero ilusoriamente multiplicada en criaturas diferentes por la diferencia de actitudes y la variedad de los vestidos). La atracción vegetal que impulsaba hacia mí a madame de Vaugoubert era tan fuerte que llegó hasta cogerme del brazo para que la llevara a tomar una naranjada. Pero yo me solté alegando que me iba a marchar en seguida y que todavía no me habían presentado al dueño de la casa.

La distancia que me separaba de la entrada de los jardines donde el dueño de la casa estaba hablando con algunas personas no era muy grande. Pero me daba más miedo que si, para atravesarla, hubiera que exponerse a un fuego continuo.

Muchas mujeres que, a mi parecer, hubieran podido presentarme estaban en el jardín, donde, por más que fingieran una exaltada admiración, no sabían bien qué hacer. Las fiestas de este tipo son, en general, anticipadas. No tienen verdadera realidad hasta el día siguiente, cuando ocupan la atención de las personas que no fueron invitadas a ellas. Un verdadero escritor, exento del estúpido amor propio de tanta gente de letras, si, al leer el artículo de un crítico que siempre le ha mostrado la mayor admiración, ve citados los nombres de autores mediocres y no el suyo, no tiene tiempo de detenerse en lo que pudiera ser para él un motivo de extrañeza: le reclaman sus libros. Pero una mujer de la alta sociedad no tiene nada que hacer, y al ver en *Le Fígaro*: «Los príncipes de Guermantes dieron ayer una gran fiesta, etc.», exclama: «¡Pero cómo, hace tres días estuve hablando una hora con María Gilberto y no me dijo una palabra!», y se devana los sesos pensando en qué ha podido hacerles a los Guermantes. Debemos decir que en lo que toca a las fiestas de la princesa, el asombro era a veces tan grande en los invitados como en los no invitados. Pues esas fiestas explotaban cuando menos se esperaba, y llamaban a gentes que

madame de Guermantes había olvidado durante años. Y casi todas las personas de la alta sociedad son tan insignificantes que cada una de ellas, para juzgar a las otras, no toma más que la medida de su amabilidad: invitada, las quiere; excluida, las detesta. En cuanto a éstos, si la princesa, aun siendo amigos suyos, no los invitaba, solía ser por miedo de contrariar a «Palaméde», que los había excomulgado. Podía, pues, estar seguro de que la princesa no había hablado de mí a monsieur de Charlus, pues de otro modo no me encontraría yo allí. Monsieur de Charlus estaba ahora apoyado de codos frente al jardín, junto al embajador de Alemania, en la rampa de la gran escalera que conducía al hotel, de tal modo que los invitados, a pesar de las tres o cuatro admiradoras que rodeaban al barón y casi le tapaban, no tenían más remedio que acercarse a saludarle. El barón contestaba nombrando a cada uno por su nombre. Y se oía sucesivamente: «Buenas noches, monsieur du Hazay; buenas noches, madame de La Tour du Pin-Gouvernet; buenas noches, Philibert; buenas noches, querida embajadora, etc.». Esto hacía un run-run continuo, sólo interrumpido por recomendaciones benévolas o preguntas (sin que el barón escuchara las respuestas) que monsieur de Charlus dirigía en tono más suave, calculado para expresar la indiferencia, y benévolo: «Tenga cuidado de que la pequeña no coja frío, que los jardines son siempre un poco húmedos. Buenas noches, madame de Brantew. Buenas noches, madame de Mecklembourg. ¿Ha venido la niña? ¿Se ha puesto aquel vestido rosa tan bonito? Buenas noches, Saint-Géran.» Claro es que había orgullo en esta actitud. Monsieur de Charlus sabía que era un Guermantes y ocupaba un lugar preponderante en la fiesta. Pero no era sólo orgullo, y esta misma palabra, fiesta, evocaba, para el hombre de dones estéticos, el sentido lujoso, curioso que puede tener si la fiesta se celebra, no en una casa del gran mundo, sino en un cuadro de Carpaccio o del Veronés. Y hasta es probable que el príncipe alemán que era monsieur de Charlus se representara más bien la fiesta que tiene lugar en *Tannhauser* y a él mismo como el Margrave diciendo, a la entrada de la Warburg, unas palabras condescendientes a cada invitado, mientras su paso por el castillo o por el parque es saludado con la larga frase, cien veces repetida, de la famosa «Marcha».

Pero tenía que decidirme. Veía bajo los árboles algunas señoras a las que trataba más o menos, pero parecían transformadas, porque estaban en casa de la princesa y no en casa de su prima y yo las veía sentadas no ante

un plato de Sajonia, sino bajo las ramas de un castaño de Indias. Lo de menos era la elegancia del medio. Aunque hubiera sido mucho menor que en casa de «Oriana», mi azoramiento habría sido el mismo. Si en nuestro salón se corta la electricidad y hay que sustituirla con lámparas de aceite, nos parece que todo cambia. Me sacó de mi incertidumbre madame de Souvré. «Buenas noches —me dijo acercándose a mí—. ¿Hace mucho tiempo que no ha visto a la duquesa de Guermantes?» Tenía un don especial para dar a este tipo de frases una entonación demostrativa de que no las decía por vaciedad como esas personas que, no sabiendo de qué hablar, nos abordan mil veces citando una relación común, a veces muy vaga. Lo dijo con un sutil hilo conductor de la mirada que significaba: «No crea que no le he reconocido. Es usted el joven que vi en casa de la duquesa. Le recuerdo muy bien.» Desgraciadamente, esta protección que extendía sobre mí una frase de apariencia tonta y de intención delicada era muy frágil y se rompió en cuanto quise utilizarla. Madame de Souvré tenía el arte, cuando se trataba de apoyar una aspiración ante un poderoso, de hacer ver al solicitante que le recomendaba y al alto personaje que no recomendaba a aquel solicitante, de tal modo que este gesto de doble sentido le abría un crédito de reconocimiento hacia éste sin crearle una deuda ante el otro. Animado por la amable disposición de aquella dama a pedirle que me presentara a monsieur de Guermantes, aproveché un momento en que el dueño de la casa no miraba hacia nosotros, me cogió maternalmente por los hombros y, sonriendo a la cara vuelta del príncipe, que no podía verla, me empujó hacia él con un movimiento aparentemente protector y voluntariamente ineficaz que me dejó plantado casi en el punto de partida. Tal es la cobardía de la gente del gran mundo.

La de una dama que se acercó a saludarme por mi nombre fue mayor aún. Yo intentaba encontrar el suyo mientras le estaba hablando; recordaba muy bien haber cenado con ella y las palabras que había dicho. Pero mi atención, concentrada en la zona interior donde moraban estos recuerdos de la dama, no lograba descubrir su nombre. Y, sin embargo, allí estaba. Mi pensamiento había emprendido una especie de juego con él para captar sus contornos, la letra con que comenzaba, hasta dilucidarlo completo. Trabajo perdido: sentía casi su masa, su peso; en cuanto a sus formas, al confrontarlas con el tenebroso cautivo acurrucado en la noche interior, me decía: «No, no es eso». Claro que mi mente hubiera podido crear los nombres más difíciles. Por desgracia no se trataba de crear, sino de



reproducir. Toda acción mental es fácil siempre que no esté sometida a lo real. Aquí no tenía más remedio que someterme. Por fin vino de pronto el nombre entero: «Madame d'Arpajon». Digo mal al decir que vino, pues creo que no surgió en una propulsión por sí mismo. No me parece tampoco que los leves y numerosos recuerdos relacionados con aquella dama, y a los que yo pedía insistentemente ayuda (con exhortaciones como ésta: «Vamos, es esa señora que es amiga de madame de Souvré, que le tiene a Victor Hugo una admiración tan ingenua, mezclada con tanto espanto, con tanto horror»), no me parece que todos aquellos recuerdos, revoloteando entre su nombre y yo, sirvieran lo más mínimo para sacarlo a la superficie. En ese juego del escondite que se juega encarnizadamente en la memoria cuando se quiere encontrar un nombre no hay una serie de aproximaciones graduales. No se ve nada, hasta que, de repente, aparece el nombre exacto y muy diferente de lo que se creía adivinar. No es que el nombre haya venido a nosotros. No, más bien creo que a medida que vamos viviendo, pasamos el tiempo en alejarnos de la zona donde un nombre se dibuja bien distinto, y si yo, de repente, atravesé la oscuridad y vi claro, fue por un ejercicio de mi voluntad y de mi atención, que aumentaba la acuidad de mi mirada interior. En todo caso, si hay transiciones entre el olvido y el recuerdo, son transiciones inconscientes. Pues los nombres de etapa por los que pasamos antes de encontrar el nombre verdadero son falsos, y no nos acercan en nada a él. En rigor, ni siquiera son nombres, sino, muchas veces, simples consonantes que ni siquiera están después en el nombre encontrado. Por otra parte, este trabajo mental que pasa de la nada a la realidad es tan misterioso que, después de todo, quizás esas falsas consonantes sean unos cables previos torpemente tendidos para ayudarnos a agarrar el nombre exacto. «Todo eso —dirá el lector— no nos explica nada sobre la falta de complacencia de esa señora; pero ya que se ha detenido tanto tiempo en ello, señor autor, permítame que le haga perder un minuto más para decirle que es una lástima que, tan joven como es (o como era su héroe si no es usted), tuviera ya tan poca memoria como para no recordar el nombre de una señora a la que conocía muy bien». Sí que es muy lamentable, señor lector. Y más triste de lo que usted cree cuando percibimos ya el anuncio del tiempo en que los nombres y las palabras desaparecerán de la zona clara del pensamiento y tendremos que renunciar para siempre a nombrarnos a nosotros mismos a las personas que mejor hemos conocido. Sí que es muy lamentable que desde la juventud

tengamos que recurrir a esa laboriosa búsqueda de unos nombres que conocemos bien. Pero si ese achaque se produjera solamente cuando se trata de nombres apenas conocidos, muy naturalmente olvidados y de los que no quisiéramos tomarnos el trabajo de acordarnos, ese achaque no dejaría de tener sus ventajas. «¿Cuáles, dígame?» ¡Ah, señor mío!, es que sólo la enfermedad hace notar y conocer y permite descomponer los mecanismos que, sin la enfermedad, no se conocerían. Un hombre que todas las noches cae en la cama como un tronco y ya no vive hasta que se despierta y se levanta, ¿pensaría nunca en hacer, si no grandes descubrimientos, al menos pequeñas observaciones sobre el sueño? Apenas se entera de que duerme. No es inútil un poco de insomnio para apreciar el sueño, proyectar algo de luz en esa noche. Una memoria sin fallos no mueve precisamente a estudiar los fenómenos de la memoria. «Pero, en fin, ¿le presentó madame d'Arpajon al príncipe?» No, pero cállese y déjeme continuar mi relato.

Madame d'Arpajon fue más cobarde aún que madame de Souvré, pero su cobardía era más disculpable. Sabía que siempre había tenido poco poder en la sociedad. Y este poco poder disminuyó aún por el enredo que tuvo con el duque de Guermantes; el abandono de éste fue el último golpe. La contrariedad que le produjo mi petición de que me presentara al príncipe se tradujo en un silencio con el que, ingenuamente, quiso hacerme creer que no me había oído. Ni siquiera se dio cuenta de que la irritación le hacía fruncir el entrecejo. O puede que sí se diera cuenta, pero no le importó la contradicción y la aprovechó para darme una lección de prudencia sin demasiada grosería, quiero decir una lección muda y no por eso menos elocuente.

Por otra parte, madame d'Arpajon estaba muy disgustada; había muchas miradas fijas en un balcón renacimiento en cuyo extremo se asomaba, no las estatuas monumentales que solían aplicarse en aquella época, sino la no menos escultural, la magnífica duquesa de Surgisle-Duc, que acababa de suceder a madame d'Arpajon en el corazón de Basin de Guermantes. Bajo el ligero tul blanco que la protegía del fresco nocturno, se veía, grácil, su cuerpo en vuelo de Victoria.

No me quedaba más recurso que monsieur de Charlus, que había vuelto a una estancia del piso bajo por la que se salía al jardín. Tuve tiempo sobrado (mientras él se fingía absorto en una simulada partida de whist que le permitía hacer como que no veía a la gente) de admirar la

buscada y artística sencillez de su frac, que, por ciertos levísimos detalles que sólo un modisto hubiera podido notar, era como una «Armonía» en el blanco y negro de Whistler, más bien en negro, blanco y rojo, pues monsieur de Charlus llevaba, prendida del frac con un ancho cordón, la cruz de esmalte blanco, negro y rojo de caballero de la orden religiosa de Malta. En aquel momento, la partida del barón fue interrumpida por madame de Gallardon conduciendo a su sobrino, el vizconde de Courvoisier, un joven guapo y con un aire impertinente:

—Primo —dijo madame de Gallardon—, permítame que le presente a mi sobrino Adalberto. Adalberto, aquí tienes al famoso tío Palaméde, del que oyes hablar constantemente.

—Buenas noches, madame Gallardon —contestó monsieur de Charlus. Y añadió sin mirar siquiera al joven—: Buenas noches, caballero —con un gesto hosco y en un tono tan violentamente descortés, que todo el mundo se quedó estupefacto. Quizá monsieur de Charlus, sabiendo que madame de Gallardon tenía ciertas dudas sobre sus costumbres y no había podido resistir una vez a hacer una alusión a ellas, quería cortar en seco cualquier exagerada versión que ella pudiera dar de una acogida amable a su sobrino, al mismo tiempo que hacer una resonante profesión de indiferencia ante los jóvenes; acaso le pareció que el tal Adalberto no respondió a las palabras de su tía con un gesto suficientemente respetuoso; quizá, queriendo dejar para más tarde su encuentro sabroso con un primo tan agradable, quería hacerlo con la ventaja de una agresión previa, como los soberanos que, antes de emprender una acción diplomática, la apoyan en una acción militar.

No era tan difícil como yo creía que monsieur de Charlus accediera a mi petición de que me presentara. Por una parte, en los últimos veinte años, este Don Quijote se había batido con tantos molinos de viento (en muchos casos con parientes que, a su juicio, se habían portado mal con él), había excluido a tantos, «como personas a quienes era imposible recibir», de ser invitados por unos o por otros Guermantes, que éstos comenzaban a tener miedo de indisponerse con todas las personas que querían, a privarse hasta su muerte de tratar a algunos recién llegados que les inspiraban curiosidad, por solidarizarse con los rencores furibundos pero inexplicados de un cuñado o primo que hubiera querido que abandonaran por él a la mujer, al hermano, a los hijos. Monsieur de Charlus, más inteligente que los otros Guermantes, se daba cuenta de que ya no hacían caso de sus

exclusivas más que una vez de cada dos, y, adelantándose al futuro, temiendo que un día acabaran por privarse de él y no de los demás, había comenzado a dar marcha atrás, a bajar, como suelen decir, sus precios. Además, si tenía la facultad de dar por meses, por años, una vida idéntica a un ser detestado —al que no hubiera tolerado que se invitara, y antes se habría peleado como un cargador con una reina, sin que ya contara para él la calidad de lo que le estorbaba—, en cambio sus explosiones de cólera eran demasiado frecuentes para que no fueran fragmentarias. «¡Imbécil, canallita, te van a poner en tu sitio, la basura a la alcantarilla, donde desgraciadamente no será inofensiva para la salud pública!», bramaba, aunque estuviera solo en su casa, leyendo una carta que juzgaba irreverente o recordando unas palabras que le habían dicho. Pero un nuevo acceso de ira contra un segundo imbécil disipaba el otro, y a poco deferente que estuviera el primero, hacía olvidar la crisis por él ocasionada, sin dar tiempo a formar un fondo de odio lo bastante duro para construir sobre él. Por eso quizá habría logrado mi propósito —a pesar de su irritación contra mí— cuando le pedí que me presentara al príncipe, si no hubiera tenido la desafortunada idea de añadir por escrúpulo, y porque no pudiera suponerme la indelicadeza de haber entrado al azar contando con que él haría que me quedara:

—Los conozco muy bien, la princesa ha sido muy amable conmigo.

—Pues si los conoce, ¿qué falta le hace que yo le presente? —me contestó en un tono tajante, y, volviéndome la espalda, reanudó su imaginaria partida con el nuncio, el embajador de Alemania y un personaje que yo no conocía.

Entonces, desde el fondo de aquellos jardines donde antaño criaba el duque de d'Aiguillon los animales raros, llegó hasta mí, por las puertas abiertas de par en par, una especie de ronquido que venteaba tantas elegancias y no quería perder nada de ellas. El ruido se fue acercando, yo me dirigí a todo riesgo hacia el lugar de donde procedía y en mi oído sonaron las buenas noches susurradas por monsieur de Bréauté, no como el chirrido irregular de afilar un cuchillo, menos aún como el gruñido del jabalí devastador de las tierras cultivadas, sino como la voz del salvador posible. Menos poderoso que madame de Souvré, pero no tan poco servicial, en mucho mejores términos con el príncipe que madame d'Arpajon, acaso haciéndose ilusiones sobre mi situación en el medio de los Guermantes, o acaso conociéndolos mejor que yo, me costó, sin

embargo, cierto trabajo, en los primeros segundos, captar su atención, pues, palpitantes las papilas de la nariz, dilatadas las ventanas de la misma, miraba a todos lados, maniobrando curiosamente su monóculo como si se encontrara ante quinientas obras maestras. Pero acogió con satisfacción mi demanda, me condujo hacia el príncipe y me presentó a él con un aire goloso, ceremonioso y vulgar, como si le ofreciera, recomendándoselos, una bandeja de pasteles. Así como la acogida del duque de Guermantes era, cuando él quería, amable, llana, cordial y familiar, encontré la del príncipe acompasada, solemne, altanera. Me sonrió apenas, me llamó gravemente «monsieur». Yo había oído muchas veces al duque burlarse de la gravedad de su primo. Pero desde las primeras palabras que me dijo y que, por su frialdad y su seriedad, contrastaban diametralmente con el lenguaje de buena camaradería de Basin, me di cuenta inmediatamente de que el hombre desdeñoso en el fondo era el duque que, desde la primera visita, le hablaba a uno de igual a igual, y que, de los dos primos, el verdaderamente sencillo era el príncipe. Yo veía en su reserva un sentimiento más grande, no diré de igualdad, pues esto no hubiera sido concebible para él, pero al menos de la consideración que se puede conceder a un inferior, como ocurre en todos los medios fuertemente jerarquizados, en palacio, por ejemplo, en una facultad, donde un fiscal general o un decano, conscientes de su alto cargo, albergan quizá más auténtica sencillez y, cuando se los conoce mejor, más bondad, más cordialidad, en su altivez tradicional que otros más modernos en su afectación de una camaradería superficial.

—¿Piensa usted seguir la carrera de su señor padre? —me dijo en un tono distante pero de interés. Contesté a su pregunta sumariamente, comprendiendo que la había hecho sólo por amabilidad, y me alejé para dejarle recibir a los que iban llegando.

Vi a Swann y quise hablarle, pero, en aquel momento, el príncipe de Guermantes, en vez de recibir sin moverse el saludo del marido de Odette, le arrastró, con la fuerza de una bomba aspirante, al fondo del jardín, como si fuera —dijeron algunas personas— a echarle a la calle.

Tan distraído en el gran mundo que hasta dos días después no me enteré, por los periódicos, de que había estado tocando toda la noche una orquesta checa y se habían encendido bengalas cada minuto, recobré cierta facultad de atención al pensar que iba a ver el célebre surtidor de Hubert Robert.

Se veía de lejos, en un claro cercado de magníficos árboles, algunos de los cuales eran tan antiguos como él, esbelto, inmóvil, rígido, sin permitir que la brisa lo agitara sino en la caída, más ligera, de su penacho pálido y trémulo. El siglo XVIII había depurado la elegancia de sus líneas, pero, al fijar el estilo del surtidor, parecía haberle quitado la vida; a aquella distancia, daba la impresión del arte más bien que la sensación del agua. Hasta la nubecilla húmeda que coronaba perpetuamente su cima conservaba el carácter de la época, como las que se congregan en el cielo alrededor del palacio de Versalles. Pero, de cerca, se notaba que, aun respetando, como las piedras de un palacio antiguo, el dibujo previamente trazado, eran aguas constantemente renovadas que, disparándose y queriendo obedecer a las órdenes primeras del arquitecto, no las cumplían exactamente sino queriendo violarlas, pues sólo mil surtidores dispersos podían dar a distancia la impresión de un solo surtidor. En realidad, éste se interrumpía tan a menudo como la dispersión de la caída, cuando, de lejos, me había parecido inflexible, denso, de una continuidad sin lagunas. Desde un poco más cerca se veía que esta continuidad, perfectamente lineal en apariencia, no se rompía en ningún punto de la subida del surtidor, permanecía allí donde hubiera debido quebrarse, por la entrada en línea, por la incorporación lateral de un surtidor paralelo que subía más alto que el primero y que a su vez, a una altura mayor, pero ya fatigosa para él, era relevado por un tercero. De cerca, unas gotas sin fuerza volvían a caer de la columna de agua, cruzándose con sus hermanas ascendentes, y a veces, rotas, cogidas en un remolino de aire que chocaba con aquel incesante manantío, flotaban antes de zozobrar en el estanque. Con sus vacilaciones, con su trayectoria en sentido inverso, se oponían a la derecha y a la tensión del tallo, lo difuminaban con su fonje vapor, coronándolo con una nube oblonga hecha de mil gotitas, pero en apariencia pintada en un ocre dorado e inmutable, que subía, infrangible, inmóvil, gallarda y rápida, a sumarse a las nubes del cielo. Lástima que una ráfaga de viento bastara para enviarla oblicuamente sobre la tierra; a veces se desprendía un simple surtidor divergente y, si la nubecilla no se mantenía a respetuosa distancia, mojaría hasta los huesos a la multitud imprudente y contemplativa.

Uno de estos pequeños accidentes, que apenas se producían sino cuando subía la brisa, fue bastante desagradable. Habían hecho creer a madame d'Arpajon que el duque de Guermantes —que en realidad no había llegado aún— estaba con madame de Surgis en las galerías de

mármol rosa a las que daba acceso la doble columnata interior que partía del pretil del estanque. En el momento en que madame d'Arpajon iba a entrar en una de estas columnatas, una fuerte ráfaga de brisa caliente torció el surtidor, y el surtidor inundó de tal modo a la hermosa dama que le entró el agua por el escote y quedó tan mojada como si la hubieran metido en un baño. No lejos de ella resonó un rugido acompasado, tan fuerte que hubiera podido oírlo todo un ejército, y al mismo tiempo prolongado en períodos como si se dirigiera no a todo el ejército a la vez, sino sucesivamente a cada parte de las tropas; era el gran duque Wladimiro, que se reía con toda su alma al ver la mojadura de madame d'Arpajon, una de las cosas más divertidas, solía decir después, que había visto en su vida. Como algunas personas caritativas dijeran al moscovita que el lance merecía quizá unas palabras de condolencia y que serían bien recibidas por aquella señora que, a pesar de sus cuarenta bien cumplidos, mientras se secaba con su echarpe, sin pedir ayuda a nadie, se ponía a salvo a pesar del agua que mojaba maliciosamente el brocal de la fuente, el gran duque, que tenía buen corazón, se creyó en el deber de hacer algo, y apenas extinguidos los últimos redobles militares de su risa, se oyó un nuevo fragor más violento aún que el otro.

—¡Bravo por la vieja! —exclamaba dando palmadas como en el teatro.

A madame d'Arpajon no le hizo mucha gracia que alabaran su destreza a expensas de su juventud. Y como alguien, ensordecido por el ruido del agua, dominado, sin embargo, por el trueno del gran duque, le dijera: «Creo que Su Alteza Imperial le ha dicho algo», contestó: «¡No!, era madame de Souvré».

Atravesé los jardines y volví a subir la escalera, donde la ausencia del príncipe, que se había alejado con Swann, engrosaba en torno a monsieur de Charlus la multitud de invitados, lo mismo que, cuando Luis XIV no estaba en Versalles, había más gente en torno a monsieur, su hermano. Me detuvo, al pasar, el barón, mientras, detrás de mí, se paraban a saludarle dos señoras y un joven.

—Muy amable que haya venido —me dijo tendiéndome la mano—. Buenas noches, madame de la Trémoille, buenas noches, mi querida Herminia.

Pero, seguramente, el recuerdo de lo que me había dicho sobre su papel de jefe en el hotel Guermantes le inducía a aparentar ante lo que le

disgustaba, pero no había podido evitar una satisfacción, a la que su impertinencia de gran señor y su vivacidad de histérico dieron en seguida una forma de ironía excesiva.

—Muy amable que haya venido, pero sobre todo es curioso.

Y su risa parecía demostrar a la vez su alegría y la impotencia de la palabra humana para expresarla, mientras algunas personas que sabían lo difícil que era llegar a él y conocían su inclinación a las «salidas» insolentes se acercaban con curiosidad y con un interés casi indecente.

—Vamos, no se enfade —me dijo dándome un golpecito en el hombro—, ya sabe que le quiero bien. Buenas noches, Antioche, buenas noches, Luis René. ¿Ha ido a ver el surtidor? —me preguntó en un tono más afirmativo que interrogativo—. Es muy bonito, ¿verdad? Es maravilloso. Y aún podía serlo más, naturalmente, suprimiendo algunas cosas, y entonces no habría en toda Francia nada parecido. Pero tal como está es ya de lo mejor. Bréauté le dirá que han hecho mal en iluminarlo, para hacer olvidar que fue a él a quien se le ocurrió esa idea absurda. Pero, después de todo, no logró afearlo más que un poco. Es mucho más difícil desfigurar una obra de arte que crearla. De todos modos, ya sospechábamos vagamente que Bréauté tenía menos fuerza que Hubert Robert.

Volví a la fila de visitantes que entraban en el hotel.

—¿Hace mucho tiempo que ha visto a mi encantadora prima Oriana? —me preguntó la princesa, que había abandonado hacía un momento su sillón de la entrada y con la que volvía a los salones—. Debe de venir esta noche, la he visto esta tarde —añadió la dueña de la casa—. Me lo prometió. Además creo que el jueves cena usted con nosotras dos en la cena de la reina de Italia, en la embajada. Estarán todas las Altezas imaginables, dará miedo.

Las Altezas no podían intimidar lo más mínimo a la princesa de Guermantes, en cuyos salones abundaban y que decía: «Mis *petits* Cobourg» como hubiera dicho: «Mis perritos». Y si dijo «dará miedo» fue por pura tontería, que, en las gentes del gran mundo, supera aún a la vanidad. De su propia genealogía sabía menos que un licenciado en historia. Y en cuanto a sus relaciones, le interesaba demostrar que conocía los apodos que les habían puesto. Me preguntó si iba a comer la semana siguiente en casa de la marquesa de la Pommelière; le contesté que no y se calló un momento. Después, sin más razón que la de una exhibición



voluntaria de una erudición involuntaria, de trivialidad y de adaptación al espíritu general, añadió:

—Es una mujer bastante agradable, la Pomme. Precisamente cuando la princesa estaba hablando conmigo llegaron los duques de Guermantes. Pero no pude salir en seguida a su encuentro, porque me llamó al paso la embajadora de Turquía, la cual, señalándome a la dueña de la casa, de la que acababa de separarme, exclamó cogiéndome por el brazo:

—¡Qué mujer más deliciosa es la princesa! ¡Qué criatura tan superior a todas! Creo que si yo fuera un hombre —añadió con un poquito de bajeza y de sensualidad orientales—, consagraría mi vida a esta criatura celestial.

Le contesté que me parecía encantadora, desde luego, pero que yo conocía mucho más a su prima la duquesa.

—Pero no hay comparación —me dijo la embajadora—, Oriana es una encantadora mujer del gran mundo que saca su ingenio de Mémé y de Babal, mientras que María Gilberto es alguien.

A mí no me gusta mucho que me digan así, sin apelación, lo que debo pensar de las personas que conozco. No había ninguna razón para que la embajadora de Turquía tuviera sobre el valor de la duquesa de Guermantes un juicio más autorizado que el mío. Por otra parte, lo que explicaba también mi irritación contra la embajadora es que los defectos de un simple conocido, e incluso de un amigo, son para nosotros verdaderos venenos, contra los que, afortunadamente, estamos «mitridatados». Pero, sin el menor aparato de comparación científica y sin hablar de anafilaxia, diremos que en el seno de nuestras relaciones amistosas o puramente mundanas, hay una hostilidad momentáneamente curada, pero recurrente por accesos. En general, estos accesos nos hacen poco daño, mientras sean «naturales». Diciendo «Babal» o «Mémé» para designar a personas que no conocía, la embajadora cortaba los efectos del «mitridatismo» que, generalmente, me la hacía tolerable. Me irritaba, lo que era doblemente injusto, porque no hablaba así para hacerme creer que era íntima de «Mémé», sino debido a una instrucción demasiado rápida que la hacía nombrar a aquellos nobles señores como ella creía que se acostumbraba en el país. Había hecho la carrera en pocos meses y no por sus pasos contados.

Pero, bien pensado, yo tenía a pesar mío otra razón para permanecer, contra mi gusto, junto a la embajadora. No hacía mucho tiempo que, en

casa de «Oriana», esta misma personalidad diplomática me había dicho en un tono motivado y serio que la princesa de Guermantes le era francamente antipática. Me pareció oportuno pasar por alto esta contradicción: la invitación a la fiesta de aquella noche la explicaba. La embajadora era perfectamente sincera al decirme que la princesa de Guermantes era sublime. Siempre lo había pensado, pero como hasta entonces no la habían invitado nunca a casa de la princesa, le pareció conveniente dar a la no invitación la forma de una abstención voluntaria por principios. Ahora que la habían invitado y probablemente seguirían invitándola, podía expresar libremente su simpatía. Para explicar las tres cuartas partes de nuestras opiniones sobre las personas no hace falta llegar hasta el fracaso amoroso, hasta la exclusión del poder político. El juicio permanece indeciso: una invitación negada o recibida lo decide. Por otra parte, la embajadora de Turquía, como decía la duquesa de Guermantes, que hizo conmigo la inspección de los salones, «hacía bien». Sobre todo era muy útil. Las verdaderas estrellas del gran mundo están hartas de exhibirse en él. Muchas veces, el que quiera verlas tendrá que emigrar a otro hemisferio en el que se encuentran casi solas. Pero las mujeres como la embajadora otomana, muy nuevas en el gran mundo, no dejan de lucirse al mismo tiempo en todos los lugares de ese gran mundo. Son útiles para esa especie de funciones teatrales que se llaman una *soirée*, una reunión social, a las que se harían llevar moribundas antes que perderlas. Son las comparsas con las que siempre se puede contar. Por eso, los inexpertos jóvenes, ignorando que se trata de falsas estrellas, creen que son las reinas de la elegancia, mientras que se necesitaría una lección para explicarles por qué razones madame Standish, ignorada de ellos y pintando almohadones lejos del mundo, es tan gran dama, por lo menos, como la duquesa de Doudeauville.

En la vida cotidiana, los ojos de la duquesa de Guermantes estaban distraídos y un poco melancólicos; sólo cuando tenía que saludar a algún amigo los animaba con una llama de inteligencia, como si el amigo fuera una frase ingeniosa, un detalle encantador, un regalo para exquisitos que, al degustarlo, tuvieran una expresión sagaz y gozosa, de entendidos. Pero en las grandes fiestas, como tenía que saludar a mucha gente, pensaba que hubiera sido fatigoso apagar la luz después de cada saludo. Así como un apasionado de la literatura, al ir a ver un estreno de un maestro del teatro, demuestra su seguridad de no pasar una mala velada ajustando

previamente los labios, mientras entrega sus prendas a la mujer del guardarropa, a una sonrisa sagaz, avivada la mirada por una aprobación maliciosa; así, nada más llegar, encendió la duquesa para toda la fiesta. Y mientras entregaba su abrigo de noche, de un magnífico rojo Tiepolo, dejando al descubierto un verdadero dogal de rubíes que encerraba el cuello, después de echar a su vestido esa mirada rápida, minuciosa y completa de modisto propia de una mujer del gran mundo, Oriana se cercioró del centelleo de sus ojos no menos que del de sus otras joyas. En vano algunas «buenas lenguas», como monsieur de Jouville, se precipitaron hacia el duque para impedirle entrar:

—Pero ¿no sabe que el pobre Mama se está muriendo? Acaba de recibir el viático.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó monsieur de Guermantes rechazando al importuno para entrar—. El viático ha producido gran efecto —añadió sonriendo de gusto al pensar en otra diversión a la que estaba decidido a no faltar después de la fiesta del príncipe.

—No queríamos que se supiera que habíamos vuelto —me dijo la duquesa.

No sospechaba que la princesa había desmentido de antemano esta afirmación contándome que había visto un momento antes a su prima y que le prometió asistir a la fiesta. El duque, después de fulminar con la mirada a su mujer durante cinco minutos:

—Le he contado a Oriana las dudas que tenía usted.

Oriana, ahora que veía que tales dudas no eran fundadas y que no tenía que hacer nada para intentar disiparlas, dijo que eran absurdas y se extendió en el comentario.

—¡Qué ocurrencia, pensar que no estaba invitado! ¡Siempre se está invitado! Y además aquí estaba yo. ¿Cree usted que no hubiera podido hacer que le invitaran en casa de mi prima?

Debo decir que, posteriormente, hizo por mí a menudo cosas mucho más difíciles; no obstante, me guardé muy bien de tomar aquellas palabras en el sentido de que había sido demasiado reservado. Empezaba a conocer el exacto valor del lenguaje, hablado o mudo, de la amabilidad oportuna de poner un bálsamo en el sentimiento de inferioridad de aquellos en quienes se ejerce, pero no hasta el punto de disiparlo, pues, en este caso, esa amabilidad ya no tendría razón de ser. «Pero usted es igual que nosotros, si no mejor», parecían decir los Guermantes en todos sus actos; y lo decían

de la manera más gentil que puede imaginarse, para ser queridos, admirados, pero no creídos; distinguir el carácter ficticio de esta amabilidad es lo que ellos llamaban estar mal educado; creer que era real, eso era mala educación. Y al poco tiempo recibí una lección que acabó de enseñarme, con la más perfecta exactitud, la extensión y los límites de ciertas formas de la amabilidad aristocrática. Fue en una *matinée* que dio la duquesa de Montmorency en honor de la reina de Inglaterra; se formó una especie de pequeño cortejo para ir al *buffet*; a la cabeza iba la reina cogida del brazo del duque de Guermantes. En este momento llegué yo. El duque, con su mano libre, me hizo, lo menos a cuarenta metros de distancia, grandes señales de llamada y de amistad, como queriendo decir que podía acercarme sin temor, que no me iban a comer crudo en lugar de los *sandwiches* o del *chester*. Pero yo, que empezaba a perfeccionarme en el lenguaje de las cortes, en vez de acercarme ni siquiera un paso, a mis cuarenta metros de distancia me incliné profundamente, pero sin sonreír, como hubiera hecho ante alguien apenas conocido, y luego seguí mi camino en el sentido opuesto. Hubiera yo escrito una obra maestra y los Guermantes no habrían hecho mayor aprecio de ella que de aquel saludo. No sólo no pasó inadvertido para el duque, aunque aquel día tuvo que contestar a más de quinientas personas, sino tampoco para la duquesa, que al encontrarse poco después a mi madre, se lo contó, guardándose de decirle que yo había hecho mal, que debía haberme acercado. Le dijo que a su marido le había maravillado mi saludo, que era imposible poner en él más cosas. Y no cesaban de encontrarle méritos al saludo, pero sin mencionar el que les había parecido más valioso: que había sido discreto, ni tampoco cesaban las felicitaciones, que yo interpreté, más que como recompensa por lo pasado, como indicación para el futuro, a semejanza de aquella, tan delicada, que hizo a sus alumnos un director de un colegio: «No olvidéis, queridos niños, que estos premios son, más que para vosotros, para vuestros padres, para que os envíen el año que viene». Así también, madame de Marsantes, cuando entraba en su medio alguna persona de otro nivel social, alababa delante de él a las personas discretas a las que «se encuentra cuando se las busca y que se hacen olvidar el resto del tiempo», como, indirectamente, se advierte a un criado maloliente que bañarse es muy bueno para la salud.

Cuando estaba yo hablando en el vestíbulo con madame de Guermantes, oí una voz de tal modulación que, desde entonces, iba a

discernirla sin posible error. Era, en aquel caso, la de monsieur de Vaugoubert hablando con monsieur de Charlus. Un clínico no necesita ni siquiera que el paciente en observación se levante la camisa ni escuchar la respiración: le basta la voz. ¡Cuántas veces, después, me impresionó en un salón la entonación o la risa de un hombre, aunque copiaba exactamente el lenguaje de su profesión o las maneras de su medio, afectando una severa distinción o una grosera familiaridad, pero cuya voz, desafinada, bastaba para decir a mi oído, ejercitado como el diapasón de un afinador: «es un Charlus»! Aunque mi descubrimiento del tipo de dolencia de que se trataba databa solamente de aquel mismo día (cuando vi a monsieur de Charlus y a Jupien), para dar un diagnóstico no hubiera necesitado hacer preguntas, auscultar. Pero monsieur de Vaugoubert parecía inseguro en su conversación con monsieur de Charlus. Sin embargo, pasadas las dudas de la adolescencia, debería saber a qué atenerse. El invertido se cree el único de su clase en el universo; sólo más tarde se figura —otra exageración— que la excepción única es el hombre normal. Pero monsieur de Vaugoubert, ambicioso y timorato, hacía mucho tiempo que no se había entregado a lo que hubiera sido para él el placer. La carrera diplomática había ejercido en su vida el efecto de una profesión religiosa. Combinada con la asistencia asidua a la Escuela de Ciencias Políticas, le consagró desde los veinte años a la castidad del cristiano. Y de la misma manera que un sentido va perdiendo fuerza y vivacidad, se va atrofiando cuando ya no se ejercita, monsieur de Vaugoubert, como el hombre civilizado que ya no tiene la fuerza física o la finura del oído del hombre de las cavernas, había perdido la especial perspicacia que rara vez fallaba en monsieur de Charlus; y en las mesas oficiales, lo mismo en París que en el extranjero, el ministro plenipotenciario no llegaba siquiera a reconocer a los que, bajo el disfraz del uniforme, eran en el fondo sus semejantes. Algunos nombres que pronunció monsieur de Charlus, que se indignaba si le citaban por sus aficiones, pero era muy amigo de divulgar las de los demás, causaron a monsieur de Vaugoubert una sorpresa deliciosa. No es que, al cabo de los años, pensara aprovechar ninguna oportunidad. Pero aquellas revelaciones rápidas, semejantes a las que en las tragedias de Racine hacen saber a Atalía y a Abner que Joás es de la raza de David, que Ester «en la púrpura sentada» tiene padres judíos, cambiando el aspecto de la legación de X... o tal servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores, hacían retrospectivamente aquellos palacios tan misteriosos como el templo de

Jerusalén o el salón del trono de Susa. Ante aquella embajada cuyo personal joven se acercó en pleno a estrechar la mano a monsieur de Charlus, monsieur de Vaugoubert adoptó la actitud maravillada de Elisa exclamando en Esther:

*Ciel! quel nombreux essaim d'innocentes beautés  
S'offre à mes yeux en foule et sort de tous côtés!  
Quelle aimable pudeur sur leur visage est peinte!*

Luego, deseoso de más «información», echó sonriente a monsieur de Charlus una mirada bobamente interrogadora y concupiscente:

—¡Pero, claro, hombre! —dijo monsieur de Charlus en el tono docto de un erudito hablando a un ignaro.

Después de lo cual monsieur de Vaugoubert (lo que fastidió mucho a monsieur de Charlus) ya no apartó los ojos de aquellos jóvenes secretarios, que el embajador de X... en Francia, viejo experimentado, no había elegido al azar. Monsieur de Vaugoubert no decía nada, yo veía sólo sus miradas. Pero, habituado desde niño a prestar el lenguaje de los clásicos incluso a lo que es mudo, hacía decir a los ojos de monsieur de Vaugoubert los versos en los que Ester explica a Elisa que Mardoqueo, por celo por su religión, ha tenido buen cuidado de no poner en el séquito de la reina sino a doncellas pertenecientes a esta religión.

*Cependant son amour pour notre nation  
A peuplé ce palais de filies de Sion,  
Jeunes et tendres fleurs par le sort agitées,  
Sous un ciel étranger comme moi transplantées.  
Dans un lieu séparé de profanes témoins,  
Il (el excelente embajador) met á les former son étude  
[et sessoins]*

Por fin monsieur de Vaugoubert habló, y no sólo con los ojos.  
—A lo mejor —dijo con melancolía— eso existe en el país donde yo estoy.

—Es probable —contestó monsieur de Charlus—, empezando quizá por el rey Teodosio, aunque yo no sé nada concreto de él.

—¡Oh, nada de eso!

—Pues entonces no hay derecho a parecerlo hasta ese punto. Y hace sus gestecitos. Es del género «querida mía», el género que más detesto. Ni siquiera me atrevería a salir a la calle con él. Pero usted debe de conocerle bien, pasa por ser el lobo blanco.

—Está usted completamente equivocado en esto. Además es encantador. El día en que se firmó el tratado con Francia, el rey me besó. Nunca he sentido tanta emoción.

—Pues era el momento de decirle lo que deseaba.

—¡Dios mío, qué horror, si llega a tener la menor sospecha! Pero en cuanto a esto no siento ningún temor.

Palabras que yo oí, pues no estaba lejos, y que me hicieron recitar mentalmente:

*Le roi jusqu'à ce jour ignore qui je suis,  
Et ce secret toujours tient ma langue enchaînée*

Este diálogo, mitad mudo, mitad hablado, no duró más que unos momentos, y no había dado yo más que unos pasos por los salones con la duquesa de Guermantes, cuando la detuvo una damita morena y muy bonita:

—Me gustaría mucho verla. D'Annunzio, que la vio desde un palco, dijo en una carta a la princesa de T... que no había conocido jamás cosa tan bella. Dará toda su vida por diez minutos de conversación con usted. De todos modos, si no puede o no quiere, la carta está en mi poder. Tendrá que darme una cita. Hay ciertas cosas secretas que no puedo decir aquí. Ya veo que no me reconoce —añadió dirigiéndose a mí—; le conocí en casa de la princesa de Parma —donde yo no había estado nunca—. El emperador de Rusia quisiera que enviaran a su padre de usted a Petersburgo. Si pudiera usted venir el martes, precisamente estará Isvolski y hablaría con usted... Tengo un regalo para usted, querida —añadió dirigiéndose de nuevo a la duquesa—, un regalo que no se lo haría a nadie más que a usted: los manuscritos de tres obras de Ibsen que me ha enviado por su viejo enfermero. Me quedaré con uno y le daré los otros dos.

Al duque de Guermantes no le hacían mucha gracia aquellos ofrecimientos. Como no estaba seguro de si Ibsen o D'Annunzio habían muerto o vivían, veía ya a escritores, a dramaturgos visitar a su mujer y ponerla en sus obras. Para las personas del gran mundo los libros suelen ser como una especie de cubo en el que el autor levanta una tapia y se apresura a meter a la gente que va conociendo. No cabe duda de que esto es desleal, y los escritores son gente de poca categoría. Claro que no estaría mal verlos «de paso», pues gracias a ellos, leyendo un libro o un artículo, se conocen los «entre telones», se puede «quitar caretas». De todos modos, lo más prudente es limitarse a los autores muertos. Para monsieur de Guermantes, el único «perfectamente correcto» era el señor que hacía la sección necrológica en *Le Gaulois*. Al menos ése se contentaba con citar el nombre de monsieur de Guermantes a la cabeza de las personas especialmente destacadas en los entierros en los que el duque había firmado. Cuando este señor prefería que su nombre no figurase, en vez de firmar mandaba una carta de pésame a la familia del difunto expresándole su profundo dolor. Y si esta familia hacía poner en el periódico: «Entre las cartas recibidas citaremos la del duque de Guermantes, etc.», la culpa no era del gacetillero, sino del hijo, hermano o padre de la difunta; el duque los motejaba de aprovechados y decidía cortar todo trato con ellos. El caso es que los nombres de Ibsen y D'Annunzio, y su incierta supervivencia, hicieron al duque fruncir el entrecejo; no estaba todavía lo bastante lejos de nosotros para no oír las amabilidades de madame Timoleón d'Amoncourt. Era una mujer encantadora, de un ingenio y de una belleza tan sobresalientes que una sola de ambas prendas hubiera bastado para ganar adeptos. Pero nacida fuera del medio en el que ahora vivía, sin aspirar en un principio más que a un salón literario, amiga sucesivamente —pero no amante: era de costumbres muy puras— y exclusivamente de cada gran escritor que le daba todos sus manuscritos, escribía libros para ella misma; el azar la introdujo en el Faubourg Saint-Germain, donde le fueron útiles estos privilegios literarios. Su situación actual le permitía no dispensar otras gracias que las que su presencia repartía. Pero habituada de antiguo al tejemaneje social, a conceder favores, perseveraba en ello, aunque ya no fuese necesario. Siempre tenía un secreto de Estado que contar, un potentado a quien presentarle a uno, una acuarela de maestro que regalar. Había, desde luego, un poco de mentira en todos estos atractivos inútiles, pero madame



Timoleón d'Amoncourt hacía de su vida una comedia muy brillante, y lo cierto es que hacía nombrar prefectos y generales.

La duquesa de Guermantes, andando a mi lado, lanzaba hacia adelante la azulada luz de sus ojos, pero flotando en el vacío, para evitar a las personas con las que no le interesaba entrar en relación, escollo amenazador que adivinaba a veces desde lejos. Avanzábamos entre una doble fila de invitados, los cuales, sabiendo que nunca conocerían a «Oriana», querían por lo menos mostrársela, como una curiosidad, a la esposa: «Ven, Úrsula, ven corriendo a ver a madame de Guermantes: la que está hablando con ese joven». Y se notaba que no andaban lejos de subirse a una silla para ver mejor, como en el desfile del 14 de julio o en el Gran Premio. Y no es que la duquesa de Guermantes tuviera un salón más aristocrático que su prima. Al de la primera iban personas que la segunda no hubiera invitado jamás, sobre todo por su marido. Nunca hubiera recibido a madame Alphonse de Rothschild, que, íntima amiga de madame de la Trémouille y de madame de Sagan, así como de la misma Oriana, iba mucho a casa de ésta. Lo mismo ocurría con el barón Hirsch, al que el príncipe de Gales había llevado a casa de la duquesa, pero no a la de la princesa, que no le hubiera recibido bien, y también con algunas grandes notoriedades bonapartistas o hasta republicanas que interesaban a la duquesa pero a las que el príncipe, monárquico convencido, no habría querido recibir por principio. Su antisemitismo, también por principio, no cedía ante ninguna elegancia, por acreditada que fuese, y si recibía a Swann, del que era amigo de siempre, y además era el único Guermantes que le llamaba Swann, y no Carlos, era porque, sabiendo que la abuela de Swann, protestante casada con un judío, había sido amante del duque de Berri, procuraba de vez en cuando creer en la leyenda según la cual el padre de Swann era hijo del príncipe. Según esta hipótesis, desde luego falsa, Swann, hijo de un católico, que a su vez era hijo de un Borbón y de una católica, era enteramente cristiano.

—Pero ¿no conoce usted estos esplendores? —me dijo la duquesa refiriéndose al hotel donde estábamos. Pero después de celebrar el «palacio» de su prima, se apresuró a añadir que ella prefería mil veces «su humilde rincón». Esto es admirable para venir a verlo, como se va a ver un museo, pero me moriría de pena si tuviera que quedarme a dormir en una de estas habitaciones, donde han tenido lugar tantos acontecimientos históricos. Me haría el efecto de haberme quedado dentro al cerrar, de que

me habían dejado olvidada en el castillo de Blois, en el palacio de Fontainebleau, hasta en el Louvre, sin más recurso contra la tristeza que decirme que estoy en la habitación donde fue asesinado Monaldeschi. Como manzanilla, es insuficiente. Mire, ahí está madame de Saint-Euverte. Hemos comido hace un rato en su casa. Como mañana da su gran festejo anual, pensé que se habría ido a la cama. Pero no puede perderse una fiesta. Si ésta de aquí fuera en el campo, habría montado en una alfombra volante antes que faltar.

En realidad, madame de Saint-Euverte había venido aquella noche, más que por el gusto de no perder una fiesta en casa ajena, por afianzar el éxito de la suya, por reclutar a los últimos adeptos y, en cierto modo, por pasar revista *in extremis* a las tropas que al día siguiente iban a evolucionar brillantemente en su *garden-party*. Pues, desde hacía bastantes años, los invitados a las fiestas Saint-Euverte no eran ya del todo los mismos de otro tiempo. Las notabilidades femeninas del medio Guermantes, tan escasas entonces, colmadas de atenciones por la dueña de la casa, habían ido llevando a sus amigas. Al mismo tiempo, mediante un trabajo paralelamente progresivo, pero en sentido inverso, madame de Saint-Euverte había ido reduciendo de año en año el número de personas desconocidas en el mundo elegante. Primero una, después otra, las había dejado de ver. Durante algún tiempo funcionó el sistema de las «hornadas», que, organizando fiestas silenciosas, permitía convidar a los excluidos a ir a divertirse entre ellos, lo que dispensaba de invitarlos con las personas distinguidas. ¿De qué podían quejarse? ¿No tenían (panem et circenses) pastelillos y un buen programa musical? Así, formando simetría con las dos duquesas expatriadas, que en otro tiempo, cuando empezó el salón de Saint-Euverte, sostenían, como dos cariátides, el dintel vacilante, en los últimos años ya no se veían, mezcladas con el gran mundo, más que dos personas heterogéneas: la anciana madame de Cambremer y la mujer de un arquitecto que tenía una voz muy bonita y a la que muchas veces tenían que pedirle que cantara. Pero como ya no conocían a nadie en casa de madame de Saint-Euverte, llorando sus campañas perdidas, dándose cuenta de que estorbaban, parecían a punto de morir de frío como dos golondrinas que no emigraron a tiempo. Y el año siguiente ya no las invitaron; madame de Franquetot hizo una gestión en favor de su prima, que tanto amaba la música. Mas como no pudo obtener una respuesta más explícita que estas palabras: «Pero siempre se puede entrar a oír la música

si eso le gusta, no es ningún crimen», a madame de Cambremer no le pareció la invitación bastante expresiva y se abstuvo.

Ante esta transmutación, operada por madame de Saint—Euverte, de un salón de leprosos en un salón de grandes damas (última forma, en apariencia ultraelegante, que había tomado), podía extrañar que la persona que daba al día siguiente la fiesta más brillante de la temporada tuviera necesidad de ir la víspera a hacer un supremo llamamiento a sus tropas. Pero es que la preeminencia del salón Saint-Euverte no existía más que para aquellos cuya vida mundana consiste solamente en leer en *Le Gaulois* y en *Le Figaro* la reseña de las *matinées* y *soirées*, sin haber ido nunca a ninguna. A esas gentes del gran mundo que no ven el gran mundo más que en el periódico, la enumeración de las embajadoras de Inglaterra, de Austria, de las duquesas de Uzés, de la Trémouille, etc., las bastaba para imaginarse el salón Saint-Euverte como el primero de París, cuando era uno de los últimos. Y no es que las reseñas mintieran. La mayor parte de las personas citadas habían estado, en efecto, presentes. Pero habían asistido por imploraciones, halagos, favores, y pensando que hacían gran honor a madame de Saint-Euverte. Salones como éste, menos buscados que eludidos, y a los que se va de servicio, por decirlo así, no engañan más que a las lectoras de los «Ecos de sociedad». Se cuelan entre otras fiestas, elegantes de verdad, en las que la dueña de la casa podía tener a todas las duquesas, que están deseando figurar entre los «elegidos», pero no invita más que a dos o tres. Por eso estas damas, que no hacen poner en el periódico los nombres de sus invitados y desconocen o desdeñan el poder que hoy tiene la publicidad, son elegantes para la reina de España, pero desconocidas para la multitud, porque la primera sabe y la segunda ignora quiénes son.

Madame de Saint-Euverte no era de éstas, y, como buena espigadora, iba a cosechar para el día siguiente a todo invitado. Monsieur de Charlus no figuraba en la mies, se había negado siempre a ir a su casa. Pero como estaba reñido con tanta gente, madame de Saint-Euverte podía cargar su ausencia a la cuenta del carácter.

Si no hubiera estado en la fiesta más que Oriana, madame de Saint-Euverte podía no haberse molestado, puesto que la había invitado ya de palabra y Oriana había aceptado con esa gracia encantadora y engañosa que tan bien practican esos académicos de cuya casa sale el candidato emocionado y seguro de que puede contar con sus votos. Pero no era la

única. ¿Estaría el duque de Agrigente? ¿Y madame de Durfort? Total, que para velar por la cosecha, madame de Saint-Euverte había creído más eficaz ir ella misma; insinuante con unos, imperativa con otros, anunciaba a todos, con palabras sibilíticas, fantásticas diversiones que nunca más se podrían volver a ver y prometía a cada uno que en su casa encontraría a la persona que deseaba o al personaje que necesitaba ver. Y esa especie de función de que estaba investida una vez al año —como ciertas magistraturas del mundo antiguo—, de persona que va a dar al día siguiente el garden-party más importante de la temporada, le confería una autoridad momentánea. Sus listas estaban ya hechas y cerradas, de modo que, mientras recorría despacio los salones de la princesa para verter sucesivamente en cada oído: «No me olvidará mañana», tenía la efímera gloria de desviar los ojos, sin borrar la sonrisa, cuando divisaba a algún adefesio que quería evitar o a algún hidalguelo que, por concesión a una camaradería de colegio, había sido admitido en el salón de «Gilberto» y cuya presencia en su garden-party no le daría ningún relieve. Prefería no hablarle para poder decir después: «Hice las invitaciones verbalmente y sentí mucho no dar con usted». Y de este modo una simple Saint-Euverte iba escogiendo, con sus sagaces ojos, en la composición de la fiesta de la princesa. Y con esto se creía una verdadera duquesa de Guermantes.

Hay que decir que tampoco ésta distribuía sus saludos y sus sonrisas con tanta libertad como pudiera creerse. Por una parte, cuando los negaba, lo hacía sin duda voluntariamente: «Es que me fastidia —decía—, ¿por qué voy a tener que hablarle de su fiesta durante una hora?». Pero en muchos casos era por temor, por no tener una pelea con su marido, que no quería que recibiera artistas, etc. (María Gilberto protegía a muchos, había que tener cuidado de no verse abordado por alguna ilustre cantante alemana), también por cierto temor del nacionalismo, que en cuanto se consideraba representante, como acontecía con monsieur de Charlus, del espíritu de los Guermantes, la duquesa lo despreciaba desde el punto de vista mundano (entonces, para glorificar al estado mayor, se hacía pasar a un general plebeyo antes que a algunos duques), pero al que, sin embargo, sabiéndose clasificada como *mal pensante*, hacía amplias concesiones hasta el punto de vacilar en dar la mano a Swann en aquel medio antisemita. En cuanto a esto no tardó en quedar tranquila, pues se enteró de que el príncipe no había dejado entrar a Swann y había tenido con él

«una especie de altercado». Así que no corría peligro de tener que hablar públicamente con «el pobre Carlos», al que prefería tratar cariñosamente en privado.

—¿Y quién es esa otra? —exclamó madame de Guermantes al ver que los saludaba, a ella y a su marido, una pobre señora de traza un tanto extraña, tan sencillamente vestida que parecía una menesterosa. No la reconoció, se irguió como ofendida y miró sin contestar al saludo.

—¿Quién es esa persona, Basin? —preguntó con gesto de extrañeza, mientras que monsieur de Guermantes, para reparar la descortesía de Oriana, saludaba a la señora y estrechaba la mano al marido.

—Pero si es madame de Chaussepierre; has estado muy descortés.

—Yo no sé qué es eso de Chaussepierre.

—El sobrino de la anciana tía Chanlivaut.

—Yo no conozco nada de todo eso. ¿Quién es la mujer? ¿Por qué me saluda?

—Pero si no conoces otra cosa, si es la hija de madame de Charleval, Enriqueta Montmorency.

—¡Ah, sí, conocía mucho a su madre, era encantadora, muy inteligente! ¿Por qué ha casado con toda esa gente que yo no conozco? ¿Dices que se llama madame de Chaussepierre? —dijo silabeando esta palabra con aire interrogador y como si temiera equivocarse.

El duque le echó una mirada dura.

—¡No es tan ridículo como parece creer, llamarse Chaussepierre! El viejo Chaussepierre era hermano de la nombrada Charleval, de madame de Sennecour y de la vizcondesa de Merlerault. Son gente bien.

—¡Bueno, basta! —exclamó la duquesa, como una domadora que no quiere nunca dejar que las miradas devoradoras de la fiera parecieran intimidarla—. Basin, me haces muchísima gracia. No sé de dónde has sacado esos nombres, pero te felicito. Si ignoraba a Chaussepierre, he leído a Balzac, no eres tú solo, y hasta he leído a Labiche. Aprecio a Chanlivaut, no detesto a Charleval, pero confieso que el Merlerault es la obra maestra. De todos modos, hemos de reconocer que Chaussepierre tampoco está mal. Cómo es posible que hayas coleccionado todo eso. Usted que quería hacer un libro —me dijo— debería fijarse en Charleval y en Merlerault. No va a encontrar cosa mejor.

—Le llevarán a juicio e irá a la cárcel; le das muy malos consejos, Oriana.

—Espero por él que tendrá a su disposición personas más jóvenes si quiere pedir malos consejos, y sobre todo seguirlos. ¡Pero si no quiere hacer nada peor que un libro!

Bastante lejos de nosotros, se destacaba suavemente una mujer maravillosa, altiva, vestida de blanco, resplandeciente de diamantes y tules. Madame de Guermantes la vio hablando ante todo un grupo imantado por su gracia.

—Dondequiera que esté, su hermana es la más bella; esta noche está preciosa —dijo, cogiendo una silla, al príncipe de Chimay, que pasaba en aquel momento. El coronel de Froberville (sobrino del general del mismo nombre) vino a sentarse con nosotros, lo mismo que monsieur de Bréauté, mientras que monsieur de Vaugoubert, contoneándose (por un exceso de finura que conservaba hasta jugando al tenis, donde, a fuerza de pedir permiso a los personajes importantes antes de coger la pelota, siempre hacía perder el partido en su campo), volvía de nuevo al lado de monsieur de Charlus (hasta entonces casi envuelto en la inmensa falda de la condesa Molé, a la que él hacía profesión de admirar entre todas las mujeres), y, casualmente, en el momento en que varios miembros de una nueva misión diplomática en París saludaban al barón. Al ver a un joven secretario que parecía muy inteligente, monsieur de Vaugoubert dirigió a monsieur de Charlus una sonrisa que expresaba visiblemente una sola pregunta. A monsieur de Charlus, que no hubiera vacilado en comprometer a alguien, le exasperó que otro le comprometiera a él con una sonrisa de inequívoco significado.

—No sé absolutamente nada, y le ruego que guarde para usted sus curiosidades. Me dejan completamente frío. Además, en este caso particular, se equivoca de medio a medio. Creo que ese joven es precisamente lo contrario.

En esto, monsieur de Charlus, irritado de que le pusiera en evidencia un tonto, no decía la verdad. Si la hubiera dicho, el secretario aquel habría sido una excepción en su embajada. Estaba compuesta por personalidades muy diferentes, varias de ellas sumamente mediocres, de suerte que, si se buscaba el motivo de la elección recaída sobre ellas, sólo uno se podía encontrar, la inversión. El hecho de haber puesto al frente de aquella pequeña Sodoma diplomática un embajador exageradamente dado a las mujeres, como un director de revista que manejaba en regla a su batallón de disfrazados del sexo contrario, parecía obedecer a la ley de los

contrastes. A pesar de lo que tenía ante los ojos, no creía en la inversión. Y dio en seguida la prueba casando a su hermana con un encargado de negocios al que él tenía, muy erróneamente, por un gran mujeriego. Pero resultó un poco molesto y no tardó en ser sustituido por una nueva Excelencia que aseguró la homogeneidad del conjunto. Otras embajadas intentaron rivalizar con ésta, pero no pudieron disputarle el premio (como ocurre en el concours général, que lo gana siempre cierto liceo) y hubieron de pasar diez años hasta que se filtraron en un todo tan perfecto algunos agregados heterogéneos y otro conjunto logró al fin llevarse la funesta palma y ponerse a la cabeza.

Madame de Guermantes, perdido el temor de tener que hablar con Swann, se entregó a la curiosidad que sentía por la conversación que con él había tenido el dueño de la casa.

—¿Sabe usted de qué hablaron? —preguntó el duque a monsieur de Bréauté.

—He oído decir —contestó éste— que de una piececita en un acto que el escritor Bergotte hizo representar en casa de los Swann. Por cierto que era muy bonita. Pero parece ser que el actor se caracterizó de Gilberto, y además maese Bergotte se había propuesto pintarle.

—Pues me hubiera gustado mucho ver ese personaje imitado de Gilberto —dijo la duquesa sonriendo abstraída.

—Gilberto —prosiguió monsieur de Bréauté— le pidió explicaciones a Swann sobre esa función, y Swann le dio una respuesta que a todo el mundo le hizo mucha gracia: «¡Pero nada de eso, ese personaje no tiene el menor parecido con usted, usted es mucho más ridículo!». Parece ser —continuó monsieur de la Bréauté— que la piececita estaba muy bien. Madame Molé estuvo y se divirtió muchísimo.

—¿Pero madame Molé va a esa casa? —se sorprendió la duquesa—. ¡Ah!, lo habrá arreglado Mémé. Es lo que acaba siempre por ocurrir en esos sitios. Un buen día todo el mundo da en ir a ellos, y yo, que me he excluido voluntariamente por principio, me encuentro sola aburriéndome en mi rincón.

Como se ve, la duquesa, al oír el relato de monsieur de la Bréauté, adoptó un nuevo punto de vista (si no sobre el salón Swann, al menos sobre la hipótesis de encontrarse con Swann dentro de un momento).

—La explicación que usted nos da —dijo a monsieur de Bréauté el coronel de Froberville— es inventada de arriba abajo. Tengo mis razones

para saberlo. Lo que ha pasado es, sencillamente, que el príncipe le echó una bronca a Swann y le notificó, como decían nuestros padres, que no volviera a presentarse en su casa, dadas las opiniones que ostenta. Y creo que mi tío Gilberto no sólo hizo muy requetebién en tratarle así, sino que hubiera debido acabar hace más de seis meses con ese dreyfusista notorio.

El pobre monsieur de Vaugoubert pasó esta vez, de jugador de tenis demasiado perezoso, a inerte pelota de tenis lanzada sin miramientos: se encontró proyectado hacia la duquesa de Guermantes y le presentó sus respetos. Fue bastante mal recibido, porque Oriana estaba convencida de que todos los diplomáticos —u hombres políticos— eran unos memos.

Claro es que monsieur de Froberville había sacado provecho de la situación de favor que, desde hacía poco, se otorgaba a los militares en la alta sociedad. Desgraciadamente, aunque su mujer era verdadera pariente de los Guermantes, era una pariente muy pobre, y como él, por su parte, había perdido su fortuna, apenas tenían relaciones y eran de esas gentes a las que se da de lado, fuera de las grandes ocasiones, cuando tenían la suerte de perder o de casar a alguien de la familia. Entonces formaban parte de la comunión del gran mundo, como esos católicos de nombre que sólo se acercan a la santa mesa una vez al año. Su situación material habría sido muy apurada de no ser por madame de Saint-Euverte, que, fiel al cariño que había tenido al difunto general Froberville, ayudaba al matrimonio de todas las maneras posibles, regalando vestidos y ofreciendo distracciones a las dos niñas. Pero el coronel, que tenía fama de buen muchacho, no era agradecido. Envidiaba los esplendores de una bienhechora que estaba siempre ponderándolos ella misma. El garden-party anual era para él, para su mujer y para sus hijos un maravilloso placer del que por todo el oro del mundo no hubieran querido privarse, pero un placer envenenado por la idea de la satisfacción y del orgullo que representaba para madame de Saint-Euverte. El anuncio de este garden-party en los periódicos, que, una vez celebrado, añadían después de una detallada reseña: «Volveremos sobre esta magnífica fiesta»; los detalles complementarios que, durante varios días, daban sobre las toilettes: todo esto les dolía tanto a los Froberville que, tan escasos como estaban de placeres y seguros de que podían contar con el de aquella matinée, llegaban cada año a desear que el mal tiempo la malograra, a consultar el barómetro y a anticipar con regodeo las primicias de una tormenta que aguara la fiesta.



—No pienso discutir sobre política con usted, Froberville —dijo madame de Guermantes—, pero en lo que toca a Swann, puedo decir francamente que su comportamiento con nosotros ha sido incalificable. Después de haber entrado en el gran mundo por nosotros y por el duque de Chartres, me dicen que es abiertamente dreyfusista. ¡Nunca lo hubiera creído en él, un exquisito de la buena mesa, un espíritu positivo, un coleccionista, un amante de los buenos libros, un miembro del Jockey, un hombre que gozaba de la consideración general, un conocedor de las buenas direcciones que nos mandaba el mejor oporto que se puede beber, un *dilettante*, un padre de familia! ¡Qué engañada estaba yo! Y no hablo de mí, que ya se sabe que soy una buena tonta cuya opinión no cuenta, una especie de doña nadie, pero aunque sólo fuera por Oriana no debía haber hecho eso, debiera renegar abiertamente de los judíos y de los partidarios del condenado.

—Sí, después del afecto que siempre le ha demostrado mi mujer —apoyó el duque, que seguramente consideraba que condenar a Dreyfus por alta traición, pensara lo que pensara en su fuero interno sobre su culpabilidad, era una especie de agradecimiento por la manera como había sido recibido en el barrio de Saint-Germain—, tenía que desolidarizarse. Pues, pregúntele a Oriana; le tenía verdadero afecto.

La duquesa, pensando que un tono ingenuo y tranquilo daría un valor más dramático y sincero a sus palabras, dijo con voz de colegiala, como quien deja salir sencillamente de su boca la verdad y dando a sus ojos una expresión un poco melancólica:

—¡Es verdad, no tengo por qué ocultar que le tenía verdadero cariño a Carlos!

—Ya ve, ella misma lo dice. ¡Y después de esto Swann lleva su ingratitud hasta ser dreyfusista!

—A propósito de dreyfusistas —intervine yo—, parece ser que el príncipe Von lo es.

—¡Ah, hace usted bien en hablarme de él! —exclamó monsieur de Guermantes—, se me había olvidado que me ha invitado a su casa para el lunes. Pero me da lo mismo que sea dreyfusista o no, puesto que es extranjero. Me tiene sin cuidado. Tratándose de un francés es distinto. Cierto que Swann es judío, pero hasta ahora —perdone usted, Froberville — yo tenía la debilidad de creer que un judío puede ser francés, quiero decir un judío honorable, un hombre del gran mundo. Y Swann lo era en

toda la extensión de la palabra. Bueno, pues me obliga a reconocer que estaba equivocado, puesto que toma partido por ese Dreyfus (que, culpable o no, no pertenece en modo alguno a su clase y nunca se hubiera encontrado con él) contra una sociedad que le había adoptado, que le había tratado como si fuera uno de los suyos. No cabe duda, todos hubiéramos salido fiadores de Swann, yo hubiera respondido de su patriotismo como del mío. ¡Qué mal nos paga! Confieso que nunca lo hubiera esperado de él. Le creía mejor persona. Era inteligente (en su género, claro). Sí, ya sé que ya hizo la locura de su vergonzosa boda. ¿Sabe quién sintió muchísimo la boda de Swann? Mi mujer. Oriana tiene a veces lo que yo llamaría una afectación de insensibilidad, pero en el fondo siente las cosas con una fuerza extraordinaria.

Madame de Guermantes, encantada de este análisis de su carácter, escuchaba en actitud modesta y sin decir una palabra, por escrúpulo de mostrar su aquiescencia al elogio, pero sobre todo por no interrumpirlo. Hubiera seguido monsieur de Guermantes una hora más sobre este tema y tan inmóvil continuaría ella como si estuviese oyendo música.

—Recuerdo que cuando se enteró de la boda de Swann se sintió ofendida; le pareció que estaba mal en una persona a la que habíamos demostrado tan buena amistad. Quería mucho a Swann y le dio mucha pena. ¿Verdad, Oriana?

A madame de Guermantes le pareció oportuno contestar a una interpelación tan directa sobre un punto que le permitía confirmar, sin que se notara, las alabanzas que daba por terminadas. En un tono tímido y sencillo y con un aire estudiadamente «sentido», dijo con reservada dulzura:

—Es verdad, Basin no se equivoca.

—Y eso que no era lo mismo. Qué quiere usted, el amor es el amor, aunque, a mi parecer, se debe mantener en ciertos límites. Yo disculparía que un muchacho, un jovencuelo nervioso, se dejara llevar a utopías. ¡Pero Swann, un hombre inteligente, de una delicadeza bien probada, un entendido en cuadros tan sagaz, un familiar del duque de Chartres, del mismo Gilberto!

Y el tono de monsieur de Guermantes era perfecto, sin sombra de la vulgaridad en que tan a menudo caía. Hablaba con una tristeza ligeramente indignada, pero todo en él trascendía esa serena gravedad que constituye el encanto, untuoso, magnánimo, de algunos personajes de Rembrandt, el

burgomaestre Six, por ejemplo. Se veía que la cuestión de la inmoralidad de la conducta de Swann en el *affaire* ni siquiera se planteaba para el duque, tan incuestionable era; sentía la aflicción de un padre que ve a uno de sus hijos, por cuya educación ha hecho los mayores sacrificios, malograr voluntariamente la magnífica carrera que le ha dado y deshonorar, con una conducta que los principios o los prejuicios de la familia no pueden admitir, un nombre respetado. Verdad es que monsieur de Guermantes no se había manifestado tan escandalizado y dolorido cuando se enteró de que Saint-Loup era dreyfusista. Pero es que, en primer lugar, consideraba a su sobrino como un joven descarriado en el que, mientras no vuelva al buen camino, nada puede extrañar, mientras que Swann era lo que monsieur de Guermantes llamaba «un hombre ponderado, un hombre que tiene una gran posición». Además, y sobre todo, había pasado un tiempo bastante largo en el que, si bien, en el aspecto histórico, los hechos parecían justificar en parte la tesis dreyfusista, la oposición dreyfusista era mucho más radical, y, de puramente política que fuera al principio, había pasado a ser social. Ahora era una cuestión de militarismo, de patriotismo, y las ráfagas de ira levantadas en la sociedad habían tenido tiempo de tomar esa fuerza que nunca tienen al principio de la tormenta.

—Ya ve usted —insistió monsieur de Guermantes—, hasta desde el punto de vista de sus queridos judíos, ya que se ha empeñado en apoyarlos, ha cometido un error de incalculable alcance. Demuestra que todos están unidos en secreto y que tienen la obligación, en cierto modo, de prestar apoyo a cualquiera de su raza, aunque no le conozcan. Es un peligro público. No cabe duda de que hemos sido demasiado tolerantes, y esa coladura de Swann tendrá más resonancia porque le estimábamos y hasta le recibíamos, puede decirse que era el único judío que conocíamos. Y es lo que dirán: *Ab uno disce omnes*.

La satisfacción de haber encontrado en el momento justo una cita tan oportuna fue lo único que atenuó con una orgullosa sonrisa la melancolía del gran señor traicionado.

Yo tenía muchas ganas de saber exactamente qué había pasado entre el príncipe y Swann y de ver a éste, si todavía no había dejado la fiesta.

—Le diré —me contestó la duquesa, a quien hablé de este deseo— que a mí no me interesa mucho verle, porque parece ser, según me dijeron hace poco en casa de madame de Saint-Euverte, que Swann quisiera, antes de morir, que yo conozca a su mujer y a su hija. A mí, bien lo sabe Dios,

me da muchísima pena que esté enfermo, pero en primer lugar espero que no sea tan grave. Y además eso no es una razón, sería demasiado fácil. Un escritor sin talento no tendría más que decir: «Vóteme en la Academia, porque mi mujer se va a morir y yo quisiera darle esta última alegría». Si estuviéramos obligados a conocer a todos los moribundos, se acabarían los salones. Mi cochero podría decirme: «Mi hija está muy mala, haga usted que me reciban en casa de la duquesa de Parma». Yo adoro a Carlos, y me disgustaría mucho negarle nada, así que prefiero evitar que me lo pida. Deseo de todo corazón que no esté moribundo, como él dice que está, pero, verdaderamente, si llegara a suceder, no sería para mí el momento de conocer a esas dos criaturas que me han privado durante quince años del más agradable de mis amigos y de que me las cargue cuando ya ni siquiera podré aprovechar para verle a él, puesto que habrá muerto.

Pero monsieur de Bréauté seguía rumiando el mentís que le había infligido el coronel De Froberville.

—Yo no dudo de la exactitud de su versión, querido amigo —dijo—, pero la mía es de buena fuente. Me lo contó el príncipe de La Tour d’Auvergne.

—No me extraña que un sabio como usted diga todavía el príncipe de La Tour d’Auvergne —interrumpió el duque de Guermantes—; no lo es ni por lo más remoto. Ya no queda más que un miembro de esa familia: el tío de Oriana, el duque de Bouillon.

—¿El hermano de madame de Villeparisis? —pregunté, recordando que esta señora era una De Bouillon.

—Exactamente. Oriana, te saluda madame de Lambresac.

En efecto, de vez en cuando se veía formarse y pasar como una estrella fugaz una leve sonrisa destinada por la duquesa de Lambresac a alguna persona que había reconocido. Pero esta sonrisa, en vez de precisarse en una afirmación activa, en un lenguaje mudo pero claro, moría nada más nacer en una especie de éxtasis ideal que no distinguía nada, mientras la cabeza se inclinaba en un beatífico gesto de bendición que recordaba el que deja caer sobre la multitud de comulgantes un prelado un poco reblandecido. Madame de Lambresac no lo estaba en absoluto. Pero yo conozco ya ese estilo especial de distinción caído en desuso. En Combray y en París todas las amigas de mi abuela tenían la costumbre de saludar, en una reunión mundana, con un aire tan seráfico como si se encontraran en una iglesia y, en el momento de la Elevación o

durante un entierro, vieran a un conocido y le dirigieran desmayadamente un saludo que acabara en oración. Y una frase de monsieur de Guermantes iba a completar mi comparación.

—Pero usted ha visto al duque de Bouillon —me dijo—. Hace un momento salía él de mi biblioteca cuando usted entraba, un señor bajito y muy blanco.

Era el que yo había tomado por un pequeño burgués de Combray, y ahora, pensándolo, le veía una semejanza con madame de Villeparisis. La similitud de los saludos evanescentes de la duquesa de Lambresac con las amigas de mi abuela había comenzado a interesarme, pues me mostraba que en los medios estrechos y cerrados, sean de la pequeña burguesía o de la alta nobleza, persisten las maneras antiguas, permitiéndonos, como a un arqueólogo, descubrir lo que en tiempos del vizconde de Arlincourt y de Loïsa Paget podía ser la educación y la parte de alma que ésta refleja. Ahora, la perfecta conformidad de apariencia entre un pequeño burgués de Combray de su edad y el duque de Bouillon me recordaba mejor (lo que tanto me había impresionado ya cuando vi al abuelo materno de Saint-Loup, el duque de La Rochefoucauld, en un daguerrotipo en que se parecía exactamente, en el vestido, en el aire, en las maneras, a mi tío abuelo) que, pasado el tiempo, las diferencias sociales y aun las individuales se funden en la uniformidad de una época. La verdad es que la semejanza del vestido y también la reverberación en los rostros del espíritu de la época tienen en una persona un lugar mucho más importante que su casta, que sólo lo tiene grande en el amor propio del interesado y en la imaginación de los demás, y que para darse cuenta de que un gran señor del tiempo de Luis Felipe difiere menos de un burgués del tiempo de Luis Felipe que un gran señor de la época de Luis XIV, no hay necesidad de recorrer las galerías del Louvre.

En aquel momento saludó a Oriana un músico bávaro de abundosa cabellera, protegido de la duquesa de Guermantes. Contestó Oriana con una inclinación de cabeza, pero el duque, furioso al ver que su mujer saludaba a alguien que él no conocía, de una vitola singular y que, por lo que él creía saber, tenía muy mala fama, se volvió a su mujer con gesto interrogador y tremebundo, como diciéndole: «¿Quién es ese ostrogodo?» La situación de la pobre madame de Guermantes era ya bastante complicada, y si el músico se hubiera apiadado un poco de aquella esposa mártir, se habría apresurado a alejarse. Mas, fuera por deseo de no

quedarse en la humillación que se le acababa de infligir en público, en medio de los más viejos amigos del círculo del duque, cuya presencia había motivado, tal vez, un poco su silenciosa inclinación, y para demostrar que había saludado a madame de Guermantes con pleno derecho y no sin conocerla, o bien por una oscura e irresistible inspiración de la inconveniencia que —en un momento en que debía obedecer más bien al espíritu— le impulsó a aplicar la letra misma del protocolo, el músico se acercó más a madame de Guermantes y le dijo:

—Señora duquesa, quisiera solicitar el honor de ser presentado al duque.

Madame de Guermantes estaba en ascuas. Pero después de todo, aunque fuese una esposa engañada, era la duquesa de Guermantes y no podía permitir que la creyeran desposeída de su derecho de presentar a su marido a las personas que conocía.

—Basin —dijo—, permíteme que te presente a monsieur d’Herveck.

—No le pregunto si piensa ir mañana a casa de madame de Saint-Euverte —dijo el coronel De Froberville a madame de Guermantes para disipar la penosa impresión producida por la intempestiva petición de monsieur d’Herveck—. Estará todo París.

Mientras tanto, el duque de Guermantes, girando de un solo movimiento y como si fuera de una pieza hacia el músico indiscreto, haciendo frente, monumental, mudo, iracundo, como un Júpiter tonante, permaneció inmóvil unos segundos, con los ojos chispeantes de furia y de asombro, crispado el pelo como si saliera de un cráter. Después, como en el arrebató de un impulso que sólo le permitía cumplir la cortesía que le pedían, y cuando le pareció haber demostrado con su actitud a toda la concurrencia que no conocía al músico bávaro, cruzando detrás de la espalda las manos enguantadas de blanco, se dobló hacia delante y asestó al músico un saludo tan profundo, tan lleno de estupefacción y de rabia, tan brusco, tan violento, que el artista retrocedió temblando, sin dejar de inclinarse para no recibir en el vientre un formidable cabezazo.

—Pero es que, precisamente, no estaré en París —contestó la duquesa al coronel De Froberville—. Le diré (y no debiera confesárselo) que he llegado a mi edad sin ver las vidrieras de Montfort-l’Amaury. Es una vergüenza, pero así es. De modo que, para reparar esta culpable ignorancia, me he prometido ir mañana a verlas.

Monsieur de Bréauté sonrió maliciosamente, pues pensó que si la duquesa había podido permanecer hasta su edad sin conocer las vidrieras de Montfort-l'Amaury, esta visita artística no tomaba súbitamente el carácter apremiante de una operación quirúrgica «en caliente» y, diferida desde hacía más de veinticinco años, hubiera podido sin peligro aplazarla veinticuatro horas más. El proyecto formado por la duquesa era sencillamente la sentencia, pronunciada a la manera de los Guermantes, de que, decididamente, el salón Saint-Euverte no era una casa verdaderamente «bien», sino una casa a la que se les invitaba por el lustre que daba su nombre en la reseña de *Le Gaulois*, una casa que discerniría patente de suprema elegancia a aquellas o en todo caso a aquella —si no era más que una— a la que no vieran en ella. La delicada diversión de monsieur de Bréauté, aumentada con ese placer poético que causaba a las personas del gran mundo ver a madame de Guermantes hacer cosas que ellos, por su posición menos elevada, no podían imitar, pero cuya simple observación les inspiraba la sonrisa del campesino atado a su gleba que ve a unos hombres más libres y más afortunados pasar por encima de su cabeza, este delicado placer no tenía paridad con el goce disimulado pero supremo que sintió monsieur de Froberville. Los esfuerzos que hacía para que no le oyeran reír le pusieron rojo como un gallo, pero no impidieron que los reprimidos accesos de risa entrecortaran el tono misericordioso con que dijo:

—¡Pobre Saint-Euverte, va a caer enfermo! ¡Y la infeliz esposa no va a tener su duquesa! ¡Qué golpe, como para morirse! —añadió retorciéndose de risa. Y, en su entusiasmo, pateaba un poco y se frotaba las manos. Madame de Guermantes, sonriendo con un solo ojo y con una sola comisura de la boca a monsieur de Froberville, cuya intención amable apreciaba, pero no tanto el mortal aburrimiento que le producía, acabó por decidirse a dejarle.

—No voy a tener más remedio que decirle adiós —le dijo levantándose con un aire de resignación melancólica y como si le diera mucha pena. Bajo el encanto de sus ojos azules, su voz dulcemente musical hacía pensar en la endecha poética de un hada—. Basin quiere que vaya a ver un poco a María.

En realidad, estaba harta de oír a Froberville, que le decía una y otra vez cuánto la envidiaba por ir a Montfort-l'Amaury, cuando ella sabía muy

bien que era la primera vez que oía hablar de aquellas vidrieras y que, además, por nada del mundo se hubiera perdido la matinée Saint-Euverte.

—Adiós, apenas hemos hablado nada. Es lo que pasa en sociedad, no nos vemos, no hablamos lo que quisiéramos. Pero siempre es así en la vida. Esperemos que el otro mundo esté mejor arreglado. Por lo menos no tendremos que ir siempre descotadas. ¡Y quién sabe! Puede que haya que exhibir los huesos y los gusanos en las grandes fiestas. ¿Por qué no? Ahí tiene usted a la tía Rampillon: ¿cree usted que hay gran diferencia entre eso y un esqueleto en traje de noche? Verdad es que está en su derecho, pues tiene lo menos cien años. Era ya uno de los monstruos sagrados ante los que yo me negué a inclinarme cuando me vestí de largo. La creía muerta desde hace muchos años; lo que, por lo demás, sería la única explicación del espectáculo que nos presenta. Es impresionante y litúrgica. ¡Es del «Campo-Santo»!

La duquesa se había separado de Froberville, pero él se le acercó.

—Quisiera decirle una cosa.

—¿Qué más? —replicó altanera la duquesa, un poco irritada. Y Froberville, por si acaso en el último momento desistía de Montfort-l'Amaury:

—No me había atrevido a decírselo por madame de Saint-Euverte, por no darle un disgusto, pero puesto que no piensa usted ir, le diré que me alegro por usted, porque en su casa hay sarampión.

—¡Dios mío! —exclamó Oriana, que tenía miedo de las enfermedades—. Pero por mí no importa, ya lo pasé, y no se puede pasar dos veces.

—Eso lo dicen los médicos. Yo conozco personas que lo han pasado hasta cuatro veces. En fin, ya lo sabe usted.

En cuanto a él y a aquel ficticio sarampión, tendría que temerlo él mismo y estar clavado en la cama para resignarse a perder la fiesta Saint-Euverte en la que estaba pensando desde hacía meses. ¡Tendría la satisfacción de ver tantas elegancias!, y el gusto aún mayor de ver el fracaso de ciertas cosas, y sobre todo el de poder presumir durante mucho tiempo de haber alternado con las primeras y, exagerándolas o inventándolas, de deplorar las segundas.

Aprovechando el momento en que la duquesa cambió de sitio, me levanté a mi vez para ir al salón de fumar en busca de noticias de Swann.



—No crea una palabra de lo que ha contado Babal —me dijo la duquesa—. Esa Molé no habría podido nunca colarse allí. Nos lo dice para atraernos. No reciben a nadie y nadie los invita. Él mismo lo confiesa: «Estamos los dos solos al amor de la lumbre». Como siempre dice *nosotros*, no como el rey, sino por su mujer, no insisto. Pero estoy muy enterada —añadió la duquesa.

Nos cruzamos con dos muchachos de muy grande y diferente belleza que tenía su origen en una misma mujer. Eran los dos hijos de madame de Surgis, la nueva amante del duque de Guermantes. Resplandecían en ellos las perfecciones de la madre, pero distintas en cada uno. En uno, la regia prestancia ondulante de madame de Surgis en un cuerpo viril, y la misma palidez ardiente, mezcla de rojo y nácar, afluía a las marmóreas mejillas de la madre y de este hijo, mientras que el hermano había heredado la frente griega, la nariz perfecta, el cuello de estatua, los ojos infinitos; hecha así de presentes diversos que la diosa había compartido, su doble belleza ofrecía el placer abstracto de pensar que la causa de tal belleza estaba fuera de ellos; dijérase que se habían encarnado en dos cuerpos diferentes los principales atributos de la madre; que uno era su estatura y otro su mirada, como Marte y Venus no eran sino la Fuerza y la Belleza de Júpiter. Con gran respeto por monsieur de Guermantes, del que decían: «Es gran amigo de nuestros padres», el mayor creyó, sin embargo, que no era prudente acercarse a saludar a la duquesa, porque sabía, sin comprender acaso la razón, la enemistad de ésta con su madre, y al vernos volvió ligeramente la cabeza. El menor, que imitaba siempre a su hermano, porque, como era tonto y además miope, no se atrevía a tener una opinión personal, hizo igual movimiento de cabeza, y ambos se deslizaron hacia la sala de juego, uno tras otro, como dos figuras alegóricas.

Al llegar yo a esta sala me detuvo la marquesa de Citri, todavía bella, pero casi echando espuma por la boca. De estirpe bastante noble, había buscado y hecho una brillante boda casándose con monsieur de Citri, cuya bisabuela era una Aumale-Lorraine. Pero, cumplida esta satisfacción, su carácter negativo la llevó a odiar el gran mundo, aunque sin excluir del todo la vida mundana. En una fiesta social se burlaba de todos y con tal violencia que ni la risa misma resultaba lo bastante sarcástica, y se tornaba en gutural silbido.

—¡Ah! —me dijo señalando a la duquesa de Guermantes, que estaba ya un poco lejos—, me pasma que pueda llevar semejante vida.

¿Eran éstas palabras de una santa furibunda, asombrada de que los gentiles no lleguen por sí mismos a la verdad, o bien de una anarquista hambrienta de carnada? En todo caso, aquel apóstrofe era de todo punto injustificado. En primer lugar, «la vida que llevaba» madame de Guermantes difería muy poco (aparte la indignación) de la de madame de Citri. Madame de Citri estaba estupefacta de que la duquesa fuera capaz de un sacrificio tan atroz: asistir a la fiesta de María Gilberto. En este caso particular, debemos decir que madame de Citri quería mucho a la princesa, la cual era, en efecto, muy buena, y que, sabiendo lo mucho que la complacía asistiendo a su fiesta, había renunciado a recibir a una bailarina que ella creía excepcional y que la iba a iniciar en los misterios de la coreografía rusa. Otra razón que restaba algún valor a la ira reconcentrada de madame de Citri al ver a Oriana saludando a uno o a otro invitado, es que madame de Guermantes presentaba, aunque mucho menos avanzados, los síntomas del mal que hacían estragos en madame de Citri. Por lo demás, ya hemos visto que tenía de nacimiento los gérmenes del mismo. En fin, madame de Guermantes, más inteligente que madame de Citri, tendría más derecho que ella a aquel nihilismo (que no era sólo mundano), pero la verdad es que ciertas cualidades ayudan a soportar los defectos del prójimo más de lo que contribuyen a hacer sufrir por ellos; y, generalmente, un hombre de gran talento prestará menos atención que un tonto a la tontería de otro. Hemos descrito la clase de talento de la duquesa con el suficiente detenimiento para convencer de que, si no tenía nada de común con una gran inteligencia, era al menos ingenio, un ingenio capaz de emplear (como un traductor) diferentes formas de sintaxis. Ahora bien, nada de esto parecía autorizar a madame de Citri a despreciar cualidades tan semejantes a las suyas. Consideraba idiota a todo el mundo, pero en sus conversaciones, en sus cartas, se mostraba más bien inferior a las personas a quienes con tanto desprecio trataba. Tenía además tal necesidad de destrucción que, cuando casi renunció a la vida social, los placeres que buscó para sustituirla fueron sufriendo sucesivamente su terrible poder disolvente. Después de dejar las fiestas de sociedad por las sesiones musicales, dio en decir: «¿Le gusta a usted oír música? ¡Ah, señor, depende del momento! Pero puede llegar a ser aburridísimo. ¡Qué lata Beethoven!» En cuanto a Wagner, y luego a Frank y después a Debussy, ni siquiera se tomaba el trabajo de decir: «¡qué lata!»; se limitaba a pasarse la mano, como un barbero, por la cara. Y en muy poco tiempo, ya todo era

aburrido. «¡Qué aburridas son las cosas bellas! ¡Ah, los cuadros, como para volverse tonto! ¡Tiene usted muchísima razón, es tan aburrido escribir cartas!...» Acabó por declarar insípida la vida misma, sin que se supiera bien dónde tomaba su término de comparación.

Yo no sé si sería por lo que la duquesa de Guermantes dijo de esta estancia el primer día que comí en su casa, pero lo cierto es que la sala de juego o saloncillo de fumar, con sus suelos ilustrados, sus trípodes, sus figuras de dioses y de animales mirándole a uno, las esfinges tendidas en los brazos de los sillones y sobre todo la inmensa mesa de mármol o de mosaico esmaltado, con sus signos simbólicos más o menos imitados del arte etrusco y egipcio, esta sala de juego me hizo el efecto de una verdadera cámara mágica. Y en un sillón cercano a la mesa, monsieur de Charlus, resplandeciente y augural, sin tocar a una carta, insensible a lo que pasaba en torno suyo, incapaz de darse cuenta de que yo acababa de entrar, parecía precisamente un mago aplicando todo el poder de su voluntad y de su mente a sacar un horóscopo. No sólo, como a una Pitia en su pedestal, se le salían los ojos de la cara, sino que, para que nada viniera a distraerle de un trabajo que exigía la paralización total hasta del más sencillo movimiento, había posado junto a él (como un matemático que no quiere hacer cosa alguna mientras no haya resuelto su problema) el cigarro que tenía en la boca y que ahora, sin la libertad de espíritu necesaria, no podía fumar. Al ver las dos divinidades acurrucadas en los brazos del sillón situado frente a él, se podía creer que el barón estaba tratando de descubrir el enigma de la Esfinge, si no era más bien el del joven y vivaz Edipo, sentado precisamente en aquel sillón donde se había instalado para jugar. La figura a la que monsieur de Charlus aplicaba, y con suma contención, todas sus facultades espirituales y que no era precisamente una de esas que se estudian *more geométrico*, era la que le proponían las líneas de la cara del joven marqués de Surgis; parecía ser —tan profundamente absorto estaba ante ella monsieur de Charlus— un jeroglífico, una adivinanza, un problema de álgebra cuyo enigma tratara él de descubrir, cuya fórmula tratara de deducir. Ante él los signos sibilinos y las figuras de aquella mesa de la Ley parecían el libro de los conjuros que iba a permitir al viejo hechicero averiguar en qué sentido se orientaban los destinos del mancebo. De pronto se dio cuenta de que yo le miraba, levantó la cabeza como si saliera de un sueño y me sonrió sonrojado. En este momento, el otro hijo de madame de Surgis se acercó a mirar las

cartas del que estaba jugando. Cuando le dije a monsieur de Charlus que eran hermanos, su rostro no pudo disimular la admiración que le inspiraba una familia creadora de unas obras de arte tan espléndidas y tan diferentes. Y mayor fuera el entusiasmo del barón de haber sabido que los dos hijos de madame de Surgis-le-Duc eran no sólo de la misma madre, sino también del mismo padre. Los hijos de Júpiter son diferentes, pero es porque primero casó con Metis, en cuyo destino estaba dar a luz hijos prudentes, y luego con Temis, y después con Eurinomo, con Mnemosina, con Letona, y sólo en último lugar con Juno. Pero madame de Surgis había tenido de un solo padre dos hijos que han heredado de ella sus bellezas, pero bellezas diferentes.

Por fin tuve la alegría de que entrara Swann en aquella sala, tan grande que al principio no me vio. Alegría con mezcla de tristeza, de una tristeza que quizá no sentían los demás invitados, pero que en ellos consistía en esa especie de fascinación que ejercen las formas inesperadas y singulares de una muerte próxima, de una muerte que, como dice el pueblo, llevan ya en la cara. Y todas las miradas se fijaron con una sorpresa casi ofensiva, en la que entraba la curiosidad indiscreta, la crueldad, un autoexamen a la vez tranquilo y preocupado (mezcla a la vez de *suave mari magno* y de *memento quia pulvis*, hubiera dicho Roberto), se clavaron en aquel rostro al que la enfermedad tan bien había comido, roído las mejillas, como una luna menguante, que, excepto desde cierto ángulo—seguramente el ángulo en el que Swann se miraba al espejo—, se sumían como una decoración inconsistente a la que sólo un efecto óptico puede dar apariencia de espesor. Fuera porque la ausencia de las mejillas que ya no estaban allí para disminuirla, o bien porque la arteriosclerosis, que es también una intoxicación, la enrojeciera como lo hubiera hecho el alcoholismo, o la deformara como lo hubiera hecho la morfina, la nariz de polichinela de Swann, durante mucho tiempo reabsorbida en un rostro agradable, ahora parecía enorme, tumefacta, carmesí, más propia de un viejo hebreo que de un curioso Valois. Por otra parte, acaso en aquellos últimos días la raza acusaba en él el tipo físico que la caracteriza, al mismo tiempo que el sentimiento de una solidaridad moral con los demás judíos, solidaridad que Swann parecía haber olvidado toda su vida, y que, injertados uno en otro, la enfermedad mortal, el asunto Dreyfus, la propaganda antisemita, habían despertado, sin embargo, hay algunos israelitas, muy finos y delicados hombres de sociedad, en los cuales

permanecen en reserva y entre bastidores, para salir a escena en un momento oportuno de su vida, un zafio y un profeta. Swann había llegado a la edad del profeta. Desde luego, con aquella cara en la que la acción de la enfermedad había suprimido segmentos enteros, como cuando se funde un bloque de hielo y se desprenden grandes trozos, había cambiado mucho. Pero había cambiado mucho más con relación a mí, y esto fue lo que más me impresionó. No podía llegar a comprender cómo a aquel hombre, excelente, culto, con el que no me desagradaba en absoluto encontrarme, había podido yo en otro tiempo aureolarle de tal misterio que al verle aparecer en los Champs-Élysées me emocionaba hasta el punto de darme vergüenza aproximarme a su capa forrada de seda, hasta el punto de no poder llamar a la puerta de la casa donde vivía tan extraordinario ser sin sobrecogerme de miedo; todo esto había desaparecido, no sólo de su casa, sino de su persona, y la idea de hablar con él podía serme agradable o no, pero no alteraba en absoluto mi sistema nervioso.

Y además había cambiado mucho desde aquella misma tarde, desde el momento en que le vi —nada más que unas horas antes— en el gabinete del duque de Guermantes. ¿Habría tenido, en efecto, con el príncipe una escena que le hubiera perturbado? No hacía falta llegar a esta suposición. Para una persona muy enferma, el menor esfuerzo representa una excesiva fatiga. Por poco que se exponga, ya cansado, al calor de una fiesta, se le descompone la cara y se pone azulado, como se pudre en menos de un día una pera demasiado madura, como se cuaja rápidamente la leche a punto de cortarse. Además, a Swann le clareaba el pelo en algunas partes y, como decía madame de Guermantes, necesitaba un peletero, estaba como alcanforado, y mal alcanforado. Iba a atravesar la sala de fumar para hablar a Swann, cuando, desgraciadamente, se abatió una mano sobre mi hombro.

—Hola, querido. He venido a París por cuarenta y ocho horas. He pasado por tu casa y me dijeron que estabas aquí, de modo que mi tía te debe a ti el honor de mi presencia en su fiesta.

Era Saint-Loup. Le dije que la casa me parecía preciosa.

—Sí, hace bastante bien de monumento histórico. Yo encuentro esto insoportable. No nos acerquemos a mi tío Palamède, porque nos atraparía. Como se ha ido madame Molé (que es la que ahora está en candelero), se encuentra abandonado. Creo que ha sido un verdadero espectáculo, no se ha separado de ella hasta el momento de meterla en el coche. Yo no se lo

reprocho al tío, sólo que me parece divertido que mi consejo de familia, siempre tan severo conmigo, esté formado precisamente por los parientes que más la han corrido, empezando por el más calavera de todos, mi tío Charlus, que es mi tutor suplente, que ha tenido más mujeres que Don Juan y que todavía hoy, a sus años, no amaina. Hasta hubo un momento en que pensaron nombrarme un consejo judicial. Creo que cuando todos esos viejos tan corridos se reunían para examinar la cuestión y me convocaban para sermonearme y decirme que le estaba dando tantos disgustos a mi madre, no debían de mirarse por no echarse a reír. Si te fijas en la composición del consejo, cualquiera diría que eligieron a propósito a los que más faldas han levantado.

Excluyendo a monsieur de Charlus —y la extrañeza de mi amigo sobre él no me parecía más justificada, pero por otras razones, que además se modificarían después en mi ánimo—, Roberto estaba muy equivocado al considerar extraordinario que se erigieran en maestros de moral de un joven unos parientes que fueron disolutos o que lo eran aún. Aunque sólo sea por atavismo, por semejanzas familiares, es inevitable que el tío sermoneador tenga aproximadamente los mismos defectos que el sobrino al que le han dado la misión de amonestar. Y lo hace sin ninguna hipocresía, porque le engaña esa facultad que los hombres tienen de creer, en cada nueva circunstancia, que se trata de «otra cosa», facultad que les permite adoptar errores artísticos, políticos, etc., sin darse cuenta de que son los mismos que, hace diez años, tuvieron ellos por verdades a propósito de otra escuela de pintura que condenaban, de otra cuestión política que se creían en el deber de odiar, de la que han renegado y a la que luego se adhieren sin reconocerla bajo un nuevo disfraz. Por otra parte, aunque las faltas del tío fueran diferentes de las del sobrino, no por eso ha de dejar de ser la herencia, en cierto sentido, ley causal de las mismas, pues no siempre el efecto se parece a la causa como la copia al original, y aun cuando las faltas del tío sean peores, puede crearlas menos graves.

Cuando monsieur de Charlus reconvenía indignado a Roberto, que, por otra parte, no conocía por entonces las verdaderas aficiones de su tío, y aunque hubiera sido la época en que el barón reprobaba sus propios gustos, podía ser completamente sincero, considerando, desde el punto de vista del hombre de mundo, que Roberto era infinitamente más culpable que él. Pues ¿no había estado Roberto a punto, cuando su tío se encargó de

llamarle a capítulo, de ser desterrado de su mundo? ¿No faltó poco para que le pusieran la bola negra en el Jockey? ¿No fue la irrisión de la sociedad por los disparatados gastos que hacía por una mujer de la más baja estofa, por sus amistades con gentes, autores, actores, judíos, ninguno de los cuales pertenecía al gran mundo, por sus opiniones, que no se diferenciaban de las de los traidores, por el dolor que causaba a todos los suyos? ¿Cómo se podía comparar esta vida escandalosa con la de monsieur de Charlus, que hasta entonces habían sabido no sólo conservar, sino aun engrandecer su situación de Guermantes, ya que era en la sociedad un ser absolutamente privilegiado, buscado, adulado por la sociedad más selecta, y que, casado con una princesa de Bourbon, mujer eminente, había sabido hacerla feliz, había consagrado a su memoria un culto más ferviente, más puntual de lo que en el gran mundo se acostumbra y había sido, en fin, tan buen marido como buen hijo?

—Pero ¿estás seguro de que monsieur de Charlus ha tenido tantas amantes? —pregunté a Roberto, no con la intención diabólica de revelar el secreto que yo había sorprendido, sino un poco molesto por oírle sustentar un error con tanta certidumbre y tanta suficiencia. Se limitó a encogerse de hombros como respuesta a lo que él creía una ingenuidad mía.

—De todos modos yo no se lo censuro, creo que hace muy bien.

Y se puso a esbozar una teoría que le habría horrorizado en Balbec (donde no se contentaba con censurar a los seductores: la muerte le parecía el único castigo proporcionado al delito). Y es que entonces estaba todavía enamorado y celoso. Ahora llegó hasta hacerme el elogio de las casas de prostitución.

—Sólo ahí encuentra cada uno la medida de su zapato.

Ya no le inspiraban esos lugares la repugnancia que le había sublevado en Balbec cuando yo aludí a ellos, y al oírle ahora le dije que Bloch me había llevado a uno, pero Roberto me contestó que una casa así a la que iba Bloch tenía que ser «de lo más miserable, el paraíso de los pobres».

—Bueno, quién sabe. ¿Dónde era?

No se lo dije exactamente, porque me acordé de que era allí, en efecto, donde se daba por un luis aquella Raquel a la que tanto había amado Roberto.

—En todo caso ya te llevaré yo a una mucho mejor a la que van mujeres de bandera.

Al expresarle yo el deseo de que me llevara lo más pronto posible a las casas que él conocía y que debían de ser en efecto muy superiores a la que me indicó Bloch, se mostró sinceramente contrariado por no poder llevarme aquella vez, pues se iba al día siguiente.

—La próxima vez que venga, ya verás —dijo con aire misterioso—, hasta hay muchachas bien; hay una señorita... creo que de Orgeville, ya te lo diré exactamente, que es de una familia de lo mejor; la madre está emparentada con los La Crois-l'Evêque, es una gente de lo más enopetado; si no me equivoco, hasta un poco parientes de mi tía Oriana. Bueno, no hay más que ver a la pequeña para darse cuenta de que es de gente bien —sentí extenderse por un instante sobre la voz de Roberto la sombra del Genio de los Guermantes, que pasó como una nube, pero a gran altura y sin detenerse—. Me da la sensación de un asunto maravilloso. Los padres están siempre enfermos y no pueden ocuparse de ella. Qué caramba, la pequeña se distrae un poco, y espero que tú le encuentres diversiones, pobre niña.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Si no te interesan solamente las duquesas (el título de duquesa es para la aristocracia el único que representa un rango verdaderamente brillante como en el pueblo dirían de las princesas), en otro género está la primera doncella de madame Putbus.

En este momento entró en el salón de juego madame de Surgis a buscar a sus hijos. Al verla, monsieur de Charlus se dirigió hacia ella con una amabilidad que fue para la princesa una grata sorpresa, pues esperaba una gran frialdad por parte del barón, que se había erigido desde siempre en protector de Oriana y era el único de la familia —casi siempre demasiado complaciente con las exigencias del duque, por su herencia y por celos de la duquesa— que mantenía implacablemente a distancia a las amantes de su hermano. Madame de Surgis hubiera comprendido, pues, muy bien los motivos de la actitud que temía en el barón, pero no sospechó en absoluto los de la manera, justamente opuesta, con que la recibió. Le habló con admiración del retrato que Jacquet le había hecho tiempo atrás. Y exaltó esta admiración hasta un entusiasmo encaminado, en parte, a impedir que la marquesa se alejase, a «engancharla», como decía Roberto refiriéndose a las tropas enemigas que se quiere mantener



sujetas en un punto, pero que, además, quizás era sincero. Pues si todo el mundo se complacía en admirar en los hijos el porte de reina y los ojos de madame de Surgis, el barón podía sentir un placer inverso pero igualmente vivo en ver estos encantos juntos en la madre, como en un retrato que no inspira por sí mismo deseos, pero que nutre, con la admiración estética que inspira, los deseos que despierta. Estos deseos daban también retrospectivamente un voluptuoso encanto al retrato de Jacquet, y en este momento al barón le hubiera gustado comprarlo para estudiar en él la genealogía física de los dos jóvenes Surgis.

—Ya ves que no exagero —me dijo Roberto—. Fíjate en las atenciones de mi tío con madame de Surgis. Y en este caso me extraña. Si lo llega a saber Oriana se pondrá furiosa. La verdad es que hay bastantes mujeres sin ir precisamente a caer sobre ésa —añadió. Como todo el que no está enamorado, Roberto se figuraba que a la mujer amada se la ha elegido después de mil deliberaciones y por diversas cualidades y conveniencias. Por otra parte, Roberto, además de equivocarse sobre su tío teniéndole por mujeriego, hablaba de él, por rencor, con demasiada ligereza. No siempre se es impunemente el sobrino de alguien. Con mucha frecuencia, se cumple a través de aquél la transmisión, inmediata o tardía, de un hábito hereditario. Y se podría hacer una galería de retratos, con el título de la comedia alemana *Tío y sobrino*, en la que veríamos al tío velando celosamente, aunque involuntariamente, por que el sobrino acabe pareciéndosele. Y aun diré que esta galería sería incompleta si no figurasen en ella los tíos que no tienen ningún parentesco real, que son tíos solamente de la mujer del sobrino. Los Charlus están, en efecto, tan convencidos de que sólo ellos son buenos maridos, y los únicos de los que la mujer no tiene celos, que generalmente, por cariño a la sobrina, la hacen casarse también con un Charlus. Lo que enreda la madeja de los parecidos. Y al afecto a la sobrina se suma a veces también el afecto al novio. Estos matrimonios no son raros, y muchas veces son lo que se llama un matrimonio feliz.

—¿De qué estábamos hablando? ¡Ah!, de esa rubia alta, la doncella de madame Putbus. Le gustan también las mujeres, pero creo que eso no te importará. Te digo francamente que no he visto en mi vida una mujer tan hermosa.

—¿Me la imagino bastante Giorgione?

—¡Extraordinariamente Giorgione! Lástima que yo no tenga tiempo de quedarme en París, ¡con las estupendas cosas que podríamos hacer! Y después a otra cosa, ¿sabes? Porque lo que es el amor, vaya broma, de eso estoy bien de vuelta.

Pronto me di cuenta, con sorpresa, de que también estaba de vuelta de la literatura, mientras que, la última vez que nos vimos, de lo que estaba de vuelta era de los literatos («casi todos son canalla y compañía», me había dicho), lo que se podía explicar por su rencor, justificado, contra ciertos amigos de Raquel. La habían convencido, en efecto, de que nunca llegaría a tener talento si dejaba que Roberto, «un hombre de otra raza», influyera sobre ella, y con ella se burlaban de él, delante de él, en las cenas que les daba. Pero en realidad, el amor de Roberto a las letras no era nada profundo, no nacía de su verdadera naturaleza, no era más que un derivado de su amor a Raquel, y se borró en él al mismo tiempo que su repulsión por la gente de placer y su respeto religioso a la virtud de las mujeres.

—¡Qué extraños son esos dos jóvenes! Fíjese en esa curiosa pasión por el juego, marquesa —dijo monsieur de Charlus a madame de Surgis señalando a sus dos hijos, como si ignorase absolutamente quiénes eran—. Deben de ser dos orientales, tienen ciertos rasgos característicos, quizá son turcos —añadió con la doble intención de confirmar su fingida inocencia y mostrar una vaga antipatía que más tarde, cuando ésta se tornara en amabilidad, demostraría que la amabilidad se dirigía únicamente a la calidad de hijos de madame de Surgis, puesto que no se inició hasta que el barón supo quiénes eran. Es posible también que monsieur de Charlus, cuya insolencia era un don natural que él se complacía en ejercer, aprovechara el momento en que debía ignorar el nombre de aquellos dos muchachos para divertirse a costa de madame de Surgis y entregarse a sus burlas habituales, como Scapin se aprovecha del disfraz de su amo para administrarle una tanda de palos.

—Son mis hijos —dijo madame de Surgis, con un rubor que no habría tenido de haber sido más perspicaz sin ser más virtuosa, pues entonces habría comprendido que el aire de absoluta indiferencia o de ironía que monsieur de Charlus manifestaba con relación a un joven no era sincero, de la misma manera que la admiración completamente superficial que testimoniaba a una mujer no expresaba el verdadero fondo de su naturaleza. Mientras dirigía a alguna las palabras y los cumplidos más insistentes y lisonjeros, podía ésta sentir celos de la mirada que, sin dejar

de hablar con ella, dirigía a un hombre al que luego fingía no haber visto. Pues aquella mirada era muy distinta de las que monsieur de Charlus tenía para las mujeres; una mirada especial, surgida de las profundidades, y que, ni aun en una de aquellas fiestas, podía él impedir que se fuera sola, inocentemente, a los muchachos, como las miradas de un modisto denuncian su profesión por su manera de fijarse inmediatamente en los vestidos.

—¡Qué curioso! —repuso no sin insolencia monsieur de Charlus, simulando que tenía que imprimir a su pensamiento un largo recorrido para llevarle a una realidad tan diferente de la que fingía haber supuesto—. Pero no los conozco —añadió, temiendo haberse excedido un poco en la expresión de antipatía y haber paralizado así en la marquesa la intención de presentarle a sus hijos.

—¿Me permite que se los presente? —preguntó, en efecto, tímidamente, madame de Surgis.

—¡Dios mío!, ya puede figurarse que, por mi parte, encantado, pero no creo que soy un personaje muy divertido para unos muchachos tan jóvenes —salmodió monsieur de Charlus con el aire de vacilación y de frialdad de quien se deja arrancar una condescendencia.

—Arnulfo, Victurniano, venid acá —dijo madame de Surgis.

Victurniano se levantó con decisión. Arnulfo, sin ver más allá de su hermano, le siguió dócilmente.

—Ahora llega el turno de los hijos —me dijo Roberto—. Es para morirse de risa. Trata de agradar hasta al perro de la casa. Lo gracioso es que mi tío detesta a los muchachuelos. Mira qué serio los escucha. Si llego a ser yo el que intento presentárselos, me manda a freír espárragos. Oye, voy a tener que ir a saludar a Oriana. Como tengo tan poco tiempo que pasar en París, voy a intentar ver aquí a todas las personas que, si no, tendré que dejarles tarjeta.

—¡Qué bien educados están, qué modales más elegantes! —estaba diciendo monsieur de Charlus.

—¿Le parece? —respondía encantada madame de Surgis.

Me vio Swann y se acercó a Saint-Loup y a mí. La jovialidad judía era en Swann menos fina que las bromas del hombre de mundo.

—Buenas noches —nos dijo—. ¡Dios santo, los tres juntos! Van a creer que es una reunión de sindicato. A poco más, van a buscar dónde está la caja.

No se había dado cuenta de que estaba a su espalda monsieur de Beuserfeuil y le oía. El general frunció involuntariamente el entrecejo. Oíamos muy cerca de nosotros la voz de monsieur de Charlus.

—¿De modo que se llama usted Victurniano, como en el *Cabinet des Antiques*? —decía el barón para prolongar la conversación con los dos jóvenes.

—De Balzac, sí —contestó el mayor de los Surgis, que no había leído ni una línea de este novelista, pero su profesor le había señalado hacía unos días la similitud de su nombre con el de Esgrignon. Madame de Surgis estaba encantada de que su hijo se luciera y de que monsieur de Charlus se extasiara ante tanta ciencia.

—Parece ser que Loubet está enteramente con nosotros, lo sé de buena tinta —dijo Swann a Saint-Loup, pero esta vez en voz baja para que no lo oyera el general, porque para Swann las relaciones republicanas de su mujer resultaban más interesantes desde que el asunto Dreyfus era el centro de sus preocupaciones—. Le digo esto porque sé que usted está de corazón con nosotros.

—No tanto; se equivoca usted completamente —replicó Roberto—. Es un asunto mal planteado y siento mucho haberme metido en él. Si se volviera a empezar, me quedaría completamente al margen. Yo soy soldado y estoy ante todo con el ejército... Si te quedas un momento con monsieur Swann, vuelvo a buscarte en seguida; voy a ver a mi tía.

Pero vi que con quien iba a hablar era con mademoiselle d'Ambresac, y me dio pena pensar que me había mentido en cuanto a su posible noviazgo. Me tranquilicé al saber que le había presentado a aquella muchacha, media hora antes, madame de Marsantes, quien deseaba aquella boda porque los Ambresac eran muy ricos.

—Por fin —dijo monsieur de Charlus a madame de Surgis— encuentro un joven culto, que ha leído, que sabe quién es Balzac. Y me complace más aún encontrarlo donde más difícilmente se encuentran, en uno de mis iguales, en uno de los nuestros —añadió insistiendo en estas palabras. Por más que los Guermantes aparentaran que para ellos todos los hombres eran iguales, en las grandes ocasiones en que se encontraban con personas «de abolengo», y sobre todo de menos «abolengo», a las que deseaban y podían halagar, no vacilaban en sacar a relucir los viejos recuerdos de familia—. Antiguamente —prosiguió el barón—, aristócratas quería decir los mejores, por la inteligencia, por el corazón. Y ahora encuentro el primero de los nuestros que sabe quién es Victurniano d'Egrignon. Bueno, el primero no. Hay también un Polignac y un Montesquiou —añadió monsieur de Charlus, sabiendo que esta doble

asimilación no podía menos de embriagar a la marquesa—. Por lo demás, sus hijos tienen de dónde sacarlo: su abuelo materno tenía una colección famosa del siglo XVIII. Le enseñaré la mía si me da el gusto de venir a almorzar a casa un día —dijo al joven Victurniano—. Verá usted una curiosa edición del *Cabinet des Antiques* con correcciones de puño y letra de Balzac. Me encantará confrontar juntos a los dos Victurnianos.

Yo no podía decidirme a dejar a Swann. Había llegado a esa fase de fatiga en que el cuerpo de un enfermo ya no es más que una retorta en la que se observan reacciones químicas. Tenía en la cara unos puntitos azul Prusia que no parecían pertenecer al mundo de los vivos, desprendiendo ese olor que en el liceo, después de los «experimentos», hace tan desagradable la clase de «Ciencias». Le pregunté si era verdad que había tenido una larga conversación con el príncipe de Guermantes y si querría contármela.

—Sí —me dijo—, pero vaya primero un momento con monsieur de Charlus y madame de Surgis, le esperaré aquí.

Y es que monsieur de Charlus había propuesto a madame de Surgis dejar aquel salón donde hacía tanto calor e ir a sentarse un momento con ella en otro, y no pidió a los hijos que fueran con su madre, sino a mí, con lo que, después de haberles puesto el cebo, quería aparentar que no le interesaban. Y de paso me brindaba a mí una fineza fácil, puesto que madame de Surgis-le-Duc estaba bastante mal vista.

Desgraciadamente, nada más sentarnos en un recodo sin salida, pasó madame de Saint-Euverte, blanco de las burlas del barón. Para disimular o para desdeñar abiertamente los malos sentimientos que inspiraba a monsieur de Charlus, y sobre todo para demostrar su intimidad con una dama que tan familiarmente conversaba con él, dirigió desdeñosamente un saludo amistoso a la célebre belleza, la cual le contestó, mirando con el rabillo del ojo a monsieur de Charlus, con una sonrisa burlona. Pero el recodo aquel era tan angosto que, cuando madame de Saint-Euverte quiso continuar detrás de nosotros reclutando invitados para el día siguiente, encontró interceptado el paso y no pudo avanzar fácilmente, momento precioso que monsieur de Charlus, deseoso de lucir su verbo insolente ante la madre de los dos mancebos, se guardó muy bien de no aprovechar. Una pregunta tonta que le hice sin malicia le dio ocasión para una andanada triunfal que la pobre Saint-Euverte, inmovilizada detrás de nosotros, no podía dejar de oír sin perder palabra.

—¿Sabe que este joven impertinente —dijo señalándome a madame de Surgis— me pregunta, sin la menor discreción de ocultar esa clase de necesidades, si voy a casa de madame de Saint-Euverte, o sea, entiendo yo, si tengo un retortijón? En todo caso procuraré salir del apuro en un lugar más comfortable que en casa de una persona que, si la memoria no me engaña, celebraba su centenario cuando yo empezaba a hacer vida de sociedad; es decir, en su casa. Y, sin embargo, sería muy interesante oírla. ¡Cuántos recuerdos históricos, vistos y vividos, del tiempo del Primer Imperio y de la Restauración, y cuántas historias íntimas que ciertamente no tenían nada de «Saint», pero debían de ser muy «Vertes», a creer al muslo todavía ligero de la venerable andariega! Lo que me impediría preguntarle sobre sus épocas apasionantes es la sensibilidad de mi aparato olfativo. Ya es bastante aproximarse a la dama. Inmediatamente me digo: «¡Dios santo, se ha desbordado la letrina!» Y es simplemente que la marquesa ha abierto la boca para invitar a alguien. Y, claro, si yo tuviera la desgracia de ir a su casa, la letrina se convertiría en un enorme pozo negro. Y sin embargo lleva un nombre místico que siempre me hace pensar con júbilo, aunque ella haya pasado hace mucho tiempo la fecha de su jubileo, en ese estúpido verso calificado de «delicuescente»: *Ah! verte, combien verte était mon âme cejour-là...* Pero yo necesito un verdor más limpio. Me dicen que la infatigable duquesa da *garden-parties*; yo le llamaría a eso «invitaciones a pasear por la alcantarilla». ¿Irá usted a hundirse en esa pocilga? —preguntó a madame de Surgis, que esta vez se vio en un apuro, porque queriendo hacer ver al barón que no iba a ir y sabiendo que daría días de su vida por no perder la *matinée* Saint-Euverte, intentó salir del paso con la indecisión. Esta indecisión tomó una forma tan estúpidamente *dilettante* y tan mezquinamente costurera, que monsieur de Charlus, sin temor a ofender a madame de Surgis, a la que, sin embargo, deseaba agradar, se echó a reír para demostrarle que «aquello no colaba».

—Admiro a esas personas que hacen proyectos —dijo madame de Surgis—; yo, muchas veces, me vuelvo atrás en el último momento. Una simple cuestión de traje de verano puede hacerme cambiar de idea. Haré lo que se me ocurra en el momento.

Yo estaba indignado del abominable discursito que acababa de soltar monsieur de Charlus. Hubiera querido colmar de venturas a la regaladora de *garden-parties*. Desgraciadamente, en el gran mundo, como en el mundo político, las víctimas son tan cobardes que no podemos mantener

mucho tiempo el odio a los verdugos. Madame de Saint-Euverte, que había logrado salir del recodo cuya entrada cerrábamos nosotros, rozó involuntariamente al barón al pasar y, por un reflejo de *snobismo* que anulaba en ella la ira, tal vez hasta con la esperanza de entrar en materia de una manera que no debía de emplear por primera vez:

—¡Oh, perdón, monsieur de Charlus!, espero no haberle hecho daño —exclamó como arrodillándose ante su señor.

El barón no se dignó contestar más que con una prolongada risa irónica, y concedió solamente un «buenas noches» que, como si no se hubiera dado cuenta de la presencia de la marquesa hasta que ella le saludó la primera, era un insulto más. Y madame de Saint-Euverte, con una suprema bajeza y que me hacía daño por ella, se acercó a mí, me llevó aparte y me dijo al oído:

—Pero ¿qué le he hecho yo a monsieur de Charlus? Dicen que no me encuentra bastante elegante para él —añadió riendo a mandíbula batiente. Yo me quedé muy serio. Por una parte, me parecía estúpido que fingiera creer o hacer creer que, en realidad, no había nadie tan elegante como ella. Y además, las personas que se ríen tan fuerte de lo que ellas dicen, y que no es nada gracioso, nos dispensan, tomando a su cargo la hilaridad, de participar en ella.

—Otros dicen que está ofendido porque no le invito. La verdad es que no me anima mucho a ello. Parece como enfadado conmigo (la expresión me pareció floja). Procure enterarse y venga mañana a decírmelo. Y si tiene remordimiento y quiere acompañarle, tráigale. Hay que perdonar. Hasta me gustaría que viniera, aunque sólo fuera por fastidiar a madame de Surgis. Le doy carta blanca. Usted tiene un olfato finísimo para todas estas cosas, y yo no quiero que parezca que ando mendigando invitadas. En todo caso, cuento con usted sin falta.

Pensé que Swann se debía de cansar esperándome. Y además, por causa de Albertina, no quería volver muy tarde. Así que me despedí de madame de Surgis y de monsieur de Charlus y fui a reunirme con mi enfermo en el salón de juego. Le pregunté si en su conversación con el príncipe en el jardín le había dicho, en efecto, lo que monsieur de Bréauté (al que no nombré) nos había contado y que se refería a una pieccecita de Bergotte. Se echó a reír:

—No hay ni una palabra de verdad, pero ni una, es pura invención y hubiera sido completamente estúpido. Verdaderamente es cosa inaudita



esta generación espontánea del error. No le pregunto quién le ha dicho eso, pero sería muy curioso, en un marco tan limitado como éste, ir subiendo de uno a otro para saber cómo se ha formado eso. Y además, ¿por qué le interesa a la gente lo que me dijo el príncipe? Qué curiosa es la gente. Yo no lo he sido nunca, a no ser cuando he estado enamorado y cuando he estado celoso. ¡Y para lo que he sabido!... ¿Es usted celoso?

Le dije que nunca había sentido celos, que ni siquiera sabía qué era eso.

—Pues le felicito. Cuando se es un poco celoso no resulta del todo desagradable, por dos razones. Una, porque los celos hacen que los que no son nada curiosos se interesen por la vida de otras personas, o al menos de otra persona. Y la otra porque los celos hacen sentir vivamente el gozo de poseer, de subir al coche con una mujer, de no dejarla ir sola. Pero esto sólo ocurre en la primerísima fase del mal o cuando la curación es casi completa. En el intervalo, es el más horrible de los suplicios. De todos modos, esos dos goces de que le hablo, debo decirle que yo los he conocido poco; el primero por culpa de mi naturaleza, que no es capaz de reflexiones muy prolongadas; el segundo por las circunstancias, por culpa de la mujer, quiero decir de las mujeres de las que he tenido celos. Pero no importa. Incluso cuando ya no nos interesan las cosas, no nos es por completo indiferente que nos hayan interesado, porque nos interesaron siempre por razones que escapaban a los demás. El recuerdo de estos sentimientos sentimos que está sólo en nosotros. Y es en nosotros donde tenemos que entrar para mirarlo... No se burle demasiado de esta jerga idealista, pero lo que quiero decirle es que he amado mucho la vida y he amado mucho el arte. Bueno, pues ahora que estoy un poco demasiado cansado para vivir con los demás, esos antiguos sentimientos tan personales, tan míos, me parecen muy preciosos —es la manía de todos los coleccionistas—. Me abro a mí mismo mi corazón como una especie de vitrina, miro uno a uno tantos amores que los demás no conocieron. Y de esta colección a la que tengo ahora más apego que a las otras, me digo, un poco como Mazarino de sus libros, pero además sin la menor angustia, que será una lástima dejar todo eso... Pero volviendo a la conversación con el príncipe, no se la contaré más que a una persona, y esa persona va a ser usted.

Para oírle, me molestaba la conversación que monsieur de Charlus, otra vez en la sala de juego, prolongaba indefinidamente muy cerca de

nosotros. «¿Y usted también lee? ¿Qué hace usted?», preguntó al conde Arnulfo, que no conocía a Balzac ni de nombre. Pero su miopía, que le hacía verlo todo muy pequeño, le daba el aspecto de ver muy lejos, de modo que, rara poesía en un escultural dios griego, en sus pupilas brillaban como distantes y misteriosas estrellas.

—Podíamos ir a dar una vuelta por el jardín, monsieur —dije a Swann, mientras el conde Arnulfo, con una voz ceceante que parecía indicar un desarrollo no muy completo, por lo menos mental, contestaba a monsieur de Charlus con una precisión complaciente e ingenua:

—¡Oh, lo mío es más bien el golf, el tenis, el balón, la carrera a pie, sobre todo el polo!

Como Minerva, subdividida, había dejado en cierta ciudad de ser la diosa de la Sabiduría y había encarnado una parte de sí misma en una divinidad puramente deportiva, hípica, «Atenea Hippiá». Iba también a Saint-Moritz a esquiar, pues Pallas Tritogeneia frecuenta las altas cumbres y alcanza a los jinetes.

—¡Ah! —replicó monsieur de Charlus con la sonrisa trascendente del intelectual que ni siquiera se toma el trabajo de disimular que se burla de los demás, pero que, por otra parte, se siente tan superior a ellos y desprecia hasta tal punto la inteligencia de los que son menos tontos que apenas los diferencia de los que lo son menos, desde el momento en que pueden serle agradables de otro modo. Hablando a Arnulfo, monsieur de Charlus consideraba que con ello le confería una superioridad que todo el mundo debía envidiar y reconocer.

—No —me contestó Swann—, estoy demasiado cansado para andar. Es mejor que nos sentemos en un rincón, no me tengo de pie.

Era cierto, y, sin embargo, hablar le había devuelto cierta vivacidad. Y es que en la fatiga más real hay, sobre todo en las personas nerviosas, una parte que depende de la atención y que sólo se conserva por la memoria. Se siente uno súbitamente cansado en cuanto teme estarlo, y para reponerse de la fatiga basta con olvidarla. Verdad es que Swann no era precisamente uno de esos infatigables agotados que llegan derrumbados, marchitos, sin poder tenerse en pie, y se reaniman con la conversación como una flor en el agua y pueden, durante horas, sacar de sus propias palabras unas fuerzas que desgraciadamente no transmiten a los que los escuchan y que parecen cada vez más abatidos a medida que el hablador se va sintiendo más animado. Pero Swann era de esa fuerte raza

judía de cuya energía vital, de cuya resistencia a la muerte parecen participar los individuos mismos. Cada uno de ellos, doliente de enfermedades particulares, como la raza por la persecución, se debate indefinidamente en agonías terribles que se pueden prolongar más allá de todo plazo previsible, cuando ya no se le ve más que una barba de profeta rematada por una nariz inmensa que se dilata para aspirar el último aliento, antes de la hora de las oraciones rituales, antes de que comience el puntual desfile de los parientes lejanos que avanzarán con movimientos mecánicos, como en un friso asirio.

Fuimos a sentarnos, pero, antes de alejarnos del grupo que formaba monsieur de Charlus con los dos jóvenes Surgis y su madre, Swann no pudo menos de echar a la espetera de ésta unas miradas de entendido morosas y concupiscentes. Hasta se puso el monóculo para ver mejor, y, sin dejar de hablarme, echaba de vez en cuando una ojeada hacia la dama.

—Le voy a contar, palabra por palabra —me dijo una vez sentados—, mi conversación con el príncipe, y si recuerda usted lo que le dije hace un momento, verá por qué le he elegido como confidente. Y, además, por otra razón que sabrá algún día. «Querido Swann (me dijo el príncipe de Guermantes), permíteme que haya parecido evitarle desde hace algún tiempo. (Yo no lo había notado, porque mi enfermedad me hace huir de todo el mundo.) En primer lugar, había oído decir, y yo mismo lo preveía, que, en el desdichado asunto que divide al país, usted tenía opiniones diametralmente opuestas a las mías. Y me hubiera sido muy penoso que las manifestara delante de mí. Estaba tan nervioso que, hace dos años, la princesa oyó decir a su cuñado, el gran duque de Hesse, que Dreyfus era inocente, y no se contentó con refutar vivamente esta opinión, sino que no me lo dijo para no disgustarme. Casi en la misma época, vino a París el príncipe heredero de Suecia y, como había oído decir que la emperatriz Eugenia era dreyfusista, la confundió con la princesa (extraña confusión, lo reconocerá usted, entre una mujer del rango de la mía y una española, de un linaje mucho menos importante de lo que se dice y casada con un simple Bonaparte) y le dijo: “Princesa, me siento doblemente dichoso de veros, pues ya sé que pensáis lo mismo que yo sobre el asunto Dreyfus, lo que no me extraña, pues Vuestra Alteza es bávara”. Lo que le valió al príncipe esta respuesta: “Monseñor, yo no soy más que una princesa francesa, y pienso como todos mis compatriotas”. Ahora bien, mi querido Swann, hace aproximadamente año y medio, de una conversación que tuve

con el general De Beuserfeuil saqué la sospecha de que en el proceso se habían cometido no un error, pero sí graves ilegalidades.»

Nos interrumpió (Swann no quería que oyeran su relato) la voz de monsieur de Charlus, que (por lo demás sin ocuparse de nosotros) pasaba acompañando a madame de Surgis y se detuvo para tratar de retenerla más tiempo, fuera por sus hijos, fuera por la tendencia que tenían los Guermantes a no acabar el minuto presente, que les sumía en una especie de ansiosa inercia. Swann me contó después, a este propósito, una cosa que le quitó al nombre de Surgis-le-Duc toda la poesía que tenía para mí. La marquesa de Surgis-le-Duc tenía una situación social mucho más importante, alianzas mucho más brillantes que su primo, el conde de Surgis, que, siendo pobre, vivía en sus tierras. Pero la palabra que terminaba el título, «le Duc», no tenía en modo alguno el origen que yo le atribuía y que, en mi imaginación, asimilaba con Bourg-l'Abbé, Bois-le-Roi, etc. Simplemente, un conde de Surgis había casado, durante la Restauración, con la hija de un riquísimo industrial, monsieur Leduc, o Le Duc, hijo a su vez de un fabricante de productos químicos, el hombre más rico de su tiempo y que era par de Francia. El rey Carlos X creó para el hijo de este matrimonio el marquesado de Surgis, que ya existía en la familia. La adjunción del nombre burgués no impidió a esta rama enlazar, por su enorme fortuna, con las primeras familias del reino. Y la actual marquesa de Surgis-le-Duc, de muy ilustre nacimiento, habría podido tener una situación de primer orden. Un demonio de perversidad la empujó a huir, desdeñando la situación heredada, del hogar conyugal, a vivir de la manera más escandalosa. Después, el mundo que ella había desdeñado a los veinte años, cuando estaba a sus pies, lo añoró desesperadamente a los treinta, cuando, desde hacía diez, nadie la saludaba ya, a no ser unos pocos amigos fieles, y se consagró a reconquistar laboriosamente, pieza a pieza, lo que poseía al nacer (caso no raro de ida y vuelta).

En cuanto a los grandes señores parientes suyos, de los que había renegado y que habían renegado de ella a su vez, justificaba la alegría de volver a ellos en los recuerdos de infancia que con ellos podría evocar. Y al decir esto para disimular su *snobismo*, acaso mentía menos de lo que ella creía. «Basin, ¡es toda mi juventud!», decía cuando volvió a él. Y, en efecto, era un poco verdad. Pero calculó mal al elegirle como amante. Pues todas las amigas de la duquesa de Guermantes iban a tomar partido por

ella, y madame de Surgis bajaría así por segunda vez la pendiente que tanto trabajo le había costado volver a subir.

—Bueno —le estaba diciendo monsieur de Charlus, que tenía interés en prolongar la conversación—, presentará usted mis respetos al hermoso retrato. ¿Cómo se encuentra? ¿Qué es de él?

—Pero ¿no sabe que ya no lo tengo? —contestó madame de Surgis—. A mi marido no le gustaba.

—¡Que no le gustaba! ¡Una de las obras maestras de nuestra época, tan buena como la duquesa de Châteauroux de Nattier y que, además, pretendía fijar una no menos majestuosa y asesina diosa! ¡Ese cuellecito azul! Jamás pintó Ver Meer una estofa con mayor maestría, no lo digamos demasiado alto para que Swann no nos pegue por vengar a su pintor favorito, el maestro de Delft.

La marquesa miró para atrás, dirigió una sonrisa a Swann, que se había levantado para saludarla, y le tendió la mano. Swann, casi sin disimulo, bien porque una vida ya avanzada le hubiera quitado la voluntad moral por desdén de la opinión, o el poder físico por la exaltación del deseo y la debilitación de los resortes que ayudan a ocultarlo, en cuanto, al estrechar la mano de la marquesa, vio su garganta muy de cerca y desde arriba, hundió una mirada atenta, seria, absorta, casi asustada, en las profundidades del descote, y las ventanas de su nariz, embriagadas por el perfume de la mujer, palpitaron como una mariposa que va a posarse en la flor entrevista. Se arrancó bruscamente del vértigo que le había mareado, y la misma madame de Surgis, aunque violenta, contuvo una respiración profunda, tan contagioso es a veces el deseo.

—El pintor se ha ofendido —dijo madame de Surgis a monsieur de Charlus— y se lo ha llevado. Dicen que ahora está en casa de Diana de Saint-Euverte.

—No creo —replicó el barón— que una obra maestra tenga tan mal gusto.

—Le está hablando de su retrato. De ese retrato le hablaría yo tan bien como Charlus —me dijo Swann afectando un tono lánguido y pícaro y siguiendo con los ojos a la pareja que se alejaba—. Y seguramente con más satisfacción que Charlus —añadió.

Le pregunté si lo que se decía de monsieur de Charlus era verdad, y en esto mentía yo doblemente, pues no sabía que se hubiera dicho nada y,

en cambio, sabía muy bien, desde hacía unas horas, que sí era verdad lo que yo quería decir.

Swann se encogió de hombros, como si yo hubiera proferido un absurdo.

—Es decir, que es un amigo delicioso. Pero debo añadir que es puramente platónico. Lo que pasa es que es más sentimental que otros, nada más. Por otra parte, como nunca va muy lejos con las mujeres, eso da cierto crédito a los insensatos rumores a que usted alude. Quizá Charlus quiere mucho a sus amigos, pero tenga por seguro que eso no pasó nunca más allá de su cabeza y de su corazón... Vaya, por fin vamos a tener dos segundos de tranquilidad. Bueno, pues el príncipe de Guermantes continuó: «Le confesaré que la idea de una posible ilegalidad en la instrucción del proceso me resultaba sumamente penosa, por el culto que, como usted sabe, profeso al ejército; volví a hablar de esto con el general, y, desgraciadamente, no me quedó ninguna duda a este respecto. Le diré francamente que, en todo este asunto, la idea de que un inocente pudiera sufrir la más infamante de las penas ni siquiera se me había pasado por la imaginación. Pero, atormentado por la simple idea de ilegalidad, me puse a estudiar lo que no había querido leer, y el resultado fue que esta vez me asaltaron dudas no ya sobre la ilegalidad, sino sobre la inocencia. No me decidí a hablar de esto a la princesa. Dios sabe que se ha hecho más francesa que yo. A pesar de todo, desde que me casé con ella puse tanta coquetería en mostrarle nuestra Francia en toda su belleza y lo más espléndido que tiene para mí, su ejército, que me resultaba muy duro comunicarle mis sospechas, que, en verdad, sólo alcanzaban a algunos oficiales. Pero yo soy de una familia de militares, y no quería creer que unos oficiales pudieran equivocarse. Volví a hablar con Beuserfeuil y me confesó que se habían urdido ciertas maquinaciones culpables, que la comunicación no era quizá de Dreyfus, pero que existía la prueba evidente de su culpabilidad. Era el documento Henry. Y a los pocos días se supo que ese documento era falso. Desde entonces, a escondidas de la princesa, me puse a leer todos los días *La Siècle*, *l'Aurore*, y no me quedó ninguna duda, ya no podía dormir. Confesé mis torturas morales a nuestro amigo el abate Poiré, que, con gran asombro mío, resultó que tenía la misma convicción, y le encargué unas misas a intención de Dreyfus, de su desdichada mujer y de sus hijos. Entre tanto, una mañana que fui a las habitaciones de la princesa, vi que su doncella escondía algo que llevaba

en la mano. Le pregunté riendo qué era aquello, se sonrojó y no quiso decírmelo. Yo tenía plena confianza en mi mujer, pero este incidente me alteró mucho (y seguramente también a la princesa, pues su doncella debió de contárselo), porque mi querida María apenas me habló durante la comida. Aquel día le pregunté al abate Poiré si podría decir al día siguiente una misa por Dreyfus.» ¡Vaya por Dios! —exclamó Swann a media voz, interrumpiéndose.

Levanté la cabeza y vi al duque de Guermantes que venía hacia nosotros.

—Perdonen que les moleste, hijos míos. Oiga, pequeño —dijo dirigiéndose a mí—, vengo de delegado de Oriana ante usted. María y Gilberto le piden que se quede a cenar a su mesa con sólo cinco o seis personas: la princesa de Hesse, madame de Ligne, madame de Tárente, madame de Chevreuse, la duquesa de Arenberg. Desgraciadamente nosotros no podemos quedarnos, porque vamos a una fiestecilla.

Yo escuchaba, pero siempre que tenemos algo que hacer en un momento determinado encargamos dentro de nosotros mismos a cierto personaje, acostumbrado a esta clase de tarea, de estar atento a la hora y avisarnos a tiempo. Este servidor interno me recordó, como yo se lo había pedido unas horas antes, que Albertina, muy lejos de mi mente en aquel momento, iba a ir a mi casa en cuanto acabara el teatro. Por tanto, rehusé la cena. No es que no me encontrara a gusto en casa de la princesa de Guermantes. Los hombres pueden tener diversas clases de placeres. El verdadero es aquel por el cual dejan el otro. Pero si el que dejan es aparente, o aunque sea sólo aparente, puede engañar en cuanto al primero, tranquiliza o despista a los celosos, desorienta el juicio de la gente. Y sin embargo, bastaría un poco de alegría o un poco de sufrimiento para que lo sacrificaríamos al otro. A veces no existe todavía en nosotros un tercer orden de goces más graves, pero más esenciales, cuya virtualidad se nos traduce sólo despertando pesares, desalientos. Y, sin embargo, llega un día en que nos damos precisamente a esta clase de goces. Pongamos un ejemplo, completamente secundario; un militar en tiempo de paz sacrificará la vida mundana al amor, pero, declarada la guerra (y sin que siquiera sea necesario que intervenga la idea de un deber patriótico) sacrifica el amor a la pasión, más fuerte que el amor, de luchar. Aunque Swann dijera que le encantaba contarme aquella historia, yo me daba muy bien cuenta de que, por lo tarde que era y lo malo que estaba, su

conversación conmigo era una de esas fatigas que después pesan muchísimo a los que saben que se matan trasnochando, haciendo otros excesos, lo mismo que les pesa a los pródigos el gasto insensato que acaban de hacer, sin perjuicio de que al día siguiente vuelvan a tirar el dinero por la ventana. A partir de cierto grado de debilidad, causada por un padecimiento o por los años, todo placer a expensas del sueño, fuera de la costumbre, todo desarreglo, se torna en fastidio. El conversador sigue hablando por cortesía, por excitación, pero sabe que la hora en que hubiera podido conciliar el sueño pasó ya, y sabe también los reproches que se va a hacer a sí mismo en las horas de insomnio y de cansancio que vendrán luego. Por otra parte, hasta el placer momentáneo se ha agotado; el cuerpo y el espíritu están demasiado desamueblados de fuerzas para acoger agradablemente lo que parece divertir al interlocutor. Están como una casa el día en que los dueños se van de veraneo o de mudanza y reciben a las visitas sentados en los baúles y con los ojos fijos en el reloj de pared.

—Al fin solos —me dijo Swann—; ya no sé dónde estábamos. Sí, le decía que el príncipe preguntó al abate Poiré si podía decir una misa por Dreyfus. «No (me contestó el abate; le digo ‘me’ —aclaró Swann— porque me habla el príncipe, ¿comprende?), porque ese día tengo que decir una misa que me han encargado también por él.” “Pero (le dije) ¿hay otro católico que no sea yo convencido de su inocencia?” “Así parece.” “Pero la convicción de ese otro partidario debe de ser menos antigua que la mía.” “Sin embargo, ese partidario me encargaba misas cuando usted creía aún que Dreyfus era culpable.” “Desde luego no será uno de nuestro medio.” “Sí que lo es.” “¿De veras hay dreyfusistas entre nosotros? Me intriga usted; me gustaría expansionarme con él, si es que conozco a ese pájaro raro.” “Le conoce.” “¿Cómo se llama?” “La princesa de Guermantes.” Mientras yo temía herir las opiniones nacionalistas, la ley francesa de mi querida esposa, ella había tenido miedo de alarmar mis opiniones religiosas, mis sentimientos patrióticos. Pero pensaba como yo, aunque desde hacía más tiempo que yo. Y lo que su doncella escondía al entrar en su habitación, lo que iba a comprarle todos los días era *L’Aurore*. Mi querido Swann, desde ese momento pensé en la alegría que le iba a dar a usted diciéndole que mis ideas están en este punto muy cerca de las suyas. Perdone que no se lo haya dicho antes. Si piensa usted en el silencio que guardé con la princesa, no le extrañará que pensar como usted me haya apartado de usted más aún que pensar de distinta manera que usted. Porque



me era sumamente penoso abordar el tema. Cuanto más creo en un error, incluso en que se han cometido infamias, más sangra mi amor al ejército. Hubiera pensado que unas opiniones parejas a las mías estaban lejos de dolerle lo mismo, cuando el otro día me dijeron que usted condenaba enérgicamente las injurias al ejército y que los dreyfusistas se solidarizaran con los que le injuriaban. Esto me ha decidido; confieso que me ha resultado muy duro confesarle lo que pienso de ciertos oficiales, pocos por fortuna, pero es un alivio para mí no tener que seguir alejado de usted y sobre todo que sepa que, si pude tener otros sentimientos, es porque no tenía la menor duda sobre la justicia de la sentencia pronunciada. En cuanto tuve alguna, ya sólo podía desear una cosa: la reparación del error.» Le confieso que estas palabras del príncipe de Guermantes me emocionaron profundamente. Si usted le conociera como yo, si supiera de dónde ha tenido que volver para llegar a esto, le admiraría usted, y lo merece. Por lo demás, no me extraña su opinión, ¡es tan recto!

Swann olvidaba que aquella misma tarde me había dicho, por el contrario, que, en el asunto Dreyfus, las opiniones eran dictadas por el atavismo. A lo sumo, había hecho una excepción con la inteligencia, pues en Saint-Loup la inteligencia había llegado a vencer al atavismo y a hacerle dreyfusista. Ahora bien, acababa de ver que esta victoria duró poco y que Saint-Loup se había pasado al campo contrario. De suerte que ahora trasladaba a la rectitud el papel que antes asignara a la inteligencia. En realidad, siempre descubrimos *a posteriori* que nuestros adversarios tenían una razón para ser del partido a que pertenecen y que no es por lo que en ese partido puede haber de justo, y que a los que piensan como nosotros les ha llevado a ello la inteligencia si su naturaleza moral es demasiado baja para poder invocarla, o la rectitud si su penetración es escasa.

Ahora Swann encontraba indistintamente inteligentes a los que eran de su opinión, a su viejo amigo el príncipe de Guermantes y a mi camarada Bloch, al que antes había tenido a distancia y al que ahora invitó a comer. Swann interesó mucho a Bloch diciéndole que el príncipe de Guermantes era dreyfusista. «Habría que pedirle que firmara nuestras listas para lo de Picquart; un nombre como el suyo haría un efecto formidable.» Pero Swann, aunando su ardiente convicción israelita con la moderación diplomática del hombre de sociedad, cuyas costumbres tenía demasiado arraigadas para poder renunciar a ellas tan tardíamente, no quiso autorizar a Bloch a que, ni siquiera como espontáneamente, pidiera

al príncipe su firma para una circular. «No, no puede hacer eso, no se debe pedir lo imposible —repetía Swann—. Es un hombre encantador que ha hecho miles de leguas para venir hasta nosotros. Puede sernos muy útil. Si firmara esa lista, se comprometería simplemente con los suyos, le castigarían por causa nuestra, se arrepentiría quizá de sus confidencias y no volvería a hacerlas.» Es más, Swann negó su propia firma. Le parecía demasiado hebraica para no producir mal efecto. Ya, además, si bien aprobaba todo lo referente a la revisión, no quería que le mezclaran en la campaña antimilitarista. Ostentaba, y hasta entonces no lo había hecho nunca, la condecoración que había ganado como movilizado muy joven en el 70, y añadió a su testamento un codicilo para pedir que, anulando sus disposiciones anteriores, se rindieran honores militares a su grado de caballero de la Legión de Honor. Lo que congregó en torno a la iglesia de Combray todo un escuadrón de esos jinetes por cuya suerte lloraba antaño Francisca ante la perspectiva de una guerra. En fin, Swann se negó a firmar la circular de Bloch, de modo que si para unos era un dreifusista rabioso, mi camarada lo encontró, en cambio, tibio, infectado de nacionalismo y amigo de la fanfarria militar.

Swann me dejó sin darme la mano por no verse obligado a despedirse en aquel salón donde había demasiados amigos suyos, pero me dijo:

—Debería usted venir a ver a su amiga Gilberta. ¡Le daría tanta alegría! Ha cambiado mucho, no la conocería usted.

Yo no amaba ya a Gilberta. Era para mí como una muerta a la que se ha llorado mucho tiempo, después vino el olvido y, si resucitara, ya no podría entrar en una vida que no está hecha para ella. Ya no tenía gana de verla, ni siquiera ese deseo de probarle que no me interesaba verla, mientras que, cuando la amaba, me prometía cada día demostrárselo sólo cuando ya no la amara.

Por eso, con el solo interés de presumir ante Gilberta de que, pese a mi gran deseo de ir a verla, me lo habían impedido circunstancias «ajenas a mi voluntad» —esas circunstancias que, en realidad, sólo se producen, reiteradamente al menos, cuando la voluntad no las sujeta—, lejos de recibir con reserva la invitación de Swann, no le dejé hasta que no me prometió explicar cumplidamente a su hija los contratiempos que me habían privado, y me seguirían privando, de ir a verla.

—De todos modos le voy a escribir en cuanto vuelva a casa —añadí—. Pero no deje de decirle que es una carta de amenazas, porque dentro de

un mes o dos me quedaré completamente libre, y entonces que se eche a temblar, pues estaré en casa de ustedes tan a menudo como antes.

Antes de que se marchara Swann le dije algo sobre su salud.

—No, no va tan mal —me contestó—. De todos modos, como le dije antes, estoy bastante cansado y acepto de antemano con resignación lo que pueda ocurrir. Pero confieso que sería una lástima morir antes de que termine el asunto Dreyfus. Todos esos canallas disponen de muchos triunfos. Estoy seguro de que al fin serán vencidos, pero son muy poderosos, tienen apoyos en todas partes. En el momento en que la cosa va mejor, todo se viene abajo. Quisiera vivir lo bastante para ver a Dreyfus rehabilitado y a Picquart coronel.

Cuando se marchó Swann, me volví al salón grande donde estaba aquella princesa de Guermantes con la que yo no sabía entonces que llegaría a estar tan unido. La pasión que tuvo por monsieur de Charlus no la descubrí al principio. Sólo observé que el barón, a partir de cierta época y sin sentir contra la princesa de Guermantes ninguna de aquellas enemistades nada raras en él, teniéndole el mismo afecto, o quizá más, parecía descontento y fastidiado cada vez que le hablaban de ella. Ya no ponía su nombre en la lista de las personas con quienes deseaba comer.

Verdad es que, antes de esto, yo había oído a un hombre de mundo muy malévolamente decir que la princesa había cambiado muchísimo, que estaba enamorada de monsieur de Charlus; pero esto me pareció entonces una maledicencia absurda y me indignó. Sí que había observado con extrañeza que, cuando yo contaba algo mío, si en medio del relato surgía monsieur de Charlus, la atención de la princesa se fijaba inmediatamente en este punto, como un enfermo que, oyéndonos hablar de nosotros mismos, y oyéndonos, por tanto, distraída e indiferentemente, reconoce de pronto un nombre, que es el del mal que él padece, lo que a la vez le interesa y le anima. Así, si yo le decía: «Precisamente monsieur de Charlus me contaba...», la princesa volvía a coger las riendas sueltas de su atención. Y una vez que se dijo delante de ella que monsieur de Charlus tenía en aquel momento un interés bastante vivo por cierta persona, vi con sorpresa aparecer en los ojos de la princesa ese rasgo especial y momentáneo que traza en las pupilas como una hendidura y que proviene de un pensamiento que nuestras palabras han removido sin querer en la persona con quien estamos hablando, pensamiento secreto que no se traducirá en palabras, pero que subirá, de las profundidades removidas por

nosotros, a la superficie de la mirada, un momento alterada por nosotros. Pero si mis palabras habían impresionado a la princesa, yo no sabía de qué modo.

Por otra parte, al poco tiempo comenzó a hablarme de monsieur de Charlus, y casi sin rodeos. Si aludía a los rumores que unas pocas personas hacían correr sobre el barón, era sólo como a unas invenciones absurdas e infames. Pero, por otra parte, decía: «Yo creo que una mujer que se enamorase de un hombre de la inmensa valía de Palaméde debería tener la suficiente altura de miras, la suficiente devoción para aceptarle y comprenderle en bloque, tal como es, para respetar su libertad, sus fantasías, para procurar sólo allanarle las dificultades y consolarle de sus penas.» Y, con estas palabras, tan vagas por lo demás, la princesa de Guermantes revelaba lo que ella trataba de magnificar, lo mismo que hacía a veces el propio monsieur de Charlus. Yo le he oído más de una vez decir a personas que hasta entonces no estaban seguras de si le calumniaban o no: «Yo, que he tenido muchos altibajos en mi vida, he conocido toda clase de gente, desde ladrones a reyes, y hasta debo decir, con una ligera preferencia por los ladrones, que he buscado la belleza en todas sus formas, etc.», y con estas palabras que él creía hábiles, y desmintiendo rumores que él no sospechaba que corrieran (o por dar a la verdad, por gusto, por justicia, por afán de verosimilitud, una parte que sólo a él le parecía mínima), quitaba a unos sus últimas dudas sobre él, inspiraba las primeras a otros que no las tenían aún. Pues el más peligroso de todos los celos es el de la culpa misma en el ánimo del culpable. El conocimiento permanente que tiene de ella le impide suponer lo ignorada que es generalmente, lo fácil que se creería una mentira completa, y darse cuenta, en cambio, de en qué grado de verdad comienza para los demás la confesión en las palabras que él cree inocentes. Y por otra parte, hubiera hecho muy mal en procurar callarla, pues no hay vicios que no encuentren en el gran mundo apoyo complaciente, y se ha visto remover de arriba abajo el arreglo de un castillo para que durmiera una hermana con su hermana en cuanto se supo que no la amaba sólo como hermana. Pero lo que me reveló de repente el amor de la princesa fue un hecho especial y en el que no he de insistir aquí, pues forma parte de un relato muy diferente en el que monsieur de Charlus dejó morir a una reina antes que faltar al peluquero que tenía que rizarle con tenacillas para un cobrador de ómnibus ante el que se sentía prodigiosamente intimidado. Sin embargo, para

acabar con el amor de la princesa, contaré la minucia que me abrió los ojos. Aquel día iba yo en coche solo con ella. Al pasar por una estafeta de correos me hizo parar. No llevaba lacayo. Sacó a medias una carta del manguito e inició el movimiento de apearse para echarla al buzón. Quise yo detenerla, se resistió ella ligeramente y ambos nos dimos cuenta de que nuestro primer movimiento había sido, comprometedor el suyo, porque parecía proteger un secreto, e indiscreto el mío al oponerme a esta protección. Fue ella la que primero rectificó. Se puso muy colorada y me dio la carta; ya no me atreví a no tomarla, pero, al echarla al buzón vi sin querer que estaba dirigida a monsieur de Charlus.

Volviendo a aquella primera fiesta de la princesa de Guermantes, fui a despedirme de ella, porque sus primos me llevaban y tenían mucha prisa. Pero monsieur de Guermantes quería despedirse de su hermano. Madame de Surgis tuvo tiempo de decir en una puerta al duque que monsieur de Charlus había estado amabilísimo con ella y con sus hijos, y esta extraordinaria gentileza de su hermano, la primera que tuviera nunca en este terreno, impresionó profundamente a Basin y despertó en él sentimientos de familia que nunca permanecían dormidos mucho tiempo. Cuando estábamos despidiéndonos de la princesa, monsieur de Guermantes, sin manifestar explícitamente su agradecimiento al barón, quiso expresarle su afecto, bien porque le fuera difícil contenerlo, bien para que el barón recordara que lo que había hecho aquella noche no pasaba inadvertido para un hermano, de la misma manera que, con el fin de crear para el futuro asociaciones de recuerdos, se da un terrón de azúcar a un perro que ha hecho alguna gracia.

—¡Muy bien, hermanito! —dijo el duque parando a monsieur de Charlus y cogiéndole cariñosamente del brazo—, así se pasa junto al hermano mayor sin decirle ni una palabra de despedida. No te veo nunca, Mémé, y no sabes cuánto te echo de menos. Mirando cartas viejas he encontrado precisamente unas de la pobre mamá, todas llenas de cariño para ti.

—Gracias, Basin —contestó monsieur de Charlus, alterada la voz, pues no podía hablar nunca de su madre sin emoción.

—Deberías decidirte a dejarme que te instale un pabellón en Guermantes —añadió el duque.

—Es bonito ver a los dos hermanos tan cariñosos el uno con el otro —dijo la princesa a Oriana.

—¡Ah, lo que es eso no creo que se pueden encontrar muchos hermanos como ellos! Le invitaré a usted con él —me prometió—. ¿No está mal con él?... Pero qué tendrán que decirse —añadió en un tono preocupado, pues no entendía bien sus palabras. Siempre había tenido ciertos celos del placer que sentía monsieur de Guermantes hablando con su hermano de un pasado del que tenía un poco a distancia a su mujer. Notaba que cuando estaban así juntos, tan felices, y ella, sin contener su impaciente curiosidad, se les acercaba, no les hacía gracia su llegada. Pero aquella noche otros celos reforzaban los celos habituales, pues así como madame de Surgis había contado a monsieur de Guermantes las bondades de su hermano para que se las agradeciera, unas fieles amigas del matrimonio Guermantes se creyeron en el deber de avisar a la duquesa de que la amante de su marido había estado en íntima conversación con el hermano de éste. Y madame de Guermantes estaba en ascuas.

—¿Recuerdas lo felices que éramos en Guermantes? —prosiguió el duque dirigiéndose a monsieur de Charlus—. Si tú fueras alguna vez en verano reanudaríamos nuestra buena vida. ¿Te acuerdas del viejo tío Courveau?: «¿Por qué es perturbador Pascal? Porque es es per... per...?»

—Turbado —pronunció monsieur de Charlus como si estuviera contestando a su profesor.

—«¿Y por qué es perturbado Pascal? Porque es per... per...»

—Turbador.

—Muy bien, será usted aprobado, tendrá seguramente una mención, y la señora duquesa le regalará un diccionario chino. ¡Ya lo creo que me acuerdo, querido Mémé! Y todavía estoy viendo aquel jarrón antiguo que te trajo Hervey de Saint-Denis. Tú nos amenazabas con irte a pasar definitivamente la vida en China, tan enamorado estabas de ese país; ya entonces te gustaba hacer largas escapadas. Desde luego has sido un tipo especial, pues se puede decir que no has tenido en nada los gustos de todo el mundo... —Pero apenas dijo estas palabras, el duque se puso muy colorado, pues conocía, si no las costumbres, al menos la fama de su hermano. Como no le hablaba nunca de esto, estaba aún más turbado por haberle dicho una cosa que podía parecer una alusión, y más turbado aún de que se le notara. Después de un momento de silencio, dijo para borrar aquellas palabras—: Quién sabe, a lo mejor estabas enamorado de una china antes de amar a tantas blancas y de enamorarlas, a juzgar por cierta

dama que esta noche estaba entusiasmada de que hablaras con ella. La has dejado encantada de ti.

El duque se había prometido no hablar de madame de Surgis, pero, en la turbación que le produjo la coladura que acababa de cometer, fue a caer en la mujer más próxima, precisamente la que no debía surgir en la conversación, aunque la hubiera motivado. Pero monsieur de Charlus había notado el sonrojo de su hermano, y como los culpables que no quieren que se les note ninguna turbación cuando, delante de ellos, se habla del deleite que quieren aparentar no haber cometido y creen conveniente prolongar una conversación peligrosa, contestó:

—Me encanta que sea así, pero quiero volver sobre tu frase anterior, que me parece profundamente verdadera. Decías que yo no he pensado nunca como todo el mundo, y qué razón tienes; decías que yo tenía unos gustos especiales.

—¡No, no! —protestó monsieur de Guermantes, que en realidad no había dicho esas palabras y que quizá no creía que lo que expresan fuera cierto en su hermano. Y de todos modos, ¿tenía él derecho a atormentarle por singularidades que, en todo caso, eran bastante dudosas o bastante mantenidas en secreto para no perjudicar en nada la magnífica posición social del barón? Más aún, pensando que esta posición de su hermano iba a ponerse al servicio de sus propias amantes, las del duque, éste se decía que la cosa bien valía, a cambio, algunas complacencias; y aun cuando en aquel momento hubiera estado enterado de algunas relaciones «especiales» de su hermano, monsieur de Guermantes, con la esperanza del apoyo que aquél le prestara, esperanza sumada al piadoso recuerdo del tiempo pasado, habría cerrado los ojos y, si fuera necesario, hasta le habría echado una mano.

—Bueno, Basin; buenas noches, Palaméde —dijo la duquesa, que, muerta de rabia y de curiosidad, ya no podía aguantar más—, si habéis decidido pasar la noche aquí, es mejor que nos quedemos a cenar. Hace media hora que nos tenéis de pie a María y a mí.

El duque se separó de su hermano después de un significativo abrazo y bajamos los tres la inmensa escalera del hotel de la princesa.

A ambos lados de los escalones más altos, varios matrimonios esperaban que se acercaran sus carruajes. A la izquierda de la escalera, la duquesa, aislada, a un lado su marido y al otro yo, esperaba muy erguida, ya envuelta en su abrigo estilo Tiepolo, cerrado el cuello con el broche de

rubíes, devorada por los ojos de las mujeres, de los hombres, que intentaban descubrir el secreto de su elegancia y de su belleza. Esperando su coche en el mismo escalón que madame de Guermantes, pero en el otro extremo, madame de Gallardon, que había perdido desde hacía mucho tiempo toda esperanza de recibir algún día la visita de su prima, volvía la espalda para hacer como que no la veía, y sobre todo para no ofrecer la prueba de que aquélla no la saludaba. Madame de Gallardon estaba de muy mal humor porque unos señores que se encontraban con ella se habían creído en el deber de hablarle de Oriana. «No me interesa en absoluto verla —les contestó—; además la he visto hace un momento; comienza a envejecer; parece que no puede acostumbrarse a ello. Lo dice el mismo Basin. Y, caramba, lo comprendo muy bien, porque como no es mujer inteligente y como es más mala que la tiña y tiene malos modos, sabe muy bien que cuando ya no sea bella no le quedará nada.»

Yo me había puesto el abrigo, lo que madame de Guermantes, que temía los resfriados, me censuró, al bajar conmigo, por el calor que hacía. Y la generación de nobles que ha pasado más o menos por monseñor Dupanloup habla un francés tan malo (excepto los Castellane) que el duque expresó así su pensamiento:

—Es mejor no cubrirse antes de salir, al menos *en tesis general*.

Estoy viendo todo aquel desfile, estoy viendo, como un retrato que se ha salido del marco, al príncipe de Sagan —si no me equivoco situándole en aquella escalera—, que debía de asistir aquella noche a su última fiesta mundana, descubriéndose para ofrecer sus respetos a la duquesa con tan amplia revolución del sombrero de copa en su mano enguantada de blanco, haciendo juego con la gardenia del ojal, que uno se extrañaba de que no fuera un fieltro con pluma del antiguo régimen, algunos de cuyos rostros ancestrales estaban exactamente reproducidos en el de aquel gran señor. Permaneció muy poco tiempo junto a ella, pero sus actitudes, aun las instantáneas, bastaban para componer todo un cuadro vivo y como una escena histórica. Además, como murió, y yo apenas le había visto, hasta tal punto ha llegado a ser para mí un personaje de la historia, al menos de la historia mundana, que a veces me sorprende pensar que una mujer, que un hombre que yo conozco son una hermana y un sobrino suyos.

Cuando nosotros bajábamos la escalera, la subía, con un aire de cansancio que le sentaba muy bien, una mujer que representaba unos cuarenta años, aunque tenía más. Era la princesa de Orvillers, hija natural,



según decían, del duque de Parma, y cuya dulce voz se escandía con un vago acento austríaco. Avanzaba, alta, inclinada, con traje de seda blanca floreada, dejando latir su delicioso pecho, palpitante y fatigado, a través de un arnés de diamantes y zafiros. Sacudiendo la cabeza como una yegua de rey a la que molestara su ronزال de perlas, de un valor inestimable y de incómodo peso, posaba acá y allá sus miradas dulces y encantadoras, de un azul que, a medida que comenzaba a marchitarse, se iba haciendo más acariciador aún, y hacía un gesto amistoso a la mayor parte de los invitados que se iban.

—¡A qué horas llega usted, Paulita! —le dijo la duquesa.

—¡Ah, bien que lo siento! Pero me ha sido imposible venir antes — contestó la princesa de Orvillers, que había tomado de la duquesa de Guermantes este estilo de frases, pero poniéndoles su natural dulzura y el tono de sinceridad que le daba un acento lejanamente tudesco en una voz tan tierna.

Parecía aludir a complicaciones de vida demasiado largas de explicar, y no vulgarmente a otras fiestas, aunque en aquel momento venía de varias. Pero no eran aquellas fiestas lo que la obligaba a llegar tan tarde. Como, durante muchos años, el príncipe de Guermantes había prohibido a su mujer que recibiera a madame d'Orvillers, ésta, una vez levantada la prohibición, se limitó a responder a las invitaciones, por que no pareciera que estaba ansiosa de ellas, con simples tarjetas. Al cabo de dos o tres años de este método, acudía ella misma, pero muy tarde, como después del teatro. De este modo hacía como que no le interesaba nada la fiesta ni que la vieran en ella, sino que simplemente iba a hacer una visita a los príncipes, sólo por ellos mismos, por simpatía, en el momento en que podía «gozar mejor de ellos» porque ya se habían ido las tres cuartas partes de los invitados.

—La verdad es que Oriana ha descendido hasta el último grado — murmuró madame de Gallardon—. No comprendo cómo la deja Basin hablar a madame d'Orvillers. No sería monsieur de Gallardon quien me lo permitiría a mí.

Yo había reconocido en madame d'Orvillers a la dama que, cerca del hotel Guermantes, me lanzaba unas largas miradas lánguidas, volvía la cabeza, se paraba en los escaparates de las tiendas. Madame de Guermantes me presentó y madame d'Orvillers estuvo encantadora conmigo, ni demasiado amable ni incómoda. Me miró como a todo el

mundo, con sus dulces ojos... Pero nunca más volvería a dirigirme, cuando la encontrara de nuevo, una sola de aquellas insinuaciones con las que parecía ofrecerse. Hay miradas especiales, miradas que parecen reconocerle a uno, que un joven sólo recibe de ciertas mujeres —y de ciertos hombres— hasta el día en que le conocen y se enteran de que es amigo de ciertas personas con las que también ellos están relacionados.

Anunciaron que ya se había acercado el coche. Madame de Guermantes se recogió la falda roja como para apearse del coche o para subir a él, pero, asaltada quizá por un remordimiento, o con el deseo de complacer y sobre todo de aprovechar la brevedad que el impedimento material de prolongarlo imponía a un acto tan enojoso, miró a madame de Gallardon; después, como si no la hubiera visto hasta aquel momento, iluminada por una inspiración, volvió a atravesar, antes de descender, toda la longitud del peldaño, y, acercándose a su fascinada prima, le tendió la mano.

—¡Tanto tiempo! —exclamó la duquesa, y, para no tener que explicar todo lo que de pesares y legítimas excusas debía contener esta fórmula, se volvió como asustada hacia el duque, el cual, en efecto, ya conmigo junto al coche, estaba furioso al ver que su mujer se había ido hacia madame de Gallardon e interrumpía la circulación de otros coches.

—¡La verdad es que Oriana está todavía muy guapa! —dijo madame de Gallardon—. A la gente le encanta decir que estamos en malas relaciones; por razones que no tenemos necesidad de comunicar a los demás, podemos estar años sin vernos, pero tenemos demasiados recuerdos comunes para separarnos jamás y, en el fondo, Oriana sabe bien que me quiere más que a muchas personas a las que ve a diario y que no son de su sangre.

Madame de Gallardon era, en efecto, como esos amadores desdeñados que quieren a todo trance hacer creer que su amada los ama más a ellos que a los favorecidos. Y (con los elogios que, sin importarle la contradicción con lo que había dicho hacía un momento, prodigó refiriéndose a la duquesa de Guermantes) demostró indirectamente que ésta poseía a fondo las máximas que deben guiar en su carrera a una dama elegante, la cual, en el momento mismo en que su más lujoso atavío suscita, junto a la admiración, la envidia, debe saber atravesar toda una escalera para desarmarla.

—Ten cuidado de no mojar te los zapatos —dijo el duque (había caído una ligera lluvia), furioso todavía por haber tenido que esperar.

Durante el regreso, como el *coupé* era muy exiguo, aquellos zapatos rojos se encontraron muy cerca de los míos, y madame de Guermantes, temiendo haber llegado a tocarlos, dijo al duque:

—Este joven va a tener que decirme lo de no sé qué caricatura: «Señora, dígame en seguida que me ama, pero no me pise de ese modo».

La verdad es que yo tenía el pensamiento muy lejos de madame de Guermantes. Desde que Saint-Loup me hablara de una muchacha de alto rango que iba a una casa de citas, y de la doncella de la baronesa Putbus, en estas dos personas, en las dos en bloque, se resumían los deseos que cada día me inspiraban tantas bellezas de dos clases: por una parte, las vulgares y magníficas, las majestuosas doncellas de casa grande infladas de orgullo y que dicen *nosotras* hablando de las duquesas; por otra, esas muchachas de las que a veces me enamoraba con sólo haber leído su nombre en la reseña de un baile, sin haberlas visto ni siquiera pasar en coche o a pie, y buscando concienzudamente en el anuario de los palacios dónde pasaban el verano (equivocándome en muchos casos por un nombre similar), soñaba sucesivamente en ir a visitar las llanuras del Oeste, las dunas del Norte, los bosques de pinos del Sur. Pero por más que intentara fundir toda la materia carnal más exquisita para formar, según el ideal que me había trazado Saint-Loup, la señorita ligera y la doncella de madame Putbus, faltaba a mis dos bellezas poseíbles lo que yo ignoraba mientras no las viera: el carácter individual. Después, los meses en que mi deseo tendía más bien hacia las señoritas, me extenuaba en vano tratando de imaginarme cómo era, quién era aquella de que me había hablado Saint-Loup, y los meses en que hubiera preferido una doncella, la de madame Putbus. Pero, después de haber estado perpetuamente perturbado por mis inquietos deseos de tantos seres fugitivos de los que muchas veces no sabía ni el nombre, y en todo caso tan difíciles de encontrar, y más aún de conocer, imposibles quizá de conquistar, qué tranquilidad haber hallado en toda aquella belleza dispersa, fugitiva, anónima, dos *specimens* selectos provistos de su cédula de filiación y que yo estaba por lo menos seguro de procurármela cuando quisiera. Aplazaba la hora de ponerme a aquel doble placer, como la del trabajo, pero la seguridad de tenerlo cuando quisiera me dispensaba casi de tomarlo, como esos sellos soporíferos que basta con tenerlos al alcance de la mano para no necesitarlos ya y dormirse. Ya no

deseaba en el mundo más que a dos mujeres cuyo rostro, es verdad, no podía llegar a representarme, pero cuyos nombres y cuya complacencia me había garantizado Saint-Loup. De suerte que, si con sus palabras de hacía un rato, había dado un tremendo trabajo a mi imaginación, en cambio procuró a mi voluntad un apreciable alivio, un descanso duradero.

—¡Bueno! —me dijo la duquesa—, aparte sus bailes, ¿no puedo serle de alguna utilidad? ¿Ha encontrado algún salón donde le gustaría que le presentara?

Le contesté que temía que el único al que me interesaba ir fuera demasiado poco elegante para ella.

—¿Cuál? —preguntó con una voz monocorde y ronca, sin apenas abrir la boca.

—El de la baronesa Putbus.

Esta vez fingió un verdadero acceso de ira.

—¡Ah, eso sí que no, creo que se burla usted de mí! Ni siquiera sé por qué casualidad conozco el nombre de ese mamarracho. Pero si es lo último de la sociedad. Es como si me pidiera usted que le presentara a mi mercera. Y ni siquiera, porque mi mercera es encantadora. Está usted un poco loco, hijito. En todo caso, le pido por favor que sea educado con las personas a quienes le he presentado, que les deje tarjeta, que vaya a visitarlos y que no les hable de la baronesa Putbus, a la que no conocen.

Le pregunté si no era un poco ligera madame d'Orvillers.

—¡Oh, nada de eso!, más bien un poco mojigata, ¿verdad, Basin?

—Sí, en todo caso no creo que haya habido nunca nada que decir de ella —dijo el duque.

Luego me preguntó:

—¿No quiere venir con nosotros al baile de disfraces? Le prestaré un manto veneciano, y sé de alguien que se alegraría muchísimo, en primer lugar Oriana, eso no hace falta decirlo; pero desde luego la princesa de Parma. Se pasa la vida cantando sus alabanzas, no habla más que de usted. Tiene usted la suerte —bueno, ya es un poco madura— de que es de una honestidad absoluta. Si no, le hubiera tomado de chichisbeo, como decían en mi juventud, una especie de caballero sirviente.

A mí no me interesaba el baile, sino la cita con Albertina, y decliné la invitación. Paró el coche, el lacayo pidió que abrieran la puerta cochera, abriéronla de par en par y el coche entró en el patio.

—Hasta más ver —me dijo el duque.

—A veces he sentido estar tan cerca de María —me dijo la duquesa —, porque aunque la quiero mucho, quiero un poquito menos verla. Pero nunca he sentido esta proximidad tanto como esta noche, porque esto me obliga a quedarme tan poco tiempo con usted.

—¡Vamos, Oriana, déjate de discursos!

La duquesa hubiera querido que yo entrase un momento en su casa. Se rió mucho, y el duque también, cuando le dije que no podía porque precisamente entonces me iba a hacer una visita una muchacha.

—Pues vaya una hora de recibir visitas que tiene usted —me dijo la duquesa.

—Bueno, hijita, démonos prisa —acució el duque a su mujer—. Son las doce menos cuarto y tenemos que disfrazarnos...

En la puerta, severamente guardada por ellas, tropezó con dos damas de bastón que no temieron descender por la noche de su trono para impedir un escándalo.

—Basin, hemos querido avisarte para que no te vean en este baile. El pobre Amaniano ha muerto hace una hora.

El duque se alarmó por un momento. Veía que el famoso baile se le iba a malograr desde el momento en que aquellas malditas le habían dado la noticia de la muerte de Osmond. Pero se rehizo en seguida y lanzó a las dos primas estas palabras en las que expresaba junto con la determinación de no renunciar a un placer, su incapacidad de asimilar exactamente los giros de la lengua francesa:

—¡Ha muerto! No, se exagera, se exagera.

Y sin ocuparse más de sus dos parientas, que, empuñando sus bastones, iban a hacer la escalada en la noche, se precipitó a preguntar a su criado:

—¿Llegó mi casco?

—Sí, señor duque.

—¿Tiene un agujerito para respirar? No tengo ganas de morir asfixiado, qué diablo.

—Sí, señor duque.

—¡Demonio, qué maldita noche! Oriana, olvidé preguntar a Babal si los zapatos de punta eran para ti.

—Pero hijito, como está aquí el figurinista de la Ópera Cómica, él nos lo dirá. Yo no creo que esos zapatos vayan bien con tus espuelas.

—Vamos a ver al figurinista —dijo el duque—. Adiós, pequeño, le diría que entrara con nosotros mientras ensayamos, para entretenerse. Pero hablaríamos, ya van a dar las doce y no debemos llegar tarde, para que la fiesta sea completa.

Yo también quería dejarlos cuanto antes. *Fedra* terminaba a las once y media. Albertina debía de haber llegado ya. Fui derecho a Francisca:

—¿Está aquí la señorita Albertina?

—No ha venido nadie.

¡Dios mío!, ¿quería decir aquello que no iba a venir nadie? Yo estaba en ascuas, pues, ahora, la visita de Albertina me parecía más deseable por más incierta.

También Francisca estaba disgustada, pero por una razón muy distinta. Acababa de sentar a su hija para una cena suculenta. Pero al oírme llegar y al ver que no le daba tiempo a quitar los platos y preparar agujas e hilo como si se tratara de una labor y no de una comida, me dijo:

—Ha tomado un poco de sopa, la he forzado a chupar unos huesos — para quitar toda importancia a la cena de su hija y como si hubiera sido un delito que fuera copiosa. Incluso a la hora de comer o de cenar, si yo cometía la falta de entrar en la cocina, Francisca hacía como que ya había terminado y hasta se disculpaba diciendo: «Quería comer un *bocado*». Pero uno se tranquilizaba en seguida al ver la cantidad de platos que había sobre la mesa y que Francisca, sorprendida por mi llegada imprevista, como un malhechor que no era, no había tenido tiempo de hacer desaparecer. Después añadió:

—Anda, vete a la cama, que ya has trabajado bastante hoy —pues quería aparentar que su hija no sólo no nos costaba nada, que vivía de privaciones, sino que se mataba trabajando para nosotros—. No haces más que estorbar en la cocina y sobre todo molestar al señor, que espera visita. Vamos, súbete —insistió, como si se viera obligada a hacer uso de su autoridad para mandar a la cama a su hija, que, desde el momento en que había fracasado la cena, no estaba allí más que para hacer el papel y, si yo hubiera seguido en la cocina cinco minutos más, se hubiera ido sin que nadie se lo mandara. Y dirigiéndose a mí, con ese bello francés popular y al mismo tiempo un poco individual que tenía Francisca:

—El señor no ve que el sueño le cierra los ojos.

Yo estaba encantado de no tener que hablar con la hija de Francisca. Ya he dicho que era de una pequeña comarca lindante con la de su madre,

y sin embargo diferente por la naturaleza del terreno, los cultivos, el modo de hablar, sobre todo por ciertas particularidades de los habitantes. De modo que la «carnicera» y la sobrina de Francisca se entendían muy mal, pero coincidían en una cosa: cuando iban a algún recado se pasaban horas «en casa de la hermana» o «en casa de la prima», incapaces como eran de cortar por sí mismas una conversación, y en esta conversación se esfumaba hasta tal punto el motivo del viaje que si al volver les preguntaban: «¿Qué, estará visible monsieur de Norpois a las seis y cuarto?», ni siquiera se daban un golpe en la frente diciendo: «¡Ah, se me olvidó!», sino: «¡Ah, no entendí que era eso lo que quería el señor, creí que no era más que saludarle!». Se les iba el santo al cielo de esta manera en una cosa que les habían dicho una hora antes, pero en cambio era imposible que se les borrara de la cabeza lo que una vez les dijo la hermana o la prima. Así, por ejemplo, si la carnicera había oído decir que los ingleses nos hicieron la guerra el 70 al mismo tiempo que los prusianos (y por más que yo explicaba que eso no era verdad), cada tres semanas me repetía la carnicera en una conversación: «Eso es por la guerra que los ingleses nos hicieron el 70 al mismo tiempo que los prusianos». «Pero le he dicho cien veces que está usted equivocada.» La carnicera replicaba, demostrando así la firmeza de su convicción: «En todo caso no es una razón para ser enemigos. Del 70 acá ha corrido mucha agua bajo los puentes, etc.» Otra vez, predicando una guerra contra Inglaterra que yo desaprobaba, decía: «Desde luego, siempre es mejor que no haya guerra; pero si no hay más remedio, cuanto antes mejor. Como decía la hermana, desde esa guerra que nos hicieron el 70 los ingleses, nos están arruinando los tratados de comercio. Cuando les hayamos ganado, no dejaremos entrar en Francia ni un solo inglés sin pagar trescientos francos de entrada, como nosotros ahora para ir a Inglaterra.»

Esto, unido a una gran honradez y, cuando hablaban, a una sorda obstinación en no dejar que los interrumpieran, a volver a empezar veinte veces por donde habían quedado si los interrumpían, acababa por dar a lo que decían la inquebrantable solidez de una fuga de Bach, el carácter de los habitantes de aquel pequeño lugar que no llegaba a quinientos, rodeado de castaños, de sauces, de campos de patatas y de remolacha.

En cambio, la hija de Francisca, que se creía una mujer de hoy y emancipada de los senderos demasiado antiguos, hablaba el *argot*

parisiense, con todos sus dichos. Como Francisca le dijera que yo venía de casa de una princesa:

—Seguramente una princesa de chichinabo.

Al ver que esperaba una visita, hizo como que creía que me llamaba Charles. Le dije ingenuamente que no, lo que le permitió colocar:

—¡Ah, creía! Y pensaba: *Charles attend* (charlatán).

La cosa no era de muy buen gusto, pero me dejó menos indiferente cuando, como consuelo por el retraso de Albertina, me dijo:

—Creo que la va a esperar *pa* rato. Ya no viene. ¡Esas costurerías de ahora!...

Su modo de hablar difería, pues, del de su madre, pero lo más curioso es que el modo de hablar de su madre no era el mismo que el de su abuela, natural de Bailleau-le-Pin, tan cerca del pueblo de Francisca. Ahora bien, la diferencia era pequeña, como la de los dos paisajes. En el pueblo de Francisca, en una cuesta que bajaba a un barranco, predominaban los sauces. Y en cambio, muy lejos de allí, había en Francia una pequeña comarca donde se hablaba casi lo mismo que en Méseglise. Lo descubrí no precisamente con gusto. En efecto, una vez encontré a Francisca en gran conversación con una doncella de la casa que era de aquella comarca y hablaba aquel *patois*. Ellas se entendían más o menos, pero yo no las entendía nada; ellas lo sabían y no por eso dejaban de hablar a su manera, creyéndose disculpadas, por la alegría de ser paisanas, aunque nacidas tan lejos una de otra, de seguir hablando delante de mí aquella lengua extraña, como cuando no queremos que nos entiendan. Estos pintorescos estudios de geografía lingüística y de camaradería cocinero siguieron cada semana, sin ninguna satisfacción por mi parte.

Como, cada vez que se abría la puerta cochera, la portera apretaba un botón eléctrico que alumbraba la escalera, y como no había vecinos que no hubieran vuelto a casa, salí inmediatamente de la cocina y fui a sentarme en la antesala, mirando al acecho por el resquicio que dejaban en la puerta de cristales de nuestro piso las cortinas demasiado estrechas y en la que se marcaba la oscura raya vertical proyectada por la semioscuridad de la escalera. Si esta raya se tornaba súbitamente de un rubio dorado, era que Albertina acababa de entrar abajo y en dos minutos estaría a mi lado; a aquella hora no podía venir nadie más que ella. Y allí estaba clavado, sin poder apartar los ojos de la raya que se obstinaba en permanecer oscura. Pues por más que mirara, el negro trazo vertical, pese a mi apasionado



deseo, no me daba la embriagadora alegría de verlo cambiar, por un encantamiento súbito y significativo, en una luminosa barra de oro. ¡Era mucha inquietud por aquella Albertina en la que, durante la fiesta de los Guermantes, no había pensado ni tres minutos! Pero la posible privación de un simple placer físico, despertando los sentimientos de espera que experimentara en otro tiempo con otras muchachas, me producía un tremendo sufrimiento moral.

Tuve que entrar en mi cuarto. Francisca me siguió. Le parecía que, ya de regreso de la fiesta, no debía conservar la rosa que llevaba en el ojal y se acercó a quitármela. Como su gesto me recordó que Albertina podía no venir ya y me obligaba a confesar que deseaba estar elegante para ella, me causó gran irritación, y más aún cuando, al separarme violentamente de Francisca, estropeé la flor y Francisca me dijo:

—Más hubiera valido que me dejara quitársela, antes que estropearla así.

De todos modos, cualquier cosa que dijera me exasperaba. Cuando se espera, la ausencia de lo que se desea hace sufrir tanto que no se puede soportar ninguna otra presencia.

Cuando Francisca salió de la habitación pensé que, para llegar ahora a esta coquetería con Albertina, era una lástima que la hubiera recibido tantas veces tan mal afeitado, con una barba de varios días, las tardes en que la dejaba venir para reanudar nuestras caricias. Sentía que yo no le importaba y me dejaba solo. Para embellecer un poco mi cuarto, por si Albertina llegaba todavía a venir, y porque era una de las cosas más bonitas que tenía, puse en mi mesa de noche, por primera vez desde hacía años, aquella cartera adornada con turquesas que Gilberta me había regalado para la placa de Bergotte y que durante tanto tiempo había querido yo tener a mi lado, mientras dormía, junto a la bolita de ágata. Por lo demás, tanto quizá como la ausencia de Albertina, que seguía sin venir, su presencia en aquel momento en otro lugar que evidentemente le resultaba más agradable, y que yo no conocía, me causaba un sentimiento doloroso que, a pesar de lo que había dicho a Swann, hacía apenas una hora, sobre mi incapacidad de sentir celos, habría podido convertirse, si yo hubiera visto a mi amiga a intervalos menos espaciados, en una ansiosa necesidad de saber dónde, con quién pasaba el tiempo. No me atrevía a enviar a alguien a casa de Albertina, era demasiado tarde; pero, con la esperanza de que estuviera quizá cenando con amigas en un café y se le

ocurriera telefonarme, cambié el conmutador y, poniendo la comunicación con mi cuarto, la corté entre la calle y la portería, que era donde estaba habitualmente a aquella hora. Un receptor en el pasillo a que daba el cuarto de Francisca hubiera sido más sencillo, menos molesto, pero inútil. Los adelantos de la civilización permiten a cada uno manifestar cualidades insospechadas o nuevos vicios que le hacen más caro o más insoportable para los amigos. Así, gracias al descubrimiento de Edison, adquirió Francisca un defecto más, el de negarse a usar el teléfono, por muy útil, por muy urgente que fuera usarlo. Siempre que se intentaba enseñarla a manejarlo, se las arreglaba para escapar, como otros cuando se intenta vacunarlos. Por eso estaba el teléfono en mi cuarto, y para que no molestara a mis padres, se había sustituido el timbre por un zumbador. Por miedo de no oírlo, no me movía. Y era tal mi inmovilidad que, por primera vez desde hacía meses, oía el tic-tac del reloj. Francisca acabó de arreglarlo. Vino a hablar conmigo, pero yo detestaba aquella conversación, bajo cuya continuidad uniformemente trivial cambiaban mis sentimientos de minuto en minuto, pasando del miedo a la ansiedad, de la ansiedad a la decepción más absoluta. En contraste con las palabras vagamente satisfechas que me creía obligado a dirigir a Francisca, sentía mi semblante tan triste que inventé un enfriamiento para explicar el desacuerdo entre mi simulada indiferencia y aquella expresión dolorosa; además temía que las palabras pronunciadas por Francisca, aunque a media voz (y no por Albertina, pues Francisca creía pasada ya hacía tiempo la hora de su posible venida), me impidiesen oír la llamada salvadora que ya no llegaría. Por fin Francisca se fue a dormir; la despedí con una ruda suavidad, para que el ruido que hiciera al marcharse no apagara el del teléfono. Y volví a escuchar, a sufrir. Cuando esperamos, del oído que recoge los ruidos a la mente que los identifica y los analiza, y de la mente al corazón al que transmite sus resultados, es tan rápido el doble trayecto que no podemos ni siquiera apreciar su duración y parece que escuchemos directamente con el corazón.

Me torturaba el incesante renuevo del deseo, más intenso cada vez, y nunca cumplido, de una señal de llamada; llegado al punto culminante de un ascenso atormentado en las espirales de mi solitaria angustia, desde el fondo del París populoso y nocturno que vino súbitamente a mí, junto a mi biblioteca, oí de pronto, mecánico y sublime, como en Tristán la echarpe

agitada o el caramillo del pastor, el zumbido de trompo del teléfono. Me precipité a él. Era Albertina.

—¿No te molesto telefoneándote a esta hora?

—Claro que no —dije conteniendo mi alegría, pues esto de la hora inoportuna lo decía seguramente para disculparse de venir dentro de un momento, no porque no fuera a venir—. ¿Vas a venir? —pregunté en un tono indiferente.

—Pues... no, si no me necesitas imprescindiblemente.

Una parte de mí con la que la otra parte quería unirse estaba en Albertina. Era necesario que viniera, pero no se lo dije en seguida; como estábamos en comunicación, pensé que siempre podría obligarla, en el último segundo, a venir a mi casa o a que fuera yo a buscarla.

—Sí, estoy cerca de mi casa —dijo— y lejísimos de la tuya; no había leído bien tu carta. Acabo de encontrarla y temía que no me esperases.

Notaba que mentía, y ahora, furioso, era cuando, más por necesidad de molestarla que por verla, necesitaba obligarla a venir. Mas quería rehusar antes lo que en seguida iba a procurar conseguir. Pero ¿dónde estaba? Con sus palabras se mezclaban otros sonidos: la bocina de un ciclista, la voz de una mujer que cantaba, una música lejana resonando tan distintamente como la voz querida, como para demostrarme que era ciertamente Albertina en su medio actual quien estaba cerca de mí en aquel momento, como un terrón que arrastra todas las gramíneas que lo rodean. Los mismos ruidos que oía yo herían su oído y obstaculizaban su atención: detalles de verdad, ajenos al sujeto, inútiles en sí mismos, tanto más necesarios para revelarnos la evidencia del milagro; trazos sobrios y seductores, descriptivos de alguna calle parisiense, penetrantes también, y crueles, de una fiesta desconocida que, al salir de *Fedra*, habían impedido a Albertina venir a mi casa.

—Comienzo por decirte que no es porque vengas, pues a esta hora me perturbarías mucho —le dije—, me estoy cayendo de sueño. Y, además, mil complicaciones. Pero quiero aclarar que en mi carta no había equívoco posible. Me contestaste que de acuerdo. De modo que, si no lo entendiste, ¿qué es lo que entendiste?

—Sí, dije que estaba de acuerdo, pero no me acordaba de sobre qué estaba de acuerdo. Pero ya veo que estás enfadado, y eso me disgusta. Siento haber ido a *Fedra*. Si hubiera sabido que iba a traer tanto lío... —

añadió, como todo el que, habiendo obrado mal en una cosa, aparenta creer que le reprochan otra.

- *Fedra* no tiene nada que ver en esto, puesto que fui yo quien te dije que fueras.

—Vaya, estás enfadado conmigo, lástima que sea demasiado tarde esta noche para ir a tu casa, pero iré mañana o pasado mañana para que me perdones.

—¡Ah, no, Albertina, por favor!, ya que me has hecho perder una fiesta, déjame por lo menos en paz los días siguientes. No estaré libre en dos o tres semanas. Mira, si te contraría que quedemos así, con una impresión de enojo, y, en el fondo, quizá tienes razón, cansancio por cansancio prefiero que vengas ahora, ya que he estado esperando este momento y que estás fuera de casa. Voy a tomar café para espabilarme.

—¿No podemos dejarlo para mañana? Porque la dificultad...

Al oír estas palabras de disculpa, pronunciadas como si no fuera a venir, sentí que al deseo de volver a ver el suave rostro que ya en Balbec orientaba todos mis días hacia el momento en que, ante el mar malva de septiembre, iba a estar junto a aquella rosa, intentaba dolorosamente sumarse un elemento muy distinto. Aquella terrible necesidad de un ser había empezado yo a conocerla en Combray con respecto a mi madre, y hasta el punto de querer morirse si venía Francisca a decirme que mi madre no podía subir. Este esfuerzo del antiguo sentimiento para combinarse y formar un solo elemento con el otro, más reciente y que no tenía como objeto voluptuoso más que el color brillante de la superficie, la carnación rosada de una flor de playa, este esfuerzo se traducía a menudo en formar (en el sentido químico) un cuerpo nuevo, que puede durar sólo unos instantes. Al menos aquella noche, y por mucho tiempo aún, los dos elementos permanecieron disociados. Pero, al oír por el teléfono las últimas palabras, ya comencé a comprender que la vida de Albertina estaba situada (claro que no materialmente) a tal distancia de mí, que siempre necesitaría fatigosas exploraciones para poner la mano sobre ella, pero, además, organizada como fortificaciones militares y, para mayor seguridad, como las que, posteriormente, se han llamado fortificaciones «camufladas». Además, Albertina formaba parte, en un grado más alto de la sociedad, de esa clase de personas a quienes la portera promete a nuestro cartero entregarles la carta cuando vuelvan —hasta el día en que nos enteramos de que la persona que conocimos fuera y a la que nos

hemos permitido escribir es precisamente la portera. De suerte que sí que vive allí —pero en la portería—, en la casa que nos indicó (y que, por otra parte, es una pequeña casa de citas, administrada por la portera). Existencias dispuestas en cinco o seis líneas de repliegue, de suerte que, cuando se quiere ver a esa mujer, o saber, resulta que se llama demasiado a la derecha, o demasiado a la izquierda, o demasiado al final, o demasiado al principio, y que, durante meses, durante años, se puede ignorarlo todo. En cuanto a Albertina, yo tenía la impresión de que nunca sabría nada, de que, en la complicada multiplicidad de detalles y de hechos mentirosos, no llegaría jamás a sacar nada en limpio. Y que sería siempre así, a menos de meterla en la cárcel (pero los presos se fugan) hasta el final. Aquella noche esta convicción no me infundió más que una inquietud, pero en esa inquietud sentía yo latir como una anticipación de largos sufrimientos.

—No —le contesté—, ya te he dicho que no estaré libre en tres semanas, ni mañana ni otro día.

—Bueno, entonces... voy a ir a la carrera... Es una lástima, porque estoy en casa de una amiga que... —yo notaba que no había creído que yo iba a aceptar su proposición de venir, luego no era sincera, y quería acorralarla.

—¿A mí qué me importa tu amiga? Ven o no vengas, allá tú, yo no te lo pido, eres tú quien me lo propones.

—No te enfades, ahora mismo cojo *un fiacre* y en dos minutos estoy ahí.

Así, desde aquel París de las profundidades nocturnas del que había ya emanado hasta mi cuarto, midiendo el radio de acción de un ser lejano, el mensaje invisible, el que iba a surgir y aparecer después de esta primera anunciación, era aquella Albertina que yo había conocido en otro tiempo bajo el cielo de Balbec, cuando los camareros del Gran Hotel ponían la mesa y les cegaba la luz del sol poniente, cuando, abiertos los cristales de par en par, el aura imperceptible del atardecer pasaba libremente de la playa, donde se rezagaban los últimos paseantes, al inmenso comedor en el que aún no se habían sentado los primeros comensales, y cuando, en el espejo situado detrás del mostrador, se proyectaba el reflejo rojo del casco y se detenía mucho tiempo el reflejo gris del humo del último barco para Rivebelle. Ya no me preguntaba la causa del retraso de Albertina, y cuando Francisca entró en mi cuarto para decirme: «Está ahí la señorita

Albertina», si contesté, sin mover siquiera la cabeza, fue sólo por disimular: «¿Cómo viene tan tarde la señorita Albertina?». Pero levantando los ojos hacia Francisca como por curiosidad de recibir una respuesta que debía corroborar la aparente sinceridad de mi pregunta, vi, con admiración y rabia, que Francisca, capaz de rivalizar con la propia Berma en el arte de hacer hablar a los vestidos inanimados y a los rasgos de la cara, había sabido aleccionar a su blusa, a sus cabellos, los más blancos de los cuales habían salido a la superficie, exhibidos como una partida de nacimiento, a su cuello encorvado por la fatiga y la obediencia. La compadecía por haberla sacado del sueño, del lecho tibio, a mitad de la noche, a su edad, obligándola a vestirse a toda prisa, con peligro de coger una fluxión de pecho. Con el temor de que creyera que me disculpaba ante ella por la tardía llegada de Albertina:

—De todos modos me alegro mucho de que haya venido. Está muy bien —le dije, y di rienda suelta a mi profunda alegría. Pero la alegría no duró mucho tiempo sin sombra de contrariedad, por la respuesta de Francisca. Sin la menor queja, hasta aguantando al parecer una tos irresistible, y simplemente cruzándose el chal como si tuviera frío, comenzó por contarme todo lo que había dicho a Albertina, y hasta que le había preguntado por su tía.

—Precisamente decía yo que el señor debía de temer que ya no viniera la señorita, porque ya no es hora de venir, ya pronto es de mañana. Pero debía de estar divirtiéndose bien, pues ni siquiera me dijo que sentía haber hecho esperar al señor, me contestó como quien se ríe de la gente: «¡Más vale tarde que nunca!». —Y Francisca añadió estas palabras que me partieron el corazón—: Hablando así se vendió. Puede que hubiera querido disimular, pero...

No tenía por qué extrañarme mucho. Acabo de decir que cuando a Francisca se le encargaba algo, rara vez contaba otra cosa que lo que había dicho ella, y en esto sí que se recreaba, pero transmitía al menos la respuesta esperada. Mas si, por excepción, nos repetía las palabras que nuestros amigos habían dicho, por cortas que fueran, solía arreglárselas para darles algo ofensivo, aunque fuera en la expresión o en el tono con que, según ella, habían sido dichas. En rigor, aceptaba haber sufrido una afrenta del proveedor al que la habíamos mandado —por lo demás una respuesta probablemente imaginaria—, con tal de que, dirigida a ella, que nos representaba, que hablaba en nuestro nombre, la afrenta nos alcanzara

por carambola. No quedaba más que contestarle que había entendido mal, que tenía manía persecutoria y que no estaban juramentados contra ella todos los comerciantes. De todos modos sus sentimientos me importaban poco. No me ocurría lo mismo con los de Albertina. Y aquellas palabras irónicas de Francisca

—«Más vale tarde que nunca»— me hicieron evocar a los amigos con los que Albertina había terminado la noche, más a gusto con ellos que conmigo.

—Está cómica, con un galero aplastado y esos ojos tan grandes, qué pinta, sobre todo con ese abrigo que ya podía haberlo mandado a la zurcidora, que está todo apolillado. Me hace gracia —añadió como burlándose de Albertina, pues Francisca, que rara vez compartía mis impresiones, sentía la necesidad de comunicar las suyas. Yo no quería dar ni siquiera señal de entender que aquella risa significaba desdén y burla, pero, para devolver golpe por golpe, contesté a Francisca, aunque no conocía el sombrerito aplastado de que hablaba:

—Lo que tú llamas un galero aplastado es un sombrero precioso.

—Bueno, es una birria —replicó Francisca, expresando, esta vez francamente, su auténtico desprecio.

Entonces (con un tono suave y lento, para que mi respuesta mentirosa pareciera expresión no de mi rabia sino de la verdad, y a la vez sin perder el tiempo para no hacer esperar a Albertina) dije melosamente a Francisca estas crueles palabras:

—Es usted una mujer excelente, simpática, llena de buenas cualidades, pero está igual que estaba cuando llegó a París, lo mismo en lo que toca al modo de vestirse que a la manera de pronunciar las palabras —reproche este muy estúpido, pues las palabras francesas que tanto presumimos nosotros de pronunciar exactamente no son a su vez más que deformaciones hechas por bocas galas que pronunciaban mal el latín o el sajón, y nuestra lengua no es más que la pronunciación defectuosa de otras. El genio lingüístico en estado vivo, el futuro y el pasado del francés: esto era lo que debía interesarme en las faltas de Francisca. Sus errores de pronunciación eran acaso tan curiosos como esos animales supervivientes de épocas lejanas, como la ballena o la jirafa, que nos enseñan las fases por que ha pasado la vida animal—. Y si en tantos años no ha sabido aprender —añadí—, ya no aprenderá nunca. Pero consuéllese, porque eso no le impide ser una gran persona, hacer maravillosamente el estofado de

vaca y otras muchísimas cosas. Ese sombrero que usted cree tan poca cosa está copiado de uno de la princesa de Guermantes que costó cinco mil francos. De todos modos pienso regalarle uno todavía más bonito a la señorita Albertina.

Yo sabía que lo que más rabia le daba a Francisca era que yo gastase el dinero con personas a las que ella no quería. Me contestó unas palabras que un ahogo repentino hizo poco inteligibles. Cuando, posteriormente, supe que sufría del corazón, ¡qué remordimientos tuve por no haberme privado nunca del placer feroz y estéril de replicar así a sus palabras! De todos modos Francisca detestaba a Albertina porque, siendo pobre, no podía acrecer lo que ella consideraba mis superioridades. Sonreía con benevolencia cada vez que me invitaba madame de Villeparisis. En cambio, la indignaba que Albertina no practicara la reciprocidad. Me veía obligado a inventar supuestos regalos suyos, pero Francisca no creía en ellos lo más mínimo. Esta falta de reciprocidad le chocaba sobre todo en materia alimentaria. Que Albertina aceptara comidas de mamá sin que a nosotros nos invitara madame Bontemps (que, sin embargo, no estaba en París la mitad del tiempo, porque su marido aceptaba «puestos» como antes cuando se cansaba del ministerio) le parecía, por parte de mi amiga, una indelicadeza que ella criticaba indirectamente recitando aquello que se dice en Combray:

— *Mangeons mon pain.*

— *Je le veux bien.*

— *Mangeons le tien.*

— *Je ríai plus faim*

Hice como que tenía que escribir.

—¿A quién escribes? —me preguntó Albertina al entrar.

—A una amiga mía muy bonita, a Gilberta Swann. ¿No la conoces?

—No.

Renuncié a preguntar nada a Albertina sobre lo que había hecho aquella noche, porque me daba cuenta de que le iba a hacer reproches y no nos quedaría tiempo, tan tarde como era, para reconciliarnos del todo y pasar a los besos y a las caricias. Quería comenzar, pues, los besos y las caricias. Por otra parte, si bien estaba más tranquilo, no me sentía feliz. La



pérdida de toda brújula, de toda dirección, que caracteriza la espera, persiste todavía después de llegar la persona esperada, y sustituyendo a la calma que nos permitía pintarnos su llegada como un determinado placer, nos impide sentir ninguno. Allí estaba Albertina: desatados mis nervios, no se habían repuesto y seguían esperándola.

—Te voy a dar un buen beso, Albertina.

—Los que quieras —me dijo con toda su bondad. Nunca la había visto tan bonita.

—Ya sabes que me gusta mucho, muchísimo.

—Y a mí mil veces más —me contestó—. ¡Oh, qué cartera más preciosa tienes ahí!

—Llévatela, te la regalo como recuerdo.

—¡Qué amable eres!...

Nos curaríamos de todo romanticismo si, para pensar en la persona que amamos, nos pusiéramos en el que seremos cuando hayamos dejado de amarla. La cartera, la bolita de ágata de Gilberta, la importancia que todo aquello tuvo en otro tiempo se la daba un estado puramente interior, puesto que ahora era para mí una cartera cualquiera, una bolita cualquiera.

Le pregunté a Albertina si quería beber.

—Creo que veo ahí naranjas y agua —me dijo—. Será perfecto.

Y así pude gustar, con sus besos, ese frescor que en casa de la princesa de Guermantes me parecía superior a ellos. Y la naranja exprimida en el agua parecía entregarme, a medida que iba bebiendo, la vida secreta de su maduración, su benéfica acción contra ciertos estados de este cuerpo humano que pertenece a un reino tan diferente, su impotencia para hacerlo vivir, pero al mismo tiempo los sistemas de riego con los que podría serle favorable, cien misterios desvelados por el fruto a mi sensación, en modo alguno a mi inteligencia.

Cuando se fue Albertina, recordé que le había prometido a Swann escribir a Gilberta y me pareció oportuno hacerlo en seguida. Sin emoción y como quien escribe la última línea de un aburrido ejercicio de clase, puse en el sobre el nombre de Gilberta Swann, con el que en otro tiempo llenaba mis cuadernos para hacerme la ilusión de que me escribía con ella. Y es que, si en otro tiempo era yo quien escribía aquel nombre, ahora el hábito había traspasado esta tarea a uno de los numerosos secretarios que el hábito se busca. Ese secretario podía escribir el nombre de Gilberta con tanta más calma cuanto que, recientemente colocado en mí por el hábito,

recién entrado a mi servicio, no había conocido a Gilberta y sólo sabía, sin poner ninguna realidad en estas palabras, porque me había oído hablar de ella, que era una muchacha de la que yo había estado enamorado.

No podía acusarla de sequedad. El ser que era yo ahora con relación a ella era el «testigo» mejor elegido para entender lo que ella había sido. La cartera, la bolita de ágata eran ahora para mí con relación a Albertina simplemente lo que habían sido para Gilberta, lo que hubieran sido para cualquiera que no proyectara en ellas el reflejo de una llama interior. Pero ahora había en mí una nueva perturbación que alteraba a su vez el verdadero poder de las cosas y de las palabras. Y cuando Albertina me dijo, para darme nuevamente las gracias: «¡Me gustan tanto las turquesas!», le contesté: «No dejes morir éstas», como encomendando así a unas piedras el porvenir de nuestra amistad que no era, sin embargo, más capaz de inspirar un sentimiento a Albertina de lo que lo había sido de conservar el que en otro tiempo me unía a mí a Gilberta.

En aquella época se produjo un fenómeno que sólo porque se encuentra en todos los períodos importantes de la historia merece ser contado. En el mismo momento en que yo estaba escribiendo a Gilberta, monsieur de Guermantes, apenas volvió del baile, tocado todavía con su casco, pensaba que al día siguiente tendría que estar oficialmente de duelo, y decidió anticipar en ocho días la cura de balneario que tenía que hacer. Cuando volvió tres semanas después (y adelanto los acontecimientos, puesto que acabo ahora mismo de terminar mi carta a Gilberta), los amigos del duque que le habían visto, tan indiferente al principio, convertirse en un antidreyfusista furibundo, se quedaron pasmados al oírle contestar (como si las aguas no hubieran obrado solamente sobre la vesícula): «Pues bien, se revisará el proceso y Dreyfus será absuelto; no se puede condenar a un hombre contra el que no hay nada. ¿Han visto ustedes alguna vez un *gaga* como Froberville? ¡Un oficial preparando a los franceses para la carnicería! —por decir la guerra—. ¡Qué época esta!» En el intervalo, el duque de Guermantes había conocido en el balneario a tres encantadoras damas (una princesa italiana y sus dos cuñadas). Al oír las decir algo sobre los libros que leían, sobre una obra que daban en el Casino, el duque se dio cuenta en seguida de que estaba ante unas mujeres de intelectualidad superior y con las cuales, decía, no tenía nada que hacer. Y por eso le complació más aún que la princesa le invitara a jugar al

bridge. Pero apenas llegado a casa de ésta y como, en el fervor de su antidreyfusismo sin atenuantes, le dijera:

—Bueno, ya no nos hablan de la revisión del famoso Dreyfus —se quedó estupefacto al oír a la princesa y a sus cuñadas: —Nunca hemos estado tan cerca de la revisión. No se puede retener en presidio a quien no ha hecho nada.

—¿Cómo? ¿Cómo? —balbució el duque, como quien descubre un apodo raro que se usara en aquella casa para ridiculizar a alguien que él había creído, hasta entonces, inteligente. Pero a los pocos días, como por cobardía y espíritu de imitación, gritan: «¡Eh, Jojotte!», sin saber por qué, a un gran artista al que llaman así, en esta casa, así el duque, todavía poco hecho a la nueva costumbre, decía:

—En efecto, si no hay nada contra él...

Las tres encantadoras damas consideraban que no iba bastante de prisa y le hostigaban un poco:

—Pero en el fondo ninguna persona inteligente ha podido creer que hubiera algo.

Cada vez que surgía un hecho «aplastante» contra Dreyfus y que el duque, creyendo que eso iba a convertir a las tres encantadoras damas, iba a decírselo, se reían mucho y no les costaba gran trabajo demostrarle, con muy sutil dialéctica, que el argumento carecía de valor y era completamente ridículo. El duque volvió a París convertido en un dreyfusista rabioso. Y, por supuesto, no pretendemos que las tres encantadoras damas fuesen en este caso mensajeras de la verdad. Pero es de observar que cada diez años, cuando se ha dejado a un hombre verdaderamente convencido, ocurre que una pareja inteligente, o una sola encantadora dama, entran en su mundo y al cabo de unos meses le imbuyen opiniones opuestas. Y en esto hay muchos países que se comportan como el hombre sincero, muchos países que hemos visto llenos de odio hacia un pueblo y que en seis meses cambian de sentimiento y de alianzas.

No vi a Albertina en mucho tiempo, pero, a falta de madame de Guermantes, que ya no decía nada a mi imaginación, continué visitando a otras hadas y sus mansiones, tan inseparables de ellas como lo es del molusco que la hace y se cobija en ella la valva de nácar o de esmalte o la almenada torrecilla de su concha. No sabría yo clasificar a estas damas; el problema era insignificante e imposible no sólo de resolver, sino de

plantear. Antes que a la dama había que llegar al mágico hotel. Una recibía siempre después de almorzar, los meses de verano; aun sin llegar a su casa había que bajar la capota del *fiacre*, que así de fuerte pegaba el sol, y este recuerdo, sin que yo me diera cuenta, iba a entrar en la impresión total. Yo creía solamente ir a Cours-la-Reine, en realidad, antes de llegar a la reunión, de la que un hombre práctico se hubiera burlado quizá, yo sentía, como en un viaje a Italia, un deslumbramiento, unas delicias de las que ya nunca se separaría el hotel en mi memoria. Además, por el calor y por la hora, la dama había cerrado herméticamente los postigos de los grandes salones de la planta baja donde recibía. Al entrar me costaba reconocer a la dueña de la casa y a sus visitantes, incluso a la duquesa de Guermantes, que, con su voz ronca, me pedía que fuera a sentarme a su lado, en un sillón de Beauvais que representaba *El rapto de Europa*. Luego distinguía en las paredes los grandes tapices del siglo XVIII que representaban barcos con mástiles floridos de azucenas, bajo los cuales me encontraba como en el palacio no del Sena, sino de Neptuno, a orillas del río Océano, donde la duquesa de Guermantes era como una divinidad de las aguas. No terminaría nunca si tuviera que enumerar todos los salones diferentes de éste. Este ejemplo basta para demostrar que yo ponía en mis juicios mundanos impresiones poéticas que nunca tenía en cuenta en el momento de hacer la suma, de suerte que, cuando calculaba los méritos de un salón, no me salía nunca la cuenta justa.

Claro es que estas causas de error no eran las únicas, pero no tengo tiempo, antes de irme a Balbec (donde, por desgracia, voy a pasar una segunda temporada que será también la última), de comenzar descripciones del gran mundo que corresponden a época muy posterior. Diremos solamente que a esta primera falsa razón (mi vida relativamente frívola y que permitía suponer el amor al gran mundo) de mi carta a Gilberta y de la vuelta a los Swann que esta carta parecía indicar, Odette hubiera podido añadir otra igualmente inexacta. Hasta ahora yo sólo me he imaginado los diferentes aspectos que el mundo toma para una misma persona suponiendo que el mundo no cambia: si la misma mujer que no conocía a nadie va a casa de todo el mundo y en otra que tenía una posición privilegiada le dan de lado, nos inclinamos a ver en estos altibajos puramente personales, que de vez en cuando ocurren en una misma clase social como consecuencia de especulaciones de bolsa, una ruina resonante o un enriquecimiento inesperado. Pero no es sólo esto. En

cierta medida, las manifestaciones mundanas —muy inferiores a los movimientos artísticos, a las crisis políticas, a la evolución que lleva el gusto público hacia el teatro de ideas, y luego hacia la pintura impresionista, y después hacia la música alemana y compleja, y seguidamente hacia la música rusa y sencilla, o hacia las ideas sociales, los ideales de justicia, la reacción religiosa, el entusiasmo patriótico—son, sin embargo, su reflejo lejano, incoherente, impreciso, confuso, cambiante. De suerte que ni siquiera los salones se pueden pintar en una inmovilidad estática que hasta ahora ha podido convenir al estudio de los caracteres, los cuales también tendrán que entrar en un movimiento casi histórico. La inclinación a la novedad que lleva a los hombres de mundo más o menos sinceramente ávidos de enterarse de la evolución intelectual a frecuentar los medios donde pueden seguirla les hace preferir generalmente a una dueña de casa hasta entonces inédita que representa, muy frescas todavía, las esperanzas de mentalidad superior tan marchitas y gastadas en las mujeres que han ejercido durante mucho tiempo el poder mundano, y que, como ellos ya conocen su punto fuerte y su punto débil, no dicen ya nada a su imaginación. Y cada época se encuentra así personificada en mujeres nuevas, en un nuevo grupo de mujeres, que estrechamente unidas a lo que suscita las curiosidades recientes, parece que acaban de surgir, con su *toilette*, en ese mismo momento, como una especie desconocida brotaba del último diluvio, bellezas irresistibles de cada nuevo Consulado, de cada nuevo Directorio. Pero, muy a menudo, las nuevas dueñas de casa son simplemente, como ciertos hombres de Estado que forman su primer ministerio pero que llevaban cuarenta años llamando inútilmente a todas las puertas, unas mujeres que no eran conocidas en la sociedad pero que llevaban mucho tiempo recibiendo, a falta de otra cosa, a «unos pocos íntimos». Claro que no siempre era éste el caso, y cuando, con la prodigiosa eflorescencia de los bailes rusos, reveladora sucesivamente de Bakst, de Niyinski, de Benoist, del genio de Stravinski, apareció la princesa Yurbeletief, joven madrina de todos estos grandes hombres nuevos, llevando en la cabeza una inmensa pluma trémula desconocida por los parisienses y que procuraban imitar todas, se pudo creer que esta criatura maravillosa la habían traído en sus equipajes, y como su más precioso tesoro, los bailarines rusos; pero cuando, junto a ella, vemos en su proscenio, en todas las representaciones de los «rusos», como una verdadera hada, ignorada por la aristocracia hasta ese día, a

madame Verdurin, podemos contestar a las personas del gran mundo, que creerán fácilmente a madame Verdurin recién llegada con la compañía de Diaghilew, que esa madame Verdurin existía ya en otros tiempos y había pasado por diversos avatares de los que éste de ahora no difiere más que en ser el primero que le trae por fin, ya seguro y en marcha a un paso cada vez más rápido, el éxito tanto tiempo y tan en vano esperado por la Patrona. En cuanto a madame Swann, la verdad es que la novedad que representaba no tenía el mismo carácter colectivo. Su salón había cristalizado en torno a un hombre, a un moribundo, que había pasado casi de repente, cuando se estaba agotando su talento, de la oscuridad a la gran gloria. El entusiasmo por las obras de Bergotte era inmenso. Se pasaba el día, exhibido, en casa de madame Swann, que cuchicheaba a un hombre influyente: «Yo le hablaré, le hará a usted un artículo». Y estaba en situación de hacerlo, y hasta una pequeña pieza para madame Swann. Más cerca de la muerte, estaba un poco menos mal que cuando iba a casa a preguntar por la salud de mi abuela. Y es que los grandes dolores físicos le habían obligado a guardar un régimen. La enfermedad es el médico más escuchado: a la bondad, al saber, no se sabe más que prometer; al sufrimiento se le obedece.

Verdad es que el pequeño clan de los Verdurin tenía ahora un interés mucho más vivo que el salón ligeramente nacionalista, más aún literario y ante todo bergottista, de madame Swann. El pequeño clan era en realidad el centro activo de una prolongada crisis política que había llegado a su máxima intensidad: el dreyfusismo. Pero la gente del gran mundo era en su mayoría tan antirrevisionista, que un salón dreyfusista parecía algo tan imposible como en otra época un salón partidario de la Commune. La princesa de Caprarola, que había conocido a madame Verdurin con motivo de una gran exposición organizada por ella, fue un día a devolverle una larga visita, con la esperanza de seducir a unos cuantos elementos interesantes del pequeño clan y llevarlos a su propio salón, y en esta visita, la princesa (en una mala imitación de las duquesas de Guermantes) adoptó el partido opuesto de las opiniones recibidas, llamando idiotas a las gentes de su mundo, lo que a madame Verdurin le pareció una gran valentía. Pero, después, esta gran valentía no iba a llegar hasta atreverse a saludar, bajo el fuego de las miradas de las damas nacionalistas, a madame Verdurin en las carreras de Balbec. En cambio, a madame Swann los antidreyfusistas le tenían en cuenta el ser *bien pensante*, lo que, casada con un judío, era

doble mérito. Pero las personas que no habían ido nunca a su casa imaginaban que recibía solamente a algunos israelitas oscuros y a algunos discípulos de Bergotte. Así se sitúa a algunas mujeres, mucho más calificadas que madame Swann, en la última fila de la escala social, bien por sus orígenes, bien porque no les gustan las invitaciones a comer y las fiestas de sociedad, donde nunca se las ve, lo que se supone erróneamente debido a que no han sido invitadas, bien porque no hablan nunca de sus amistades mundanas, sino sólo de literatura y de arte, bien porque la gente oculta que va a su casa, o porque, por no cometer descortesía con los demás, ocultan que los reciben: en fin, por mil causas que para algunos acaban de hacer de tal o cual de ellas la mujer a la que no se recibe. Este era el caso de Odette. Madame d'Epinoüy, que, con ocasión de un donativo que deseaba hacer por la «patria francesa», fue a verla, como hubiera ido a casa de su mercera, convencida además de que sólo encontraría allí caras, ni siquiera despreciadas, sino desconocidas, se quedó clavada en el sitio cuando se abrió la puerta no al salón que ella suponía, sino a una sala mágica donde, como en una mutación de un cuento de hadas, reconoció en las que lo representaban, deslumbrantes, tendidas en los divanes, sentadas en los sillones, llamando a la dueña de la casa por su nombre de pila, a las Altezas, a las duquesas que ella misma, la princesa de Epinoüy, no podía atraer a su casa sin gran empeño, y a las que, en aquel momento, ante los ojos condescendientes de Odette, el marqués de Lau, el conde Luis de Turenne, el príncipe Borghése, el duque de Estrées, llevando la naranjada y las pastas, servían de reposteros y de escanciadores. Como la princesa de Epinoüy, sin darse cuenta, ponía la calidad mundana en el interior de las personas, tuvo que desencarnar a madame Swann y reencarnarla en una mujer elegante. La ignorancia de la vida real de las mujeres que no la exponen en los periódicos tiende así sobre ciertas situaciones (contribuyendo con ello a diversificar los salones) un velo de misterio. En cuanto a Odette, al principio, algunos hombres de la más alta sociedad, con el deseo de conocer a Bergotte, habían ido a comer a casa de los Swann en la intimidad. Odette tuvo el tacto, recientemente adquirido, de no hacer ostentación de este hecho; aquellos señores encontraban en su casa —recuerdo quizá del pequeño núcleo cuyas tradiciones había conservado Odette desde el cisma— la mesa puesta, etc. Odette los llevaba con Bergotte, a quien esto acababa, por cierto, de matar, a los ensayos generales interesantes. Hablaban de ella a algunas mujeres de su mundo

capaces de interesarse por tanta novedad. Estaban convencidas de que Odette, íntima de Bergotte, había colaborado más o menos en sus obras, y la creían más inteligente que las mujeres más notables del Faubourg, por la misma razón que ponían todas sus esperanzas políticas en ciertos republicanos de matiz conveniente, como monsieur Doumer o monsieur Deschanel, mientras que veían a Francia en el abismo si la encomendaban al personal monárquico que ellas recibían, a los Charette, a los Doudeauville, etc. Este cambio de situación de Odette se realizaba por su parte con una discreción que lo hacía más seguro y más rápido, pero sin que lo sospechara en modo alguno el público inclinado a enterarse del auge o de la decadencia de un salón por las crónicas de *Le Gaulois*, y así resultó que un día, en un ensayo general de una obra de Bergotte celebrado en una sala de las más elegantes a beneficio de una obra benéfica, causó gran sensación ver entrar en el palco principal, que era el del autor, y sentarse junto a madame Swann, a madame de Marsantes y a la que, por la progresiva retirada de madame de Guermantes (harta de honores y tendiendo a desaparecer por seguir la línea de menor esfuerzo), estaba en camino de ser la leona, la reina del momento: la condesa Molé. «Cuando ni siquiera sospechábamos que había comenzado a subir —se dijo de Odette al ver entrar en el palco a la condesa Molé—, ha pasado del último escalón.»

De suerte que madame Swann podía creer que, si yo me acercaba de nuevo a su hija, era por *snobismo*.

Odette, a pesar de sus brillantes amigas, no dejó de escuchar la obra con gran atención, como si sólo por oírla estuviera allí, de la misma manera que en otro tiempo iba al Bois por higiene y por hacer ejercicio. Algunos hombres que en otro tiempo no estaban tan solícitos con ella se acercaron a la baranda del palco, molestando a todo el mundo, colgándose de su mano para acercarse al círculo imponente que la rodeaba. Odette, con una sonrisa todavía más de amabilidad que de ironía, contestaba pacientemente a sus preguntas, afectando más calma de la que se hubiera creído y que acaso era sincera, porque esta exhibición no era más que la proclamación tardía de una intimidad habitual y discretamente escondida. Detrás de aquellas tres damas que atraían todas las miradas estaba Bergotte rodeado por el príncipe de Agrigente, el conde Luis de Turenne y el marqués de Bréauté. Y es fácil comprender que, para unos hombres que eran recibidos en todas partes y que ya sólo por la búsqueda de la



originalidad podían subir más alto, aquella demostración de valor que creían hacer acercándose a una dueña de casa que tenía fama de alta intelectualidad y junto a la cual esperaban encontrar a todos los autores dramáticos y a todos los novelistas en boga, era más excitante y viva que las fiestas de los Guermantes, las cuales, sin ningún programa nuevo, sin ninguna nueva atracción, se sucedían desde hacía tantos años más o menos parecidas a la que tan morosamente hemos descrito. En este gran mundo, el de los Guermantes, del que se iba apartando un poco la curiosidad, las nuevas modas intelectuales no se encarnaban a imagen y semejanza suya, como en las obritas de teatro que Bergotte escribía para madame Swann, como en aquellas verdaderas sesiones de Salud Pública (si el gran mundo hubiera podido interesarse por el asunto Dreyfus) de casa de madame Verdurin en las que se reunían Picquart, Clemenceau, Zola, Reinach y Labori.

También Gilberta contribuía al encumbramiento de su madre, pues un tío de Swann acababa de dejarle ochenta millones y, en consecuencia, el Faubourg Saint-Germain comenzaba a pensar en ella. El reverso de la medalla era que Swann, moribundo además, tenía opiniones dreyfusistas, pero aun esto, lejos de perjudicar a su mujer, la favorecía. No la perjudicaba porque la gente decía: «Swann está chocho, idiota, ya no interesa; lo único que cuenta es su mujer, que es encantadora.» Pero es que, además, el dreyfusismo de Swann le era útil a Odette. Ella sola quizá hubiera llegado a excesivas e inconvenientes amabilidades con las mujeres elegantes, mientras que las noches en que arrastraba a su marido a comer al Faubourg Saint-Germain, Swann, atrincherado en su rincón, no se privaba de decir en voz alta a Odette, si la veía hacerse presentar a alguna dama nacionalista:

—¡Vamos, Odette, estás loca! Te ruego que te estés tranquila. No caigas en la vulgaridad de hacerte presentar a antisemitas. Te lo prohíbo.

La gente de la alta sociedad, tras la que corre todo el mundo, no está acostumbrada ni a tanto orgullo ni a tan mala educación. Por primera vez veían a alguien que se creía más que ellos. Se contaban unos a otros aquellos gruñidos de Swann, y llovían sobre Odette las tarjetas con un pico doblado. Cuando estaba de visita en casa de madame d'Arpajon se producía un vivo movimiento de curiosidad y simpatía.

—¿No le ha molestado que se la presentara? —decía madame d'Arpajon—. Es muy simpática. A mí me la presentó madame de

Marsantes.

—Nada de eso, al contrario, parece ser que es de lo más inteligente, es encantadora. Tenía muchas ganas de conocerla; ¿dónde vive?

Madame d'Arpajon decía a madame Swann que lo había pasado muy bien en su casa la antevíspera y había dejado muy a gusto por ella a madame de Saint-Euverte. Y era verdad, porque preferir a madame Swann era demostrar que se era inteligente, como ir al concierto en vez de ir a un té. Pero cuando madame de Saint-Euverte iba a casa de madame d'Arpajon al mismo tiempo que Odette, como madame de Saint-Euverte era muy *snob* y a madame d'Arpajon, aunque tratándola desde arriba, le interesaban sus recepciones, madame d'Arpajon no presentaba a Odette, para que madame de Saint-Euverte no supiera quién era. La marquesa se figuraba que debía de ser una princesa que salía muy poco, puesto que ella no la había visto nunca, prolongaba su visita, contestaba indirectamente a lo que decía Odette, pero madame d'Arpajon permanecía inflexible. Cuando madame de Saint-Euverte, vencida, se iba, la dueña de la casa decía a Odette:

—No la he presentado porque a la gente no le gusta mucho ir a su casa, e invita muchísimo; no hubiera podido usted zafarse de ella.

—¡Oh, no tiene importancia! —admitía Odette con cierto pesar. Pero se quedaba con la idea de que a la gente no le gustaba ir a casa de madame de Saint-Euverte lo que, en cierta medida, era cierto, y deducía que ella gozaba de una posición social muy superior a la de madame de Saint-Euverte, aunque ésta la tenía muy grande, y ella, Odette, ninguna todavía.

No se daba cuenta, y aunque todas las amigas de madame de Guermantes estaban relacionadas con madame d'Arpajon, cuando ésta invitaba a madame Swann, Odette decía en un tono escrupuloso: «Voy a casa de madame d'Arpajon, pero me va a encontrar usted muy anticuada; me molesta por madame de Guermantes» (a la que por lo demás no conocía). Los hombres distinguidos pensaban que el hecho de que madame Swann conociera a pocas personas del gran mundo se explicaba porque debía de ser una mujer superior, probablemente una gran música, y que ir a su casa sería una especie de título extramundano, como para un duque ser doctor en ciencias. A las mujeres completamente nulas las atraía Odette por una razón opuesta: sabiendo que iba al concierto Colonne y se declaraba wagneriana, deducían que debía de ser entretenida y rabiaban por conocerla. Pero, poco firmes en su no muy alta posición, temían

comprometerse en público si las creían relacionadas con Odette, y cuando en un concierto benéfico veían a madame Swann, volvían la cabeza, porque consideraban imposible saludar delante de madame de Rochechouart a una mujer muy capaz de ir a Bayreuth —lo que quería decir dar la campanada.

Como cada persona de visita en casa de otra se convierte en otra diferente, sin hablar de las metamorfosis maravillosas que así se realizaban en los palacios de las hadas, en el salón de madame Swann, monsieur de Bréauté, súbitamente en primer plano por la ausencia de las personas que habitualmente le rodeaban, por el aire de satisfacción que le daba encontrarse allí tan bien como si, en lugar de ir a una fiesta, se hubiera calado los anteojos para encerrarse a leer la *Revue des deux-Mondes*, por el rito misterioso que parecía cumplir yendo a casa de Odette, monsieur de Bréauté mismo parecía un hombre nuevo. Yo hubiera dado cualquier cosa por ver las alteraciones que habría sufrido la duquesa de Montmorency-Luxembourg en aquel medio nuevo. Pero era una de las personas a quienes jamás se podría presentar a Odette. Madame de Montmorency, mucho más condescendiente con Oriana que ésta con ella, me sorprendía mucho diciéndome a propósito de madame de Guermantes: «Conoce a personas inteligentes, todo el mundo la quiere, creo que si hubiera sido un poco más constante, habría llegado a crearse un salón. La verdad es que no le interesaba mucho, y tiene razón, está muy contenta así, buscada por todos.» Si madame de Guermantes no tenía un salón, entonces ¿qué era «un salón»? La estupefacción que me produjeron estas palabras no era mayor que la que le produjo yo a madame de Guermantes cuando le dije que me gustaba mucho ir a casa de madame de Montmorency. Oriana la consideraba una vieja cretina.

—Todavía yo —decía— estoy obligada, porque es mi tía, ¡pero usted!

Madame de Guermantes no se daba cuenta de que las personas agradables me dejaban frío, de que cuando ella me decía «salón Arpajon» yo veía una mariposa amarilla, y «salón Swann» (madame Swann estaba en casa en el invierno de seis a siete), una mariposa negra con alas salpicadas de nieve. Todavía este salón, que no era tal salón, madame de Guermantes lo consideraba, aunque inaccesible para ella, disculpable para mí, debido a los «intelectuales». ¡Pero madame de Luxembourg! Si yo hubiera «producido» ya algo que hubiese llamado la atención, madame de Guermantes habría pensado que puede ir unida al talento una parte de

*snobismo*. Y colmé su decepción: le confesé que no iba a casa de madame de Montmorency (como ella creía) a «tomar notas» y a «hacer un estudio». Por lo demás, madame de Guermantes no se equivocaba, como no se equivocan los novelistas mundanos que analizan cruelmente desde fuera los actos de un *snob* o de un supuesto *snob*, pero no se ponen nunca en el interior de éste, en la época en que florece en la imaginación toda una primavera social. Yo mismo, cuando quise saber qué placer tan grande me producía ir a casa de madame de Montmorency, me quedé un poco desilusionado. Vivía en una vieja mansión del Faubourg Saint-Germain con muchos pabellones separados por pequeños jardines. Debajo de la bóveda había una pequeña estatua, atribuida a Falconet, que representaba una fuente, de la que, por cierto, salía una humedad perpetua. Un poco más allá, la portera, siempre con los ojos enrojecidos, fuera de pena, de neurastenia, de jaqueca, de catarro, no saludaba nunca, hacía un gesto vago indicando que la duquesa estaba en casa, y de sus párpados caían unas gotas en un tazón lleno de «no me olvides». El placer que me producía ver la estatua, porque me recordaba un pequeño jardinero de escayola que había en el jardín de Combray, no era nada al lado del que sentía al ver la gran escalera húmeda y sonora llena de ecos, como las de algunos balnearios de antaño, con las macetas llenas de cinerarias —azul sobre azul— en la antesala, y sobre todo el tintineo de la campanilla, que estaba exactamente sobre el cuarto de Eulalia. Este tintineo me arrebatava de entusiasmo, pero me parecía demasiado humilde para poder explicárselo a madame de Montmorency, de suerte que esta señora me veía siempre en un embeleso cuya causa no adivinaba nunca.

### Las intermitencias del corazón

Mi segunda llegada a Balbec fue muy diferente de la primera. El director acudió en persona a esperarme a Pont-Coulevre, repitiendo lo satisfecho que estaba de su clientela «titulada», lo que me hizo temer que me ennobleciera, hasta que comprendí que, en la oscuridad de su memoria gramatical, «titulado» significaba «titular». Además, a medida que aprendía nuevas lenguas, hablaba peor las antiguas. Me anunció que me había reservado habitación en el piso alto del hotel.

—Espero —me dijo— que no lo tomará a mal; me contrariaba darle una habitación de la que es indigno, pero lo he hecho por el ruido, porque así no tendrá encima nadie que le rompa el tímpano —por el tímpano—. No tenga cuidado, mandaré cerrar las ventanas para que no golpeen. En eso soy intolerable —estas palabras no expresaban su pensamiento, que era que sería siempre inexorable en este punto, pero eran quizá las de sus camareros. De todos modos las habitaciones eran las de la primera estancia. No estaban más abajo, pero yo había subido en la estimación del director. Podía mandar encender la chimenea si quería (pues por orden del médico había llegado desde Pascuas), pero temía que hubiera grietas en el techo—. Sobre todo espere siempre, para encender una llama, a que la anterior se haya consumado —por consumido—, pues lo importante es no incendiar la chimenea, sobre todo que, para animar un poco, he mandado poner encima un gran adorno de estilo chino antiguo, y se podría estropear.

Me comunicó con gran tristeza la muerte del decano de Cherburgo.

—Era un viejo *routinier* —me dijo (probablemente por *roublard*), y me dio a entender que había anticipado su muerte con una vida de *déboires*, lo que quería decir *débauches*—. Ya había observado yo hace algún tiempo que después de comer se *accroupissait* en el salón —seguramente por se *assoupissait*—. Últimamente había cambiado tanto que si uno no hubiera sabido que era él, al verle apenas era *reconnaissant* —seguramente por *reconnaissable*

Feliz compensación: el primer presidente de Caen acababa de recibir la *cravache* de comendador de la Legión de Honor.

—Capacidades seguro que tiene, pero dicen que se la han dado sobre todo por su gran *impuissance*. Y la víspera hablaba ya de esta

condecoración *L'Écho de Paris*, y eso que el director no había leído todavía más que el primer *paraphe* —por *paragraphe*—. Ahí le daban lo suyo a la política de monsieur Caillaux. Y después de todo tienen razón, nos pone demasiado bajo la *coupole* —bajo la *coupe* —de Alemania.

Como este tema, tratado por un hotelero, me resultaba aburrido, dejé de escuchar. Pensaba en las imágenes que me habían decidido a volver a Balbec. Eran muy diferentes de las de antes; la visión que yo venía a buscar era tan esplendorosa como brumosa la primera; no por eso me decepcionaron menos. Las imágenes seleccionadas por el recuerdo son tan arbitrarias, tan pequeñas, tan incoercibles como las que la imaginación había forjado y la realidad destruido. No hay razón para que, fuera de nosotros, un lugar real tenga los cuadros de la memoria más bien que los del sueño. Y además es posible que una realidad nueva nos haga olvidar, y aun detestar, los deseos que nos movieron al viaje.

Los que me hicieron ir a Balbec se debían en parte a que los Verdurin (cuyas invitaciones no había aprovechado yo nunca, y que seguramente me recibirían encantados si fuera a su casa en el campo a disculparme por no haberles hecho jamás una visita en París), sabiendo que varios fieles veranearían en esta costa, alquilaron para toda la temporada uno de los palacios de monsieur de Cambremer (la Raspelière) e invitaron a madame Putbus. La noche en que lo supe (en París) mandé, como un verdadero loco, a nuestro criadito a enterarse de si madame Putbus pensaba llevar a Balbec a su primera doncella. Eran las once de la noche. El portero tardó mucho tiempo en abrir, y por milagro no mandó al diablo a mi mensajero, no llamó a la policía y se contentó con recibirle muy mal, pero le dio el informe deseado. Dijo que, en efecto, la primera doncella acompañaría a su señora, primero a los baños a Alemania, después a Biarritz y, por último, a casa de madame Verdurin. Me quedé tranquilo y contento de tener en qué entretenerme. Podía evitarme esas exploraciones en la calle, para las que carecía, ante las bellezas que en ella encontrara, de esa carta de introducción que sería para el «Giorgione» haber comido esa misma noche, en casa de los Verdurin, con su amante. Por otra parte, quizá tendría de mí una idea aún mejor sabiendo que yo conocía no sólo a los burgueses clientes de la Raspelière, sino a sus propietarios, y sobre todo a Saint-Loup, que no pudiendo recomendarme a distancia a la primera doncella (pues ésta ignoraba el apellido de Roberto), había escrito a mi favor una calurosa carta a los Cambremer. Pensaba que, aparte toda la utilidad de

que podrían serme, me interesaría charlar con madame de Cambremer, la nuera, Legrandin por su familia.

—Es una mujer inteligente —me había asegurado—. No te dirá cosas definitivas —Roberto, que cada cinco o seis años cambiaba sus expresiones favoritas sin dejar de conservar las principales, había sustituido «cosas sublimes» por «cosas definitivas»—, pero tiene dotes naturales, personalidad, intuición, suelta oportunamente la palabra justa. De vez en cuando le pone a uno nervioso, dice tonterías por «hacer elegante», lo que resulta aún más ridículo porque nada menos elegante que los Cambremer; no siempre está muy oportuna, pero, en conjunto, es de las personas de más soportable trato.

En cuanto les llegó la recomendación de Roberto, los Cambremer, fuera por un *snobismo* que les hacía desear ser indirectamente amables con Saint-Loup, o por agradecimiento de lo que había sido con un sobrino suyo en Doncierres, y, probablemente, sobre todo por bondad y tradiciones hospitalarias, le escribieron largas cartas proponiendo que viviese en su casa, y si prefería estar más independiente, ofreciéndose a buscarme hospedaje. Cuando Saint-Loup les escribió que yo viviría en el Gran Hotel de Balbec, contestaron que esperaban al menos que fuera a verlos al llegar y que, si yo tardaba demasiado en ir no dejarían de ir ellos a buscarme para invitarme a sus *garden-parties*.

Nada unía esencialmente a la doncella de madame Putbus con Balbec; no sería para mí como aquella campesina a la que, sola en la carretera de Méséglise, tantas veces había llamado en vano, con toda la fuerza de mi deseo. Pero hacía mucho tiempo que yo había dejado de intentar extraer de una mujer como la raíz cuadrada de su desconocido, que muchas veces no resistía a la primera presentación. Por lo menos en Balbec, adonde no había ido desde hacía mucho tiempo, tendría la ventaja, a falta de la necesaria relación que no existía entre la tierra y aquella mujer, de que allí el sentimiento de la realidad no sería suprimido para mí por el hábito, como ocurría en París, donde, fuera en mi propia casa, fuera en una habitación desconocida, el placer con una mujer no podría, en medio de las cosas cotidianas, darme por un instante la ilusión de que me abría acceso a una nueva vida. (Pues el hábito es una segunda naturaleza y nos impide conocer la primera, de cuyas crueldades y de cuyos encantos carece.) Y esta ilusión quizá pudiera tenerla en un lugar nuevo donde renace la sensibilidad ante un rayo de sol y donde acabaría de exaltarme la mujer

que yo deseaba; ya veremos cómo las circunstancias no sólo impidieron que aquella mujer fuera a Balbec, sino que además yo temía más que nada que fuera, de suerte que este fin principal de mi viaje no se cumplió, ni siquiera se intentó.

Verdad es que madame Putbus no iba a ir tan al principio de la temporada a casa de los Verdurin; pero no importa que los placeres elegidos estén lejos si es seguro que lleguen y si, en la espera, nos podemos entregar a la pereza de intentar que nos quieran y a la impotencia de amar. De todos modos, yo no iba a Balbec en un ánimo tan poético como la primera vez; siempre hay menos egoísmo en la imaginación pura que en el recuerdo; y sabía que me iba a encontrar precisamente en uno de esos lugares donde abundan las bellas desconocidas; no hay menos en una playa que en un baile, y yo pensaba de antemano en los paseos delante del hotel, a orillas del dique, con esa misma clase de placer que madame de Guermantes me habría procurado si, en lugar de hacer que me invitaran a comidas brillantes, hubiera dado con más frecuencia mi nombre para sus listas de galanes a las dueñas de las casas donde se bailaba. Hacer amistades femeninas en Balbec me sería tan fácil como difícil me había sido en otro tiempo, pues tenía allí ahora tantas relaciones y tantos apoyos como me faltaban en mi primer viaje.

Me sacó de mis pensamientos la voz del director, cuyas disertaciones políticas no había escuchado. Cambiando de tema, me dijo lo que se había alegrado el primer presidente al enterarse de mi llegada y que aquella misma noche iría a verme a mis habitaciones. La idea de esta visita me asustó tanto, pues empezaba a sentirme cansado, que le rogué que tratara de impedirla (lo que me prometió) y, para mayor seguridad, que sus empleados montaran guardia en mi piso. No parecía quererles mucho.

—Siempre tengo que correr detrás de ellos, porque carecen demasiado de *inercia*. Si no estuviera yo aquí no se moverían. Pondré al ascensorista de plantón a su puerta.

Le pregunté si había llegado por fin a «jefe de ordenanzas».

—Todavía no es bastante antiguo en la casa —me contestó—. Hay compañeros mayores que él, y protestarían. En todo hacen falta *granulaciones*. Reconozco que tiene buena aptitud —por actitud— ante su ascensor. Pero es todavía un poco joven para ese puesto. Contrastaría con otros que son demasiado antiguos. Le falta un poco de seriedad, que es la condición primitiva —seguramente la condición primordial, la más



importante—. Tiene que tener un poco más de plomo en el ala —mi interlocutor quería decir en la cabeza—. De todos modos hay que fiarse de mí. Yo conozco bien el paño. Antes de ponerme los galones de director de gran hotel hice mis primeras armas a las órdenes de monsieur Paillard.

Esta comparación me impresionó y di las gracias al director por haber ido en persona hasta Pont-á-Couleuvre.

—De nada. Eso no me hizo perder más que un tiempo infinito —en lugar de ínfimo.

Habíamos llegado.

Perturbación de toda mi persona. La primera noche, como sufría una crisis de fatiga cardíaca, tratando de dominar el sufrimiento, me incliné despacio y con prudencia para descalzarme. Pero apenas toqué el primer botón de la bota, se me llenó el pecho de una presencia desconocida, divina, me sacudieron los sollozos, me brotaron lágrimas de los ojos. El ser que venía en mi ayuda, que me salvaba de la sequedad de alma, era el que, años antes, en un momento de angustia y de soledad idénticas, en un momento en que ya no tenía nada de mí, había entrado y me había vuelto a mí mismo, pues era yo y más que yo (el continente, que es más que el contenido y me lo traía). Acababa de ver, en mi memoria, inclinado sobre mi fatiga, el rostro tierno, preocupado y decepcionado de mi abuela, como aquella primera noche de la llegada; el semblante de mi abuela, no de la que yo me había sorprendido y reprochado echar tan poco de menos y que de ella sólo tenía el nombre, sino de mi verdadera abuela, cuya realidad viva encontraba ahora por primera vez desde los Champs-Élysées, donde sufrió el ataque. Esta realidad no existe para nosotros mientras no ha sido recreada por nuestro pensamiento (sin esto, los hombres que han intervenido en un combate gigantesco serían todos grandes poetas épicos); y así, en un deseo loco de arrojarme en sus brazos, sólo en aquel momento —más de un año después de su entierro, por ese anacronismo que con tanta frecuencia impide la coincidencia del calendario de los hechos con el de los sentimientos— acababa de enterarme de que había muerto. Desde entonces, muchas veces había hablado de ella y pensado en ella, pero bajo mis palabras y mis pensamientos de muchacho ingrato, egoísta y cruel, no había habido nunca nada que se pareciera a mi abuela, porque, en mi ligereza, en mi amor al placer, en mi costumbre de verla enferma, sólo en estado virtual vivía en mí el recuerdo de lo que ella había sido. En cualquier momento que la consideremos, nuestra alma total no tiene más

que un valor casi ficticio, pese al copioso balance de sus riquezas, pues unas veces unas y otras veces otras están indisponibles, trátase de riquezas efectivas o de riquezas de la imaginación, y para mí, por ejemplo, tanto como del antiguo nombre de Guermantes, de las mucho más graves, del verdadero recuerdo de mi abuela. Porque a las perturbaciones de la memoria están ligadas las intermitencias del corazón. Sin duda es la existencia de nuestro cuerpo, semejante para nosotros a un vaso en el que estuviera nuestra espiritualidad, lo que nos induce a suponer que todos nuestros bienes interiores, nuestros goces pasados, todos nuestros dolores están perpetuamente en nuestra posesión. Acaso es también inexacto creer que se van o vuelven. En todo caso, si permanecen en nosotros es, generalmente, en un dominio desconocido donde no nos sirven de nada y donde hasta las más usuales son repelidas por recuerdos de orden diferente y que excluyen toda simultaneidad con ellas en la conciencia. Pero si volvemos a dominar el cuadro de sensaciones donde se conservan, tienen a su vez el mismo poder de expulsar todo lo que les es incompatible, de instalar, sólo en nosotros, el yo que las vivió. Ahora bien, como el que yo acababa súbitamente de volver a ser no había existido desde aquella lejana noche en que mi abuela me desnudó a mi llegada a Balbec, muy naturalmente, no después de la jornada actual, que mi yo ignoraba, sino — como si en el tiempo hubiera series diferentes y paralelas— sin solución de continuidad, inmediatamente después de la primera noche de aquel tiempo, me situé en el minuto en que mi abuela se inclinó hacia mí. El yo que yo era entonces, y que por tanto tiempo había desaparecido, estaba de nuevo tan cerca de mí que me parecía estar oyendo las palabras inmediatamente anteriores y que no eran, sin embargo, más que un sueño, de la misma manera que un hombre mal despierto cree percibir muy cerca los sonidos de su sueño que huye. Ya no era más que aquel ser que quería refugiarse en los brazos de su abuela, borrar las huellas de sus penas besándola, nada más que aquel ser que cuando yo era uno u otro de los que se habían sucedido en mí desde hacía algún tiempo, tan difícil me hubiera sido figurármelo como esfuerzos me costaba ahora, estériles por lo demás, resistir los deseos y los goces de uno de los que, al menos por un tiempo, ya no era. Recordaba que, una hora antes de que mi abuela se inclinara así, en bata, hacia mis botas, yo, deambulando por la calle asfixiante de calor delante de la pastelería, creía que, con la necesidad que sentía de besarla, no podría esperar a la hora que tendría aún que pasar sin ella. Y ahora que

renacía aquella misma necesidad, sabía que podría esperar horas y horas, que nunca más estaría junto a mí, y no hacía más que descubrirla, porque sintiéndola, por primera vez, viva, verdadera, dilatándome el corazón hasta romperlo, encontrándola en fin, acababa de saber que la había perdido para siempre. Perdida para siempre; no podía comprender, y me esforzaba por sentir el dolor de esta contradicción: por una parte, una existencia, una ternura que sobrevivían en mí tales como las había vivido, es decir, hechas para mí, un amor en el que todo encontraba de tal modo en mí su complemento, su meta, su constante dirección, que el genio de los grandes hombres, todos los genios que habían podido existir desde los albores del mundo no hubieran valido para mi abuela lo que uno solo de mis defectos; y por otra parte, tan pronto como reviví, como presente, aquella felicidad, sentirla transida de certidumbre, lanzándose como un dolor físico de repetición, de un no ser que había borrado mi imagen de aquella ternura, que había destruido aquella existencia, abolido retrospectivamente nuestra mutua predestinación, que había hecho de mi abuela, cuando volví a encontrarla como en un espejo, una simple extraña que por azar pasó unos años junto a mí, como hubiera podido pasarlos junto a cualquier otro, mas para quien, antes y después, yo no era nada, no sería nada.

En lugar de los placeres que había gozado desde hacía un tiempo, el único que en este momento me habría sido posible gozar hubiera sido, modificando el pasado, mitigar los dolores que mi abuela sintiera en aquel tiempo. Pero yo no la recordaba solamente con aquella bata, atuendo adecuado, hasta el punto de resultar casi simbólico, a las fatigas, sin duda malsanas pero también dulces, que se tomaba por mí; poco a poco me iba acordando de todas las ocasiones que había tenido, dejándole ver y hasta exagerando, si se terciaba, mis sufrimientos, de causarle una pena que, después, imaginaba yo borrada por mis besos, como si mi cariño hubiera sido tan capaz como mi felicidad de hacer la suya; y, lo que es peor, yo que ya no concebía la felicidad sino en poderla recobrar proyectada, en mi recuerdo, en los planes de aquel rostro modelados e inclinados por el cariño, había puesto antes un empeño insensato en el intento de extirpar hasta los más pequeños placeres, como aquel día en que Saint-Loup le hizo una foto a mi abuela y yo, esforzándome mucho en ocultar a ésta la puerilidad casi ridícula de la coquetería que ponía en su postura, con su sombrero de grandes alas, en una favorecedora media luz, no supe

contener unas palabras impacientes y molestas que —lo noté en una contracción de su cara— la hirieron; y ahora que ya era imposible para siempre el consuelo de mis besos, era a mí a quien herían aquellas palabras.

Pero ya nunca podría borrar aquella contracción de su rostro y aquel dolor de su corazón, o más bien del mío; pues como los muertos ya no existen sino en nosotros, es a nosotros mismos a quienes herimos sin tregua cuando queremos recordar los golpes que en vida les asestamos. Me aferraba con todas mis fuerzas a estos dolores, por crueles que fuesen, pues me daba perfecta cuenta de que eran consecuencia del recuerdo que tenía de mi abuela, prueba de que este recuerdo estaba bien presente en mí. Sentía que sólo por el dolor la recordaba vivamente, y hubiera querido que se hundiesen en mí más fuertemente aún aquellos clavos que en mí fijaban su memoria. No intentaba mitigar el dolor, embellecerlo, fingir que mi abuela estaba sólo ausente y momentáneamente invisible, dirigiendo a su fotografía (la que le había hecho Saint-Loup y que llevaba conmigo) palabras y plegarias como a un ser separado de nosotros pero que, conservando su individualización, nos conoce y sigue unido a nosotros por una indisoluble armonía. No, nunca lo intenté, porque no sólo quería sufrir, sino respetar el origen de mi sufrimiento tal como lo había sufrido súbitamente sin quererlo, y quería seguir sufriendolo, con arreglo a sus leyes, cada vez que volvía a presentarse esa contradicción tan extraña de la supervivencia y del no ser que en mí se entrecruzaban. De esta impresión tan dolorosa y actualmente incomprensible, yo sabía, no precisamente si algún día sacaría de ella un poco de verdad, pero sí que, si alguna vez llegaba a sacar ese poco de verdad, sólo la podría encontrar en esa impresión, tan especial, tan espontánea, que no había sido ni trazada por mi inteligencia, ni atenuada por mi pusilanimidad, sino que la muerte misma, la brusca revelación de la muerte, había *abierto* en mí como el rayo, siguiendo un gráfico sobrenatural, inhumano, como un doble y misterioso surco. (En cuanto al olvido de mi abuela en que yo había vivido hasta entonces, no quería ni siquiera pensar en agarrarme a él para de él deducir la verdad, puesto que no era más que una negación, la debilitación del pensamiento incapaz de recrear un momento real de la vida y obligado a sustituirlo por imágenes convencionales e indiferentes.) Sin embargo, como el instinto de conservación, la ingeniosidad de la inteligencia para preservarnos del dolor, comenzaban ya a poner sobre las ruinas todavía

humeantes, los primeros cimientos de su obra útil y nefasta, saboreaba yo demasiado la dulzura de recordar tales o cuales juicios del ser querido, de evocarlos como si todavía pudiera pronunciarlos, como si existiera, como si yo siguiera existiendo para ella. Pero en cuanto logré dormirme, a aquella hora, más real, en que mis ojos se cerraron a las cosas de fuera, el mundo del sueño (en cuyo umbral la inteligencia y la voluntad, momentáneamente paralizadas, no podían ya librarme de la crueldad de mis impresiones verdaderas), reflejó, refractó la dolorosa síntesis, por fin restablecida, de la supervivencia y del no ser, en la profundidad orgánica y ahora traslúcida de las vísceras misteriosamente iluminadas. Mundo del sueño, donde el conocimiento interno, situado bajo la dependencia de las alteraciones de nuestros órganos, acelera el ritmo del corazón o de la respiración, porque una misma dosis de espanto, de tristeza, de remordimiento, actúa con un poder centuplicado si se inyecta en nuestras venas; cuando, para recorrer las arterias de la ciudad subterránea, nos embarcamos en el oscuro piélago de nuestra propia sangre como en un interior Leteo de séxtuplos repliegues, se nos aparecen unas grandes figuras solemnes, nos abordan y se alejan, dejándonos bañados en lágrimas. En vano busqué la de mi abuela cuando abordé las negras puertas; la oscuridad era mayor, más fuerte el viento; y mi padre, que había de conducirme hasta ella, no llegaba. De pronto me faltó la respiración, sentí como que se me endurecía el corazón; acababa de acordarme de que llevaba varias semanas sin escribir a mi abuela. ¿Qué iba a pensar de mí? ¡Dios mío!-me decía—, ¡qué triste debe de estar en ese cuarto que han alquilado para ella, tan pequeño como para una antigua criada, donde está sola con la persona que le han puesto para cuidarla y sin poder moverse, pues siempre está un poco paralizada y no ha querido levantarse ni una sola vez! Debe de creer que la he olvidado desde que está muerta; ¡qué sola y abandonada se debe de sentir! ¡Oh, tengo que ir a verla ahora mismo, sin dejar pasar ni un minuto, sin esperar a que llegue mi padre! Pero ¿dónde está? ¿Cómo he podido olvidar la dirección? Con tal de que me conozca todavía... ¿Cómo he podido olvidarla durante meses? Está muy oscuro, no encontraré el camino, el viento no me deja andar. Pero ahí está mi padre paseando delante de mí. Le grito: «¿Dónde está la abuela? Dime la dirección. ¿Está bien? ¿Seguro que no le falta nada?» «Claro que no —me dijo mi padre—, puedes estar tranquilo. La que la cuida es una persona ordenada. De vez en cuando le mandamos una

pequeña cantidad para comprarle lo poco que necesita. A veces pregunta por ti. Hasta le han dicho que estás escribiendo un pequeño libro. Parece que se alegró. Se enjugó una lágrima.» Entonces creía recordar que, al poco tiempo de morir, mi abuela me dijo sollozando humildemente, como una vieja sirvienta despedida, como una extraña:

—De todos modos me permitirás verte alguna vez, no dejes pasar muchos años sin hacerme una visita. Piensa que has sido mi nieto y que las abuelas no olvidan.

Al ver su cara tan sumisa, tan triste, tan dulce, quería ir corriendo a decirle lo que debiera haberle contestado entonces: «Pero, abuela, me verás siempre que tú quieras, no tengo a nadie más que a ti en el mundo, no te dejaré nunca». ¡Cuánto ha debido de llorar desde tantos meses como hace que no he ido a donde está acostada! ¿Qué habrá dicho? Y llorando yo también, le dije a mi padre: «¡Dame en seguida su dirección, llévame adonde está!» Y él: «Es que... no sé si podrás verla. Y además, ¿sabes?, está muy débil, muy débil, ya no es la misma, creo que te sería más bien penoso. Y no recuerdo el número exacto de la avenida.» «Pero dime, tú que sabes tanto, no es verdad que los muertos ya no viven. Digan lo que digan no es verdad, puesto que la abuela existe aún.» Mi padre sonrió tristemente. «¡Oh!, muy poco, ¿sabes?, muy poco. Creo que harías mejor en no ir. No le falta nada. Acabamos de arreglarlo todo.» «Pero ¿suele estar sola?» «Sí, pero es mejor para ella. Es mejor que no piense, pensar no haría más que apenarla. Muchas veces, pensar duele. Además, ¿sabes?, está muy agotada. Te dejaría la indicación exacta para que pudieras ir, pero no veo qué es lo que podrías hacer allí, y no creo que la guardiana te dejara verla.» «Sin embargo, bien sabes que yo viviré siempre a su lado, ciervos, ciervos, Francis James, tenedor.» Pero yo había pasado ya el río de los meandros tenebrosos, ya había subido a la superficie donde se abre el mundo de los vivos; de modo que si seguía repitiendo «Francis James, ciervos, ciervos», la continuación de estas palabras no ofrecía ya el sentido límpido y la lógica que, todavía hacía un momento, tan naturalmente expresaban para mí y que ya no podía recordar. Ni siquiera comprendía ya por qué la palabra *Aias*, que mi padre me había dicho hacía un momento, significó inmediatamente, sin posible duda: «Ten cuidado de no coger frío.» Había olvidado cerrar los postigos, y seguramente me despertó la luz del día. Pero no pude soportar tener ante los ojos aquellas olas del mar que, en otro tiempo, mi abuela podía contemplar durante horas; a la

imagen nueva de su belleza indiferente se sumaba en seguida la idea de que ella no las veía. Yo hubiera querido taparme los oídos para no oír el ruido que hacían, pues ahora la luminosa plenitud de la playa abría un vacío en mi corazón; todo parecía decirme, como aquellas avenidas y aquellos macizos de césped de un parque público donde la perdí una vez cuando era pequeño: «No la hemos visto», y bajo la rotundidad del cielo pálido y divino me sentía oprimido como bajo una inmensa campana azul que cerrara un horizonte donde mi abuela no estaba. Para no ver nada, me daba vuelta hacia la pared, pero lo que estaba frente a mí era aquel tabique que servía de mensajero matinal entre nosotros dos, aquel tabique que, tan dócil como un violín para dar todos los matices de un sentimiento, tan exactamente transmitía a mi abuela mi temor, a la vez, de despertarla, y, si ya estaba despierta, de que no me oyera y no se atreviera a moverse, y que en seguida, como la réplica de un segundo instrumento, me anunciaba su venida y me invitaba a la calma. No me atrevía a acercarme a aquel tabique, como no me atrevía a acercarme a un piano en el que hubiera tocado mi abuela y que vibrara aún por la presión de sus dedos. Sabía que ahora podía llamar, incluso más fuerte, que ya nada podría despertarla, que yo no habría de oír respuesta alguna, que mi abuela no vendría ya. Y sólo le pedía a Dios, si existe un paraíso, poder llamar a aquel tabique con tres golpecitos que mi abuela reconocería entre mil, y a los que contestaría con aquellos otros golpes que querían decir: «No te muevas, ratoncito, comprendo que estás impaciente, pero voy en seguida», y que me permitiera estarle con ella toda la eternidad, que no sería demasiado larga para nosotros dos.

El director subió a preguntarme si quería bajar. Por si acaso, me había buscado un sitio en el comedor. Como no me había visto, temía que me hubieran dado los ahogos de otras veces. Esperaba que no fuera más que un pequeño picor de garganta y me aseguró que se calmaba con lo que él llamaba «calyptus».

Me entregó unas letras de Albertina. No había podido ir a Balbec este año, pero había cambiado de proyectos y estaba desde hacía tres días, no en el mismo Balbec, sino a diez minutos en tranvía, en una estación vecina. Temiendo que estuviera cansado por el viaje, no quiso decirme nada para la primera noche, pero ahora me preguntaba cuándo podría recibirla. Pregunté si había venido ella misma, no para verla, sino para arreglármelas para no verla.

—Pues sí —me contestó el director—. Pero ella quisiera que fuese lo más pronto posible, a menos que tenga usted razones completamente «necesitadas». Ya ve usted —concluyó— que aquí le desea todo el mundo, en definitiva.

Pero yo no quería ver a nadie.

Y, sin embargo, la víspera me había sentido otra vez captado por el encanto indolente de la vida de baños de mar. El mismo botones, esta vez silencioso, por respeto, no por desdén, y rojo de alegría, había puesto en marcha el ascensor. Elevándome a lo largo de la columna ascendente, atravesé lo que en otro tiempo había sido para mí el misterio de un hotel desconocido, donde, cuando se llega, turista sin protección y sin prestigio, cada habitante que entra en su habitación, cada muchacha que baja a comer, cada camarera que circula por los pasillos extrañamente delineados, y la señorita que llega desde América con su señora de compañía y que baja a comer, nos echan una mirada en la que no leemos nada de lo que hubiéramos querido. Pero esta vez había sentido la alegría, muy tranquilizadora, de subir a un hotel desconocido en el que me sentía en mi propia casa, en el que había cumplido una vez más esa operación que cada vez hay que comenzar, más larga, más difícil que volver un párpado y que consiste en poner en las cosas el alma que nos es familiar en vez de la suya que nos asustaba. ¿Tendré que ir también ahora —me pregunté, sin sospechar el brusco cambio de alma que me esperaba— a otros hoteles, en los que comeré por primera vez, en los que aún no ha matado el hábito en cada piso, ante cada puerta, al dragón terrorífico que parecía velar una existencia encantada, en los que tendré que rozarme con esas mujeres desconocidas que los *palaces*, los casinos, las playas reúnen, como grandes colonias de pólipos, en una vida común?

Todo me causó alegría, hasta que el aburrido primer presidente se apresurase tanto a visitarme; ya el primer día, sólo con sentir, por primera vez desde hacía tanto tiempo, al lavarme las manos, aquel olor especial de los jabones demasiado perfumados del Gran Hotel, veía las olas, las cordilleras de montañas azul de mar, sus glaciares y sus cascadas, su elevación y su majestad despreocupada, que, pareciendo pertenecer a la vez al momento presente y a la temporada anterior, flotaba entre uno y otra como el encanto real de una vida particular en la que no se vuelve a casa sino para cambiar de corbata. Las sábanas de la cama, demasiado finas, demasiado ligeras, demasiado grandes, imposibles de remeter, de



sujetar y que se quedaban infladas bajo las mantas en movedizas volutas, me hubieran entristecido en otro tiempo. Pero no hicieron sino mecer, sobre la incómoda redondez abombada de sus velos, el sol glorioso y pleno de esperanzas de la primera mañana. Mas esta primera mañana no tuvo tiempo de llegar. La noche misma resucitó la terrible y divina presencia. Rogué al director que se fuera, que no entrara nadie. Le dije que me quedaría en la cama y rechacé su ofrecimiento de mandar a buscar a la farmacia la excelente droga. Le encantó que lo rechazara, porque temía que el olor del «calyptus» molestara a los clientes. Lo que me valió este cumplido: «Está usted en lo cierto», y esta recomendación: «Tenga cuidado de no salir a la puerta, pues la he mandado untar de aceite por las cerraduras. Si algún empleado se permitiera llamar a su habitación, se llevaría una paliza. Y se lo diré una vez nada más, pues no me gusta repetir. Pero ¿no querrá animarse un poco con un vino viejo del que tengo abajo una *bourrique*? —seguramente por barrica—. No se lo traeré en bandeja de plata como la cabeza de Jonatás, y le advierto que no es *château-lafite*, pero es casi equívoco —por equivalente—. Y como es ligero, le podríamos freír un lenguadito.» Lo rechacé todo, pero me sorprendió oír el nombre del pescado (*sole*) pronunciado como el árbol *saule* por un hombre que había debido de pedir ese pescado toda su vida.

A pesar de las promesas del director, al poco rato me trajeron la tarjeta con el pico doblado, de la marquesa de Cambremer. La anciana señora había ido a verme, pero, al preguntar si estaba y enterarse de que no había llegado hasta la víspera y de que estaba indispuesto, no insistió, y la marquesa (seguramente no sin parar en la farmacia o en la mercería para que el criado, saltando del asiento, entrara a pagar una cuenta o hacer provisiones) se volvió a Féterne en su vieja calesa de ocho ballestas tirada por dos caballos. Con bastante frecuencia se oía el rodar y se admiraba el aparejo de esta calesa en las calles de Balbec y de algunas otras localidades de la costa situadas entre Balbec y Féterne. Y la finalidad de tales paseos no era precisamente estas paradas en las tiendas, sino una merienda, un *garden-party* en casa de algún hidalguelo o de algún burgués indignos de la marquesa. Pero la marquesa, aunque dominando desde muy arriba, por su abolengo y por su fortuna, a la pequeña nobleza de los alrededores, en su gran bondad y en su perfecta sencillez, tenía tanto miedo de defraudar a cualquiera que la invitara que asistía a todas las insignificantes reuniones mundanas de la vecindad. Claro es que, antes de

hacer tanto camino para ir a oír, en el calor de un saloncito asfixiante, a una cantante generalmente sin talento y a la que, en su calidad de gran dama de la región y de música famosa, tendría luego que felicitar con exageración, madame de Cambremer hubiera preferido ir de paseo o quedarse en sus magníficos jardines de Féterne, al pie de los cuales viene a morir, en medio de las flores, el oleaje adormecido de una pequeña bahía. Pero sabía que el dueño de la casa, fuese un noble o un franco burgués de Maineville-la-Teintiriére o de Chattoncourt-l'Orgueilleux, había anunciado su probable asistencia. Y si madame de Cambremer había salido aquel día sin hacer acto de presencia en la fiesta, alguno de los invitados llegado de una de las pequeñas playas que bordean el mar podía haber oído y visto la calesa de la marquesa, lo que hubiera invalidado la excusa de no haber podido salir de Féterne. Por otra parte, aunque los invitantes habían visto muchas veces a madame de Cambremer en pequeños conciertos celebrados en casas indignas de su categoría, el pequeño desdoro infligido a la marquesa, excesivamente buena, desaparecía cuando eran ellos los que recibían, y les enfebrecía la duda de si asistiría o no a sus pequeñas meriendas. ¡Qué alivio para las inquietudes que desde días atrás venían sintiendo, si, después de la primera melodía cantada por la hija de los dueños de la casa o por algún aficionado que estaba allí de vacaciones, un invitado anunciaba (señal infalible de que la marquesa asistiría a la fiesta) que había visto los caballos de la famosa calesa parados delante de la relojería o de la droguería! Entonces madame de Cambremer (que, en efecto, no iba a tardar en entrar, seguida de su nuera y de los invitados que tenía en su casa en aquel momento y había pedido permiso para llevarlos, permiso concedido con grandísimo gozo) recobraba todo su lustre a los ojos de los dueños de la casa, para los cuales la recompensa de la esperada asistencia de la marquesa había sido quizá la causa determinante e inconfesada de la decisión tomada un mes atrás: infligirse las molestias y los gastos de dar una *matinée*. Al ver a la marquesa en su fiesta, lo que recordaban ya no era su complacencia en asistir a las de unos vecinos poco importantes, sino la antigüedad de su familia, el lujo de su palacio, la grosería de su nuera, Legrandin de soltera, que, con su arrogancia, salpimentaba la campechanía un poco sosa de la suegra. Ya les parecía estar leyendo, en el correo mundano de *Le Gaulois*, la gacetilla que ellos mismos confeccionarían en familia, cerradas con llave todas las puertas, sobre «el pequeño rincón de Bretaña, la *matinée*

ultraselecta de la que los invitados no se van sin haber hecho prometer a los anfitriones que se va a repetir pronto». Esperan cada día el periódico, ansiosos por no haber visto aún en él la noticia de su *matinée* y con el temor de que madame Cambremer hubiera asistido sólo para los invitados y no para la multitud de lectores del periódico. Por fin llega el bendito día: «Este año, la temporada es en Balbec excepcionalmente brillante. Se han puesto de moda los pequeños conciertos de tarde, etc.» A Dios gracias, el nombre de madame de Cambremer aparece con su exacta ortografía y citado «al azar», pero en cabeza. Ya no queda más que mostrarse disgustado con esta indiscreción de los periódicos que pudiera traer enfados con las personas a las que no habían podido invitar, y que preguntar hipócritamente, delante de madame de Cambremer, quién sería el que tuvo la mala intención de mandar aquella reseña, mientras que la marquesa, benevolente y gran señora, decía: «Comprendo que a ustedes los moleste, pero por mi parte estoy encantada de que se sepa que les acompañé.»

Madame de Cambremer escriboteó en la tarjeta que me entregaron que daba una *matinée* dos días después. Y solamente dos días antes, por muy cansado que estuviese de la vida mundana, hubiera sido un gran placer para mí gustarla trasplantada a los jardines donde crecían en pleno suelo, gracias a la exposición de Féterne, las higueras, las palmeras, los rosales, hasta en el borde del mar, a veces de un azul y de una calma mediterráneos, surcado por el pequeño yate de los propietarios que, antes de comenzar la fiesta, iba a buscar, a las playas del otro lado de la bahía, a los invitados más importantes, y, con sus velas tensas contra el sol, servía, cuando ya había llegado todo el mundo, de comedor para merendar, zarpando de nuevo al atardecer para llevar a los que había traído. Un lujo delicioso, pero tan caro que, en parte para hacer frente a los gastos que ocasionaba, había tratado madame de Cambremer de aumentar sus ingresos de diferentes modos, y especialmente alquilando, por primera vez, una de sus fincas, muy diferente de Féterne: la Raspelière. Sí, dos días antes, ¡cuánto me hubiera divertido el contraste de la «gran vida» parisiense con una *matinée* como aquella, poblada de hidalgüelos desconocidos, en un escenario nuevo! Pero ahora los placeres no tenían ya ningún sentido para mí. Escribí a madame de Cambremer disculpándome, como una hora antes había hecho despedir a Albertina: la pena había abolido en mí la posibilidad del deseo tan radicalmente como una fiebre

alta quita el apetito... Mi madre iba a llegar al día siguiente. Me parecía que era menos indigno de vivir a su lado, que la comprendería mejor, ahora que toda una vida extraña y degradante había cedido el sitio a la ascensión de los recuerdos desgarradores que ceñían y ennoblecían mi alma, como la suya, con su corona de espinas. Así lo creía yo; en realidad hay gran distancia de las penas verdaderas como eran las de mamá —que nos quitan literalmente la vida durante mucho tiempo, a veces para siempre, cuando perdemos al ser amado— a esas otras penas, pasajeras a pesar de todo, como debía de ser la mía, tan prontas en marcharse como tardías en llegar y que no se sienten hasta mucho tiempo después del acontecimiento, porque para sentir las hemos necesitado «comprenderlo»; penas que tanta gente experimenta y de las que la pena que a mí me torturaba ahora sólo se diferenciaba en esa modalidad de recuerdo involuntario.

Una pena tan profunda como la de mi madre la sufriría yo un día, ya lo veremos en la continuación de mi relato, pero no era la de ahora, ni como yo me la figuraba. Sin embargo, como un recitador que debiera conocer su papel y estar en su sitio desde hacía mucho tiempo pero que, llegado solamente en el último segundo y sin haber leído más que una vez lo que tiene que decir, sabe disimular bastante bien cuando le llega el momento de dar la réplica, para que nadie se dé cuenta de su retraso, así mi pena, tan nueva, me permitió, cuando llegó mi madre, hablarle como si hubiera sido siempre la misma. Creyó, sencillamente, que los lugares donde había estado con mi abuela (y no era eso) la habían despertado. Y entonces me di cuenta por primera vez, y me di cuenta porque sentía yo una pena que no era nada al lado de la suya, pero que me abría los ojos; entonces me di cuenta con espanto de lo que ella podía sufrir. Por primera vez comprendí que aquella mirada fija y sin lágrimas (por lo que Francisca la compadecía poco) que mi madre tenía desde la muerte de mi abuela se había parado en aquella incomprensible contradicción del recuerdo y de la nada. Por otra parte, aunque siempre con sus velos negros, más vestida en aquel país nuevo, me impresionaba más la transformación que se había operado en ella. No basta decir que había perdido toda alegría. Fundida, fija en una especie de imagen implorante, parecía tener miedo de ofender con un movimiento demasiado brusco, con un tono de voz demasiado alto la presencia dolorosa que nunca la dejaba. Pero sobre todo, desde que la vi entrar, con su manto de crespón, me di cuenta —lo que no había notado en

París— de que ya no era mi madre la que estaba ante mis ojos, sino mi abuela. Así como en las familias reales y ducales, al morir el jefe el hijo toma su título, y de duque de Orleáns, de príncipe de Tarento o de príncipe de Laumes, pasa a rey de Francia, duque de la Trémoille, duque de Guermantes, así ocurre a menudo que, por un acontecimiento de otro orden y de origen más profundo, el muerto se apodera del vivo, que pasa a ser su sucesor semejante, el continuador de su vida interrumpida. Acaso la gran pena que, en una hija como era mamá, sigue a la muerte de la madre no hace sino romper más pronto la crisálida, apresurar la metamorfosis y la aparición de un ser que se lleva dentro y que, a no ser por esa crisis que hace quemar las etapas y saltar de un golpe los períodos, no habría sobrevenido sino más lentamente. Acaso en la añoranza del que ya no existe hay una especie de sugestión que acaba por dar a nuestros rasgos ciertas similitudes que, desde luego, teníamos en potencia, y se produce sobre todo una suspensión de nuestra actividad más particularmente individual (en mi madre, la de su buen sentido, de la alegría burlona que había heredado de su padre), que, mientras vivía la persona amada, no temíamos ejercer, aunque fuera a su costa, y que contrapesaba el carácter que debíamos exclusivamente a ella. Una vez muerta, tendríamos escrúpulo en ser otro, ya no admiramos más que lo que ella era, lo que nosotros éramos ya, pero mezclado con otra cosa, y lo que en lo sucesivo vamos a ser únicamente. En este sentido (y no en ese tan vago, tan falso en que se entiende generalmente) se puede decir que la muerte no es inútil, que el muerto sigue actuando sobre nosotros. Y hasta más que un vivo, porque como la verdadera realidad sólo el espíritu la discierne, como es objeto de una operación espiritual, no conocemos verdaderamente más que lo que nos vemos obligados a recrear con el pensamiento, lo que la vida de todos los días nos oculta... En fin, en ese culto de la añoranza de nuestros muertos, consagramos una idolatría a lo que ellos amaron. Mi madre no sólo no podía separarse del bolso de mi abuela, más precioso ahora para ella que si hubiera sido de zafiros y diamantes, de su manguito, de todas aquellas prendas que acentuaban el parecido entre ellas dos, sino ni siquiera de los volúmenes de madame de Sévigné que mi abuela tenía siempre con ella, ejemplares que mi madre no hubiera cambiado ni por el manuscrito mismo de las *Cartas*. A veces le gastaba a mi abuela la broma de que no le había escrito una sola vez sin citar una frase de madame de Sévigné o de madame de Beausergent. En cada una de las tres cartas que

recibí de mi madre antes de su llegada a Balbec me citó a madame de Sévigné, como si aquellas tres cartas no fueran escritas por ella para mí, sino por mi abuela para ella. Quiso bajar al malecón a ver aquella playa de la que mi madre le hablaba todos los días cuando le escribía. Desde la ventana la vi, en la mano el *en tout cas* de su madre, caminar toda negra, con paso tímido, piadoso, por la arena que unos pies queridos habían pisado antes que ella, y parecía como ir en busca de una muerta que las olas le iban a traer. Por no dejarla comer sola tuve que bajar con ella. El primer presidente y la viuda del decano quisieron que se los presentara. Y tan sensible era a todo lo que tuviera relación con mi abuela que le llegó al alma y recordó siempre con honda gratitud lo que de ella le dijo el primer presidente y le dolió en cambio, con indignación, que la mujer del decano no tuviera una palabra de recuerdo para la muerta. En realidad, al primer presidente le importaba mi abuela tan poco como a la mujer del decano. Las palabras emocionadas del uno y el silencio de la otra, aunque mi madre pusiera entre aquéllas y éste tan decisiva distancia, no era más que una manera diferente de expresar esa indiferencia que nos inspiran los muertos. Pero creo que para mi madre frieron especialmente dulces las palabras a las que, sin querer, dejé pasar un poco de mi pena. A pesar del cariño que me tenía, esa pena era un gozo para ella, como todo lo que demostraba una supervivencia de mi abuela en los corazones. Todos los días siguientes mi madre bajó a sentarse en la playa, por hacer exactamente lo que su madre hacía, y leía sus dos libros preferidos, las *Memorias* de madame de Beausergent y las *Cartas* de madame de Sévigné. Ella, y ninguno de nosotros, no podía soportar que llamaran a ésta «la inteligente marquesa», como tampoco que llamaran a La Fontaine *le bonhomme*, el pobre hombre. Pero cuando mi madre leía en las cartas estas palabras: «hija mía», creía oír a su madre hablarle a ella.

En una de sus peregrinaciones en las que no quería que la importunaran, tuvo la mala suerte de encontrar en la playa a una señora de Combray acompañada de sus hijas. Creo que se llamaba madame Poussin, pero nosotros la llamábamos siempre «Ya verás lo que te espera», porque con esta frase, constantemente repetida, advertía a sus hijas los males que se estaban buscando; por ejemplo, cuando una se frotaba los ojos le decía: «Cuando cojas una buena oftalmía, ya verás lo que te espera». Desde lejos dirigió a mi madre unos largos saludos muy compungidos, no en señal de condolencia, sino como regla de educación. Vivía bastante retirada en

Combray, en un inmenso parque, y como no encontraba nunca nada bastante dulce, se dedicaba a endulzar las palabras y hasta los nombres de la lengua francesa. Le parecía demasiado duro llamar *cuiller* a la pieza con que servía sus jarabes, y decía *cueiller*; como si temiera ofender al dulce chantre de Telémaco llamándole rudamente Fénelon —como lo hacía yo mismo, con conocimiento de causa, porque era amigo mío muy querido el ser más inteligente, más bueno y más noble, inolvidable para todos los que le conocieron, Bertrand de Fénelon—, decía siempre Fénelon, pareciéndole que el acento agudo daba cierta suavidad. El yerno de madame Poussin, menos dulce y cuyo nombre he olvidado, era notario de Combray, se llevó la caja e hizo perder a mi tía una cantidad bastante importante. Pero la mayoría de los habitantes de Combray estaban en tan buenos términos con los demás miembros de la familia que no se enfriaron las relaciones y todo quedó en compadecer a madame Poussin. No recibía, pero siempre que se pasaba por su verja todos se paraban a admirar los umbríos follajes, sin poder distinguir otra cosa. No nos molestó mucho en Balbec, donde sólo la encontré una vez, precisamente en un momento en que decía a su hija, que se estaba mordiendo las uñas: «Cuando tengas un buen panadizo, ya verás lo que te espera».

Mientras mamá leía en la playa yo me quedaba solo en mi habitación. Recordaba los últimos tiempos de la vida de mi abuela y todo lo relacionado con ellos, la puerta de la escalera que quedaba abierta cuando salimos para su último paseo. En contraste con todo esto, el resto del mundo apenas parecía real, y mi dolor lo envenenaba enteramente. Mi madre acabó por obligarme a salir. Pero, a cada paso, algún aspecto olvidado del casino, de la calle donde la esperé la primera noche y llegué hasta el monumento de Duguay-Trouin, me impedía seguir adelante como un viento contra el que no se puede luchar; bajaba los ojos para no ver. Y cuando me reponía un poco volvía al hotel, a aquel hotel donde sabía que, por mucho tiempo que esperase, nunca más volvería a encontrar a mi abuela, como antes la encontrara el primer día que llegué. Como era el primer día que salía, muchos de los criados a los que no había visto aún me miraron con curiosidad. En la puerta del hotel, un joven ordenanza se quitó la gorra para saludarme y se la volvió a poner rápidamente. Pensé que Amado le había «pasado la consigna», según su expresión, de estar atento conmigo. Pero en el mismo momento vi que también se quitó la gorra al entrar otra persona. La verdad es que lo único que aquel muchacho

sabía en la vida era quitarse y volver a ponerse la gorra, y lo hacía con perfección. Comprendiendo que era incapaz de hacer otra cosa y que ésta la hacía muy bien, la ejecutaba cada día el mayor número de veces posible, lo que le valía por parte de los clientes una simpatía discreta pero general, y también una gran simpatía del conserje, que, encargado de buscar los ordenanzas, no había podido encontrar uno, hasta este pájaro raro, al que no tuvieron que despedir sin tardar una semana, con gran asombro de Amado, que decía: «Sin embargo, casi lo único que se les pide en este oficio es que sean atentos, y no debe de ser tan difícil». El director quería también que tuvieran lo que él llamaba «buena presencia», con lo que quería decir que estuvieran en su sitio, o más bien confundiendo la palabra con «prestancia». El jardín de detrás del hotel había cambiado por la creación de unos arriates floridos y la supresión no sólo de un arbusto exótico, sino del ordenanza que el primer año decoraba exteriormente la entrada con el grácil tallo de su cuerpo y la curiosa coloración de su cabellera. Se había ido con una condesa polaca que le tomó de secretario, imitando en esto a sus dos hermanos mayores y a su hermana la mecanógrafa, sacados del hotel por personalidades de diversos países y de distintos sexos que se habían prendado de su encanto. Sólo quedaba el más pequeño, porque, como era bizco, nadie le quería. Estaba muy contento cuando la condesa polaca y los protectores de los otros dos venían a pasar una temporada al hotel de Balbec. Pues aunque envidiaba a sus hermanos, los quería, y así podía cultivar los sentimientos familiares durante unas semanas. ¿No tenía la abadesa de Fontevrault la costumbre, dejando para ello a sus monjas, de ir a compartir la hospitalidad que ofrecía Luis XIV a aquella otra Mortemart, su amante, madame de Montespan? Era el primer año que él estaba en Balbec, y aún no me conocía, pero oyó a los compañeros más antiguos dirigirse a mí por mi nombre tras la palabra «monsieur» y los imitó inmediatamente con el aire de satisfacción de quien manifiesta estar enterado sobre una personalidad que suponía conocida o de quien se ajusta a una costumbre que ignoraba cinco minutos antes, pero a la que le parecía indispensable no faltar. Yo comprendía muy bien el encanto que aquel gran *palace* podía tener para ciertas personas. Estaba dispuesto como un teatro y animado por una numerosa compañía hasta en las bóvedas. Aunque el cliente no fuera más que una especie de espectador, estaba siempre metido en el espectáculo, no ya como en esos teatros donde los actores representan una escena en la sala, sino como si la



vida del espectador transcurriera en medio de las suntuosidades del escenario. El jugador de tenis podía entrar en chaqueta de franela blanca, el conserje se había vestido de frac azul con galones de plata para entregarle el correo. Si ese jugador de tenis no quería subir a pie, seguía también mezclado con los actores al tomar el ascensor junto al botones, tan suntuosamente vestido como el conserje. Los pasillos de los pisos protegían la huida de camareras y doncellas bonitas contra el mar como el friso de las Panateneas y a las pequeñas habitaciones de las cuales llegaban, por sabios rodeos, los aficionados a la belleza femenina famular. Abajo dominaba el elemento masculino, y, por la muy tierna y ociosa juventud de los sirvientes, era como si en este hotel hubiera tomado cuerpo una especie de tragedia judeo-cristiana en representación continua. Y yo no podía menos de decirme a mí mismo al verlos, no ciertamente los versos de Racine, que me habían venido a la mente en casa de la princesa de Guermantes cuando monsieur de Vaugoubert miraba a unos jóvenes secretarios de embajada saludando a monsieur de Charlus, sino otros versos de Racine, esta vez no de *Esther*, sino de *Athalie*; pues desde el *hall* lo que en el siglo XVII se llamaba los pórticos, montaba guardia *un peuple florissant* de jóvenes ordenanzas y botones, sobre todo a la hora de la merienda, como los jóvenes israelitas de los coros de Racine. Pero no creo que ni uno solo pudiera dar la misma vaga respuesta que Joás encuentra para Atalía cuando ésta pregunta al príncipe niño: «¿Cuál es tu empleo?», pues no tenía ninguno. A lo sumo, si a cualquiera de ellos le preguntaran, como la vieja reina «*Mais tout ce peuple enrhumé dans ce lieu, a quoi s'occupe-t-il?*» habría podido decir: *Je vois l'ordre pompeux de ces cérémonies* y contribuyo.» A veces uno de aquellos jóvenes comparsas iba hacia algún personaje más importante, y después el hermoso joven volvía al coro, y, menos en un momento de vacación contemplativa, todos entrelazaban sus evoluciones inútiles, respetuosas, decorativas y cotidianas. Pues, excepto su «día de salida», «lejos del mundo criados» y sin pisar la calle, llevaban la misma vida eclesiástica que los levitas en *Athalie*, y ante aquella «compañía joven y fiel», que con los pies desnudos representaba la obra al pie de las gradas cubiertas de magníficas alfombras, podía yo preguntarme si entraba en el gran hotel de Balbec o en el templo de Salomón.

Subí directamente a mi habitación. Habitualmente tenía el pensamiento en los últimos días de mi abuela, en aquellos sufrimientos

que yo revivía, aumentándolos más aún: cuando creemos que no hacemos sino recrear los dolores de un ser querido nuestra compasión los exagera; pero acaso la compasión está en lo cierto, más que la consciencia que de esos dolores tienen los que los padecen, y a los cuales se les oculta esa tristeza de su vida, esa tristeza que la compasión ve y por la cual se desespera. Y mi compasión habría rebasado, en nuevo ascenso, los sufrimientos de mi abuela de haber sabido entonces lo que ignoré durante mucho tiempo: que mi abuela, la víspera de su muerte, en un momento de lucidez y después de asegurarse de que yo no estaba presente, le cogió la mano a mamá y, posando en ella sus labios febriles, le dijo: «Adiós, hija mía, adiós para siempre».

Y acaso es este recuerdo el que mi madre no ha dejado jamás de mirar tan fijamente. Después volvían a mí los recuerdos dulces. Ella era mi abuela y yo era su nieto. Las expresiones de su rostro parecían escritas en lenguaje exclusivo para mí, mi abuela era todo en mi vida, los demás sólo existían en relación con ella, en el juicio que ella me diera sobre ellos; pero no, nuestras relaciones fueron demasiado fugitivas para no haber sido accidentales. Ella no me conoce ya, nunca volveré a verla. No habíamos sido creados únicamente el uno para el otro, era una extraña. Yo estaba mirando la foto que Saint-Loup había hecho de aquella extraña. Mamá, que había encontrado a Albertina, insistió en que la viese, por las cosas amables que ella le dijo sobre la abuela y sobre mí. La cité en el hotel. Advertí al director que la hiciese esperar en el salón. Me dijo que la conocía desde hacía mucho tiempo, a ella y a sus amigas, mucho antes de que llegasen a «la edad de *la pureté*», pero que estaba resentido con ellas por cosas que habían dicho del hotel. «La verdad es que no deben de ser muy *illustrées* para hablar así. A no ser que las hayan calumniado.» Comprendí fácilmente que *pureté* quería decir *puberté*. Lo de *illustrées* estaba menos claro. Quizá era una confusión con *illettrées*, que a su vez lo sería con *lettrées*.

Mientras llegaba la hora de volver a ver a Albertina, tenía los ojos fijos, como en un dibujo que acabamos por no ver a fuerza de mirarlo, en la foto que había hecho Saint-Loup, cuando, de pronto, volvía a pensar: «Es mi abuela, yo soy su nieto», como un amnésico vuelve a recordar su nombre, como un enfermo cambia de personalidad. Francisca entró a decirme que estaba allí Albertina, y al ver la fotografía:

—Pobre señora, es ella clavada, hasta con su lunar en la mejilla; el día que el señor marqués la retrató había estado bien malita, se había desmayado dos veces. «Sobre todo, Francisca —me dijo—, que no lo sepa mi nieto.» Y bien que lo disimulaba, siempre estaba alegre delante de la gente. Lo único, por ejemplo, me parecía que a veces tenía la cabeza como un poco monótona. Pero se le pasaba en seguida. Y me dijo: «Si me pasara algo, habría que tener un retrato mío. Nunca me hice ninguno.» Entonces me mandó a decirle al señor marqués si podría sacarle un retrato, pero pidiéndole que no le dijera al señor que se lo había pedido ella. Pero cuando volví a decirle que sí, ya no quería, porque se encontraba con muy mala cara. Y fue y me dijo: «Así es peor que no tener ningún retrato». Pero, como no era tonta, acabó por arreglarse tan bien, poniéndose un sombrero con las alas para abajo que ya no se lo ponía nunca cuando no estaba al aire libre. Y bien contenta que estaba con su retrato, porque en aquel momento ella decía que no creía que iba a volver a Balbec. Y por más que yo le decía: «Señora, no hay que hablar así, no quiero oír a la señora hablar así», pues nada, era su idea. Y la verdad es que hacía días que no podía comer. Por eso animaba al señor a que se fuera a comer fuera con el señor marqués. Entonces, en vez de ir a la mesa hacía como que leía, y en cuanto se iba el coche del marqués se subía a acostarse. Algunos días quería avisar a la señora que viniera pronto para llegar a verla. Pero después le daba miedo de asustarla, porque no le había dicho nada. «Mira, Francisca, es mejor que se quede con su marido.»

Francisca me preguntó de pronto, mirándome, si me sentía mal. Le dije que no, y ella:

—Bueno, y aquí me tiene sujeta platicando con usted. Y a lo mejor llegó ya la visita. Tengo que bajar a ver. No es persona para este lugar. Y con lo viva de genio que es a lo mejor se ha ido ya. No le gusta esperar. ¡Ah, ahora la señorita Albertina es alguien!

—Está usted equivocada, Francisca, está bastante bien, demasiado bien para este lugar. Pero vaya a decirle que hoy no podré verla.

¡Qué exclamaciones de compasión habría despertado yo en Francisca si me hubiera visto llorar! Escondí con cuidado mis lágrimas. De no hacerlo me hubiera tenido simpatía. Pero yo le di la mía. No nos ponemos bastante en el corazón de esas pobres criadas que no pueden vernos llorar, como si llorar nos hiciera daño; o acaso les hace daño a ellas, pues Francisca me decía cuando yo era pequeño: «No llores así, no me gusta

verte llorar así». No nos gustan las grandes frases, las demostraciones, y hacemos mal, porque así cerramos nuestro corazón al patetismo del campo, a la leyenda que expone la pobre sirvienta, despedida por robo, quizá injustamente, muy pálida, súbitamente muy humilde, como si ser acusada fuera ya un crimen, invocando la honradez de su padre, los principios de su madre, los consejos de la abuela. Verdad es que estas mismas domésticas que no pueden soportar nuestras lágrimas son capaces de hacernos coger, sin escrúpulo, una fluxión de pecho porque a la doncella de abajo le gustan las corrientes de aire, y no sería fino privarla de ellas. Para que la justicia sea una cosa imposible es necesario que los mismos que tienen razón, como Francisca, dejen también de tenerla. Hasta los humildes placeres de los sirvientes provocan o la negativa o la burla de sus amos. Pues es siempre una minucia, pero tontamente sentimental, antihigiénica. Por eso pueden los sirvientes decir: «¡Hay que ver, es lo único que pido en todo el año y me lo niegan!». Y sin embargo los amos concederían mucho más, pero que no fuera estúpido o peligroso para ellos —o para ellas—. Desde luego no se puede resistir la humildad de la pobre criada, toda trémula, dispuesta a confesar lo que no ha cometido, diciendo: «Me iré esta misma noche si hace falta». Pero también es necesario saber no mostrarse insensible, a pesar de la trivialidad solemne y amenazadora de las cosas que dice, de su herencia materna y de la dignidad del «agro», ante una vieja cocinera envuelta en una vida y en una ascendencia de honor, llevando la escoba como un cetro, tomando su papel a lo trágico, entrecortándolo con sollozos, irguiéndose con majestad. Aquel día recordé o imaginé escenas de este género, se las apliqué a nuestra vieja sirvienta y, desde entonces, a pesar de todo el mal que pudo hacerle a Albertina, quise a Francisca con un afecto, intermitente, es cierto, pero de la clase más fuerte, de la que se basa en la compasión.

Sufrí todo el día ante la foto de mi abuela. Me torturaba. Menos, sin embargo, de lo que me había torturado la víspera la visita del director. Hablándole de mi abuela y repitiéndome él sus condolencias, le oí decirme (pues le gustaba emplear las palabras que pronunciaba mal): «Es como el día en que su señora abuela tuvo aquel “sincope”; yo quería advertirle a usted, porque podía haber perjudicado a la casa por lo que toca a la clientela, ya me comprende. Hubiera sido mejor que se marchara aquella misma noche. Pero el jefe del piso me dio cuenta de que le había dado otro. Pero, caramba, ustedes eran antiguos clientes a los que había que

tener contentos, y como nadie se quejó...» De modo que mi abuela sufría síncope y me lo había ocultado. Y puede que fuera en el momento en que yo estaba menos atento con ella cuando, encontrándose muy mal, tuviera que esforzarse en estar de buen humor para no disgustarme y en no parecer enferma para que no la echaran del hotel. «Sinecope» es una palabra que, pronunciada así, nunca me hubiera imaginado que, aplicada a otros, quizá me pareciese ridícula, pero que, en su extraña novedad sonora, parecida a la de una disonancia original, fue durante mucho tiempo lo que podía despertar en mí las sensaciones más dolorosas.

Al día siguiente, a instancias de mamá, fui a tenderme un poco en la arena, o más bien en las dunas, cuyos repliegues me escondían y donde yo sabía que no podrían encontrarme Albertina y sus amigas. Mis párpados, entrecerrados, dejaban pasar sólo una sola luz, toda rosa, la de las paredes inferiores de los ojos. Después se cerraron del todo. Y se me apareció la abuela sentada en una butaca. Así, tan débil, parecía estar menos viva que las demás personas. Y sin embargo la oía respirar; a veces indicaba con un signo que había entendido lo que decíamos mi padre y yo. Pero por más que la abrazara no lograba despertar una mirada de cariño en sus ojos, un poco de color en sus mejillas. Ausente de sí misma, parecía no quererme, no conocerme, acaso no verme. Yo no podía adivinar el secreto de su indiferencia, de su abatimiento, de su descontento silencioso. Llevé aparte a mi padre: «Ya lo ves —le dije—, no cabe duda, ha captado exactamente cada cosa. Es la ilusión completa de la vida. ¡Si pudiéramos hacer venir a tu primo, que dice que los muertos no viven! Hace ya más de un año que murió y en realidad sigue viviendo. Pero ¿por qué no querrá besarme?» «Mira cómo cae su pobre cabeza.» «Pero quisiera ir dentro de un rato a los Champs Elysées.» «¡Qué locura!» «¿De veras crees que podría hacerle daño, que podría morirse más? No es posible que ya no me quiera. Es inútil que la abrace, ¿nunca más me sonreirá?» «¡Qué quieres, los muertos son los muertos!»

A los pocos días me era dulce mirar la foto que le había hecho Saint-Loup; no despertaba el recuerdo de lo que había dicho Francisca, porque este recuerdo no me había dejado y me habituaba a él. Pero, junto a la idea que yo me hacía de su estado tan grave, tan doloroso aquel día, la foto, aprovechándose aún de los ardides que había puesto en juego mi abuela y que lograban engañarme incluso ya descubiertos, me la mostraba tan elegante, tan despreocupada, bajo el sombrero que le velaba un poco el

rostro, que yo la veía menos infeliz y menos enferma de lo que la había imaginado. Y, sin embargo, mi abuela, con sus mejillas que tenían sin querer una expresión propia, algo como de plomo, espantado, como la mirada de un animal que se sintiera ya elegido y señalado, tenía un aspecto de condenada a muerte, un aspecto involuntariamente sombrío, inconscientemente trágico, que a mí se me escapaba, pero que a mamá le impedía mirar nunca aquella fotografía, aquella fotografía en la que veía, más que una fotografía de su madre, la de su enfermedad, la de una ofensa que esta enfermedad hacía al rostro brutalmente ultrajado de la abuela.

Un día me decidí a mandar recado a Albertina de que la recibiría pronto. Y es que una mañana de gran calor prematuro, los mil gritos de los niños que jugaban, de los bañistas que bromeaban, de los vendedores de periódicos, me describieron con rasgos de fuego, en regueros de chispas, la playa ardiente que las pequeñas olas venían una a una a regar con su frescor; entonces comenzó el concierto sinfónico mezclado con el chapoteo del agua, en el que los violines vibraban como un enjambre de abejas extraviado sobre el mar. Y deseé de pronto volver a oír la risa de Albertina, volver a ver a sus amigas, a aquellas muchachas destacándose sobre las olas, vivas en mi recuerdo como el encanto inseparable, la flora característica de Balbec; y decidí enviar por Francisca unas palabras a Albertina, para la semana siguiente, mientras el mar, subiendo muy despacio, cada vez que rompía la ola cubría completamente de cristal derretido la melodía, cuyas frases aparecían separadas unas de otras, como esos ángeles laudistas que, en la cúpula de la catedral italiana, se elevan entre las crestas de pórfito azul y de jaspe espumoso. Pero el día en que vino Albertina el tiempo se había puesto otra vez malo y frío, y además no tuve ocasión de oír su risa: estaba de muy mal humor. «Balbec está este año aburridísimo. Procuraré no quedarme aquí mucho tiempo. Ya sabes que estoy aquí desde las Pascuas, hace ya más de un mes. No hay nadie. Si te parece que esto es divertido...» A pesar de la lluvia reciente y del cielo variable a cada minuto, después de acompañar a Albertina hasta Epreville, pues, como ella decía, estaba a caballo entre aquella pequeña playa, donde estaba la villa de madame Bontemps, e Incarville, donde la habían «tomado en pensión» los padres de Rosamunda, me fui a pasear solo por aquella gran carretera que tomaba el coche de madame de Villeparisis cuando íbamos de paseo con mi abuela; unos charcos, que el sol que ahora brillaba no había secado aún convertían el suelo en una verdadera

marisma, y yo pensaba en mi abuela, que no podía andar dos pasos sin llenarse de barro. Pero cuando llegué a la carretera me quedé deslumbrado. Allí donde en el mes de agosto sólo había visto, con mi abuela, las hojas y como el sitio de los manzanos, ahora se perdían de vista en plena floración, de un lujo insólito, los pies en el barro y en traje de baile, sin tomar precauciones para no macular el más maravilloso raso color rosa que se viera jamás y que brillaba bajo el sol; el lejano horizonte del mar daba a los manzanos como un fondo de estampa japonesa; si levantaba la cabeza para mirar el cielo entre las flores, que dejaban ver su azul ya despejado, casi violento, parecían apartarse para mostrar la profundidad de aquel paraíso. Bajo el azul, una brisa ligera, pero fría, daba un leve temblor a los rosados ramilletes. Abejarrucos azules se posaban en las ramas y saltaban entre las flores, indulgentes, como si aquella belleza viva hubiera sido creada artificialmente por un aficionado al exotismo y a los colores. Pero aquella belleza emocionaba hasta llorar, porque, por lejos que fuera en sus efectos de arte refinado, se sentía que era natural, que aquellos manzanos estaban allí en pleno campo, como campesinos en un gran camino de Francia. Luego, los rayos del sol fueron sustituidos súbitamente por los de la lluvia; dibujaron sus franjas en todo el horizonte, encerraron la fila de manzanos en su red gris. Pero los manzanos seguían erigiendo su belleza, florida y rosada, en el viento, ahora glacial, bajo el chubasco que caía; era un día de primavera.

## Capítulo segundo

Los misterios de Albertina. — Las muchachas que Albertina ve en el espejo. — La dama desconocida. — El ascensorista. — Madame de Cambremer. — Los placeres de M. Nissim Bernard. — Primer boceto del extraño carácter de Morel. — M. de Charlus come en casa de los Verdurin

Por miedo a que el placer de aquel paseo solitario amortiguara en mí el recuerdo de mi abuela, procuraba reavivarlo pensando en el gran sufrimiento moral que ella había padecido; a mi llamada, este sufrimiento trataba de levantarse en mi corazón, echaba en él sus inmensos pilares, pero mi corazón era sin duda muy pequeño para él, mi fuerza no alcanzaba a soportar un dolor tan grande, mi atención se escabullía ya casi terminada su estructura, sus arcos se hundían antes de conectarse, como rompen las olas antes de coronar su cresta. Entretanto, nada más que por mis sueños cuando estaba dormido, hubiera podido notar que mi dolor por la muerte de la abuela iba disminuyendo, pues aparecía en ellos menos oprimida por la idea que yo me hacía de su no ser. La veía siempre enferma, pero camino de restablecerse; la encontraba mejor. Y si aludía a lo que había sufrido, le cerraba la boca con mis besos y le aseguraba que ahora estaba ya curada para siempre. Yo querría demostrar a los escépticos que la muerte es una enfermedad de la que se vuelve. Sólo una diferencia: no encontraba en mi abuela la rica espontaneidad de antes. Sus palabras no eran más que una respuesta amortiguada, dócil, casi un simple eco de mis palabras; no eran más que el reflejo de mi propio pensamiento.

Incapaz todavía de volver a sentir un deseo físico, Albertina comenzaba de nuevo a inspirarme como un deseo de felicidad. Ciertos sueños de ternura compartida, siempre flotantes en nosotros, se suelen asociar, por una especie de afinidad, al recuerdo (siempre que éste sea ya un poco vago) de la mujer con la que hemos sentido placer. Este sentimiento me recordaba aspectos del rostro de Albertina más dulces, menos alegres, bastante diferentes de los que me hubiera evocado el placer físico; y como era también menos acuciante que éste, fácilmente hubiera aplazado su realización para el invierno sin intentar ver a Albertina en



Balbec antes de que se fuera. Pero el deseo físico renace en medio de un dolor aún vivo. En la cama, donde me hacían pasar descansando gran parte del día, deseaba que viniera Albertina a reanudar nuestros juegos de antes. ¿No vemos a unos esposos, en el mismo cuarto donde han perdido un hijo, enlazarse de nuevo y dar un hermano al niño muerto? Procuraba distraerme de este deseo asomándome a la ventana a ver el mar de aquel día. Porque, igual que el primer año, el mar, de un día a otro, rara vez era el mismo. Pero además los mares de ahora se parecían poco a los del primer año, bien porque era la primavera con sus tormentas, bien porque, aun cuando yo hubiera llegado en la misma época que la primera vez, ahora, por ser el tiempo diferente, más variable, no resultara aconsejable esta costa de ciertos mares indolentes, vaporosos y frágiles que yo había visto, en días ardientes, dormidos en la playa, alzando imperceptiblemente su azulado seno en una blanda palpitación, bien sobre todo porque mis ojos, enseñados por Elstir a retener precisamente los elementos que antes rechazaban, contemplaban largamente lo que el primer año no sabían ver. Esta oposición, que tanto me impresionara entonces, entre mis paseos agrestes con madame de Villeparisis y esta vecindad fluida, inaccesible y mitológica del Océano eterno, no existía ya para mí. Y, por el contrario, algunos días el mar me parecía ahora casi rural él mismo. Los días, bastante raros, de verdadero buen tiempo, el mar había trazado sobre el agua, como a través del campo, un camino polvoriento y blanco, tras el cual sobresalía, como un campanario rural, la fina punta de un barco pesquero. Lejos, un remolcador, del que no se veía más que la chimenea, con su nube de humo como una fábrica apartada, y, solo en el horizonte, un cuadro blanco y abombado, pintado seguramente por una vela, pero que parecía compacto y como calcáreo, recordaba la esquina soleada de un edificio aislado, un hospital o una escuela. Y cuando las nubes y el viento se asociaban con el sol, completaban, si no el error del juicio, al menos la ilusión de la primera mirada, la sugestión que despierta en la imaginación. Pues los espacios de colores alternando en contraste neto, como los que resultan en el campo de la contigüidad de cultivos diferentes, las desigualdades hirientes, amarillas y como cenagosas de la superficie marina, las lomas, los taludes que hurtaban a la vista una barca en la que un equipo de ágiles marineros parecía estar segando: todo esto hacía del mar, en los días tempestuosos, algo tan variado, tan consistente, tan accidentado, tan populoso, tan civilizado como la tierra caminera por la

que yo iba antes y volvería a ir pronto a pasear. Y una vez ya no pude resistir más a mi deseo, y en lugar de volver a acostarme, me vestí y fui a buscar a Albertina a Incarville. Le diría que me acompañara a Douville, donde iría a hacer una visita en Féterne a madame de Cambremer y en la Raspelière a madame Verdurin. Mientras tanto, Albertina me esperaría en la playa y volveríamos juntos por la noche. Fui a tomar el trencito comarcal, cuyos diversos nombres me había enseñado Albertina la otra vez: la *Lagartija* por lo que se retorció, la *Rémora* porque no avanzaba, el *Trasatlántico* por una terrorífica sirena que llevaba para que se apartasen los transeúntes, el *Funi* no porque fuese precisamente un funicular, sino porque trepaba al acantilado, el *B. A. G.* porque iba de Balbec a Grallevast pasando por Angerville, el *Tram* y el *T. S. N.* porque formaba parte de la línea de tranvías del Sur de Normandía. Me instalé en un vagón donde estaba solo; hacía un sol espléndido, un calor asfixiante; bajé la cortinilla azul, que no dejaba pasar más que una raya de sol. Pero inmediatamente vi a mi abuela tal como estaba sentada en el tren cuando salimos de París para Balbec, cuando, sufriendo por verme tomar cerveza, prefirió no mirar, cerrar los ojos y hacer como que dormía. Yo, que no podía verla sufrir cuando mi padre tomaba coñac, le había infligido el sufrimiento no sólo de verme tomar, invitado por otro, una bebida que ella creía funesta para mí, sino que la había obligado a dejarme en libertad de tomarla hasta hartarme, si así me placía; más aún: con mis arrebatos de cólera, con mis crisis de ahogo, la había obligado a ayudarme y hasta animarme a tomarla, en una resignación suprema cuya imagen muda, desesperada, tenía yo en mi memoria, con los ojos cerrados para no verla. Este recuerdo, como un golpe de varita mágica, me había devuelto el alma que, desde hacía algún tiempo, estaba a punto de perder; ¿qué podía hacer con Rosamunda cuando en mis labios no había más que el deseo desesperado de besar a una muerta?; ¿qué podía decir a los Cambremer o a los Verdurin cuando el corazón me latía tan fuerte porque en él renacía continuamente el dolor que mi abuela había sufrido? No pude seguir en aquel vagón. En cuanto el tren paró en Maineville-la-Teinturière renuncié a mis proyectos y me apeé. Maineville había adquirido desde hacía algún tiempo una importancia considerable y una fama especial, porque un director de numerosos casinos, traficante en bienestar, había construido no lejos de allí, con un lujo de mal gusto capaz de rivalizar con el de un *palacio*, un establecimiento del que volveremos a hablar y que era, hablando

francamente, la primera casa pública para gente de postín, hasta entonces construida en las costas de Francia. La primera y la única. Cada puerto tiene la suya, pero sólo para marinos y para aficionados a lo pintoresco y a ver, muy cerca de la iglesia inmemorial, a la patrona casi tan vieja como la iglesia, venerable y mohosa, plantada ante su puerta malfamada esperando el retorno de los barcos de pesca.

Apartándome de la deslumbrante casa de «solaz», insolentemente levantada allí pese a las protestas inútilmente dirigidas al alcalde, fui al acantilado y tomé las sinuosas veredas en dirección a Balbec. Oí, sin responder a ella, la llamada de los espinos blancos. Vecinos menos elegantes de los floridos manzanos, los encontraba demasiado rígidos, aun reconociendo la fresca tez de las doncellas en los rosados pétalos de esos gruesos fabricantes de sidra. Sabían que, aunque menos ricos, eran sin embargo más buscados, y les bastaba para ello la gracia de su blancura.

Cuando volví al hotel, el conserje me entregó una esquila de defunción en la que figuraban los marqueses de Gonneville, los vizcondes de Anfreville, los condes de Berneville, los marqueses de Graincourt, el conde de Amenoncourt, la marquesa de Maineville, los condes de Franquetot, la condesa de Chaverny, de soltera Aigleville; comprendí por fin por qué me enviaban aquella esquila al ver los nombres de la marquesa de Cambremer, Mesnil La Guichard por su familia, y de los marqueses de Cambremer, y al enterarme de que la difunta, una prima de los Cambremer, se llamaba Leonor Eufrasia Humberta de Cambremer, condesa de Criquetot. En toda la extensión de esta familia provinciana, cuya enumeración llenaba líneas finas y apretadas, ni un burgués, y por otra parte ni un título conocido, sino toda la mesnada y trasmesnada de los nobles de la región que hacían cantar sus nombres —los de todos los lugares interesantes del país— en los brillantes finales en *ville*, en *court*, a veces más sordos (en *tot*). Vestidos con las tejas de su palacio, con el enfoscado de su iglesia, tambaleante la cabeza poco más alta que la cúpula o el cuerpo de la vivienda, y solamente para coronarse con la torrecilla normanda o con los palomares de techo de garita, parecía que hubieran convocado a todos los lindos pueblos escalonados o dispersos en cincuenta leguas a la redonda y los hubieran dispuesto en formación cerrada, sin una laguna, sin un intruso en el damero compacto y rectangular de la aristocrática esquila orlada de negro.

Mi madre había subido a su habitación, meditando aquella frase de madame de Sévigné: «No veo a ninguno de los que quieren divertirme; en palabras encubiertas, es que quieren impedirme pensar en ti, y eso me ofende», porque el primer presidente le había dicho que debía distraerse. A mí me dijo bajito: «Es la princesa de Parma». Se me quitó el miedo al ver que la mujer que me mostraba el magistrado no tenía relación alguna con Su Alteza Real. Pero como había mandado reservar una habitación para pasar la noche al volver de casa de madame de Luxembourg, la noticia produjo el efecto de que muchos tomaran por la princesa de Parma a toda nueva dama que llegaba —y de que yo subiera a encerrarme en mi desván.

Pero no quería quedarme allí solo. Pedí a Francisca que fuera a buscar a Albertina para que viniera a pasar conmigo el final de la tarde.

Creo que mentiría si dijera que ya entonces comenzó la dolorosa y perpetua desconfianza que llegaría a inspirarme Albertina, con mayor razón por el carácter particular, sobre todo gomorrano, que iba a tomar esta desconfianza. Verdad es que, ya aquel día —pero no era el primero—, mi espera fue un poco ansiosa. Francisca tardó tanto en volver que comencé a desesperar. No había encendido la lámpara. Ya era casi de noche. El viento hacía restallar la bandera del Casino. Y un pequeño organillo parado delante del hotel, más débil aún en el silencio de la playa, en la que subía la marea, y como una voz que tradujera y acreciera la vaguedad enervante de aquella hora inquieta y falsa, tocaba unos vales vieneses. Llegó por fin Francisca, pero sola.

—Yo fui lo más de prisa que pude, pero ella no quería venir, porque le parecía que no estaba bastante bien arreglada. Si no se ha pasado una hora de reloj echándose pomadas y olores ante el espejo, no ha estado cinco minutos. Esto va a ser una verdadera perfumería. Ya viene, se ha quedado atrás arreglándose delante del espejo. Yo creía que la iba a encontrar aquí.

Albertina tardó todavía en llegar. Pero la alegría, la simpatía que tuvo esta vez disiparon mi tristeza. Me dijo (al contrario de lo que me había dicho el otro día) que se iba a quedar toda la temporada y me preguntó si podríamos vernos todos los días, como el primer año. Le contesté que en aquel momento yo estaba muy triste y que sería mejor que mandara a buscarla de vez en cuando, en el último momento, como en París.

—Si alguna vez tienes pena o te lo pide el corazón, no lo dudes —me dijo—, manda a buscarme, vendré corriendo, y si no temes que se

escandalicen en el hotel, me quedaré todo el tiempo que quieras.

Francisca tenía cuando la trajo un talante feliz, como siempre que se tomaba un trabajo por darme gusto y le salía bien. Pero Albertina, por sí misma, no entraba en absoluto en esta satisfacción, y al día siguiente Francisca me dijo estas profundas palabras:

—Monsieur, no debiera ver a esa muchacha. No me gusta su modo de ser, le va a dar disgustos.

Cuando bajé a acompañar a Albertina vi en el comedor, que estaba con las luces encendidas, a la princesa de Parma. No hice más que mirarla, arreglándomelas para que no me viera ella. Pero confieso que encontré cierta grandeza en la regia cortesía que me había hecho sonreír en casa de los Guermantes. Es un principio que los soberanos están siempre en su casa, y el protocolo lo traduce en costumbres muertas y sin valor, como esa de que el dueño de la casa tenga en la mano el sombrero en su propia morada para indicar que ya no está en su casa, sino en la del príncipe. Es posible que la princesa de Parma no se formulara esta idea, pero estaba tan penetrada de ella que todos sus actos, espontáneamente inventados para la ocasión, la tradujesen. Al levantarse de la mesa dio una gran propina a Amado, como si Amado estuviera allí sólo por ella y ella recompensara, al abandonar el castillo, a un mayordomo puesto a su servicio. Y no se limitó a la propina, sino que le dirigió una sonrisa y unas palabras amables y halagüeñas que su madre le había suministrado. A poco más le hubiera dicho que la prosperidad de Normandía se debía a lo bien llevado que estaba el hotel, y que ella prefería Francia a todos los países del mundo. Mandó llamar al repostero, deslizó en su mano otra moneda y le manifestó su beneplácito, como un general que acaba de pasar una revista. En aquel momento llegó un botones a darle una respuesta, y también para él tuvo una frase, una sonrisa y una propina, todo ello envuelto en palabras alentadoras y humildes encaminadas a demostrarles que ella no era más que ellos. Como Amado, el repostero, el ordenanza y los demás creyeron que sería poco fino no sonreír hasta las orejas a una persona que les sonreía, se vio en seguida rodeada de un grupo de domésticos, con los que habló bondadosamente; como estas maneras no eran habituales en los *palaces*, las personas que pasaban por la plaza, y que ignoraban de quién se trataba, pensaron que era una veraneante habitual de Balbec y que, por ser de extracción modesta, o por un interés profesional (acaso fuera la mujer de un proveedor), distaba menos de la domesticidad que los clientes

verdaderamente de postín. Por mi parte pensé en el palacio de Parma, en los consejos medio religiosos, medio políticos, dados a aquella princesa, que trataba al pueblo como si hubiera de ganárselo para reinar algún día; mucho más si ya reinaba.

Subí a mi cuarto, pero no estaba solo. Oía tocar con languidez unos trozos de Schumann. Ocurre ciertamente que las personas, hasta las más queridas por nosotros, llegan a cansarse de la tristeza o de la irritación que emana de nosotros. Pero hay algo que tiene un poder de exasperar al que no llega nunca una persona: es un piano.

Albertina me había hecho apuntar las fechas en que tenía que ir a pasar unos días en casa de las amigas, y escribir también las direcciones, por si la necesitaba una de aquellas tardes, pues ninguna de aquellas amigas vivía lejos. En consecuencia, para encontrarla de amiga en amiga, se anudaron muy naturalmente en torno a ella guirnaldas de flores. Me atrevo a confesar que muchas de sus amigas —yo no la amaba todavía— me dieron, en una o en otra playa, momentos placenteros. Aquellas jóvenes compañeras tan simpáticas no me parecían muy numerosas. Pero últimamente he vuelto a pensar en ellas y he recordado sus nombres. Y, sólo en aquella temporada, he contado doce que me otorgaron sus fútiles favores. Había un nombre más que no pude recordar, lo que hace trece. Entonces tuve como una crueldad infantil de empecinarme en aquel nombre. Y, ¡cielos!, pensaba que había olvidado a la primera, a Albertina, que ya no estaba y que hizo el número catorce.

Volviendo al hilo del relato, apunté los nombres y las direcciones de las muchachas, donde la encontraría cuando no estuviera en Incarville, pero ya en aquellos días pensaba yo aprovechar más bien para ir a casa de madame Verdurin. Por otra parte, no siempre deseamos con la misma intensidad a una o a otra mujer. Un día no podemos pasarnos sin una, y después transcurre un mes o dos sin que apenas nos perturbe. Y además, por ciertas causas de alternación que no es el momento de estudiar aquí, ocurre que, después de grandes fatigas carnales, la mujer cuya imagen obsesiona a nuestra senilidad momentánea es una mujer a la que apenas pasaríamos de besar en la frente. En cuanto a Albertina, la veía muy poco, y sólo las tardes, muy espaciadas, en que yo no podía pasar sin ella. Si este deseo me asaltaba cuando ella estaba demasiado lejos de Balbec para que Francisca pudiera ir a llevarle el recado, yo mandaba al botones a Egreville, a La Sogne, a Saint-Frichoux, pidiéndole que terminara su

trabajo un poco antes. El botones entraba en mi habitación, pero dejando la puerta abierta, pues aunque hacía concienzudamente su tarea, que era muy dura —limpiar desde las cinco de la mañana—, no podía decidirse al esfuerzo de cerrar una puerta, y si se le hacía notar que la había dejado abierta, volvía hacia atrás y, realizando el máximo esfuerzo, la empujaba ligeramente. Con el orgullo democrático que le caracterizaba y al que no llegan en las carreras liberales los miembros de profesiones un poco numerosas, abogados, médicos, literatos, que no pasan de llamar a otro abogado, a otro médico, a otro literato «mi cofrade», él, empleando con razón un término reservado a los cuerpos restringidos, como los académicos, por ejemplo, me decía refiriéndose a un botones que era ascensorista un día sí y otro no: «Voy a ver si me sustituye mi *colega*». Este orgullo no le impedía, por mejorar lo que él llamaba *sus honorarios*, aceptar, por sus servicios de mensajero, remuneraciones que le habían valido la inquina de Francisca: «Sí, sí, la primera vez que se le ve se le daría la comunión sin confesión, pero hay días que está tan simpático como la puerta de una cárcel. Todo eso no es más que sacadineros.» Categoría ésta en la que Francisca solía incluir a Eulalia y en la que, ¡ay!, por todo lo malo en que aquello iba a parar un día, incluía ya a Albertina, porque muchas veces me veía pedir a mamá, para mi amiga de escasa fortuna, objetos menudos, baratijas, cosa que a Francisca le parecía imperdonable, porque madame Bontemps no tenía más que una muchacha para todo. En un momento, el ordenanza se quitaba lo que yo llamaría la librea y él llamaba la túnica, y aparecía con sombrero de paja y bastón, estudiado el andar y erguido el cuerpo, pues su madre le había recomendado que no tomara nunca el tipo «obrero» u «ordenanza». Y así como, gracias a los libros, la ciencia hace que un obrero deje de ser obrero cuando ha terminado su trabajo, así, gracias al sombrero de paja y al par de guantes, la elegancia se tornaba asequible para el ascensorista que, libre la noche, sin tener que subir a los clientes, se creía como un joven cirujano que se ha quitado la bata blanca, o como el capitán Saint-Loup sin uniforme, hecho un perfecto hombre de mundo. Por lo demás, no carecía de ambición, ni tampoco de talento para manipular su jaula y no pararle a uno entre dos pisos. Pero su lenguaje era defectuoso. Yo creía en su ambición porque, al hablar del conserje, del que dependía, decía «mi conserje», con el mismo tono con que diría «mi portero» un hombre que poseyera en París lo que el ascensorista llamaría «un hotel particular». En

cuanto al lenguaje del ascensorista, es curioso que una persona que cincuenta veces al día oía a los clientes llamar: «¡Ascensor!» dijera siempre «acensor». Tenía algunas cosas verdaderamente irritantes: a cualquier cosa que yo dijera, me interrumpía con un «¡Claro!» o un «¡Naturalmente!», como queriendo decir que mi observación era tan obvia que a cualquiera se le hubiera ocurrido, o bien que el mérito de la observación era suyo, porque era él quien me había llamado la atención sobre el caso. El «¡claro!» o el «¡naturalmente!», dicho con gran energía, surgía de su boca cada dos minutos, y a propósito de cosas que jamás se le hubieran ocurrido, y esto me irritaba tanto que inmediatamente decía lo contrario para demostrarle que no entendía absolutamente nada. Pero aunque lo que yo decía ahora era irreconciliable con lo que había dicho antes, él tornaba a decir: «¡Claro!», «¡Naturalmente», como si estas palabras fueran inevitables. También me costaba mucho perdonarle que empleara ciertos términos de su oficio que, como tales, habrían estado muy bien en su sentido propio, en el sentido figurado, lo que les daba una intención de gracia bastante tonta; por ejemplo, el verbo «pedalear». Nunca lo empleaba cuando había hecho un trayecto en bicicleta. Pero si lo había hecho a pie y de prisa para llegar a la hora, decía, ponderando su rapidez: «¡Ya se puede figurar lo que he pedaleado!». El ascensorista era más bien pequeño, mal hecho y bastante feo. Esto no impedía que cada vez que se hablaba de un muchacho alto, esbelto y de buen tipo, dijera: «¡Ah, sí, ya sé!, uno que es exactamente de mi estatura». Y un día que yo estaba esperando una respuesta que él debía traerme y oí subir la escalera abrí, impaciente, la puerta de mi cuarto y me encontré con un botones hermoso como un Endimión, de facciones increíblemente perfectas, que traía un recado a una señora que yo no conocía. Cuando volvió el ascensorista, para decirle con cuánta impaciencia esperaba la respuesta, le conté que había abierto la puerta antes creyendo que llegaba él y me encontré con un botones del Hotel de Normandía.

—¡Ah!, sí, ya sé quién es —me dijo—, no hay más que uno, un chico de mi estatura, y también en la cara se me parece tanto que pueden confundirnos; parece hermano mío.

Y se empeñaba en aparentar que lo entendía todo en seguida: «Sí, sí, sí, sí, lo entiendo muy bien», decía con una seguridad y un tono inteligente que al principio me engañaron; pero las personas, a medida que las vamos conociendo, son como un metal sumergido en un líquido que le ataca: se



ve cómo pierden poco a poco sus cualidades (y a veces sus defectos). Antes de explicarle el recado que tenía que hacer vi que había dejado la puerta abierta y se lo dije, porque tenía miedo de que nos oyeran; condescendió a mi deseo y volvió después de entornarla. «Por darle gusto. Pero en este piso no hay nadie más que nosotros dos.» Inmediatamente oí pasar una persona, luego dos, luego tres. Esto me irritaba por la posible indiscreción, pero sobre todo porque él se quedaba tan tranquilo, explicando aquel ir y venir como cosa normal. «Sí, es la camarera de al lado que va a buscar sus cosas. No tiene importancia, es el vigilante nocturno que viene a subir las llaves. No, no, no es nada, puede hablar, es mi colega que va a tomar su turno.»

Y como los motivos que para pasar tenían todas aquellas gentes no disminuían mi contrariedad de que pudieran oírme, ante mi orden terminante fue, no a cerrar la puerta, cosa superior a las fuerzas de aquel ciclista que deseaba una «moto», sino a empujarla un poco más. «Así ya estamos muy tranquilos.» Tan tranquilos estábamos que entró una americana y se disculpó por haberse equivocado de habitación.

—Me va a traer a esta señorita —le dije después de dar yo mismo un portazo con todas mis fuerzas (lo que hizo que viniera otro botones a ver si había alguna ventana abierta)—. Acuérdesse bien: mademoiselle Albertina Simonet. Además está en el sobre. No tiene más que decirle que es de mi parte. Vendrá con mucho gusto —añadí para animarle a él y no humillarme yo demasiado.

—¡Naturalmente!

—No, al contrario, no es nada natural que venga con gusto. Es muy incómodo venir desde Benerville aquí.

—Sí, sí, comprendo.

—Dígale que venga con usted.

—Sí, sí, sí, sí, comprendo muy bien —contestaba en un tono preciso y sagaz que desde hacía tiempo había dejado de producirme «buena impresión», porque sabía que era casi mecánico y que, bajo su precisión, había mucha vaguedad y mucha estupidez.

—¿A qué hora volverá?

—No tardaré. Desde luego puedo ir. Precisamente han suprimido las salidas hace un rato, porque había un salón de veinte cubiertos para el almuerzo. Hace un rato me tocaba a mí salir. Y mucho será que salga un poco esta noche. Me llevo la «bici». Así despacharé rápido.

Y al cabo de una hora volvía diciéndome:

—El señor ha esperado mucho, pero le traigo a esa señorita. Está abajo.

—¡Ah, muchas gracias! ¿No estará enfadado conmigo el conserje?

—¿Monsieur Paul? Ni siquiera sabe dónde he estado. Ni el jefe de la puerta puede decir nada.

Pero una vez que le dije: «Me la tiene que traer sin falta», me dijo sonriendo: «Pues sabe usted que no estaba en casa.

Y no pude esperar, no me fuera a pasar lo que a mi colega, que fue *envoyé* del hotel.» (Pues el botones, que decía *rentrer* tratándose de una profesión en la que se entra por primera vez —«me gustaría *rentrer* en correos»—, en compensación, o para suavizar la cosa si se trataba de él, o insinuarlo más dulzona y pérfidamente si se trataba de otro, suprimía la *r* y decía: «Sé que le han *envoyé*». Y su sonrisa al decirme aquello no era por malignidad, sino por timidez. Le parecía que su falta era menor tomándola a broma. De la misma manera que al decirme: «Pues *sabe* que no estaba en casa», no es que él creyera que yo lo sabía ya. Al contrario, estaba seguro de que lo ignoraba, y tenía miedo. Por eso decía «sabe usted», creyendo evitarse así los sudores que le iban a costar las frases destinadas a hacérmelo saber. No deberíamos enfadarnos nunca con los que se ponen a bromear cuando los cojemos en falta. No lo hacen por burlarse, sino por miedo a nuestro descontento. Compadezcamos mucho, tratemos con especial dulzura a los que se ríen. La turbación del botones, casi un verdadero ataque, se tradujo no sólo en un rubor apoplético, sino en una alteración del lenguaje, pues se puso de pronto a hablar en un lenguaje familiar. Acabó por explicarme que Albertina no estaba en Egreville, que no iba a volver hasta las nueve y que si «a veces» —lo que quería decir «por casualidad»— volvía más temprano, le darían el recado, y que de todos modos estaría conmigo antes de la una de la madrugada.

Pero no fue aquella noche cuando comenzó a definirse mi terrible desconfianza. No, no, lo diré de una vez, aunque el hecho no ocurrió hasta unas semanas después: mi desconfianza nació de unas palabras de Cottard. Albertina y sus amigas habían querido llevarme aquella tarde al casino de Incarville, y, por suerte, no me habría reunido con ellas (pues quería ir a hacer una visita a madame Verdurin, que me había invitado varias veces) si no me hubiera detenido en Incarville una avería del tren cuya reparación iba a requerir algún tiempo. Paseándome mientras lo arreglaban, me

encontré de pronto con el doctor Cottard, que venía a Incarville a una consulta. Como no había contestado a ninguna de mis cartas, estuve por no saludarle. Pero la amabilidad no se manifiesta de la misma manera en todo el mundo. Cottard, por su educación, no seguía las mismas reglas sociales que las personas del gran mundo. Estaba lleno de buenas intenciones que se ignoraban, que se negaban, hasta que llegaba la ocasión de manifestarlas. Se disculpó. Había recibido mis cartas, había dicho a los Verdurin que yo había llegado; los Verdurin tenían muchas ganas de verme; me aconsejaba que fuera a su casa. Hasta quería llevarme él mismo aquella noche, pues iba a volver a coger aquel trenecito para ir a cenar con ellos. Como yo dudaba si aceptar o no y faltaba todavía algún tiempo para su tren, pues la reparación debía de ser bastante larga, le hice entrar en el pequeño casino, uno de los que tan tristes me parecieron el día que llegué y que ahora estaba muy alborotado por una partida de muchachas que, a falta de caballeros, bailaban unas con otras. Se acercó a mí Andrea resbalando; pensaba irme en seguida con Cottard a casa de los Verdurin, pero me decidí de pronto a rehusar definitivamente su invitación: me había asaltado un deseo vivísimo de quedarme con Albertina. Es que acababa de oírla reír. Y aquella risa evocó instantáneamente las rosadas carnaciones, las perfumadas paredes contra las cuales parecía frotarse aquella risa y de las que parecía traer con ella, acre, sensual y reveladora, algunas partículas casi imponderables, irritantes y secretas.

Una de las muchachas que yo no conocía se sentó al piano, y Andrea pidió a Albertina que bailara con ella. Yo, dichoso con la idea de que me iba a quedar con aquellas muchachas, le hice observar a Cottard lo bien que bailaban. Pero él, con el punto de vista especial del médico y con una mala educación que no tenía en cuenta que yo conocía a aquellas muchachas, aunque seguramente me había visto saludarlas, me contestó:

—Sí, pero los padres son muy imprudentes dejando que sus hijas adquieran esas costumbres. Desde luego yo no permitiría a las mías venir aquí. ¿Son por lo menos bonitas? No distingo sus facciones. Mire —añadió indicándome a Albertina y a Andrea, que bailaban lentamente un vals, muy apretadas una contra otra—, he olvidado los anteojos y no veo bien, pero no hay duda de que están gozando muchísimo. La gente no sabe bien que las mujeres gozan sobre todo por los senos. Y mire cómo se tocan por completo los suyos.

En efecto, el contacto entre los de Albertina y los de Andrea no había cesado ni un momento. No sé si ellas oyeron o adivinaron el comentario de Cottard, pero el caso es que se separaron ligeramente una de otra, sin dejar de bailar. Andrea dijo algo a Albertina, y Albertina se rió con la misma risa penetrante y profunda que yo había oído hacía un momento. Pero la impresión que su risa me produjo esta vez ya no fue más que una impresión dolorosa; Albertina parecía indicar con ella, demostrar con ella a Andrea un estremecimiento voluptuoso y secreto. Sonaba como los primeros y los últimos acordes de una fiesta desconocida. Me marché con Cottard, distraído hablando con él, sin pensar más que de vez en cuando en la escena que acababa de presenciar. No es que la conversación de Cottard fuera interesante. Y aun se tornó agria en un momento dado, pues acabábamos de vislumbrar al doctor Du Boulbon, que no nos vio. Había venido a pasar algún tiempo al otro lado de la bahía de Balbec, donde le consultaban mucho. Y aunque Cottard dijera que él no ejercía la medicina cuando estaba de veraneo, la verdad es que había pensado hacerse en aquella costa una clientela selecta, para lo que Du Boulbon era un obstáculo. El médico de Balbec no podía estorbar a Cottard. No era más que un médico muy concienzudo, que lo sabía todo y ante el cual no se podía hablar del menor picor sin que indicara inmediatamente, en una fórmula muy compleja, la pomada, loción o linimento que convenía. Como decía María Gineste en su bonito lenguaje, sabía «encantar» las heridas y las llagas. Pero no tenía cultura. Desde luego le había dado a Cottard un pequeño disgusto. Desde que Cottard se propusiera cambiar su cátedra por la de terapéutica, se había especializado en intoxicaciones. Las intoxicaciones, peligrosa innovación de la medicina que servía para renovar las etiquetas de los farmacéuticos declarando no tóxico cualquier producto, lo que no ocurre con las drogas similares, y hasta desintoxicante. Es la propaganda de moda, apenas sobrevive en la parte inferior, en letras ilegibles, como débil huella de una moda anterior, la garantía de que el producto es completamente aséptico. Las intoxicaciones sirven también para tranquilizar al enfermo, que se entera con satisfacción de que su parálisis no es más que una indisposición tóxica. Bueno, pues a un gran duque que había ido a pasar unos días en Balbec se le puso un ojo muy inflamado y mandó llamar a Cottard, el cual, a cambio de unos cuantos billetes de cien francos (el profesor no se molestaba por menos), diagnosticó como causa de la inflamación un estado tóxico y prescribió un

régimen desintoxicante. Como la inflamación no bajaba, el gran duque acudió al médico titular de Balbec, el cual le sacó en cinco minutos una partícula de polvo. Al día siguiente no tuvo que volver. Pero había un rival más peligroso, una celebridad en enfermedades nerviosas. Era un hombre colorado, jovial, porque la frecuentación de los enfermos de los nervios no le impedía estar sano y también para tranquilizar a estos enfermos con la risa jocunda de su saludo de llegada y de despedida, sin perjuicio de ayudar con sus brazos de atleta a ponerles, llegado el caso, la camisa de fuerza. Mas cuando se hablaba con él en sociedad, fuera de política o de literatura, escuchaba muy amable y atento, como diciendo: «¿Qué le pasa?», sin opinar en seguida, como si se tratara de una consulta. Pero al fin y al cabo, este médico, por grande que fuera su talento, era un especialista. De modo que Cottard a quien tenía verdadera rabia era a Du Boulbon. De todos modos dejé pronto, para volver al hotel, al profesor amigo de los Verdurin, prometiéndole ir a verlos.

Sus palabras sobre Albertina y Andrea me hicieron mucho daño, pero los peores sufrimientos no fueron inmediatos, como ocurre con esos envenenamientos que no se manifiestan hasta pasado cierto tiempo.

Albertina no vino la noche en que el botones fue a buscarla, a pesar de las seguridades de éste. Desde luego los encantos de una persona influyen menos en el amor que una frase como ésta: «No, esta noche no estaré libre». Si nos encontramos en compañía de amigos, apenas hacemos caso de esta frase; estamos alegres toda la noche, no nos ocupamos de cierta imagen; mientras tanto, la imagen está sumergida en el baño de la mezcla adecuada; al volver a casa, encontramos el cliché desarrollado y clarísimo. Nos damos cuenta de que la vida no es ya la vida que la víspera hubiéramos dejado por menos de nada, porque, aunque sigamos sin temer a la muerte, ya no nos atrevemos a pensar en la separación.

Por otra parte, pasadas, no la una de la mañana (la hora señalada por el ascensorista), sino las tres, no padecí como otras veces el sufrimiento de ver disminuir las probabilidades de que apareciera. La certidumbre de que ya no vendría me dio más bien una gran calma, un frescor; era simplemente una noche como tantas otras en que no la veía: ésta era mi idea, y sobre esta idea, sobre este vacío aceptado, se destacaba, y era dulce, el pensamiento de que la vería al día siguiente u otros días. Algunas veces, en esas noches de espera, la angustia se debe a un medicamento que se ha tomado. Erróneamente interpretada por el que sufre, éste cree que su

ansiedad se debe a que no viene la persona esperada. El amor nace en este caso, como ciertas enfermedades nerviosas, de la explicación inexacta de una enfermedad penosa. Explicación que no conviene rectificar, al menos en cuanto al amor, sentimiento que (cualquiera que sea su causa) es siempre erróneo.

Al día siguiente, cuando Albertina me escribía que acababa de volver a Egreville y que por consiguiente no había recibido a tiempo mi carta, que vendría a verme aquella noche, si se lo permitía, bajo las palabras de su carta, como detrás de las que me había dicho una vez por teléfono, creía yo notar la presencia de placeres, de seres que la habían interesado más que yo. Una vez más me absorbió la curiosidad dolorosa de saber qué había hecho, por el amor latente que llevamos siempre en nosotros; pude creer por un momento que este amor me iba a unir a Albertina, pero se contentó con estremecerse sin moverse del sitio, y sus últimos rumores se extinguieron sin que se pusiera en marcha.

En mi primera estancia en Balbec, comprendí mal el carácter de Albertina —y acaso a ella le ocurrió lo mismo—. Creía que era frivolidad, pero no sabía si todas nuestras súplicas lograrían retenerla y hacerla perder un *garden-party*, un paseo en burro, una excursión. En mi segunda temporada de Balbec sospechaba que aquella frivolidad no era más que apariencias, que el *garden-party* no era más que una pantalla, si no una invención. Acontecía en formas diversas el hecho siguiente (quiero decir el hecho visto por mí, desde mi lado del cristal, que no era ni mucho menos transparente, y sin que yo pudiera saber qué había al otro lado). Albertina me decía apasionadas palabras de cariño. Miraba la hora porque tenía que ir a hacer una visita a una señora que, al parecer, recibía en Infreville todos los días a las cinco. Atormentado por una sospecha y porque además me sentía enfermo, pedía a Albertina, suplicaba a Albertina que se quedara conmigo. Era imposible (y además no podía quedarse más que cinco minutos), porque se enfadaría la señora, poco hospitalaria y susceptible, y, decía Albertina, aburridísima.

—No, mi tía me ha enseñado que hay que tener sobre todo educación.

—Pero te he visto tantas veces no tenerla...

—Bueno, no era lo mismo, esa señora no me lo perdonaría y me armaría un lío con mi tía. Ya he quedado bastante mal con ella. Se empeña en que vaya a verla una vez.

—Pero como recibe todos los días...

Aquí, Albertina, dándose cuenta de que estaba «copada», modificaba el argumento.

—Sí, claro, recibe todos los días. Pero hoy he citado en su casa a unas amigas. Así nos aburriremos menos.

—Entonces, Albertina, esa señora y esas amigas te interesan más que yo, puesto que, para no arriesgarte a una visita un poco aburrida, quieres dejarme solo, enfermo y desolado.

—Me importaría poco que la visita fuera aburrida, pero es por atención a las amigas. Las llevaré en mi coche. Si no, no tendrían en qué ir. Yo le decía que había trenes de Infreville hasta las diez de la noche.

—Sí, es verdad, pero a lo mejor nos dicen que nos quedemos a cenar. Es una señora muy hospitalaria.

—Pues no tenéis más que declinar la invitación.

—Se enfadaría también mi tía.

—Además podéis cenar y tomar el tren de las diez.

—Viene un poco justo.

—Entonces yo no puedo ir nunca a cenar fuera y volver en el tren. Pero mira, Albertina, vamos a hacer una cosa muy sencilla; creo que me va a sentar bien; puesto que no puedes dejar a esa señora, te voy a acompañar a Infreville. No tengas miedo, no iré hasta *Tour Elisabeth* (la villa de la señora), no veré ni a la señora ni a tus amigas.

Albertina se quedó como si le hubieran dado un mazazo. Tartamudeaba. Dijo que los baños de mar no le sentaban bien.

—Si te molesta que te acompañe...

—¿Cómo puedes decir eso? Bien sabes que mi mayor gusto es salir contigo.

Dio un viraje brusco:

—Ya que vamos a pasear juntos —me dijo—, ¿por qué no vamos al otro lado de Balbec y cenamos juntos? Sería estupendo. En el fondo de esa costa es mucho más bonita. Ya empiezo a cansarme de Infreville, y de todos esos rincones verde espinaca.

—Pero la amiga de tu tía se enfadará si no vas a verla.

—Bueno, ya se le pasará.

—No, no hay que enfadar a las personas.

—Pero si ni siquiera se dará cuenta, recibe todos los días; lo mismo dará que vaya hoy o mañana, o pasado mañana, o dentro de ocho días, o dentro de quince.

—¿Y tus amigas?

—¡Bah!, ellas me han dejado plantada bastantes veces. Hoy me toca a mí.

—Pero de la parte que me propones no hay tren después de las nueve.

—¡Pues vaya una cosa! Las nueve está muy requetebién. Y además no hay que dejar nunca de ir a los sitios por cuestión del regreso. Siempre se encontrará un carricoche, o una bici, y en último término tenemos las piernas.

—Eso de que siempre se encuentra, Albertina... Por la parte de Infreville, donde las pequeñas estaciones de madera están pegadas unas con otras, sí. Pero por la parte de... no es lo mismo.

—Incluso por esa parte. Te prometo traerte sano y salvo.

Me daba cuenta de que Albertina renunciaba por mí a algo que tenía arreglado y que no quería decirme, y que alguien se iba a sentir desgraciado como yo me sentía. Al ver que lo que ella quería no era posible, porque yo me empeñaba en acompañarla, renunciaba francamente. Sabía que no era irremediable. Pues, como todas las mujeres que tienen varias cosas en su vida, contaba con ese punto de apoyo que no falla nunca: la duda y los celos. Ciertamente Albertina no trataba nunca de suscitarlos, al contrario. Pero los enamorados son tan desconfiados que huelen en seguida la mentira.

Y como Albertina no era mejor que las demás, sabía por experiencia (sin adivinar ni por lo más remoto que lo debía a los celos) que siempre estaba segura de recuperar a las personas a quienes dejaba plantadas una noche. La persona desconocida que dejaba por mí sufriría, y por eso la amaría más (Albertina no sabía que era por eso), y para no seguir sufriendo volvería por sí misma a ella, como lo haría yo. Pero yo no quería ni contrariar, ni cansarme, ni entrar en la terrible vía de las investigaciones, de la vigilancia multiforme, innumerable.

—No, Albertina, no quiero aguarle la fiesta, vete a ver a la señora de Infreville, o a la persona que hay bajo su nombre, me es igual. La verdadera razón de que yo no quiera ir contigo es que tú no lo deseas, que el paseo que harías conmigo no es el que querías hacer; la prueba está en que te has contradicho cinco veces sin darte cuenta.

La pobre Albertina temió que aquellas contradicciones de las que no se había dado cuenta fueran más graves.

No sabiendo exactamente qué mentiras había dicho:



—Es muy posible que me haya contradicho. El aire del mar me trastorna. Digo siempre unos nombres por otros.

Y al oír esta confesión de lo que en mí había sido solamente una débil suposición, sentí el dolor de una herida (lo que me demostró que Albertina no hubiera necesitado ahora muchas dulces afirmaciones para que yo la creyese).

—Bueno, pues ya está, me voy —dijo en un tono trágico, no sin mirar la hora para ver si llegaría tarde al otro sitio, ahora que yo le daba el pretexto para no pasar la tarde conmigo—. Eres malísimo. Lo cambio todo para pasar la tarde contigo y eres tú el que no quieres, y encima me llamas mentirosa. Nunca te he visto tan duro. El mar será mi tumba. No te veré nunca más —al oír estas palabras me latió fuerte el corazón, aunque estaba seguro de que volvería al día siguiente, como así fue—. Me ahogaré, me tiraré al agua.

—Como Safo.

—Otro insulto más. No sólo tienes dudas sobre lo que digo, sino también sobre lo que hago.

—Pero, querida mía, lo he dicho sin ninguna intención, te lo juro; ya sabes que Safo se tiró al mar.

—Sí, sí, no tienes ninguna confianza en mí.

Vio en el reloj que eran menos veinte; temía no llegar a lo que tenía que hacer y, eligiendo la despedida más breve (de lo que, por lo demás, se disculpó diciendo que iría a verme al día siguiente; probablemente aquel día siguiente no estaría libre la otra persona), escapó a paso de carrera gritando:

—Adiós para siempre —en un tono desolado. Y acaso estaba desolada. Pues en aquel momento, sabiendo mejor que yo lo que hacía, más severa y a la vez más indulgente para sí misma que yo para ella, quizá la asaltara la duda de que yo no la recibiera después de dejarme así. Pues creo que yo le interesaba, hasta el punto de que la otra persona estaba más celosa que yo mismo.

A los pocos días, estando nosotros en el salón de baile del casino de Balbec, entraron la hermana y la prima de Bloch, que se habían puesto muy bonitas, y a las que yo no saludé en atención a mis amigas, porque la más joven, la prima, vivía, y todo el mundo lo sabía, con la actriz a la que conocí durante mi primera temporada en Balbec. Andrea, a una alusión hecha en voz baja, me dijo:

—¡Ah!, lo que es en eso yo soy como Albertina, es lo que más nos horroriza a las dos.

Y Albertina, poniéndose a charlar conmigo en el canapé donde estábamos sentados, les volvió la espalda a las dos muchachas de mala fama. Y, sin embargo, yo había observado que, antes de aquel movimiento, cuando aparecieron mademoiselle Bloch y su prima, había posado en los ojos de su amiga esa atención brusca y profunda que daba a veces al rostro de la traviesa muchacha un aire serio, incluso grave, y la dejaba triste después. Pero Albertina volvió en seguida los ojos hacia mí, aunque permanecieron singularmente inmóviles y soñadores. Mademoiselle Bloch y su prima acabaron por marcharse, después de reír muy fuerte y lanzar unos gritos poco convenientes, y yo pregunté a Albertina si la pequeña rubia (la amiga de la actriz) era la que, la víspera, había ganado el premio en el desfile de carrozas de flores.

—¡Ah, no sé! —contestó Albertina—, ¿hay una que es rubia? Te diré que no me interesan mucho, nunca las he mirado. ¿Hay una que es rubia? —preguntó en un tono interrogador y displicente a sus tres amigas. Aplicada a personas que Albertina veía todos los días en el malecón, esta ignorancia me pareció muy excesiva, por no decir fingida.

—Pues parece que tampoco ellas nos miran mucho —le dije a Albertina, quizá en la hipótesis, aunque yo no la formulara de manera consciente, de que a Albertina le gustaran las mujeres, para quitarle toda añoranza haciéndole notar que a aquéllas no les había llamado la atención y que, en general, ni las más viciosas suelen fijarse en las muchachas a las que no conocen.

—¿Que no nos han mirado? —me contestó atolondradamente Albertina—. ¡Si no han hecho otra cosa en todo el tiempo!

—¿Pero tú qué sabes, si les volviste la espalda?

—Bueno, ¿y aquello? —replicó señalando a un gran espejo empotrado en la pared de enfrente, en el que yo no había reparado y del que comprendía ahora que mi amiga, mientras me hablaba, no había apartado sus bellos ojos llenos de preocupación.

Desde el día en que Cottard entró conmigo en el pequeño casino de Incarville, sin que yo compartiera la opinión que lanzó, Albertina no me parecía la misma; su vida me irritaba. Yo mismo había cambiado tanto como cambiada me parecía ella. Ya no le deseaba el bien. En su presencia, fuera de su presencia cuando podían repetírselo, hablaba de ella de la

manera más hiriente. Pero había treguas. Un día me enteré de que Albertina y Andrea habían captado al mismo tiempo una invitación de Elstir. Seguro de que lo hacía pensando que, al volver, podrían divertirse como unas colegialas imitando a las muchachas de mala fama y encontrar en ello un placer inconfesado de vírgenes que me oprimía el corazón, sin anunciarme, para importunarlas y privar a Albertina del placer que esperaba gozar, llegué de improviso a casa de Elstir. Pero encontré sólo a Andrea. Albertina había elegido otro día en que iba a ir también su tía. Entonces me dije que Cottard debía de estar equivocado; la favorable impresión que me produjo la presencia de Andrea sin su amiga permaneció y dulcificó mis disposiciones hacia Albertina. Pero estas buenas disposiciones no fueron más duraderas que la frágil buena salud de esas personas delicadas propensas a mejorías pasajeras y que por la menor cosa vuelven a caer enfermas. Albertina incitaba a Andrea a ciertos juegos que, sin llegar muy lejos, acaso no eran del todo inocentes. Mordido por esta sospecha, acababa por alejarla. Apenas curado de ella, renacía en otra forma. Acababa de ver a Andrea, en uno de aquellos graciosos movimientos suyos, apoyar mimosamente la cabeza en el hombro de Albertina, besarla en el cuello entrecerrando los ojos; o bien habían cruzado una mirada; unas palabras de alguien que las había visto solas yendo a bañarse, futesas como las que flotan habitualmente en el aire ambiente donde la mayor parte de las personas las absorben todo el día sin que padezca su salud o se altere su humor, pero que para una persona predispuesta son mórbidas y generadoras de nuevos sufrimientos. A veces, sin haber vuelto a ver a Albertina, sin que nadie me hubiera hablado de ella, encontraba en mi memoria una postura de Albertina con Gisela que entonces me había parecido inocente y que ahora bastaba para quitarme la calma que había logrado recuperar; no necesitaba ir a respirar fuera gérmenes peligrosos: me había intoxicado yo mismo, como diría Cottard. Entonces pensaba en todo lo que había oído del amor de Swann a Odette, de cómo ésta había engañado siempre a Swann. En el fondo, puesto a pensarlo, la hipótesis que me hizo ir construyendo poco a poco todo el carácter de Albertina e interpretar dolorosamente cada momento de una vida que yo no podía controlar por completo, fue el recuerdo, la idea fija del carácter de madame Swann tal como me habían contado que era. Estos relatos contribuyeron después a que mi imaginación hiciera el juego de suponer que Albertina, en vez de ser la buena muchacha que era, hubiera

podido tener la misma inmoralidad, la misma facultad de engaño que una antigua furcia, y pensaba en todo el sufrimiento que me habría esperado en ese caso si la hubiera amado.

Un día, delante del Gran Hotel, donde nos habíamos reunido en el malecón, le dirigí a Albertina las palabras más duras y más humillantes. Intervino Rosamunda:

—¡Cómo ha cambiado usted con ella! Antes no había otra persona en el mundo, era ella la que llevaba la batuta, y ahora ya no sirve ni para dar de comer a los perros.

Para acentuar aún más mi actitud ante Albertina, estaba amabilísimo con Andrea, que si adolecía del mismo vicio me parecía más disculpable porque estaba enferma y neurasténica. De pronto vimos llegar por la calle perpendicular al muelle, en cuya esquina nos encontrábamos, al trote corto de sus dos caballos, la calesa de madame de Cambremer. El primer presidente, que en aquel momento se dirigía hacia nosotros, se apartó de un salto, al reconocer la calesa, para que no le vieran en nuestra compañía; en seguida, cuando calculó que la mirada de la marquesa se podía cruzar con la suya, se inclinó con un inmenso sombrero. Pero el coche, en vez de continuar, como parecía probable, por la Rué de la Mer, desapareció detrás de la entrada del hotel. Pasados bastantes minutos, llegó el botones, muy sofocado, a decirme:

—La marquesa de Camembert viene a ver al señor. Subí a la habitación, busqué en el salón de lectura, no podía encontrar al señor. Por suerte se me ocurrió mirar a la playa.

Apenas dicho esto vi venir hacia mí, acompañada de su nuera y de un señor muy ceremonioso, a la marquesa, que probablemente venía de una *matinée* o de un té, muy inclinada por el peso, más que de la vejez, de la masa de objetos de lujo que le parecía más amable y más digno de su rango acarrear con el fin de presentarse lo más «vestida» posible ante las personas a quienes acababa de honrar con su visita. Este «desembarco» de los Cambremer en el hotel era, en suma, lo que tanto temía mi abuela cuando quería que Legrandrin no se enterase de que acaso iríamos a Balbec. Entonces, mi madre se reía de aquel miedo a que ocurriera una cosa que a ella le parecía imposible. Y esa cosa ocurría ahora, pero por otras vías y sin que Legrandrin entrara para nada en el asunto.

—¿Puedo quedarme, si no te molesto? —me preguntó Albertina (en cuyos ojos quedaban, por las cosas tan duras que yo acababa de decirle,

unas lágrimas que yo observé sin parecer que las veía, pero no sin que me alegraran)—; tenía que decirte una cosa.

Sobre la peluca de madame de Cambremer se posaba de cualquier manera un sombrero de plumas, coronado a su vez por un alfiler de zafiros, como una insignia que hay que exhibir, pero que basta con exhibirla, sin que importe el lugar, la elegancia convencional, la inmovilidad inútil. A pesar del calor, la buena señora se había puesto una manteleta bordada de azabaches parecida a una dalmática y encima de ella un estola de armiño que parecía en relación, no con la temperatura de la estación, sino con el carácter de la ceremonia. Y sobre el pecho de madame de Cambremer pendía, como una cruz pectoral, una venera de baronesa colgada de una cadenita. El señor era un célebre abogado de París, de familia nobiliaria, que había ido a pasar tres días en casa de los Cambremer. Era uno de esos hombres que, por una consumada experiencia profesional, desprecian un poco su profesión y que dicen, por ejemplo: «Sé que soy buen abogado, pero por eso ya no me divierte serlo». O: «Ya no me interesa operar, pues sé que opero bien». Inteligentes, *artistas*, ven brillar en torno a su madurez, muy productiva por el éxito, esa «inteligencia», esa naturaleza de «artista» que sus colegas le reconocen y que les confiere una especie de gusto y de discernimiento. Se apasionan por la pintura no de un gran artista, pero sí de un artista muy distinguido, y dedican a la compra de sus obras los grandes ingresos que les vale su carrera. Le Sidaner era el artista elegido por el amigo de los Cambremer, muy agradable por lo demás. Hablaba bien de los libros, pero no de los de los grandes maestros, de los que han llegado a serlo por su propio esfuerzo. El único defecto molesto de este aficionado era que empleaba continuamente ciertas expresiones prefabricadas, por ejemplo, «en su mayor parte», lo que daba a aquello de que quería hablar algo de importante y de incompleto.

Madame de Cambremer había aprovechado, según me dijo, una *matinée*, que dieron aquel día unos amigos cerca de Balbec, para ir a verme, como había prometido a Roberto de Saint-Loup.

—¿Sabe que va a venir a pasar unos días por aquí? Su tío Charlus está pasando una temporada en casa de su cuñada, la duquesa de Luxembourg, y Saint-Loup aprovechará la ocasión para ir a la vez a saludar a su tía y volver a ver su antiguo regimiento, donde es muy querido y muy estimado.

Recibimos con frecuencia a oficiales que todos nos hablan de él con grandes elogios. Nos darían ustedes una gran alegría si vinieran los dos a Féterne.

Le presenté a Albertina y a sus amigas. Madame de Cambremer nos nombró a su nuera. Ésta, tan glacial con los hidalgüelos que la vecindad de Féterne la obligaba a tratar, tan reservada por miedo a excederse, me tendió a mí la mano con una sonrisa radiante, por la seguridad y la alegría que le daba encontrarse con un amigo de Roberto de Saint-Loup, y un amigo del que éste, con más sutileza mundana de la que quería traslucir, le había dicho que se trataba mucho con los Guermantes. Al revés de su suegra, madame de Cambremer tenía dos modos de tratar completamente diferentes. Si yo la hubiera conocido en casa de su hermano Legrandin me habría concedido a lo sumo el primero, seco, insoportable. Pero para un amigo de los Guermantes no tenía bastantes sonrisas. La estancia más cómoda del hotel para recibir era el salón de lectura, aquel lugar en otro tiempo tan terrible donde yo entraba ahora diez veces al día, volviendo a salir libremente, como amo, al igual de esos locos no muy locos y que llevan mucho tiempo en un asilo: que el médico les da ya la llave. Ofrecí, pues, a madame de Cambremer llevarla a aquel salón, y como aquel salón no me inspiraba ya ninguna timidez ni me ofrecía ningún encanto, porque el semblante de las cosas cambia para nosotros como el de las personas, se lo propuse sin la menor turbación. Pero ella rehusó, prefiriendo estar fuera, y nos sentamos al aire libre, en la terraza del hotel. Allí encontré y recogí un volumen de madame de Sévigné que mamá no había tenido tiempo de llevarse en su precipitada huida al saber que llegaban visitas para mí. Temía tanto como mi abuela aquellas invasiones de personas extrañas y, por miedo de no poder escapar si llegaban a verla, desaparecía con una rapidez que a mi padre y a mí nos hacía siempre burlarnos de ella. Madame de Cambremer llevaba en la mano, además del puño de la sombrilla, varios bolsos bordados, un *vide-poche*, una bolsa de oro con flecos de granates y un pañuelo de encaje. A mí me parecía que hubiera sido más cómodo para ella dejarlo en una silla, pero me daba cuenta de que sería inconveniente e inútil pedirle que abandonara los ornamentos de su visita pastoral y de su sacerdocio mundano. Mirábamos al mar tranquilo, sobre el que flotaban como corolas blancas las gaviotas dispersas. Debido a ese nivel de simple «médium» al que nos rebaja la conversación mundana, y también nuestro deseo de agrandar no con

nuestras cualidades ignoradas por nosotros mismos, sino con lo que creemos que van a apreciar los que están con nosotros, me puse instintivamente a hablar a madame de Cambremer, Legrandin por su familia, como hubiera podido hablarle su hermano.

—Tienen —le dije refiriéndome a las gaviotas— una inmovilidad y una blancura de nenúfares.

Y, en efecto, parecían ofrecer una meta inerte a las pequeñas olas que las balanceaban de tal modo que éstas, por contraste, parecían perseguirlas intencionadamente, tomar vida. La marquesa madre no se cansaba de alabar la soberbia vista del mar que teníamos en Balbec, y me envidiaba, ella que desde la Raspelière (donde por lo demás no estaba aquel año) no veía las olas más que de muy lejos. Tenía dos costumbres singulares, debidas a la vez a su exaltado amor al arte (sobre todo a la música) y a su insuficiencia dental. Cada vez que hablaba de estética, sus glándulas salivares, como las de algunos animales en la época del celo, entraban en una fase de tal hipersecreción que la boca desdentada de la anciana señora dejaba pasar a la comisura de los labios, ligeramente bigotudos, unas gotas cuyo sitio no era aquél. En seguida se las volvía a tragar dando un suspiro, como quien recobra la respiración. Además, cuando se trataba de una extraordinaria belleza musical, en su entusiasmo levantaba el brazo y profería unos juicios sumarios, enérgicamente masticados y, llegado el caso, saliéndole de la nariz. La verdad es que yo no había pensado nunca que la vulgar playa de Balbec pudiera ofrecer, en efecto, una «vista de mar», y las simples palabras de madame de Cambremer modificaban mis ideas a este respecto. En cambio, y así se lo dije, siempre había oído celebrar la vista incomparable de la Raspelière, situada en la cumbre de la colina, con un gran salón de dos chimeneas y toda una fila de ventanas desde las que, al final del parque, entre el follaje, se ve el mar hasta más allá de Balbec, y desde el otro lado, el valle.

—¡Qué amable es usted y qué bien lo dice: el mar entre el follaje! Es precioso, es como... un abanico.

Y, por una respiración profunda destinada a volver adentro la saliva y a secar el bigote, noté que el cumplido era sincero. Pero la marquesa que era Legrandin por su familia permaneció fría, para demostrar su desdén, no hacia mí, sino hacia su suegra. Y no sólo despreciaba la inteligencia de ésta, sino que deploraba su amabilidad, por temor de que la gente no tuviese una idea suficientemente alta de los Cambremer.

—Y qué bonito es el nombre —dije—. Sería interesante saber el origen de todos esos nombres.

—Pues el de éste se lo puedo decir —respondió con dulzura la anciana señora—. Es una mansión de familia, de mi abuela Arrachepel, no es una familia ilustre, pero sí una buena familia, y muy antigua, de provincias.

—¿Cómo que no es ilustre? —interrumpió secamente la nuera—. Sus armas ocupan toda una vidriera de la catedral de Bayeux, y en la principal iglesia de Avranches están sus monumentos funerarios. Si le gustan esos viejos nombres —añadió—, llega usted un poco tarde. Hicimos nombrar para la parroquia de Criquetot, a pesar de lo difícil que es cambiar de diócesis, al decano de un lugar en el que yo tengo tierras, muy lejos de aquí, en Combray, donde el bueno del padre se estaba poniendo neurasténico. Desgraciadamente el aire del mar no resultó bueno para su avanzada edad; se le agravó la neurastenia y tuvo que volver a Combray. Pero mientras fue vecino nuestro se entretuvo en consultar todos los mapas viejos y escribió una obrita bastante curiosa sobre los nombres de la región. Y le tomó gusto a eso, pues parece ser que estos últimos años se dedica a escribir una gran obra sobre Combray y sus alrededores. Ya le mandaré a usted su folleto sobre los alrededores de Féterne. Es un verdadero trabajo de benedictino. En él leerá usted cosas muy interesantes sobre nuestra vieja Raspelière, de la que mi suegra habla demasiado modestamente.

—En todo caso, este año —contestó madame de Cambremer madre— la Raspelière ya no es nuestra y no me pertenece. Pero se ve que tiene usted naturaleza de pintor; debería dibujar, y me gustaría mucho enseñarle Féterne, que es mucho mejor que la Raspelière.

Pues desde que los Cambremer habían alquilado esta finca a los Verdurin, su posición dominante había dejado súbitamente de parecerles lo que durante tantos años fuera para ellos, es decir, con la ventaja, única en la región, de tener vistas al mar y al valle, y en cambio le encontraron de pronto (*y a posteriori*) el inconveniente de que siempre había que subir y bajar para llegar a ella o para salir de ella. Total, que cualquiera creería que, si madame Cambremer la había alquilado, era, más que por aumentar sus rentas, por dar descanso a sus caballos. Y se decía encantada de poder tener siempre el mar tan cerca, en Féterne, cuando había pasado tanto



tiempo sin verlo más que desde lo alto y como en un panorama, salvo los dos meses que pasaba en él.

—Vengo a descubrirlo a mi edad —decía—, ¡y cómo lo disfruto! ¡Me hace tanto bien! Alquilaría la Raspelière por nada para verme obligada a vivir en Féterne.

—Pasemos a cosas más interesantes —intervino de nuevo la hermana de Legrandin, que decía «mamá» a la marquesa vieja, pero que, con los años, había tomado con ella maneras insolentes—. Hablaba usted de nenúfares: supongo que conocerá los que ha pintado Claude Monet. ¡Qué genio! Me interesa más aún porque cerca de Combray, ese lugar donde le he dicho que tenía tierras...

Pero prefirió no hablar demasiado de Combray.

—¡Ah, seguramente será la serie de que nos habló Elstir, el más grande de los pintores contemporáneos! —exclamó Albertina, que no había dicho nada hasta entonces.

—¡Oh, se ve que la señorita ama el arte! —ponderó madame de Cambremer, que, respirando profundamente, absorbió un chorrillo de saliva.

—Permítame usted, señorita, que prefiera a Le Sidaner —dijo el abogado con una sonrisa de entendido. Y como en otro tiempo le habían gustado, o había visto que gustaban, ciertas «audacias» de Elstir, añadió —: Elstir tenía talento, y hasta casi estuvo en la vanguardia, pero, no sé por qué, se paró y ha malogrado su vida.

Madame de Cambremer dio la razón al abogado en cuanto a Elstir, pero, con gran disgusto de su invitado, comparó a Le Sidaner con Monet. No se puede decir que fuera tonta; rebosaba una inteligencia que para mí resultaba completamente inútil. Precisamente ahora, al declinar el sol, las gaviotas eran amarillas, como los nenúfares en otro lienzo de esa misma serie de Monet. Dije que lo conocía y (imitando el lenguaje del hermano, sin haberme atrevido aún a citar su nombre) añadí que era una lástima que no se le hubiera ocurrido venir más bien la víspera, pues habría podido admirar a aquella misma hora una luz de Poussin. Si un hidalguelo normando no conocido de los Guermantes le hubiera dicho que debía haber venido la víspera, seguramente madame de Cambremer-Legrandin se mostrara ofendida. Pero tratándose de mí, así me hubiera conducido con mucha más familiaridad aún, derritiérase ella en almíbares y blanduras; en el calor de aquel hermoso atardecer, podía yo libar en el gran panal de

miel que tan rara vez era madame de Cambremer y que sustituyó a las pastas que a mí no se me ocurrió ofrecer. Pero el nombre de Poussin, sin alterar la gentileza de la mujer de mundo, provocó las protestas de la *dilettante*. Al oír este nombre, hizo seis veces casi seguidas ese chasquidito de la lengua con que se advierte a un niño que va a hacer una cosa mala, y que significa a la vez una censura por haberla comenzado y una prohibición de continuarla.

—¡Por Dios, después de un pintor como Monet, que es simplemente un genio, no va usted a nombrar a un viejo artesano sin talento como Poussin! Le digo francamente que a mí me parece el más rapabarbas de los barberos. Qué quiere usted, yo a eso no le puedo llamar pintura. Monet, Degas, Manet, ¡esos sí son pintores! Y es muy curioso —añadió fijando una mirada escrutadora y embelesada en un punto vago del espacio, donde percibía su propio pensamiento—, es muy curioso, antes yo prefería a Manet. Ahora sigo admirando a Manet, por supuesto, pero creo que todavía sigo prefiriendo a Monet. ¡Ah, las catedrales!

Ponía tantos escrúpulos como complacencia en informarme de la evolución que su gusto había seguido. Y se notaba que las fases por las que este gusto había pasado no eran para ella menos importantes que las diferentes maneras del propio Monet. Por lo demás, no me halagó que me hiciera la confidencia de sus admiraciones, pues ni siquiera ante el provinciano más ignorante podía madame de Cambremer estar cinco minutos sin sentir la necesidad de confesarlas. Cuando una señora perteneciente a la nobleza de Avranches que no hubiera sido capaz de distinguir Mozart de Wagner decía delante de madame de Cambremer: «Esta temporada no hemos encontrado en París ninguna novedad interesante; estuvimos una vez en la Ópera Cómica, daban *Pelléas et Mélisande*, es horrible», madame de Cambremer no sólo saltaba de impaciencia, sentía necesidad de exclamar: «¡Al contrario, es una pequeña obra maestra!», y de «discutir». Acaso era una costumbre de Combray, tomada de las hermanas de mi abuela, que le llamaban a eso «combatir por la buena causa» y que disfrutaban con las comidas semanales donde sabían que tendrían que defender a sus dioses contra unos filisteos. Así, a madame de Cambremer le gustaba «calentarse la sangre» «peleándose» sobre arte, como otros sobre política. Tomaba el partido de Debussy como hubiera podido tomar el de una amiga suya si criticaran su conducta. Y, sin embargo, bien podía comprender que al decir ella: «¡Pero si es una

pequeña obra maestra!»), no podía improvisar, en la persona a la que daba esta lección, toda la progresión de cultura artística al final de la cual se encontrarían de acuerdo sin necesidad de discutir.

—Tendré que preguntarle a Le Sidaner qué piensa de Poussin —me dijo el abogado—. Es un reconcentrado, un silencioso, pero ya sabré yo sacarle las palabras del cuerpo.

—Además —insistió madame de Cambremer—, a mí me horrorizan las puestas del sol, es cosa romántica, es ópera. Por eso no puedo ver la casa de mi suegra, con sus plantas del Midi. Ya verá usted, parece un parque de Montecarlo. Por eso me gusta más esta ribera de aquí. Es más triste, más sincera; hay un caminito desde el que no se ve el mar. Los días de lluvia no hay más que barro, es todo un mundo. Es como en Venecia, no puedo soportar el Gran Canal, y no conozco nada tan emocionante como los ríos pequeños. En fin, es cuestión de ambiente.

—Pero —le dije, dándome cuenta de que la única manera de rehabilitar a Poussin en el concepto de madame de Cambremer era hacerle saber que estaba otra vez de moda— Degas asegura que no conoce nada más bello que los Poussin de Chantilly.

—¡Qué me dice! Bueno, yo no conozco los de Chantilly —dijo madame de Cambremer, que no quería tener una opinión distinta de la de Degas—, pero puedo hablar de los del Louvre, que son un horror.

—Degas los admira también muchísimo.

—Tendré que volver a verlos. Todo esto es un poco antiguo en mi cabeza —repuso, después de un momento de silencio y como si el juicio favorable que no iba a tardar en emitir sobre Poussin fuera a depender, no de la noticia que yo acababa de comunicarle, sino del examen suplementario, y esta vez definitivo, a que pensaba someter los Poussin del Louvre para poder rectificar.

Me contenté con lo que era un comienzo de retractación, puesto que, si no admiraba todavía a Poussin, se remitía a una segunda deliberación; para no seguir torturándola, dije a su suegra que me habían hablado mucho de las preciosas flores de Féterne. Me habló modestamente del jardincito de cura que tenía detrás de la casa, al que por las mañanas, con sólo empujar la puerta, iba en bata a dar de comer a los pavos reales, a coger los huevos que habían puesto las gallinas, a cortar zinnias o rosas que luego, en el camino de mesa, ponían un festón de flores a los huevos a la crema o a los fritos, recordándole así sus avenidas.

—Es verdad que tenemos muchas rosas —me dijo—, nuestra rosaleda está casi demasiado cerca de la vivienda, hay días que me dan dolor de cabeza. Es más agradable desde la terraza de la Raspelière, a donde el viento lleva el olor de las rosas, pero ya menos mareante.

Me volví hacia la nuera.

—Ese olor de rosas subiendo a la terraza es enteramente *Pelléas* —le dije para halagar su afición al modernismo—. Tan fuerte es en la partitura que, como el *hay-fever* y el *rose-fever*, me hacía estornudar cada vez que oía esa escena.

—¡Qué obra maestra es *Pelléas*! —exclamó madame de Cambremer —, estoy enamorada de ella—. Y acercándose a mí con los gestos de una salvaje que quisiera hacerme monerías, ayudándose con los dedos para tocar las notas imaginarias, se puso a tararear lo que debía de ser para ella los adioses de *Pelléas*, y prosiguió con vehemente insistencia, como si fuera muy importante que madame de Cambremer me recordara entonces esa escena, o quizá más bien para demostrarme que la recordaba—: Creo que es más bello aún que *Parsifal*, porque en *Parsifal* hay, junto a sus grandes bellezas, cierto hábito de frases melódicas, es decir, caducas por melódicas.

—Ya sé que usted es una gran música, señora —le dije a la marquesa madre—. Me gustaría mucho oírla.

Madame de Cambremer-Legrandin miró al mar por no tomar parte en la conservación. Pensando que lo que su suegra amaba no era música, consideraba el talento que le atribuían, supuesto, según ella, y muy notable en realidad, un virtuosismo sin interés. Verdad es que la única discípula de Chopin que aún vivía decía con razón que la manera de tocar, el «sentimiento» del maestro sólo se había transmitido, a través de ella, a madame de Cambremer; pero tocar como Chopin estaba lejos de ser una referencia para la hermana de Legrandin, que a nadie despreciaba tanto como al músico polaco.

—¡Oh, echan a volar! —exclamó Albertina señalándome las gaviotas que, renunciando por un momento a su incógnito como flores, subían todas juntas hacia el sol.

—Sus alas de gigantes les impiden andar —dijo madame de Cambremer, confundiendo las gaviotas con los albatros.

—A mí me gustan mucho, las veía en Amsterdam —dijo Albertina—. Huelen el mar, vienen a olerlo hasta a través de las piedras de las calles.

—¡Oh!, ¿ha estado usted en Holanda?, ¿conoce los Ver Meer? — preguntó imperiosa madame de Cambremer con el tono con que hubiera dicho: «¿Conoce a los Guermantes?», pues el *snobismo* cambia de objeto, pero no de acento. Albertina contestó que no; creía que se trataba de personas vivas. Pero no lo pareció.

—Me encantaría hacer música para usted —me dijo madame de Cambremer—. Pero no toco más que cosas que no interesan a su generación. Yo me eduqué en el culto a Chopin —dijo en voz baja, pues temía a su nuera y sabía que ésta consideraba que Chopin no era música y que, por tanto, tocarlo bien o mal eran expresiones sin sentido. Reconocía que su suegra tenía mecanismo, perlabas las notas. «Nunca me harán decir que mi suegra es música», concluía madame de Cambremer-Legrandin.

Porque se creía «avanzada» y (solamente en arte) «nunca bastante de izquierdas», se representaba no sólo que la música progresa, sino que progresa en una sola línea, y que Debussy era en cierto modo un super-Wagner, un poco más avanzado aún que Wagner. No se daba cuenta de que, si Debussy no era tan independiente de Wagner como ella iba a creer pasados unos años, porque después de todo nos servimos de las armas conquistadas para acabar de liberarnos del que ahora hemos vencido, ahora, después de la saciedad que se comenzaba a sentir de las obras demasiado completas, en las que todo está dicho, procuraba satisfacer una necesidad opuesta. Había por supuesto, teorías que apuntalaban momentáneamente esa reacción, teorías parecidas a las que, en política, vienen en apoyo de las leyes contra las congregaciones, de las guerras en Oriente (enseñanza contra natura, peligro amarillo, etc., etc.). Se decía que a una época de prisa correspondía un arte rápido, exactamente igual que se hubiera dicho que la guerra futura no podía durar más de quince días, o que con los ferrocarriles se dejarían de lado los pueblecitos caros a las diligencias y que el automóvil iba a buscar de nuevo. Se recomendaba no cansar la atención del auditorio, como si no dispusiéramos de atenciones diferentes y no dependiera precisamente del artista despertar las más altas. Pues los que bostezan de aburrimiento a las diez líneas de un artículo mediocre habían hecho todos los años el viaje a Bayreuth para escuchar la *Tetralogía*. Y había de llegar el día en que, por un tiempo, Debussy sería declarado tan frágil como Massenet y los sobresaltos de Melisenda se rebajarían al rango de los de Manon. Pues las teorías y las escuelas, como

los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y, con su lucha, aseguran la continuidad de la vida. Pero todavía no había llegado el tiempo.

Así como cuando se produce en la bolsa un movimiento de alza se beneficia de ella todo un sector de valores, así se benefician de la reacción cierto número de autores, bien porque no merecían el desdén, bien, simplemente —lo que permitía decir una novedad al proclamarlos— porque habían incurrido en él. Y hasta se iba a buscar, en un pretérito aislado, algunos talentos independientes en cuya fama no parecía que debiera influir el movimiento actual, pero que, según se decía, eran citados por uno de los nuevos maestros. Muchas veces es porque un maestro, de cualquier escuela y por muy exclusiva que sea, hace justicia al talento donde quiera que se encuentre, y aun a menos que al talento: a alguna inspiración agradable que gustó en otro tiempo, que va unida a un momento amado de su adolescencia. Otras veces porque ciertos artistas de otra época realizaron, en un simple fragmento, algo parecido a lo que el maestro se ha ido dando cuenta que él mismo quería hacer, y ve en ese antiguo como un precursor; ama en él, bajo otra forma, un esfuerzo momentáneamente, parcialmente fraterno. Hay trozos de Turner en la obra de Poussin, una frase de Flaubert en Montesquieu. Y a veces también ese rumor de la predilección del maestro procedía de un error, nacido no se sabe dónde y difundido en la escuela. Pero el nombre citado se beneficiaba entonces de la firma bajo cuya protección había entrado en el momento adecuado, pues si en la elección del maestro hay alguna libertad, un verdadero gusto, las escuelas sólo se rigen por la teoría. Y así fue como el espíritu, siguiendo su curso habitual, que avanza por digresiones, desviándose una vez en un sentido y en otro la siguiente, proyectó la luz de arriba sobre cierto número de obras, entre las que la necesidad de justicia, o de renovación, o el gusto de Debussy, o su capricho, o unas palabras que él no había dicho quizá, incluyeron la de Chopin. Proclamados por unos jueces en los que se tenía plena confianza, aprovechándose de la admiración que suscitaba *Pelléas*, esas obras recobraron nuevo esplendor, y hasta los que no las habían vuelto a oír estaban tan deseosos de admirarlas que las admiraban sin querer, aunque con la ilusión de la libertad. Pero madame de Cambremer-Legrandin vivía una parte del año en provincias. Y aun en París, enferma, pasaba mucho tiempo en su habitación. Verdad es que este inconveniente se podía notar sobre todo en la elección de las expresiones que madame de Cambremer creía de moda,

y que eran más bien propias del lenguaje escrito, matiz que ella no discernía, pues las tenía más de la lectura que de la conversación. La conversación es necesaria, más que para conocer las opiniones, para enterarse de las expresiones. Y el rejuvenecimiento de los *Nocturnos* no había sido aún anunciado por la crítica. La noticia se había transmitido solamente por conversaciones de los «jóvenes». Madame de Cambremer-Legrandin lo ignoraba. Yo me di el gusto de hacerle saber, pero dirigiéndome a su suegra, como cuando, en el billar, para hacer una carambola, se juega por banda, que Chopin, lejos de estar pasado de moda, era el músico preferido de Debussy.

—Vaya, es gracioso —me dijo sonriendo maliciosamente la nuera, como si aquello no fuera más que una paradoja lanzada por el autor de *Pelléas*. Pero era bien seguro que ahora escucharía a Chopin con respeto y hasta con gusto. Por eso mis palabras, que acababan de sonar a la hora de la liberación para la marquesa madre, dieron a su cara una expresión de gratitud para mí, y sobre todo de gozo. Le brillaban los ojos como los de Latude en la obra titulada *Latude ou Treinte-cinq ans de captivité*, y su pecho aspiró el aire del mar con esa dilatación que tan bien ha expresado Beethoven en *Fidelio*, cuando sus prisioneros respiran por fin «ese aire que vivifica». Creí que iba a posar en mi mejilla sus labios bigotudos.

—¿Pero le gusta Chopin? ¡Le gusta Chopin, le gusta Chopin! —gangoseó con entusiasmo, como hubiera podido decir: «¿Pero conoce usted también a madame de Franquetot?», con la diferencia de que mis relaciones con madame de Franquetot le hubieran sido completamente indiferentes, mientras que mi conocimiento de Chopin le produjo una especie de delirio artístico.

La hipersecreción salivar no bastó. Sin haber intentado siquiera entender el papel de Debussy en la reivindicación de Chopin, sintió únicamente que mi juicio era favorable. Y se entregó por entero al entusiasmo musical.

—¡Elodia! ¡Elodia!, ¡le gusta Chopin! —se le alzaron los senos y batió el aire con los brazos—. ¡Ah, ya había notado yo que era usted músico! —exclamó—. Siendo como es artista, comprendo que ame la música. ¡Es tan bella!

Y su voz era tan pedregosa como si, para expresarme su fervor por Chopin, se hubiera llenado la boca, como Demóstenes, con todas las piedras de la playa. Por fin vino el refluo, llegando hasta el velillo, que no

tuvo tiempo de poner a salvo y que se mojó, hasta que la marquesa se enjugó con su pañuelo bordado la baba de espuma en que el recuerdo de Chopin acababa de bañarle los bigotes.

—Dios mío —me dijo madame de Cambremer-Legrandin—, me parece que mi suegra se está retrasando demasiado; olvida que tenemos que comer en casa de mi tío Ch'nouvelle. Y a Cancan no le gusta esperar.

Cancan fue cosa incomprensible para mí, y pensé que acaso se trataba de un perro. En cuanto a los primos de Ch'nouvelle, lo explicaremos. Con la edad se había atenuado en la joven marquesa el placer que sentía pronunciando su nombre de esta manera. Y, sin embargo, por gustar ese placer había decidido su boda. En otros grupos mundanos, cuando se hablaba de los Chenouville, la costumbre era (al menos cuando la partícula iba precedida de un nombre que acaba en vocal, pues en caso contrario no había más remedio que apoyarse en el *de*, porque la lengua se negaba a pronunciar *madam' d' Ch'nonceaux*) que lo que se sacrificara fuese la *e* muda de la partícula. Decían: «monsieur d'Chenouville». En los Cambremer la tradición era inversa, pero también imperiosa. En todos los casos, lo que se suprimía era la *e* muda de Chenouville. (Al padre de estos Chenouville le llamaban *notre oncle*, pues en Féterne no eran lo bastante elegantes para pronunciar *notre onk*, como hubieran hecho los Guermantes, cuya jerga voluntaria, suprimiendo las consonantes y nacionalizando los nombres extranjeros, era tan difícil de entender como el francés antiguo o un dialecto moderno.) Toda persona que entrara en la familia recibía inmediatamente, en este punto de Ch'nouvelle, una advertencia de la que mademoiselle Legrandin-Cambremer no había tenido necesidad. Un día, en visita, oyó a una muchacha decir «*ma tante d'Uzai*», «*mon onk de Rúan*», y no reconoció inmediatamente los nombres ilustres que ella pronunciaba Uzés y Rohan; sintió el desconcierto, el apuro y la vergüenza de una persona que se encuentra en la mesa con un instrumento recién inventado que no sabe usar y con el que no se atreve a empezar a comer. Pero a la noche siguiente y al día siguiente repitió con *embeleso* «*ma tante d'Uzai*» suprimiendo la *s* final, supresión que la víspera la había dejado atónita, pero que ahora le parecía tan vulgar no conocerla que cuando una amiga le habló de un busto de la duquesa de Uzés, mademoiselle Legrandin le contestó en un tono violento y altanero: «Ya podía pronunciar como se debe: *Mame d'Uzai*.» Desde aquel momento comprendió que en virtud de la transmutación de las materias



consistentes en elementos cada vez más sutiles, la fortuna considerable y tan honorablemente adquirida que había heredado de su padre, la educación tan completa, su asiduidad a la Sorbona, tanto a los cursos de Caro como a los de Brunetiére, y a los conciertos Lamoureux, todo esto debía volatilizarse, llegar a su mayor sublimación en el placer de decir algún día *ma tante d'Uzai*. Este placer no excluía de su ánimo que siguiera frecuentando, al menos en los primeros tiempos de su matrimonio, no a ciertas amigas a las que quería y a las que estaba resignada a sacrificar, sino a algunas otras a las que no quería, pero a las que pretendía poder decir (puesto que se casaba para eso): «La voy a presentar a *ma tante d'Uzai*», y cuando vio que esta alianza era demasiado difícil: «La voy a presentar a *ma tante de Ch'nouvelle*», y: «La llevaré a comer con los *Uzai*». Su boda con monsieur de Cambremer procuró a mademoiselle Legrandin la ocasión de decir la primera de estas frases, pero no la segunda, porque el mundo que frecuentaban sus suegros no era el que ella había creído y con el que seguía soñando. Así, después de decirme de Saint-Loup (adoptando para ello una expresión de Roberto, pues si yo, hablando con ella, empleaba las expresiones de Legrandin, ella, por una sugestión inversa, me contestaba en el dialecto de Roberto, sin saber que lo había tomado de Raquel), juntando el pulgar y el índice y cerrando un poco los ojos como si mirase algo delicadísimo que había logrado cantar: «Tiene una bella cualidad de espíritu»; tan caluroso fue su elogio que cualquiera diría que estaba enamorada de Roberto (y se había dicho en otro tiempo, cuando él estaba en Doncieres, que había sido su amante); en realidad era simplemente para que yo se lo repitiese y llegar a: «Se relaciona usted mucho con la duquesa de Guermantes. Yo estoy enferma, apenas salgo, y sé que ella está confinada en un círculo de amigos selectos, cosa que me parece muy bien, además la conozco muy poco, pero sé que es una mujer absolutamente superior.» Sabiendo que madame de Cambremer apenas la conocía, y por hacerme tan pequeño como ella, eludí el tema y contesté a la marquesa que yo había conocido sobre todo a su hermano, monsieur Legrandin. Al oír este nombre adoptó el mismo aire evasivo que yo había adoptado para madame de Guermantes, pero añadiéndole ella un matiz de contrariedad, porque pensó que yo había dicho aquello no para humillarme a mí, sino para humillarla a ella. ¿Estaba reconcomida por la desesperación de haber nacido Legrandin? Al menos eso aseguraban las hermanas y las cuñadas de su marido, damas

nobles de provincias que no conocían a nadie ni sabían nada y envidiaban la inteligencia de madame de Cambremer, su cultura, su fortuna, los atractivos físicos que había tenido antes de caer enferma. «No piensa en otra cosa, eso es lo que la mata», decían aquellas malévolas provincianas siempre que hablaban de madame de Cambremer a quienquiera que fuere, pero de preferencia a una persona del estado llano, bien, si era fatua y necia, para dar más valor, con esta afirmación de lo que tiene de vergonzoso ser del estado llano, a la amabilidad que le demostraban, bien, si era tímido y fino y se aplicaba el comentario a sí mismo, por el gusto de dirigirle una insolencia, al mismo tiempo que le recibían bien. Pero si esas señoras creían decir verdad hablando así de su cuñada, se equivocaban. Tan poco le hacía sufrir llamarse Legrandin que ya ni se acordaba. La molestó que yo se lo recordase y se calló como si no lo hubiera oído, no creyendo necesario aportar una precisión, ni siquiera una confirmación a las mías.

—Nuestros parientes no son la única causa de que tengamos que acortar la visita —me dijo madame de Cambremer madre, que probablemente estaba más cansada que su nuera del placer de decir: «Ch'nouvelle»—. Pero por no fatigarle con demasiada gente, el señor —dijo señalando al abogado— no se atrevió a traer a su mujer y a su hijo. Nos esperan paseando en la playa y deben de empezar a aburrirse.

Pedí que me dieran sus señas exactas y fui corriendo a buscarlos. La mujer tenía una cara redonda como ciertas flores de la familia de las ranunculáceas, y en el ángulo del ojo una marca vegetal bastante grande. Y como las generaciones de los hombres conservan sus caracteres como una familia de plantas, debajo del ojo del hijo crecía, como en el rostro ajado de la madre, aquella señal que hubiera podido servir para la clasificación de una variedad. Mi atención a su mujer y a su hijo conmovió al abogado. Se mostró interesado por el tema de mi estancia en Balbec.

—Debe de encontrarse aquí un poco solo, porque la mayor parte de los veraneantes son extranjeros.

Y me miraba a la vez que me hablaba, pues como no le gustaban los extranjeros, aunque muchos eran clientes suyos, quería asegurarse de que yo no era hostil a su xenofobia, pues si lo fuera se batiría en retirada diciendo: «Claro que madame X... puede ser una mujer encantadora. Es cuestión de principios.» Como en aquella época yo no tenía ninguna opinión sobre los extranjeros, no hice ningún gesto de desaprobación, y el

abogado se sintió en terreno seguro. Llegó hasta pedirme que fuera un día a su casa, en París, a ver su colección de Le Sidaner, y que llevara conmigo a los Cambremer, de los que evidentemente me creía íntimo.

—Les invitaré con los Le Sidaner —me dijo, convencido de que yo no viviría ya, en la espera de aquel bendito día—. Ya verá usted qué hombre más exquisito. Y sus cuadros le encantarán. Claro que yo no puedo rivalizar con los grandes coleccionistas, pero creo que soy yo el que tengo más cuadros suyos de los que él prefiere. A usted le interesarán más aún, al volver de Balbec, porque son marinas, al menos la mayor parte.

La mujer y el hijo, con su carácter vegetal, escuchaban devotamente. Se veía que su hotel de París era una especie de templo de Le Sidaner. Esta especie de templos no son inútiles. Cuando el dios tiene dudas sobre sí mismo, tapa fácilmente las fisuras de su opinión con los testimonios irrecusables de las personas que han consagrado su vida a la obra del dios.

A una señal de su nuera, madame de Cambremer se dispuso a levantarse, y me dijo:

—Ya que no quiere instalarse en Féterne, ¿no querrá por lo menos venir a almorzar un día a la semana, mañana, por ejemplo? —Y, en su bondad, añadió para decidirme—: Allí *volverá a encontrar* al conde de Crisenoy —al que yo no había perdido, por la sencilla razón de que no le conocía.

Comenzaba a hacer relucir ante mis ojos otras tentaciones más, pero se detuvo en seco. El primer presidente, que, al volver, se había enterado de que estaba en el hotel madame de Cambremer, la había buscado con disimulo por todas partes, después la había esperado y por fin, fingiendo que la encontraba por casualidad, se acercó a presentarle sus respetos. Comprendí que madame de Cambremer no quería incluirle en la invitación a almorzar que acababa de hacerme a mí. Sin embargo, el primer presidente la conocía desde mucho tiempo antes que yo, pues era desde hacía años uno de los asistentes a las *matinées* de Féterne, a los que tanto envidiaba yo en mi primera estancia en Balbec. Pero la antigüedad no es todo para la gente del gran mundo. Y prefieren reservar sus almuerzos para las relaciones nuevas que todavía les pican la curiosidad, sobre todo cuando llegan precedidos de una prestigiosa y cálida recomendación como la de Saint-Loup. Madame de Cambremer calculó que el primer presidente no había oído lo que ella me había dicho, pero para calmar los remordimientos que sentía le dirigió las palabras más amables. En la

puesta del sol que iluminaba en el horizonte la dorada costa de Rivebelle, habitualmente invisible, vislumbramos, apenas separadas del luminoso azul, saliendo de las aguas, rosadas, argentinas, imperceptibles, las campanitas del *ángelus* que sonaban en los alrededores de Féterne.

—También esto es bastante *Pelléas* —dijo madame de Cambremer-Legrandin—. Ya saben la escena que quiero decir.

«Creo que sé, pero no sé nada», proclamaban su voz y su rostro, que no se amoldaban a ningún recuerdo, y su sonrisa sin apoyo, en el aire. La marquesa madre estaba pasmada de que las campanas llegasen hasta allí, y se levantó pensando en la hora.

—En efecto —dije—, generalmente, desde Balbec no se ve esa orilla, ni tampoco se oyen las campanas. Tiene que haber cambiado el tiempo y haber prolongado el horizonte al doble. A no ser que vengán a buscarla, pues veo que la hacen marcharse; son para usted la campana de la comida.

El primer presidente, poco sensible a las campanas, miraba furtivamente al malecón, lamentando verlo tan despoblado.

—Es usted un verdadero poeta —me dijo madame de Cambremer—. Tan vibrante, tan artista. Venga, venga a Féterne, le tocaré Chopin —añadió levantando los brazos en actitud de éxtasis y pronunciando las palabras con una voz ronca que parecía remover las piedras. Después vino la deglución de la saliva, y la anciana señora enjugó ligeramente con el pañuelo el suave cepillo— eso que llaman a la americana— de su bigote.

El primer presidente me hizo sin querer un gran favor agarrando a la marquesa por el brazo para llevarla al coche, pues cierta dosis de vulgaridad, de osadía y de afán de ostentación dictan una conducta que otros vacilarían en adoptar, y que está muy lejos de desagradar en el gran mundo. Además tenía, desde hacía muchos años, mucho más costumbre que yo de estas cosas. Bendiciéndole, no me atreví a imitarle y eché a andar al lado de madame de Cambremer-Legrandin, que quiso ver el libro que yo llevaba en la mano. El nombre de madame de Sévigné le hizo torcer el gesto, y usando una palabra que ella había leído en ciertos periódicos de *vanguardia*, pero que, hablada y puesta en femenino, y aplicada a un escritor del siglo XVIII, hacía un efecto raro, me preguntó:

—¿Le parece a usted verdaderamente talentosa?

La marquesa dio al lacayo la dirección de una pastelería a la que pensaba ir antes de salir a la carretera, rosada por el polvo del crepúsculo, donde azuleaban en forma de grupas los acantilados en bancales. Preguntó

a su viejo cochero si uno de los caballos, que era friolento, había tenido bastante calor, si al otro no le hacía daño el casco.

—Le escribiré para lo que debemos convenir —me dijo a media voz—. He visto que hablaba de literatura con mi nuera; es adorable —añadió, aunque no lo pensaba, pero tenía la costumbre, que conservaba por bondad, de decirlo para que no pareciera que su hijo se había casado por el dinero—.

Y además —añadió masticando por última vez con entusiasmo— ¡es tan aaartista!

Dicho esto subió al coche, balanceando la cabeza, levantando el puño de la sombrilla, y se alejó por las calles de

Balbec, con la carga de los ornamentos de su sacerdocio, como un viejo obispo en visita pastoral de confirmación.

—Le ha invitado a almorzar —me dijo gravemente el primer presidente cuando el coche se alejó y yo volví con mis amigas—. Nosotros estamos en frío. A ella le parece que no le hago caso. Caramba, yo soy fácil de tratar. Cuando me necesitan, aquí estoy siempre para responder: «¡Presente!» Pero han querido acapararme. ¡Y eso sí que no! —añadió con un gesto astuto y levantando el dedo como quien sabe distinguir y argumentar—. Eso es atentar a la libertad de mi veraneo. He tenido que decir «¡Alto ahí!». Usted parece estar muy bien con ella. Cuando tenga mi edad ya verá que el mundo es muy poca cosa, y le pesará haber dado tanta importancia a esas naderías. Bueno, me voy a dar una vuelta antes de comer. Adiós, niños —gritó a un público invisible, como si estuviera ya a cincuenta pasos.

Cuando me despedí de Rosamunda y de Gisela, vieron muy asombradas que Albertina se quedaba quieta, sin seguir las.

—¡Vamos, Albertina!, ¿qué haces ahí? ¿Sabes la hora que es?

—Marchaos —les contestó con autoridad—. Tengo que hablar con él —añadió señalándome con gesto sumiso. Rosamunda y Gisela me miraron, embargadas por un respeto nuevo hacia mí. Yo gozaba al ver que, al menos por un momento, era para Albertina, ante los propios ojos de Rosamunda y de Gisela, algo más importante que la hora de volver a casa, que sus amigas, y hasta podía tener con ella graves secretos en los que no se podía mezclarlas a ellas.

—Pero ¿no te veremos esta noche?

—No lo sé. Depende de éste. En todo caso, hasta mañana.

—Subamos a mi cuarto —le dije cuando se alejaron sus amigas.

Tomamos el ascensor; Albertina guardó silencio delante del ascensorista. La costumbre de verse obligado a recurrir a la observación personal y a la deducción para conocer los pequeños asuntos de los señores, esas personas extrañas que hablan entre ellos y no les hablan desarrolla en los «empleados» (como el ascensorista llamaba a los domésticos) un poder de adivinación mayor que el de los «patronos». Los órganos se atrofian o se hacen más fuertes o más sutiles, según que aumente o disminuya la necesidad que de ellos se tiene. Desde que existe el ferrocarril, la necesidad de no perder el tren nos ha enseñado a contar los minutos, mientras que en el mundo de los antiguos romanos, en el que, además de que la astronomía era más elemental, la vida era menos apresurada, apenas existía la noción, no ya de los minutos, sino ni siquiera de las horas fijas. Por eso el ascensorista comprendió, y pensaba contárselo a sus compañeros, que Albertina y yo estábamos preocupados. Pero nos hablaba sin parar, porque no tenía tacto. Sin embargo yo veía pintarse en su cara, en lugar de la habitual impresión de amistad y de contento de subirme en su ascensor, un aire de abatimiento y de inquietud extraordinario. Como ignoraba la causa, por distraerle, y aunque estaba más preocupado que Albertina, le dije que la señora que acababa de marcharse se llamaba la marquesa de Cambremer y no de Camembert. Al pasar por un piso vi, llevando una almohada, a una camarera horrible que me saludó con respeto, a la espera de una propina cuando me marchara. Me hubiera gustado saber si era la que tanto había deseado yo la noche de mi primera llegada a Balbec, pero no pude llegar a una certidumbre. El ascensorista me juró, con la sinceridad de la mayoría de los testigos falsos, que la marquesa le había pedido que la anunciara con el nombre de Camembert. Y realmente era muy natural que entendiera un nombre que ya conocía. Además, como tenía sobre la nobleza y sobre la clase de nombres con que se hacen los títulos las nociones muy vagas que tienen muchas personas que no son ascensoristas, el nombre de Camembert le había parecido tanto más verosímil cuanto que, siendo universalmente conocido el queso Camembert, no había por qué extrañarse de que sacaran un marquesado de una fama tan gloriosa, a no ser que fuera el marquesado el que diera su celebridad al queso. Pero como el ascensorista veía que yo no quería parecer equivocado y él sabía que a los señores les gusta que sean obedecidos sus más fútiles caprichos y aceptadas sus mentiras más

evidentes, me prometió, como buen criado decir en lo sucesivo Cambremer. La verdad es que ningún tendero de la ciudad ni ningún campesino de las inmediaciones, donde el nombre y la persona de los Cambremer eran perfectamente conocidos, hubiera podido nunca cometer el error del ascensorista. Pero el personal del Gran Hotel de Balbec no era en modo alguno de la comarca. Procedía en línea recta, como todo el material, de Biarritz, de Niza y de Montecarlo; una parte se había dirigido a Deauville, otra a Dinard y la tercera se reservó para Balbec.

Pero el dolor ansioso del botones fue en aumento. Para que olvidara de tal modo demostrarme con sus sonrisas habituales su fidelidad, algo muy malo tenía que ocurrirle. Acaso le habían *envoyé*. Me prometí en este caso procurar que se quedase, puesto que el director me había prometido rectificar cuanto yo decidiera sobre su personal. «Puede usted hacer lo que quiera, rectifico de antemano.» De pronto, nada más salir del ascensor, comprendí la angustia, el aire aterrado del botones. Debido a la presencia de Albertina, no le había dado los cinco francos que tenía la costumbre de darle al subir. Y el muy imbécil, en vez de comprender que yo no quería hacer ante terceros ostentación de propinas, se echó a temblar, suponiendo que se había acabado para siempre, que nunca más le daría nada. Se imaginaba que yo había caído en la pobreza, y su suposición no le inspiraba ninguna compasión por mí, sino una terrible decepción egoísta. Me dije que yo era menos irrazonable de lo que mi madre pensaba cuando no me atrevía a no dar un día la cantidad exagerada, pero febrilmente esperada, que había dado la víspera. Pero, al mismo tiempo, ya no era tan seguro su significado que hasta entonces diera yo, y sin ninguna duda para mí hasta entonces, al aire habitual de alegría, que era para mí una prueba de afecto. Al ver al botones tan desesperado como para tirarse del quinto piso, me preguntaba si, en el caso de que cambiaran nuestras respectivas posiciones sociales, a consecuencia, por ejemplo, de una revolución, el botones, convertido en burgués, en vez de manejar amablemente para mí el ascensor no me arrojaría de él, y si no hay más duplicidad en ciertas clases del pueblo que en la alta sociedad, donde seguramente se reservan para nuestra ausencia los comentarios desfavorables, pero donde la actitud con nosotros no sería insultante si llegáramos a ser desgraciados.

Y no se puede decir que en el hotel de Balbec fuera el ascensorista el más interesado. En este punto, el personal se divide en dos categorías: por una parte, los que hacen diferencias entre los clientes y son más sensibles

a la propina razonable de un viejo aristócrata (que, por otra parte, puede ahorrarles veintiocho días recomendándolos al general de Beautreillis) que a la espléndida desproporcionada de un tío ordinario que con ella revelaba una falta de mundo que solamente delante de él llamaban bondad. Por otra parte, esos otros para quienes nobleza, inteligencia, celebridad, posición, modales, eran cosas que no contaban, ocultas por una cifra. Para éstos no había más que una jerarquía: el dinero que se tiene, o más bien el que se da. Acaso el mismo Amado, aunque, por el número de hoteles en que había servido, presumía de gran saber mundano, pertenecía a esta categoría. A lo sumo daba a este modo de apreciación un giro social y de conocimiento de las familias, diciendo de la princesa de Luxembourg, por ejemplo: «¿Hay ahí mucho dinero?» (el signo de interrogación tenía por objeto enterarse, o controlar definitivamente los informes que había tomado antes de proporcionar a un cliente un *chef* para París, o de reservarle una mesa a la izquierda, a la entrada, con vistas al mar, en Balbec). A pesar de esto, sin dejar de ser interesado, no lo hubiera exhibido con la estúpida desesperación del ascensorista. De todos modos, la simpleza de éste simplificaba quizá las cosas. La comodidad de un gran hotel, de una casa como era antaño la de Raquel, es que, sin intermediarios, la vista de un billete de cien francos, y no digamos si es de mil, aunque esa vez se le dé a otro, pone una sonrisa llena de ofrecimientos en la cara, glacial hasta entonces, de un empleado o de una mujer. En cambio, en la política, en las relaciones del amante y la querida, se interponen demasiadas cosas entre el dinero y la docilidad. Tantas que hasta esos mismos en quienes el dinero despierta finalmente la sonrisa suelen ser incapaces de seguir el proceso interno que los une; se creen, son más delicados. Y además esto decanta la conversación fina de los «Ya sé lo que me queda que hacer: mañana me encontrarán en el depósito de cadáveres». Por eso se encuentran en la sociedad fina pocos novelistas, pocos poetas, entre todas esas personas sublimes que hablan precisamente de lo que no se debe decir.

Una vez solos y andando por el pasillo, Albertina me dijo:

—¿Qué es lo que tienes contra mí?

¿Me había resultado penosa a mí mismo mi dureza con ella? ¿Sería sólo una artimaña inconsciente para traer a mi amiga a esta actitud de temor y de súplica ante mí que me permitiera interrogarla, acaso saber cuál de las dos hipótesis que desde hacía tiempo formulaba yo sobre ella era la verdadera? El caso es que, al oír su pregunta, me sentí de pronto



feliz, como quien logra un fin deseado durante mucho tiempo. Antes de contestarla la llevé hasta mi puerta. Al abrir ésta refluyó la luz rosada que llenaba la habitación y transformaba en jirones de aurora la muselina blanca de las cortinas echadas al poniente. Me acerqué a la ventana. Otra vez las gaviotas posadas en las olas; pero ahora eran color de rosa. Se lo hice observar a Albertina.

—No desvíes la conversación —me dijo—, sé franco conmigo.

Mentí. Le dije que tenía que oír una confesión previa, la de una gran pasión que yo tenía, desde hacía algún tiempo, por Andrea, y lo dije con una naturalidad y una franqueza dignas del teatro y que en la vida no se tiene casi nunca más que en los amores que no se sienten. Repitiendo la mentira que empleé con Gilberta antes de mi primera temporada en Balbec, pero variándola, y para que me creyera más cuando le decía ahora que ya no la amaba, llegué hasta decir, como si se me escapara, que tiempo atrás había estado a punto de enamorarme de ella, pero que había pasado demasiado tiempo, que ya no era para mí más que una buena camarada y que, aunque quisiera, no podría ya volver a experimentar por ella otros sentimientos más ardientes. Por otra parte, insistiendo ante Albertina en estas declaraciones de frialdad, no hacía otra cosa —debido a una circunstancia y con un fin particular— que poner más de relieve, marcar con más fuerza ese ritmo binario que adopta el amor en todos los que dudan demasiado de sí mismos para creer que una mujer pueda nunca amarlos, y también que ellos mismos puedan amarla verdaderamente. Se conocen lo bastante para saber que, ante los más diferentes, sentían las mismas esperanzas, las mismas angustias, inventaban las mismas novelas, pronunciaban las mismas palabras, y para darse cuenta por lo tanto de que sus sentimientos, sus actos no están en relación estrecha y necesaria con la mujer amada, sino que pasan a su lado, la salpican, la rodean, como la ola que se lanza al filo de las rocas, y el sentimiento de su propia inestabilidad aumenta más aún en ellos la desconfianza de que esa mujer, por la que tanto desean ser amados, no los ama. ¿Por qué el azar había de disponer —pues *esa* mujer no es más que un simple accidente situado ante el brotar de nuestros deseos— que fuéramos precisamente nosotros el objeto de los que ella siente?

Y así, sin dejar de sentir la necesidad de derramar hacia ella todos esos sentimientos, tan diferentes de los simplemente humanos que nuestro prójimo nos inspira, esos sentimientos tan especiales que son los

sentimientos amorosos, después de dar un paso adelante, declarando a la mujer que amamos nuestro cariño, nuestras esperanzas, temerosos en seguida de desagradarla, confusos también porque sentimos que el lenguaje empleado no estaba hecho expresamente para ella, que nos ha servido, que volverá a servirnos para otras, que si no nos ama no puede comprendernos, y que hemos hablado con la falta de gusto, con el impudor de un pedante dirigiendo a ignorantes unas frases sutiles que no son para ellos, este temor, esta vergüenza, determinan el contrarritmo, el reflujo, la necesidad, aunque sea retrocediendo de momento, retirando vivamente la simpatía antes declarada, de volver a tomar la ofensiva y de recuperar la estimación, el dominio; el ritmo doble es perceptible en los diversos períodos de un mismo amor, en todos los períodos correspondientes de amores similares, en todos los seres que, mejor que estimarse en mucho, se analizan. Y si ese doble ritmo se acentuaba un poco más de lo corriente en el discurso que yo estaba dirigiendo a Albertina, era sólo para permitirme pasar más pronto y con más energía al ritmo opuesto que escandiría mi cariño.

Como si Albertina fuera a sufrir creyendo lo que yo le decía de mi imposibilidad de volver a amarla, por el intervalo demasiado largo, le explicaba lo que yo llamaba una rareza de mi carácter reforzándolo con ejemplos de personas con las que, por culpa suya o mía, había dejado pasar la hora de amarlas sin poder encontrarla después, por mucho que lo deseara. Y con esto parecía a la vez disculparme con ella, como si fuera una descortesía, de mi incapacidad de volver a amarla, e intentar hacerle comprender las razones psicológicas de esa incapacidad, como si fueran exclusivamente mías. Pero explicándome así, extendiéndome sobre el caso de Gilberta, en el que había sido rigurosamente cierto lo que, aplicado a Albertina, lo era tan poco, no hacía sino dar a mis declaraciones un carácter muy plausible, cuando a mí me parecían tan poco plausibles. Notando que Albertina apreciaba lo que ella creía «mi franqueza» y veía en mis deducciones la claridad de la evidencia, me disculpé de la primera, diciéndole que yo sabía muy bien que a nadie le gustaba oír la verdad y que, además, esta verdad mía debía de parecerle incomprensible. Ella, por el contrario, me dijo que agradecía mi sinceridad y que además comprendía perfectamente un estado de ánimo tan frecuente y natural.

Al hacer a Albertina esta confesión de un sentimiento imaginario por Andrea y de una indiferencia por la propia Albertina, confesión que, para

que pareciese completamente sincera y sin exageración, le aseguré, incidentalmente, como por escrúpulo de conciencia, que no debía tomarla demasiado al pie de la letra, pude por fin, sin temor de que Albertina sospechara en ella amor, hablarle con una dulzura de la que me había privado deliberadamente desde hacía mucho tiempo y que me pareció deliciosa. Casi acariciaba a mi confidente; al decirle que amaba a su amiga, me venían las lágrimas a los ojos. Pero, yendo al grano, le dije al fin que ella sabía lo que era el amor, sus susceptibilidades, sus tormentos, y quizá, como amiga ya antigua para mí, quisiera poner término a los grandes dolores que me causaba, no directamente, puesto que no era a ella a quien amaba, si me atrevía a decírselo sin lastimarla, sino indirectamente hiriéndome en mi amor a Andrea. Me interrumpí para mirar y señalar a Albertina un gran pájaro solitario y presuroso que, frente a nosotros y a lo lejos, pasaba a toda velocidad, azotando el aire con el batir de sus alas, sobre la playa tachonada acá y allá de pequeños jirones de papel rojo y la atravesaba en toda su longitud sin atemperar su vuelo, sin desviar su atención, sin apartarse de su camino, como un emisario que va a llevar muy lejos un mensaje urgente y capital.

—¡Por lo menos ése va derecho a la meta! —me dijo Albertina en un tono de reproche.

—Me dices eso porque no sabes lo que yo hubiera querido decirte. Pero es tan difícil que prefiero renunciar; estoy seguro de que te enfadarías. De modo que nos quedaremos en esto: no seré en nada más feliz con la que amo de amor y habré perdido una buena camarada.

—Pero si te juro que no me enfadaré.

Su gesto era tan dulce, tan tristemente dócil, tan de esperar de mí su felicidad, que me costaba trabajo contenerme y no besar —casi con la misma clase de gozo que sentiría besando a mi madre— aquel rostro nuevo que ya no ofrecía la traza despierta y ruborizante de una gata rebelde y perversa, levantando la nariz rosada, sino que, en la plenitud de su tristeza abrumadora, parecía fundirse, en coladas de bondad, unas coladas que caían anchas y planas. Haciendo abstracción de mi amor como de una locura crónica sin relación con ella, poniéndome en su lugar, me enternecí ante aquella buena muchacha habituada a que se tuvieran con ella procedimientos amables y leales, y a la que el buen camarada que ella podía creer que era yo para ella perseguía desde hacía semanas con instancias que habían llegado finalmente a su punto culminante. Y porque

me ponía en el punto de vista puramente humano, ajeno a nosotros dos y en el que mi amor celoso se borraba, sentía por Albertina aquella piedad profunda que no lo hubiera sido tanto si yo no la amara. Por otra parte, en esa oscilación rítmica que va de la declaración al enfado (el medio más seguro, el más eficazmente peligroso para formar, en movimientos opuestos y sucesivos, un nudo que no se deshaga y nos ate fuertemente a una persona), en el seno de ese movimiento de retroceso que constituye uno de los dos elementos del ritmo, ¿para qué distinguir aún los reflujos de la piedad humana que, opuestos al amor, aunque tengan, quizá inconscientemente, la misma causa, producen en todo caso los mismos efectos? Cuando más tarde recordamos todo lo que hemos hecho por una mujer, solemos darnos cuenta de que los actos inspirados por el deseo de demostrar que amamos, de hacernos amar, de ganar favores, no ocupan apenas más lugar que los debidos a la necesidad humana de reparar nuestros yerros ante el ser que amamos, por simple deber moral, como si no lo amáramos.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que he hecho? —me preguntó Albertina.

Llamaron a la puerta; era el botones; la tía de Albertina, que pasaba por el hotel en coche, se había parado a todo evento para ver si estaba allí y llevarla. Albertina mandó que le dijeran que no podía bajar, que comieran sin esperarla, que no sabía a qué hora volvería.

—Pero tu tía se enfadará.

—No, lo comprenderá muy bien.

De modo que —al menos en aquel momento, que acaso no volvería— una conversación conmigo resultaba para Albertina, debido a las circunstancias, cosa de tan evidente importancia que había que anteponerla a todo, y a la cual, remitiéndose, sin duda instintivamente, a una jurisprudencia familiar, enumerando ciertas coyunturas en las que, cuando se trataba de la carrera de madame Bontemps, no se había vacilado en hacer un viaje, mi amiga no dudaba que su tía encontraría muy natural que se sacrificara la hora de la comida. Aquella hora lejana que Albertina pasaba sin mí, con los suyos, la arrastró hasta mí, me la daba; podía usar de ella a mi voluntad. Por fin me atreví a decirle lo que me habían contado de su género de vida. Y le dije que, a pesar de la profunda repugnancia que me inspiraban las mujeres que tenían ese vicio, no me había preocupado hasta que me nombraron a su cómplice, y que, amando yo a Andrea como la amaba, comprendería fácilmente el dolor que había sentido. Quizá

hubiera sido más hábil decirle que me habían citado también a otras mujeres, pero que me eran indiferentes. Mas la brusca y terrible revelación que me hiciera Cottard había entrado en mí destrozándome, tal como era, toda entera, pero sin más. Y así como antes no se me habría ocurrido nunca la idea de que Albertina amaba a Andrea, o al menos de que pudiera haber entre ellas juegos cariñosos, si Cottard no me hubiera hecho notar la actitud que tenían bailando, tampoco habría sabido pasar de esta idea a la, para mí tan diferente, de que Albertina pudiera tener con otras mujeres que no fueran Andrea relaciones en las que ni siquiera hubiese la disculpa del afecto. Albertina, incluso antes de jurarme que aquello no era cierto, manifestó, como toda persona a quien acaban de decir que han hablado así de ella, cólera, pena y, en cuanto al desconocido calumniador, la curiosidad rabiosa de saber quién era y el deseo de enfrentarse con él para poder confundirle. Pero me aseguró que, por lo menos a mí, no me guardaba rencor.

—Si eso fuera verdad, te lo habría dicho. Pero a Andrea y a mí, tanto a una como a otra, nos horrorizan esas cosas. Claro que a nuestra edad hemos visto ya mujeres con el pelo corto, con maneras de hombre y de esa clase que tú dices, y nos dan asco.

Albertina no me daba más que su palabra, una palabra perentoria y no apoyada en pruebas. Pero esto era precisamente lo que más podía calmarme, pues los celos pertenecen a esa familia de dudas enfermizas suscitadas, más por la energía de una afirmación que por su verosimilitud. Por lo demás, es propio del amor volvernos a la vez más desconfiados y más crédulos, hacernos sospechar de la que amamos más de lo que sospecharíamos de otra y dar crédito más fácilmente a sus negaciones. Hay que estar enamorado para tener la preocupación de que no haya más que mujeres honradas, lo que equivale a decir para pensar en esto; también hay que estar enamorado para desear que las haya, es decir, para asegurar que las hay. Es humano buscar el dolor y liberarse en seguida de él. Las proposiciones que pueden lograrlo nos parecen fácilmente verdaderas, no ponemos muchos reparos a un calmante que actúa. Y además, por múltiple que sea la criatura que amamos, puede en todo caso presentarnos dos personalidades esenciales, según que la veamos como nuestra o dirigiendo sus deseos a otra parte que no somos nosotros. La primera de estas personalidades tiene el poder especial de que nos impide creer en la realidad de la segunda, el secreto específico para lenificar los sufrimientos

que ésta nos ha causado. Ser amado es sucesivamente el remedio que quita y agrava el mal. Seguramente yo estaba preparado desde hacía mucho tiempo, por el poder que el ejemplo de Swann ejercía en mi imaginación y en mi facultad de emocionarme, para creer verdadero lo que temía, en lugar de lo que deseaba. Por eso la dulce satisfacción que me daban las palabras de Albertina estuve a punto de perderla un momento porque recordé la historia de Odette. Pero me dije que, si era justo ponerse en lo peor, no sólo cuando, para comprender los sufrimientos de Swann, había procurado ponerme en su lugar, sino ahora que se trataba de mí mismo, buscando la verdad como si se tratara de otro, no debía sin embargo llegar, por crueldad para mí mismo, soldado que elige el puesto no donde puede ser más útil sino donde puede estar más expuesto, caer en el error de tener una suposición por más cierta que las otras y sólo porque era más dolorosa. ¿No había un abismo entre Albertina, una muchacha de bastante buena familia burguesa, y Odette, una *cocotte* vendida desde la infancia por su madre? La palabra de la una no se podía comparar con la de la otra. Además Albertina no tenía el mismo interés en mentirme que tenía Odette en mentir a Swann. Y encima Odette había confesado lo que Albertina acababa de negar. Luego, no teniendo en cuenta aquellas diferencias de hecho en las situaciones, y reconstituyendo la vida real de mi amiga únicamente por lo que había sabido de la de Odette, habría cometido una falta de razonamiento tan grave —aunque inversa— como si me inclinara a una hipótesis porque me hacía sufrir menos que las otras. Tenía ante mí una Albertina nueva, verdad es que ya entrevista varias veces, al final de mi primera temporada en Balbec, una Albertina franca, buena, una Albertina que, por cariño a mí, acababa de perdonarme mis sospechas y de procurar disipármelas. Me hizo sentarme junto a ella en mi cama. Le di las gracias por lo que había dicho, le aseguré que estábamos reconciliados y que nunca volvería a ser duro con ella. Le dije que, de todos modos, debía irse a comer. Me preguntó si no estaba yo bien así. Y atrayendo hacia ella mi cabeza para una caricia que nunca me había hecho hasta entonces y que acaso debía yo a nuestro enfado ya terminado, pasó ligeramente la lengua por mis labios, intentando abrírmelos. Al principio no los abrí.

—¡Qué malo eres! —me dijo.

Me debía haber marchado aquella noche sin volver a verla jamás. Ya entonces presentía que, en el amor no compartido —lo que equivale a decir que en el amor, pues hay seres para los que no existe el amor

compartido—, sólo se puede gustar de la felicidad ese simulacro que me era dado en uno de esos momentos únicos en los que la bondad de una mujer, o su capricho, o el azar, aplican a nuestros deseos, en una coincidencia perfecta, las mismas palabras, los mismos actos que si de verdad fuéramos amados. Lo prudente hubiera sido considerar con curiosidad, poseer con delicia esa pequeña parcela de felicidad, a falta de la cual me hubiera muerto sin haber sospechado lo que la felicidad puede ser para corazones menos difíciles o más favorecidos; suponer que formaba parte de una felicidad grande y duradera que se me presentaba sólo en aquel punto; y, para que el día siguiente no infligiera un mentís a aquel simulacro, no arriesgarse a pedir un favor más después del que sólo se debió al artificio de un minuto de excepción. Debí marcharme de Balbec, encerrarme en la soledad y quedarme en armonía con las últimas vibraciones de la voz que yo había sabido hacer amorosa por un momento, sin exigirle ya nada más que una cosa: que no volviera nunca a dirigirse a mí, por miedo de que una palabra nueva que no podía menos de ser diferente viniera a herir con una disonancia el silencio sensitivo donde, como por efecto de un pedal, pudiera sobrevivir mucho tiempo en mí la tonalidad de la felicidad.

Tranquilizado por mi explicación con Albertina, volví a vivir más junto a mi madre. Le gustaba hablarme dulcemente del tiempo en que mi abuela era más joven. Temiendo que yo me reprochara las tristezas con que había podido ensombrecer el final de su vida, mi madre volvía a menudo a los años en que mis primeros estudios causaron a mi abuela satisfacciones que hasta ahora me habían ocultado siempre. Volvíamos a hablar de Combray. Mi madre me dijo que por lo menos allí yo leía y que lo mismo debía hacer en Balbec, si no trabajaba. Le contesté que, precisamente por rodearme de los recuerdos de Combray y de los bonitos platos pintados, me gustaría volver a leer *Las mil y una noches*. Como antaño en Combray cuando me regalaba libros el día de mi santo, mi madre me encargó a escondidas, para darme una sorpresa, las *Mille et une Nuits* de Galland, y las *Mille et une Nuits* de Mardrus. Pero después de hojear las dos traducciones, a mi madre le hubiera gustado que yo optara por la de Galland, aunque, temiendo influir en mí, por el respeto que tenía a la libertad intelectual, por miedo a intervenir torpemente en la vida de mi pensamiento y por el sentimiento de que, por ser mujer, por una parte carecía de la necesaria competencia, y por otra no debía juzgar las lecturas

de un muchacho según lo que a ella le chocara. Le había repugnado en ciertos cuentos la inmoralidad del tema y la crudeza de la expresión. Pero sobre todo, a ella, que conservaba religiosamente, como reliquias, no sólo el libro de madame de Sévigné, el cepillo, el *en tout cas*, el abrigo, sino las maneras de pensamiento y de lenguaje de su madre, buscando en toda ocasión cualquier parecer que ella hubiera podido emitir, no podía dudar que mi abuela hubiera condenado el libro de Mardrus. Recordaba que en Combray, cuando yo leía a Augustin Thierry antes de ir de paseo por la parte de Méséglise, mi abuela, contenta de mis lecturas, de mis paseos, se indignaba, sin embargo, de que aquel cuyo nombre permanecía unido a este hemistiquio: «*Puis régne Méroveé*» llamado Merowig, se negara a decir Carolingios en vez de *Carlovingios*, a los que ella era fiel. Además yo le había contado lo que mi abuela pensaba de los nombres griegos que Bloch, siguiendo a Leconte de Lisie, daba a los dioses de Homero, llegando, y en las cosas más sencillas, hasta el punto de considerar un deber religioso, en el que él creía que radicaba el talento literario, adoptar una ortografía griega. Si en una carta tenía que decir, por ejemplo, que el vino que bebían en su casa era un verdadero néctar, escribía un verdadero nektar, con *k*, lo que le permitía burlarse del nombre de Lamartine. Y si una *Odisea* en la que faltaran los nombres de Ulises y de Minerva ya no era para ella la *Odisea*, ¿qué hubiera dicho al ver deformado ya en la cubierta el título de sus *Mil y una noches* al no encontrar, exactamente transcritos como estaba de siempre acostumbrada a decirlos, los nombres inmortalmente familiares de *Shéhérazade*, de *Dinarzade*, donde, desbautizados, si nos permitimos emplear esta palabra tratándose de cuentos musulmanes, el encantador *Calife* y los poderosos *Génies* apenas eran reconocibles, transformados como estaban el uno en «Khalifat» y los otros en «Gennis»? Pero mi madre me entregó las dos obras y le dije que las leería los días en que me sintiera demasiado cansado para ir de paseo.

Pero estos días no eran muy frecuentes. íbamos como antaño a merendar en pandilla, Albertina, sus amigas y yo, al acantilado o a la granja Marie-Antoinette. Pero a veces Albertina me daba esta gran alegría: «Hoy quiero estar un poco sola contigo, será más agradable vernos los dos». Entonces decía que tenía que hacer, que además no tenía que dar cuentas a nadie, y para que las otras, si de todos modos iban de excursión sin nosotros, no pudieran encontrarnos, íbamos los dos solos, como dos amantes, a Bagatelle o a Croix d'Heulan, mientras la pandilla, a la que



nunca se le hubiera ocurrido buscarnos por aquella parte, se quedaba indefinidamente, con la esperanza de vernos llegar, en Marie-Antoinette. Recuerdo el tiempo cálido que entonces hacía y que a los jornaleros de la granja que trabajaban al sol les caía de la frente una gota de sudor, vertical, regular, intermitente, como la gota de agua de un depósito, alternando con la caída de la fruta madura que se desprendía del árbol en los «cierros» vecinos; aquel tiempo, con aquel misterio de una mujer escondida, sigue siendo para mí la parte más consistente de todo amor. Si me hablan de una mujer en la que no pensaría ni un momento, altero todas las citas de la semana para conocerla si en esa semana hace un tiempo como aquél y si he de verla en una granja solitaria. Y aunque sé que ese tiempo no es ella, ese tiempo es el cebo que me atrae, por más que lo conozco muy bien, y que basta para pescarme. Sé que en un tiempo frío, en una ciudad, a esa mujer podría desearla, pero sin sentimiento romancesco, sin enamorarme de ella; el amor no es menos fuerte una vez que, gracias a las circunstancias, me ha encadenado —es solamente más melancólico, como en la vida llegan a serlo nuestros sentimientos por las personas a medida que vamos siendo más conscientes de la parte cada vez menor que ocupan en ella y de que el nuevo amor que quisiéramos tan duradero, sujeto al plazo, corto ya, de nuestra vida misma, será el último.

Aún había poca gente en Balbec, pocas muchachas. De cuando en cuando veía alguna en la playa, sin interés, aunque muchas coincidencias parecían certificar que era la misma a quien yo había visto desesperado por no poder acercarme a ella cuando salía con sus amigas del picadero o de la escuela de gimnasia. Si era la misma (y yo me guardaba de hablar de ella a Albertina), la muchacha que a mí me había parecido enloquecedora no existía. Pero yo no podía llegar a una certeza, pues la cara de aquellas muchachas no ocupaba en la playa un volumen, no ofrecía una forma permanente, contraída, dilatada, transformada como era por mi propia espera, la inquietud de mi deseo o un bienestar que se basta a sí mismo, los diferentes trajes que llevaban, la rapidez de su marcha o su inmovilidad. Sin embargo, desde muy cerca, dos o tres me parecían adorables. Cada vez que veía a una de ellas, me daban ganas de llevarla a la Avenida de los Tamarindos, o a las dunas, mejor aún al acantilado. Pero aunque en el deseo, comparado con la indiferencia, entra ya esa audacia que es un comienzo, siquiera sea unilateral, de realización, de todos modos, entre mi deseo y la acción que sería pedirle que me permitiera

besarla, había todo el «blanco» indefinido de la duda, de la timidez. Entonces entraba en la repostería y bebía una tras otra siete u ocho copas de oporto. Inmediatamente, en vez del intervalo imposible de llenar entre mi deseo y la acción, el efecto del alcohol trazaba una línea que casaba el deseo con la acción. Se acabaron la duda y el miedo. Me parecía que la muchacha iba a volar hacia mí. Me iba derecho a ella y las palabras salían por sí mismas de mis labios: «Me gustaría pasear con usted. ¿Quiere que vayamos al acantilado? Detrás del bosquecillo que protege la casita desmontable que ahora está deshabitada, no nos molestará nadie.» Todas las dificultades de la vida quedaban resueltas, allanados todos los obstáculos a la unión de nuestros cuerpos. Todos los obstáculos, al menos para mí. Pues para la que no había tomado oporto, no se habían volatilizado. Y aunque lo hubiera tomado y el mundo hubiera cobrado para ella realidad, el sueño largamente acariciado que entonces le pareciera súbitamente realizable no sería, ni mucho menos, caer en mis brazos.

Las muchachas no sólo eran contadas, sino que en aquella estación que no era todavía el verano se quedaban poco tiempo. Recuerdo una de piel de un rojo coleo, ojos verdes, mejillas coloradas y cuya figura doble y ligera parecía esas semillas aladas de ciertos árboles. No sé qué viento la trajo a Balbec y qué otro viento se la llevó. Fue tan rápidamente que durante unos días sentí una pena que me atreví a confesar a Albertina cuando comprendí que aquella muchacha se había ido para siempre.

Debo decir que a algunas de aquellas muchachas, o yo no las conocía en absoluto, o no las había visto desde hacía años. A veces, antes de acercarme a ellas, les escribía. Si su respuesta me permitía creer en un amor posible, ¡qué alegría! Al principio de una amistad con una mujer, y aun cuando no haya de realizarse después, no podemos separarnos de esas primeras cartas recibidas. Queremos tenerlas siempre con nosotros, como si fueran flores que nos han mandado y que no dejamos de mirarlas si no es para olerías de muy cerca. La frase que sabemos de memoria nos gusta releerla, y en las menos literalmente aprendidas queremos comprobar el grado de cariño de una expresión. ¿Ha escrito: «Su carta querida»? Pequeña decepción en la dulzura que respiramos y que se debe atribuir, bien a que hemos leído demasiado de prisa, bien a la letra ilegible de la comunicante; no ha puesto: «y su *chère* carta», sino «al ver *cette* carta». Pero el resto es tan tierno... ¡Oh, que vengan mañana otras flores iguales! Pues esto no basta, las palabras escritas habría que confrontarlas con las

miradas, con la voz. Se concierta una cita, y —acaso sin que la muchacha haya cambiado— allí donde, por la descripción hecha o por el recuerdo personal, creíamos encontrar al hada Viviana, encontramos al Gato con Botas. Aun así, la citamos para el día siguiente, pues a pesar de todo es *ella*, y lo que deseábamos era ella. Ahora bien, esos deseos por una mujer con la que se ha soñado no hacen absolutamente necesaria la belleza de un determinado rasgo. Esos deseos son sólo el deseo de un determinado ser; vagos como perfumes, como el estoraque era el deseo de Protiraya, el azafrán el deseo etéreo, los aromáticos el deseo de Hera, el mirto el perfume de las nubes, el maná el deseo de Niquea, el incienso el perfume del mar. Pero estos perfumes que cantan los himnos órficos son mucho menos numerosos que las divinidades a las que rinden culto. La mirra es el perfume de las nubes, pero también de Protógonos, de Neptuno, de Nerea, de Leto; el incienso es el perfume del mar, pero también el de la bella Diquea, de Temis, de Circe, de las nueve musas Eos, de Mnemosine, del día, de Dikayosuné. En cuanto al estoraque, el maná y los aromáticos, no acabaríamos nunca de decir las divinidades que los inspiran, tan numerosas son. Anfletes tiene todos los perfumes, excepto el incienso, y Gaya rechaza solamente las habas y los aromáticos. Lo mismo ocurría con mis deseos por las muchachas. Menos numerosos que ellas, se tornaban en decepciones y en tristezas bastante parecidas unas a otras. Nunca me ha gustado la mirra. La he reservado para Jupien y para la princesa de Guermantes, pues la mirra es el deseo de Protógonos «el de los dos sexos, con el mugido de toro, el de las numerosas orgías, memorable, inenarrable, que descende, alegre, a los sacrificios de los Orgiofantes».

Pero no tardó la temporada en alcanzar su máximo auge; cada día llegaba alguien, y mis paseos, reemplazando a la deliciosa lectura de *Las mil y una noches*, eran ahora más frecuentes por una causa nada placentera y que los emponzoñaba todos. La playa estaba ahora llena de muchachas, y como la idea que me había sugerido Cottard, más que infundirme nuevas sospechas, me había hecho sensible y frágil en esto, y prudente para impedir que aquellas sospechas cristalizaran en mí, cuando llegaba a Balbec una muchacha nueva me sentía más a gusto y proponía a Albertina los lugares de excursión más lejanos, para que no pudiera conocerla e incluso, si era posible, para no ver a la recién llegada. Como es natural, recelaba más aún de las que tenían aspecto o fama de pertenecer al reprobado género; trataba de convencer a mi amiga de que esta mala fama

no tenía fundamento, de que era calumniosa, y lo hacía, quizá sin confesármelo, por miedo, todavía inconsciente, de que Albertina intentara entrar en relación con la depravada, o de que lamentara no poder buscarla por causa mía, o de que creyera, por los numerosos ejemplos, que un vicio tan extendido no era condenable. Al negarlo de cada culpable, yo tendía nada menos que a negar la existencia del safismo. Albertina adoptaba mi incredulidad en cuanto al vicio de ésta o de la otra: «No, yo creo que es nada más que presume de serlo, que es para darse personalidad». Pero entonces yo me arrepentía de haber defendido la inocencia, pues me desagradaba que Albertina, tan severa antes, pudiera creer que «aquello» fuera tan halagador, tan distinguido como para que una mujer exenta de tales gustos quisiera aparentarlo. Yo hubiera querido que no viniera a Balbec ninguna otra mujer; temblaba de pensar que, como era aproximadamente la época en que madame Putbus debía llegar a casa de los Verdurin, su doncella, cuyas preferencias no me había ocultado Saint-Loup, pudiera venir de excursión hasta la playa, y si era un día en que yo no estaba con Albertina, procurar corromperla. Como Cottard me había dicho que los Verdurin tenían mucho interés por mí y, sin querer que pareciera que iban detrás de mí, como ellos decían, darían cualquier cosa por que fuese a su casa, llegué a pensar si no podría obtener de madame Verdurin, mediante la promesa de llevarle en París a todos los Guermantes del mundo, que, con cualquier pretexto, dijera a madame Putbus que no podía tenerla en su casa y la hiciera marcharse en seguida.

A pesar de estos pensamientos, y como lo que me preocupaba sobre todo era la presencia de Andrea, el apaciguamiento que me habían dado las palabras de Albertina persistía un poco aún; por otra parte, sabía que pronto no iba a necesitarlo, pues Andrea se iba a marchar con Rosamunda y con Gisela casi en el momento en que llegaba todo el mundo, y sólo le quedaban unas pocas semanas para estar con Albertina. Y en estas pocas semanas Albertina parecía combinar todo lo que hacía, todo lo que decía, con el propósito de acabar con mis sospechas, si alguna me quedaba, o de impedir que renacieran. Se las arreglaba para no quedarse nunca sola con Andrea y, cuando volvíamos de paseo, insistía para que yo la acompañase hasta la puerta de su casa y para que fuera a buscarla a la hora de salir. Andrea, por su parte, tomaba las mismas precauciones, parecía evitar encontrarse con Albertina. Y este visible acuerdo entre ellas no era el único indicio de que Albertina debía de haber puesto a su amiga al

corriente de nuestra conversación pidiéndola que tuviera la gentileza de calmar mis absurdas sospechas.

Por aquella época se produjo en el Gran Hotel de Balbec un escándalo que no contribuyó precisamente a cambiar la dirección de mis tormentos. Desde hacía algún tiempo la hermana de Bloch sostenía con una antigua actriz relaciones secretas que no tardaron en encontrar insuficientes. Les parecía que la ostentación de su placer le daba perversidad, y decidieron bañar sus peligrosos retozos en las miradas de todo el mundo. La cosa comenzó por caricias, que se podían atribuir a una intimidad amistosa, en la sala de juego, junto a la mesa de bacará. Luego se enardecieron. Hasta que una noche, en un rincón, ni siquiera oscuro, del gran salón de baile, no se recataron más que si estuvieran en la cama. Dos militares que estaban no lejos de allí con sus mujeres se quejaron a la dirección. Por un momento se creyó que su protesta tendría alguna eficacia. Pero ocurría que aquellos oficiales, que habían ido por una noche a Balbec desde Nettelhome, donde vivían, no eran de ninguna utilidad para el director, mientras que mademoiselle Bloch contaba, incluso sin querer, y dijera lo que dijera el director, con la protección de monsieur Nissim Bernard. Diremos por qué. Monsieur Nissim Bernard practicaba en el más alto grado las virtudes de familia. Todos los años alquilaba en Balbec una magnífica villa para su sobrino, y por ninguna invitación dejaría de volver a comer a su casa, que era en realidad la casa de los dos. Pero en cambio no almorzaba nunca en ella. Al mediodía iba siempre al Gran Hotel. Y es que sostenía, como otros a una vicetiple, a un empleadito, bastante parecido a los botones de que hemos hablado y que nos hacía pensar en los jóvenes israelitas de *Esther* y de *Athalie*. En realidad, los cuarenta años que separaban a monsieur Nissim Bernard del empleadito hubieran debido preservar a éste de un contacto poco placentero. Pero como con tanta sabiduría dice Racine en los mismos coros:

*Mon Dieu, qu'une vertu naissante,  
Parmi tant de périls marche à pas incertains!  
Qu'une âme qui te cherche et veut être innocente,  
Trouve d'obstacle à ses desseins!*

Aunque el joven empleado había vivido «lejos del gran mundo», en el Temple-Palace de Balbec, no siguió el consejo de Joad:

*Sur la richesse et l'or ne mets point ton appui*

Quizá había pensado: «*Les pécheurs couvrent la terre*». El caso es que desde el primer día, y monsieur Nissim Bernard no esperaba un plazo tan corto,

*Et soit frayeur encore, ou pour le caresser,  
De ses bras innocents il se sentit presser*

Y al segundo día, paseando monsieur Nissim Bernard al muchachito, «*l'abord contagieux altérait son innocence*». Desde entonces cambió la vida del camarerito. Aunque siguiera llevando a las mesas el pan y la sal, como su jefe le mandaba, todo su semblante cantaba:

*Defleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs,  
Promenons nos désirs...  
De nos ans passagers le nombre est incertain,  
Hâtons-nous aujourd'hui de jouir de la vie!.  
L'honneur et les emplois  
Sont le prix d'une aveugle et douce obéissance,  
Pour la triste innocence  
Qui voudrait élever la voix?*

Desde aquel día, monsieur Nissim Bernard no dejó nunca de ir a ocupar su sitio en el almuerzo (como no dejaría de ir a ocupar su sitio en la orquesta alguien que tuviera una querida entre las coristas, una corista de un género muy caracterizado y que está esperando su Degas). Monsieur Nissim Bernard se complacía en seguir en el comedor, y hasta en las

lejanas perspectivas donde, bajo su palmera, reinaba la cajera, las evoluciones del adolescente atareado en el servicio, en el servicio de todos, y menos de monsieur Nissim Bernard desde que se lo había adjudicado, bien porque el muchachito no creyera necesario manifestar la misma amabilidad a aquel de quien se creía suficientemente bienquisto, bien porque aquel amor le irritara o porque temiera que, si lo descubrían, podía perder otras ocasiones. Pero hasta esta frialdad le gustaba a monsieur Nissim Bernard, por todo lo que disimulaba. Fuera por atavismo hebraico o por profanar el sentimiento cristiano, se complacía mucho en la ceremonia raciniana, lo mismo judía que católica. Si esta ceremonia hubiera sido una verdadera representación de *Esther* o de *Athalie*, monsieur Bernard habría lamentado que la diferencia de los siglos no le permitiera conocer al autor, Jean Racine, con el fin de obtener para su protegido un papel más importante. Pero como la ceremonia del almuerzo no procedía de ningún escritor, se contentaba con estar en buenos términos con el director y con Amado para que «el joven israelita» fuera ascendido a las funciones deseadas, subjefe o hasta jefe de grupo. Le habían ofrecido las de repostero, pero monsieur Bernard le obligó a rechazarlas, porque no hubiera podido ir todos los días a verle correr en el comedor verde y a que le sirviera a él como a un extraño.

Y este placer era tan fuerte que monsieur Bernard volvía todos los años a Balbec y almorzaba fuera de casa, costumbres estas en las que Bloch veía, en la primera un interés poético por la hermosa luz y las puestas de sol de esta costa, preferida a cualquier otra; en la segunda, una manía inveterada de viejo solterón.

En realidad, este error de los parientes de monsieur Nissim Bernard, que no sospechaban la verdadera razón de su retorno anual a Balbec, y lo que la pedante madame Bloch llamaba sus «*découchages* en cocina», este error era una verdad más profunda y de segundo grado. Pues monsieur Nissim Bernard ignoraba él mismo lo que podía entrar de amor a la playa de Balbec, a la vista que se dominaba desde el restaurante que daba al mar, y de costumbres maniáticas, en su gusto de sostener como a una corista de otra clase, que todavía está esperando su Degas, a un sirviente de los que son también coristas. Por todo esto, monsieur Nissim Bernard mantenía excelentes relaciones con el director de aquel teatro que era el hotel de Balbec y con el director de escena que era Amado —cuyo papel en todo este asunto no era de los más lípidos—. Alguna vez intrigaría para

obtener un gran papel, quizá un cargo de jefe de comedor. Mientras tanto, el placer de monsieur Nissim Bernard, por poético y serenamente contemplativo que fuera, tenía un poco el carácter de esos hombres mujeriegos que siempre saben —en otro tiempo Swann, por ejemplo— que frecuentando el mundo volverán a encontrar a su amante. Nada más sentarse a la mesa, monsieur Nissim Bernard vería salir a escena al objeto de sus deseos llevando en las manos una bandeja con fruta o con cigarros. Y todas las mañanas, después de besar a su sobrina, de interesarse por el trabajo de mi amigo Bloch y de dar a sus caballos terrones de azúcar en la palma de la mano, se daba una prisa febril por llegar a almorzar al Gran Hotel. Ya podía haber fuego en su casa o darle un ataque a su sobrina, que seguramente se iría lo mismo. Por eso temía como a la peste un catarro que le obligara a guardar cama —pues era hipocondríaco— y a pedir a Amado que le mandara a casa, antes de la hora de merendar, a su joven amigo.

Además le gustaba todo el laberinto de pasillos, de reservados, de salones, de guardarropas, de despensas, de galerías que era el hotel de Balbec. Por atavismo de oriental, le gustaban los serrallos, y cuando salía por la noche se le veía explorar furtivamente los alrededores.

Mientras monsieur Nissim Bernard, internándose por los sótanos y procurando no ser visto y evitar el escándalo, en su búsqueda de los jóvenes levitas, hacía recordar los versos de *La Juive*:

*O Dieu de nos peres,  
Parmi nous descends,  
Cache nos mystères  
A l'il des méchants!*

yo, por lo contrario, subía a la habitación de dos hermanas que habían acompañado a Balbec, como doncellas, a una anciana señora extranjera. Era lo que el lenguaje de los hoteles llamaba dos *courrières* y el de Francisca, que se imaginaba que un *courrier* o una *courrière* están para hacer *courses* dos *coursières*. Los hoteles se han quedado, más noblemente, en el tiempo en que se cantaba: «Es un correo de gabinete».

A pesar de lo difícil que era para un cliente ir a las habitaciones de *courrières*, y recíprocamente, yo había hecho en seguida amistad muy



viva, aunque muy pura, con aquellas dos muchachas, mademoiselle María Gineste y madame Celeste Albaret. Nacidas al pie de las altas montañas del centro de Francia, a orillas de riachuelos y torrentes (el agua pasaba hasta al pie de su casa familiar, en la que giraba un molino y que había quedado devastada varias veces por las inundaciones), parecían conservar la naturaleza de aquellos lugares. María Gineste era más regularmente rápida y saltarina, Celeste Albaret más blanda y lánguida, quieta como un lago, pero con terribles accesos de remolinos en los que su furia recordaba el peligro de las crecidas y de los torrentes líquidos que se lo llevan todo por delante, que todo lo devastan. Solían venir a verme por la mañana, cuando yo estaba todavía en la cama. No he conocido en mi vida personas tan decididamente ignorantes, que, sin haber aprendido en la escuela absolutamente nada, había, sin embargo, en su lenguaje algo tan literario que, a no ser por la naturalidad casi salvaje de su tono, creyéranse afectadas sus palabras. Con una familiaridad que no retoco, a pesar de los elogios (que no pongo aquí por alabarme, sino por alabar el raro talento de Celeste) y las críticas, no menos falsas, pero muy sinceras, que estas palabras parecen contener respecto a mí, mientras yo mojaba bollos en la leche, Celeste me decía:

—¡Hola, diablejo negro, pelo de cuervo, gran pícaro! No sé en qué pensaba su madre cuando le hizo. Mira, María, cualquiera diría que se alisa las plumas y tuerce el cuello con una ligereza... Es todo él tan ligero que parece que va a echar a volar. Buena suerte ha tenido de haber nacido en el mundo de los ricos. Si no es por eso, con lo derrochón que es... Mírale cómo tira el bollo porque tocó la leche. ¡Anda, y ahora tira la leche!, espere que le ponga un servilleta, pues ni eso sabe. En mi vida he visto nadie tan tonto y tan torpe como usted.

Entonces se oía el ruido más regular de torrente de María Gineste, que increpaba furiosa a su hermana:

—Vamos, Celeste, ¡te quieres callar! ¡Estás loca para hablar al señor de esa manera!

Celeste no hacía más que sonreír; y como yo no podía soportar que me ataran una servilleta:

—Pero qué te parece, María, se levanta como una serpiente. Una serpiente, de verdad.

Prodigaba siempre las comparaciones zoológicas, pues, según ella, no se sabía cuándo estaba yo dormido, revoloteaba toda la noche como una

mariposa y por el día era tan rápido como esas ardillas, «ya sabes, María, esas ardillas que hay en nuestro pueblo, tan espabiladas que no se las puede seguir ni con los ojos».

—Pero, Celeste, ya sabes que no le gusta ver una servilleta cuando está comiendo.

—Qué va, no es que no le guste, es para que se vea que no se puede cambiar su voluntad. Es un señor y quiere demostrar que es un señor. Aunque haya que cambiarle diez veces las sábanas, no da su brazo a torcer. Las de ayer ya habían cumplido, pero hoy acaban de cambiárselas y ya habrá que cambiárselas otra vez. Razón tenía yo de decir que no estaba hecho para nacer pobre. Mira, mira cómo se le eriza el pelo, se le alborota de rabia como las plumas de los pájaros. ¡Pobre *plumoncillo*!

Ahora ya no era solamente María la que protestaba, sino yo, pues no me sentía señor en absoluto. Pero Celeste no creía nunca en la sinceridad de mi modestia y, cortándome la palabra:

—¡Qué saco de cuerdas, qué suavidad, qué perfidia, ladino como él solo, qué zorro, más que zorro! ¡Ah, Moliere! —era el único nombre de escritor que conocía, pero me lo aplicaba pensando que se trataba de alguien capaz de escribir obras y de representarlas.

—¡Celeste! —exclamaba imperiosamente María, que ignoraba el nombre de Moliere y temía que fuera un nuevo insulto. Celeste sonreía:

—¿No has visto en su cajón su retrato de cuando era niño? Quería hacernos creer que le vestían siempre muy sencillamente. Y está ahí, con su bastoncito, todo pieles y puntillas, como nunca se vio a un príncipe. Pero eso no es nada al lado de su inmensa majestad y de su bondad todavía más grande.

—De modo que le andas hurgando los cajones —tronaba el torrente María.

Para tranquilizar los temores de María, yo le preguntaba qué le parecía lo que hacía monsieur Nissim Bernard.

—¡Ah, señor, nunca hubiera creído que existieran esas cosas: ha habido que venir aquí para verlas! —y, comiéndole por una vez el peón a Celeste con una palabra más profunda—: Ya ve usted, señor, nunca se sabe lo que puede haber en una vida.

Para cambiar de conversación, le hablaba de mi padre, que trabajaba noche y día.

—¡Ah, señor!, en esas vidas no se guarda nada para sí mismo, ni un minuto, ni un gusto; todo, absolutamente todo es un sacrificio por los demás, son vidas regaladas... Mira, Celeste, nada más que para poner la mano en la colcha y coger el bollo, ¡qué distinción! Hasta en las cosas más insignificantes, parece que toda la nobleza de Francia, de aquí a los Pirineos, está en cada uno de sus movimientos.

Abrumado con este retrato tan poco verídico, me callaba, y Celeste interpretaba esto como una astucia más.

—Esa frente que parece tan pura y que oculta tantas cosas, esas mejillas amigas y frescas como el interior de una almendra, esas manos de raso con su pelusa, esas uñas como garras, etc. Mira, María, bebe la leche con un recogimiento que me da ganas de ponerme a rezar. ¡Qué seriedad! En este momento sí que habría que retratarle. Parece enteramente un niño. ¿Es tomar leche como ellos lo que le ha conservado esa color tan clara? ¡Qué juventud! ¡Qué cutis más precioso! No será nunca viejo. Tiene suerte, nunca tendrá que levantar la mano a nadie, pues tiene unos ojos que saben imponer su voluntad. Y mírale ahora enfadado. Se tiene de pie, derecho como la verdad misma.

A Francisca no le gustaba nada que aquellas dos zalameras vinieran así a darme conversación.

El director, que hacía a sus empleados espiar todo lo que pasaba, llegó a decirme gravemente que no era digno de su cliente hablar así con unas *courrières*. Pero a mí me parecían las «zalameras» superiores a todas las dientas del hotel y me limité a reírme en sus narices, seguro de que no comprendería mis explicaciones. Y las dos hermanas volvían.

—Mira, María, qué facciones tan finas, una perfecta miniatura, más bella que la más preciosa que se pudiera ver en una vitrina, pues tiene movimientos y palabras como para estar escuchándole día y noche.

Milagro que una señora extranjera pudiera llevárselas, pues, sin saber historia ni geografía, odiaban de oídas a los ingleses, a los rusos, a los alemanes, a los italianos, esa «plaga» de los extranjeros, y sólo les gustaban, con excepciones, los franceses. Su cara conservaba de tal modo la humedad de la maleable arcilla de sus ríos que, en cuanto se hablaba de un extranjero llegado al hotel, para repetir lo que había dicho, Celeste y María aplicaban a sus rostros su rostro, sus bocas pasaban a ser su boca, sus ojos los de él, daban ganas de conservar aquellas admirables máscaras de teatro. Celeste, haciendo que se limitaba a repetir lo que había dicho el

director, o un amigo mío, insertaba en su pequeño relato palabras fingidas que pintaban maliciosamente todos los defectos de Bloch, o del primer presidente, etc., y esto sin parecerlo. Era un retrato inimitable, en forma de explicación de un simple encargo amablemente asumido por ella. No leían nunca nada, ni siquiera un periódico. Pero un día encontraron un libro en mi cama. Eran unos poemas admirables pero oscuros de Saint-Léger. Celeste leyó unas páginas y me dijo:

—Pero ¿está usted seguro de que son versos, no serán más bien adivinanzas?

La verdad es que para una persona que había aprendido en su infancia una sola poesía: *En este mundo mueren todas las lilas*, había una falta de transición. Creo que su tenacidad en no aprender nada se debía un poco a su país malsano. Sin embargo, estaban tan dotadas como un poeta, con más modestia de la que tienen generalmente los poetas. Pues cuando Celeste decía algo notable y yo, no recordándolo bien, le pedía que me lo repitiera, ella aseguraba que lo había olvidado. Nunca leerán libros, pero tampoco los escribirán.

Francisca se quedó bastante impresionada al enterarse de que los dos hermanos de aquellas mujeres tan humildes se habían casado, uno con la sobrina del arzobispo de Tours y el otro con una pariente del obispo de Rodez. Al director, esto no le hubiera dicho nada. Celeste reprochaba a veces a su marido que no la comprendía, y a mí me extrañaba que él pudiera soportarla, pues en ciertos momentos, trémula, furibunda, lo echaba a perder todo, era odiosa. Dicen que el líquido salado que es nuestra sangre no es más que la supervivencia interior del primitivo elemento marino. De la misma manera, yo creo que Celeste, no sólo en sus furias, sino también en sus horas de depresión, conservaba el ritmo de los riachuelos de su país. Cuando se agotaba, le pasaba lo que a ellos: se quedaba verdaderamente en seco. Nada hubiera podido entonces revivificarla. Luego, de pronto, volvía la circulación a su gran cuerpo magnífico y ligero. Corría el agua en la opalina transparencia de su piel azulada. Sonreía al sol y se volvía más azul aún. En estos momentos era verdaderamente celeste.

Por más que la familia de Bloch no sospechara nunca la causa de que su tío no almorzara jamás en casa y hubiera aceptado esto desde el principio como una manía de solterón, tal vez por exigencias de unas relaciones con alguna actriz, todo lo que se refería a monsieur Nissim

Bernard era tabú para el director del hotel de Balbec. Y por eso, aun sin referirse al tío, no se había atrevido a llamar la atención a la sobrina, aunque sí a recomendarle un poco de circunspección. Pero la muchacha y su amiga, que, durante unos días, se habían creído excluidas del casino y del Gran Hotel, al ver que todo se arreglaba, se dieron el gusto de demostrar a los padres de familia que no las trataban que podían impunemente permitírsele todo. Claro que no llegaron hasta repetir la escena pública que había indignado a todo el mundo. Pero poco a poco volvieron insensiblemente a sus maneras.

Y una noche que salía yo del casino medio apagado, con Albertina y con Bloch, al que habíamos encontrado, pasaron enlazadas, sin dejar de besarse, y al llegar a nosotros, lanzaron zureos, risitas, gritos indecentes. Bloch bajó los ojos para que no pareciera que reconocía a su hermana, y yo sufría pensando que acaso aquel lenguaje especial y atroz se dirigía a Albertina.

Otro incidente acentuó más aún mis preocupaciones respecto a Gomorra. Había visto en la playa a una mujer bella, esbelta y pálida cuyos ojos disponían, en torno a su centro, unos rayos tan geoméricamente luminosos que hacían pensar en una constelación. Pensé que era mucho más bella que Albertina y que era preferible renunciar a la otra. A lo sumo, el rostro de aquella hermosa mujer había pasado bajo la invisible garlopa de una vida llena de bajezas, de la aceptación constante de expedientes vulgares, tanto que sus ojos, más nobles sin embargo que el resto de la cara, no debían de irradiar sino apetitos y deseos. Y al día siguiente, vi que aquella mujer, situada muy lejos de nosotros en el casino, no cesaba de posar en Albertina los rayos, alternados y giratorios, de sus miradas. Parecía que le hiciera señales como un faro. Me dolía que mi amiga viera que se fijaban tanto en ella, y temía que aquellas miradas incesantemente encendidas tuvieran el significado convencional de una cita de amor para el día siguiente. Acaso aquella cita no fuera la primera. La mujer de los ojos radiantes había venido acaso a Balbec otro año. Quizá porque Albertina había cedido ya a sus deseos o a los de una amiga, se permitía dirigirle aquellas brillantes señas. Entonces, hacían más que reclamar algo para el presente: se basaban para ello en buenas horas del pasado.

En este caso, aquella cita no debía de ser la primera, sino la continuación de las de otros años. Y, en efecto, las miradas no decían «¿Quieres?». Desde que la mujer aquella vio a Albertina, volvió por

completo la cabeza y lucieron en sus ojos unas miradas pletóricas de memoria, como temerosa y extrañada de que mi amiga no se acordase. Albertina, que la veía muy bien, permaneció flemáticamente inmóvil, de suerte que la otra, con el mismo género de discreción de un hombre que ve con otro amante a su antigua querida, deja de mirarla y de ocuparse de ella como si no hubiera existido.

Pero a los pocos días tuve la prueba de las aficiones de aquella mujer y también de la probabilidad de que hubiera conocido antes a Albertina. A veces, cuando, en la sala del casino, dos muchachas se deseaban, se producía como un fenómeno luminoso, una especie de estela fosforescente que iba de una a otra. Diremos de paso que, con ayuda de tales materializaciones, aunque imponderables, con aquellos signos astrales que inflamaban toda una parte de la atmósfera, Gomorra, dispersa, tiende, en cada ciudad, en cada pueblo, a juntar a sus miembros separados, a reconstruir la ciudad bíblica mientras en todas partes los nostálgicos, los hipócritas, a veces los valientes desterrados de Sodoma, realizan los mismos esfuerzos, aunque sólo sea por una reconstrucción intermitente.

Una vez vi a la desconocida que Albertina había aparentado no reconocer, justamente en el momento en que pasaba la prima de Bloch. Los ojos de la joven brillaron como estrellas, pero se veía bien que no conocía a la señorita israelita. La veía por primera vez, sentía un deseo, escasas dudas, en modo alguno la misma certidumbre que ante Albertina, de cuya camaradería debía de estar tan segura que, ante su frialdad, había sentido la sorpresa de un extranjero muy conocedor de París pero que no vive en París y que, cuando vuelve a pasar en París unas semanas, ve que han hecho un banco en el lugar del pequeño teatro en el que acostumbraba a pasar buenas veladas.

La prima de Bloch se sentó en una mesa y se puso a mirar una revista. No tardó la desconocida joven en ir, con aire distraído, a sentarse a su lado. Pero en seguida se hubiera podido ver el juego de sus pies, y luego de sus piernas y de sus manos, que estaban unidas. Siguieron las palabras, se inició la conversación, y el ingenuo marido de la mujer desconocida, que la estaba buscando por todas partes, se quedó muy extrañado de encontrarla haciendo proyectos para la noche con una joven que él no conocía. Su mujer le presentó a la prima de Bloch como una amiga de la infancia, con un nombre ininteligible, pues había olvidado preguntarle cómo se llamaba. Pero la presencia del marido hizo avanzar un paso a su

intimidad, pues se tutearon, porque se habían conocido en el convento, incidente del que después se rieron mucho, así como del marido burlado, con un regocijo que dio ocasión a otras tiernas expansiones.

En cuanto a Albertina, no puedo decir que en ninguna parte, en el casino, en la playa, tuviera con una muchacha maneras demasiado libres. Yo les encontraba incluso un exceso de frialdad y de insignificancia que, más que buena educación, parecía una habilidad para desviar las sospechas. Tenía una manera rápida, glacial y decente de contestar en voz alta a una muchacha: «Sí, iré al tenis a eso de las cinco. Mañana por la mañana iré a bañarme a eso de las ocho», y dejaba en seguida a la persona a la que acababa de decir esto —que tenía una tremenda traza de querer despistar, y ya de dar una cita, o más bien, después de haberla dado en voz baja, de decir en voz alta esta frase, para no llamar la atención. Y después, cuando la veía coger la bicicleta y salir a toda velocidad, no podía menos de pensar que iba a encontrarse con aquella a la que apenas había hablado.

A lo sumo, cuando alguna mujer bonita bajaba del automóvil al borde de la playa, Albertina no podía menos de volverse a mirarla. Y en seguida explicaba:

—Estaba mirando la nueva bandera que han puesto delante de los baños. Ya podían haberse gastado algo más. La otra estaba bastante apolillada, pero creo que ésta es todavía más fea.

Una vez Albertina no se limitó a una actitud fría, y esto me hizo más daño. Sabía que no me gustaba que viera a una amiga de su tía de mala fama que iba a veces a pasar dos o tres días en casa de madame Bontemps. Amablemente, Albertina me había dicho que no la saludaría. Y cuando aquella mujer iba a Incarville, Albertina decía: «A propósito, está aquí. ¿Te lo han dicho?», como para demostrarme que no la veía a escondidas. Un día que me dijo esto añadió: «Sí, la encontré en la playa y a propósito, por grosería, casi la rocé al pasar, casi le di un empujón». Cuando Albertina me dijo esto me vino a la memoria una frase de madame Bontemps en la que nunca había vuelto a pensar, una vez que dijo delante de mí a madame Swann, como si fuera una cualidad, lo descarada que era su sobrina Albertina y que había dicho a no recuerdo qué mujer de funcionario que el padre había sido marmitón. Pero unas palabras de la persona que amamos no se conservan mucho tiempo en su pureza: se alteran, se pudren. Al cabo de uno o dos días, volví a pensar en la frase de Albertina, y ya no tenía para mí el significado de la mala educación de que

ella se jactaba —y que no podía sino hacerme sonreír—, ahora era otra cosa, ahora, Albertina, quizás sin un propósito preciso, por irritar los sentidos de aquella señora o por recordarle malévolamente antiguas proposiciones, quizás aceptadas otras veces, la había rozado rápidamente y, creyendo acaso que yo lo había sabido, puesto que había ocurrido en público, quiso salir al paso de una interpretación desfavorable.

De todos modos, los celos que me causaban las mujeres que acaso amaba Albertina, iban a cesar de pronto.



Estábamos Albertina y yo en la estación Balbec del trenecillo de interés local. Debido al mal tiempo, habíamos ido en el ómnibus del hotel. No lejos de nosotros estaba monsieur Nissim Bernard, el cual tenía un ojo amoratado. Desde hacía tiempo, engañaba al niño de los coros de *Athalie* con el mozo de una granja bastante importante de los alrededores, «Los Cerezos». Este muchacho, rojo, de facciones complicadas, parecía absolutamente que tenía por cabeza un tomate. Un tomate exactamente igual servía de cabeza a su hermano mellizo. Para el contemplador desinteresado, estos perfectos parecidos de dos mellizos ofrecen el interés de que la naturaleza, como industrializada de pronto, parece dar productos similares. Desgraciadamente, no era éste el punto de vista de monsieur Nissim Bernard, y aquel parecido era sólo exterior. El tomate número 2 se complacía con frenesí en hacer exclusivamente las delicias de las señoras, mientras que al tomate número 1 no le molestaba condescender a los gustos de ciertos caballeros. Ahora bien, cada vez que monsieur Bernard, sacudido por un reflejo y por el recuerdo de los buenos momentos pasados con el tomate número 1, se presentaba en «Los Cerezos», miope como era (aparte de que no hacía falta ser miope para confundirlos), el viejo israelita, representando sin saberlo el papel de Anfitrión, se dirigía al hermano mellizo y le decía: «¿Quieres darme cita para esta noche?» Inmediatamente recibía una buena bofetada. Y hasta llegó a ocurrir la cosa en una misma comida, donde continuaba con el otro la conversación comenzada con el primero. A la larga, por asociación de ideas, llegó a odiar de tal modo los tomates, incluso los comestibles, que cada vez que



oía a un viajero pedirlos junto a él en el Gran Hotel, le decía por lo bajo: «Perdone, caballero, que me dirija a usted sin conocerle, pero he oído que pedía tomates. Hoy están podridos. Se lo digo por su bien, pues a mí me es igual, yo no los tomo nunca.»

El desconocido daba las gracias efusivamente a aquel vecino filántropo y desinteresado y decía al camarero, fingiendo que había cambiado de opinión: «No, decididamente, tomates no.» Amado, que conocía la escena, se reía solo y pensaba «Qué viejo más pícaro este monsieur Bernard, otra vez se las ha arreglado para hacer cambiar el pedido». Monsieur Bernard, esperando el tren que venía con retraso, no tenía ganas de saludarnos, a Albertina y a mí, por su ojo amoratado. Y menos teníamos nosotros de hablarle. Sin embargo, hubiera sido casi inevitable a no ser porque en aquel momento vino derecha hacia nosotros una bicicleta. Saltó de ella, sin aliento, el botones. Al poco tiempo de salir nosotros, había telefonado madame Verdurin para que fuese yo a comer a los dos días; luego veremos por qué. Una vez explicados los detalles del recado telefónico, el botones nos dejó, y como esos «empleados» demócratas que se hacen los independientes con relación a los burgueses y entre ellos restablecen el principio de autoridad, queriendo decir que el conserje y el cochero podrían enfadarse si él se retrasaba, añadió: «Me voy corriendo por mis jefes».

Las amigas de Albertina se habían marchado por algún tiempo. Yo quería distraerla. Suponiendo que le gustara mucho pasar las tardes solamente conmigo, en Balbec, sabía yo que la felicidad nunca se deja poseer completamente y que Albertina, todavía en la edad (de la que algunos nunca pasan) en la que no se ha descubierto que esta imperfección es del que siente la felicidad, no del que la da, habría podido sentir la tentación de atribuirme a mí la causa de su decepción. Yo prefería que la atribuyera a las circunstancias que, combinadas por mí, no nos darían la facilidad de estar solos juntos, impidiéndola al mismo tiempo estar en el casino y en el malecón sin mí. Por eso le pedí aquel día que me acompañara a Doncierres, donde iba yo a ver a Saint-Loup. Con el mismo propósito de tenerla ocupada, le aconsejaba la pintura, que había aprendido en otro tiempo. Mientras trabajaba, no se preguntaría si era feliz o desdichada. Me hubiera gustado llevarla también de vez en cuando a comer a casa de los Verdurin y a casa de los Cambremer, que seguramente hubieran recibido con gusto, unos y otros, a una amiga presentada por mí,

pero era preciso que yo estuviera seguro de que madame Putbus no estaba todavía en la Raspelière. Difícilmente podía saberlo si no iba yo mismo, pero como sabía de antemano que, aquel día de mi visita, Albertina tenía que ir a los alrededores con su tía, aproveché la ocasión para mandar un recado a madame Verdurin preguntándole si podía recibirme el miércoles. Si estaba allí madame Putbus, me las arreglaría para ver a su doncella, enterarme de si había peligro de que fuera a Balbec y, en este caso, saber cuándo, para llevar lejos a Albertina aquel día. El trenecito de interés local, dando una vuelta que no existía cuando yo lo tomé con mi abuela, pasaba ahora por Doncières-la-Goupil, una gran estación de donde salían trenes importantes, y especialmente el expreso en el que yo había ido de París a ver a Saint-Loup. Como hacía mal tiempo, nos llevó el ómnibus del Gran Hotel, a Albertina y a mí, a la estación del trenecito, Balbec-Playa.

El trenecito no había llegado todavía, pero se veía, perezoso y lento, el penacho de humo que había dejado en el camino, y que ahora, reducido a sus solos medios de nube poco movible, subía lentamente las verdes cuevas del acantilado de Criquetot. Por fin llegó a su vez, lentamente, el trenecito que le había precedido para tomar una dirección vertical. Los viajeros que iban a tomarlo se apartaron para dejarle sitio, pero sin apresurarse, sabiendo que se las veían con un caminante bonachón, casi humano y que, guiado como la bicicleta de un principiante, por las señales complacientes de un jefe de estación, bajo la poderosa tutela del mecánico, no había peligro de que atropellara a nadie y se pararía donde quisiera.

Mi recado explicaba el telefonazo de los Verdurin y caía tanto más oportunamente cuanto que el miércoles (a los dos días era miércoles) era día de gran comida para madame Verdurin, en la Raspelière como en París, lo que yo ignoraba. Madame Verdurin no daba «comidas», pero tenía «miércoles». Sus miércoles eran obras de arte. Aun sabiendo que no los había parecidos en ninguna parte, madame Verdurin introducía matices entre ellos. «Este último miércoles no estuvo tan bien como el pasado —decía—. Pero creo que el próximo será uno de los mejores de los que he dado en mi vida.» A veces llegaba incluso a reconocer: «Este miércoles no ha sido digno de los demás. En compensación, les reservo una gran sorpresa para el próximo.» En las últimas semanas de la temporada de París, antes de marcharse al campo, la patrona anunciaba la clausura de los miércoles. Era una ocasión para estimular a los fieles: «Ya no quedan más que tres miércoles, ya no quedan más que dos —decía con el mismo tono

que si se fuera a acabar el mundo—. No vayan a perderse el miércoles próximo para la clausura.» Pero esta clausura era ficticia, pues madame Verdurin advertía: «Ahora, oficialmente, ya no hay miércoles. Era el último por este año. Pero de todas maneras estaré en casa el miércoles. Haremos miércoles entre nosotros; a lo mejor, esos pequeños miércoles íntimos serán los más agradables.» En la Raspelière, los miércoles eran forzosamente restringidos, y como si se encontraba a algún amigo de paso se le invitaba para tal o cual noche, casi todos los días eran miércoles. «No recuerdo bien el nombre de los invitados, pero sé que está la señora marquesa de Camembert», me dijo el botones; el recuerdo de nuestras explicaciones sobre los Cambremer no había llegado a suplantar definitivamente el de la palabra antigua, cuyas sílabas familiares y llenas de sentido venían en ayuda del joven empleado cuando estaba apurado con un nombre difícil, e inmediatamente las prefería y las readoptaba, no por pereza y como una vieja costumbre inarrancable, sino por la necesidad de lógica y de claridad que satisfacían.

Nos apresuramos a subir a un vagón vacío en el que pude besar a Albertina durante todo el largo trayecto. Como no encontramos nada, subimos a un compartimiento donde se había instalado ya una señora con una cara enorme, fea y vieja, de expresión masculina, muy peripuesta y que estaba leyendo la *Revue des Deux Mondes*. Albertina me la señaló sonriéndome y guiñando el ojo. La señora tenía un porte muy digno; y como, por mi parte, era consciente de que estaba invitado para el día siguiente, en el punto terminal de la línea del pequeño ferrocarril, en casa de la célebre madame Verdurin, de que en una estación intermedia me esperaba Roberto de Saint-Loup y de que un poco más lejos le habría dado una gran alegría a madame de Cambremer yendo a vivir a Féterne, mis ojos chispeaban de ironía contemplando a aquella dama importante que parecía creer que por su cuidado atuendo, las plumas de su sombrero y su *Revue des Deux Mondes*, era un personaje más importante que yo. Yo esperaba que la señora no seguiría allí más tiempo que monsieur Nissim Bernard y que se apearía por lo menos en Toutainville, pero no. El tren paró en Egreville y ella siguió sentada. Lo mismo en Montmartin-sur-Mer, en Parville-la-Bingard, en Incarville, de suerte que yo, desesperado, cuando el tren pasó Saint-Frichoux, que era la última estación antes de Doncières, empecé a abrazar a Albertina sin ocuparme de la señora. En Doncières, Saint-Loup había ido a esperarme a la estación, con las

mayores dificultades, según me dijo, pues, como vivía en casa de su tía, el telegrama no lo había recibido hasta el mismo momento, y como no había podido disponer su tiempo de antemano, no podía dedicarme más que una hora. Aquella hora me pareció, por desgracia, larguísima, pues, apenas nos apeamos del vagón, Albertina no hizo caso más que de Saint-Loup. No hablaba conmigo, apenas me contestaba si le hablaba yo, me rechazó cuando me acerqué a ella. En cambio, con Roberto se reía con su risa tentadora, y hablaba con volubilidad, jugaba con el perro que él llevaba, y aprovechaba estos juegos para rozar adrede al amo. Recordé que la primera vez que Albertina se dejó besar por mí, tuve una sonrisa de gratitud para el desconocido seductor que le imprimió una modificación tan profunda y tanto me simplificó la tarea. Ahora pensaba en él con horror. Roberto debió de darse cuenta de que Albertina no me era indiferente, pues no respondió a sus insinuaciones, y esto la puso de mal humor contra mí; después me habló como si estuviera yo solo, y cuando ella lo observó, subió en su estimación. Roberto me preguntó si quería buscar, entre los amigos que cenaban con nosotros en Doncieres cuando yo estuve allí, a los que todavía estaban. Y como él mismo caía en la clase de pretensión modesta que él censuraba: «¿De qué te sirve haberlos *conquistado* con tanta perseverancia si no quieres volver a verlos?», decliné su proposición, pues no quería arriesgarme a dejar a Albertina, pero también porque entonces ya me había alejado de ellos. De ellos, es decir, de mí. Deseamos apasionadamente que haya otra vida en la que seríamos lo mismo que somos en este mundo. Pero no reflexionamos en que, aun sin esperar a esa otra vida, ya en ésta, pasados unos años, somos infieles a lo que hemos sido, a lo que queríamos seguir siendo inmortalmente. Aun sin suponer que la muerte nos modificara más que esos cambios que se producen en el transcurso de la vida, si, en esa otra vida, encontráramos el yo que hemos sido, nos apartaríamos de nosotros como de esas personas con las que hemos estado relacionados, pero a las que no hemos visto desde hace mucho tiempo —por ejemplo, los amigos de Saint-Loup que tanto me gustaba ver todas las noches en el Faisán Dorado y cuya conversación no sería ya para mí sino importunidad y molestia—.

A este respecto, y porque prefería no ir en busca de lo que me había gustado, un paseo en Doncieres hubiera podido representar para mí como la llegada al paraíso. Se sueña mucho en el paraíso, o más bien en

numerosos paraísos sucesivos, pero todos ellos son, mucho antes de morirnos, paraísos perdidos y en los que nos sentiríamos perdidos.

Nos dejó en la estación.

—Pero a lo mejor tienes que esperar una hora —me dijo—. Si la pasas aquí, seguramente verás a mi tío Charlus, que dentro de poco tomará el tren para París, diez minutos antes que el tuyo. Ya me despedí de él, porque tengo que volver antes de la hora de su tren. No pude hablarle de ti porque todavía no había recibido tu telegrama.

A los reproches que le hice a Albertina cuando nos dejó Saint-Loup me contestó que con su frialdad hacia mí había querido evitar la idea que él hubiera podido hacerse si, al parar el tren, me había visto inclinado sobre ella y con el brazo rodeándole la cintura. Sí que había observado aquella actitud (yo no le había visto, pues de otro modo habría tomado una postura más correcta al lado de Albertina) y tuvo tiempo de decirme al oído: «¿Y ésas son las muchachas tan dengosas de las que me has hablado y que no querían tratar a mademoiselle de Stermaria porque la encontraban de mal tono?» En efecto, yo le había dicho a Roberto, y muy sinceramente, cuando fui a verle de París a Doncieres y hablamos de Balbec, que con Albertina no había nada que hacer, que era la virtud en persona. Y ahora que, desde hacía tiempo, me había enterado por mí mismo de que aquello no era verdad, deseaba más aún que Roberto creyera que sí lo era. Me hubiera bastado decir a Roberto que amaba a Albertina. Era de esos seres que saben renunciar a un placer por evitar a su amigo sufrimientos que ellos sentirían como propios. «Sí, es muy niña. Pero ¿no sabes nada de ella? —añadí con inquietud—. Nada, sólo que os he visto como dos enamorados.»

—Tu actitud no evitaba nada —le dije a Albertina cuando se marchó Saint-Loup.

—Es verdad —contestó—, he estado torpe, te he disgustado, y lo siento mucho más que tú. Ya verás cómo no volveré a hacerlo nunca; perdóname —me dijo tendiéndome la mano con un gesto triste.

En aquel momento, al fondo de la sala de espera donde estábamos sentados, vi pasar despacio, seguido a cierta distancia por un empleado que le llevaba las maletas, a monsieur de Charlus. En París, donde sólo le veía en las fiestas nocturnas, inmóvil, embutido en un frac negro, mantenido en el sentido vertical por su orgullosa postura, su afán de agradar, el cohete de su conversación, no me daba cuenta de lo mucho que

había envejecido. Ahora, con un traje claro de viaje que le hacía parecer más grueso, andando y contoneándose, balanceando un vientre que ya sobresalía y un trasero casi simbólico, la crueldad de la plena luz del día descomponía en sus labios, en pintura, en polvos de arroz fijados por la crema en la punta de la nariz, en el negro del bigote teñido cuyo color de ébano contrastaba con el pelo grisáceo, todo lo que, bajo la luz, hubiera parecido la animación de la tez en una persona joven todavía. Al mismo tiempo que hablaba con él, pero brevemente, porque se iba su tren, yo miraba al vagón de Albertina para darle a entender que ya iba. Cuando volví a mirar a monsieur de Charlus, me pidió que hiciera el favor de llamar a un militar, pariente suyo, que estaba al otro lado de la vía exactamente como si fuera a subir a nuestro tren, pero en sentido inverso, en la dirección que se alejaba de Balbec.

—Está en la banda del regimiento —me dijo monsieur de Charlus—. Como usted tiene la suerte de ser bastante joven y yo la desgracia de ser bastante viejo para que pueda usted evitarme ir hasta el militar de que se trata, y allí...

Me creí en el deber de ir hasta el militar del que se trataba, y vi en efecto, en las liras bordadas en su cuello, que era de la banda. Pero cuando iba a cumplir el encargo, cuál no sería mi sorpresa, y puedo decir mi alegría, al reconocer a Morel, el hijo del criado de mi tío y que tantas cosas me recordaba. Olvidé el encargo de monsieur de Charlus.

—Pero ¿estás en Doncières?

—Sí, me han destinado a la música, al servicio de baterías.

Me contestó esto en un tono seco y altanero. Se había vuelto muy presuntuoso y, evidentemente, mi presencia le recordaba la posición de su padre y esto no le era agradable. De pronto vi a monsieur de Charlus precipitarse hacia nosotros. Era evidente que mi retraso le había impacientado.

—Desearía oír esta noche un poco de música —le dijo a Morel sin ninguna entrada en materia—; doy quinientos francos por la velada, esto podría quizá ser interesante para algún amigo suyo, si lo tiene en la banda.

Por más que yo conociera la insolencia de monsieur de Charlus, me dejó pasmado que ni siquiera le diera los buenos días a su joven amigo. Por lo demás, el barón no me dio tiempo a pensar. Tendiéndome afectuosamente la mano:

—Adiós, querido —me dijo para darme a entender que no me quedaba más que marcharme. Además, ya había dejado sola a mi querida Albertina demasiado tiempo.

—Mira —le dije al subir al vagón—, la vida de los baños de mar y la vida de viajes me hacen ver que el teatro del mundo dispone de menos decorados que de actores y de menos actores que de «situaciones».

—¿Por qué dices eso?

—Porque monsieur de Charlus acaba de pedirme que le mandara a un amigo suyo que justamente en este instante, en el andén de esta estación, acabo de reconocer como un amigo mío.

Pero, al decir esto, pensaba cómo el barón podía conocer la desproporción social en la que yo no había pensado. Primero se me ocurrió que por Jupien, cuya hija, como se recordará, parecía haberse enamorado del violinista. Pero me extrañaba que el barón, dispuesto a salir para París a los cinco minutos, pidiera oír la banda. Pero viendo a la hija de Jupien en mi recuerdo empecé a encontrar que los «reconocimientos» expresarían, al contrario, una parte importante de la vida si supiéramos llegar hasta lo verdaderamente novelesco, cuando de pronto caí en la cuenta de que había sido muy inocente. Monsieur de Charlus no conocía de nada a Morel, ni Morel a monsieur de Charlus, el cual, deslumbrado, pero también intimidado por un militar que, sin embargo, no llevaba más que liras, me había requerido, en su emoción, para que le llevara a aquel hombre al que él no sospechaba que yo conocía. En todo caso, el ofrecimiento de quinientos francos debió de suplir para Morel la ausencia de relaciones anteriores, pues vi que seguían hablando sin pensar que estaban junto a nuestro tren. Y recordando la manera como monsieur de Charlus se había acercado a Morel y a mí, capté su parecido con ciertos parientes suyos cuando levantaban una mujer en la calle. Sólo que el objeto había cambiado de sexo. A partir de cierta edad, y aun cuando se cumplan en nosotros evoluciones diferentes, cuanto más nosotros mismos nos volvemos, más se acentúan los rasgos familiares. Pues la naturaleza, combinando armoniosamente el dibujo de su tapicería, rompe la monotonía de la composición con la variedad de las figuras interceptadas. Por otra parte, la altivez con que monsieur de Charlus miró de arriba abajo al violinista es relativa, según el punto de vista en que nos situemos. Hubiera sido reconocida por las tres cuartas partes de las personas del gran

mundo, que se inclinaban, no por el prefecto de policía, que, pasados unos años, le tenía bajo vigilancia.

—El tren de París está al llegar, señor —dijo el empleado que llevaba las maletas.

—Pero yo no tomo el tren, deje todo eso en la consigna, qué diablo —dijo monsieur de Charlus dando veinte francos al empleado, estupefacto del cambio y encantado con la propina. Tal generosidad atrajo en seguida a una florista.

—Cómprame estos claveles, mire qué rosa más bonita, buen señor, le dará suerte.

Monsieur de Charlus, molesto, le dio dos francos, a cambio de lo cual la florista le ofreció sus bendiciones y con ellas sus flores.

—Pero por Dios, ¿no podrá dejarme tranquilo? —dijo monsieur de Charlus, dirigiéndose en tono heroico y lastimoso a Morel, como si sintiera cierta dulzura en pedirle apoyo—; lo que tenemos que hablar es ya bastante complicado.

Como el empleado del ferrocarril no estaba todavía bastante lejos, quizá monsieur de Charlus no quería tener un público numeroso, quizá estas frases incidentales permitían a su timidez altiva no abordar muy directamente la proposición de una cita. El músico, volviéndose con un aire franco, imperativo y decidido hacia la florista, levantó hacia ella una palma que la rechazaba y le daba a entender que no querían sus flores y que se marchara lo más pronto posible. Monsieur de Charlus vio con entusiasmo aquel gesto autoritario y viril de una mano graciosa para la que debería ser aún demasiado pesado, demasiado brutal, con una firmeza y una gracia precoces que daban a aquel adolescente todavía imberbe la traza de un joven David capaz de emprender un combate contra Goliat. En la admiración del barón asomaba involuntariamente esa sonrisa que experimentamos al ver en un niño una gravedad superior a su edad. «Cómo me gustaría que uno así me acompañara en mis viajes y me ayudara en mis asuntos. ¡Cómo simplificaría mi vida!», pensó monsieur de Charlus.

Partió el tren de París (que el barón no tomó). Albertina y yo subimos al nuestro sin que yo supiera qué había sido de monsieur de Charlus y de Morel.

—No debemos volver a enfadarnos nunca, te pido perdón otra vez —me volvió a decir Albertina aludiendo al incidente Saint-Loup—. Tenemos que ser siempre buenos los dos —insistió cariñosamente—. Y lo que es tu



amigo Saint-Loup, si crees que me interesa lo más mínimo, te equivocas de parte a parte. Lo único que me gusta en él es que parece que te quiere mucho.

—Es muy buen muchacho —repuse guardándome bien de atribuir a Roberto cualidades superiores imaginarias, lo que sin duda hubiera hecho por amistad de haber estado con otra persona que no fuera Albertina—. Es excelente, franco, leal, un muchacho con el que se puede contar para todo.

Al decir esto, contenido por los celos, me limitaba a decir de Saint-Loup la verdad, pero era verdad lo que decía. Ella se expresaba en los mismos términos que había empleado madame de Villeparisis para hablarme de él cuando yo no le conocía aún y le imaginaba tan diferente, tan altanero, y me decía: «Le encuentran bueno porque es un gran señor». De la misma manera, cuando me dijo: «Sería tan dichoso», yo me figuraba, después de verle delante del hotel, dispuesto a conducir, que las palabras de su tía eran pura trivialidad mundana, para halagarme. Y en seguida me di cuenta de que lo había dicho sinceramente, pensando en lo que me interesaba, en mis lecturas, y porque sabía que eso era lo que le gustaba a Saint-Loup, como a mí me iba a ocurrir decir sinceramente a alguien que contaba una historia de su antepasado La Rochefoucauld, el autor de las *Máximas*, y que hubiera querido pedir consejo a Roberto: «Sería tan dichoso». Es que yo había aprendido a conocerle. Pero cuando le vi la primera vez no creía que una inteligencia pariente de la mía pudiera envolverse en tanta elegancia exterior de ropa y de actitud. Por su plumaje, le había creído de otra especie. Ahora era Albertina quien, acaso un poco porque Saint-Loup, por bondad para mí, estuvo tan frío con ella, me dijo lo que yo había pensado en otro tiempo:

—¡Bueno, tan leal, tan leal!... Lo que veo es que a las personas del Faubourg Saint-Germain se les encuentran siempre todas las virtudes.

La verdad es que en eso de que Saint-Loup fuera del Faubourg Saint-Germain yo no había pensado ni una sola vez en todos los años en que, prescindiendo de su prestigio, me había manifestado sus virtudes. Cambio de perspectiva para mirar a las personas, ya más patente en la amistad que en las simples relaciones sociales, pero mucho más aún en el amor, donde el deseo pone a una escala tan grande, aumenta en tales proporciones las menores muestras de frialdad, que había necesitado menos de la que tenía Saint-Loup de primera intención para creerme al principio desdeñado por Albertina, imaginarme a sus amigas como seres maravillosos inhumanos y

atribuir únicamente a la indulgencia que se tiene para la belleza y para cierta elegancia el juicio de Elstir cuando me decía de la pequeña pandilla, exactamente con el mismo sentimiento que madame Villeparisis de Saint-Loup: «Son unas buenas muchachas». Pero no era éste el juicio que yo hubiera hecho cuando oía a Albertina decir: «En todo caso, leal o no, espero no volver a verle, puesto que ha sido causa de un enfado entre nosotros. Nunca más tenemos que enfadarnos. No está bien.» Como me había parecido que le gustaba Saint-Loup, me sentía casi curado por algún tiempo de la idea de que le gustaban las mujeres, lo que para mí era inconciliable. Y, ante el impermeable de Albertina, en el que ahora parecía otra persona, la infatigable errante de los días lluviosos, y que, encogido, maleable y gris en aquel momento, más que proteger su vestido contra el agua, parecía mojado por ella y pegado al cuerpo de su amiga como para tomar la huella de sus formas para un escultor, arranqué aquella túnica que ceñía celosamente un pecho deseado y, atrayendo a Albertina hacia mí:

*Mais toi, ne veux-tu pas, voyageuse indolente,  
Rêver sur mon épaule en y posant ton front?*

Le dije cogiéndole la cabeza con las manos y señalándole las grandes praderas inundadas y mudas que se extendían en el atardecer hasta el horizonte cerrado en las cadenas paralelas de las lomas lejanas y azuladas.

A los dos días, el famoso miércoles, en aquel mismo trenecito que acababa de tomar en Balbec para ir a comer a la Raspelière, me interesaba mucho no dejar de ver a Cottard en Graincourt-Saint-Vast, donde una nueva llamada telefónica de madame Verdurin me había dicho que le encontraría. Subiría a mi tren y me indicaría dónde había que apearse para encontrar los coches que mandaban de la Raspelière a la estación. El tren no paraba más que un momento en Graincourt, primera estación después de Doncières, por lo cual me asomé con anticipación a la portezuela por miedo a no ver a Cottard o a que no me viera él. ¡Vanos temores! No me había dado yo cuenta de hasta qué punto había el pequeño clan formado a todos los «habituales» por el mismo molde; como además estaban esperando en el andén, en traje de comida, se les reconocía en seguida por cierto aire de aplomo, de elegancia y de familiaridad, por las miradas que atravesaban, como un espacio vacío donde nada sujeta la atención, las

apresuradas filas del público vulgar, avizorando la llegada de algún «habitual» que había tomado el tren en una estación anterior y saboreando ya la charla próxima. Esta señal de elegidos con que la costumbre de comer juntos había marcado a los miembros del pequeño grupo no los distinguía únicamente cuando, numerosos, representaban una fuerza, constituían masa, formando una mancha más brillante en medio del rebaño de los viajeros —lo que Brichot llamaba el *pecus*- en cuyos inexpresivos rostros no se podía leer ninguna noción relacionada con los Verdurin, ninguna esperanza de comer jamás en la Raspelière. Por lo demás, aquellos viajeros habrían sentido menos interés que yo si ante ellos se hubieran pronunciado —y a pesar de la notoriedad adquirida por algunos — los nombres de aquellos fieles que a mí me extrañaba ver comiendo todavía fuera de casa, cuando la verdad es que algunos lo hacían ya, según lo que yo había oído contar, antes de que yo naciera, en una época lo suficientemente distante y lo suficientemente vaga para que yo me inclinara a exagerar su lejanía. El contraste entre la continuación no sólo de su existencia, sino de la plenitud de sus fuerzas, y la muerte de tantos amigos que yo había visto ya desaparecer aquí o allá, me infundía ese mismo sentimiento que experimentamos cuando en la «última hora» de los periódicos leemos precisamente la noticia que menos esperábamos, por ejemplo, la de una muerte prematura y que nos parece fortuita porque desconocemos las causas que la determinaron. Este sentimiento es el de que la muerte no alcanza uniformemente a todos los hombres, sino que una cuchilla más adelantada de su trágico avance se lleva una existencia situada al mismo nivel de otra que las cuchillas siguientes perdonarán aún por mucho tiempo. Y más tarde hemos de ver que la diversidad de muertos que circulan invisiblemente son la causa de la especial sorpresa que, en los periódicos, presentan las necrologías. Yo veía además que, con el tiempo, no sólo se descubren y se imponen ciertos dones reales que pueden coexistir con la conversación más vulgar, sino también que individuos mediocres llegan a esos altos puestos, unidos en la imaginación de nuestra infancia a algunos viejos célebres, sin pensar que, al cabo de unos años, lo serían sus discípulos ya maestros e inspiradores ya del respeto y el temor que ellos sentían antes. Pero si el *pecus* no conocía los nombres de los fieles, su aspecto lo señalaba sin embargo a sus ojos. Hasta en el tren (cuando los reunía el azar de lo que unos y otros habían tenido que hacer aquel día), no teniendo que recoger más que a un solitario en una estación

siguiente, el vagón en que iban juntos, señalado por el codo del escultor Ski, empavesado por *Le Temps* de Cottard, florecía de lejos como un coche de lujo y recogía, en la estación correspondiente, al compañero retrasado. El único que, por su semiceguera, hubiera podido no ver aquellos signos de promisión era Brichot. Pero uno de los «habituales» asumía espontáneamente con el ciego las funciones de vigía y, en cuanto se divisaban su sombrero de paja, su paraguas verde y sus anteojos azules, le encaminaban con suavidad y prisa hacia el compartimiento elegido. De suerte que no había ejemplo de que uno de los fieles no encontrara a los otros en el camino, a menos de suscitar las más graves sospechas de juerga o incluso de no haber venido «por tren». A veces ocurría lo contrario: que uno de los fieles había tenido que ir bastante lejos aquella tarde y, en consecuencia, hacer solo una parte del camino antes de encontrarse con el grupo; pero incluso así, aislado, único en su especie, no dejaba casi nunca de producir cierto efecto. El futuro al que se dirigía le señalaba a la persona sentada en el banco de enfrente, la cual se decía: «Ése debe de ser alguien», discerniendo, aunque fuese en torno al sombrero flexible de Cottard o del escultor Ski, una vaga aureola, y apenas le extrañaba que, en la estación siguiente, una multitud elegante, si era su punto terminal, recibiera al fiel en la portezuela y se lo llevara a uno de los coches que esperaban, saludados todos en voz muy baja por el empleado de Douville, o bien, si era una estación intermedia, invadiera el compartimiento. Esto es lo que hizo, y con precipitación, pues algunos habían llegado con retraso, en el momento justo en que el tren, ya en la estación, iba a echar a andar, la tropa que Cottard llevó a paso de carga hacia el vagón en cuya ventana vio mis señales. Brichot, que se encontraba entre aquellos fieles, había llegado a serlo más en aquellos años que espaciaron, en cambio, la asiduidad de otros. La progresiva pérdida de la vista le había obligado, incluso en París, a disminuir cada vez más los trabajos de noche. Además sentía escasa simpatía por la Nouvelle Sorbonne, donde las ideas de exactitud científica, a la alemana, empezaban a imponerse sobre el humanismo. Ahora se limitaba exclusivamente a su curso y a los tribunales de exámenes; por eso tenía mucho más tiempo para la mundanidad, es decir, para las veladas en casa de los Verdurin o para las que uno u otro de los fieles ofrecía a veces, trémulo de emoción, a los Verdurin. Verdad es que, en dos ocasiones, el amor había estado a punto de hacer lo que el trabajo no podía ya: apartar a Brichot del pequeño clan.

Pero madame Verdurin, que «velaba por la mies» y además, acostumbrada a ello por interés de su salón, había acabado por sentir un placer desinteresado en este género de dramas y de ejecuciones, le había hecho romper inexorablemente con la persona peligrosa, pues, como ella le decía, sabía «volver las aguas a su cauce» y «aplicar el cauterio a la llaga». Esto le resultó especialmente fácil en cuanto a una de las personas peligrosas, porque era simplemente la planchadora de Brichot, y madame Verdurin, con sus pequeñas visitas al quinto piso del profesor, escarlata de orgullo cuando ella se dignaba subir sus escaleras, no tuvo más que echar a la calle a aquella mujer de ínfima clase. «¿De modo —le dijo la patrona a Brichot— que una mujer como yo le hace el honor de venir a su casa y usted recibe a una criatura como ésa?» Brichot no olvidó nunca el favor que le había hecho madame Verdurin impidiendo que su vejez se hundiera en el fango, y su devoción era tanto más notable cuanto que, contrastando con aquel rebrote de afecto, y quizá por eso mismo, la patrona empezaba a cansarse de un fiel demasiado dócil y de una obediencia de la que estaba segura de antemano. Pero a Brichot su intimidad con los Verdurin le daba un lustre que le distinguía entre todos sus colegas de la Sorbonne. Estaban deslumbrados por los relatos que les hacía de unas comidas a las que nunca les invitarían, por la mención en las revistas o por el retrato expuesto en el Salón, que le habían hecho un escritor o un pintor famosos cuyo talento apreciaban los titulares de otras cátedras de la Facultad de Letras, pero que no tenían la menor probabilidad de que se fijaran en ellos; en fin, por la elegancia misma del vestir del filósofo mundano, elegancia que al principio creyeron descuido, hasta que su colega les explicó benévolamente que el sombrero de copa se suele dejar en el suelo durante una visita y no se lleva para las comidas de campo, por elegantes que sean, en las que se debe sustituir por el sombrero flexible, que va muy bien con el smoking. En los primeros momentos en que el grupito se embutió en el vagón, ni siquiera pude hablar con Cottard, porque estaba sofocado, más que por haber corrido para no perder el tren, por la gozosa sorpresa de haberlo pescado por un pelo. Sentía más que la alegría de un triunfo, casi la hilaridad de una alegre comedia. «¡Ésta sí que ha sido buena! —exclamó una vez cobrado aliento—. Esto sí que se llama llegar a punto», añadió con un guiño, no para preguntar si la expresión era adecuada, pues ahora estaba desbordante de seguridad, sino por pura satisfacción. Por fin pudo nombrarme a los demás miembros del pequeño clan. Me contrarió

observar que casi todos iban vestidos de lo que se llama en París smoking. Había olvidado que los Verdurin estaban iniciando hacia el gran mundo una evolución tímida, frenada por el asunto Dreyfus, acelerada por la música «nueva», evolución por lo demás desmentida por ellos, y que continuarían desmintiendo hasta haberla logrado, como esos objetivos militares que un general no anuncia hasta que los ha alcanzado, para no parecer vencido si le fallan. Por lo demás, el gran mundo estaba por su parte preparado para ir hacia ellos. Se hallaba todavía en la fase de considerarlos como gentes a cuya casa no va nadie de la alta sociedad, pero que no lo lamentan en absoluto. El salón de los Verdurin pasaba por ser un Templo de la Música. Allí era, se decía, donde Vinteuil había encontrado inspiración, aliento. Y si la Sonata de Vinteuil seguía siendo completamente incomprendida y casi desconocida, en cambio su nombre, pronunciado como el del más grande músico contemporáneo, suscitaba un respeto extraordinario. Por último, algunos jóvenes del «Faubourg» habían decidido que debían ser tan cultos como burgueses, y tres de ellos estudiaron música y ponían en las nubes la Sonata de Vinteuil. Al volver a casa, hablaban de él a la madre inteligente que les había impulsado a cultivarse. Y ellas, interesándose por los estudios de sus hijos, miraban en el concierto con cierto respeto a madame Verdurin, que, en su platea o palco primero, seguía la partitura. Hasta aquí, esta vulgaridad latente de los Verdurin no se traducía más que en dos hechos. Por una parte, madame Verdurin decía de la princesa de Caprarola: «¡Ah, es inteligente, es una mujer agradable. Lo que yo no puedo soportar son los imbéciles, la gente que me aburre, eso me vuelve loca.» Esto hubiera hecho pensar a alguien un poco perspicaz que la princesa de Caprarola, mujer de la más alta sociedad, había ido a visitar a madame Verdurin. Hasta llegó a pronunciar su nombre en una visita de pésame que hizo a madame Swann cuando murió el marido de ésta, y le preguntó si los conocía.

—¿Cómo dice? —contestó Odette con un aire súbitamente triste.

—Verdurin.

—¡Ah, ya sé! —repuso desolada—, no los conocía, o más bien los conocía sin conocerlos, son una gente que he visto en casa de amigos hace mucho tiempo, son agradables.

Cuando la princesa de Caprarola se marchó, Odette hubiera querido haber dicho sencillamente la verdad. Pero la mentira inmediata era, no un resultado de sus cálculos, sino la revelación de sus temores, de sus deseos;

negaba no lo que hubiera sido hábil negar, sino lo que hubiera querido que no fuera, aunque el interlocutor, una hora después, hubiera de enterarse que sí era. Poco después había recobrado su aplomo y aun salido al paso de las preguntas para que no pareciera que las temía:

—Madame Verdurin, pues claro, la he conocido muchísimo —con una afectación de humildad como una gran dama que cuenta que ha tomado el tranvía.

—Desde hace algún tiempo se habla mucho de los Verdurin —decía madame de Souvré. Odette, con un desdén sonriente de duquesa, contestaba:

—Pues sí, parece que se habla mucho de ellos. De vez en cuando hay gentes de esas nuevas que entran en sociedad —sin pensar que ella misma era de las más nuevas.

—La princesa de Caprarola ha comido en su casa —continuaba madame de Souvré.

—¡Ah! —contestaba Odette acentuando su sonrisa—, no me extraña. Esas cosas empiezan siempre por la princesa de Caprarola, y después viene otra, por ejemplo, la condesa Molé.

Al decir esto, Odette afectaba un profundo desdén por las dos grandes damas que tenían la costumbre de dar brillo a las paredes de los salones recién abiertos. Su tono translucía que esto quería decir que a ella, a Odette, como a madame de Souvré, no conseguirían embarcarlas en semejantes galeras.

Después de la confesión que madame Verdurin había hecho de la inteligencia de la princesa de Caprarola, la segunda señal de que los Verdurin tenían consciencia del futuro destino era que (sin haberlo solicitado formalmente, por supuesto) deseaban vivamente que fueran a comer a su casa vestidos de noche; ahora, a monsieur Verdurin le hubiera podido saludar sin vergüenza su sobrino, el que estaba «cultivando coles».

Entre los que subieron a mi vagón en Graincourt se encontraba Saniette, al que tiempo atrás había echado de casa de los Verdurin su primo Forcheville, pero que había vuelto. Sus defectos, en cuanto a la vida mundana, eran antes —aunque con cualidades superiores— un poco parecidos a los de Cottard: timidez, deseo de agradar, esfuerzos infructuosos por llegar. Pero si la vida, al hacer adoptar a Cottard (si no en casa de los Verdurin, donde, por la sugestión que los minutos antiguos ejercen en nosotros cuando nos volvemos a encontrar en un mundo

acostumbrado, había seguido siendo un poco el mismo, al menos en su clientela, en su servicio de hospital, en la Academia de Medicina) unas apariencias de frialdad, de desdén, de gravedad que se acentuaban cuando soltaba sus retruécanos ante sus complacientes alumnos, había abierto un verdadero corte entre el Cottard actual y el antiguo, en cambio los mismos defectos se habían acentuado en Saniette a medida que procuraba corregirse de ellos. Dándose cuenta de que solía aburrir a la gente, de que no le escuchaban, en vez de frenar, como lo haría Cottard, de forzar la atención con un aire de autoridad, no sólo procuraba, con un tono de broma, hacerse perdonar el giro demasiado serio de su conversación, sino que apresuraba el discurso, atajaba, usaba abreviaturas para parecer menos largo, más familiarizado con las cosas de que hablaba, y lo único que conseguía era hacerlas ininteligibles, parecer interminable. Su seguridad no era como la de Cottard, que dejaba helados a los enfermos, los cuales contestaban a las personas que alababan su amenidad: «Cuando le recibe a uno en su consulta no es el mismo hombre, uno a la luz y él a contraluz y los ojos penetrantes». Era una seguridad que no imponía, se notaba bajo ella demasiada timidez, tal timidez que cualquier cosa bastaría para ponerle en fuga. Saniette, a quien sus amigos habían dicho siempre que desconfiaba demasiado de sí mismo, y que, en efecto, veía que personas a las que él consideraba, con razón, muy inferiores obtenían fácilmente los éxitos que a él le eran negados, no comenzaba ya una historia sin sonreír de la gracia de la misma, por miedo de que un tono serio no valorara suficientemente su mercancía. A veces, dando crédito a la comicidad que él mismo parecía encontrar en lo que iba a decir, le dispensaban el favor de un silencio general. Pero el relato caía a plomo. A veces, un invitado de buen corazón ofrecía a Saniette el aliento, privado, casi secreto, de una sonrisa de aprobación, haciéndosela llegar furtivamente, sin llamar la atención, como quien desliza en la mano un billete. Pero nadie llegaba a asumir la responsabilidad, a arriesgar la agresión pública de una carcajada. Mucho tiempo después de terminar la historia sin que nadie la celebrara, Saniette, desolado, se quedaba solo sonriéndose a sí mismo, como saboreando en ella y para sí la delectación que simulaba encontrar suficiente y que los demás no habían sentido.

En cuanto al escultor Ski, así llamado por la dificultad de pronunciar su nombre polaco, y porque él mismo, desde que vivía en cierta sociedad, hacía alarde de no querer que le confundieran con parientes muy bien



situados, pero un poco aburridos y muy numerosos, a los cuarenta y cinco años y muy feo tenía una especie de juguetonería, de fantasía soñadora que conservaba por haber sido hasta los diez años el más encantador niño prodigio del mundo, la debilidad de todas las damas. Madame Verdurin decía que era más artista que Elstir. Por lo demás, no tenía con éste más que semejanzas puramente exteriores. Bastaban sin embargo para que Elstir, que había visto una vez a Ski, sintiera por él la profunda repulsión que nos inspiran, más aún que los seres completamente opuestos a nosotros, los que se nos parecen en menos bien, aquellos en quienes se pone de manifiesto lo que nosotros tenemos de menos bueno, los defectos de que nos hemos curado, recordándonos desagradablemente lo que hemos podido parecer a algunos antes de ser lo que ahora somos. Pero madame Verdurin creía que Ski tenía más temperamento que Elstir, porque no había ningún arte para el que no tuviera facilidad, y estaba convencida de que esta facilidad la habría elevado a la categoría de talento si hubiera sido menos perezosa. Hasta esto, la pereza, le parecía a la patrona un don más, porque era lo contrario del trabajo, que ella creía el lote de los seres sin talento. Ski pintaba todo lo que quería, lo mismo en los botones de los puños que en el marco de una puerta. Cantaba con voz de compositor, tocaba de memoria, sacándole al piano los efectos de una orquesta, más que por su virtuosismo, por sus falsos bajos, que significaban la impotencia de los dedos para indicar que aquí hay un cornetín que, por lo demás, él imitaba con la boca. Buscando las palabras al hablar para hacer creer en una impresión curiosa, de la misma manera que retardaba un acorde para hacerlo luego diciendo: «Ping», para dar la impresión de los cobres, pasaba por maravillosamente inteligente, pero, en realidad, sus ideas se reducían a dos o tres, y muy cortas. Cansado de su fama de fantástico, se le había metido en la cabeza demostrar que era un hombre práctico, positivo, lo que se traducía en una triunfal afectación de falsa precisión, de falso buen sentido, agravada por el hecho de que no tenía ninguna memoria y de que sus informaciones eran siempre inexactas. Sus movimientos de cabeza, de cuello, de piernas, habrían sido graciosos de haber tenido todavía nueve años, unos bucles rubios, un gran cuello de encaje y unas botitas de cuero rojo.

Llegados con anticipación, con Cottard y Brichot, a la estación de Graincourt, dejaron a Brichot en la sala de espera y se fueron a dar una vuelta. Cuando Cottard quiso volver, Ski contestó:

—¿Qué prisa tenemos? Hoy no es el tren local, es el departamental.

Encantado del efecto que este matiz en la precisión producía en Cottard, añadió, hablando de sí mismo:

—Sí, porque Ski ama las artes, porque modela el barro, creen que no es práctico. Nadie conoce la línea mejor que yo.

Sin embargo, camino de la estación, vieron de pronto el humo del trenecito que llegaba. Cottard, lanzando un alarido, vociferó:

—¡Hay que echar a correr!

En efecto, llegaron por los pelos, pues la distinción entre el tren local y el departamental no había existido nunca más que en la mente de Ski.

—Pero ¿no está la princesa en el tren? —preguntó con voz vibrante Brichot, cuyos enormes anteojos, resplandecientes como esos reflectores que los laringólogos se ponen en la frente para iluminar la garganta de sus enfermos, parecían haber tomado vida de los ojos del profesor, y, acaso por el esfuerzo que hacía para acomodar con ellos su visión, parecían, hasta en los momentos más insignificantes, mirar ellos mismos con una atención sostenida y una fijeza extraordinaria. Por otra parte, la enfermedad, al quitarle a Brichot poco a poco la vista, le había revelado las bellezas de este sentido, así como para mirar, para añorar, para admirar un objeto, es necesario que nos decidamos a separarnos de él, a regalarlo, por ejemplo.

—No, no, la princesa ha ido a llevar a Maineville a los invitados de madame Verdurin que iban a tomar el tren de París. Y hasta es posible que madame Verdurin, que tenía que hacer en Saint-Mars, fuera con ella. De ese modo viajaría con nosotros y haríamos el camino todos juntos, sería magnífico. Habrá que abrir bien los ojos en Maineville. Pero no importa, podemos decir que estuvimos a punto de perder el coche. Cuando vi el tren me quedé de piedra. Es lo que llaman llegar en el momento psicológico. ¿Se figuran ustedes lo que pasaría si hubiéramos perdido el tren, si madame Verdurin viera volver los coches sin nosotros? ¡Fenomenal! —añadió el doctor, que todavía no se había repuesto de la emoción—. Un paseo que no ha estado mal. Oiga, Brichot, ¿qué le parece de nuestra pequeña escapada? —preguntó el doctor con cierto orgullo.

—Pues que si no hubiera llegado al tren —contestó Brichot—, habría sido, como diría el difunto Villemain, una mala partida para la fiesta.

Pero yo, distraído desde el primer momento por aquella gente que no conocía, recordé de pronto lo que Cottard me había dicho en la sala de

baile del pequeño casino, y como si un eslabón invisible hubiera podido unir un órgano y las imágenes del recuerdo, la de Albertina apoyando sus senos contra los de Andrea me causó un dolor terrible en el corazón. Un mal que no duró: la idea de las posibles relaciones de Albertina con mujeres ya no me parecía posible desde la antevíspera, cuando las insinuaciones que mi amiga hizo a Saint-Loup suscitaron en mí unos nuevos celos que me hicieron olvidar los primeros. Yo tenía la inocencia de las personas que creen que una afición excluye forzosamente otra. En Harambouville, como el tren iba abarrotado, subió a nuestro compartimiento un labrador de blusa azul que no llevaba más que un billete de tercera. El doctor, juzgando que no se podía permitir que la princesa viajara con él, llamó a un empleado, exhibió su tarjeta de médico de una gran compañía de ferrocarriles y obligó al jefe de estación a hacer bajar al labrador. Esta escena apenó y alarmó hasta tal punto la timidez de Saniette que, nada más verla comenzar, temiendo ya, por la cantidad de campesinos que había en el andén, que tomara las proporciones de un motín, simuló un dolor de vientre y, para que no pudieran acusarle de tener parte de responsabilidad en la violencia del doctor, tomó el pasillo y fingió ir en busca de lo que Cottard llamaba «los waters». Como no los encontró, se puso a mirar el paisaje del otro lado.

—Si es éste su estreno en casa de madame Verdurin, señor mío —me dijo Brichot, que tenía interés en mostrar sus talentos a un «novato»—, ya verá que no hay sitio donde mejor se sienta la «alegría de vivir», como decía uno de los inventores del diletantismo, del indiferentismo, de tantas palabras en «ismo» que están de moda entre nuestros *snoobs*; quiero decir del señor príncipe de Talleyrand.

Cuando hablaba de esos grandes señores del pasado, le parecía muy ingenioso y muy «color de época» anteponer a su título la palabra señor, y decía el señor duque de La Rochefoucauld, el señor cardenal de Retz, al que llamaba también de vez en cuando: «ese *strugglefor lifer* de Gondi, ese *boulangiste* de Marcillac», y cuando hablaba de Montesquieu nunca dejaba de llamarle, con una sonrisa, «el señor Presidente Secondat de Montesquieu». A un hombre del gran mundo que fuera inteligente le hubiera irritado esta pedantería, que huele a colegio. Pero, en las perfectas maneras del hombre de mundo, al hablar de un príncipe, hay también una pedantería que revela otra casta, la casta en la que se anteponen al nombre

Guillermo las palabras «el Emperador» y se habla en tercera persona a una Alteza.

—¡Oh!, ante ése —repuso Brichot refiriéndose al «señor príncipe de Talleyrand»—, hay que quitarse el sombrero. Es un antepasado.

—Es un ambiente encantador —me dijo Cottard—, allí verá usted un poco de todo, pues madame Verdurin no es exclusivista: sabios ilustres como Brichot, personas de la alta nobleza como, por ejemplo, la princesa Sherbatoff, una gran dama rusa, amiga de la gran duquesa Eudosa, que hasta la recibe sola a las horas en que no recibe a nadie.

En efecto, a la gran duquesa Eudosa no le interesaba que la princesa Sherbatoff, a la que desde hacía tiempo no recibía nadie, fuera a su casa cuando podía haber gente, y sólo le permitía ir muy temprano, cuando no había en la casa ninguno de los amigos para los que encontrarse con la princesa hubiera sido tan desagradable como molesto para ella. Desde hacía tres años, madame Sherbatoff, al salir, como una manicura, de casa de la gran duquesa, iba a casa de madame Verdurin, que acababa de despertarse, y ya no la dejaba, por lo cual se puede decir que la fidelidad de la princesa superaba infinitamente incluso a la de Brichot, tan asiduo sin embargo a aquellos miércoles, donde, en París, tenía la satisfacción de creerse una especie de Chateaubriand en la Abbaye-aux-Boix y donde, en el campo, se hacía a sí mismo el efecto de ser el equivalente de lo que podía ser en casa de madame du Châtelet el que él llamaba siempre (con malicia y satisfacción de letrado) «monsieur de Voltaire».

Como la princesa Sherbatoff no tenía relaciones, había podido manifestar, desde hacía años, a los Verdurin una fidelidad que la erigía, más que en una «fiel» como los demás, en la fiel por antonomasia, en la fiel prototipo, el ideal que madame Verdurin, durante mucho tiempo, había creído inaccesible y que ahora, ya en la edad madura, encontraba por fin encarnado en aquella nueva recluta femenina. Por mucho que los celos torturaran a la patrona, hasta los más asiduos de sus fieles la habían abandonado alguna vez. Los más caseros se habían dejado tentar por un viaje; los más morigerados habían tenido una aventura; los más robustos podían coger la gripe, los más ociosos estar comprometidos las cuatro semanas, los más indiferentes ir a cerrar los ojos a su madre moribunda. Y era inútil que madame Verdurin les dijera, como la emperatriz romana, que ella era el único general al que tenía que obedecer su legión, como Cristo o el Káiser, que el que amaba a su padre o a su madre tanto como a

ella y no estaba dispuesto a dejarlos para seguirla no era digno de ella, que en lugar de debilitarse en la cama o dejarse engañar por una furcia harían mejor en quedarse con ella; con ella, único remedio y único placer. Pero el destino, que se complace a veces en embellecer el final de las existencias que se prolongan mucho, había dispuesto que madame Verdurin encontrara a la princesa Sherbatoff. Enfadada con su familia, desterrada de su país, sin conocer más que a la baronesa Putbus y a la gran duquesa Eudisia, a casa de las cuales, porque no tenía gana de encontrar a las amigas de la primera, y porque la segunda no la tenía tampoco de que sus amigas encontrasen a la princesa, no iba más que a las horas matinales, cuando madame Verdurin estaba todavía durmiendo, sin acordarse de haberse quedado en cama ni una sola vez desde los doce años en que tuvo el sarampión, contestó el 31 de diciembre a madame Verdurin que, preocupada por estar sola, le había preguntado si no podría quedarse a dormir, a pesar de ser el último día del año: «¿Quién podría impedírmelo cualquier día que fuere? Además hoy es un día de estar en familia, y mi familia es usted», pues vivía en una pensión transitoria, porque cuando los Verdurin se mudaban, la princesa, siguiéndolos en sus cambios, había realizado también en cuanto a madame Verdurin los versos de Vigny: *Toi seule me parus ce qu'on cherche toujours* que la presidente del pequeño círculo, deseosa de asegurarse una «fiel» hasta en la muerte, le pidió que la última de las dos que muriese fuera enterrada junto a la otra. Ante los extraños —entre los cuales hay que contar siempre al que más mentamos porque es el que más nos dolería que fuera despreciado: nosotros mismos—, la princesa Sherbatoff tenía buen cuidado de presentar a sus tres únicas amistades —con la gran duquesa, con los Verdurin, con la baronesa Putbus— no ya como los únicos a quienes unos cataclismos independientes de su voluntad hubiesen respetado en medio de la destrucción de todo lo demás, sino como los únicos preferidos por libre elección y a los que se había limitado inclinada por cierto gusto de soledad y de sencillez. «No trato a *nadie más*» decía insistiendo en el carácter inflexible de lo que, más que una necesidad que se siente, parecía una regla que se impone. Y añadía: «No voy más que a tres casas», como esos autores que, temiendo no llegar a la cuarta, anuncian que su obra no se representará más que tres veces. Monsieur y madame Verdurin, diesen o no fe a esta ficción, habían ayudado a la princesa a infundirla en el ánimo de los fieles. Y éstos estaban convencidos a la vez de que la princesa había elegido únicamente

a los Verdurin entre millares de relaciones que se le ofrecían y de que los Verdurin, solicitados en vano por toda la alta aristocracia, no habían consentido en hacer más que una excepción, y ésta a favor de la princesa.

Para ellos, la princesa, demasiado superior a su medio de origen para no aburrirse entre tanta gente a la que hubiera podido tratar, sólo encontraba agradables a los Verdurin, y recíprocamente, éstos, sordos a los halagos de toda la aristocracia que se ofrecía a ellos, sólo habían consentido en una excepción, a favor de una gran dama más inteligente que sus iguales, la princesa Sherbatoff.

La princesa era muy rica; tenía un proscenio en todos los estrenos, y, con autorización de madame Verdurin, llevaba a él a todos los fieles y nunca a nadie más. La gente señalaba a aquella persona enigmática y pálida, que había envejecido sin blanquear, y más bien enrojeciendo, como ciertos frutos duraderos y arrugados de los setos. Admiraban a la vez su poder y su humildad, pues, teniendo siempre a su lado a un académico, Briclot, a un sabio célebre, Cottard, al primer pianista de la época, después de monsieur de Charlus, ella se esfumaba, teniendo siempre a propósito el proscenio más oscuro, sin ocuparse para nada del patio de butacas, viviendo exclusivamente para el pequeño grupo, el cual, un poco antes de terminar la representación, se retiraba siguiendo a aquella soberana extraña y no desprovista de cierta belleza tímida, fascinante y marchita. Pero si madame Sherbatoff no miraba al patio de butacas y permanecía en la sombra era porque quería olvidar que existía un mundo vivo que ella deseaba apasionadamente conocer y no podía conocer; la «camarilla» en un proscenio era para ella lo que para ciertos animales la inmovilidad casi cadavérica ante el peligro. Sin embargo, por el afán de novedad y de curiosidad que roe a las personas del gran mundo, prestaban quizá más atención a aquella misteriosa desconocida que a las celebridades de los primeros palcos, a los que todo el mundo iba a hacer una visita. Se imaginaban que era distinta de las personas que conocían; que una maravillosa inteligencia, unida a una bondad adivinadora, retenía junto a ella aquel pequeño grupo de personas eminentes. Si a la princesa le hablaban de alguien o le presentaban a alguien, se veía obligada a aparentar una gran frialdad para mantener la ficción de su horror al mundo. Sin embargo, con el apoyo de Cottard o de madame Verdurin, algunos nuevos lograban conocerla, y era tal su entusiasmo al conocer a uno, que olvidaba la fábula del aislamiento voluntario y se deshacía en

atenciones con el recién llegado. Si éste era muy mediocre, todo el mundo se extrañaba: «¡Qué cosa más rara que la princesa, que no quiere conocer a nadie, haga una excepción con ese tipo tan poco interesante!». Pero estos fecundantes conocimientos eran raros, y la princesa vivía estrechamente confinada en medio de sus fieles.

Cottard decía: «Le veré el miércoles en casa de los Verdurin», mucho más frecuentemente que: «Le veré el martes en la Academia». Hablaba de los miércoles como de una ocupación tan importante y tan ineluctable. Por otra parte, Cottard era una de esas personas poco buscadas para las que asistir a una invitación es un deber tan imperioso como si se tratara de una orden, de una citación militar o judicial. Muy importante tenía que ser una visita pendiente para que «abandonara» a los Verdurin el miércoles, y la importancia se refería más bien a la calidad del enfermo que a la gravedad de la enfermedad. Pues Cottard, aunque buena persona, renunciaba a los encantos del miércoles no por un obrero víctima de un ataque, sino por la coriza de un ministro. Y aun en este caso decía a su mujer: «Discúlpame con madame Verdurin. Adviértele que llegaré tarde. Esa Excelencia ya habría podido elegir otro día para acatarrarse.» Su vieja cocinera se cortó un miércoles la vena del brazo y Cottard, ya vestido de smoking para ir a casa de los Verdurin, se encogió de hombros cuando su mujer le preguntó tímidamente si no podría vendar a la herida: «Pero no puedo, Leontina — se lamentó—; ya ves que llevo el chaleco blanco». Madame Cottard, para no impacientar a su marido, mandó a buscar a toda prisa al jefe de clínica, el cual, para ir más rápido, tomó un coche, y como al entrar el suyo en el patio iba a salir el de Cottard para casa de los Verdurin, se perdieron cinco minutos en avanzar y retroceder. A madame Cottard la contrarió que el jefe de clínica viera a su marido en traje de gala. Cottard, renegando por el retraso, quizá por remordimiento, salió con tan mal humor que, para disiparlo, fueron necesarios todos los goces del miércoles.

Si un cliente de Cottard le preguntaba: «¿Ve usted alguna vez a los Guermantes?», contestaba el profesor con toda la buena fe del mundo: «Precisamente a los Guermantes, no sé. Pero veo en casa de amigos míos a toda esa gente. Seguramente ha oído usted hablar a los Verdurin. Conocen a todo el mundo. Y además ellos, por lo menos, no son de esa gente elegante vetusta. Es gente solvente. Se calcula generalmente que madame Verdurin tiene treinta y cinco millones. ¡Caramba, treinta y cinco millones es una cantidad! De modo que me habla usted de la duquesa de

Guermantes. Le diré la diferencia: madame Verdurin es una gran señora, la duquesa de Guermantes es probablemente una pobretona. Nota usted bien el matiz, ¿verdad? En todo caso, vayan o no los Guermantes a casa de madame Verdurin, madame Verdurin recibe, lo que vale más a los D'Sherbatoff, a los D'Forcheville, y *tutti quanti*, gente de lo más encopetado, toda la nobleza elegante de Navarra, con los que usted me verá hablar de igual a igual. Además, esa clase de individuos suelen buscar a los príncipes de la ciencia», añadía con una beatífica sonrisa de amor propio llevada a sus labios por la satisfacción orgullosa, no tanto porque la expresión antes reservada a los Potain, a los Charcot, se aplicara ahora a él, sino porque por fin sabía usar convenientemente todas las que la costumbre autoriza y que, después de haberlas trabajado mucho tiempo, poseía a fondo. Después de citar a la princesa Sherbatoff entre las personas que recibía madame Verdurin, Cottard añadía, guiñando el ojo: «¿Se da usted cuenta de la clase de esa casa, comprende lo que quiero decir?». Quería decir lo más elegante que hay. Ahora bien, recibir a una señora rusa que no conocía más que a la gran duquesa Eudosia, era poco. Pero aunque la princesa Sherbatoff no la hubiera conocido, no por eso bajaría en nada la opinión de Cottard sobre la suprema elegancia del salón Verdurin ni su satisfacción de ser recibido en él. El esplendor que a nuestros ojos tienen las gentes que tratamos no es más intrínseco que el de los personajes de teatro, para los que es inútil que un director se gaste centenares de miles de francos en comprarles trajes auténticos y joyas verdaderas que no producirán ningún efecto, mientras que un gran decorador dará una impresión de lujo mil veces más suntuosa dirigiendo un rayo ficticio sobre un jubón de gruesa tela sembrado de cabuchones de vidrio y sobre un manto de papel. Hombres hay que se han pasado la vida entre grandes de la tierra que no eran para él más que aburridos parientes o fastidiosos conocidos, porque una costumbre contraída desde la cuna los había despojado para ellos de todo prestigio. Pero, en cambio, basta que esos hombres, por un azar cualquiera, se mezclen con personas oscuras, para que innúmeros Cottard queden deslumbrados por los seres de título cuyos salones imaginan ellos como el centro de elegancias aristocráticas, y que no son siquiera lo que eran madame de Villeparisis y sus amigas (grandes damas venidas a menos que la aristocracia que se había elevado con ellas no frecuentaba ya); no, aquellas cuya amistad fuera el orgullo de tantas gentes, si éstas publicaran sus memorias y dieran en ellas los nombres de



aquellas mujeres y de las que éstas recibían, nadie, ni madame de Cambremer ni madame de Guermantes, podría identificarlas. Pero qué más da. De este modo, un Cottard tiene su baronesa o su marquesa, la cual es para él la «baronesa» o «la marquesa», como, en Marivaux, la baronesa cuyo nombre no se dice nunca y de la que ni siquiera se nos ocurre que haya tenido nunca un nombre. Para Cottard, la aristocracia —que ignora a esta dama— se resume en ella tanto más cuanto más dudosos son sus títulos, cuanto más se basan sus coronas en la cristalería, en la vajilla de plata, en el papel de cartas, en los equipajes. Muchos Cottard que han creído pasarse la vida en el corazón del Faubourg Saint-Germain han tenido quizá la imaginación más llena y fascinada de sueños feudales que los que han vivido efectivamente entre príncipes, de la misma manera que para el pequeño comerciante que va el domingo a veces a visitar edificios «de los viejos tiempos», el que da más la sensación de la Edad Media suele ser uno cuyas piedras son de ahora y cuyas bóvedas fueron pintadas de azul y sembradas de estrellas de oro por discípulos de Viollet-le-Duc.

—La princesa estará en Maineville. Viajará con nosotros. Pero no le presentaré en seguida. Será mejor que lo haga madame Verdurin. A no ser que yo encuentre una coyuntura. Esté seguro de que la aprovecharé.

—¿De qué hablaba usted? —dijo Saniette, que aparentó haber ido a tomar el aire.

—Citaba al señor —contestó Brichot— una frase que usted conoce bien del que es a mi parecer el primero de los «fin de siglo» (del siglo XVIII, se entiende), el llamado Charles-Maurice, abate de Périgord. Comenzó por prometer ser un buen periodista. Pero se torció, quiero decir que se hizo ministro. En la vida se dan estas desgracias. Político poco escrupuloso llegado el caso, que, con desdenes de gran señor de raza, no se recataba de trabajar a sus horas para el rey de Prusia, hay que decirlo, y murió en el pellejo de un centro izquierda.

En Saint-Pierre-des-Ifs subió una espléndida muchacha que, desgraciadamente, no formaba parte del pequeño grupo; yo no podía apartar los ojos de su carne de magnolia, de sus ojos negros, de la constitución admirable y alta de sus formas. Al cabo de un segundo quiso abrir una ventanilla, pues hacía un poco de calor en el compartimiento, y no queriendo pedir permiso a todo el mundo, como yo era el único que no llevaba abrigo, me dijo con una voz rápida, fresca y alegre:

—¿No le molesta el aire, caballero?

Yo hubiera querido decirle: «Venga con nosotros a casa de los Verdurin», o: «Dígame su nombre y su dirección». Pero contesté:

—No, no me molesta el aire, señorita.

Y después, sin moverse de su sitio:

—¿No le molestará el humo a sus amigos? —y encendió un cigarrillo.

En la tercera estación se apeó de un salto. Al día siguiente pregunté a Albertina quién podría ser. Pues, creyendo estúpidamente que no se puede amar más que una cosa, celoso de la actitud de Albertina con Roberto, me había tranquilizado en cuanto a las mujeres. Albertina me dijo, creo que muy sinceramente, que no lo sabía.

—¡Me gustaría tanto volver a verla! —exclamé.

—Tranquilízate, siempre se vuelve a encontrar a la gente —contestó Albertina.

En este caso particular se equivocaba; nunca más volví a encontrar ni a identificar a la bella muchacha del cigarrillo. Por lo demás, ya veremos por qué, durante tanto tiempo, dejé de buscarla. Pero no la he olvidado. Muchas veces pienso en ella y me asalta un deseo loco. Pero esos retornos del deseo nos fuerzan a pensar que, para volver a encontrar a esas muchachas con el mismo placer, había que volver también al año tras el cual pasaron diez en los que la muchacha se ha marchitado ya. Se puede a veces volver a encontrar a una persona, pero no abolir el tiempo. Todo esto hasta el día, imprevisto y triste como una noche de invierno, en que ya no se busca a esa muchacha ni a ninguna otra, en que encontrarla nos asustaría. Pues ya no nos sentimos con bastantes atractivos para gustar ni con bastante fuerza para amar. Y, desde luego, no porque seamos, en el sentido literal de la palabra, impotentes, y, en cuanto a amar, amaríamos más que nunca. Pero sentimos que es una empresa demasiado grande para las pocas fuerzas que nos quedan. El reposo eterno ha puesto ya intervalos en los que no se puede salir, ni hablar. Poner un pie en el escalón adecuado es un triunfo como no fallar el salto peligroso. ¡Que nos vea en este estado una muchacha a la que amamos, aunque hayamos conservado nuestro rostro y todo nuestro pelo rubio de muchacho! Ya no podemos asumir la fatiga de ir al paso de la juventud. ¡Qué le vamos a hacer si el deseo carnal aumenta en lugar de disminuir! Hacemos venir a una mujer a la que ya no

nos importará agradar, que no compartirá nuestro lecho más que una vez y a la que no volveremos a ver jamás.

—Todavía no debe de haber noticias del violinista —dijo Cottard. En el pequeño clan, el acontecimiento del día era la decepción del violinista favorito de madame Verdurin. Estaba haciendo el servicio militar cerca de Doncieres e iba tres veces por semana a comer a la Raspelière, pues tenía permiso de noche. Pero la antevíspera, por primera vez, los fieles no habían llegado a descubrirle en el tren. Pensaron que lo había perdido. Madame Verdurin había mandado el coche al tren siguiente y después al último, pero volvió vacío.

—Debe de estar arrestado, no hay otra explicación de su ausencia. Ya se sabe, en el servicio militar, con esos mozos basta un ayudante de mal genio.

—Será todavía más desagradable para madame Verdurin —dijo Brichot— si falta también esta noche, porque precisamente nuestra amable anfitriona recibe a comer por primera vez a los vecinos que le han alquilado la Raspelière, los marqueses de Cambremer.

—¡Los marqueses de Cambremer esta noche! —exclamó Cottard—. No sabía absolutamente nada. Claro que sí sabía, como todos ustedes, que iban a venir un día, pero no creía que estuviera tan próximo. Lo que le dije —comentó dirigiéndose a mí—: la princesa Sherbatoff, los marqueses de Cambremer —y después de repetir estos nombres meciéndose en su melodía—: Ya ve —me dijo— que caemos a punto, llega usted oportunamente. Va a ser una reunión excepcionalmente brillante —y volviéndose hacia Brichot, añadió—: la Patrona debe de estar furiosa. Ya es hora de que vayamos en su ayuda.

Desde que madame Verdurin estaba en la Raspelière, simulaba, en efecto, ante sus fieles, que se sentía en la obligación, muy a su pesar, de invitar una vez a sus propietarios. Así, decía, le harían mejores condiciones para el año siguiente, y no los invitaba más que por interés. Pero simulaba que lo hacía con tal terror, que era tan monstruosa para ella una comida con personas que no eran del pequeño grupo, que lo iba aplazando siempre. La verdad es que si la cosa la asustaba un poco por los motivos que proclamaba, aunque exagerándolos, por otra parte la encantaba por razones de *snobismo* que prefería callarse. Era, pues, sincera a medias, creía al pequeño clan cosa tan única en el mundo, una de esas selecciones tan difíciles que hacen falta siglos para llegar a formar una

semejante, que temblaba pensando que pudieran entrar en él personas provincianas, ignorantes de la Tetralogía y de los *Maestros*, que no sabrían representar su parte en el concierto de la conversación general y eran capaces, al ir a casa del gran Verdurin, de destruir uno de los famosos miércoles, aquellas obras maestras incomparables y frágiles, como esos cristales de Venecia que una nota falsa basta para quebrarlos.

—Además deben de ser de lo más *anti*, y militaristas —dijo monsieur Verdurin.

—En cuanto a eso, me da lo mismo, ya hace bastante tiempo que se habla de esa historia —repuso madame Verdurin, que, aunque sinceramente dreyfusista, le hubiera gustado encontrar en la preponderancia de su salón dreyfusista una recompensa mundana. Ahora bien, el dreyfusismo triunfaba políticamente, pero no mundanamente. Labori, Reinach, Picquart, Zola, seguían siendo, para la alta sociedad, una especie de traidores que no podían sino apartarlos del pequeño núcleo. Por eso madame Verdurin, después de aquella incursión en la política, quería volver al arte. Por otra parte, Indy, Debussy, ¿no estaban «mal» en el *affaire*?

—En cuanto a eso del *affaire*, no tendríamos más que ponerlos al lado de Brichot —dijo madame Verdurin (el universitario era el único de los fieles que se había puesto al lado del Estado Mayor, lo que le hizo bajar mucho en la estimación de madame Verdurin)—. No hay necesidad de estar eternamente hablando del asunto Dreyfus. No, la verdad es que los Cambremer me fastidian.

En cuanto a los fieles, tan afectados por el confesado deseo que tenían de conocer a los Cambremer como engañados por el simulado disgusto de recibirlos que madame Verdurin decía sentir, repetían cada día, al hablar con ella, los viles argumentos que ella misma daba a favor de aquella invitación y procuraban hacerlos irresistibles.

—Decídase de una vez —repetía Cottard— y así le darán esas ventajas en el alquiler, serán ellos los que paguen al jardinero y usted disfrutará del prado. Todo eso vale la pena de una noche de aburrimiento. Lo digo por usted —añadía, aunque la verdad es que se le puso al galope el corazón una vez que, yendo en el coche de madame Verdurin, se cruzó en el camino con el de la vieja madame de Cambremer, y sobre todo se vio humillado por los empleados del ferrocarril cuando se encontraba en la estación cerca del marqués. En cuanto a los Cambremer, como vivían

demasiado lejos del movimiento mundano para ni siquiera sospechar que algunas mujeres elegantes hablaban con cierta consideración de madame Verdurin, se figuraban que ésta era una persona que sólo podría tratar con gente bohemia, que acaso no estaba ni siquiera casada legítimamente y que en lo que toca a personas de abolengo, no trataría más que a ellos. Si se habían resignado a ir a comer a su casa, era sólo por estar en buenos términos con una arrendataria que esperaban que volviera muchas temporadas. Sobre todo desde que, el mes anterior, se habían enterado de que acababa de heredar tantos millones. Y se preparaban en silencio y sin bromas de mal gusto para el día fatal. Los fieles ya no esperaban que vinieran nunca: tantas veces había anunciado madame Verdurin la fecha, siempre aplazada. Estas falsas resoluciones se proponían, no sólo hacer ostentación de la contrariedad que les causaba aquella comida, sino tener en jaque a los miembros del pequeño grupo que vivían en las cercanías y se sentían a veces inclinados a desertar. Y no es que la Patrona adivinara que el «gran día» les era tan agradable como a ella, sino que, habiéndola convencido de que aquella comida le resultaba un terrible sacrificio, podía apelar a la abnegación de sus amigos.

—¡No me van a dejar sola cara a cara con esos chinos! Al contrario, tenemos que ser muchos para repartirnos el aburrimiento. Naturalmente, no podremos hablar de nada de lo que nos interesa. ¡Será un miércoles perdido, qué le vamos a hacer!

—En efecto —asintió Brichot, dirigiéndose a mí—, creo que madame Verdurin, que es muy inteligente y pone una gran coquetería en la preparación de sus miércoles, no tenía interés en recibir a esos hidalgüelos de abolengo pero sin inteligencia. No ha podido decidirse a invitar a la marquesa vieja, pero se ha resignado al hijo y a la nuera.

—¡Ah!, ¿vamos a ver a la marquesa de Cambremer? —intervino Cottard con una sonrisa creyéndose en el deber de poner en ella cierta malicia, aunque ignoraba si madame de Cambremer era bonita o no. Pero el título de marquesa le sugería imágenes prestigiosas y galantes.

—Yo la conozco —dijo Ski, que la había encontrado una vez yendo él de paseo con madame Verdurin.

—¿La conoce usted en el sentido bíblico? —dijo el doctor, empleando una de sus gracias favoritas y deslizando bajo sus anteojos una mirada de mala ley.

—Es inteligente —le dijo Ski—. Naturalmente —añadió al ver que yo no decía nada y acentuando cada palabra con una sonrisa—, es inteligente y no lo es, no tiene cultura, es frívola, pero tiene el instinto de las cosas bonitas. Se callará, pero no dirá nunca una tontería. Y además tiene un cutis muy bonito. Sería un retrato divertido de hacer —añadió cerrando un poco los ojos como si la estuviera mirando posar ante él. Como yo pensaba todo lo contrario de lo que Ski expresaba con tantos matices, me limité a decir que era hermana de un ingeniero muy distinguido, monsieur Legrandin.

—Bueno, pues ya ve usted, le presentarán a una mujer bonita —me dijo Brichot— y quién sabe lo que puede salir de ahí. Cleopatra no era ni siquiera una gran dama, era la mujercita, la mujercita inconsciente y terrible de nuestro Meilhac, y ya ve las consecuencias, no solamente para aquel papanatas de Antonio, sino para el mundo antiguo.

—Ya me han presentado a madame de Cambremer —contesté.

—¡Ah, entonces se va a encontrar usted en tierra conocida!

—Además me encantará verla —repliqué—, porque me prometió una obra del antiguo cura de Combray sobre los nombres de los lugares de esta región, y podré recordarle su promesa. Me interesa ese cura y también sus etimologías.

—No se fíe demasiado de las que indica —me dijo Brichot—; esa obra, que está en la Raspelière y que yo me he entretenido en hojear, no me dice nada que valga; está llena de errores. Le daré un ejemplo. La palabra *bricq* entra en la formación de una cantidad de nombres de lugares de nuestros alrededores. Al bueno del clérigo se le ocurrió la idea pasablemente disparatada de que viene de *briga*, altura, lugar fortificado. Y la ve ya en los poblados célticos, latobrigos, nemetobrigos, etc., y la sigue hasta en nombres como Briand, Brion, etc. Volviendo al país que tenemos el gusto de atravesar en este momento con usted, Bricquebosc significaría el bosque de la altura, Bricqueville la vivienda de la altura, Bricquebec, donde pararemos un momento antes de llegar a Maineville, la altura cerca del arroyo. Y no es eso en absoluto, por la razón de que *bricq* es la vieja palabra normánica que significa simplemente puente. Lo mismo que *fleur*, que el protegido de madame de Cambremer se esfuerza tantísimo en relacionar tan pronto con las palabras escandinavas *floi*, *flo*, como en las palabras irlandesas *ae* y *aer*, es, sin la menor duda, el *fiord* de los daneses y significa puerto. De la misma manera, el excelente sacerdote

creo que la estación de Saint-Martin-le-Vêtu, cerca de la Raspelière, significa Saint-Martin-le-Vieux (*vetus*). Verdad es que la palabra *vieux* ha desempeñado un gran papel en la toponimia de esta región. *Vieux* viene generalmente de *vadum* y significa vado, como el lugar llamado Les Vieux. Es lo que los ingleses llamaban «ford» (Oxford, Hereford). Pero, en este caso particular, *vieux* viene no de *vetus*, sino de *vastatus*, lugar devastado y árido. Cerca de aquí tenemos Sotte— vast, el vasto de Setold; Brillesvast, el vasto de Berold. Estoy tanto más seguro del error del cura cuanto que Saint-Martin-le-Vieux se llamó en otro tiempo Saint-Martin-du-Gast y hasta Saint-Martin-de-Terregate. Ahora bien, en estas palabras, la *V* y la *G* son la misma letra. Se dice *dévaster*, pero también *gácher*, *fachères* y *gátines* (del alto alemán *wastinna*) tienen este mismo sentido. Terregate es, pues, *térra vas— tata*. En cuanto a Saint-Mars, antiguamente (*honni soit qui mal y pense!*) Saint-Merd, es Saint-Medardus, que es unas veces Saint-Médard, Saint-Mard, Saint-Mars, Cinq-Mars y hasta Dammas. Por otra parte, no hay que olvidar que muy cerca de aquí hay lugares de ese mismo nombre de Mars que demuestran simplemente un origen pagano (el dios Marte) que ha permanecido vivo en este país, pero el buen hombre se niega a reconocerlo. Las alturas dedicadas a los dioses son en particular muy numerosas, como la montaña de Júpiter (Jeumont). Vuestro cura no quiere ver nada de eso, y en cambio, allí donde el cristianismo ha dejado huellas se le escapan. Ha llegado en su viaje hasta Loctudy, nombre bárbaro, según él, mientras que es *Locus Sancti Tudenii*, y tampoco ha adivinado *Sanctus Martialis* en Sammarcoles. Para vuestro cura —continuó Brichot al ver que me interesaba—, las palabras en *hon*, *home*, *holm* vienen de la palabra *holl* (*hullus*), colina, cuando la verdad es que viene del normánico *holm*, isla, que usted conoce bien en Stocqholm, y que en todo este país está tan extendida: la Houlme, Engohome, Tahoume, Robehomme, Néhomme, Quettehon, etc.

Estos nombres me hicieron pensar en el día en que Albertina quiso ir a Amfreville-la-Bigot (del nombre de dos dioses de sus señores sucesivos, me dijo Brichot), y en seguida me propuso comer juntos en Robehomme.

—¿No está Néhomme —pregunté— cerca de Carquethuit y de Clitourps?

—Justamente. Néhomme es el holm, la isla o península del famoso vizconde Nigel, cuyo nombre ha quedado en Neville. Carquethuit y

Clitourps, de que usted me habla, dan ocasión para otros errores al protegido de madame de Cambremer.

Seguramente ve bien que *carque* es iglesia, la *kirche* de los alemanes. Usted conoce Querqueville, sin hablar de Dunkerque. Pues más valdría entonces detenernos en esa famosa palabra *dun*, que, para los celtas, significaba elevación. Y esto lo encontrará usted en toda Francia, su abate se hipnotizaba ante Duneville repetido en Eure-et-Loir; hubiera encontrado Châteaudun, Dun-le-Roi en Cher; Duneau en Sarthe; Dun en Ariège; Dune-les-Places en Nièvre, etc., etc. Este Dun le hace cometer un curioso error en lo que se refiere a Douville, donde nos apareamos y donde nos esperan los confortables carruajes de madame Verdurin. Douville, en latín *donvilla* —dijo—. En efecto, Douville está al pie de grandes alturas. Vuestro cura, que lo sabe todo, se da cuenta de todos modos de que se ha colado. En efecto, ha leído *Domvilla* en un antiguo libro eclesiástico. Entonces se retracta; para él, Douville en un feudo del abate, *domino abbati* del monte Saint-Michel. Esto le pone muy contento, lo que resulta bastante raro cuando se piensa en la vida escandalosa que llevaban en el monte Saint-Michel desde el capitular de Saint-Clair-sur-Epte, y que no sería más extraordinario que ver al rey de Dinamarca feudatario de toda esa costa donde hacía celebrar el culto de Odín mucho más que el de Cristo. Por otra parte, la suposición de que se ha cambiado la *n* por la *m* no me choca y exige menos alteración que el correctísimo Lyon, que también viene de *Dun* (*Lugdunum*). Pero de todos modos el abate se equivoca. Douville no fue nunca Donville, sino Doville, *Eudonis Villa*, la villa de Eudes. Douville se llamó antiguamente Escalecliff, escalera de la cuesta. Hacia 1233, Eudes le Bouteiller, señor de Escalecliff, salió para Tierra Santa. En el momento de partir hizo entrega de la iglesia a la abadía Blanchelande. Intercambio de buenos comportamientos: el pueblo tomó su nombre, de donde el actual Douville. Pero he de añadir que la toponimia, en la que soy por lo demás muy ignaro, no es una ciencia exacta; si no tuviéramos ese testimonio histórico, Douville podría muy bien venir de Ouville, es decir, las Aguas. Las formas en *ai* (Aigues-Mortes), de *aqua*, se cambian muy frecuentemente en *eu*, en *ou*. Ahora bien, muy cerca de Douville hay unas aguas famosas, Carquebut. Usted cree que el cura estaba encantado de encontrar en esto alguna huella cristiana, aunque este país parece que fue muy difícil de evangelizar, puesto que fue preciso que se sucedieran San Ursal, San Gofroi, San Barsanore, San Laurent de



Brévedent, el cual pasó por último el asunto a los frailes de Beaubec. Pero en cuanto a *tuit* el autor se equivoca al ver en esta palabra una forma de *toft*, casucha, como en Criquetot, Ectot, Yvetot, cuando la verdad es que se trata de *thveit*, roza, roturación, como en Braquetuit, Thuit, Regnetuit, etc. Análogamente, cuando reconoce en Cliptourps el *thorp* normando, que quiere decir pueblo, pretende que la primera parte del nombre se deriva de *clivus*, pendiente, cuando la verdad es que viene de *cliff*, roca. Pero sus errores más graves se deben a sus prejuicios más que a su ignorancia. Por buen francés que sea, ¿hay que negar la evidencia y confundir Saint-Laurent-en-Bray con el sacerdote romano tan conocido, cuando se trata de San Lawrence o'Toole, arzobispo de Dublín? Pero a su amigo, lo que le hace cometer groseros errores, más que el sentimiento patriótico, es el sentimiento religioso. Así por ejemplo, tenemos no lejos de nuestros anfitriones de la Raspelière dos Montmartin, Montmartin-sur-Mer y Montmartin en Graignes. En cuanto a Graignes, el bueno del cura no se ha equivocado: se ha dado cuenta de que Graignes, en latín *Grania*, en griego *créné*, significa estanques, marismas; ¿cuántos Gresmays, Cron, Grenneville, Lengronne no podríamos citar? Pero en cuanto a Montmartin, vuestro pretendido lingüista se empeña en que se trata de parroquias dedicadas a San Martín. Se funda en que el santo es su patrón, pero no se da cuenta de que no fue hecho santo hasta después; o más bien le cegó su odio al paganismo; no quiere ver que, si se hubiera tratado de San Martín, se habría dicho Mont-Saint-Martin, como se dice Monte Saint-Michel, cuando el hecho es que el nombre de Montmartin se aplica, mucho más paganamente, a templos consagrados al dios Marte, templos de los que ciertamente no nos quedan más vestigios, pero que la presencia indiscutible, en los alrededores, de grandes campos romanos haría muy verosímiles aun sin el nombre de Montmartin que zanja la duda. Ya ve usted que el librito ese que va a encontrar ahora en la Raspelière no es ninguna maravilla.

Yo objeté que el cura de Combray nos había enseñado muchas veces etimologías interesantes.

—Probablemente pisaba más firme en su terreno, y el viaje a Normandía le habrá expatriado.

—Y no le habrá curado —añadí yo—, pues había llegado neurasténico y se marchó reumático

—Entonces la culpa es de la neurastenia. Cayó de la neurastenia a la filología, como diría mi buen maestro Poquelin. Dígame, Cottard, ¿cree usted que la neurastenia pueda influir perjudicialmente en la filología, que la filología ejerza una influencia calmante en la neurastenia y que la curación de la neurastenia conduzca al reuma?

—Desde luego, el reuma y la neurastenia son dos formas variantes del neuroartrismo. Se puede pasar de una a otra por metástasis.

—El eminente profesor —intervino Brichot— se expresa, Dios me perdone, en un francés tan mezclado de latín y de griego como pudiera hacerlo el propio monsieur Purgon, de molieresca memoria. A mí, mi tío, quiero decir nuestro Sarcey nacional...

Pero no pudo terminar la frase. El profesor acababa de pegar un brinco y un alarido:

—¡Demonio! —exclamó pasando por fin al lenguaje articulado—, nos hemos pasado de Maineville y hasta de Renneville.

Acababa de ver que el tren paraba en Saint-Mars-le-Vieux, donde bajaban casi todos los viajeros.

—Y no deben de haberse saltado la parada. Seguramente, hablando de Cambremer, no nos fijamos.

—Óigame, Ski, espere, le voy a decir «una cosa buena» —dijo Cottard, que le había tomado gusto a esta expresión usada en ciertos medios médicos—. La princesa debe de estar en el tren, no nos habrá visto y habrá subido a otro compartimiento. Vamos a buscarla. Con tal de que todo esto no acabe en gresca...

Y nos llevó a todos en busca de la princesa Sherbatoff. La encontró en el extremo de un vagón vacío, leyendo la *Revue des Deux Mondes*. Por miedo a las discusiones, hacía muchos años que había tomado la costumbre de estarse en su sitio, de permanecer en su rincón, lo mismo en la vida que en el tren, y de esperar, para dar la mano, a que la saludaran. Continuó leyendo cuando los fieles entraron en su vagón. Yo la reconocí en seguida. Aquella mujer, que podía haber perdido su posición, pero no dejaba por eso de ser de gran abolengo, y que en todo caso era la perla de un salón como el de los Verdurin, era la dama que, la antevíspera, en el mismo tren, había creído yo que podía ser la dueña de una casa pública. Su personalidad social, tan insegura, me resultó muy clara en cuanto supe su nombre, como cuando, después de darle vueltas a una adivinanza, nos enteramos por fin de la palabra que aclara lo que nos parecía tan oscuro y

que, tratándose de personas, es el nombre. Enterarse al día siguiente de quién era la persona con la que habíamos viajado en el tren sin llegar a descubrir su rango social es una sorpresa mucho más divertida que leer en el número siguiente de una revista la palabra del enigma propuesto en el anterior. Los grandes restaurantes, los casinos, los *tortillards* son el museo de las familias de estos enigmas sociales.

—¡Princesa, no nos vimos en Maineville! ¿Permite usted que nos sentemos en su compartimiento?

—Naturalmente —dijo la princesa, que, sólo al hablarle Cottard levantó de la revista unos ojos que, como los de monsieur de Charlus, aunque más dulces, veían muy bien a las personas de cuya presencia aparentaba no darse cuenta. Cottard, pensando en que ser invitado con los Cambremer era para mí una recomendación suficiente, tomó al cabo de un momento la decisión de presentarme a la princesa, la cual se inclinó muy cortésmente, pero como quien oía mi nombre por primera vez.

—¡Caramba! —exclamó el doctor—, mi mujer se ha olvidado de que cambiaran los botones de mi chaleco blanco. Esas mujeres no piensan en nada. No se case usted nunca —me dijo. Y como era una de las bromas que a él le parecían oportunas cuando no se sabía qué decir, miró con el rabillo del ojo a la princesa y a los demás fieles, que, por ser profesor y académico, sonrieron admirando su buen humor y su falta de gravedad. La princesa nos dijo que había parecido el joven violinista. Había estado en cama la víspera con jaqueca, pero vendría aquella noche y traería a un antiguo amigo de su padre que encontró en Doncieres. La princesa lo sabía por madame Verdurin, con la que había almorzado aquel día, nos dijo con una voz rápida en la que las erres arrastradas del acento ruso, suavizadas en el fondo de la garganta, eran más bien eles.

—¡Oh!, ha almorzado usted con ella —dijo Cottard a la princesa, pero mirándome a mí, pues estas palabras tenían por objeto poner de relieve la intimidad de la princesa con la Patrona—. ¡Usted es de los fieles!

—Sí, me gusta este pequeño círculo inteligente, agradable, no maligno, sencillo, nada *snob* y en el que abunda el talento hasta la punta de las uñas.

—¡Demonio, he debido de perder el billete, y no lo encuentro! —exclamó Cottard, por lo demás sin preocuparse mucho. Sabía que en Douville, donde los esperarían dos landós, el empleado le dejaría pasar sin

billete y les saludaría con más reverencia aún, para dar así la explicación de su indulgencia, es decir, que había reconocido en Cottard a un invitado habitual de los Verdurin—. No me meterán por eso en la sala de la policía —concluyó el doctor.

—Decía usted, caballero —pregunté a Brichot—, que había cerca de aquí unas aguas famosas; ¿cómo se sabe?

—Entre otros muchos testimonios, lo prueba la estación siguiente. Se llama Fervaches.

—No comprendo lo que quiere decir —masculló la princesa en un tono como si me dijera por amabilidad: «Nos fastidia, ¿verdad?».

—Pero, princesa, Fervaches quiere decir aguas calientes, *fervidae aquae*... Pero a propósito del joven violinista —continuó Brichot—, me olvidaba, Cottard, de contarle la gran novedad. ¿Sabe usted que nuestro pobre amigo Dechambre, el antiguo pianista favorito de madame Verdurin, acaba de morir? Es horrible.

—Era todavía joven —repuso Cottard—, pero debía de tener algo de hígado, alguna porquería de esa parte, tenía una cara malísima desde hacía algún tiempo.

—Pero no era tan joven —dijo Brichot—; en la época en que Elstir y Swann iban a casa de madame Verdurin, Dechambre era ya una notoriedad parisiense y, cosa admirable, sin haber recibido en el extranjero el bautismo del éxito. ¡Ah!, ése no era un adepto del evangelio según San Barnum.

—Se confunde usted, en esa época no podía ir a casa de madame Verdurin, estaba todavía en la lactancia.

—Pero, si la memoria no me engaña, creo que Dechambre tocaba la sonata de Vinteuil para Swann cuando ese casinista renegado de la aristocracia no pensaba que iba a ser algún día el príncipe consorte aburguesado de nuestra Odette nacional.

—Es imposible, la sonata de Vinteuil se tocó en casa de madame Verdurin mucho tiempo después de haber dejado Swann de frecuentarla —dijo el doctor, que, como todos los que trabajan mucho y creen recordar muchas cosas que se les figuran útiles, olvidan otras muchas, lo que les permite extasiarse ante la memoria de algunas personas que no tienen nada que hacer—. Traiciona usted sus conocimientos, y eso que no está reblandecido —añadió sonriendo el doctor. Brichot reconoció su error. Paró el tren. Era La Sogne. Este nombre me intrigaba.

—Cuánto me gustaría saber lo que quieren decir todos esos nombres —le dije a Cottard.

—Pregúnteselo a monsieur Brichot, quizá lo sabe.

—Pero La Sogne es la Cigüeña, *Siconia* —contestó Brichot, al que yo estaba deseando preguntarle otros nombres.

Madame Sherbatoff, olvidando su costumbre de quedarse en su «rincón», me ofreció amablemente cambiar de sitio conmigo para que pudiese hablar más cómodamente con Brichot, al que quería preguntar otras etimologías que me interesaban, y la princesa me aseguró que le era indiferente viajar delante, detrás, de pie, etc. Permanecía a la defensiva mientras ignoraba las intenciones de los recién llegados, pero en cuanto veía que tales intenciones eran buenas, procuraba por todos los medios complacer a todo el mundo. Por fin el tren paró en la estación de Douville-Féterne, que por estar situada aproximadamente a la misma distancia del pueblo de Féterne que del de Douville, llevaba ambos nombres.

—¡Redemonio! —exclamó el doctor Cottard cuando estábamos ya junto a la barrera donde recogían los billetes y fingiendo no haberse dado cuenta hasta entonces—, no encuentro mi billete, he debido de perderlo.

Pero el empleado, quitándose la gorra, aseguró que no tenía importancia y sonrió respetuosamente. La princesa (dando explicaciones al cochero, como lo hubiera hecho una especie de dama de honor de madame Verdurin, quien, por causa de los Cambremer, no había podido ir a la estación, cosa que, de todos modos, hacía rara vez) me hizo subir, así como a Brichot, a uno de sus carruajes. En el otro subieron el doctor, Saniette y Ski.

El cochero, aunque muy joven, era el primero de los Verdurin, su único cochero verdaderamente oficial; durante el día, le hacía llevarla a todos sus paseos, pues conocía todos los caminos, y por la noche iba a buscar y a llevar después a todos los fieles. En caso necesario, le acompañaban extras (elegidos por él). Era un excelente muchacho, sobrio y diestro, pero con una de esas caras melancólicas en las que la mirada, demasiado fija, significa contrariedad por cualquier cosa, incluso ideas negras. Pero en aquel momento era muy feliz, porque había logrado colocar a su hermano, excelente también, en casa de los Verdurin. Atravesamos primero Douville. Unas lomas herbosas descendían hasta el mar en amplios prados a los que la saturación de la humedad y de la sal daba un espesor, una suavidad, una vivacidad de tonos extraordinarios. Los

islotes y el perfil recortado de Rivebelle, mucho más próximos aquí que en Balbec, daban a aquella parte del mar el aspecto, nuevo para mí, de un plano en relieve. Pasamos por pequeños chalets alquilados casi todos por pintores; tomamos un sendero donde las vacas en libertad, tan asustadas como nuestros caballos, nos cerraron el paso durante diez minutos, y seguimos la carretera de la cornisa.

—Pero, por los dioses inmortales —dijo de pronto Brichot—, volvamos a ese pobre Dechambre; ¿creen ustedes que madame Verdurin lo sabrá? ¿Se lo han dicho?

Madame Verdurin, como casi todas las personas del gran mundo, precisamente porque tenía necesidad de la compañía de los demás, no pensaba ya ni un solo día en ellos una vez muertos: ya no podían asistir a sus miércoles, ni a los sábados, ni comer en traje de casa. Y no se podía decir del pequeño clan, imagen en esto de todos los salones, que se compusiera de más muertos que vivos, puesto que, una vez muerto uno, era como si nunca hubiera existido. Mas para evitar lo desagradable que resultaba hablar de los difuntos, y aun suspender las comidas por el duelo, cosa imposible para la Patrona, monsieur Verdurin fingía que la muerte de los fieles afectaba tantísimo a su mujer que, por el cuidado de su salud, no había que hablar de aquello. Por otra parte, y acaso precisamente porque la muerte de los demás le parecía un accidente tan definitivo y tan vulgar, la idea de la suya propia la horrorizaba, y monsieur Verdurin evitaba cualquier reflexión que pudiera relacionarse con ella. En cuanto a Brichot, como era muy buena persona y creía lo que monsieur Verdurin decía de su mujer, temía por su amiga las emociones de semejante disgusto.

—Sí, *lo sabe todo* desde esta mañana —dijo la princesa—, *no ha sido posible ocultárselo*.

—¡Ah, mil rayos de Zeus! —exclamó Brichot—, ha debido de ser un golpe terrible para ella, ¡un amigo de veinticinco años! ¡Y era uno de los nuestros!

—Desde luego, desde luego, qué quiere usted —dijo Cottard—. Son circunstancias siempre penosas; pero madame Verdurin es una mujer fuerte, es una cerebral más aún que una emotiva.

—Yo no soy completamente del parecer del doctor —dijo la princesa, a quien decididamente su hablar rápido, su acento murmurado, daba un aire a la vez enfurruñado y travieso—. Madame Verdurin, bajo una apariencia fría, esconde tesoros de sensibilidad. Me dijo monsieur

Verdurin que le había costado mucho impedirle ir a París para la ceremonia; tuvo que hacerle creer que seguía en el campo.

—¡Caramba, quería ir a París! Yo sé perfectamente que es una mujer de corazón, puede que hasta demasiado. ¡Pobre Dechambre! Como decía madame Verdurin hace dos meses: «Al lado de él, Planté, Paderewski, el mismo Risler, no se sostienen.» ¡Ah!, pudo decir, con más razón que ese fanfarrón de Nerón, que se las ha arreglado para reírse de la misma ciencia alemana: *Qualis artifex pereo!* Pero por lo menos él, Dechambre, ha debido de morir en el ejercicio del sacerdocio, en olor de santidad beethoveniana; y valientemente, estoy seguro; en buena justicia, ese oficiante de la música merecía haber muerto celebrando la *Messe en re*. Pero, en caso necesario, era hombre capaz de recibir la Camarde con un trino, pues ese ejecutante genial encontraba a veces, en su ascendencia de hombre de la Champagne parisienizado, arrogancias y elegancias de la guardia francesa.

Desde la altura donde estábamos, el mar ya no se veía, como desde Balbec, semejante a ondulaciones montañosas en movimiento, como, desde un pico, o desde una carretera que rodea la montaña, se ve un glaciar azulado o una llanura deslumbrante situados a menor altitud. La rompiente de las olas parecía allí inmovilizada, como dibujados para siempre sus círculos concéntricos; hasta el esmalte del mar, que cambiaba insensiblemente de color, tomaba hacia el fondo de la bahía, donde se abría un estuario, la blancura azul de una leche donde unas barquichuelas negras que no avanzaban parecían haber naufragado como moscas. Me parecía imposible abarcar desde ninguna parte cuadro más dilatado. Pero en cada revuelta surgía una parte nueva, y cuando llegamos al fielato de Douville, el espolón del acantilado que hasta entonces nos había escondido una mitad de la bahía hizo un entrante y vi de pronto a mi izquierda un golfo tan profundo como el que había tenido ante mí hasta entonces, pero de proporciones distintas y mucho más hermoso. En aquel punto tan elevado, el aire era de una vivacidad y de una pureza que me embriagaban. Yo quería a los Verdurin; que nos hubiesen mandado un coche me parecía una bondad emocionante. Me hubiera gustado besar a la princesa. Le dije que no había visto nunca nada tan bello. También a ella, dijo, le gustaba este país más que ningún otro. Pero yo me daba cuenta de que, para ella, como para los Verdurin, lo importante no era contemplarlo como turistas, sino comer bien en él, recibir a una sociedad que les gustaba, escribir

desde él cartas, leer en él: en fin, vivir en él, dejando pasivamente que su belleza los bañara más bien que preocuparse de ella.

Desde el fielato, donde el coche se detuvo un momento a tal altura sobre el mar que, como desde una cumbre, producía vértigo mirar al azulado abismo, abrí la ventanilla; el ruido de cada ola al romper en la roca se oía distintamente, dulce y claro, y era algo sublime. ¿No resultaba como un índice de medición que, alterando nuestras impresiones habituales, nos demuestra que las distancias verticales se pueden asimilar a las distancias horizontales, en contra de lo que habitualmente nos parece, y que acercándonos el cielo, no son grandes, que son incluso menos grandes para un ruido que las traspasa, como las traspasaba el de aquellas pequeñas olas, pues el medio que tienen que atravesar es más puro? Y, en efecto, con sólo retroceder dos veces más atrás del fielato, ya no se distinguía aquel ruido de olas al que doscientos metros de acantilado no habían quitado su delicada, minuciosa y suave precisión. Pensaba yo que a mi abuela le hubiera producido aquella admiración que le inspiraban todas las manifestaciones de la naturaleza o del arte en cuya sencillez se lee la grandiosidad. Mi exaltación era enorme y exageraba todo lo que me rodeaba. Me sentía emocionado de que los Verdurin hubieran mandado a buscarnos a la estación. Se lo dije a la princesa y le pareció que exageraba mucho una atención tan natural. Sé que, más tarde, dijo a Cottard que me encontraba muy entusiasta; el doctor le contestó que yo era muy emotivo y que me convendría tomar calmantes y hacer punto. Yo señalaba a la princesa cada árbol, cada casita medio en ruinas bajo su rosal, le hacía admirarlo todo, hubiera querido estrecharla a ella misma contra mi corazón. Me dijo que veía en mí dotes para la pintura, que debía dibujar, que le extrañaba que no me lo hubieran dicho todavía. Atravesamos, encaramados en su alcor, el pueblecito de Englesqueville (*Englederti Villa*, nos dijo Brichot).

—Pero ¿está usted bien segura, princesa, de que se celebrará la comida esta noche, a pesar de la muerte de Dechambre? —añadió sin pensar que el haber mandado a la estación los coches en los que estábamos era ya una respuesta.

—Sí —dijo la princesa—, monsieur Verdurin ha tenido especial empeño en que no se suspenda, precisamente para impedir a su mujer «pensar». Y además, al cabo de tantos años sin dejar de recibir un miércoles, esa alteración en sus costumbres podría impresionarla. Está tan



nerviosa en este tiempo. A monsieur Verdurin le encanta que vengan ustedes a comer esta noche, porque sabe que será una gran distracción para madame Verdurin —dijo la princesa, olvidando que había fingido no haber oído hablar de mí—. Creo que no deben hablar de *nada delante* de madame Verdurin —añadió la princesa.

—Hace usted muy bien en advertírmelo —repuso ingenuamente Brichot—. Transmitiré a Cottard la recomendación.

El coche paró un momento. Reanudó la marcha, pero cesó el ruido que hacían las ruedas en el pueblo. Habíamos entrado en el paseo de honor de la Raspelière, donde monsieur Verdurin nos estaba esperando en la escalinata.

—He hecho bien en ponerme un smoking —dijo observando con satisfacción que los fieles llevaban el suyo—, puesto que tengo en casa a unos hombres tan elegantes.

Y al disculparme yo por ir de americana:

—Está perfectamente. Son comidas de camaradas. Le prestaría uno de mis smokings, pero no le serviría.

El *shake-hand* lleno de emoción que Brichot dio al Patrón al entrar en el vestíbulo de la Raspelière, a manera de pésame por la muerte del pianista, no provocó ningún comentario de monsieur Verdurin. Yo le expresé mi admiración por aquellos lugares.

—Lo celebro mucho, y eso que no ha visto usted nada, pero ya se lo enseñaremos. ¿Por qué no viene a vivir aquí unas semanas? El aire es magnífico.

Brichot temía que su apretón de manos no hubiera sido comprendido.

—¡Qué pena, ese pobre Dechambre! —dijo, pero a media voz, por miedo de que no estuviera lejos madame Verdurin.

—Es horrible —repuso alegremente monsieur Verdurin.

—¡Tan joven! —insistió Brichot. Monsieur Verdurin, impaciente por detenerse en tales inutilidades, replicó en un tono apresurado y con un gemido sobreagudo, no de pena, sino de impaciencia irritada:

—¡Bueno, qué quiere usted!, no podemos hacer nada, no le van a resucitar nuestras palabras, ¿verdad?

Y recobró al mismo tiempo la dulzura y la cordialidad:

—Vamos, amigo Brichot, deje en seguida sus prendas. Tenemos una *bouillabaisse* que no espera. Sobre todo no se le ocurra, por amor de Dios, hablarle de Dechambre a madame Verdurin. Ya sabe usted que disimula mucho lo que siente, pero padece una verdadera enfermedad de la sensibilidad. Le aseguro que cuando se enteró de que Dechambre había muerto, casi lloró —dijo monsieur Verdurin en un tono profundamente irónico. Al oírle, cualquiera diría que había que estar verdaderamente loco para sentir la muerte de un amigo de treinta años, y por otra parte se adivinaba que la unión perpetua de monsieur Verdurin con su mujer no impedía que la juzgara siempre y que le irritara con frecuencia—. Si le habla de eso se va a poner otra vez enferma, y es lamentable, a las tres semanas de su bronquitis. En este caso, soy su enfermero. Ya comprende usted que acabo de dejar de serlo. Duélase usted en su interior todo lo que quiera de la suerte de Dechambre. Piense en ello, pero no hable de ello. Yo quería mucho a Dechambre, pero me permitirá usted que quiera más a mi mujer. Mire, ahí tiene a Cottard, podrá preguntarle.

En efecto, sabía que un médico de la familia puede prestar muchos pequeños favores, como, por ejemplo, prescribir que no hay que tener disgustos.

Cottard, dócilmente, dijo a la Patrona:

—Altérese de esa manera y mañana *me hará* treinta y nueve de fiebre —lo mismo que hubiera dicho a la cocinera: «Mañana me hará criadillas de ternera». La medicina no curará, pero cambia el sentido de los verbos y de los pronombres.

A monsieur Verdurin le satisfizo mucho comprobar que Saniette, a pesar de los sofiones que había recibido la antevíspera, no desertó del pequeño núcleo. En efecto, madame Verdurin y su marido habían

contraído en la ociosidad unos instintos crueles a los que ya no bastaban las grandes circunstancias, demasiado raras. Habían podido indisponer a Odette con Swann, a Brichot con su amante. Volverían a hacerlo con otros, por supuesto. Pero no todos los días se presentaba la ocasión. Y Saniette, con su sensibilidad estremecida, con su timidez rayana en enloquecimiento, les ofrecía un remedio cotidiano. En consecuencia, por miedo a que desertara, se cuidaron de invitarle con palabras amables y persuasivas como las que usan en el liceo los veteranos, en el regimiento los antiguos para un novato al que quieren ablandar con el fin de apoderarse de él, sólo para atraerle y hacerle jugarretas cuando ya no pueda escapar.

—Sobre todo —recordó a Brichot Cottard, que no había oído a monsieur Verdurin—, *motus* delante de madame Verdurin.

—Descuide, Cottard, está usted ante un sabio, como dijo Teócrito. Además, monsieur Verdurin tiene razón, ¿de qué sirven nuestras lamentaciones? —añadió, pues, capaz de asimilar formas verbales y las ideas que éstas le sugerían, pero carente de sagacidad admiró en las palabras de monsieur Verdurin el estoicismo más valeroso—. De todos modos, es un gran talento que desaparece.

—Pero ¿todavía están hablando de Dechambre? —dijo monsieur Verdurin, que se había adelantado y que, al ver que no le seguíamos, volvió hacia nosotros—. Mire —dijo a Brichot—, no hay que exagerar en nada. Porque se haya muerto, no va a resultar ahora un genio que no era. Tocaba bien, desde luego, sobre todo estaba muy bien encajado aquí; trasplantado, no existiría. Mi mujer se entusiasmó y le hizo famoso. Ya saben ustedes cómo es ella. Yo diría más, para su fama ha muerto en el buen momento, en el punto justo, como las «*demoiselles*» de Caen, así lo espero, asadas con arreglo a las incomparables recetas de Pampille (a no ser que se eternicen ustedes en sus jeremiadas en esa *casbah* abierta a todos los vientos). No querrán hacernos reventar a todos porque Dechambre ha muerto y cuando, desde hacía un año, tenía que hacer gamas antes de empezar un concierto, para recuperar momentáneamente, muy momentáneamente, su ejecución. Además, esta noche van a oír, o por lo menos a conocer, pues ese fresco suele dejar el arte por las cartas después de comer, a un artista mejor que Dechambre, un joven que mi mujer ha descubierto (como descubrió a Dechambre y a Paderewski y a otros): Morel. Todavía no ha llegado, el muy granuja. Voy a tener que

mandar un coche al último tren. Viene con un antiguo amigo de su familia que ha encontrado y que le aburre de muerte, pero al que no tiene más remedio que acompañar para evitar que su padre se enfade y tener que quedarse en Doncières: el barón de Charlus.

Entraron los fieles. Monsieur Verdurin, que se había quedado atrás conmigo mientras yo dejaba mis prendas, me cogió del brazo bromeando, como lo hace en una comida un dueño de casa que no tiene invitada para acompañar a uno.

—¿Ha hecho usted buen viaje?

—Sí, monsieur Brichot me ha enseñado cosas que me han interesado mucho —dije pensando en las etimologías y porque había oído decir que los Verdurin admiraban mucho a Brichot.

—Me extrañaría mucho que no le hubiera enseñado nada —comentó monsieur Verdurin—, es un hombre tan modesto, que habla tan poco de las cosas que sabe...

Este elogio no me pareció muy justo.

—Parece encantador —dije.

—Exquisito, delicioso, nada dómine, lleno de fantasía, ágil, mi mujer le adora, y yo también —contestó monsieur Verdurin exagerando el tono y como quien recita una lección. Sólo entonces comprendí que lo que me había dicho de Brichot era irónico. Y me pregunté si, desde el tiempo, ya lejano, en que yo había oído hablar de monsieur Verdurin, no se había sacudido la tutela de su mujer.

Al escultor le sorprendió mucho que los Verdurin recibieran a monsieur de Charlus. Mientras que en el Faubourg Saint-Germain, donde monsieur de Charlus era tan conocido, no se hablaba nunca de sus costumbres (ignoradas por la mayoría, objeto de duda para otros, que creían más bien que se trataba de amistades exaltadas, pero platónicas, de imprudencias, y que eran, en fin, cuidadosamente disimuladas por los enterados, que se encogían de hombros cuando algún malévolo Gallardon aventuraba una insinuación), esas costumbres, apenas conocidas por algunos íntimos, eran, en cambio, descritas cada día lejos del medio donde él vivía, como algunos cañonazos que sólo se oyen después de pasar una zona silenciosa. Además, en aquellos medios burgueses y artistas donde él pasaba por la encarnación misma de la inversión, se ignoraba completamente su gran posición mundana, su alta estirpe, por un fenómeno análogo al que, en el pueblo rumano, hace que el nombre de

Ronsard se conozca como el de un gran señor, mientras que se desconoce su obra poética. Más aún, en Rumania, la nobleza de Ronsard viene de un error. Así, si en el mundo de los pintores, de la gente de teatro, monsieur de Charlus tenía tan mala fama, era porque le confundían con un conde Leblois de Charlus que ni siquiera tenía el menor parentesco con él, o sumamente lejano, y que había sido detenido, acaso por error, en una redada policíaca que dejó memoria. En resumen, todas las historias que se contaban sobre monsieur de Charlus se aplicaban al otro. Muchos profesionales juraban que habían tenido relaciones con monsieur de Charlus y lo juraban de buena fe, creyendo que el falso Charlus era el verdadero, y el falso, mitad por ostentación de nobleza, mitad por disimular el vicio, favorecía una confusión que, para el verdadero (el barón que conocemos), fue perjudicial durante algún tiempo y después, ya en la pendiente, resultó cómoda, pues también a él le permitía decir: «No soy yo». Ahora, en efecto, no era de él de quien se hablaba. Por último, y esto acentuaba la falsedad de los comentarios de un hecho cierto (los gustos del barón), había sido amigo íntimo y perfectamente puro de un autor que, en el mundo del teatro, tenía, no se sabe por qué, esa fama, no merecida en absoluto. Cuando los veían juntos en un extremo, decían: «Ya sabéis», lo mismo que se creía que la duquesa de Guermantes tenía relaciones inmorales con la princesa de Parma, leyenda indestructible, pues sólo se dispararía en una proximidad con aquellas dos grandes damas a la que las personas que la repetían no llegarían probablemente nunca, si no era enfocándolas con los gemelos en el teatro o calumniándolas al oído del titular de la butaca inmediata. De las costumbres de monsieur de Charlus, el escultor deducía sin la menor vacilación que la posición mundana del barón debía de ser muy mala, porque no sabía absolutamente nada sobre la familia a la que pertenecía monsieur de Charlus, sobre su título, sobre su nombre. Así como Cottard creía que todo el mundo sabe que el título de doctor en medicina no es nada y el de interno de los hospitales es algo, las personas de la alta sociedad se engañan al creer que todo el mundo tiene sobre la importancia social de su nombre las mismas nociones que ellos mismos y las personas de su medio.

El príncipe de Agrigente tenía fama de *rasta* para un botones del círculo al que debía veinticinco luises y sólo recobraba su importancia en el Faubourg Saint-Germain, donde tenía tres hermanas duquesas, pues el gran señor impresiona no a las personas modestas, para las que cuenta

poco, sino a las gentes brillantes que están enteradas de lo que es. Por lo demás, monsieur de Charlus iba a poder darse cuenta aquella misma noche de que el Patrón tenía nociones poco profundas sobre las más ilustres familias ducales. Convencido de que los Verdurin iban a dar un mal paso permitiendo que se introdujera en su salón tan «selecto» un individuo tarado, el escultor creyó que debía advertir a la Patrona.

—Es un gran error, además yo no creo nunca esas cosas, y aunque fuera verdad, le diré que sería muy comprometedor para mí —le contestó madame Verdurin furiosa, pues, como Morel era el principal elemento de los miércoles, le interesaba sobremanera no desagradarle. En cuanto a Cottard, no pudo dar una opinión, porque había pedido permiso para subir un momento a «un recadillo» en el *buen retiro* después de escribir en el cuarto de madame Verdurin una carta muy urgente para un enfermo.

Un gran editor de París que había llegado de visita, y que creía que le harían quedarse, se fue bruscamente, comprendiendo que no estaba bastante elegante para el pequeño clan. Era un hombre alto y grueso, muy moreno, estudioso, algo tajante. Parecía un cortapapeles de ébano.

Madame Verdurin, que, para recibirnos en su inmenso salón, donde los trofeos de gramíneas, de amapolas, de flores del campo cogidas aquel mismo día alternaban con el mismo motivo pintado en camafeo dos siglos antes por un artista de exquisito gusto, se había levantado un momento de una partida que estaba jugando con un viejo amigo, nos pidió permiso para terminarla en dos minutos y sin dejar de hablar con nosotros. Por lo demás, lo que le dije de mis impresiones le agradó sólo a medias. En primer lugar, yo estaba escandalizado de ver que ella y su marido volvían a casa antes de la hora de aquellas puestas de sol famosas por su belleza vista desde el acantilado, y más aún desde la terraza de la Raspelière, por las cuales habría caminado yo leguas.

—Sí, es incomparable —dijo con ligereza madame Verdurin echando una ojeada a los inmensos ventanales que hacían de puerta—. Por más que lo vemos todos los días, nunca nos cansamos —y volvió a mirar a las cartas. Pero yo, a fuerza de entusiasmo, resultaba exigente. Me quejaba de no ver desde el salón las rocas de Darnetal que tanto me había ponderado Elstir en el momento en que reflejaban innúmeros colores.

—Desde aquí no puede usted verlas, habría que ir al final del parque, a la «Vista de la bahía». Desde el banco que hay allí se abarca todo el

panorama. Pero no puede ir solo, se perdería. Si quiere, le acompañaré — añadió como por cumplir.

—¡No, qué ocurrencia!, ¿no tienes bastante con los dolores que cogiste el otro día, para ir a buscar otros nuevos? Como va a volver, ya verá la bahía otra vez.

No insistí y me di cuenta de que los Verdurin se conformaban con saber que el sol poniente era, hasta en su salón o en su comedor, como una magnífica pintura, como un precioso esmalte japonés, que justificaba el alto precio del alquiler que pagaban por la Raspelière amueblada, pero que rara vez lo contemplaban; lo que les interesaba allí era vivir agradablemente, pasear, comer bien, charlar, recibir amigos agradables a los que hacían jugar divertidas partidas de billar, las buenas comidas, las alegres meriendas. Sin embargo, más adelante me di cuenta de la inteligencia con que habían aprendido a conocer el país, ofreciendo a sus huéspedes excursiones tan «inéditas» como la música que les hacían escuchar. El papel que representaban en la vida de monsieur Verdurin las flores de la Raspelière, los caminos a orillas del mar, las viejas casas, las iglesias desconocidas, era tan grande que los que no le veían más que en París y, por su parte, reemplazaban la vida junto al mar y en el campo por lujos ciudadanos, apenas podían comprender la idea que él mismo se hacía de su propia vida y la importancia que sus goces le daban a sus propios ojos. Esta importancia era aún mayor por el hecho de que los Verdurin estaban convencidos de que la Raspelière, que pensaban comprar, era una propiedad única en el mundo. La superioridad que su amor propio les hacía atribuir a la Raspelière justificó para ellos mi entusiasmo, que, al no ser por eso, les habría importunado un poco por las decepciones que implicaba (como la que en otro tiempo me produjo oír a la Berma) y que yo les confesaba francamente.

—Oigo el coche que vuelve —murmuró de pronto la Patrona. Diremos en pocas palabras que madame Verdurin, aparte los inevitables cambios de la edad, no se parecía ya a lo que fue en los tiempos en que Swann y Odette escuchaban en su casa la pequeña frase. Ni siquiera cuando la tocaban se creía ya obligada al gesto extenuado de admiración que adoptaba antaño, porque ese gesto era ahora su cara.

Bajo el efecto de las innumerables neuralgias que le había producido la música de Bach, de Wagner, de Vinteuil, de Debussy, la frente de madame Verdurin había tomado proporciones enormes, como los

miembros que el reuma acaba por deformar. Sus sienes, como dos bellas esferas ardientes, doloridas y lechosas, donde rueda inmortalmente la Armonía, proyectaban a cada lado unas mechales plateadas y proclamaban, por cuenta de la Patrona, sin que ésta tuviera necesidad de hablar: «Ya sé lo que me espera esta noche». Sus rasgos no se tomaban ya el trabajo de manifestar sucesivamente impresiones estéticas demasiado fuertes, pues eran como su expresión permanente en un rostro ajado y soberbio. Por esta actitud de resignación a los sufrimientos siempre próximos infligidos por la Belleza, y por el valor que había tenido para ponerse un vestido cuando terminaba apenas la última sonata, madame Verdurin, hasta para escuchar la música más cruel, conservaba una cara desdeñosamente impasible y se ocultaba hasta para tragar las dos cucharadas de aspirina.

—¡Ah, sí, ya están aquí! —exclamó monsieur Verdurin con alivio al ver abrirse la puerta para dar paso a Morel seguido de monsieur de Charlus. Éste, para el que comer en casa de los Verdurin no era en modo alguno asistir a un acto de sociedad, sino ir a un lugar de baja categoría, estaba intimidado como un colegial que entra por primera vez en una casa pública y trata con mucho respeto a la patrona. Y el habitual deseo que monsieur de Charlus tenía de parecer viril y frío fue dominado (cuando apareció en la puerta abierta) por esas ideas tradicionales de cortesía que se despiertan tan pronto como la timidez destruye una actitud falsa y acude a los recursos del subconsciente. Cuando este sentimiento de cortesía instintiva y atávica hacia unos desconocidos actúa en un Charlus, sea, por lo demás, noble o burgués, es siempre el alma de una pariente del sexo femenino, auxiliadora como una diosa o encarnada como un doble, la que se encarga de introducirle en un salón nuevo y de modelar su actitud hasta que llega ante la dueña de la casa. Un joven pintor educado por una santa parienta protestante entrará con la cabeza ladeada y temblequeante, los ojos en el cielo, las manos agarradas a un manguito invisible, cuya forma evocada y cuya presencia real y tutelar ayudarán al artista intimidado a franquear sin agorafobia el espacio lleno de abismos que va de la antecámara al pequeño salón. De la misma manera, la piadosa parienta cuyo recuerdo le guía hoy entraba hace muchos años, y con un talante tan afligido que era cosa de preguntarse qué desgracia vendría a anunciar, cuando, a sus primeras palabras, se comprendía, como ahora con el pintor, que venía a hacer una visita de digestión. En virtud de esta misma ley que prescribe que la vida, en interés del acto aún no cumplido,



haga servir, utilice, desnaturalice, en una perpetua prostitución, las herencias más respetables, a veces las más santas, sólo en ocasiones las más inocentes del pasado, y aunque engendrara entonces un aspecto diferente, un sobrino de madame Cottard que afligía mucho a su familia por sus maneras afeminadas y sus frecuentaciones, hacía siempre una entrada jovial, como si fuera a dar una sorpresa o a anunciar una herencia, iluminado por un gozo cuya causa hubiera sido inútil preguntarle, y que se debía a su naturaleza inconsciente y a su sexo cambiado. Andaba de puntillas, seguramente le extrañaba a él mismo no llevar en la mano un carnet de tarjetas de visita, daba la mano abriendo la boca en forma de corazón como había visto hacerlo a su tía, y su única mirada inquieta era para el espejo, en el que parecía querer comprobar, aunque fuera descubierto, si no llevaba el sombrero al revés, como un día preguntara madame Cottard a Swann. En cuanto a monsieur de Charlus, a quien la sociedad en la que había vivido ofrecía, en aquella hora crítica, ejemplos diferentes, otros arabescos de amabilidad, y, en fin, la máxima que se debe saber en ciertos casos para unos simples pequeños burgueses: poner al día y aprovechar sus gracias más raras y habitualmente guardadas en reserva, se dirigió hacia madame Verdurin contoneándose mucho, amanerado y como si unas amplias faldas hubieran dado, a la vez, mayor holgura y menos libertad a sus contoneos, con un aire tan satisfecho y tan halagado como si ser presentado en aquella casa fuera para él un supremo favor. Medio inclinada la cara, en la que la satisfacción rivalizaba con la contención, se le plisaba de pequeñas arrugas de afabilidad. Creyérase que quien así entraba era madame de Marsantes: hasta tal punto surgía en aquel momento la mujer que un error de la naturaleza había puesto en el cuerpo de monsieur de Charlus. Verdad es que el barón se había esforzado valerosamente por disimular este error y adoptar una apariencia masculina. Pero apenas logrado este propósito, como al mismo tiempo persistieran en él las mismas aficiones, aquel hábito de sentir en mujer le daba una nueva apariencia femenina, nacida ésta no de la herencia, sino de la vida personal. Y como llegaba poco a poco a pensar en femenino, aun tratándose de las cosas sociales, y ello sin darse cuenta, pues sólo a fuerza de mentir a los demás, pero también de mentirse a sí mismo, se deja de notar que se miente, por más que pidiera a su cuerpo que (en el momento de entrar en casa de los Verdurin) manifestara toda la cortesía de un gran señor, aquel cuerpo, que había entendido muy bien lo que monsieur de

Charlus había dejado de oír, desplegó todas las seducciones de una gran dama, hasta el punto de que el barón hubiera merecido el epíteto de *lady like*. Por lo demás, ¿se puede separar completamente el aspecto de monsieur de Charlus del hecho de que, no teniendo siempre los hijos el parecido paterno, aunque no sean invertidos y les gusten las mujeres, consuman en su rostro la profanación de su madre? Pero dejemos aquí lo que merecería un capítulo aparte: las madres profanadas.

Aunque hubiera otras razones en esta transformación de monsieur de Charlus y los fermentos puramente físicos «trabajaran» en él la materia y, poco a poco, hicieran a su cuerpo pasar a la categoría de los cuerpos de mujer, la verdad es que el cambio que aquí señalamos era de origen espiritual. A fuerza de creerse enfermo, se enferma, se adelgaza, no se tiene ya fuerza para levantarse, se sufren enteritis nerviosas. A fuerza de pensar tiernamente en los hombres, un hombre se convierte en mujer y un vestido ficticio le traba el paso. En este tipo de hombres, la idea fija puede modificar el sexo (como, en otros casos, la salud). Morel, que entró detrás de él, se acercó a saludarle. Desde aquel momento, por un doble cambio que se produjo en él, me hizo una mala impresión (desgraciadamente no supe tenerlo en cuenta bastante a tiempo). He aquí por qué. Ya he dicho que Morel, emancipado de la servidumbre de su padre, se complacía generalmente en una familiaridad muy desdeñosa. El día en que me llevó las fotografías, me habló sin decirme ni una sola vez «monsieur», tratándome de arriba abajo. Cuál no sería mi sorpresa en casa de madame Verdurin al ver que me hacía una gran reverencia, y sólo a mí, y al oírle, antes de pronunciar ninguna otra, las palabras de respeto, de gran respeto que me dirigió —unas palabras que yo creía imposibles en su pluma o en sus labios—. Tuve súbitamente la impresión de que tenía que pedirme algo. Llevándome aparte al cabo de un minuto:

—«Monsieur» me haría un gran favor —me dijo, llegando esta vez hasta hablarme en tercera persona— si ocultara enteramente a madame Verdurin y a sus invitados la profesión que mi padre ejercía en casa de su tío. Sería mejor decir que en su familia era administrador de tan vastas propiedades que esto le hacía casi igual a sus padres de usted.

La proposición de Morel me contrariaba muchísimo, no porque me obligara a engrandecer la posición de su padre, lo que me era completamente igual, sino la fortuna, por lo menos aparente, del mío, cosa

que me parecía ridícula. Pero tenía una traza tan desdichada, tan apremiante, que no me negué.

—No, antes de comer —me dijo suplicante—, monsieur tiene mil pretextos para llevar aparte a madame Verdurin.

Así lo hice, procurando realzar lo mejor que pude el esplendor del padre de Morel, pero sin exagerar demasiado el «boato» ni los «bienes raíces» de mis padres. La cosa pasó como una carta en el correo, a pesar de la extrañeza de madame Verdurin, que había conocido vagamente a mi abuelo. Y como no tenía tacto y odiaba a las familias (ese disolvente del pequeño núcleo), después de decirme que había visto antiguamente a mi bisabuelo y de hablarme de él como de una persona casi idiota que no habría comprendido al pequeño grupo y que, según su expresión, «no era de él», me dijo:

—De todos modos, las familias son tan aburridas que lo único que se desea es salir de ellas —y me contó sobre el padre de mi abuelo un detalle que yo ignoraba, aunque en la casa había sospechado (no le conocí, pero se hablaba mucho de él): su rara avaricia (opuesta a la generosidad un poco excesivamente fastuosa de mi abuelo, el amigo de la dama de rosa y patrón del padre de Morel)—. El hecho de que sus abuelos de usted tuvieran un administrador tan elegante demuestra que en las familias hay gente de todos los colores. El padre de su abuelo de usted era tan avaro que, casi gagá al final de su vida (entre nosotros, nunca fue muy allá, usted vale por todos), no se resignaba a gastar tres perras para el ómnibus. De tal modo que había que mandar a alguien detrás, pagar separadamente al conductor y hacer creer al viejo roñoso que su amigo, monsieur de Persigny, ministro de Estado, había conseguido que viajara de balde en los ómnibus. Por lo demás, me encanta que el padre de *nuestro* Morel haya sido una persona tan bien. Yo creía que era profesor de liceo, pero no importa, había comprendido mal. De todos modos eso tiene poca importancia, pues le diré que nosotros no apreciamos más que el valor propio, la contribución personal, lo que yo llamo la participación. Con tal que sea una persona de arte, con tal, en una palabra, que sea de la cofradía, lo demás importa poco.

La manera de serlo Morel —por lo que he podido saber— era que le gustaban las mujeres y los hombres lo bastante para satisfacer a cada sexo con ayuda de lo que había experimentado en el otro; esto lo veremos más adelante. Pero es esencial decir aquí que, en cuanto le di palabra de

intervenir cerca de madame Verdurin, y sobre todo en cuanto lo hice, y sin posibilidad de volverme atrás, el «respeto» de Morel hacia mí voló como por encanto, desaparecieron las fórmulas respetuosas e incluso, por algún tiempo, me evitó, arreglándoselas para hacer que me desdeñaba, de suerte que, si madame Verdurin quería que yo le dijese algo, que le pidiese un determinado trozo de música, continuaba hablando con un fiel, pasaba después a otro, cambiaba de sitio si me acercaba a él. Tenían que decirle hasta tres o cuatro veces que le había dirigido la palabra, y entonces me contestaba, con aire contrito, brevemente, a no ser que estuviéramos solos. En este caso estaba expansivo, amical, pues tenía aspectos de carácter encantadores. Pero de aquella primera noche saqué la conclusión de que debía de ser de índole vil, de que cuando hacía falta no retrocedía ante ninguna bajeza, de que ignoraba la gratitud. En lo que se parecía a la generalidad de los hombres. Pero como yo llevaba en mí un poco de mi abuela y me recreaba en la diversidad de los humanos sin esperar nada de ellos ni censurarlos, no hice caso de su bajeza y disfruté de su jovialidad cuando se presentaba, incluso de lo que creo que fue una sincera amistad por su parte cuando, después de recorrer todos sus falsos conocimientos de la naturaleza humana, se dio cuenta (a saltos, pues tenía extraños retrocesos a su hosquedad primitiva y ciega) de que mi atención hacia él era desinteresada, de que mi indulgencia no se debía a falta de clarividencia, sino a lo que él llamó bondad, y sobre todo me encantó su arte, que apenas era otra cosa que un virtuosismo admirable, pero (sin que fuera, en el sentido intelectual de la palabra, un verdadero músico) me hacía volver a oír o conocer tanta bella música. Por lo demás, un *manager* (monsieur de Charlus, del que yo ignoraba que poseyera estos talentos, aunque madame de Guermantes, que le había conocido muy diferente en su juventud, dijera que le había hecho una sonata, pintado un abanico, etc.), un *manager* modesto en cuanto a sus verdaderas posibilidades, pero de primer orden, supo poner este virtuosismo al servicio de un sentido artístico múltiple y que él decuplicó. Imagínese un artista, simplemente diestro, de los bailes rusos, elegante, instruido, desarrollado en todos sentidos por Diaghilew.

Acababa yo de transmitir a madame Verdurin el mensaje que me había encomendado Morel, y estaba hablando de Saint-Loup con monsieur de Charlus, cuando Cottard entró en el salón anunciando, como si hubiera incendio, la llegada de los Cambremer. Madame Verdurin, para que a los

nuevos, como monsieur de Charlus (al que Cottard no había visto) y como yo, no nos pareciese que daba demasiada importancia a la llegada de los Cambremer, no se movió, no respondió al anuncio de esta noticia y se limitó a decir al doctor, abanicándose con gracia y con el mismo falso tono que una marquesa del Théâtre Français:

—Precisamente nos estaba diciendo el barón...

¡Esto era demasiado para Cottard! Menos vivamente que lo hubiera hecho otras veces, pues el estudio de las altas posiciones había atemperado su verbo, pero de todos modos con aquella emoción que recuperaba en casa de los Verdurin:

—¡Un barón! ¿Dónde, un barón? ¿Dónde, un barón? —exclamó buscándole con los ojos con un asombro rayano en incredulidad. Madame Verdurin, con la indiferencia afectada de una dueña de casa a quien un criado acaba de romper una copa de valor delante de los invitados, y con la entonación artificial y atiplada de un primer premio del conservatorio representando una obra de Dumas hijo, contestó, señalando con el abanico al protector de Morel:

—Pues el barón de Charlus, al que voy a presentarle... El profesor Cottard.

Desde luego, a madame Verdurin no le desagradaba tener ocasión de hacer la gran dama. Monsieur de Charlus tendió dos dedos que el profesor estrechó con la sonrisa benévola de un «príncipe de la ciencia». Pero al ver entrar a los Cambremer se detuvo en seco, mientras que monsieur de Charlus me llevaba a un rincón para decirme unas palabras, no sin palparme los músculos, lo que es una manera alemana. Monsieur de Cambremer no se parecía casi nada a la vieja marquesa. Como decía ésta con ternura, era «completamente de la parte de su papá». Para el que no hubiera oído hablar de él o no conociera siquiera cartas suyas, vivas y bien redactadas, su físico sorprendía. Seguramente había que acostumbrarse a él. Pero su nariz había elegido, para situarse de través encima de su boca, quizá la única línea oblicua, entre tantas otras, que a nadie se le hubiera ocurrido la idea de trazar en su rostro, y que significaba una estupidez vulgar, agravada aún por la vecindad de una tez normanda de un rojo de manzana. Es posible que los ojos de monsieur de Cambremer guardasen entre sus párpados un poco del cielo de Cotentin, tan bello en los buenos días soleados, cuando el paseante se complace en ver y en contar por centenares las sombras de los álamos, paradas al borde de la carretera,

pero aquellos párpados hinchados, legañosos y mal hechos hubieran impedido pasar hasta a la misma inteligencia. Y esto hacía que al verle, desorientado por la estrechez de aquella mirada azul, se fijara en la gran nariz de través. Por una trasposición de sentido, monsieur de Cambremer miraba con la nariz. La nariz de monsieur de Cambremer no era fea, más bien un poco demasiado bonita, demasiado grande, demasiado orgullosa de su importancia. Aquilina, cuidada, brillante, resplandecientemente nueva, estaba completamente decidida a compensar la insuficiencia espiritual de la mirada; desgraciadamente, así como los ojos son a veces el órgano en el que se revela la inteligencia, la nariz (cualquiera que sea, por otra parte, la íntima solidaridad y la insospechada repercusión de unos rasgos, sobre otros), la nariz es generalmente el órgano en el que más fácilmente se ostenta la estupidez.

Aunque la discreción de los trajes oscuros que monsieur de Cambremer llevaba siempre, hasta por la mañana, tranquilizaba a los que deslumbraba y exasperaba el insolente esplendor de los trajes de playa de las gentes a las que no conocía, no se podía comprender que la mujer del primer presidente declarara, en un tono de sapiencia y de autoridad, como persona que conoce mejor que los demás a la alta sociedad de Alençon, que ante monsieur de Cambremer se sentía uno inmediatamente, aun antes de saber quién era, en presencia de un hombre de alta distinción, de un hombre perfectamente educado, que se salía del género de Balbec, de un hombre, en fin, junto al cual se podía respirar. Para ella, asfixiada por tantos turistas de Balbec que no conocían su mundo, monsieur de Cambremer era como un frasco de sales. A mí, por el contrario, me pareció una de esas personas que a mi abuela le hubieran parecido desde el primer momento «muy mal», y, como no comprendía el *snobismo*, le hubiera extrañado muchísimo que lograra casarse con mademoiselle Legrandin, que debía de ser difícil en cuestiones de distinción, teniendo como tenía un hermano «tan bien». A lo sumo, se podía decir de la vulgar fealdad de monsieur de Cambremer que era un poco del país y tenía cierto sello local muy antiguo. Ante sus facciones equivocadas y que daban ganas de rectificarlas, se pensaba en esos nombres de pequeñas poblaciones normandas sobre cuya etimología erraba mi sacerdote porque los campesinos, articulando mal o habiendo entendido al revés la palabra normanda o latina que se les dice, han acabado por fijar en un barbarismo que se encuentra ya en los cartularios, como diría Brichot, un

contrasentido y un vicio de pronunciación. Por lo demás, en esas pequeñas poblaciones se puede pasar la vida agradablemente, y monsieur de Cambremer debía de tener cualidades, pues si era propio de una madre que la vieja marquesa prefiriera su hijo a su nuera, en cambio, ella, que tenía varios hijos, dos de los cuales, por lo menos, no carecían de méritos, solía decir que el marqués era a su juicio el mejor de la familia. Durante el poco tiempo que pasó en el ejército, sus compañeros, encontrando demasiado largo decir Cambremer, le pusieron el apodo de Cancan, que por lo demás no merecía en absoluto. Sabía ornar una comida en la que estaba invitado diciendo en el momento del pescado (aunque estuviera podrido) o del principio: «¡Vaya, he aquí un magnífico animal!». Y su mujer, que adoptó al entrar en la familia todo lo que le parecía que formaba parte de aquel mundo, se ponía a la altura de los amigos de su marido y acaso procuraba complacerle como una querida y como si hubiera alternado con él antes, en su vida de soltero, diciendo en un tono indiferente, cuando hablaba de él con militares: «Verán a Cancan. Cancan ha ido a Balbec, pero volverá esta noche.» Estaba furiosa por tener que comprometerse aquella noche en casa de los Verdurin, y si lo hacía era solamente a ruegos de su suegra y de su marido, por el interés del alquiler. Pero, no tan bien educada como ellos, no disimulaba el motivo y llevaba quince días protestando de aquella comida. «Ya saben que vamos a cenar en casa de nuestros arrendatarios. Eso ya vale un aumento. En el fondo, tengo ganas de saber qué habrán hecho de nuestra pobre vieja Raspelière (como si hubiera nacido en ella y en ella encontrara todos los recuerdos de los suyos). Ayer, sin ir más lejos, nuestro viejo guarda me dijo que estaba todo desconocido. No me atrevo a pensar en lo que debe de pasar allá dentro. Creo que, antes de volver a vivir allí, tendremos que desinfectarlo todo.» Llegó altanera y antipática, con un aire de gran señora cuyo palacio, en una guerra, ha sido ocupado por el enemigo, pero que se siente de todos modos en su casa y tiene empeño en demostrar a los vencedores que son unos intrusos. Madame de Cambremer no me pudo ver en seguida, pues estaba en un rincón lateral con monsieur de Charlus, el cual me decía que había sabido por Morel que su padre fue «administrador» en mi familia, y que él, Charlus, tenía la suficiente confianza en mi inteligencia y en mi magnanimidad (palabra común entre él y Swann) para que no cayera en el innoble y mezquino placer que cualquier vulgar y pequeño imbécil (debía darme por advertido) no dejaría de tomarse en mi lugar revelando a

nuestros compañeros de convite unos detalles que éstos podrían creer humillantes.

—El solo hecho de que yo me interese por él y le ofrezca mi protección tiene algo de supereminente y borra el pasado —concluyó el barón. A la vez que le escuchaba y le prometía guardar silencio, y lo hubiera hecho aun sin la esperanza de pasar a cambio por inteligente y magnánimo, miraba a madame de Cambremer.

Y me fue difícil reconocer la pasta esponjosa y sabrosa que había tenido días antes a mi lado a la hora de la merienda, en la terraza de Balbec, en aquella galleta normanda, dura como una piedra, a la que en vano hubieran intentado los fieles clavar el diente. Irritada de antemano por el lado bondadoso que su marido había heredado de su madre y que le hubiera hecho tomar una actitud de hombre que se siente honrado cuando le presentaron a los fieles, deseosa sin embargo de cumplir sus funciones de mujer del gran mundo, cuando le nombraron a Brichot quiso presentarle a su marido porque había visto hacerlo así a sus amigas más elegantes, pero la rabia o el orgullo se impusieron sobre la ostentación de la mundanidad, y dijo, no como habría debido decir: «Permítame que le presente a mi marido», sino: «Le presento a mi marido», sosteniendo así en alto la bandera de los Cambremer, a despecho de ellos mismos, pues el marqués hizo a Brichot una inclinación tan profunda como ella había previsto. Pero todo este mal humor de madame de Cambremer cambió de pronto al ver a monsieur de Charlus, al que conocía de vista. Nunca había conseguido que se le presentaran, ni siquiera en los tiempos de sus relaciones con Swann. Pues monsieur de Charlus, que tomaba siempre el partido de las mujeres, de su cuñada contra las amantes de monsieur de Guermantes, de Odette, entonces no casada todavía, pero ya antiguas sus relaciones con Swann, contra las nuevas, severo defensor de la moral y fiel protector de los matrimonios, había hecho a Odette la promesa —y la había mantenido— de no permitir que le nombraran a madame de Cambremer. Ciertamente que a ésta no se le había ocurrido pensar que iba a ser en casa de los Verdurin donde conocería por fin a aquel hombre inasequible. Monsieur de Cambremer sabía que aquello representaba para ella una satisfacción tan grande que él mismo estaba emocionado y miró a su mujer con una expresión que significaba: «Estás contenta de haberte decidido a venir, ¿verdad?». Por lo demás, hablaba muy poco, sabiendo que se había casado con una mujer superior. «Yo, indigno de mí», decía a



cada paso, y solía citar una fábula de La Fontaine y una de Florian que le parecían aplicables a su ignorancia y, por otra parte, que le permitían demostrar a los hombres de ciencia que no eran del Jockey, bajo las formas de una desdeñosa lisonja, que se podía cazar y haber leído fábulas. Lo malo es que no sabía más que dos, de modo que las repetía a menudo. Madame de Cambremer no era tonta, pero tenía varias costumbres muy irritantes. En ella, la deformación de los nombres no tenía absolutamente nada del desdén aristocrático. No era ella quien, como la duquesa de Guermantes (que por su nacimiento debiera estar, más que madame de Cambremer, libre de este ridículo) hubiera dicho, para que no se viera que sabía el nombre poco elegante de Julien de Monchâteau (cuando es ahora el de una de las mujeres más difíciles de acercarse a ellas): «una tal madame... Pico de la Minrandola». No, cuando madame Cambremer decía equivocado un nombre era por benevolencia, por no aparentar que sabía algo, y cuando, por sinceridad, lo decía sin embargo, creía ocultarlo alterándolo. Si, por ejemplo, defendía a una mujer, procuraba disimular, pero queriendo no mentir a quien la suplicaba que dijera la verdad, que madame tal era actualmente amante de monsieur Sylvain Lévy, y decía: «No... Yo no sé absolutamente nada de ella, creo que le han reprochado haber inspirado una pasión a un señor cuyo nombre no sé, algo así como Cahn, Kohn, Kuhn; pero yo creo que ese señor murió hace mucho tiempo y que no hubo nunca nada entre ellos.» Es el mismo procedimiento de los mentirosos —aunque al revés— que, alterando lo que han hecho cuando se lo cuentan a una querida o simplemente a un amigo, se figuran que la una o el otro no verán inmediatamente que la frase dicha (lo mismo que Cahn, Kohn, Kuhn) es interpolada, es de otra especie que las que compone la conversación, es de doble fondo.

Madame Verdurin preguntó al oído a su marido: «¿Le doy el brazo al barón de Charlus? Como tú tendrás a tu derecha a madame de Cambremer, se hubieran podido cruzar los protocolos.» «No —dijo monsieur Verdurin—, porque el otro es de más alto grado —queriendo decir que monsieur de Cambremer era marqués—, monsieur de Charlus es su inferior.» «Bueno, pues le pondré al lado de la princesa.» Y madame Verdurin hizo la presentación de monsieur de Charlus a madame Sherbatoff; ambos se inclinaron en silencio, como sabiendo mucho uno de otro y prometiéndose mutuamente el secreto. Monsieur Verdurin me presentó a monsieur de Cambremer. Incluso antes de que hablara con su voz fuerte y ligeramente

tartamudeante, su alta estatura y su rostro de vivo color manifestaban en sus oscilaciones la marcial vacilación de un jefe que quiere tranquilizarnos y nos dice: «Me han hablado de eso, ya lo arreglaremos; haré que le levanten el castigo; no nos comemos a los hombres vivos; todo se arreglará». Después, estrechándome la mano, me dijo:

—Creo que conoce usted a mi madre. —El verbo «creer» le parecía que iba bien a la discreción de una primera presentación, y no que expresara una duda, pues añadió—: Además tengo una carta de ella para usted.

Monsieur de Cambremer sentía una ingenua alegría de volver a ver los lugares donde había vivido tanto tiempo.

—Renazco —dijo a madame Verdurin, mientras su mirada se maravillaba al reconocer las flores pintadas en paneles encima de las puertas, y los bustos de mármol en sus altas peanas. Sin embargo se podía sentir extraño, pues madame Verdurin había llevado a la casa muchas cosas antiguas de su propiedad. En este aspecto, madame Verdurin, aunque para los Cambremer lo trastornaba todo, no era revolucionaria, sino inteligentemente conservadora en un sentido que ellos no entendían. Y la acusaban, sin razón, de detestar la antigua morada y de profanarla con simples telas en lugar de sus ricos terciopelos, como un cura ignorante reprocha a un arquitecto diocesano que vuelva a poner en su sitio viejas tallas que habían sido arrumbadas y que el cura había creído oportuno sustituir por ornamentos comprados en la Place Saint-Sulpice. Por último, un jardín de cura comenzaba a sustituir delante del palacio los arriates que constituían el orgullo no sólo de los Cambremer, sino de su jardinero. Este jardinero, que sólo reconocía como amos a los Cambremer y sufría bajo el yugo de los Verdurin, como si la tierra hubiera sido momentáneamente ocupada por un invasor y una tropa de soldadotes, iba en secreto a dar sus quejas a la propietaria desposeída, se indignaba por el desprecio en que tenían a sus araucarias, a sus begonias, a sus siemprevivas, a sus dalias dobles, y de que se atrevieran, en una mansión tan rica, a hacer plantar flores tan vulgares como margaritas y cabelleras de Venus. Madame Verdurin se daba cuenta de esta sorda oposición y estaba decidida, si llegaba a alquilar por mucho tiempo o incluso a comprar la Raspelière, a poner por condición el despido del jardinero, al que la vieja propietaria tenía en cambio gran apego. La había servido de balde en los tiempos difíciles, la adoraba; pero por esa rara complejidad de la opinión de la

gente del pueblo, en la que se mezcla el desprecio moral más profundo con la más apasionada estimación, la cual cabalga a su vez en viejos rencores no abolidos, solía decir de madame de Cambremer que en el 70, en un palacio que tenía en el Este, sorprendida por la invasión, hubo de sufrir durante un mes el contacto de los alemanes: «Lo que le han criticado mucho a la señora marquesa es que, cuando la guerra, tomó el partido de los prusianos y hasta los alojó en su casa. En otro momento se hubiera comprendido, pero en tiempo de guerra no debía haberlo hecho. Eso no está bien.» De donde resulta que le era fiel hasta la muerte, la veneraba por su bondad y confirmaba que hubiera sido culpable de traición. A madame Verdurin la molestó que monsieur de Cambremer pretendiera reconocer tan bien la Raspelière.

—Pero debe de encontrar usted algunos cambios —replicó—. En primer lugar, hay unos grandes diablos de bronce de Barbedienne y unos asientitos de *peluche* que me apresuré a mandar al desván, y todavía es demasiado bueno para ellos.

Después de dirigir esta acerba respuesta a monsieur de Cambremer, le ofreció el brazo para ir a la mesa. Monsieur de Cambremer vaciló un instante, pensando: «De todos modos, no puedo pasar antes que monsieur de Charlus». Pero, creyendo que éste era un antiguo amigo de la casa, puesto que no tenía el sitio de honor, se decidió a tomar el brazo que le ofrecían, y dijo a madame Verdurin cuán orgulloso estaba de ser admitido en el cenáculo (así llamó al pequeño núcleo, no sin manifestar con una risita la satisfacción de conocer esta palabra). Cottard, que estaba sentado junto a monsieur de Charlus, le miraba bajo sus anteojos, para entablar conocimiento y romper el hielo, con gestos mucho más insistentes que lo hubieran sido antes y no alternados con timideces. Y sus miradas alentadoras, subrayadas por su sonrisa, ya no cabían bajo el cristal de los lentes y lo desbordaban por todas partes. El barón, muy dado a ver dondequiera que fuere cofrades suyos, no dudó que lo fuera Cottard y no le dirigió ningún halago. Desde el primer momento mostró al profesor la dureza de los invertidos, tan despreciativos para aquellos a quienes gustan como ardientemente atentos con los que les gustan a ellos. No cabe duda de que, aunque todos hablan mentirosamente de la dulzura de ser amado, siempre negada por el destino, es ley general, y cuyo imperio está muy lejos de limitarse solamente a los Charlus, que la persona a la que no amamos y nos ama nos parece insoportable. A esta persona, a una mujer

de la que no diremos que nos ama, sino que se agarra a nosotros como una lapa, preferimos la compañía de cualquiera otra que no tendrá su encanto, ni su atractivo, ni su inteligencia. Y no los recobrará para nosotros mientras no haya dejado de amarnos. En este sentido, es posible no ver la trasposición, en una forma divertida, de esta regla universal en la irritación que causa a un invertido un hombre que le desagrada y le busca. Pero en él es mucho más fuerte. Mientras que la generalidad de los hombres procura disimularla sin dejar de sentirla, el invertido hace sentirla implacablemente al que la provoca, como seguramente no se la haría sentir a una mujer: monsieur de Charlus, por ejemplo, a la princesa de Guermantes, cuya pasión le fastidiaba, pero le halagaba. Mas cuando ven a otro hombre manifestarles un afecto especial, entonces, bien por incompreensión de que sea la misma que la suya, bien porque le recuerde desagradablemente que esa afición, embellecida por ellos cuando son ellos quienes la sienten, se considera como un vicio, bien por deseo de rehabilitarse ostentosamente en una circunstancia en que nada les cuesta, bien por miedo a ser adivinados, un miedo que les suele asaltar de pronto cuando no los arrastra el deseo, con los ojos vendados, de imprudencia en imprudencia, bien por la irritación de sufrir, con la actitud equívoca de otro, el perjuicio que, si este otro les gustara, no temerían causarle con la suya, a los que no se recatan de seguir a un joven durante leguas, de no apartar de él los ojos en el teatro aunque esté con amigos, a riesgo de indisponerle con ellos, se les puede oír decir a poco que les mire otro que no les gusta: «¿Por quién me toma usted? (simplemente porque los toman por lo que son), no le entiendo, no insista, se equivoca», y llegan si hace falta hasta las bofetadas, y, ante alguien que conoce al imprudente, se indignan: «Pero ¿conoce usted a ese horror? ¡Qué modo de mirar!... ¡Vaya unas maneras!» Monsieur de Charlus no llegó a tanto, pero adoptó el gesto ofendido y glacial que ostentan, cuando les parece que las creen ligeras, las mujeres que no lo son, y más aún las que lo son. Por otra parte, el invertido, ante un invertido, ve no sólo una imagen desagradable de sí mismo que, puramente inanimada, no podría menos de hacer sufrir a su amor propio, sino otro sí mismo, vivo, actuando en el mismo sentido, capaz, por consiguiente, de hacerle sufrir en sus amores. Es, pues, el instinto de conservación lo que le hace hablar mal de un posible competidor, bien con las personas que pueden perjudicar a éste (y sin que al invertido número uno le preocupe pasar por mentiroso cuando así habla

del invertido número dos a las personas que pueden estar enteradas de su propio caso), bien con el joven al que él ha «levantado», que acaso le va a quitar el otro y al que trata de convencer de que las mismas cosas que le conviene mucho hacer con él causarían la desgracia de su vida si cayera en la tentación de hacerlas con otro. Para monsieur de Charlus, que pensaba quizá en los peligros (perfectamente imaginarios) que la presencia de aquel Cottard, cuya sonrisa interpretaba mal, haría correr a Morel, un invertido que no le gustaba era no sólo una caricatura de sí mismo, sino además un posible rival.

Si un comerciante de un comercio raro, al llegar a la ciudad de provincias donde va a instalarse para toda la vida, ve que, en la misma plaza, justamente enfrente, hay un comercio idéntico, no se quedará más decepcionado que un Charlus yendo a esconder sus amores en una región tranquila y que, al llegar, ve en el aristócrata del lugar, o en el peluquero, un aspecto y unas maneras que no le dejan la menor duda. El comerciante odia inmediatamente a su competidor; este odio degenera a veces en melancolía, y, a poco que intervenga la herencia, se han visto al comerciante de la pequeña ciudad asomos de locura, que sólo se curan decidiéndole a vender su fondo y a expatriarse. La rabia del invertido es aún más lancinante. Ha comprendido que, desde el primer momento, el aristócrata y el peluquero han deseado a su joven compañero. Ya puede repetir a éste cien veces al día que el peluquero y el aristócrata son unos bandidos cuyo trato le deshonoraría: como Harpagón, se ve obligado a velar por su tesoro y se levanta por la noche para ver si no se lo han quitado. Y es sin duda esto, más aún que el deseo o la comodidad de costumbres comunes, y casi tanto como esta experiencia de sí mismo, la única verdadera, lo que explica que el invertido descubra al invertido con una rapidez y una seguridad casi infalibles. Puede equivocarse un momento, pero una adivinación rápida le vuelve a la verdad. Por eso el error de monsieur de Charlus duró poco. El discernimiento adivino le demostró al cabo de un momento que Cottard no era de los suyos y que no tenía por qué temer insinuaciones ni por él mismo, lo que le hubiera exasperado, ni por Morel, lo que sólo le hubiera parecido más grave. Recuperó la tranquilidad, y como estaba todavía bajo la influencia del paso de Venus a Andrógino, de vez en cuando sonreía ligeramente a los Verdurin, sin molestarse en abrir la boca, separando solamente una comisura de los labios, y durante un segundo encendía afectuosamente sus ojos, él, que

tanto presumía de virilidad, exactamente como lo hubiera hecho su cuñada, la duquesa de Guermantes.

—¿Va mucho de caza, caballero? —preguntó madame Verdurin desdeñosamente a monsieur de Cambremer.

—¿Le ha contado Ski lo que nos ha ocurrido? —preguntó Cottard a la Patrona.

—Voy mucho de caza al monte de Chantepie —contestó monsieur de Cambremer.

—No, no he contado nada —dijo Ski.

—¿Merece su nombre? —preguntó Brichot a monsieur de Cambremer, después de mirarme con el rabillo del ojo, pues me había prometido hablar de etimologías, al mismo tiempo que me pidió que disimulara ante los Cambremer el poco aprecio que le merecían las del cura de Combray.

—Debo de ser muy torpe, pero no entiendo su pregunta —dijo monsieur de Cambremer.

—Quiero decir si cantan allí muchas picazas —contestó Brichot. Mientras tanto, Cottard estaba sufriendo porque madame Verdurin ignoraba que habían estado a punto de perder el tren.

—Vamos —dijo madame Cottard a su marido para animarle—, cuenta tu odisea.

—Pues sí, se sale de lo corriente —dijo el doctor reanudando su relato—. Cuando vi que el tren estaba en la estación, me quedé de piedra. Todo por culpa de Ski. Es usted más bien especial dando informaciones, querido. ¡Y Brichot esperándonos en la estación!

—Yo creía —dijo el universitario, paseando en torno a él lo que le quedaba de mirada y sonriendo con sus delgados labios— que si se había retrasado usted en Graincourt era porque habría encontrado a alguna peripatética.

—¿Quiere callarse? Si le oyera mi mujer... —dijo el profesor—. Mi mujer es celosa.

—¡Este Brichot —exclamó Ski, a quien la broma de Brichot le despertaba la alegría tradicional— siempre es el mismo!

—aunque en realidad no sabía si el universitario había sido nunca un bromista. Y para reforzar estas palabras consagradas con el gesto habitual, hizo como que no podía resistir al deseo de pellizcarle la piel—. No cambia —continuó Ski, y, sin pensar en lo que la casi ceguera del

universitario ponía de triste y de cómico en estas palabras, añadió—: siempre una ojeada a las mujeres.

—Ya ven —dijo monsieur de Cambremer— lo que es conocer a un sabio. Quince años hace que cazo en el monte de Chantepie y nunca se me había ocurrido pensar en lo que quería decir su nombre.

Madame de Cambremer dirigió a su marido una mirada severa; le molestaba que se humillara así ante Brichot. Y el descontento fue mayor aun cuando, a cada frase hecha que empleaba Cancan, Cottard, que conocía su fuerte y su flaco porque los había aprendido laboriosamente, demostraba al marqués, el cual confesaba su ignorancia, que aquellas frases hechas no querían decir nada:

—¿Por qué «tonto como un repollo»? ¿Cree usted que los repollos son más tontos que otra cosa cualquiera? Dice usted «repetir treinta veces la misma cosa». ¿Por qué precisamente treinta? ¿Por qué dormir como un ceporro? ¿Por qué dar «los cuatrocientos golpes»?

Pero entonces Brichot tomaba la defensa de monsieur de Cambremer, explicando el origen de cada locución. Madame de Cambremer se ocupaba sobre todo de pasar revista a los cambios introducidos por los Verdurin en la Raspelière, para poder criticar algunos de ellos y llevar otros, o acaso los mismos, a Féterne.

—Me pregunto qué lámpara es esa que no pega ni con cola. Me cuesta trabajo reconocer mi vieja Raspelière —añadió en un tono familiarmente aristocrático, como hubiera hablado de un sirviente con la intención de decir, más que su edad, que la había visto nacer. Y como era un poco libresca en su lenguaje, añadió—: En todo caso, creo que si yo viviera en casa de otros me daría un poco de vergüenza cambiarlo todo así.

—Lástima que no hayan venido ustedes con ellos —dijo madame Verdurin a monsieur de Charlus y a Morel, esperando que monsieur de Charlus fuera de los que volvían y se prestara a la regla de llegar todos en el mismo tren.

—¿Está usted seguro de que Chantepie quiere decir la picaza que canta, Chochotte? —añadió para demostrar que, como gran ama de casa, tomaba parte en todas las conversaciones a la vez.

—Hábleme un poco de ese violinista —me dijo madame de Cambremer—, me interesa; adoro la música y me parece que he oído hablar de él, cuénteme.

Se había enterado de que Morel había ido con monsieur de Charlus y quería intentar relacionarse con el segundo atrayendo al primero. Pero, para que yo no pudiese adivinar esta razón, añadió:

—Monsieur Brichot también me interesa.

Pues si es verdad que era muy culta, de la misma manera que algunas personas predispuestas a la obesidad comen apenas y andan todo el día sin dejar de engordar a ojos vistas, madame de Cambremer, por más que profundizara, y sobre todo en Féterne, en una filosofía cada vez más esotérica, en una música cada vez más sabia, no salía de estos estudios más que para maquinizar intrigas que le permitiesen «cortar» las amistades burguesas de su juventud y anudar relaciones que al principio creyó formaban parte de la sociedad de su familia política y que luego se dio cuenta de que estaban situadas mucho más arriba y mucho más lejos. Un filósofo que no era bastante moderno para ella, Leibniz, ha dicho que el trayecto de la inteligencia al corazón es largo. Madame Cambremer, menos que su hermano, no había tenido fuerzas para recorrerlo. Sin dejar la lectura de Stuart

Mili más que por la de la Chelier, a medida que iba creyendo menos en la realidad del mundo exterior ponía más empeño en procurar hacerse en él, antes de morir, una buena posición. Enamorada del arte realista, ningún objeto le parecía bastante humilde para servir de modelo al pintor o al escultor. Un cuadro o una novela mundana le hubieran dado náuseas: un mujik de Tolstoi, un campesino de Millet eran el límite social extremo que ella no permitía al artista rebasar. Pero franquear el que limitaba sus propias relaciones, elevarse hasta el trato de las duquesas, era la meta de todos sus esfuerzos, hasta tal punto el tratamiento espiritual a que se sometía estudiando las obras maestras resultaba ineficaz contra el *snobismo* congénito y mórbido que se desarrollaba en ella. Este *snobismo* había llegado incluso a curar ciertas inclinaciones que tenía de muchacha a la avaricia y al adulterio, como ocurre con esos estados patológicos singulares y permanentes que parecen inmunizar a los que los sufren contra las demás enfermedades. Por otra parte, al oírla hablar, yo no podía menos de hacer justicia al refinamiento de sus expresiones, aunque no me produjeran ningún placer. Son las que, en una determinada época, emplean todas las personas de igual calibre intelectual, de suerte que la expresión refinada ofrece en seguida, como el arco de círculo, el medio de describir y de limitar toda la circunferencia. Por eso, esas expresiones se traducen



en que las personas que las emplean me aburren inmediatamente como ya conocidas, pero también pasan por superiores, y muchas veces me fueron ofrecidas como vecinas deliciosas e inapreciadas.

—Ya sabe usted, señora, que muchas de las regiones forestales reciben su nombre de los animales que las pueblan. Junto al monte de Chantepie está el bosque de Chantereine.

—No sé de qué reina se trata, pero no es usted galante con ella —dijo monsieur de Cambremer.

—Sigue, Chochotte —dijo madame Verdurin—. Y aparte de eso, ¿fue bueno el viaje?

—Encontramos una especie de humanidad que llenaba el tren... Pero voy a contestar a la pregunta de monsieur de Cambremer; reina no es aquí la mujer del rey, sino la rana. Es el nombre que ha conservado mucho tiempo en este país, como lo demuestra la estación de Renneville que se debería escribir Reineville.

—Me parece que tenemos aquí un hermoso animal —dijo monsieur de Cambremer a madame Verdurin, señalando a un pescado. Era éste uno de los cumplidos con que creía pagar su escote en una comida y de paso dar las gracias. («No hace falta invitarlos —solía decir a su mujer refiriéndose a algunos de sus amigos—. Están encantados de que hayamos ido a su casa. Eran ellos los que me daban las gracias.»)—. Por lo demás, debo decirles que voy casi todos los días a Reineville desde hace muchos años, y no he visto allí más ranas que en cualquier otro sitio. Madame de Cambremer hizo venir aquí al cura de una parroquia en la que tiene grandes bienes, y al parecer tiene la misma cabeza que usted. Ha escrito un libro.

—Ya lo creo, lo he leído con muchísimo interés —contestó hipócritamente Brichot. La satisfacción que indirectamente recibía su orgullo en esta respuesta hizo reír mucho tiempo a monsieur de Cambremer.

—Bueno, pues el autor de, ¿cómo diría yo?, de esa geografía, de ese glosario, epiloga largo y tendido sobre el nombre de una pequeña localidad de la que en otro tiempo fuimos señores nosotros, si así puedo decirlo, que se llama Pont-à-Coulevre. Pues bueno, yo no soy más que un vulgar ignorante al lado de ese pozo de ciencia, pero habré ido a Pont-Coulevre unas mil veces por cada una que ha ido él, y el diablo me lleve si he visto allí nunca una de esas cochinas serpientes, digo cochinas pese al elogio

que les dedica el bueno de La Fontaine —*L'Homme et la Couleuvre* era una de sus dos fábulas—.

—Usted no las ha visto, y es usted el que ha visto bien —contestó Bricot—. Es verdad que el escritor de que usted habla conoce a fondo el tema, ha escrito un libro notable.

—¡Algo más! —exclamó madame de Cambremer—, ese libro, aquí sí que hay que decirlo, es un verdadero trabajo de benedictino.

—Desde luego ha consultado algunos *pouillés* (se llaman así las listas de los beneficios y de los curatos de cada diócesis), de donde ha podido sacar el nombre de los patronos laicos y de los coladores eclesiásticos. Pero hay otras fuentes. Uno de mis amigos más sabios ha bebido en ellas. Ha encontrado que el mismo lugar se llamaba Pont-à-Quileuvre. Este nombre tan raro le animó a llegar más lejos aún, a un texto latino en el que el puente que vuestro amigo cree infestado de culebras se llama *Pons cui aperit*. Puente cerrado, que sólo se abría mediante un decoroso peaje.

—Habla usted de ranas. A mí, entre personas tan sabias, eso me hace el efecto de la rana ante el areópago (era la segunda fábula), dijo Cancan, que solía colocar, riéndose mucho, esta gracia con la que creía a la vez, por humildad y con oportunidad, hacer profesión de ignorancia y ostentación de saber. En cuanto a Cottard, bloqueado por el silencio de monsieur de Charlus y procurando abrirse camino por los otros lados, se volvió hacia mí y me hizo una de esas preguntas que si acertaba impresionaban a sus enfermos y demostraban que estaba, por decirlo así, dentro de su cuerpo; si, por el contrario, se equivocaba, le permitían rectificar ciertas teorías y extender los puntos de vista antiguos.

—Cuando llega usted a esos lugares relativamente altos, como este en que nos encontramos ahora, ¿observa que eso aumenta su tendencia al asma? —me preguntó, seguro de hacerse admirar o de completar su saber. Monsieur de Cambremer oyó la pregunta y sonrió.

—No sabe usted lo que me divierte enterarme de que tiene usted asma —me lanzó a través de la mesa. No quería decir con eso que se alegrara, aunque también era verdad. Pues aquel hombre excelente no podía sin embargo oír hablar del mal de otro sin un sentimiento de bienestar y un espasmo de hilaridad que en seguida cedía el sitio a la piedad de un buen corazón. Pero su frase tenía otro sentido, que precisó la siguiente—. Me hace gracia —me dijo— porque precisamente mi hermana tiene también asma—. En suma, la cosa le divertía como si me

hubiera oído citar como amigo mío a alguno que frecuentara mucho su casa. «Qué pequeño es el mundo», fue la reflexión que se formuló mentalmente y que vi escrita en su rostro sonriente cuando Cottard me habló de mi asma. Y a partir de aquel día estos accesos fueron como una especie de relación común y de la que monsieur de Cambremer no dejaba nunca de pedirme noticias, aunque sólo fuera para dárselas a su hermana.

Mientras contestaba a las preguntas que su mujer me hacía sobre Morel, pensaba en una conversación que había tenido con mi madre aquella tarde. Sin disuadirme de ir a casa de los Verdurin, si ello podía distraerme, me recordaba que era un medio que no hubiera agradado a mi abuelo y le hubiera hecho exclamar: «¡En guardia!». Mi madre añadió:

—¿Sabes que el presidente Toureuil y su mujer me han dicho que almorzaron con madame Bontemps? No me preguntaron nada. Pero he creído entender que una boda entre Albertina y tú sería el sueño dorado de su tía. Creo que la verdadera razón es que les has resultado muy simpático a todos. Pero, además, el lujo que ellos creen que podrías darle, las relaciones que se sabe más o menos que tenemos, en fin, que todo eso cuenta también, aunque sea secundario. Yo no te habría hablado de ello, porque no me gusta, pero como me figuro que te hablarán, prefiero anticiparme.

—Y a ti ¿qué te parece Albertina? —pregunté a mi madre.

—Bueno, yo no me voy a casar con ella. Desde luego puedes hacer una boda mil veces mejor. Pero creo que a tu abuela no le hubiera gustado que influyéramos sobre ti. Por ahora no puedo decirte nada de lo que me parece Albertina, no me parece nada. Te diré como madame de Sévigné: «Tiene buenas cualidades, al menos así lo creo. Pero en este momento sólo puedo elogiarla con negativas. No es tal cosa, no tiene el acento de Rennes. Con el tiempo, quizá te diré: es tal cosa.» Y para mí siempre estará bien si te hace feliz.

Pero con estas palabras, que ponían en mis manos la decisión de mi felicidad, mi madre me puso en ese estado de duda que ya había experimentado cuando, al permitirme mi padre ir a *Fedra* y sobre todo ser hombre de letras, me sentí de pronto con una responsabilidad demasiado grande, el miedo a causarle pena y esa melancolía que nos queda cuando dejamos de obedecer a unas órdenes que nos van ocultando el porvenir, de darnos cuenta de que, por fin, hemos comenzado a vivir de verdad la vida

como personas mayores, la única vida que hay a disposición de cada uno de nosotros.

Acaso lo mejor sería esperar un poco, comenzar por ver a Albertina como en el pasado para intentar enterarme de si la amaba verdaderamente. Podría llevarla a casa de los Verdurin para distraerla, y esto me recordó que yo mismo no había ido aquella noche a aquella casa sino por saber si madame Putbus estaba en ella o iba a ir a ella. En todo caso no comía allí.

—A propósito de su amigo Saint-Loup —me dijo madame de Cambremer, usando una expresión que indicaba más coherencia en las ideas de lo que sus frases hubieran hecho creer, pues si me hablaba de música pensaba en los Guermantes—, todo el mundo habla de su boda con la sobrina de la princesa de Guermantes; por mi parte, le diré que no me interesan nada esos chismes mundanos.

Me asaltó el temor de haber hablado sin simpatía ante Roberto de aquella muchacha falsamente original y cuya inteligencia era tan mediana como violento su carácter. Apenas aprendemos una noticia que no nos haga lamentar algunas palabras nuestras. Contesté a madame de Cambremer, lo que por lo demás era cierto, que no sabía nada, y que de todos modos la novia me parecía todavía muy joven.

—Quizá por eso la cosa no es todavía oficial; en todo caso, se dice mucho.

—Prefiero prevenirla —dijo secamente madame Verdurin a madame de Cambremer, que había oído a ésta hablarme de Morel y que, cuando bajó la voz para hablarme del noviazgo de Saint-Loup, creyó que seguía hablándome de lo primero—. Aquí no se hace musiquilla. Ya saben ustedes que, en arte, los fieles de mis miércoles, mis hijos, como yo les llamo, son de un avanzado que da miedo —añadió con un gesto de orgulloso terror—. A veces les digo: «Hijitos míos, vais más de prisa que vuestra patrona, aunque tiene fama de no haberle asustado nunca las audacias». Cada año van un poco más lejos; veo que va a llegar pronto el día en que no acepten ni a Wagner ni a Indy.

—Pero ser avanzado está muy bien, nunca se es bastante —dijo madame de Cambremer sin dejar de inspeccionar cada rincón del comedor, tratando de reconocer las cosas que había dejado su suegra y las que había llevado madame Verdurin, para cogerla así en flagrante delito de falta de gusto. Mientras tanto, procuraba hablarme del tema que más le

interesaba, monsieur de Charlus. Le parecía conmovedor que protegiera a un violinista.

—Tiene aspecto de inteligente.

—Y hasta de una palabra sumamente brillante para un hombre ya de cierta edad —dije yo.

—¿De cierta edad? Pues no lo parece, mire, tiene el cabello —pues desde hacía tres o cuatro años la palabra «cabello» se empleaba en singular por uno de esos desconocidos que lanzan modas literarias, y todas las personas que tenían la longitud de radio de madame Cambremer decían «el cabello», no sin una sonrisa afectada. Todavía hoy se dice «el cabello», pero del exceso del singular renacerá el plural—. Lo que me interesa sobre todo en monsieur de Charlus —añadió— es que se le nota el don. Debo decirles que a mí me importa poco el saber. Lo que se aprende no me interesa. —Estas palabras no están en contradicción con el valor particular de madame de Cambremer, que era precisamente imitado y adquirido. Pero justamente una de las cosas que había que saber en aquel momento es que el saber no es nada y no pesa un adarme al lado de la originalidad. Madame de Cambremer, como los demás, había aprendido que no se debe aprender nada—. Por eso —me dijo— Brichot, que tiene su parte curiosa, pues cierta erudicción sabrosa no me molesta, me interesa sin embargo mucho menos.

Pero en este momento Brichot no se ocupaba más que de una cosa: al oír hablar de música se echó a temblar de miedo de que el tema recordara a madame Verdurin la muerte de Dechambre. Quería decir algo para apartar aquel recuerdo funesto. Monsieur de Cambremer le dio ocasión con esta pregunta:

—Entonces, ¿los lugares boscosos llevan siempre nombres de animales?

—Claro que no —contestó Brichot, muy satisfecho de exhibir su saber ante tantos nuevos, entre los cuales le había dicho yo que seguramente le interesaría por lo menos uno—. Basta ver que hasta en los nombres de personas se conserva un árbol, como se conserva un helecho en la hulla. Uno de nuestros padres conscritos se llama monsieur de Saulces de Freycinet, lo que significa, salvo error, lugar plantado de sauces y de fresnos, *salix et fraxinetum*; su sobrino monsieur de Selves reúne más árboles aún, puesto que se llama de Selves, *sylva*.

Saniette celebraba mucho que se animara la conversación. Como Brichot hablaba todo el tiempo, podía él guardar un silencio que le evitaría ser objeto de los sarcasmos de madame Verdurin. Y más sensible aún en su alegría de verse liberado, le conmovió oír decir a monsieur Verdurin al mayordomo, a pesar de la solemnidad de aquella comida, que pusiera una jarra de agua al lado de monsieur Saniette, pues no bebía otra cosa. (Los generales que más soldados hacen matar ponen gran interés en que estén bien alimentados.) Además madame Verdurin sonrió una vez a Saniette. Decididamente eran buenas personas. Ya no le torturarían. En este momento interrumpió la comida un invitado al que olvidé citar, un ilustre filósofo noruego, que hablaba el francés muy bien, pero muy despacio, por dos razones, la primera que, habiéndolo aprendido hacía poco y no queriendo cometer faltas (sin embargo cometía algunas), se encomendaba para cada palabra a una especie de diccionario interior; luego porque, como metafísico, pensaba siempre lo que quería decir mientras lo decía, y esto, incluso en un francés, obliga a hablar despacio. Por lo demás, era una persona deliciosa, aunque semejante en apariencia a otras muchas, salvo en un punto. Este hombre de tan lento hablar (ponía un silencio entre cada palabra) se tornaba de una rapidez vertiginosa para escapar tan pronto como se había despedido. La primera vez su precipitación hacía creer que le había dado un cólico o una necesidad más apremiante aún.

—Querido... colega —dijo a Brichot después de deliberar para sí mismo si «colega» era el término adecuado—, tengo una especie de... deseo de saber si hay otros árboles en la... nomenclatura de su hermosa lengua... francesa..., latina..., normanda. La señora —quería decir madame Verdurin, aunque no se atrevía a mirarla— me ha dicho que usted lo sabe todo. ¿No es precisamente el momento?

—No, es el momento de comer —interrumpió madame Verdurin, que veía que la comida no acababa nunca.

—¡Ah!, muy bien —repuso el escandinavo, bajando la cabeza sobre el plato, con una sonrisa triste y resignada—. Pero debo decir a la señora que si me he permitido este cuestionario, perdón, esta pregunta..., es porque tengo que volver mañana a París para comer en la Tour d'Argent o en el Hotel Meurice. Mi colega... francés..., monsieur Boutroux, nos va a hablar de las sesiones de espiritismo..., perdón, de las evocaciones espirituosas... que él ha dirigido.

—La Tour d'Argent no es tan bueno como dicen —intervino madame Verdurin contrariada—. Y hasta he hecho allí algunas comidas detestables.

—Pero, si no me equivoco, la comida que se come en casa de la señora es de la más fina comida francesa.

—Bueno, no es del todo mala —contestó madame Verdurin dulcificada—. Y si viene usted el miércoles próximo, será mejor.

—Es que el lunes salgo para Argel, y desde allí me voy al Cabo. Y cuando esté en el Cabo de Buena Esperanza ya no podré ver al ilustre colega..., perdón, no podré ver a mi cofrade.

Y, por obediencia, después de presentar estas excusas retrospectivas, se puso a comer con una rapidez vertiginosa. Pero Brichot estaba demasiado satisfecho de poder dar otras etimologías vegetales, y contestó, interesando de tal modo al noruego que éste dejó nuevamente de comer, pero haciendo una señal de que podían retirarle el plato lleno y pasar al siguiente.

—Uno de los Cuarenta —dijo Brichot— se llama Houssaye, o lugar plantado de acebos; en el nombre de un inteligente diplomático, Ormesson, encontramos el olmo, el *umus*, tan caro a Virgilio y que dio nombre a la ciudad de Ulm; en el de sus colegas, monsieur de la Boulaye, el *abedul*; monsieur d'Aunay, el *aulne*; monsieur de Bussiére, el *buis*; monsieur Albaret, el *aubier* —me prometí decírselo a Celeste—; monsieur de Cholet, *le choux*, y el *pommier* en el nombre de monsieur de la Pommeraye, al que hemos oído hablar, ¿se acuerda usted, Saniette?, en tiempos en que el bueno de Porel fue enviado a los confines del mundo como procónsul en Odeonía.

Al oír el nombre de Saniette pronunciado por Brichot, monsieur Verdurin lanzó a su mujer y a Cottard una mirada irónica que disipó la timidez.

—Dice usted que Cholet viene de col —dijo a Brichot—. ¿Vendrá también de col una estación por la que he pasado antes de llegar a Doncieres, Saint-Frichoux?

—No, Saint-Frichoux es *Sanctus Fructuosus*, como de *Sanctus Ferreolus* se derivó Saint-Fargeau, pero esto no es nada normando.

—Sabe demasiadas cosas, nos está aburriendo —masculló la princesa.

—Hay otros muchos nombres que me interesan, pero no puedo preguntárselos todos de una vez. —Y dirigiéndome a Cottard, le pregunté

—: ¿Está aquí madame Putbus?

—No, a Dios gracias —contestó madame Verdurin, que había oído mi pregunta—. Procuré desviar su veraneo hacia Venecia, así que por este año nos hemos librado de ella.

—Yo también tendré derecho a dos árboles —dijo monsieur de Charlus—, pues tengo casi comprometida una casita entre Saint-Martin-du-Chêne y Saint-Pierre-des-Ifs.

—Eso está muy cerca de aquí, espero que vendrá usted a menudo en compañía de Charlie Morel. No tiene más que ponerse de acuerdo con nuestro pequeño grupo para los trenes, está usted a dos pasos de Doncières —dijo madame Verdurin, que detestaba que no llegaran todos en el mismo tren y a las horas en que ella enviaba los coches. Sabía lo dura que era la subida a la Raspelière, incluso dando la vuelta por detrás de Féterne, lo que retrasaba el viaje media hora, y temía que los que formaran banda aparte no encontrasen coches para conducirlos, e incluso que, quedándose en casa, pudiesen poner el pretexto de no haberlos encontrado en Douville-Féterne y de no haber tenido valor para subir a pie. Monsieur de Charlus se limitó a responder a esta invitación con una muda inclinación.

—No siempre debe de ser cómodo, tiene un aire orgulloso —murmuró a Ski el doctor, que, siempre muy sencillo a pesar de una capa superficial de orgullo, no intentaba ocultar que Charlus le parecía un *snoob*—. Seguramente ignora que en todos los balnearios, e incluso en las clínicas de París, los médicos, para los que yo soy naturalmente el «gran jefe», tienen a honra presentarme a todos los nobles que están en ellos, y que no son muy allá. Esto hasta hace bastante agradable para mí la estancia en los balnearios —añadió en un tono ligero—. Incluso en Doncières, el mayor del regimiento, que es el médico que trata al coronel, me invitó a almorzar con él diciéndome que yo estaba en posición de comer con el general. Y ese general es un monsieur *de* algo. Yo no sé si esos pergaminos son más o menos antiguos que los de este barón.

—Bájese del burro, es una corona muy pobre —contestó Ski a media voz, y añadió algo confuso, con un verbo en el que sólo distinguí las últimas sílabas, «arder», porque estaba ocupado en escuchar lo que Brichtot decía a monsieur de Charlus.

—Probablemente no, siento decírselo, usted no tiene más que un solo árbol, pues si Saint-Martin-du-Chêne es evidentemente *Sanctus Martinus juxta quercum*, en cambio la palabra *if* puede ser simplemente la raíz *ave*,



*eve*, que quiere decir húmedo, como en Aveyron, Lodéve, Yvette, y que subsiste en nuestros *éviars* de cocina. Es el «eau», que en bretón se dice Ster, Stermaria, Sterlaer, Sterbouest, Ster-en-Dreuchen.

No oí el final, pues, por mucho que me gustara volver a oír el nombre de Stermaria, oía sin querer a Cottard, del cual estaba cerca, que decía muy bajo a Ski: «¡Ah!, no lo sabía. De modo que es un señor que sabe moverse en la vida. ¡Conque es del gremio! Sin embargo, no tiene los ojos ribeteados de jamón. Tendré que tener cuidado con mis pies debajo de la mesa, no se le vaya a ocurrir encapricharse por mí. De todos modos no me extraña mucho. Veo a muchos nobles en la ducha en traje de Adán, son más o menos unos degenerados. Yo no les hablo porque al fin y al cabo soy funcionario y eso podría perjudicarme. Pero saben perfectamente quién soy.»

Saniette, asustado por la interpelación de Brichtot, empezaba a respirar, como quien tiene miedo a las tormentas y ve que al relámpago no ha seguido ningún trueno, al oír que monsieur Verdurin le preguntaba, sin dejar de clavarle una mirada que no apartaba del infeliz mientras hablaba, para desconcertarle en seguida y no darle tiempo a reponerse:

—Pero siempre nos ocultó que frecuentaba las *matinées* del Odeón, Saniette.

Saniette, temblando como un recluta ante un sargento malo, contestó reduciendo su frase a las dimensiones más pequeñas que pudo para que tuviera más probabilidades de escapar a los golpes:

—Una vez, en *La Chercheuse*.

—¡Qué dice! —vociferó monsieur Verdurin, con un gesto a la vez asqueado y furioso, frunciendo el entrecejo como si no le bastara toda su atención para entender una cosa ininteligible—. En primer lugar, no se le entiende lo que dice, ¿qué es lo que tiene en la boca? —preguntó monsieur Verdurin cada vez más violento y aludiendo al defecto de pronunciación de Saniette.

—Pobre Saniette, no quiero que le hagas sufrir —dijo madame Verdurin en un tono de falsa compasión y para que a nadie le quedara duda sobre la intención insolente de su marido.

—Estaba en la Ch..., Che...

—Che, che, procure hablar claro —dijo monsieur Verdurin—, ni siquiera le entiendo.

Casi ninguno de los fieles se contenía de tumbarse de risa, y parecían una banda de antropófagos que al ver una herida en un blanco se les despierta el gusto de la sangre. Pues el instinto de imitación y la falta de valor gobiernan las sociedades como las multitudes. Y todo el mundo se ríe de alguien cuando ve que los demás se burlan de él, sin perjuicio de venerarle pasados diez años en un círculo donde le admiren. Y el pueblo derriba o aclama a los reyes de la misma manera.

—Bueno, no es culpa suya —dijo madame Verdurin.

—Tampoco mía, el que no sabe hablar no va a comer invitado.

—Estuve en *La Chercheuse d'esprit, de Favart*.

—Pero ¿es *La Chercheuse d'esprit* lo que usted llama *La Chercheuse*? ¡Magnífico! Hubiera podido estar pensándolo cien años sin caer en la cuenta —exclamó madame Verdurin, que sin embargo habría juzgado inmediatamente que alguien no era letrado o artista, o que «no estaba en ello», si le hubiera oído decir el título completo de algunas obras.

Por ejemplo, había que decir *Le Malade, Le Bourgeois*; y los que añadieran *imaginaire* o *gentilhomme* demostrarían que no eran «de la casa», lo mismo que si alguien dice en un salón monsieur de Montesquiou-Fezensac, en vez de monsieur de Montesquiou, demuestra que no pertenece al gran mundo.

—Pero no es tan extraordinario —dijo Saniette sofocado de emoción, pero sonriendo, aunque sin gana. Madame Verdurin se echó a reír.

—¡Oh! —exclamó sarcástica—. Le aseguro que nadie en el mundo hubiera podido adivinar que se trataba de *La Chercheuse d'esprit*.

Monsieur Verdurin intervino con voz dulce y dirigiéndose a la vez a Saniette y a Brichot:

—El caso es que *La Chercheuse d'esprit* es una bonita obra.

Esta simple frase, pronunciada en un tono serio y en la que no se podía encontrar la menor traza de malevolencia, hizo tanto bien a Saniette y le inspiró tanta gratitud como una amabilidad. No pudo proferir ni una palabra y guardó un silencio muy agradable. Brichot fue más locuaz.

—Sí que lo es —contestó a monsieur Verdurin—, y si pasara por ser obra de algún autor sármata o escandinavo, se podría proponer la candidatura de *La Chercheuse d'esprit* para el puesto vacante de obra maestra. Pero, dicho sea sin faltar al respeto a los manes del simpático Favart, la verdad es que no era de temperamento ibseniano—. Y enrojció

hasta las orejas pensando en el filósofo noruego, que tenía un aire triste porque intentaba en vano descubrir qué vegetal podía ser el boj que Brichot había citado un momento antes a propósito de Bussiére—. Además, como la satrapía de Porel la ocupa ahora un funcionario que es un tolstoiano de rigurosa observancia, pudiera ocurrir que viésemos *Ana Karenina* o *Resurrección* bajo el arquitrabe del Odeón.

—Ya sé a qué retrato de Favart se refiere usted —dijo monsieur de Charlus—. He visto una copia muy buena en casa de la condesa Molé.

El nombre de la condesa Molé produjo gran impresión a madame Verdurin.

—¡Ah, va usted a casa de madame de Molé! —pensaba que decían «la condesa Molé», «madame Molé», simplemente por abreviar, como oía decir los Rohan, o por desdén, como ella misma decía madame La Trémoïlle. No le cabía la menor duda de que, conociendo la condesa Molé a la reina de Grecia y a la princesa de Caprarola, tenía más derecho que nadie a la partícula, y por una vez estaba decidida a ponérsela a una persona tan brillante y que había estado muy amable con ella. Por eso, para que se notara bien que había hablado así a propósito y que no regateaba este «de» a la condesa, continuó—: Pero yo no tenía idea de que usted conociese a madame de Molé —como si fuera doblemente extraordinario que monsieur de Charlus conociera a aquella señora y que madame Verdurin no supiera que la conocía. Pero el gran mundo, o al menos lo que monsieur de Charlus llamaba así, forma un todo relativamente homogéneo y cerrado. Si bien es comprensible que, en la heterogénea inmensidad de la burguesía, un abogado diga a alguien que conoce a un compañero suyo de colegio: «Pero ¿de qué diablos conoce usted a fulano?», en cambio, extrañarse de que un francés conozca el sentido de la palabra «temple» o «forét» apenas sería más extraordinario que admirar las casualidades que habían podido unir a monsieur de Charlus y a la condesa Molé. Además, aun en el caso de que esta coincidencia no fuera un resultado natural de las leyes mundanas, de que fuera fortuita, ¿por qué había de ser raro que madame Verdurin lo ignorase, puesto que veía a monsieur de Charlus por primera vez y sus relaciones con madame Molé estaban lejos de ser lo único que ella no supiera de él, de quien en realidad no sabía nada?

—¿Quién representaba esa *Chercheuse d'esprit*, amigo Saniette? —preguntó monsieur Verdurin. Aunque se daba cuenta de que la tormenta

había pasado, el antiguo archivero vacilaba en contestar.

—Es que le intimidas —intervino madame Verdurin—, te burlas de todo lo que dice y encima quieres que te conteste. Vamos, dígalo, ¿quién representaba eso?, le daremos galantina para que se la lleve —dijo madame Verdurin aludiendo malignamente al descrédito en que se precipitó Saniette una vez que intentó llevársela de casa de unos amigos.

—Lo único que recuerdo es que el papel de la Zerbine lo hacía madame Samary —repuso Saniette.

—¿La Zerbine? Pero ¿qué es eso? —exclamó monsieur Verdurin como si hubiera fuego en la casa.

—Es un tipo de viejo repertorio, ver *Le Capitaine Francasse*, como si dijéramos el Trarche-Montagne, el Pedante.

—¡Vamos!, el pedante es usted. ¡La Zerbine! Está guillado —exclamó monsieur Verdurin. Madame Verdurin miró a sus invitados riendo como para disculpar a Saniette.

—La Zerbine, él se figuraba que todo el mundo sabe en seguida qué quiere decir eso. Es usted como monsieur de Longepierre, el hombre más bruto que conozco, que el otro día nos decía familiarmente «le Banat». Nadie supo qué quería decir. Hasta que nos enteramos de que era una provincia de Servia.

Para poner fin al suplicio de Saniette, que me dolía más que a él, pregunté a Brichot si sabía qué significaba Balbec.

—Probablemente Balbec es una corrupción de Dalbec —me dijo—. Habría que consultar los mapas de los reyes de Inglaterra, soberanos de Normandía, pues Balbec dependía de la baronía de Douvres, por lo cual se solía decir Balbec d'Outre-Mer, Balbec-en-Terre. Pero la baronía de Douvres dependía a su vez del obispado de Bayeux, y a pesar de los derechos que los templarios tuvieron pasajeraamente sobre la abadía, a partir de Louis d'Harcourt, patriarca de Jerusalén y obispo de Bayeux, fueron los obispos de esta diócesis los coladores de los bienes de Balbec. Esto me lo explicó el decano de Douville, hombre calvo, elocuente, quimérico y gastrónomo, que vive en la obediencia de Brillat-Savarin, y me lo explicó en términos un tanto sibilinos de inciertas pedagogías, al mismo tiempo que me ofrecía unas admirables patatas fritas.

Mientras Brichot sonreía para indicar la fina inteligencia que había en unir cosas tan dispares y en emplear para cosas comunes un lenguaje irónicamente elevado, Saniette intentaba colocar algún rasgo de ingenio

que pudiera redimirle del triste papel de hacía un momento. El rasgo de ingenio era lo que se llamaba un *à peu près* pero que había cambiado de forma, pues hay una evolución en los juegos de palabras como en los géneros literarios, epidemias que desaparecen reemplazadas por otras, etcétera. Antes, la forma de *à peu près* era el «colmo». Pero había pasado, ya no la empleaba nadie, sólo Cottard decía algunas veces en medio de una partida *de piquet*: «¿Saben ustedes cuál es el colmo de la distracción? Confundir el Edicto de Nantes con una inglesa.» Después de los colmos vinieron los apodos. En el fondo era siempre el antiguo *à peu près*, pero, como el apodo estaba de moda, no se notaba. Desgraciadamente para Saniette, cuando aquellos *à peu près* no eran suyos y eran generalmente desconocidos para el pequeño núcleo, los soltaba tan tímidamente que, ni siquiera la risa con que los subrayaba para señalar su carácter humorístico ayudaba a nadie a comprenderlos. En cambio, si la frase era suya, como generalmente la había encontrado hablando con uno de los fieles, éste le autorizaba a apropiársela y la frase resultaba entonces conocida, pero no atribuida a Saniette. En consecuencia, cuando decía una de éstas, la reconocían, pero, aunque era el autor, le acusaban de plagiarlo.

—Bec —continuó Brichot—, en normando significa río; hay la abadía de Bec; Mobec, el río de la marisma (mor o *mer* quería decir marisma, como en Morville, o en Bricquemar, Alvimare, Cambremer); Bricquebec, el arroyo de la cumbre, que viene de *briga*, lugar fortificado, como en Bricqueville, Bricquebosc, Bric, Briand, o bien de *brice*, puente, que es lo mismo que *bruck* en alemán (*Innsbruck*) y que en inglés *bridge*, que termina tantos nombres de lugares (Cambridge, etc.). En Normandía tenemos otros muchos *bec*: Caudebec, Bolbec, Robec, Bec-Hellouin, Becquerel. Es la forma normanda del germano *bach*, Offenbach, Anspach; Varaguedec, de la antigua palabra *varaigne*, equivalente de coto, bosque, estanques reservados. En cuanto a *dal* —añadió Brichot—, es una forma de *thal*, valle: Darnetal, Rosendal, y hasta cerca de Louviers, Becdal. Por cierto que el río que ha dado su nombre a Dalbec es precioso. Visto desde una *falaise fels* en alemán, tenemos no lejos de aquí, en un alto, la bonita población de Falaise), parece muy cerca de las torres de la iglesia, situada en realidad a gran distancia, y parece que las refleja.

—Desde luego —dije—, es un efecto que gusta mucho a Elstir. Yo he visto en su casa varios apuntes de esa vista.

—¡Elstir! ¿Conoce usted a Tiche? —exclamó madame Verdurin—. Yo le he tratado con la mayor intimidación. Gracias a Dios ya no le trato. Pregunte a Cottard o a Bricot: siempre tenía el cubierto puesto en mi casa, venía todos los días. A ése no le ha salido muy bien salirse de nuestro pequeño núcleo. Luego le enseñaré unas flores que pintó para mí, verá qué diferencia con lo que pinta hoy y que a mí no me gusta nada, lo que se dice nada. ¡Pero si le hice hacer un retrato de Cottard, sin contar todo lo que ha pintado inspirándose en mí!

—Le pintó al profesor el pelo color malva —intervino madame Cottard, olvidando que por entonces su marido no era ni siquiera profesor auxiliar—. ¿Le parece a usted, caballero, que mi marido tiene el pelo color malva?

—Eso no importa —dijo madame Verdurin levantando el mentón con un gesto de desdén hacia madame Cottard y de admiración a la persona de quien ésta hablaba—, era un retrato de un soberbio colorista, de un gran pintor. Mientras que ahora —añadió dirigiéndose de nuevo a mí—, yo no sé si usted llama pintura a eso, a todas esas grandes diablesas de composiciones, a todas esas grandes máquinas que expone desde que no viene a mi casa. Yo a eso le llamo chafarrinones, vulgaridades, carece de relieve, de personalidad. En esa pintura hay un poco de todo el mundo.

—Resucita la gracia del XVIII, pero moderna —dijo precipitadamente Saniette, tonificado y repuesto por mi amabilidad—. Pero yo prefiero a Helleu.

—No tiene ninguna relación con Helleu —dijo madame Verdurin.

—Sí, es siglo XVIII febril. Es un Watteau de vapor —y se echó a reír.

—¡Sabido, archisabido, hace años que me lo sirven! —dijo monsieur Verdurin, a quien, en efecto, Ski se lo había contado ya antes, pero como cosa suya—. Mala suerte: para una vez que pronuncia usted inteligiblemente algo gracioso, no es suyo.

—Me da pena —continuó madame Verdurin—, porque era un pintor bien dotado, ha echado a perder un bonito temperamento de pintor. ¡Lástima que no se quedara aquí! Habría llegado a ser el primer paisajista de nuestro tiempo. Y es una mujer la que le ha hecho caer tan bajo. En realidad no me extraña, pues el hombre era agradable, pero vulgar. En el fondo era un mediocre. Y le diré que yo me di cuenta en seguida. En el fondo, nunca me interesó. Le tenía afecto, nada más. En primer lugar, ¡era tan sucio! ¿Le gusta a usted eso, la gente que no se lava nunca?

—¿Qué es esto tan bonito que estamos comiendo? —preguntó Ski.

—Se llama crema de fresa —dijo madame Verdurin.

—Pero es ma-ra-vi-llo-so. Habría que descorchar botellas de *château-margaux*, de *château-lafite*, de oporto.

—No sabe usted lo que me divierte, no bebe más que agua —dijo madame Verdurin para disimular, bajo el agrado que encontraba en esta fantasía, el espanto que le causaba esta prodigalidad.

—Pero no es para beber —replicó Ski—, nos llenarán todos los vasos, nos traerán unos melocotones maravillosos, unos briñones enormes; aquí, frente al sol poniente, será embriagador como un bello Veronés.

—Y costará casi tan caro —murmuró monsieur Verdurin.

—Pero llévense esos quesos tan feos de tono —dijo intentando retirar el plato del Patrón, que defendió su gruyere con todas sus fuerzas.

—Ya comprenderá usted que no echo de menos a Elstir —me dijo madame Verdurin—, éste es mucho mejor. En Elstir es el trabajo, el hombre que no sabe dejar la pintura cuando tiene ganas de pintar. El buen discípulo, el animal de concursos. En cambio Ski no hace caso más que de su fantasía. Verá cómo enciende el cigarrillo en mitad de la comida.

—En realidad, no sé por qué no ha querido usted recibir a su mujer —dijo Cottard—; si no fuera por eso seguiría aquí.

—Oiga, ¿quiere usted ser correcto? Yo no recibo a furcias, señor profesor —replicó madame Verdurin, que, en realidad, había hecho todo lo posible por que volviera Elstir, aunque fuera con su mujer. Pero antes de que se casaran había procurado indisponerlos, le había dicho a Elstir que la mujer aquella era necia, sucia, ligera, ladrona. Por una vez, no consiguió la ruptura. Con quien rompió Elstir fue con el salón Verdurin; se congratulaba de ello como los conversos bendicen la enfermedad o el fracaso que los llevó al retiro y a la vía de la salvación—. El profesor es magnífico —añadió—. Diga más bien que mi salón es un casa de citas. Pero cualquiera diría que no sabe usted lo que es madame Elstir. Antes recibiría yo a la última de las prostitutas. ¡Ah, no, por ahí no paso! Además le diré que bien tonto hubiera sido en pasar por la mujer cuando el marido no me interesa, está pasado de moda, ni siquiera dibuja.

—Es extraordinario en un hombre de esa inteligencia —dijo Cottard.

—Pues no —replicó madame Verdurin—, hasta en la época en que tenía talento, pues ese granuja lo ha tenido para dar y vender, lo irritante en él es que no era nada inteligente—. Madame Verdurin, para exponer

este juicio sobre Elstir, no había esperado a romper con él y a que no le gustara su pintura. Y esto se debía a que, incluso cuando formaba parte del pequeño grupo, Elstir pasaba a veces días enteros con una u otra mujer que, con razón o sin ella, madame Verdurin encontraba tonta, lo que, a su parecer, no era propio de un hombre inteligente—. No —prosiguió en un tono de equidad—, creo que su mujer y él están hechos el uno para el otro. Dios sabe que no conozco en el mundo criatura más aburrida y que me volvería loca si tuviera que pasar dos horas con ella. Pero dicen que él la encuentra muy inteligente.

Y es que hay que reconocerlo, nuestro *Tiche* era sobre todo demasiado tonto. Yo le he visto pasmado ante algunas personas que ustedes ni se imaginan, ante unos infelices idiotas que jamás admitiríamos en nuestro pequeño clan. Y él, Elstir, les escribía, discutía con ellos. Eso no quita que tuviera algunas cosas encantadoras, pero encantadoras, encantadoras y deliciosamente absurdas, naturalmente —pues madame Verdurin estaba convencida de que los hombres verdaderamente notables hacen mil tonterías. Idea falsa en la que hay, sin embargo, alguna verdad. Ciertamente que las tonterías de los hombres son insoportables. Pero un desequilibrio que sólo se descubre a la larga se debe a que en el cerebro humano entran ciertas delicadezas para las que no está habitualmente hecho. De suerte que las rarezas de las personas encantadoras exasperan, pero que apenas hay personas encantadoras que no sean, además, extrañas—. Mire, le voy a enseñar en seguida sus flores —me dijo madame Verdurin al ver que su marido le hacía seña de que podíamos levantarnos de la mesa. Y cogió de nuevo el brazo de monsieur Cambremer. Monsieur Verdurin, en cuanto dejó a madame de Cambremer, quiso presentar sus excusas a monsieur de Charlus y darle sus razones, sobre todo por el gusto de hablar de esos matices mundanos con un hombre de título, momentáneamente inferior a los que le asignaban el sitio que creían le correspondía. Pero, en primer lugar, quiso demostrar a monsieur de Charlus que, intelectualmente, le estimaba demasiado para fijarse en estas bagatelas:

—Perdone que le hable de estas naderías —comenzó—, pues supongo que hará muy poco caso de ellas. Los espíritus burgueses sí se lo hacen, pero a los otros, a los artistas, a las personas *que son* verdaderamente, les importa un bledo. Y desde las primeras palabras que hemos cruzado, comprendí que usted *es*. —Monsieur de Charlus, que daba a esta locución un sentido muy diferente, se sobresaltó. Después de las ojeadas del doctor,



la injuriosa franqueza del Patrón le sofocaba—. No proteste, querido barón, usted *es*, eso es tan claro como la luz —insistió monsieur Verdurin—. Tenga usted en cuenta que yo ignoro si usted ejerce algún arte, pero no es necesario. Ni es siempre suficiente. Dechambre, que acaba de morir, tocaba perfectamente con el más robusto mecanismo, pero no *era*, se notaba inmediatamente que no *era*. Brichot no *es*. Morel *es*, mi mujer *es*, me doy cuenta de que usted *es*...

—¿Qué me iba a decir? —interrumpió monsieur de Charlus, que comenzaba a tranquilizarse sobre lo que quería decir monsieur Verdurin, pero que prefería que gritara menos aquellas palabras de doble sentido.

—Le hemos puesto solamente a la izquierda —contestó monsieur Verdurin. Monsieur de Charlus, con una sonrisa comprensiva, despreocupada e insolente, contestó:

—¡Bueno! ¡Eso, *aquí*, no tiene ninguna importancia! —y soltó una risita muy particular suya, una risa que le venía probablemente de alguna abuela bávara o lorenesa que a su vez la heredara, idéntica, de una antepasada, de suerte que sonaba así, invariable, desde hacía no pocos siglos, en las viejas pequeñas cortes de Europa y cuya calidad, preciosa como la de ciertos instrumentos antiguos ya rarísimos, se apreciaba mucho. Hay momentos en que, para pintar completamente a alguien, sería necesario añadir a la descripción la imitación fonética, y la del personaje que representaba monsieur de Charlus puede ser incompleta al faltarle esa risita tan fina, tan ligera, de la misma manera que algunas obras de Bach no se interpretan nunca exactamente porque las orquestas carecen de esas «pequeñas trompetas» de un sonido especial para las que el autor escribió tal o cual parte.

—Pero —explicó monsieur Verdurin, ofendido— lo hemos hecho a propósito. Yo no le doy ninguna importancia a los títulos de nobleza —añadió con esa sonrisa desdeñosa que, a tantas personas a las que he tratado, a disgusto de mi abuela y de mi madre, he visto adoptar, ante todas las cosas que no poseen, delante de los que, poseyéndolas, piensan ellos que, así, no se creerán por ello superiores a ellos—. Pero, en fin, como estaba aquí precisamente monsieur de Cambremer, que es marqués, y usted no es más que barón...

—Permítame —replicó monsieur de Charlus con gesto altanero a monsieur Verdurin, asombrado—, soy también duque de Brabante, doncel de Montargis, príncipe de Oléron, de Carency, de Virareggio y de Dunes.

Por lo demás, eso no tiene absolutamente ninguna importancia. No se preocupe —añadió recobrando su fina sonrisa, que se ensanchó en sus últimas palabras—: he visto en seguida que no tenía usted costumbre.

Madame Verdurin se dirigió hacia mí para enseñarme las flores de Elstir. Aquel acto de ir a comer invitado, que desde hacía mucho tiempo era ya indiferente para mí, ahora, en la forma enteramente nueva de un viaje a lo largo de la costa seguido de una ascensión en coche hasta doscientos metros sobre el mar, me había producido una especie de exaltación, y esta exaltación no se disipó en la Raspelière.

—Mire esto —me dijo la Patrona mostrándome dos rosas de Elstir grandes y magníficas, pero de un escarlata untuoso y de un blanco espumoso que resaltaban con un relieve un poco demasiado cremoso sobre la jardinera donde estaban—. ¿Cree usted que tendría todavía bastante garra para coger esto? Es fuerte. Y bello como materia, dan ganas de cogerlo con la mano. No puedo decirle lo interesante que era verle pintar esas rosas. Se notaba que le apasionaba buscar ese efecto.

Y la Patrona posó soñadoramente la mirada en aquel regalo del artista donde se encontraban resumidos no sólo su gran talento, sino una larga amistad que sólo sobrevivía en aquellos recuerdos que le había dejado; detrás de las flores que antaño cogiera el pintor para ella, creía ver de nuevo la bella mano que las había pintado una mañana en toda su lozanía, tan bien que, las flores sobre la mesa, la mano apoyada en el sillón del comedor, hubieran podido figurar frente a frente, para el almuerzo de la Patrona, las rosas todavía vivas y su retrato parecido a medias. A medias solamente, porque Elstir no podía mirar una flor si no era trasladándola previamente a ese jardín interior en el que, por fuerza, permanecemos siempre. En aquella acuarela, había plasmado la aparición de las rosas por él vistas y que sin él nunca se hubieran conocido; y, así, puede decirse que era una variedad nueva con la que el pintor, como un ingenioso jardinero, había enriquecido la familia de las Rosas.

—Desde el día en que abandonó el pequeño núcleo, fue hombre terminado. Parece ser que mis comidas le hacían perder tiempo, que yo perjudicaba al desarrollo de su *genio* -dijo madame Verdurin en un tono irónico—. ¡Como si el trato con una mujer como yo pudiera no ser beneficioso para un artista! —exclamó en un acceso de orgullo.

Muy cerca de nosotros, monsieur de Cambremer, que ya estaba sentado, al ver a monsieur de Charlus de pie inició el movimiento de

levantarse para cederle el sitio. Quizá este ofrecimiento no correspondía, en el pensamiento del marqués, más que a una intención de vaga cortesía. Monsieur de Charlus prefirió darle el significado de un deber que el simple gentilhomme sabía que tenía que rendir a un príncipe, y creyó que la mejor manera de manifestar su derecho a esta preferencia era declinarla. En consecuencia, exclamó:

—¡De ninguna manera! ¡No se moleste! ¡No faltaba más! —Y en el tono astutamente vehemente de estas palabras había ya algo de muy «Guermantes», más acusado aún por el gesto imperativo, inútil y familiar con que monsieur de Charlus apoyó las dos manos, como para obligarle a volverse a sentar, en los hombros de monsieur de Cambremer, que no se había sentado—. ¡De ninguna manera, querido —insistió el barón—, no faltaría más! ¡No hay razón! En nuestro tiempo, eso se reserva para los príncipes de la sangre.

Mi entusiasmo por su casa no impresionó a los Cambremer más que a madame Verdurin. Pues yo permanecía frío ante las bellezas que me señalaban, y en cambio me exaltaban reminiscencias confusas; a veces hasta les confesé mi decepción al no encontrar algo tan extraordinario como su fama me había hecho imaginármelo. Madame Cambremer se indignó cuando le dije que yo había creído aquello más campo. En cambio, me detuve extasiado a aspirar el olor de un aire colado que pasaba por la puerta.

—Ya veo que le gustan las corrientes de aire.

Mi elogio del trozo de lustrina verde que tapaba un cristal roto no tuvo más éxito.

—¡Pero qué horror! —exclamó la marquesa. El escándalo llegó al colmo cuando dije:

—Mi mayor entusiasmo fue al llegar. Cuando oí resonar mis pasos en la galería, me pareció que entraba en no sé qué oficina de ayuntamiento de pueblo donde tienen el mapa del distrito.

Esta vez, madame de Cambremer me volvió resueltamente la espalda.

—¿No te parece todo esto muy mal dispuesto? —le preguntó su marido con la misma solicitud compasiva que si le hubieran dicho que su mujer había tenido que soportar una triste ceremonia—. Hay cosas bonitas.

Pero como cuando las reglas fijas de un gusto seguro no imponen límites razonables a la malevolencia de las gentes, encuentran todo

criticable en quienes les han suplantado en su persona o en su casa.

—Sí, pero no están en su sitio. Y además ¿son de veras tan bonitas?

—Ya ha visto usted —dijo monsieur de Cambremer con una tristeza en la que había cierta firmeza— que hay unas pinturas de Jouy que enseñan la trama, unas cosas muy gastadas en ese salón.

—Y esa tela con esas grandes rosas, como una colcha de campesina —dijo madame de Cambremer, cuya cultura, muy postiza, no pasaba de la filosofía idealista, la pintura impresionista y la música de Debussy. Y para no hablar únicamente en nombre del lujo, sino también del gusto, añadió —: ¡Y han puesto burlete! ¡Qué falta de gusto! Claro, esa gente no entiende, ¿dónde lo iban a aprender? Deben de ser unos grandes comerciantes retirados. Y ya está bien para ellos.

—Los candelabros me han parecido bonitos —dijo el marqués, sin que se supiera por qué exceptuaba los candelabros, lo mismo que, cada vez que se hablaba de una iglesia, fuera la catedral de Chartres, de Reims, de Amiens, o la iglesia de Balbec, lo que se apresuraba inevitablemente a citar como cosa admirable era «el órgano, el púlpito y las obras de misericordia».

—Y del jardín no hablemos —dijo madame de Cambremer—. Es un crimen. ¡Esos paseos todos torcidos!

Aproveché el momento en que madame Verdurin estaba sirviendo el café, para ir a echar una ojeada a la carta que me había dado monsieur de Cambremer, en la que su madre me invitaba a comer. Con aquel poquito de tinta, la letra expresaba una individualidad que sería ya para mí reconocible entre todas, sin que hubiera necesidad de recurrir a la hipótesis de plumas especiales, como no necesita el pintor colores raros y misteriosamente fabricados para expresar su visión original. Hasta un paralítico que adolece de agrafía después de un ataque y reducido a mirar los caracteres como un dibujo, sin saber leerlos, habría comprendido que madame de Cambremer pertenecía a una vieja familia en la que el cultivo entusiasta de las letras y de las artes había dado un poco de aire a las tradiciones aristocráticas. Adivinaría también hacia qué años había aprendido la marquesa simultáneamente a escribir y a tocar a Chopin. Era la época en que las personas bien educadas observaban la regla de ser amables y la llamada de los tres adjetivos. Madame de Cambremer combinaba las dos. No le bastaba un adjetivo elogioso, le añadía (después de un pequeño enlace) otro adjetivo lisonjero, y (después de otro enlace)

un tercero. Pero su especialidad era que, contra la finalidad social literaria que se proponía, en las cartas de madame de Cambremer la sucesión de los tres epítetos tenía la forma, no de una progresión, sino de un *diminuendo*. En aquella primera carta, madame de Cambremer me decía que había visto a Saint-Loup y había apreciado más que nunca sus cualidades «únicas-raras-reales», que iba a volver con un amigo (precisamente el que amaba a la nuera), y que, si yo quería ir, con ellos o sin ellos, a comer a Féterne, estaría «encantada-feliz-contentísima». Acaso la fertilidad de imaginación y la riqueza de vocabulario de aquella dama eran menores que su afán de amabilidad y, empeñada en lanzar tres exclamaciones, no era capaz de dar en la segunda y en la tercera sino un débil eco de la primera. Si llega a haber un cuarto adjetivo, no quedaría nada de la amabilidad inicial. Además, debido a cierta sencillez refinada que seguramente había producido una impresión considerable en la familia y hasta en el círculo de sus relaciones, madame de Cambremer había tomado la costumbre de sustituir la palabra «sincero», que podía acabar por parecer mentirosa, por la palabra «verdadero». Y para demostrar claramente que se trataba en efecto de algo sincero, rompía la unión convencional que hubiera puesto «verdadero» antes del sustantivo, y lo plantaba valientemente después. Sus cartas terminaban con: «Crea usted en mi amistad verdadera». «Crea en mi simpatía verdadera». Desgraciadamente, esto había llegado a ser tan formulario que tal afectación de franqueza daba la impresión de falsa cortesía más que las antiguas fórmulas, en cuyo sentido ya no se piensa. Por lo demás, me perturbaba la lectura de la carta el ruido confuso de las conversaciones, en las que dominaba la voz más alta de monsieur de Charlus, que no había abandonado su tema y decía a monsieur de Cambremer:

—Me recuerda usted, al querer que yo ocupe su sitio, a un señor que me mandó esta mañana una carta con esta dirección: «A Su Alteza el Barón de Charlus», y que comenzaba con «Monseñor».

—En efecto, su comunicante exageraba un poco —contestó monsieur de Cambremer entregándose a una discreta hilaridad. Monsieur de Charlus, que la había provocado, no la compartió.

—Pero en el fondo, querido —dijo—, observe usted que, hablando heráldicamente, es él quien está en lo cierto; no hago de esto cuestión personal, ya puede usted suponerlo. Hablo como si se tratara de otro. Pero qué quiere usted, la historia es la historia, no es cosa nuestra y no depende

de nosotros rehacerla. No le voy a citar al emperador Guillermo, que, en Kiel, no dejó nunca de llamarme monseñor. He oído decir que llamaba así a todos los duques franceses, lo que es abusivo, y quizá simplemente una delicada atención que, por encima de nuestra cabeza, se dirige a Francia.

—Delicada y más o menos sincera —dijo monsieur de Cambremer.

—¡Ah!, no soy de su parecer. Observe usted que, personalmente, un señor de último orden como ese Hohenzollern, aparte de ser protestante y haber desposeído a mi primo el rey de Hanovre, no es como para agradarme —añadió monsieur de Charlus, al que parecía interesarle más el Hanovre que Alsacia-Lorena—. Pero creo profundamente sincera la inclinación del emperador hacia nosotros. Los imbéciles le dirán que es un emperador de teatro. Al contrario, es maravillosamente inteligente. No entiende de pintura y ha obligado a Tschudi a retirar los Elstir de los museos nacionales. Pero a Luis XIV no le gustaban los maestros holandeses, tenía también la afición al aparato, y, al fin y al cabo, fue un gran rey. Guillermo II ha armado a su país, en lo militar y en lo naval, como no lo hizo Luis XIV, y espero que su reinado no pasará nunca por los reveses que en los últimos tiempos ensombrecieron el reinado del que llaman trivialmente el Rey Sol. La República ha cometido, a mi parecer, un gran error rechazando las amabilidades del Hohenzollern o no correspondiendo a ellas más que con cuentagotas. Él se da perfecta cuenta y, con ese don de expresión que tiene, dice: «Lo que yo quiero es un buen apretón de manos, no un sombrero». Como hombre, es vil; ha abandonado, entregado, renegado de sus mejores amigos en circunstancias en que su silencio ha sido tan miserable como grande el de ellos —continuó monsieur de Charlus, que, dejándose siempre llevar por su pendiente, resbalaba hacia el asunto Eulenburg y recordaba las palabras que le había dicho uno de los acusados del más alto rango: «Mucha confianza tiene que tener el emperador en nuestra delicadeza para haberse atrevido a permitir semejante proceso. Pero, desde luego, no se ha equivocado teniendo fe en nuestra discreción. Hasta en el mismo cadalso habríamos cerrado la boca»—. Bueno, todo esto no tiene nada que ver con lo que yo quería decir, o sea, que en Alemania, príncipes mediatizados, nosotros somos Durchlaucht, y que en Francia nuestro rango de Alteza se reconocía públicamente. Según Saint-Simon, lo adquirimos por abuso, y en eso se equivoca por completo. La razón que da, es decir, que Luis XIV nos prohibió llamarle el Rey Cristianísimo y nos ordenó llamarle el Rey

sin más, demuestra simplemente que dependíamos de él y en modo alguno que no teníamos la calidad de príncipe. De no ser así, hubiera habido que negársela al duque de Lorena y a tantos otros. Por otra parte, varios de nuestros títulos proceden de la Casa de Lorena por Teresa de Espinoy, mi bisabuela, que era hija del doncel de Commercy —monsieur de Charlus, dándose cuenta de que Morel le escuchaba, desarrolló más ampliamente las razones de su pretensión—. Le he hecho notar a mi hermano que no es en la tercera parte del Gotha, sino en la segunda, por no decir en la primera, donde debería estar el artículo sobre nuestra familia —dijo sin darse cuenta de que Morel no sabía lo que era el Gotha—. Pero eso es cosa suya, él es mi jefe de armas, y puesto que él lo encuentra bien así y deja pasar la cosa, yo no tengo más que cerrar los ojos.

—Monsieur Brichot me ha interesado mucho —dije a madame Verdurin, que se acercaba a mí, metiendo en el bolsillo la carta de madame de Cambremer.

—Es una inteligencia cultivada y una buena persona —me contestó fríamente—. Desde luego carece de originalidad y de gusto; tiene una memoria fenomenal. Decían que los abuelos de las personas que tenemos aquí esta noche, los emigrados, no olvidaron nada. Pero por lo menos aquéllos tenían la disculpa —dijo apropiándose una frase de Swann— de que tampoco habían aprendido nada. Mientras que Brichot lo sabe todo y, durante la comida, nos lanza a la cabeza montones de diccionarios. Supongo que ya no ignora usted nada de lo que quiere decir el nombre de tal ciudad o de tal pueblo.

Mientras hablaba madame Verdurin, pensaba yo que me había propuesto preguntarle algo, pero no podía recordar lo que era.

—Estoy seguro de que hablan ustedes de Brichot. Hein, Chantepie, Freycinet, no les ha perdonado nada. La ha estado mirando, Patroncita.

—Ya lo he visto, y he estado a punto de soltar la risa.

Hoy no podría decir cómo estaba vestida aquella noche madame Verdurin. Quizá tampoco lo sabía en el momento, pues no tengo el don de observación. Pero me daba cuenta de que su atavío no carecía de pretensiones y le dije algo amable y hasta admirativo. Era como casi todas las mujeres, las cuales se imaginan que un cumplido es la estricta expresión de la verdad y un juicio que se hace imparcialmente, irresistiblemente, como si se tratara de un objeto de arte y no de una persona. De suerte que madame Verdurin, con una seriedad que me hizo

ruborizarme por mi hipocresía, me dirigió esta orgullosa e ingenua pregunta, habitual en parejas circunstancias:

—¿Le gusta?

—Seguro que están hablando de Chantepie —dijo monsieur Verdurin acercándose a nosotros.

Yo había estado solo, pensando en mi lustrina verde y en un olor a bosque, sin observar que Brichot, enumerando aquellas etimologías, había dado lugar a que se rieran de él.

Y como las impresiones que, para mí, daban a las cosas su valor eran impresiones que los demás no sienten, o que rechazan sin pensar en ellas, por insignificantes, y, por consiguiente, si hubiera podido comunicarlas, no las habrían comprendido o las habrían desdeñado, me resultaban absolutamente inútiles para mí y tenían además el inconveniente de hacerme pasar por estúpido ante madame Verdurin, que veía que me había «tragado» a Brichot, como ya se lo había parecido a madame de Guermantes porque me encontraba a gusto en casa de madame d'Arpajon. Pero en cuanto a Brichot había otra razón. Yo no pertenecía al pequeño clan. Y en todo clan, sea mundano, político, literario, se adquiere una facilidad perversa para descubrir en una conversación, en un discurso oficial, en una noticia, en un soneto, todo lo que al honrado lector no se le hubiera ocurrido jamás ver en ello. Cuantas veces, leyendo con cierta emoción un cuento hábilmente trazado por un académico disertado y un poco vejete, he estado a punto de decir a Bloch o a madame de Guermantes: «¡Qué bonito es!», cuando, antes de que yo abriera la boca, exclamaban ellos, cada uno en un lenguaje diferente: «Si quiere pasar un buen momento, lea un cuento de Fulano. Jamás llegó tan lejos la estupidez humana.» El desprecio de Bloch provenía sobre todo de que ciertos efectos de Elstir, agradables por lo demás, estaban un poco marchitos; el de madame de Guermantes, de que el cuento parecía demostrar precisamente lo contrario de lo que quería decir el autor, por razones efectivas que ella tenía la ingeniosidad de deducir pero en las que yo no hubiera pensado nunca. Pero tanto como la ironía que disimulaba la amabilidad aparente de los Verdurin con Brichot me sorprendió unos días después oír a los Cambremer decirme en Féterne, ante el elogio entusiasta que yo hacía de la Raspelière: «No es posible que sea usted sincero, después de lo que han hecho». Verdad es que confesaron que la vajilla era bella. Yo no la había visto, como no había visto el chocante burlete.



—En fin, ahora, cuando vuelva usted a Balbec, sabrá lo que es Balbec —dijo irónicamente monsieur Verdurin. Eran precisamente las cosas que me enseñaba Brichot lo que me interesaba. En cuanto a lo que llamaban su ingenio, era exactamente el mismo tan apreciado antes en el pequeño clan. Hablaba con la misma irritante facilidad, pero sus palabras ya no producían efecto, tenían que vencer un silencio hostil o unos ecos desagradables; lo que había cambiado no era lo que él decía, sino la acústica del salón y las disposiciones del público. «¡Cuidado!», dijo a media voz madame Verdurin señalando a Brichot. Brichot, que conservaba el oído más agudo que la vista, echó a la Patrona una mirada de miope y de filósofo, que desvió en seguida. Si sus ojos no eran muy buenos, en cambio los de su espíritu miraban las cosas con una larga mirada. Veía lo poco que se podía alcanzar de las afecciones humanas y se había resignado a ellas. Le hacían sufrir, por supuesto. Ocurre que el que, una sola noche, en un medio donde está acostumbrado a agradar, adivina que le han encontrado demasiado frívolo, o demasiado pedante, o demasiado torpe, o demasiado galante, etc., vuelve a su casa desgraciado. Frecuentemente es por cuestión de opiniones, de sistema, por lo que ha parecido absurdo o anticuado. Frecuentemente sabe muy bien que los que así le juzgan valen menos que él. Le sería muy fácil disecar los sofismas con los que le han condenado tácitamente, quiere ir a hacer una visita, escribir una carta: mas prudente, no hace nada, y espera la invitación de la semana siguiente. A veces también, estas caídas en desgracia, en vez de acabar en una noche, duran meses. Debidas a la inestabilidad de los juicios mundanos, las aumentan más aún. Pues el que sabe que madame X... le desprecia, dándose cuenta de que le estiman en casa de madame Y..., declara a ésta muy superior y emigra a su salón. Pero no es éste el lugar para pintar a esos hombres, superiores en la vida mundana, pero que no han sabido realizarse fuera de ella, felices por ser recibidos, agriados por ser desconocidos, descubriendo cada año las taras de la dueña de casa a la que alababan el talento de la que no habían apreciado en su valor, sin perjuicio de volver a sus primeros amores cuando hayan sufrido inconvenientes que también las segundas tenían y olvidado un poco los de las primeras. Por estas pasajeras caídas en desgracia, se puede juzgar el disgusto que causaba a Brichot la que él sabía definitiva. No ignoraba que madame Verdurin se reía a veces públicamente de él, incluso de sus lacras físicas, y sabiendo lo poco que se debe esperar de los afectos humanos, se había

resignado a ello y no por eso dejaba de considerar a la Patrona como su mejor amiga. Pero por el rubor que cubrió la cara del universitario, madame Verdurin comprendió que la había oído y se propuso estar más amable con él el resto de la noche. No pude menos de decirle que lo estaba muy poco con Saniette.

—¡Cómo que no! Pero si nos adora, no sabe usted lo que somos para él. A mi marido le irrita a veces un poco su estupidez, y hay que reconocer que tiene motivo, pero en esos momentos, ¿por qué no se rebela más, en vez de tomar ese aire de perro fiel? Eso no es franco. A mí no me gusta. De todos modos procuro siempre calmar a mi marido, pues, si se pasara de la raya, Saniette no tendría más que no volver, y yo no quiero eso, porque le diré que no tiene un céntimo y necesita aprovechar estas comidas. Y después de todo, si se enfada, que no vuelva, eso no es cosa mía, cuando se tiene necesidad de los demás hay que procurar no ser tan idiota.

—El ducado de Aumale estuvo mucho tiempo en nuestra familia antes de entrar en la Casa de Francia —explicaba monsieur de Charlus a monsieur de Cambremer, delante del embobado Morel, al que, a decir verdad, se dirigía o al menos se destinaba toda esta disertación—. Teníamos precedencia sobre todos los príncipes extranjeros; podría darle cien ejemplos. Una vez que la princesa de Croy, en el entierro de Monsieur, quiso arrodillarse después de mi tatarabuela, ésta le dijo claramente que no tenía derecho a la almohada, mandó al oficial de servicio que la retirara y llevó la cosa ante el rey, el cual ordenó a madame de Croy que fuera a presentar sus excusas a madame de Guermantes a su propia casa. Otra vez que el duque de Bourgogne vino a nuestra casa con los alabarderos con la alabarda levantada, obtuvimos del rey que le hicieran bajarla. Ya sé que no está bien hablar de las virtudes de los suyos. Pero es bien sabido que los nuestros han estado siempre en vanguardia a la hora del peligro. Cuando nosotros dejamos el grito de armas de los duques de Brabante, el nuestro ha sido «¡adelante!». De suerte que, en realidad, es bastante legítimo que ese derecho de ser en todas partes los primeros, reivindicado por nosotros durante tantos siglos en la guerra, lo obtuviéramos después en la Corte. Y la verdad es que nos ha sido reconocido siempre. Le citaré también como prueba a la princesa de Badén. Como pretendiera disputar su rango a esa misma duquesa de Guermantes de la que le hablaba antes e intentara entrar la primera en la cámara del rey aprovechando un momento de vacilación que acaso tuvo mi

pariente (aunque no habíamos ido para tenerlo), el rey exclamó vivamente: «Entrad, entrad, prima, madame de Badén sabe muy bien lo que os debe». Y este rango lo tenía como duquesa de Guermantes, aunque su propio linaje era bastante alto, puesto que era sobrina, por su madre, de la reina de Polonia, de la reina de Hungría, del elector palatino, del príncipe de Saboya-Carignan y del príncipe de Hanovre, después rey de Inglaterra.

- *Maecenas atavis edite regibus!* —dijo Brichot dirigiéndose a monsieur de Charlus, quien contestó a este cumplido con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Qué dice usted? —preguntó madame Verdurin a Brichot, con el que hubiera querido reparar sus palabras de hacía un momento.

—Hablabas, Dios me perdone, de un dandy que era la flor de la elegancia —madame Verdurin frunció el entrecejo— allá por el siglo de Augusto —madame Verdurin, tranquilizada por la lejanía de aquella elegancia, tomó una expresión más serena—, de un amigo de Virgilio y de Horacio que llevaba la adulación hasta el punto de echarle a la cara sus ascendientes más que aristocráticos, reales; en una palabra, hablaba de Mecenas, de un ratón de biblioteca que era amigo de Horacio, de Virgilio, de Augusto. Estoy seguro de que monsieur de Charlus sabe muy bien en todos los aspectos quién era Mecenas.

Monsieur de Charlus, mirando graciosamente a madame Verdurin con el rabillo del ojo, porque la había oído dar cita a Morel para dos días después y temía no estar él invitado, dijo:

—Creo que Mecenas era algo así como el Verdurin de la antigüedad.

Sólo a medias pudo madame Verdurin reprimir una sonrisa de satisfacción. Se acercó a Morel.

—Es agradable ese amigo de sus padres —le dijo—. Se ve que es hombre culto y bien educado. Hará bien en nuestro pequeño núcleo. ¿Dónde vive en París?

Morel guardó un silencio altivo y se limitó a proponer una partida de cartas. Madame Verdurin exigió previamente un poco de violín. Ante el asombro general, monsieur de Charlus, que no hablaba nunca de los grandes dones que tenía, acompañó con el más puro estilo el último trozo (inquieto, atormentado, schumanniano, pero al fin y al cabo anterior a la sonata de Franck) de la sonata para piano y violín de Fauré. Me di cuenta de que daría a Morel, maravillosamente dotado para el sonido y el virtuosismo, precisamente lo que le faltaba, la cultura y el estilo. Pero

pensé con curiosidad en lo que une en un mismo hombre una tara física y un don espiritual. Monsieur de Charlus no era muy diferente de su hermano, el duque de Guermantes. Incluso había hablado hacía un momento (y era raro) un francés tan malo como el de él. Reprochándome (seguramente para que hablase de Morel a madame Verdurin en términos calurosos) que no fuera jamás a verle, e invocando yo la discreción, me contestó:

—Pero como soy yo el que se lo pide, sólo yo podría censurárselo.

—Esto podría haberlo dicho el duque de Guermantes. Monsieur de Charlus no era, en suma, sino un Guermantes. Pero bastó que la naturaleza desequilibrara suficientemente en él el sistema nervioso para que, en lugar de preferir una mujer, como lo hubiera hecho su hermano el duque, prefiriera un pastor de Virgilio o un discípulo de Platón. Y en seguida unas cualidades desconocidas por el duque de Guermantes, y que suelen ir unidas a este desequilibrio, hicieron de monsieur de Charlus un pianista delicioso, un pintor aficionado que no carecía de gusto, un elocuente conversador. ¿Quién hubiera podido discernir que el estilo rápido, ansioso, encantador con que monsieur de Charlus tocaba el trozo schumanniano de la sonata de Fauré tenía su correspondiente (no nos atrevemos a decir la causa) en unas partes completamente físicas, en las defectuosidades nerviosas de monsieur de Charlus? Más adelante explicaremos esto de «defectuosidades nerviosas» y por qué razones un griego de la época de Sócrates, un romano de los tiempos de Augusto, podían ser lo que sabemos sin dejar de ser hombres absolutamente normales, y no hombres-mujeres como los que vemos hoy. Monsieur de Charlus, además de unas reales disposiciones artísticas, no llegadas a maduración, había amado a su madre y amado a su mujer mucho más que el duque, e incluso años después, cuando le hablaban de ellas, le asomaban las lágrimas, pero superficiales, como la transpiración de un hombre muy grueso al que, por cualquier cosa, se le humedece de sudor la frente. Con la diferencia de que a éstos se les dice: «¡Qué calor tiene usted!», mientras que se aparenta no ver las lágrimas de los otros. *Se* aparenta, es decir, lo aparenta el gran mundo, pues el pueblo se preocupa de ver llorar, como si un sollozo fuera más grave que una hemorragia. La tristeza que siguió a la muerte de su mujer, gracias al hábito de mentir, no excluía en monsieur de Charlus una vida que no estaba de acuerdo con aquella tristeza. Pasado el tiempo, llegó a la ignominia de dar a entender que, durante la ceremonia fúnebre, se las

había arreglado para preguntar al monaguillo su nombre y su dirección. Y acaso era verdad.

Terminado el trozo musical, yo me permití pedir que tocaran algo de Franck, pero esto pareció molestar tanto a madame de Cambremer, que no insistí.

—No es posible que le guste eso —me dijo. En lugar de Franck pidió *Fêtes* de Debussy, lo que hizo exclamar: «¡Oh, es sublime!» desde la primera nota. Pero Morel se dio cuenta de que no sabía más que los primeros compases, y por travesura, sin ninguna intención de engañar, comenzó una marcha de Meyerbeer. Desgraciadamente, como la transición fue muy breve y no anunció lo que iba a tocar, todo el mundo creyó que seguía siendo de Debussy, y siguieron exclamando: «¡Sublime!». Morel advirtió que el autor no era el de *Pelléas*, sino el de *Roberto el Diablo*, y esto enfrió un poco la cosa. Madame de Cambremer no tuvo apenas tiempo de sentirlo por sí misma, pues acababa de descubrir un cuaderno de Scarlatti y se echó sobre él con un impulso de histérica.

—¡Oh!, toque esto, tenga, es divino —exclamó. Y sin embargo, en su impaciencia febril, lo que elegía de este autor durante tanto tiempo desdeñado, elevado desde hacía poco a los máximos honores, era uno de esos trozos malditos que tantas veces nos han impedido dormir y que un discípulo sin piedad vuelve a empezar indefinidamente en el piso contiguo al nuestro. Pero Morel estaba harto de música, y como quería jugar a las cartas, monsieur de Charlus, para participar en la partida, hubiera querido un whist.

—Le dijo antes al Patrón que era príncipe —decía Ski a madame Verdurin—, pero no es cierto, es de una simple burguesía de pequeños arquitectos.

—Quiero saber lo que decía usted de Mecenas. Me divierte mucho eso —repitió madame Verdurin a Brichot, por una amabilidad que le mareó. Y para lucirse ante la Patrona y acaso ante mí:

—Pero a decir verdad, señora, Mecenas me interesa sobre todo porque es el primer apóstol de marca de ese dios chino que tiene hoy en Francia más sectarios que Brahma, que el mismo Cristo, el omnipotente dios Je-Men-Fu.

Madame Verdurin, en este caso, ya no se contentaba con apoyar la cabeza en la mano. Se abatía sobre la princesa Sherbatoff tan bruscamente como esos insectos llamados efímeros; si la princesa se encontraba a poca

distancia, la Patrona se agarraba a su axila, le clavaba las uñas y escondía unos instantes la cabeza como un niño que juega al escondite. Disimulada por esta pantalla protectora, se permitía reír hasta las lágrimas y podía no pensar en nada, como esas gentes que, mientras rezan una oración un poco larga, tienen la precaución de hundir la cara entre sus manos. Madame Verdurin las imitaba al escuchar los quatuors de Beethoven, para demostrar a la vez que los consideraba como una oración y para que no se viera que dormía.

—Hablo muy en serio, señora —dijo Brichot—. Creo que son demasiadas las personas que hoy se pasan el tiempo mirándose el ombligo como si fuera el centro del mundo. En buena doctrina, no tengo nada que objetar a no sé qué nirvana que tiende a disolvernó en el gran Todo (el cual, como Munich y Oxford, está mucho más cerca de París que Asnières o Bois-Colombes), pero, cuando los japoneses están cerca de las puertas de nuestra Bizancio, no es de buen francés, ni siquiera de buen europeo, que unos antimilitaristas socializados discutan gravemente sobre las virtudes cardinales del verso libre.

A madame Verdurin le pareció que ya podía soltarse del pesado hombro de la princesa y volvió a mostrar la cara, no sin fingir que se enjugaba los ojos y tomar aliento dos o tres veces. Pero monsieur Brichot quería que yo tuviese mi parte de festín, y recordando, por su experiencia de dirigente de tesis, que él presidió como nadie, que no hay mejor manera de halagar a la juventud que morigerarla, que darle importancia, haciéndose tratar por ella de reaccionario:

—No quisiera blasfemar de los Dioses de la Juventud —dijo echándome esa mirada furtiva que un orador concede a hurtadillas a alguien presente en el auditorio y cuyo nombre cita—. No quisiera condenarme como hereje y relapso en la capilla mallarmeana, donde nuestro amigo, como todos los de su edad, ha debido de servir la misa esotérica, al menos como monaguillo, y mostrarse delicuescente o Rosa Cruz. Pero verdaderamente hemos visto demasiados intelectuales de esos que adoran el Arte, con A mayúscula, y que, cuando no les basta emborracharse con las cosas de Zola, se ponen inyecciones de Verlaine. Convertidos en eterómanos por devoción a Baudelaire, ya no serían capaces del esfuerzo viril que la patria puede pedirles un día, anestesiados como están por la gran neurosis literaria, en la atmósfera cálida,

enervante, cargada de relentes malsanos, de un simbolismo de fumadero de opio.

Incapaz de fingir una sombra de admiración por la copia inepta y abigarrada de Brichot, me volví hacia Ski y le aseguré que se equivocaba absolutamente en cuanto a la familia a que pertenecía monsieur de Charlus. Me contestó que estaba seguro de lo que decía y añadió que yo mismo le había dicho que su verdadero nombre era Gandin, Le Gandin.

—Lo que le dije —le contesté— es que madame de Cambremer era hermana de un ingeniero, monsieur Legrandin. No le he hablado jamás de monsieur de Charlus. Entre él y madame de Cambremer hay tanta relación como entre el Grand Condé y Racine.

—¡Ah!, yo creía... —dijo Ski ligeramente, sin disculparse por su error más de lo que, horas antes, se disculpara de que había estado a punto de hacernos perder el tren.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en la costa? —preguntó madame Verdurin a monsieur de Charlus, porque presentía en él un adepto y temblaba pensando que podía volverse demasiado pronto a París.

—Quién sabe —contestó en un tono nasal y lánguido monsieur de Charlus—. Me gustaría quedarme hasta finales de septiembre.

—Haría usted muy bien —dijo madame Verdurin—: es el momento de las bellas tempestades.

—Si he de decir verdad, no es eso lo que me determinaría. Tengo olvidado desde hace tiempo al arcángel San Miguel, mi patrón, y quisiera compensarle quedándome hasta su fiesta, el 29 de septiembre, en la abadía del Monte.

—¿Le interesan mucho esas cosas? —preguntó madame Verdurin, que quizá habría logrado silenciar su anticlericalismo herido a no ser por temor de que una excursión tan larga le hiciera perder durante cuarenta y ocho horas al violinista y al barón.

—Quizá sufre usted una sordera intermitente —contestó con insolencia monsieur de Charlus—. Ya le he dicho que San Miguel es uno de mis gloriosos patronos —y sonriendo con un éxtasis benévolo, fijos los ojos en la lejanía, acrecida la voz por una exaltación que le pareció más que estética, religiosa:

—¡Es tan bello el ofertorio, cuando Miguel se yergue junto al altar, con su túnica blanca, balanceando un incensario de oro y con tal lujo de perfumes que suben hasta Dios!

—Podríamos ir en caravana —sugirió madame Verdurin a pesar de su horror por aquellas cosas.

—En ese momento del ofertorio —continuó monsieur de Charlus, que, por otras razones pero de la misma manera que los buenos oradores en la cámara, no contestaba jamás a una interrupción y fingía no haberla oído—, sería delicioso ver a nuestro joven amigo palestrinizando y ejecutando hasta un aria de Bach. Hasta el bueno del abad estaría loco de alegría, y es el mayor homenaje, al menos el mayor homenaje público, que yo pueda ofrecer a mi santo patrono. ¡Qué edificación para los fieles! Luego hablaremos de esto al joven Angélico musical, militar como San Miguel.

Saniette, al que llamaron para hacer el muerto, dijo que no sabía jugar al whist. Y Cottard, viendo que no quedaba ya mucho tiempo para la hora del tren, se puso en seguida a jugar una partida de *écarté* con Morel. Monsieur Verdurin, furioso, se dirigió con un aire terrible a Saniette:

—¡Usted no sabe jugar a nada! —gritó, furioso por haber perdido la ocasión de jugar un *whist* y encantado de encontrar una para injuriar al antiguo archivero. Saniette, aterrizado, adoptó un aire espiritual:

—Sí, sé tocar el piano —dijo. Cottard y Morel se habían sentado frente a frente.

—Empiece usted —dijo Cottard.

—Si nos acercáramos un poco a la mesa de juego —dijo a monsieur de Cambremer monsieur de Charlus, inquieto al ver al violinista con Cottard—. Es tan interesante como esas cuestiones de protocolo, que, en nuestra época, ya no significan gran cosa. Los únicos reyes que nos quedan, por lo menos en Francia, son los reyes de la baraja, y me parece que abundan en la mano del joven virtuoso —añadió en seguida, por una admiración hacia Morel que se extendía hasta a su manera de jugar, por halagarle también, y además por explicar su postura inclinada sobre el hombro del violinista.

—Corto —dijo Cottard imitando el acento rastacuero, con lo que hacía morir de risa a sus hijos, a sus alumnos y al jefe de clínica, cuando el Maestro, incluso junto al lecho de un enfermo grave, lanzaba, con una careta impasible de epiléptico, una de sus acostumbradas bromas.

—No sé muy bien cómo debo jugar —dijo Morel consultando a monsieur de Cambremer.

—Como quiera, de todas maneras perderá, lo mismo da.



—¡Galli-Marié! —dijo el doctor deslizando hacia monsieur de Cambremer una mirada insinuante y benévola.

—Era lo que llamamos la verdadera diva, era el sueño, una Carmen como nunca más se verá. Era la mujer del papel. También me gustaba oír a Engalli.

—¡Marié!

El marqués se levantó con esa vulgaridad despreciativa de las personas bien nacidas que no comprenden que insulten al dueño de la casa aparentando no estar seguros de que se pueda frecuentar a sus invitados y se disculpen con la costumbre inglesa para emplear una expresión desdeñosa:

—¿Quién es ese señor que está jugando a las cartas? ¿Qué hace en la vida? ¿Qué *vende*? Me gusta saber con quién estoy, para no relacionarme con cualquiera. Y no entendí su nombre cuando usted me hizo el honor de presentarme a él.

Si monsieur Verdurin, apoyándose en estas palabras, hubiera, en efecto, presentado a monsieur de Cambremer a sus invitados, a éste le habría parecido muy mal, pero, como había ocurrido lo contrario, le parecía gracioso hacerse el hombre sencillo y modesto sin peligro. El orgullo que sentía monsieur Verdurin por su intimidad con Cottard había ido en aumento desde que el doctor era un profesor ilustre. Pero ya no se expresaba en la forma ingenua de antes. Entonces, cuando Cottard era apenas conocido, si le hablaban a monsieur Verdurin de las neuralgias faciales de su mujer:

—No hay nada que hacer —decía, con el ingenuo amor propio de las personas que creen que lo que ellos conocen es ilustre y que todo el mundo sabe el nombre del profesor de canto de su hija—. Si mi mujer tuviera un médico de segundo orden se podría buscar otro tratamiento, pero cuando ese médico se llama Cottard (nombre que pronunciaba como si fuera Bouchard o Charcot), no cabe ir más allá.

Con un procedimiento inverso, sabiendo que monsieur de Cambremer había seguramente oído hablar del famoso profesor Cottard, monsieur Verdurin adoptó un aire sencillote.

—Es nuestro médico de cabecera, un gran corazón al que adoramos y que se dejaría matar por nosotros; no es un médico, es un amigo; no creo que usted le conozca ni que su nombre le diga nada; pero para nosotros es el nombre de una gran persona y de un amigo queridísimo, Cottard.

Este nombre, murmurado en un tono modesto, engañó a monsieur de Cambremer, quien creyó que se trataba de otro.

—¿Cottard? ¿No hablará usted del profesor Cottard?

Precisamente se oía la voz del profesor, que, molesto por una jugada, decía con las cartas en la mano:

—Aquí se encontraron los atenienses.

—Sí, precisamente, es el profesor —dijo monsieur Verdurin.

—¡Cómo, el profesor Cottard! ¿No se equivoca usted? ¿Está seguro de que es el mismo, el que vive en la Rué du Bac?

—Sí, vive en la Rué du Bac, 43. ¿Le conoce usted?

—Todo el mundo conoce al profesor Cottard. ¡Es una eminencia! Es como si usted me preguntara si conozco a Bouffe de Saint-Blaise o a Courtois-Suffit. Al oírle hablar, ya me había dado cuenta de que no era un hombre corriente, por eso me permití preguntar a usted.

—Bueno, ¿qué hay que jugar? ¿Triunfo? —preguntaba Cottard. Después, bruscamente, con una vulgaridad que hubiera resultado chocante hasta en una circunstancia heroica en la que un soldado quiere dar una expresión familiar al desprecio de la muerte, pero que resultaba doblemente estúpida en el pasatiempo sin peligro de las cartas, Cottard, decidiéndose a jugar triunfo, adoptó un aire sombrío, desesperado, y por alusión a los que arriesgan el pellejo, jugó la carta como si se jugara la vida, exclamando:

—Después de todo, me importa un pito.

No era la carta que debía jugar, pero tuvo un consuelo. En medio del salón, en una ancha butaca, madame Cottard, cediendo al efecto, irresistible en ella, que experimentaba siempre después de comer, se había entregado, tras vanos esfuerzos, al sueño, insistente y ligero, que se apoderaba de ella. Por más que se irguiera de cuando en cuando para sonreír, bien por burla de sí misma o por miedo de dejar sin respuesta alguna palabra amable que pudieran dirigirle, volvía a caer en el mal implacable y delicioso. Más que el ruido, lo que la despertaba así, sólo por un segundo, era la mirada (que por cariño veía hasta con los ojos cerrados, y aun la preveía, pues la misma escena se repetía todas las noches y le perturbaba el sueño como la hora a que hay que levantarse), la mirada con que el profesor señalaba el sueño de su esposa a las personas presentes. Al principio, se limitaba a mirarla y a sonreír, pues sí, como médico, reprobaba este sueño después de comer (al menos daba esta razón

científica para enfadarse al final, pero no estaba seguro de que fuera determinante, tan variadas eran sus opiniones sobre esto), como marido omnipotente y burlón, le encantaba reírse de su mujer, no despertarla al principio más que a medias, para que volviera a dormirse y tener el placer de volver a despertarla.

Ahora madame Cottard estaba completamente dormida.

—¡Vamos, Leontina, estás dormida! —le gritó el profesor.

—Estoy escuchando lo que dice madame Swann —contestó débilmente madame Cottard, volviendo a caer en su sopor.

—Es insensato —exclamó Cottard—, dentro de un momento nos asegurará que no ha dormido. Es como los pacientes que van a una consulta y dicen que no duermen jamás.

—Quizá se lo figuran —dijo riendo madame de Cambremer. Pero al doctor le gustaba tanto llevar la contraria como hacer chistes, y sobre todo no admitía que un profano se atreviera a hablarle de medicina.

—No es posible figurarse que no se duerme —promulgó en un tono dogmático.

—¡Ah! —respondió el marqués inclinándose respetuosamente, como lo hubiera hecho Cottard en otro tiempo.

—Bien se ve —replicó Cottard— que usted no ha administrado como yo hasta dos gramos de trional sin conseguir provocar el sueño.

—Desde luego, desde luego —replicó el marqués riendo con cierto aire de superioridad—, yo no he tomado nunca trional, ni ninguna de esas drogas que en seguida dejan de producir efecto y en cambio estropean el estómago. Cuando se pasa la noche cazando como yo en el monte de Chantepie, le aseguro que no se necesita trional para dormir.

—Eso lo dicen los ignorantes —contestó el profesor—. A veces el trional levanta notablemente el tono nervioso. Habla usted de trional, ¿sabe siquiera lo que es?

—Pues... he oído decir que es un medicamento para dormir.

—Con eso no contesta usted a mi pregunta —replicó doctoralmente el profesor, que, en la Facultad, estaba «de exámenes» tres veces por semana. No le pregunto si sirve para dormir o no, sino qué es. ¿Puede usted decirme las partes que contiene de amilo y de etilo?

—No —contestó cortado monsieur de Cambremer—. Prefiero un buen vaso de coñac o hasta de oporto 345.

—Lo que es diez veces más tóxico —interrumpió el profesor.

—En cuanto a eso del trional —aventuró monsieur de Cambremer—, mi mujer está abonada a todas esas cosas, sería mejor que le hablara de eso a ella.

—Que debe de saber aproximadamente lo mismo que usted. En todo caso, si su mujer toma trional para dormir, ya ve que la mía no lo necesita. Vamos, Leontina, muévete un poco, te estás anquilosando, ¿acaso duermo yo después de comer? Qué harás a los sesenta años si te duermes ahora como una vieja. Vas a engordar, se te para la circulación... Ya no me oye.

—Esos sueñecitos después de comer son malos para la salud, ¿verdad, doctor? —dijo monsieur de Cambremer para rehabilitarse ante Cottard—. Después de comer bien habrá que hacer ejercicio.

—¡Ésos son cuentos! —replicó el doctor—. Se ha encontrado la misma cantidad de alimento en el estómago de un perro que había permanecido quieto que en el estómago de un perro que había corrido, y la digestión estaba más adelantada en el primero.

—Entonces ¿el sueño no corta la digestión?

—Depende de la digestión de que se trate: esofágica, estomacal, intestinal; es inútil darle explicaciones que no entendería, puesto que no ha estudiado medicina... ¡Vamos, Leontina, arriba! Ya es hora de marcharse.

Esto no era cierto, pues el doctor iba a continuar su partida de cartas, pero esperaba así cortar más bruscamente el sueño de la muda, a la que dirigía, sin recibir ya ninguna respuesta, las más sabientes exhortaciones. Fuese que persistiera en madame Cottard una voluntad de resistencia a dormir, aun en estado de sueño, o que la butaca no se prestase a apoyar la cabeza, el caso es que ésta se movió mecánicamente de izquierda a derecha y de abajo arriba, en el vacío, como un objeto inerte, y la durmiente, con este balanceo de cabeza, parecía que estuviera, unas veces escuchando música, otras entrando en la última fase de la agonía. Donde fracasaron las amonestaciones cada vez más vehementes de su marido, triunfó el sentimiento de su propia estupidez.

—El baño está bien de calor —murmuró—, pero las plumas del diccionario... —exclamó irguiéndose—. ¡Dios mío, que tonta soy! ¿Qué es lo que estoy diciendo? Estaba pensando en mi sombrero, he debido de decir una tontería, a poco más me quedo adormilada, ese maldito fuego.

Todo el mundo se echó a reír, pues no había fuego.

—Se están riendo de mí —dijo madame Cottard riendo ella misma y borrando de su frente con la mano, con una destreza de magnetizador y

una habilidad de mujer peinándose, los últimos rastros del sueño—, quiero pedir perdón humildemente a mi querida madame Verdurin y saber por ella la verdad.

Pero la sonrisa se le entristeció súbitamente, pues el profesor, que sabía el empeño de su mujer por agradarle y su miedo a no conseguirlo, acababa de gritar:

—Mírate en el espejo, estás colorada como si tuvieras una erupción de acné, pareces una campesina vieja.

—Verdaderamente es encantador —dijo madame Verdurin—, tiene un lado muy agradable de naturalidad burlona. Y además sacó a mi marido de las puertas de la muerte cuando toda la Facultad le había desahuciado. Pasó tres noches junto a él sin acostarse. De modo que para mí Cottard es sagrado —añadió en un tono grave y casi amenazador, levantando la mano hacia las dos esferas de mechas blancas de sus sienes musicales, y como si hubiéramos querido tocar al doctor—. Podría pedir todo lo que quisiera. Además, yo no le llamo el doctor Cottard, le llamo el doctor Dios. Y encima le calumnio diciendo esto, pues este dios repara en la medida de lo posible una parte de los males de que el otro es responsable.

—Juegue triunfo —dijo a Morel monsieur de Charlus, muy entusiasmado.

—Triunfo, a ver qué pasa —dijo el violinista.

—Tenía que haber anunciado primero su rey —continuó monsieur de Charlus—, es usted distraído, pero ¡qué bien juega!

—Tengo el rey —dijo Morel.

—Es un buen mozo —contestó el profesor.

—¿Qué es eso con esos adornos? —preguntó madame Verdurin señalando a monsieur de Cambremer un soberbio escudo esculpido encima de la chimenea—. ¿Son sus *armas*? -añadió con un gesto de desdén irónico.

—No, no son las nuestras —replicó monsieur de Cambremer—. Nosotros llevamos tres fajas almenadas y contraalmenadas de gules de cinco piezas, coronada cada una de un trébol de oro. No, esas son las de los Arrachepel, que no eran de nuestro linaje, pero de los que heredamos la casa, y nuestra familia no quiso nunca cambiarlas. Los Arrachepel (antes Pelvilain, según dicen) llevaban cinco estacas puntiagudas de oro en campo de gules. Cuando emparentaron con los Féterne, cambió su escudo,

pero siguió cantonado con veinte crucecitas potenziadas y al pie un escudete fijado en campo de oro moteado de armiño a la derecha.

—¡Toma! —dijo muy bajo madame de Cambremer.

—Mi bisabuela era una De Arrachepel o De Rachepel, como ustedes quieran, pues en las viejas ejecutorias se encuentran los dos nombres —continuó monsieur de Cambremer, que enrojeció vivamente, pues solamente entonces se le ocurrió la idea de que su mujer le había honrado y temió que madame Verdurin se aplicara palabras que no se dirigían a ella en modo alguno—. Según la historia, en el siglo XI, el primer Arrachepel, Macé, llamado Pelvilain, mostró en los asedios una habilidad especial para arrancar las columnas. De aquí viene el sobrenombre de Arrachepel con el que fue ennoblecido, y las columnas que ustedes ven persisten en sus armas a través de los siglos. Se trata de las columnas que, para hacer más inabordables las fortificaciones, se clavaban en el suelo ante ellas y luego se unían unas con otras. Eso es lo que usted llama muy bien *piquets*, y que no tenían nada que ver con los palos flotantes del bueno de La Fontaine. Pues tenían fama de hacer inexpugnable una plaza. Claro que, con la artillería moderna, es cosa de risa. Pero hay que tener en cuenta que se trata del siglo XI.

—Eso es inactual —dijo madame Verdurin—, pero el pequeño campanil tiene carácter.

—Usted —dijo Cottard— tiene una vena de... tulrututú —palabra que solía repetir para esquivar la de Moliere. ¿Saben ustedes por qué se *reformó* al rey de *Carreau*?

—Me gustaría estar en su lugar —dijo Morel, al que no le gustaba nada su servicio militar.

—¡Qué mal patriota! —exclamó monsieur de Charlus, que no podía contenerse de pellizcar la oreja al violinista.

—No, ¿no saben ustedes por qué se *reformó* al rey de *Carreau*? —repitió Cottard, que insistía en sus chistes—. Pues porque no tiene más que un ojo.

—Tiene usted un enemigo fuerte, doctor —dijo monsieur de Cambremer para demostrar a Cottard que sabía quién era.

—Este joven es extraordinario —interrumpió ingenuamente monsieur de Charlus señalando a Morel—. Juega como un dios.

La observación no agradó mucho al doctor, que replicó:

—Ya veremos. A pillo, pillo y medio.

—La reina, el as —declaró triunfalmente Morel, que estaba de suerte. El doctor bajó la cabeza como no pudiendo negar aquella suerte y confesó, fascinado:

—¡Magnífico!

—Nos ha complacido muchísimo comer con monsieur de Charlus —dijo madame de Cambremer a madame Verdurin.

—¿No le conocía usted? Es bastante agradable, muy especial, es *de una época* —contestó madame Verdurin, a la que le hubiera sido difícil decir de cuál, con una sonrisa satisfecha de *dilettante*, de juez y de ama de casa.

Madame de Cambremer me preguntó si iría yo a Féterne con Saint-Loup.

No pude contener un grito de admiración al ver la luna suspendida como un farol color naranja en la bóveda de encinas que arrancaba del palacio.

—Eso no es nada todavía; dentro de un momento, cuando la luna esté más alta y el valle iluminado, será mil veces más bello. ¡Eso no lo tienen ustedes en Féterne! —dijo en un tono desdeñoso a madame de Cambremer, la cual no sabía qué contestar, porque no quería desprestigiar su finca, sobre todo delante de los arrendatarios.

—¿Se quedarán todavía algún tiempo en la región, señora? —preguntó monsieur de Cambremer a madame Cottard, pregunta que podía interpretarse como una vaga intención de invitarla y al mismo tiempo sentirse dispensado de una invitación más precisa.

—¡Oh, desde luego!, este éxodo anual me interesa mucho por los niños. Por más que se diga, necesitan aire libre. La Facultad quería mandarme a Vichy; pero aquello es demasiado cerrado, y ya me ocuparé de mi estómago cuando esos muchachotes hayan crecido un poco. Y además, el profesor, con los exámenes, tiene siempre que hacer un gran esfuerzo, y los calores le fatigan mucho. Cuando se está todo el año en la brecha, como está él, hace falta un buen descanso. De todas maneras, nos quedaremos todavía un mes largo.

—Entonces nos volveremos a ver.

—Además yo tengo que quedarme por otra razón: mi marido tiene que darse una vuelta por Saboya y hasta dentro de quince días no estará aquí fijo.

—A mí me gusta la parte del valle más aún que la del mar —continuó madame Verdurin—. Tendrá usted un tiempo espléndido para la vuelta.

—En el caso de que se empeñe en volver esta noche a Balbec, habría que ver si están enganchados los coches —me dijo monsieur Verdurin—, pero no veo la necesidad. Le llevaría mañana en coche. Seguramente hará buen tiempo. Las carreteras son admirables.

Dije que era imposible.

—Pero de todos modos, todavía no es hora —objetó la Patrona—. Déjelos tranquilos, tienen tiempo de sobra. Sí que ganarían mucho llegando a la estación una hora antes. Están mejor aquí. Y usted, pequeño Mozart —dijo a Morel, por no atreverse a dirigirse directamente a monsieur de Charlus—, ¿no quiere quedarse? Tenemos unas hermosas habitaciones que dan al mar.

—Pero no puede —contestó monsieur de Charlus por el atento jugador, que no había oído—. Sólo tiene permiso hasta media noche. Tiene que volverse a la cama, como un niño obediente y juicioso —añadió con tono protector, amanerado, insistente, como si encontrara cierta sádica voluptuosidad en emplear esta casta comparación y, de paso, dar su opinión en lo que concernía a Morel y, ya que no podía tocarle con la mano, hacerlo con palabras que parecían palpar.

Del sermón que me había dirigido Brichot, monsieur de Cambremer sacó la conclusión de que yo era dreyfusista. Como él era de lo más antidreyfusista, se puso, por cortesía, a hacerme el elogio de un coronel judío que había sido muy justo con un primo de los Chevregny y le dio el ascenso que merecía.

—Y mi primo era de ideas absolutamente opuestas —dijo monsieur de Cambremer, eludiendo explicar qué ideas eran éstas, pero yo me di cuenta que eran tan antiguas y mal formadas como su cara, unas ideas que algunas familias de ciertas ciudades pequeñas debían de tener desde hacía mucho tiempo—. Bueno, pues le diré que encuentro eso muy bello —concluyó monsieur de Cambremer. Verdad es que no solía emplear la palabra «bello» en el sentido estético en que su madre o su mujer la hubieran empleado para calificar obras diferentes, obras de arte. Monsieur de Cambremer se servía más bien de este calificativo al felicitar, por ejemplo, a una persona delicada que había engordado un poco. «Pero ¿ha engordado usted tres kilos en dos meses? Eso es muy bello.»



Había una mesa con refrescos. Madame Verdurin invitó a los caballeros a que se acercaran ellos mismos a elegir la bebida que les gustara. Monsieur de Charlus fue a beber y volvió en seguida a sentarse junto a la mesa de juego, sin moverse ya. Madame Verdurin le preguntó:

—¿Ha probado usted mi naranjada?

Monsieur de Charlus, con una sonrisa graciosa, en un tono cristalino que rara vez tenía y con mil muecas de la boca y movimientos de la cintura, contestó:

—No, he preferido la bebida vecina, creo que era fresa, algo delicioso.

Es curioso que cierto tipo de actos secretos se traduzca exteriormente en un modo de hablar o de gesticular que los revela. Si un señor cree o no cree en la Inmaculada Concepción, o en la inocencia de Dreyfus o en la pluralidad de los mundos, y quiere callárselo, no se encontrará en su voz ni en sus andares nada que permita percibir su pensamiento. Pero oyendo a monsieur de Charlus decir, con aquella voz aguda, con aquella sonrisa, con aquellos movimientos de brazos: «No, he preferido la bebida vecina, la fresa», se podía decir: «Pues le gusta el sexo fuerte», con la misma seguridad que la que permite a un juez condenar a un criminal que no ha confesado, a un médico desahuciar a un parálítico general que acaso él mismo ignora su enfermedad, pero que, por las faltas de pronunciación que comete, se puede deducir que morirá en un plazo de tres años. Tal vez las personas que de la manera de decir: «No, prefiero su vecina, la fresa» sacan la conclusión de un amor llamado antifísico no tienen necesidad de tanta ciencia. Pero es que aquí hay una relación más directa entre el signo revelador y el secreto. Sin decírnoslo precisamente, notamos que quien nos responde es una dulce y sonriente dama, y que parece amanerada porque quiere hacerse pasar por un hombre y no estamos acostumbrados a que los hombres sean así de amanerados. Y acaso es más grato pensar que, desde hace mucho tiempo, cierto número de mujeres angelicales han sido incluidas por error en el sexo masculino y que, desterradas en él, mientras baten en vano las alas hacia los hombres a quienes inspiran una repulsión física, saben arreglar el salón, componer «interiores». A monsieur de Charlus no le preocupaba que madame Verdurin estuviera de pie, y se quedaba instalado en su butaca para estar más cerca de Morel.

—¿No le parece un crimen —dijo madame Verdurin al barón— que esta criatura, que podría fascinarnos con su violín, esté ahí en una mesa de

*écarté*? ¡Tocando el violín como lo toca él!

—Juega bien a las cartas, lo hace todo bien, es inteligente —dijo monsieur de Charlus mirando las cartas, para aconsejar a Morel. Además, no era ésta la única razón que tenía para no levantarse de su sillón ante madame Verdurin. Con la singular amalgama que había hecho de sus conceptos sociales, a la vez de gran señor y de aficionado al arte, en vez de ser correcto como lo hubiera sido un hombre de su mundo, se hacía, a la manera de Saint-Simon, una especie de cuadros vivos; y en aquel momento se entretenía en imaginarse al mariscal de Huxelles, que le interesaba también en otros aspectos y del que se dice que tenía tal concepto de sí mismo que, aparentando pereza, no se levantaba de su asiento ante lo más distinguido de la corte.

—Dígame, Charlus —dijo madame Verdurin, que comenzaba a familiarizarse con el barón—, ¿no tendría usted en su barrio algún viejo noble arruinado que pudiera servirme de portero?

—Sí, sí... —contestó monsieur de Charlus sonriendo con un aire inocente—, pero no se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Habría el peligro de que los visitantes elegantes no pasaran de la portería.

Fue la primera escaramuza entre ellos. Madame Verdurin apenas la tuvo en cuenta. Desgraciadamente, iban a tener otras en París. Monsieur de Charlus siguió sin moverse de su sitio. No podía menos de sonreír imperceptiblemente al ver hasta qué punto la sumisión de madame Verdurin, tan fácilmente conseguida, confirmaba sus máximas favoritas sobre el prestigio de la aristocracia y la cobardía de los burgueses. A la Patrona no parecía chocarle en absoluto la postura del barón, y si se alejó de él fue solamente porque le produjo cierta inquietud ver que se tomaba también bajo su protección monsieur de Cambremer. Pero antes quería poner en claro la cuestión de las relaciones de monsieur de Charlus con la condesa Molé.

—¿Va usted a su casa? —preguntó, dando a las palabras «ir a su casa» el sentido de ser recibido en ella, de haber recibido de la dueña la autorización para ir a verla. Monsieur de Charlus contestó con una inflexión de desdén, una afectación de precisión y un tono de salmodia:

—Algunas veces.

Este «algunas veces» suscitó dudas en madame Verdurin, que preguntó:

—¿Se ha encontrado allí con el duque de Guermantes?

—¡Ah!, no recuerdo.

—Pero ¿no conoce usted al duque de Guermantes? —preguntó madame Verdurin.

—¿Cómo no le voy a conocer? —repuso monsieur de Charlus, con una sonrisa que le onduló la boca. Era una sonrisa irónica; pero como el barón temía que se le viera un diente de oro, la rompió bajo un reflujo de sus labios, y la sinuosidad que de esto resultó fue una sonrisa de benevolencia.

—¿Por qué dice usted «cómo no voy a conocerle»?

—Pues porque es mi hermano —repuso negligentemente monsieur de Charlus, dejando a madame Verdurin sumida en la estupefacción y en la incertidumbre de saber si su invitado se burlaba de ella o si era un hijo natural o un hijo de otro matrimonio. No se le ocurrió la idea de que el hermano del duque de Guermantes se llamara el barón de Charlus. Se dirigió a mí:

—He oído hace un momento que monsieur de Cambremer le invitaba a comer. A mí, como usted comprenderá, me da lo mismo. Pero, por su propio interés, espero que no vaya. En primer lugar, esa casa está infestada de gente aburrida. Bueno, si a usted le gusta comer con condes y marqueses provincianos que nadie conoce, irá bien servido.

—Creo que tendré que ir una o dos veces. Por otra parte, no estoy muy libre, pues está aquí una muchacha, prima mía, a la que no puedo dejar sola —me parecía que este supuesto parentesco simplificaba las cosas para salir con Albertina—. Y como a los Cambremer se la he presentado ya...

—Haga usted lo que quiera. Pero le diré que aquello es muy malsano; cuando haya pescado una fluxión de pecho, o esos buenos catarros de las familias, la habrá hecho buena.

—Pero ¿no es muy bonito ese lugar?

—Puuuues... según se mire. Yo confieso francamente que prefiero cien veces la vista del valle desde aquí. En primer lugar, ni dándonos dinero encima hubiera tomado otra casa, porque el aire del mar es fatal para monsieur Verdurin. A poco nerviosa que sea su prima de usted... Pero además creo que nervioso lo es usted, sufre usted de asma. Bueno, pues ya

verá. Vaya una vez y no dormiré en ocho días, pero eso no es cosa nuestra. —Y sin pensar en lo que esta nueva frase iba a tener de contradictorio con las anteriores, añadió—: Si le divierte ver la casa, que no está mal, bonita es mucho decir, pero, en fin, es curiosa, con el viejo foso, el viejo puente levadizo, como tendré que darme prisa y comer una vez, venga ese día, procuraré traer a todo mi pequeño círculo, y resultará agradable. Pasado mañana iremos en coche a Harambouville. La carretera es magnífica, hay una sidra deliciosa. Venga, pues. Venga usted también, Brichot, y usted, Ski. Haremos una excursión que, además, mi marido ha debido ya de preparar. No sé muy bien a quiénes ha invitado. ¿Es usted uno de ellos, monsieur de Charlus?

El barón, que no oyó más que esta frase y no sabía que se hablaba de una excursión a Harambouville, saltó:

—Qué pregunta —murmuró en un tono sarcástico, que molestó a madame Verdurin.

—Además —me dijo ésta—, mientras llega la comida Cambremer, ¿por qué no trae usted aquí a su prima? ¿Le gusta la conversación, las personas inteligentes? ¿Es agradable? Sí, bueno, pues entonces muy bien. Venga con ella. Los Cambremer no son solos en el mundo. Comprendo que les encante invitar, porque no consiguen ver a nadie. Su prima disfrutará aquí de buen aire, con hombres inteligentes siempre. En todo caso, espero que no me dejará usted plantada el miércoles próximo. He oído hablar que tenía usted una merienda en Rivebelle con su prima, monsieur de Charlus, no sé todavía quién. Debería usted procurar traerlos todos aquí, sería bonito un pequeño desembarco en masa. Las comunicaciones son facilísimas, los caminos preciosos; si hace falta, mandaré a buscarle. La verdad es que no sé qué le atrae en Rivebelle, está infestado de rascacielos. Quizá cree usted en la fama del bizcocho. Mi cocinero lo hace mucho mejor. Ya les daré yo el bizcocho normando, el verdadero. Pero si tiene mucho apego a la porquería que sirven en Rivebelle, eso sí que no, yo no asesino a mis invitados, y, aunque quisiera, mi cocinero no se avendría a hacer esa cosa innombrable y cambiaría de casa. Esos bizcochos de allá no se sabe con qué están hechos. Conocí a una pobre muchacha a la que le dio una peritonitis que se la llevó en tres días. No tenía más que diecisiete años. Es triste para su pobre madre —añadió madame Verdurin con un gesto melancólico bajo las esferas de sus sienes llenas de experiencia y de dolor—. Pero en fin, vaya a comer a Rivebelle si le gusta que le desuellen

y tirar el dinero por la ventana. Lo único que le ruego es una misión de confianza: a las seis tráigame aquí a toda su gente, no deje que vuelvan a su casa cada uno por su lado, en desbandada. Puede traer a quien quiera. Y esto no se lo digo a todo el mundo. Pero estoy segura de que sus amigos son simpáticos, he visto en seguida que nos entendemos. Precisamente el miércoles vendrán personas muy agradables, aparte el pequeño núcleo. ¿No conoce usted a la pequeña madame de Longpont? Es encantadora y muy inteligente, nada *snob*, ya verá cómo le gusta. También ella traerá a toda una pandilla de amigos —añadió madame Verdurin para demostrarme que era buena gente y animarme con el ejemplo—. Veremos quién tiene más influencia y quién trae más gente, si De Barbe, De Longpont o usted. Y creo que deben traer también a Bergotte —añadió con un gesto vago, porque esta presencia de una celebridad resultaba bastante improbable, según una nota publicada aquella mañana en los periódicos, en la que se decía que la salud del gran escritor inspiraba grandes inquietudes—. En fin, ya verá usted que será uno de mis mejores miércoles, no quiero tener mujeres fastidiosas. Y no vaya usted a juzgar por esta noche, que ha sido un fracaso. No lo niegue, no ha podido aburrirse más que yo, y para mí ha sido abrumador. Pero no crea que va a ser siempre como hoy. Y no hablo de los Cambremer, que son imposibles, pero he conocido personas del gran mundo que tenían fama de agradables y que, al lado de mi pequeño núcleo, no eran nada. Le he oído decir que Swann le parece inteligente. En primer lugar, a mí me parece muy exagerado, aun sin hablar del carácter del hombre, que siempre me pareció muy antipático, sinuoso, y ha venido muchas veces a comer en mis miércoles. Pero pregunte usted a los otros, incluso al lado de Brichtot, que está muy lejos de ser un águila, que es un buen profesor de segunda al que yo hice entrar en el Instituto a pesar de eso, Swann no era nada. ¡Era de un gris! —Y como yo emitiera una opinión contraria—: Es así. No quiero decirle nada contra él, puesto que era amigo suyo; además, le quería mucho, me ha hablado de usted de una manera deliciosa, pero pregunte a los que están aquí si dijo alguna vez algo interesante en nuestras comidas. Y esto es la piedra de toque. Bueno, pues no sé por qué será, pero, en mi casa, Swann no daba nada de sí. Y para eso, lo poco que valía lo adquirió aquí. —Aseguré que era muy inteligente—. No, usted lo cree porque le conoce menos que yo. En el fondo se le recorría en seguida. Yo no le podía soportar. —Traducción: iba a casa de los La Trémoille y de los Guermantes y sabía que yo no iba—. Y

yo lo soporto todo menos el aburrimiento. ¡Ah, eso sí que no! —El horror al aburrimiento era ahora para madame Verdurin la razón encargada de explicar la composición del pequeño medio. No recibía todavía duquesas porque era incapaz de aburrirse, como de los viajes por mar a causa del mareo. Yo pensaba que lo que madame Verdurin decía no era absolutamente falso, y, mientras que los Guermantes hubiesen declarado a Brichot el hombre más tonto que conocieran jamás, yo seguía inseguro de si no era en el fondo superior, si no al mismo Swann, por lo menos a las personas del tipo mental de los Guermantes y que hubieran tenido el buen gusto de evitar, el pudor de sonrojarse de sus pedantescas facecias; me lo preguntaba como si la naturaleza de la inteligencia pudiera dilucidarla en cierto modo la respuesta que yo le diera y con la seriedad de un cristiano influido por Port-Royal que se plantea el problema de la Gracia—. Ya verá usted —continuó madame Verdurin— cuando se reúnen gentes del gran mundo con personas verdaderamente inteligentes, personas de nuestro medio, ahí hay que verlos, el hombre del gran mundo más inteligente en el reino de los ciegos no es aquí más que un tuerto. Además, congela a los otros, que ya no se sienten en confianza. Hasta tal punto es así que yo me pregunto si, en vez de probar esas fusiones que lo estropean todo, no debería reunir series solamente para los aburridos, y así disfrutaría bien de mi pequeño núcleo. Bueno, concluyamos: vendrá usted con su prima. Es cosa decidida. Por lo menos aquí tendrán los dos qué comer. En Féterne, hambre y sed. ¡Ah!, a propósito, si le gustan las ratas, vaya en seguida, quedará bien servido. Y le tendrán todo el tiempo que quiera. Se morirá de hambre. Yo, cuando vaya, comeré antes de salir. Y para que fuera más divertido debía usted venir a buscarme. Merendaríamos fuerte y cenaríamos al volver. ¿Le gusta la tarta de manzanas? Bueno, pues nuestro cocinero la hace como nadie. Ya ve que tenía yo razón al decir que usted estaba hecho para vivir aquí. Véngase, pues, a vivir. Le diré que en mi casa hay mucho más sitio de lo que parece. No lo digo para no animar a los pelmas. Podría usted traer a vivir a su prima. Aquí tendría un aire mucho mejor que en Balbec. Yo tengo la pretensión de haber curado a incurables con el aire de aquí. De veras que los he curado, y no es de ahora. Pues hace tiempo que viví cerca de aquí, en un sitio que descubrí, que alquilé por un mendrugo de pan y que tenía mucho más carácter que la Raspelière. Ya se lo enseñaré si vamos de excursión. Pero reconozco que, incluso aquí, el aire es verdaderamente vivificante. Y no quiero hablar demasiado de esto,

no vayan los parisienses a aficionarse demasiado a mi pequeño rincón. Siempre he tenido esa suerte. En fin, dígaselo a su prima. Les daremos dos bonitas habitaciones que dan al valle, ya verá, ya verá el sol en la bruma por las mañanas. ¿Y quién es ese Roberto de Saint-Loup de que hablaba usted? —preguntó con cierto aire de inquietud, porque había oído que iba a ir a verle a Doncieres y temía que me hiciera quedarme—. Podría usted más bien traérsele, si no es aburrido. Le he oído a Morel hablar de él; creo que es uno de sus grandes amigos —dijo madame Verdurin, mintiendo completamente, pues Saint-Loup y Morel no conocían siquiera la existencia el uno del otro. Pero como madame Verdurin había oído que Saint-Loup conocía a monsieur de Charlus, pensaba que era por el violinista y quería aparentar que estaba enterada—. ¿Se dedica por casualidad a la medicina o a la literatura? Ya sabe, si necesita recomendación para exámenes, Cottard lo puede todo, y yo hago de él lo que quiero. En cuanto a la Academia, para más adelante, pues supongo que todavía no tiene la edad, dispongo de varios votos. Su amigo estaría aquí en país conocido y quizá le gustara ver la casa. Doncieres es bien poco divertido. En fin, haga usted lo que quiera, lo que más le convenga —concluyó sin insistir, porque no pareciera que buscaba conocer gente «de la nobleza» y porque pretendía que al régimen en que hacía vivir a los fieles, la tiranía, se le llamara libertad.

—¿Qué te pasa? —preguntó a monsieur Verdurin, quien, haciendo gestos de impaciencia, se dirigía a la terraza de tablas que, desde un lado del salón, avanzaba sobre el valle, como hombre que se ahoga de rabia y necesita tomar el aire—. ¿Otra vez te ha irritado Saniette? Pero, si sabes que es idiota, obra en consecuencia y no te pongas de esa manera... No me gusta eso —me dijo—, porque es malo para él, le congestiona. Pero también debo decir que hace falta una paciencia de ángel para soportar a Saniette, y sobre todo recordar que es una caridad recibirle. Por mi parte, confieso que el esplendor de su estupidez más bien me regocija. Supongo que oyó usted su chiste después de comer: «No sé jugar al whist, pero sé tocar el piano». ¡Es precioso! Es grande como el mundo, y además es mentira, pues no sabe ni lo uno ni lo otro. Pero mi marido, bajo sus apariencias tan rudas, es muy sensible, muy bueno, y esa especie de egoísmo de Saniette, siempre preocupado por el efecto que va a hacer, le pone fuera de sí... Vamos, hijito, cálmate, ya sabes que Cottard te ha dicho que eso es malo para el hígado. Y luego lo voy a pagar yo —dijo madame

Verdurin—. Mañana vendrá Saniette con su pequeña crisis de nervios y de lágrimas. ¡Pobre hombre, está muy malo! Pero, después de todo, esto no es una razón para matar a los demás. Y hasta en los momentos en que sufre demasiado, en que uno quisiera compadecerle, su estupidez corta en seco la compasión. Es demasiado tonto. No tienes más que decirle muy amablemente que esas escenas nos enferman a los dos, que no vuelva; como es lo que más teme, eso ejercerá un efecto calmante sobre sus nervios —dijo madame Verdurin a su marido.

Por las ventanas de la derecha apenas se distinguía el mar. Pero desde las del otro lado se dominaba el valle, nevado ahora por la luz de la luna. De vez en cuando se oía la voz de Morel y la de Cottard:

—¿Tiene usted triunfo?

—Yes.

—Tiene usted gracia —dijo monsieur de Cambremer a Morel en respuesta a su pregunta, pues había visto que el juego del doctor estaba lleno de triunfos.

—La dama de *carreau* —dijo el doctor—. Esto es triunfo, ¿sabe? Corto, tomo.

—Pero ya no hay Sorbonne —dijo el doctor a monsieur de Cambremer—; ya no hay más que la Universidad de París.

Monsieur de Cambremer confesó que no sabía por qué le hacía el doctor esta observación.

—Yo creía que hablaba usted de la Sorbonne —repuso el doctor—. Había entendido que decía *tu nous la sors bonne* -añadió guiñando el ojo para indicar que era un chiste—. Espere —dijo señalando a su adversario—, le estoy preparando un golpe de Trafalgar.

Y el golpe debía de ser excelente para el doctor, pues en su alegría se puso a reír y a mover voluptuosamente los hombros, lo que, en la familia, en el «género» Cottard, era una señal casi zoológica de satisfacción. En la generación anterior acompañaba a este movimiento el de frotarse las manos como jabonándose. El propio Cottard había usado al principio simultáneamente la doble mímica, pero un buen día, sin que se supiera a qué intervención, conyugal o quizá magistral, se debía, desapareció el frotamiento de las manos. El doctor, hasta en el dominó, cuando obligaba a su adversario a cargar con el seis doble, lo que era para él el mayor de los placeres, se limitaba al movimiento de hombros. Y cuando —con la menor frecuencia posible— iba a su tierra natal por unos días, al volver a



ver a su primo hermano, que, por su parte, seguía frotándose las manos, decía al regreso a madame Cottard: «He encontrado muy vulgar al pobre René».

—¿Tiene usted de e...so? —dijo volviéndose hacia Morel—. ¿No? Entonces juego este viejo David.

—Entonces tiene usted cinco, ha ganado.

—Sí *Signor*.

—Bonita victoria, doctor —dijo el marqués.

—Una victoria pírrica —dijo Cottard dirigiéndose al marqués y mirando por encima de los anteojos para observar el efecto de sus palabras—. Si nos queda tiempo —dijo a Morel—, le doy el desquite. Salgo yo... ¡Ah, no!, ya están ahí los coches, lo dejaremos para el viernes y le enseñaré una jugada que no está en una mochila.

Monsieur y madame Verdurin nos acompañaron al exterior. La patrona estuvo muy cariñosa con Saniette para estar segura de que volvería al día siguiente.

—Pero me parece que no lleva usted bastante abrigo, hijito —me dijo monsieur Verdurin, cuya avanzada edad autorizaba esta apelación paternal—. Parece que ha cambiado el tiempo.

Estas palabras me llenaron de alegría, como si la vida profunda, el surgir de combinaciones diferentes que implicaban en la naturaleza, debiera anunciar otros cambios que hubieran de producirse en mi vida y crear en ella nuevas posibilidades. Nada más que al abrir la puerta que daba al parque, antes de ponernos en marcha, se notaba que, desde hacía un momento, ocupaba la escena otro «tiempo»; una brisa fresca, una voluptuosidad estival, se elevaban en la pineda (allí donde madame de Cambremer soñaba con Chopin) y casi imperceptiblemente, en meandros acariciadores, en remolinos caprichosos, comenzaban sus ligeros nocturnos. Rehusé la manta que, las noches siguientes, había de aceptar, cuando estuviera allí Albertina, más por el secreto del placer que contra el peligro del frío. Se buscó en vano al filósofo noruego. ¿Le habría dado el cólico? ¿Habría tenido miedo de perder el tren? ¿Habría venido a buscarle un aeroplano? ¿Habría subido al cielo en una ascensión? El caso es que había desaparecido sin que nadie se diera cuenta, como un dios.

—Hace usted mal —me dijo monsieur de Cambremer—, hace un frío de pato.

—¿Por qué de pato? —preguntó el doctor.

—Cuidado con el asma —insistió el marqués—. Mi hermana no sale nunca de noche. Además, en este momento está bastante mal hipotecada. En todo caso, no se quede con la cabeza descubierta, póngase en seguida el sombrero.

—No se trata de asma *a frigore* —dijo sentenciosamente Cottard.

—¡Ah!, entonces —dijo monsieur de Cambremer, inclinándose—, si es esa su opinión...

—¡Aviso al lector! —dijo el doctor colando la mirada bajo los anteojos para sonreír.

Monsieur de Cambremer se rió, pero, convencido de que tenía razón, insistió:

—Sin embargo —dijo—, mi hermana, cada vez que sale, sufre una crisis.

—Es inútil discutir —replicó el doctor, sin darse cuenta de su descortesía—. Además yo no hago medicina a la orilla del mar, a no ser que me llamen en consulta. Aquí estoy de vacaciones.

Y quizá lo estaba más aún de lo que quisiera. Monsieur de Cambremer le había dicho, al subir con él al coche:

—Tenemos la suerte de tener también cerca de nosotros (no en su parte de la bahía, sino en la otra, pero aquí está todo tan cerca) otra celebridad médica, el doctor Du Boulbon.

Y Cottard, que generalmente, por *deontología*, se abstenía de criticar a sus colegas, no pudo menos de exclamar, como lo hiciera ante mí el día funesto en que fuimos al pequeño casino:

—Pero ése no es un médico. Hace medicina literaria, terapéutica de fantasía, charlatanismo. Por lo demás, estamos en buenas relaciones. Si no tuviera que marcharme, tomaría el barco para ir a verle una vez.

Mas por el aire que tomó Cottard para hablar de Du Boulbon a monsieur de Cambremer me di cuenta de que el barco con el que le hubiera gustado ir a verle se parecería mucho a aquella nave que, para ir a arruinar las aguas descubiertas por otro médico literario, Virgilio (que también les quitaba toda su clientela), fletaron los doctores de Salerno, pero que, en la travesía, se fue a pique con ellos.

—Adiós, Saniette, amiguito, no deje de venir mañana, ya sabe que mi marido le quiere mucho. Le gusta su inteligencia, su ingenio; ya sabe usted que es así, que tiene maneras bruscas, pero no puede pasar sin verle. Es lo

primero que me pregunta siempre: «¿Viene Saniette? ¡Me gusta tanto verle!»

—Yo no he dicho nunca eso —dijo monsieur Verdurin a Saniette con una franqueza simulada que parecía conciliar perfectamente lo que decía la Patrona con su manera de tratar a Saniette. Después, mirando al reloj, seguramente para no prolongar las despedidas en la humedad de la noche, recomendó a los cocheros que no se retrasaran, pero que fueran prudentes en la bajada, y aseguró que llegaríamos antes del tren. Este tren dejaría a los fieles en distintas estaciones, acabando por mí, pues ninguno pasaba de Balbec, y empezando por los Cambremer, los cuales, para que sus caballos no tuvieran que subir de noche hasta la Raspelière, tomaron el tren con los otros en Douville-Féterne. En realidad, la estación más próxima a su casa no era ésta, que, ya un poco distante del pueblo, lo está más aún del palacio, sino La Sogne. Al llegar a la estación de Douville-Féterne, monsieur de Cambremer quiso dar «la moneda», como decía Francisca, al cochero de los Verdurin (precisamente el cochero simpático y sensible, de ideas melancólicas), pues monsieur de Cambremer era generoso, y en esto más bien «de la parte de mamá». Pero, bien porque interviniera aquí «la parte de papá», al dar sentía el escrúpulo de cometer un error, bien porque él, que veía mal, diera, por ejemplo, un *sou* por un franco, bien porque el destinatario no se diera cuenta de la importancia de lo que le daban. Por eso subrayó esta importancia:

—Es un franco lo que le doy, ¿verdad? —dijo al cochero haciendo resplandecer la moneda a la luz y para que los fieles pudieran contárselo a madame Verdurin—. ¿Verdad que son veinte *sous*? Como es un trayecto corto...

Él y madame de Cambremer nos dejaron en La Sogne.

—Ya le diré a mi hermana —me dijo— que sufre usted de asma, estoy seguro que le va a interesar.

Yo entendí que la iba a alegrar. En cuanto a su mujer, al despedirse de mí, empleó dos de esas abreviaciones que me chocaban entonces, incluso escritas en una carta, aunque después nos hemos habituado a ellas, pero que, habladas, me parecen, aún hoy, que, en su descuido deliberado, en su familiaridad aprendida, tienen algo de insoportablemente pedante.

—Contenta de haber pasado la noche con usted —me dijo—; recuerdos a Saint-Loup, si le ve.

En esta frase madame de Cambremer pronunció Saint-Loupe. Nunca supe quién lo había pronunciado así delante de ella, o qué la había hecho creer que se debía pronunciar así. El caso es que, durante varias semanas, pronunció Saint-Loupe, y que un hombre que la admiraba mucho y estaba enteramente indentificado con ella hizo lo mismo. Si otras personas decían Saint-Loup, ellos insistían, decían con fuerza Saint-Loupe, bien por dar indirectamente una lección a los demás, bien por distinguirse de ellos. Pero seguramente, algunas mujeres más brillantes que madame de Cambremer debieron de decirle o de hacerle comprender indirectamente que no se pronunciaba así, y que lo que ella consideraba una originalidad era un error que la haría pasar por poco enterada de las cosas del gran mundo, pues al poco tiempo madame de Cambremer volvió a decir Saint-Loup, y su admirador cesó también en la resistencia, bien porque le llamaran a capítulo, bien porque observara que madame de Cambremer no pronunciaba ya la letra final, y se dijera que para que una mujer de tanta valía, de tanta energía y de tanta ambición hubiera cedido, tenía que ser por muy justificadas razones. El peor de sus admiradores era su marido. A madame de Cambremer le gustaba burlarse de los demás y a veces resultaba muy impertinente. Cuando atacaba así a mí o a otro cualquiera, monsieur de Cambremer miraba a la víctima riendo. Como el marqués era bizco —lo que da una intención de ingenio a la alegría, incluso de los más imbéciles—, el efecto de la risa trasladaba un poco de pupila a lo blanco del ojo, que, sin esto, era completo, de la misma manera que una escampada pone un poco de azul en un cielo enguatado de nubes. Por otra parte, el monóculo protegía esta delicada operación, como un cristal protege un cuadro valioso. En cuanto a la intención misma de la risa, no se sabe bien si era amable: «¡Ah, pillito, ya puede decir que es usted digno de envidia! Goza de los favores de una mujer muy inteligente»; o si era atravesada: «Bueno, señor mío, espero que vuelva en sí, se las traga todas»; o servicial: «Cuente conmigo, aquí estoy yo, tomo la cosa a risa porque es pura broma, pero no permitiré que le tomen el pelo»; o cruelmente cómplice: «No quiero ahondar en la herida, pero me hacen muchísima gracia todas las humillaciones que mi mujer le prodiga. Me tumbo de risa, luego yo, el marido, apruebo. Y si le diera a usted por rebelarse, encontraría con quién tratar, amiguito. Para empezar, le soltaría un par de bofetadas, y buenas, después iríamos a cruzar las espadas en el bosque de Chantepie.»

Como quiera que se interpretara el regocijo del marido, aquellos asaltos de la mujer duraban poco, y monsieur de Cambremer dejaba de reír, desaparecía la pupila momentánea y, como se había perdido durante unos minutos la costumbre de ver todo el ojo en blanco, había en aquel colorado normando algo a la vez exangüe y extático, como si el marqués acabara de salir de una operación o, bajo su monóculo, implorara del cielo las palmas del martirio.

## Capítulo tercero

Las tristezas de monsieur de Charlus. — Su duelo ficticio. — Las estaciones del «Transatlántico». — Cansado de Albertina, quiero romper con ella.

Me estaba cayendo de sueño. No el ascensorista, sino el botones bizco me subió en el ascensor hasta mi piso; entabló conversación para contarme que su hermana seguía con aquel señor tan rico, y que una vez se le ocurrió volverse a su casa en lugar de portarse como es debido y su señor fue a buscar a la madre del botones bizco y de los otros chicos más afortunados, y la madre obligó inmediatamente a la insensata a volver a casa de su amigo.

—Sabrá usted, señor, que mi hermana es una gran dama. Toca el piano, habla español. Y usted no lo creerá, porque es la hermana del simple empleado que le sube en el ascensor, pero no se priva de nada; la señora tiene su doncella para ella sola, y no me extrañaría que llegara a tener su coche para ella sola también. Es muy guapa, si usted la viera, un poco orgullosa, pero, caramba, se comprende. Es muy lista. No se va nunca de un hotel sin hacer sus necesidades en un armario o en una cómoda, para dejar un recuerdito a la camarera que tendrá que limpiar. A veces hasta lo hace en un coche de punto, y después de pagar la carrera se esconde en un rincón para reírse viendo renegar al cochero, que tiene que lavar el coche. También mi padre tuvo suerte de encontrarle a mi hermano el pequeño ese príncipe indio que conoció hace tiempo. Claro que es del otro lado. Pero la colocación es de primera. Si no fuera por los viajes, sería de sueño. El único que se ha quedado aquí en la calle soy yo. Pero quién sabe. Mi familia está de suerte, y a lo mejor seré presidente de la república. Pero le tengo aquí de palique —yo no había dicho ni una palabra y empezaba a dormirme oyendo las suyas—. Buenas noches, señor. ¡Ah!, y muchas gracias, señor. Si todo el mundo tuviera tan buen corazón como usted, no habría desgraciados. Pero como dice mi hermana, tendrá que haberlos siempre para que, ahora que yo soy rica, pueda jorobarlos un poco. Perdone la expresión. Buenas noches, señor.

Acaso aceptamos cada noche el riesgo de vivir, dormidos, ciertos sufrimientos que consideramos nulos y no ocurridos porque los sentiremos durante un sueño que creemos sin consciencia.

Las noches en que volvía tarde de la Raspelière tenía mucho sueño. Pero desde que llegaron los fríos ya no podía dormirme en seguida, porque el fuego alumbraba como una lámpara. Sólo que no era más que una llamarada, y —también como una lámpara, como la luz en el ocaso— su resplandor demasiado vivo no tardaba en bajar, y yo entraba en el sueño, que es como un segundo apartamento al que, dejando el nuestro, nos fuéramos a dormir. Tiene sonidos propios, y a veces nos despierta violentamente un timbre que nuestros oídos oyen perfectamente, cuando nadie ha llamado. Tiene sus criados, sus visitantes particulares que vienen a buscarnos para salir, de suerte que nos encontramos dispuestos a levantarnos cuando no tenemos más remedio que comprobar, por nuestra casi inmediata transmigración al otro apartamento, el de la víspera, que la habitación está vacía, que no ha venido nadie. La raza que la habita, como la de los primeros humanos, es andrógina. Al cabo de un instante aparece un hombre bajo el aspecto de una mujer. Las cosas tienen allí la facultad de transformarse en hombres, los hombres en amigos y en enemigos. Durante estos sueños, el tiempo que transcurre para el durmiente es absolutamente distinto del tiempo en que transcurre la vida del hombre despierto. Unas veces es mucho más rápido, otras un cuarto de hora parece un día; en ocasiones mucho más largo, nos parece que hemos dormido sólo un ligero sueño, cuando la verdad es que hemos dormido todo el día. Entonces, en el carro de sueño, descendemos a unas profundidades en las que ya no puede alcanzarle el recuerdo y, antes de llegar a ellas, el espíritu se ve obligado a retroceder.

El atalaje del sueño, como el del sol, camina a un paso tan igual, en una atmósfera donde no puede detenerle ninguna resistencia, que se requiere un pequeño guijarro aerolítico ajeno a nosotros (¿disparado del cielo por qué Desconocido?) para llegar al sueño regular (que, sin esto, no tendría ninguna razón para interrumpirse y duraría con un movimiento parejo por los siglos de los siglos) y hacerle, con una curva brusca, volver a la realidad, saltar las etapas, atravesar las regiones vecinas de la vida — donde el durmiente no tardará en oír los rumores de ésta, casi vagos aún, pero ya perceptibles, aunque deformados— y aterrizar bruscamente en el despertar. Entonces, de esos sueños profundos nos despertamos en una

aurora, sin saber quiénes somos, sin ser nadie, nuevos, dispuestos a todo, vaciado el cerebro del pasado que hasta allí fue la vida. Y acaso es todavía más bello cuando el aterrizaje del despertar se produce vitalmente y nuestros pensamientos del sueño, escamoteados por una capa de olvido, no tienen tiempo de reaparecer progresivamente antes de que el sueño cese. Y de la negra tormenta que nos parece haber atravesado (pero ni siquiera decimos *nos*) salimos flotantes, sin pensamientos: un «nos» que carecería de contenido. ¿Qué martillazo ha recibido el ser o la cosa que está allí, para que ignore todo, estupefacta hasta que acude la memoria a devolverle la consciencia o la personalidad? Y además, para estos dos tipos de despertar, es preciso no dormirse, ni siquiera profundamente, bajo la ley del hábito. Pues todo lo que el hábito aprisiona en sus redes, lo vigila; hay que escapar de él, coger el sueño en el momento en que creíamos hacer cosa muy distinta que dormir, coger, en una palabra, un sueño que no permanezca bajo la tutela de la previsión, con la compañía, ni aun escondida, de la reflexión.

Al menos en estos sueños que acabo de describir, y que eran casi siempre mis sueños cuando había comido la víspera en la Raspelière, todo ocurría como si fuera así, y de ello puedo dar testimonio, yo, el extraño ser humano que, esperando que la muerte le libere, vive con los postigos cerrados, no sabe nada del mundo, permanece inmóvil como un búho y, como un búho, sólo en las tinieblas ve un poco claro. Todo ocurre como si así fuera, pero acaso sólo una capa de estopa ha impedido al durmiente oír el diálogo interior de los recuerdos y el incesante parloteo del sueño. Pues (y esto, por lo demás, se puede explicar tan bien en el primer sistema, más dilatado, más misterioso, más astral) en el momento en que el sueño se produce, el durmiente oye una voz interior que le dice: «¿Irá usted a esa comida esta noche, querido amigo? Qué agradable sería», y piensa: «Sí, qué agradable será; iré»; después, al acentuarse el despertar, recuerda de pronto: «A mi abuela no le quedan más que unas semanas de vida, asegura el doctor». Llama, llora ante la idea de que quien va a venir a contestarle no será, como antaño, su abuela, su abuela moribunda, sino un criado indiferente. Por lo demás, cuando el sueño le llevaba tan lejos fuera del mundo habitado por el recuerdo y el pensamiento, a través de un éter donde estaba solo, más que solo, sin tener siquiera ese compañero en el que uno se ve a sí mismo, estaba fuera del tiempo y de sus medidas. Ya entra el criado, y no se atreve a preguntarle la hora, pues ignora si ha



dormido, cuántas horas ha dormido (se pregunta si no será cuántos días, hasta tal punto vuelve con el cuerpo roto y el espíritu descansado, el corazón nostálgico, como de un viaje demasiado lejano para no haber durado mucho tiempo).

Claro que no podemos pretender que no hay más que un tiempo, por la fútil razón de que, mirando el reloj, hemos comprobado que lo que nos parecía un día entero no fue más que un cuarto de hora. Pero en el momento en que lo comprobamos somos precisamente un hombre despierto, lanzado al tiempo de los hombres despiertos, desertor del otro tiempo. Tal vez incluso más que de otro tiempo: de otra vida. Los placeres que se gozan en el sueño no se ponen en la cuenta de los placeres sentidos en el transcurso de la existencia. Sin aludir sino al más vulgarmente sensual de todos, ¿quién de nosotros, al despertar, no ha sentido cierta desilusión por haber experimentado, dormido, un placer que, una vez despierto, no podemos renovar indefinidamente aquel día si no queremos fatigarnos demasiado? Es como un bien perdido. Hemos sentido placer en otra vida que no es la nuestra. Sufrimientos y goces del sueño (que generalmente se desvanecen en seguida al despertar), si los hacemos figurar en un presupuesto, no es en el de la vida corriente.

He dicho dos tiempos; acaso no hay más que uno, no porque el del hombre despierto valga para el durmiente, sino quizá porque la otra vida, aquella en que dormimos, no está —en su parte profunda— sometida a la categoría del tiempo. Yo me lo figuraba cuando, los días siguientes a las comidas en la Raspelière, me dormía tan completamente.

He aquí por qué. Al despertar, comenzaba a desesperarme al ver que, después de llamar diez veces, el criado no venía. A la undécima entraba. No era más que la primera, las otras diez eran sólo esbozos, en mi sueño que duraba aún, del campanillazo que quería dar. Mis manos, dormidas, ni siquiera se habían movido. Y aquellas mañanas (y esto es lo que me mueve a decir que el sueño ignora acaso la ley del tiempo) mi esfuerzo por despertarme consistía sobre todo en un esfuerzo por hacer entrar en los marcos del tiempo el bloque oscuro, no definido, del sueño que acababa de vivir. Esto no es tarea fácil; el sueño, que no sabe si hemos dormido dos horas o dos días, no puede ofrecernos ningún punto de referencia. Y si no lo encontramos fuera no logramos volver a entrar en el tiempo y nos dormimos durante cinco minutos, que nos parecen tres horas.

Siempre he dicho —y experimentado— que el sueño es el más poderoso de los hipnóticos. Después de dormir profundamente dos horas, de batirse con tantos gigantes, de anudar para siempre tantas amistades, es mucho más difícil despertarse que cuando se han tomado varios gramos de veronal. Por eso, de razonamiento en razonamiento, me quedé sorprendido al enterarme por el filósofo noruego, que lo sabía por monsieur Boutroux, «su eminente colega» —perdón, «su cofrade»—, de lo que monsieur Bergson pensaba de las especiales alteraciones de la memoria debidas a los hipnóticos. «Desde luego —diría monsieur Bergson a monsieur Boutroux—, de creer al filósofo noruego, los hipnóticos tomados de vez en cuando, en dosis moderadas, no influyen en esa sólida memoria de nuestra vida de todos los días, tan bien instalada en nosotros. Pero hay otras memorias, más altas, también más inestables. Un colega mío da un curso de historia antigua. Me ha dicho que si ha tomado la víspera un sello para dormir, le cuesta trabajo encontrar en su clase las citas griegas que necesita. El doctor que le recomendó estos sellos le aseguró que no influían en la memoria. “Será porque usted no tiene que citar a los griegos”, le contestó el historiador, no sin cierto orgullo burlón.»

No sé si esta conversación entre monsieur Bergson y monsieur Boutroux es exacta. Es posible que el filósofo noruego, aunque tan profundo y tan claro, tan apasionadamente atento, entendiera mal. Personalmente, mi experiencia me ha dado resultados opuestos.

Los momentos de olvido que, al día siguiente, siguen a la ingestión de algunos narcóticos tienen una semejanza sólo parcial, pero turbadora, con el olvido que reina en el transcurso de una noche de sueño natural y profundo. Ahora bien, lo que yo olvido en uno y en otro caso no es un verso de Baudelaire, que más bien me fatiga, «como un tímpano», no es un concepto de uno de los filósofos citados, es la realidad misma de las cosas vulgares que me rodean —si estoy dormido— y que, al no percibir las, me hacen enloquecer; es —si estoy despierto y salgo de un sueño artificial— no el sistema de Porfirio o de Plotino, sobre los que puedo discutir tan bien como otro día, sino la respuesta que he prometido dar a una invitación, cuyo recuerdo ha sido sustituido por un puro blanco. La idea elevada ha permanecido en su lugar; lo que el hipnótico ha eliminado es la facultad de actuar en las cosas pequeñas, en todo lo que requiere actividad para recobrar justo a tiempo, para empuñar este o aquel recuerdo de la vida cotidiana. Pese a todo lo que se pueda decir de la supervivencia

después de la destrucción del cerebro, observo que a cada alteración del cerebro corresponde un fragmento de muerte. Todos tenemos nuestros recuerdos, ya que no la facultad de recordarlos, ha dicho después de monsieur Bergson el gran filósofo noruego, cuyo lenguaje no he intentado imitar por no alargar más aún. «Ya que no la facultad de recordarlos.» Pero ¿qué es un recuerdo que no se recuerda? O vayamos más lejos. No recordamos nuestros recuerdos de los treinta últimos años; pero nos bañan por completo; ¿por qué, entonces, detenerse en treinta años, por qué no prolongar hasta más allá del nacimiento esa vida anterior? Desde el momento en que no conozco toda una parte de los recuerdos que están detrás de mí, desde el momento en que me son invisibles, en que no tengo la facultad de llamarlos a mí, ¿quién me dice que, en esa *masa* desconocida de mí, no hay algunos que se remontan mucho más allá de mi vida humana? Si puedo tener en mí o en torno mío tantos recuerdos que no recuerdo, este olvido (al menos olvido de hecho, puesto que no tengo la facultad de ver nada) puede recaer en una vida que he vivido en el cuerpo de otro hombre, incluso en otro planeta. Un mismo olvido lo borra todo. Pero entonces ¿qué significa esa inmortalidad del alma cuya realidad afirmaba el filósofo noruego? El ser que yo seré después de la muerte no tiene más razones para acordarse del hombre que yo soy desde mi nacimiento que éste para acordarse de lo que fui antes de él.

Entraba el criado. No le decía que había llamado varias veces, pues me daba cuenta de que, hasta entonces, no había tenido sino el sueño de que llamaba.

Sin embargo, me asustaba pensar que este sueño tuvo la nitidez del conocimiento. ¿Tendría el conocimiento, recíprocamente, la irrealidad del sueño?

En cambio, le preguntaba quién había llamado tanto aquella noche. Me contestaba que nadie, y podía asegurarlo, pues lo hubiera marcado el cuadro de los timbres.

Sin embargo, yo oía los timbrazos repetidos, casi furiosos, que vibraban todavía en mi oído y seguirían perceptibles para mí durante varios días. Pero es raro que el sueño ponga así en la vida despierta unos recuerdos que no mueren con él. Se pueden contar estos aerolitos. Si es una idea que el sueño ha forjado, se disocia en seguida en fragmentos incoercibles, inencontrables. Mas, aquí, el sueño había fabricado sonidos. Más materiales y más simples, duraban más.

Me sorprendía la hora relativamente temprana que me decía el criado. No por eso estaba menos descansado. Son los sueños ligeros los que duran mucho, porque, intermedios entre la vigilia y el sueño, conservando de la primera una noción un poco difusa pero permanente, requieren mucho más tiempo para hacernos descansar que un sueño profundo, el cual puede ser corto. Me sentía muy a gusto por otra razón. Así como para sentir penosamente la fatiga basta recordar que estamos fatigados, decirnos: «Estoy descansando» basta para crear el reposo. Ahora bien, yo había soñado que monsieur de Charlus tenía ciento diez años y acababa de dar un par de bofetadas a su propia madre, madame Verdurin, porque ésta había pagado cincuenta millones por un ramillete de violetas; luego estaba seguro de haber dormido profundamente, de haber soñado lo contrario de mis nociones de la víspera y de todas las posibilidades de la vida corriente; esto bastaba para sentirme completamente descansado.



Habría sorprendido mucho a mi madre, que no podía comprender la asiduidad de monsieur de Charlus en casa de los Verdurin, si le hubiera contado (precisamente el día en que había encargado el sombrerito de Albertina, sin decirle nada y para darle la sorpresa) con quién había ido monsieur de Charlus a comer en un salón del Gran Hotel de Balbec. El invitado no era otro que el lacayo de una prima de los Cambremer. Este lacayo iba vestido con gran elegancia y, cuando atravesó el hall con el barón, «hizo el hombre de mundo» ante los turistas, como diría Saint-Loup. Ni siquiera los jóvenes botones, los «levitas» que en aquel momento bajaban en multitud las gradas del templo, porque era la hora del relevo, hicieron caso de los dos clientes que llegaban, uno de los cuales, monsieur de Charlus, hacía alarde de demostrar, bajando los ojos, que les concedía muy poco. Era como si se abriera paso en medio de ellos. «*Prospérez, cher espoir d'une nation sainte*», dijo recordando unos versos de Racine, citados en un sentido muy diferente. «¿Qué desea?», preguntó el lacayo, poco al corriente de los clásicos. Monsieur de Charlus no le contestó, pues ponía cierto orgullo en no hacer caso de las preguntas y en avanzar como si no hubiera otros clientes del hotel y no existiera en el mundo más que

él, barón de Charlus. Pero, después de continuar los versos de Josabeth: «*Venez, venez, mes filies*», se cansó y no añadió, como ella: «*il faut les appeler*», pues aquellos niños no habían llegado todavía a la edad en que el sexo está ya enteramente formado y que gustaba a monsieur de Charlus.

Por otra parte, si había escrito al lacayo de madame de Chevregny, porque no dudaba de su docilidad, le había esperado más viril. Al verle, le encontraba más afeminado de lo que quisiera. Le dijo que había creído que se las iba a entender con otro, pues conocía de vista a otro lacayo de madame de Chevregny, al que, en efecto, había visto en su coche. Era una especie de campesino muy rústico, el extremo opuesto de éste, el cual, creyendo que, al contrario, sus modales amanerados eran otras tantas superioridades y que lo que había sucedido a monsieur de Charlus eran precisamente tales cualidades de hombre de mundo, ni siquiera comprendió a quién se refería el barón.

—Pero yo no tengo más compañero que uno en el que usted no puede haber reparado, es horrible, como un campesino grandote.

Y la idea de que pudiera ser aquel rústico el que el barón había visto le picó el amor propio. El barón lo adivinó y, ampliando su investigación:

—Pero yo no he hecho un voto especial de no conocer más que a la gente de madame de Chevregny —dijo—. ¿Acaso aquí o en París, puesto que te vas a marchar pronto, no podrías presentarme muchos compañeros tuyos de una o de otra casa?

—¡Ah, no! —replicó el lacayo—, yo no trato a nadie de mi clase. No hablo con ellos más que para el servicio. Pero hay una persona de mucho postín que le podría presentar.

—¿Quién? —preguntó el barón.

—El príncipe de Guermantes.

A monsieur de Charlus no le hizo gracia que le ofrecieran un hombre de aquella edad, y para el que, además, no necesitaba la recomendación de un lacayo. Declinó, pues, secamente el ofrecimiento y, sin desanimarse por las pretensiones mundanas del lacayo, volvió a explicarle lo que quería, el género, el tipo, o sea un jockey, etcétera. Temiendo que le hubiera oído el notario, que pasaba en aquel momento, le pareció hábil aparentar que estaba hablando de otra cosa distinta de lo que se hubiera podido creer, y dijo con insistencia y saliéndose del tema, pero como si continuara la conversación:

—Sí, a pesar de mi edad conservo la afición a los bibelots, hago locuras por un bronce viejo, por una lámpara antigua. Adoro la Belleza.

Mas, para que el lacayo comprendiera un cambio de tema tan rápido, monsieur de Charlus acentuaba tanto cada palabra, y además, para que le oyera el notario, las decía en voz tan alta, que, para oídos más avisados que los del funcionario ministerial, todo aquel juego de teatro hubiera bastado para descubrir lo que escondía. El notario no sospechó nada, ni ningún otro cliente del hotel, todos los cuales vieron un elegante extranjero en el criado tan compuesto. En cambio, si los hombres del gran mundo se equivocaron y le tomaron por un americano muy elegante, los criados le adivinaron apenas apareció ante ellos, lo mismo que un forzado reconoce a un forzado, incluso más rápidamente, oliéndole a distancia como ciertos animales huelen a otro animal. Los jefes de fila levantaron el ojo. Amado le echó una mirada de sospecha. El repostero se encogió de hombros y dijo detrás de su mano, creyéndolo una cortesía, una frase mordaz que todo el mundo oyó.

Y hasta nuestra vieja Francisca, que ya veía mal y pasaba en aquel momento al pie de la escalera para ir a comer, levantó la cabeza, reconoció a un criado donde los invitados del hotel no esperaban verlo —como la vieja nodriza Euriclea reconocía a Ulises mucho antes que los pretendientes sentados en el festín— y, al ver a monsieur de Charlus andar familiarmente con él, puso una cara desolada, como si las malevolencias que había oído decir y no había creído adquiriesen de pronto para ella una dolorosa verosimilitud. Nunca me habló ni habló a nadie de este incidente, pero debió de hacer en su cerebro una labor considerable, pues más adelante, cada vez que en París tuvo ocasión de ver a «Julien», al que tanto había querido, le trató siempre con cortesía, pero una cortesía con frialdad y con una fuerte dosis de reserva. En cambio, aquel mismo incidente indujo a otro individuo a hacerme una confidencia; este otro fue Amado. Cuando me crucé con monsieur de Charlus, que no creía encontrarme allí, me dijo, levantando la mano: «Buenas noches», en voz alta y con la indiferencia, al menos aparente, de un gran señor que se lo cree todo permitido y que considera más hábil aparentar que no se oculta. Amado, que, en aquel momento, le observaba con una mirada desconfiada y que me vio saludar al compañero que para él era seguramente un criado, me preguntó aquella misma noche quién era.

Pues desde hacía algún tiempo, a Amado le gustaba charlar o más bien, como él decía, sin duda para destacar el carácter, para él filosófico, de aquellas charlas, «discutir» conmigo. Y como yo le dijera a menudo que no me gustaba que él estuviera de pie junto a mí mientras yo comía en vez de sentarse y compartir mi comida, proclamaba que no había conocido nunca un cliente «con un razonamiento tan justo». En aquel momento estaba hablando con dos camareros que, no sé por qué, me habían saludado; sus rostros me eran desconocidos, aunque en su conversación resonaba un rumor que no me parecía nuevo. Amado les reprochaba a los dos sus noviazgos, que no le gustaban. Me tomó por testigo, pero yo dije que no podía tener opinión porque no los conocía. Me dijeron sus nombres y me recordaron que me habían servido muchas veces en Rivebelle. Pero uno de ellos se había dejado el bigote, mientras que el otro se lo había quitado y se había pelado al cero; en consecuencia, aunque llevaban sobre los hombros las mismas cabezas de antes (y no otras, como en las malas restauraciones de Notre-Dame), eran para mí tan invisibles como esos objetos que escapan a las más minuciosas búsquedas, aunque están sobre una chimenea delante de los ojos de todos. En cuanto oí sus nombres, reconocí exactamente la música incierta de sus voces, porque volví a ver sus antiguos rostros, que la determinaban.

—Quieren casarse y ni siquiera saben inglés —me dijo Amado, sin pensar que yo estaba poco enterado de la profesión hotelera y no entendía bien que, si no se saben las lenguas extranjeras, no se puede aspirar a un buen empleo.

Creyendo yo que Amado sabría fácilmente que el nuevo comensal era monsieur de Charlus, me figuraba que debía de recordarlo, porque le había servido en el comedor cuando, durante mi primera estancia en Balbec, fue a ver a madame de Villeparisis, y le dije su nombre. Pero Amado no sólo no recordaba al barón de Charlus sino que su nombre pareció producirle una profunda impresión. Me dijo que al día siguiente buscaría en sus papeles una carta que quizá yo podría explicarle. Esto me extrañó mucho, porque el primer año que estuve en Balbec, cuando monsieur de Charlus quiso darme un libro de Bergotte, preguntó especialmente por Amado, al que debió de ver después en aquel restaurante de París donde yo almorcé con Saint-Loup y con su querida y a donde monsieur de Charlus fue a espiarnos. Verdad es que Amado no pudo cumplir en persona aquellas misiones, una vez porque estaba en la cama y la segunda sirviendo. Sin

embargo, yo tenía grandes dudas sobre su sinceridad cuando dijo que no conocía a monsieur de Charlus. Por una parte, debía de haber sido grato al barón. Como todos los jefes de piso del hotel de Balbec, como varios criados del príncipe de Guermantes, Amado pertenecía a una raza más antigua que la del príncipe, luego más noble. Cuando se pedía un salón, al principio se creía que se estaba solo. Pero en seguida se divisaba en la antecocina un jefe de comedor escultural, de ese tipo estrusco pelirrojo del que Amado era un prototipo, un poco envejecido por los excesos de champagne y viendo venir la hora necesaria del agua de Contréxéville. No todos los clientes les pedían solamente que les sirvieran. Los empleados, que eran jóvenes, escrupulosos y que tenían prisa porque les esperaba fuera una amante, se escabullían. Entonces Amado les reprochaba que no eran serios. Tenía derecho a hacerlo. Él sí lo era. Tenía mujer e hijos, y ambición por ellos. Por eso, las insinuaciones que le hacía una extranjera o un extranjero no las rechazaba, aunque tuviera que quedarse toda la noche. Pues el trabajo es lo primero. Hasta tal punto era el tipo que podía agradar a monsieur de Charlus, que sospeché que mentía cuando me dijo que no le conocía. Me equivocaba. Cuando el *groom* dijo al barón que Amado —que le echó una reprimenda al día siguiente— estaba en la cama (o había salido), y la otra vez que estaba sirviendo, era rigurosamente cierto. Pero la imaginación va más allá de la realidad. Y la turbación del *groom* suscitó probablemente en monsieur de Charlus, en cuanto a la sinceridad de sus disculpas, unas dudas que hirieron en él unos sentimientos que Amado no sospechaba. Recuérdese también que Saint-Loup impidió a Amado ir al coche donde monsieur de Charlus —que se había procurado no sé como la nueva dirección del *maître d'hôtel*- experimentó una nueva decepción. Amado, que no había reparado en él, se quedó tan sorprendido como es de suponer cuando, la misma noche del día en que yo almorcé con Saint-Loup y su amante, recibió una carta sellada con las armas de Guermantes, de la que citaré aquí algunos pasajes como ejemplo de locura parcial en un hombre inteligente que se dirige a un imbécil sensato. «Señor mío, a pesar de mis intentos que asombrarían a muchas personas que aspiran inútilmente a que yo las reciba y las salude, no he logrado conseguir que usted escuche las breves explicaciones que no me pedía, pero que yo creía mi deber ofrecerle, por mi dignidad y por la suya. Voy, pues, a escribirle aquí lo que hubiera sido más fácil decirle de viva voz. No le ocultaré que, la primera vez que le vi en Balbec, su cara me resultó francamente



antipática.» Seguían unas reflexiones sobre el parecido —no observado hasta el segundo día— con un amigo difunto al que monsieur de Charlus había querido mucho. «Entonces se me ocurrió por un momento la idea de que, sin perjuicio ninguno para su profesión, podía usted, jugando conmigo las partidas de cartas con las que su alegría sabría disipar mi tristeza, venir a darme la ilusión de que aquel amigo no había muerto. Cualesquiera que sean las suposiciones más o menos necias que usted habrá hecho probablemente y más al alcance de un sirviente (que ni siquiera merece ese nombre puesto que no ha querido servir) que la comprensión de un sentimiento tan elevado, probablemente ha creído usted darse importancia ignorando quién y lo que era yo, contestando a mi emisario, cuando envié a pedirle un libro, que ya se había acostado; ahora bien, es un error creer que un mal proceder acentúe jamás la gracia, una gracia de la que, por lo demás, carece usted por completo. No habría yo pasado de allí si, por casualidad, no le hubiera podido hablar la mañana siguiente. Su parecido con mi pobre amigo se acentuó de tal modo, borrando hasta la forma insoportable de ese mentón prominente que usted tiene, que comprendí que era el difunto quien, en aquel momento, le prestaba su expresión tan bondadosa para que pudiera ganarme de nuevo e impedirle perder la ocasión única que se le presentaba. En efecto, aunque yo no quiera mezclar con todo esto brutales cuestiones de interés, porque además ya nada de esto tiene objeto y no tendré ocasión de volver a verle en esta vida, me hubiera sido sumamente grato obedecer al ruego del difunto (pues creo en la comunión de los santos y en su veleidad de intervención en el destino de los vivos) actuando con usted como con él, que tenía su coche, sus criados, siendo muy natural que yo le consagrara la mayor parte de mis rentas, puesto que le quería como a un hijo. Usted ha decidido otra cosa. Cuando mandé a pedirle un libro contestó que tenía que salir. Y esta mañana, cuando mandé a pedirle que viniera a mi coche, usted me negó, si así puedo decirlo sin sacrilegio, por tercera vez. Me disculpará usted que no incluya en este sobre las importantes propinas que pensaba darle en Balbec y a las cuales me sería muy penoso limitarme tratándose de alguien con quien, un día, creí que iba a compartirlo todo. En último caso, podría evitarme hacer con usted, en su restaurante, una cuarta tentativa inútil y a la cual no llegará mi paciencia. (Y aquí, monsieur de Charlus ponía su dirección, las horas en que le encontraría, etc.) Adiós, señor mío. Como creo que, pareciéndose tanto al amigo que he perdido, no

puede ser usted completamente estúpido, pues de otro modo la fisiognomía sería una ciencia falsa, estoy convencido de que algún día, si vuelve a pensar en este incidente, no dejará de sentir algún pesar y algún remordimiento. Por mi parte, créame que, sinceramente, no conservo de él ninguna amargura. Habría preferido que nos separáramos con un recuerdo menos malo que este tercer intento inútil. Pronto será olvidado. Somos como esos navíos que usted debe de haber visto alguna vez desde Balbec, que se cruzan un momento; quizás les hubiera convenido más, a uno y a otro, parar; pero uno de ellos ha juzgado de otro modo; en seguida dejarán de verse en el horizonte, se borrará el encuentro; pero antes de esta separación definitiva, cada uno de ellos saluda al otro, y eso es lo que hace, señor mío, deseándole buena suerte, el Barón de Charlus.»

Amado ni siquiera leyó hasta el final esta carta, de la que no entendía nada y sospechaba que fuera una burla. Cuando le expliqué quién era el barón, pareció quedarse un poco perplejo y sentir el pesar que monsieur de Charlus le había predicho. Y hasta no juraría yo que no hubiera escrito entonces para disculparse a un hombre que regalaba carruajes a sus amigos. Pero, mientras tanto, monsieur de Charlus había conocido a Morel. A lo sumo, como las relaciones con éste eran quizá platónicas, monsieur de Charlus buscaba a veces, para una noche, una compañía como aquella con la que yo acababa de verle en el hall. Pero ya no podía apartar de Morel el violento sentimiento que, libre unos años antes, no había deseado más que fijarse en Amado y había dictado la carta que el jefe de hotel me mostrara y que a mí me avergonzaba por monsieur de Charlus. Por el amor antisocial que era el de monsieur de Charlus, esta carta era un ejemplo más patente de la insensible y poderosa fuerza que tienen esas corrientes de la pasión, por las que el enamorado, como un nadador, pierde pronto de vista la tierra. Como un nadador arrastrado, sin darse cuenta, por las olas. Claro es que también el amor de un hombre normal, cuando el enamorado, con la invención sucesiva de sus deseos, de sus añoranzas, de sus decepciones, de sus proyectos, llega a construir toda una novela sobre una mujer a la que no conoce, puede medir una abertura bastante notable de las dos ramas del compás. De todas maneras, esta abertura aumentó singularmente por el carácter de una pasión que, por lo general, no es compasiva, y por la diferencia de las posiciones de monsieur de Charlus y de Amado.

Yo salía todos los días con Albertina. Había decidido volver a pintar y comenzó por trabajar en la iglesia de Saint-Jean-de-la-Haise, a la que ya no va nadie y es muy poco conocida, difícil de llegar a ella, imposible de descubrir sin guía, muy distante en su aislamiento, a más de media hora de la estación de Epreville, muy pasadas las últimas casas del pueblo de Quetteholme. En cuanto al nombre de Epreville, no encontraba de acuerdo el libro del cura y los datos de Brichot. Según uno, Epreville era la antigua *Sprevilla*; para el otro, la etimología era *Aprivilla*. La primera vez tomamos un trenecito en la dirección opuesta a Féterne, es decir hacia Grattevast. Pero estábamos en la canícula y ya era terrible salir en seguida después del almuerzo. Yo hubiera preferido no salir tan pronto; el aire luminoso y ardiente suscitaba ideas de indolencia y de frescor. Llenaba nuestras habitaciones, la de mi madre y la mía, según su exposición, de temperaturas desiguales, como habitaciones de balneoterapia. El cuarto de tocador de mamá, festoneado de sol, de una blancura deslumbrante y mora, parecía hundido en el fondo de un pozo, por las cuatro paredes enyesadas a las que daba, mientras que arriba, en el cuadrado vacío, el cielo, por el que se deslizaban las nubes unas sobre otras en oleadas suaves y superpuestas, semejava, por el deseo que la reclamaba, una piscina de agua azul reservada para las abluciones (situada en una terraza o vista al revés en un espejo colgado en la ventana). A pesar de esta ardiente temperatura, fuimos a tomar el tren de la una. Pero Albertina tuvo mucho calor en el vagón, más aún en el largo trayecto a pie, y yo temía que cogiera frío permaneciendo luego inmóvil en aquella hondonada húmeda a la que no llegaba el sol. Por otra parte, y desde nuestras primeras visitas a Elstir, como me había dado cuenta de que apreciaba no solamente el lujo, sino hasta cierto confort del que la privaba su falta de dinero, me entendí con una casa de alquiler de coches de Balbec para que todos los días mandara uno a buscarnos. Para tener menos calor, íbamos por el bosque de Chantepie. La invisibilidad de los numerosos pájaros, medio marinos algunos de ellos, que se respondían junto a nosotros en los árboles daba esa impresión de reposo que se siente con los ojos cerrados. Al lado de Albertina, encadenado por sus brazos al fondo del coche, escuchaba yo a aquellos oceánidas. Y cuando por casualidad divisaba a uno de tales músicos pasando de una hoja a otra, había tan poca relación aparente entre él y sus cantos que no creía ver la causa de éstos en el pequeño cuerpo saltarín, asombrado y sin mirada. El coche no podía llevarnos hasta la

iglesia. Yo mandaba pararlo al salir de Quetteholme y me despedía de Albertina. Pues me había asustado diciéndome de aquella iglesia como de otros monumentos, como de algunos cuadros:

—¡Qué bonito sería ver eso contigo!

No me sentía capaz de darle aquel gusto. Yo no lo experimentaba ante las cosas bellas si no estaba solo; o fingía estarlo y me callaba. Pero como ella creía que podía gustar, gracias a mí, sensaciones de arte que no se comunican así, me parecía más prudente decirle que la dejaba, que volvería a buscarla al anochecer, pero que tenía que volver con el coche a hacer una visita a madame Verdurin o a los Cambremer, o a pasar una hora con mamá en Balbec, nunca más lejos. Al menos así fue al principio, pues, como Albertina me dijera un día por capricho: «Es un fastidio que la naturaleza haya hecho tan mal las cosas y que haya puesto Saint-Jean-de-la-Haise a un lado y la Raspelière a otro, que estemos todo el día presos en el lugar que hemos escogido», en cuanto recibí el sombrerito y el velo, encargué, para desgracia mía, un automóvil a Saint-Fargeau (*Sanctus Ferreolus* según el libro del cura). Albertina, a la que no había dicho nada y que vino a buscarme, se quedó sorprendida al oír delante del hotel el ruido de un motor, entusiasmada cuando supo que aquel auto era para nosotros. La hice subir un momento a mi cuarto. Saltaba de alegría.

—¿Vamos a hacer una visita a los Verdurin?

—Sí, pero será mejor que no vayas vestida así, puesto que vas a tener auto. Mira, estarás mejor con eso.

Y saqué el sombrerito y el velo, que tenía escondidos.

—¿Es para mí? ¡Oh, qué bueno eres! —exclamó saltándome al cuello. Amado, que nos encontró en la escalera, orgulloso de la elegancia de Albertina y de nuestro medio de transporte, pues estos vehículos eran bastante raros en Balbec, se dio la satisfacción de bajar detrás de nosotros. Albertina, deseosa de que la vieran con su nueva *toilette*, me pidió que mandara levantar la capota, que luego la bajaríamos para estar juntos con más libertad.

—Vamos —dijo Amado al mecánico, al que por lo demás no conocía y que no se había movido—, ¿no oyes que te dicen que levantes la capota?

Pues Amado, despabilado por la vida de hotel, en la que, además, había conquistado una categoría eminente, no era tan tímido como el cochero de *fiacre* para quien Francisca era una «señora»; aunque no hubiera mediado presentación previa, tuteaba a los plebeyos a los que no

había visto nunca, sin que estuviera muy claro si era desdén aristocrático o fraternidad popular.

—No estoy libre —contestó el chófer, que no me conocía—. Me han alquilado para mademoiselle Simonet. No puedo llevar al señor.

Amado se moría de risa.

—Pero anda, gordinflón —le dijo al mecánico, que se convenció en seguida—, si es precisamente mademoiselle Simonet quien te manda levantar la capota, y el señor es precisamente tu patrón.

Y como Amado, aunque personalmente no tuviera simpatía por Albertina, estaba orgulloso por mí de la *toilette* que llevaba, le dijo por lo bajo al chófer:

—¡Ya quisieras llevar todos los días a princesas como ésta!

Esta primera vez no pude ir solo a la Raspelière, como lo hice otros días mientras Albertina pintaba: quiso ella ir conmigo. Pensaba que podríamos parar en algún lugar del camino, pero creía imposible comenzar yendo a Saint-Jean-de-la-Haise, es decir, en otra dirección, dando un paseo que parecía destinado a otro día. El mecánico le explicó que era muy fácil ir a Saint-Jean, y esto en veinte minutos, y que, si queríamos, podríamos quedarnos allí varias horas, o seguir mucho más lejos, pues de Quetteholme a la Raspelière no tardaría más de treinta y cinco minutos. Así lo comprendimos en cuanto arrancó el coche y, de un golpe, avanzó como veinte pasos de un excelente caballo. Las distancias no son más que la relación entre espacio y tiempo y varían con ella. Expresamos la dificultad de trasladarnos a un lugar en un sistema de leguas, de kilómetros, que resultaba falso tan pronto como esta dificultad disminuye. Eso modifica también el arte, porque un pueblo vecino que parecía en un mundo distinto de otro pueblo, pasa a ser su vecino en un paisaje cuyas dimensiones han cambiado. En todo caso, aprender que tal vez existe un universo donde dos y dos son cinco y donde la línea recta no es el camino más corto entre dos puntos no habría asombrado tanto a Albertina como el oír al mecánico decirle que era fácil ir en una misma tarde a Saint-Jean y a la Raspelière. Douville y Quetteholme, Saint-Mars-le-Vieux y Saint-Mars-le-Vétu, Gourville y Balbec-le-Vieux, Tourville y Féterne, prisioneros tan herméticamente encerrados hasta entonces en la celda de días distintos como en otro tiempo Méséglise y Guermantes, y en los que no se podían posar los mismos ojos en una sola tarde, liberados ahora por el gigante de las botas de siete leguas, vinieron a juntar en torno a la hora de nuestra

merienda sus campanarios y sus torres, sus viejos jardines que el bosque vecino se apresuraba a descubrir.

Al llegar a la carretera de la Corniche, el auto subió de un tirón, con un ruido continuo como el de afilar un cuchillo, mientras se extendía bajo nosotros el mar en marea baja. Acudieron las antiguas y rústicas casas de Montsurvent trayendo apretados contra ellas su viña o su rosal; corrieron en todos los sentidos para evitarnos los pinos de la Raspelière, más agitados que cuando se levantaba el viento del anochecer, y salió a abrirnos a la escalinata un criado nuevo que yo no había visto nunca, mientras el hijo del jardinero, revelando disposiciones precoces, devoraba con los ojos el sitio del motor. Como no era lunes, no sabíamos si íbamos a encontrar a madame Verdurin, pues, excepto ese día, en el que recibía, era imprudente ir a verla de improviso. Seguramente se quedaba en casa «en principio», pero esta expresión, que madame Swann empleaba cuando también ella estaba procurando hacerse su pequeño clan y atraer a los clientes no moviéndose de casa (aunque muchas veces le costara no hacer sus compras), y que ella traducía equivocadamente por «por principio», significaba sólo «por regla general», es decir, con numerosas excepciones. Pues a madame Verdurin no sólo le gustaba salir, sino que llevaba muy lejos los deberes de anfitriona, y cuando había tenido gente a almorzar, inmediatamente después del café, los licores y los cigarrillos (y a pesar de la primera pereza del calor y de la digestión cuando se preferiría mirar, a través del follaje de la terraza el barco de Jersey surcando el mar de esmalte), el programa comprendía una serie de excursiones en las que los invitados, metidos a la fuerza en coche, eran conducidos a su pesar hacia uno u otro de los puntos de vista que abundaban en torno a Douville. Por lo demás, esta segunda parte de la fiesta, una vez realizado el esfuerzo de levantarse y de subir al coche, no era la menos agradable para los invitados, ya dispuestos por los manjares succulentos, los vinos finos o la sidra espumosa, a dejarse fácilmente embriagar por la pureza de la brisa y la magnificencia de los paisajes. Madame Verdurin llevaba a ellos a los extranjeros un poco como si fueran dependencias (más o menos lejanas) de su propiedad, y como si no fuera posible no ir a verlos desde el momento en que se iba a almorzar a su casa, y, recíprocamente, no hubieran podido conocerlos de no haber sido recibidos en casa de la Patrona. Esta pretensión de abrogarse un derecho exclusivo a los paseos como a la música de Morel y antes a la de Dechambre, y de obligar a los

paisajes a formar parte del pequeño clan, no era, por lo demás, tan absurda como parece a primera vista. Madame Verdurin se burlaba no sólo de la falta de gusto que, según ella, mostraban los Cambremer en la decoración de la Raspelière y en el arreglo del parque, sino también de su falta de iniciativa en las excursiones que hacían o que hacían hacer a los alrededores. Así como, según ella, la Raspelière sólo comenzaba a ser lo que hubiera debido ser desde que era el asilo del pequeño clan, así afirmaba que los Cambremer recorriendo perpetuamente en su calesa, a lo largo del ferrocarril, a la orilla del mar, la única mala carretera que había en los alrededores, vivían desde siempre en el país, pero no lo conocían. Algo había de cierto en esto. Fuera rutina, fuera falta de imaginación o de curiosidad por una región que parece muy conocida por tan cercana, el caso es que los Cambremer no salían de su casa más que para ir siempre a los mismos lugares y por los mismos caminos. Se reían de la pretensión que tenían los Verdurin de enseñarles su propia tierra. Pero, puestos al pie del paredón, ellos y su cochero, hubieran sido incapaces de llevarnos a los espléndidos lugares, un poco secretos, a que nos llevaba monsieur Verdurin, levantando aquí la barrera de una finca privada, pero abandonada, donde otros no hubieran creído que podrían aventurarse; bajando allí del coche para seguir un camino por el que éste no podía rodar; pero todo con la recompensa segura de un paisaje maravilloso. Por lo demás, hay que decir que el parque de la Raspelière era en cierto modo una síntesis de todos los paseos que pudieran hacerse a muchos kilómetros a la redonda. En primer lugar por su posición dominante, mirando por un lado al valle y por otro al mar, y después porque, aun en un solo lado, el del mar por ejemplo, se habían hecho calas entre los árboles y desde ellos se abarcaban diversos horizontes. En cada uno de estos puntos de vista había un banco; los paseantes se sentaban sucesivamente en aquel desde el cual se descubría Balbec, o Parville, o Douville. Aun en una sola dirección, habían situado un banco más o menos a pico sobre el acantilado, o más o menos retirado. Desde cada uno de ellos, se dominaba un primer plano de verdor y un horizonte que parecía ya el más vasto posible, pero que se extendía infinitamente si, continuando por una pequeña vereda, se llegaba a otro banco desde el que se abarcaba todo el circo del mar. Desde aquellas alturas se percibía exactamente el rumor de las olas, que en cambio no llegaba a las partes más hondas del parque, donde todavía se podía ver el mar, pero no oírlo. A estos lugares de descanso de la

Raspelière les daban los dueños de la casa el nombre de «vistas». Y en realidad reunían en torno al palacio las «vistas» más hermosas de las comarcas vecinas, playas o bosques, que, por lo lejanos, se veían muy pequeños, como Hadrien había reunido en su villa reducciones de los monumentos más célebres de las diversas regiones. El nombre que seguía a la palabra «vista» no era forzosamente el de un lugar de la costa, sino muchas veces de la ribera opuesta de la bahía, y que se divisaba con un cierto relieve a pesar de la gran extensión del panorama. De la misma manera que se cogía un libro de la biblioteca de monsieur Verdurin para ir a leer una hora a la «vista de Balbec», asimismo, si el tiempo era bueno, se iba a tomar licores a la «vista de Rivebelle», pero con la condición de que no hiciera demasiado viento, porque, a pesar de los árboles que formaban barrera en cada lado, el aire era fuerte. Volviendo a los paseos en coche que madame Verdurin organizaba para las tardes, si la Patrona, al volver, encontraba tarjeta de algún mundano «de paso en la costa», se fingía encantada, pero en realidad sentía muchísimo haber perdido su visita, y (aunque el visitante no hubiera ido más que por ver «la casa» o conocer por un día a una mujer cuyo salón artístico era famoso, pero al que no se podía ir en París) hacía que monsieur Verdurin le invitara en seguida a cenar para el próximo miércoles. Como solía ocurrir que el turista tuviera que marcharse antes, o temía los retornos tardíos, madame Verdurin decidió que el lunes la encontrarían siempre a la hora de la merienda. Estas meriendas no eran muy numerosas, y yo las había conocido en París más brillantes en casa de la princesa de Guermantes, de madame de Galliffet o de madame d'Arpajon. Pero precisamente la Raspelière no era París y el encanto del lugar no estaba para mí únicamente en el atractivo de la reunión, sino en la calidad de los visitantes. El encuentro de un mundano, que en París no me causaba ningún placer, pero que en la Raspelière, a donde iba desde lejos por Féterne o por el bosque de Chantepie, cambiaba de carácter, de importancia, resultaba un incidente agradable. A veces era alguien que yo conocía perfectamente y no hubiera dado un paso por verle en casa de los Swann. Pero en aquel acantilado su nombre sonaba de otro modo, como el de un actor al que oímos a menudo en un teatro y le vemos luego imprimido en otro color en el cartel de una representación extraordinaria y de gala, donde su notoriedad se multiplica de pronto por lo imprevisto del contexto. Como en el campo no se anda con protocolos, el mundano se solía permitir llevar a los amigos en cuya



casa vivía, explicando en voz baja como disculpa a madame Verdurin que, como vivía en su casa, no podía dejarlos; en cambio, a estos anfitriones fingía ofrecerles como una especie de fineza esta especie de diversión en una vida monótona de playa, ir a un centro intelectual, visitar una magnífica mansión y participar de una excelente merienda. Esto formaba en seguida una reunión de varias personas de categoría media; y así como un pedacito de jardín con unos árboles, que en el campo parecería mezquino, adquiere un encanto extraordinario en la Avenue Gabriel o en la Rué de Monceau, donde sólo los multimillonarios pueden permitírselo, a la inversa, unos señores que son de segundo plano en una reunión parisiense adquirirían todo su valor en la Raspelière el lunes por la tarde. Apenas sentados en torno a la mesa cubierta con un mantel bordado de rojo y bajo los parteluces en camafeo, les servían tartas, hojaldres normandos, barquitas llenas de cerezas como perlas de coral, «diplomáticos», y en seguida estos invitados, con la cercanía de la profunda copa de azul a la que se abrían las ventanas y que forzosamente se tenía que ver al mismo tiempo que a ellos, experimentaban una alteración, una profunda transmutación que los transformaba en algo más precioso. Más aún, incluso antes de verlos, cuando iban un lunes a casa de madame Verdurin, las personas que, en París, no tenían sino unas miradas cansadas por el hábito para los elegantes atalajes estacionados ante un hotel suntuoso, sentían que les palpitaba el corazón ante dos o tres malos carruajes parados ante la Raspelière, bajo los grandes pinos. Era, sin duda, que el cuadro agreste era distinto y que, por esta transposición, las impresiones mundanas cobraban novedad. Era también porque el mal vehículo tomado para ir a ver a madame Verdurin evocaba un hermoso paseo y un costoso precio ajustado con un cochero que había pedido «un tanto» por el día. Pero la curiosidad ligeramente emocionada ante los que llegaban, todavía imposible de distinguir, se debía también a que cada cual se preguntaba. «¿Quién será?», pregunta difícil de contestar, porque no se sabía quién había podido ir a pasar ocho días a casa de los Cambremer o a otra parte, y que siempre se hace en las vidas agrestes, solitarias, donde el encuentro de un ser humano al que no se ha visto desde hace mucho tiempo, o la presentación a alguien que no se conoce, deja de ser esa cosa aburrida que es la vida de París e interrumpe deliciosamente ese espacio vacío de las vidas demasiado holgadas en el que hasta la hora del correo resulta agradable. Y el día en que fuimos en automóvil a la Raspelière,

como no era lunes, monsieur y madame Verdurin debían de estar sintiendo esa necesidad de ver gente que perturba a los hombres y a las mujeres y da ganas de tirarse por la ventana a un enfermo encerrado lejos de los suyos para una cura de aislamiento. Pues el nuevo criado de pies más rápidos, y ya familiarizado con estas expresiones, nos contestó que «si la señora no había salido debía de estar en la “vista de Douville”, que iba a ver», y volvió en seguida a decirnos que nos iba a recibir. La encontramos un poco despeinada, pues venía del parque, del gallinero y de la huerta, donde había ido a dar de comer a sus pavos reales y a sus gallinas, a buscar huevos, a coger fruta y flores para «su camino de mesa», camino que recordaba en pequeño el del parque, pero en la mesa, a la que daba esa distinción de no hacerle soportar más que cosas útiles y buenas de comer; pues, en torno a aquellos otros presentes del parque que eran las peras, los huevos batidos a punto de nieve, subían altos tallos de viperinas, de claveles, de rosas y de coreopsis, entre los que, como entre unos postes indicadores y floridos, se veían pasar, por los cristales de la ventana, los barcos de la costa. Por la sorpresa que mostraron monsieur y madame Verdurin, interrumpiendo la tarea de disponer las flores para recibir a los visitantes anunciados, al ver que tales visitantes no eran otros que Albertina y yo, me di cuenta de que el nuevo criado, lleno de buena voluntad, pero a quien mi nombre no era familiar todavía, lo había repetido mal y de que madame Verdurin, al oír el nombre de unos huéspedes desconocidos, había dicho de todos modos que los hicieran pasar, porque tenía necesidad de ver a quienquiera que fuere. Y el nuevo criado, desde la puerta, contemplaba el espectáculo para enterarse del papel que representábamos nosotros en la casa. Después se alejó corriendo, a grandes zancadas, pues sólo estaba en la casa desde la víspera. Albertina, después de lucir bien su sombrerito y su velo ante los Verdurin, me echó una mirada para recordarme que no teníamos mucho tiempo para lo que pensábamos hacer. Madame Verdurin quería que esperásemos a la merienda, pero rehusamos, cuando de pronto salió a luz un proyecto que hubiera reducido a la nada todos los placeres que yo me prometía de mi paseo con Albertina: la Patrona, que no se decidía a dejarnos, o quizá a dejar escapar una distracción nueva, quería volver con nosotros. Acostumbrada desde hacía mucho tiempo a que sus ofertas de este tipo no fuesen gratas, y probablemente nada segura de que aquélla nos lo fuera a nosotros, disimuló bajo un exceso de seguridad la timidez que sentía al

dirigírnosla, y como quien ni siquiera supone que pudiera haber duda sobre nuestra respuesta, no nos preguntó, sino que dijo a su marido, refiriéndose a Albertina y a mí y como si nos hiciera un favor:

—Los llevaré yo.

Al mismo tiempo se colocó en la boca una sonrisa que no era suya, una sonrisa que yo había visto a algunas personas cuando decían a Bergotte, con aire sagaz: «He comprado su libro, es así», una de esas sonrisas colectivas, universales, que, cuando las necesitan —como quien utiliza el ferrocarril y vehículos de mudanza—, alquilan los individuos, excepto algunos muy refinados, como Swann o como monsieur de Charlus, en cuyos labios no he visto jamás esa sonrisa. Desde aquel momento se me estropeó la visita. Hice como que no había entendido. Al cabo de un instante resultó evidente que monsieur Verdurin sería de la partida.

—Pero va a ser muy largo para monsieur Verdurin —dije.

—No —replicó madame Verdurin con expresión condescendiente y jovial—, dice que le gustará mucho hacer con esta juventud ese camino que tanto siguió él en otro tiempo; si es necesario subirá al lado del *wattman*, eso no le asusta, y volveremos los dos muy formalitos en el tren, como buenos esposos. Miren, miren qué entusiasmado está.

Parecía hablar de un gran pintor viejo y bonachón que, más joven que los jóvenes, se divierte dibujando monigotes para hacer reír a sus nietos. Lo que aumentaba mi contrariedad es que Albertina no parecía compartirla, sino, por el contrario, encontrar divertido circular así por toda la comarca con los Verdurin. Pero el placer que yo me había prometido gozar con Albertina era tan imperioso, que no estaba dispuesto a permitir que me lo estropeará la Patrona; inventé mentiras que las irritantes amenazas de madame Verdurin hacían disculpables, pero que, desgraciadamente, contradecía Albertina.

—Es que tenemos que hacer una visita —dije.

—¿Qué visita? —preguntó Albertina.

—Ya te explicaré, es indispensable.

—Pues les esperaremos —dijo madame Verdurin resignada a todo. En el último minuto, la angustia de que me robaran una felicidad tan deseada me dio valor para ser descortés. Me negué rotundamente, alegando al oído de madame Verdurin que, por un disgusto que había tenido Albertina y sobre el cual deseaba consultarme, era absolutamente preciso que estuviese yo solo con ella. La Patrona puso un gesto enfurruñado.

—Está bien, no iremos —me dijo con una voz trémula de ira. La noté tan enfadada que, aparentando ceder un poco:

—Pero quizá podríamos...

—No —me interrumpió más furiosa aún—, cuando yo digo no es que no.

Creí rotas mis relaciones con ella, pero nos llamó desde la puerta para recomendarnos que no faltáramos el miércoles y que no fuéramos con aquel cacharro, que era peligroso por la noche, sino en el tren, con todo el pequeño grupo, e hizo parar el auto ya en marcha en la cuesta del parque porque al sirviente se le había olvidado el trozo de tarta y los pasteles que había mandado envolver para nosotros. Partimos escoltados un momento por las casitas que acudían con sus flores. El paisaje nos parecía muy cambiado, pues, en la imagen topográfica que de cada uno de ellos nos tomamos, la noción de espacio está muy lejos de ser la que desempeña el papel principal. Ya hemos dicho que la del tiempo los aparta más. Tampoco es la única. Algunos lugares que vemos siempre aislados nos parecen sin medida común con el resto, casi fuera del mundo, como esas personas que hemos conocido en épocas aparte de nuestra vida, en el servicio militar, en nuestra infancia, y que no relacionamos con nada. El primer año de mi estancia en Balbec, había un alto a donde madame de Villeparisis gustaba de llevarnos, porque desde allí no se veía más que el agua y los bosques, y que se llamaba Beaumont. Como el camino que ella hacía tomar para ir a aquel alto, y que le parecía el más bonito por sus viejos árboles, subía todo el tiempo, el coche tenía que ir al paso y tardábamos mucho en llegar. Una vez arriba, nos apeábamos, paseábamos un poco, volvíamos a subir al coche y regresábamos por el mismo camino, sin encontrar ni un pueblo, ni una casa. Yo sabía que Beaumont era algo muy curioso, estaba muy lejos, muy arriba, no tenía la menor idea de la dirección en que se encontraba, pues nunca había tomado el camino de Beaumont para ir a otro sitio; además se tardaba mucho en ir en coche. Sin duda alguna pertenecía al mismo departamento (o a la misma provincia) que Balbec, pero estaba situado para mí en otro plano, gozaba de un privilegio especial de extraterritorialidad. Pero el automóvil, que no respeta ningún misterio, después de pasar Incarville, cuyas casas tenía yo aún en los ojos, al bajar la cuesta del atajo que va a Parville (*Paterni villa*) y ver el mar desde un terraplén en que estábamos, pregunté cómo se llamaba aquel lugar, y, aun antes de que el mecánico me contestara,

reconocí Beaumont, junto al cual pasaba sin saberlo cada vez que tomaba el trenecito, pues estaba a dos minutos de Parville. Como un oficial de mi regimiento que me hubiera parecido un ser especial, demasiado bondadoso y sencillo para ser de una gran familia, demasiado lejano ya y misterioso para ser simplemente de una gran familia, y del que hubiera sabido que era cuñado o primo de tales o cuales personas en cuya casa comía yo, así Beaumont, unido de pronto a unos lugares de los que yo le creía tan diferente, perdió su misterio y ocupó su lugar en la región, haciéndome pensar con terror que madame Bovary y la Sanseverina acaso me pareciesen seres semejantes a otros de haberlas encontrado fuera de la atmósfera cerrada de una novela. Pudiera parecer que mi amor a los maravillosos viajes en ferrocarril debía impedirme compartir el entusiasmo de Albertina ante el automóvil que conduce, incluso a un enfermo, a donde quiere, e impide considerar el sitio —como yo lo había considerado hasta entonces— la marca individual, la esencia insustituible de las bellezas inamovibles.

Y seguramente para el automóvil no era ese sitio, como antes para el tren, cuando yo fui a Balbec, una meta al abrigo de las contingencias de la vida corriente, una meta casi ideal al partir y que, siéndolo aún al llegar, al llegar a aquella gran morada donde no habita nadie y que sólo lleva el nombre de la ciudad, de la estación, parece prometer en fin su accesibilidad, como sería su materialización. No, el automóvil no nos llevaba así, mágicamente, a una ciudad que al principio veíamos en el conjunto que resume su nombre y con las ilusiones del espectador en el teatro. Nos hacía entrar en los entre bastidores de las calles, se detenía a preguntar una cosa a un habitante. Pero, en compensación a un avance tan familiar, están los tanteos mismos del conductor que, inseguro del camino, vuelve atrás; las vueltas y revueltas de la perspectiva, que hacen jugar al castillo a las cuatro esquinas con una colina, una iglesia y el mar, mientras nos acercamos a él por más que se acurruque en vano bajo su follaje secular; esos círculos, cada vez más cerrados, que describe el automóvil en torno a una ciudad fascinada que huía en todos los sentidos, y sobre la que, por fin, cae derecho, a pico, en el fondo del valle donde yace; de suerte que este lugar en que se encuentra, único punto que el automóvil parece haber desvelado del misterio de los trenes expresos, da en cambio la impresión de descubrirlo, de determinarlo nosotros mismos como con un compás, de

ayudarnos a sentir con una mano más amorosamente exploradora, con más exacta precisión, la verdadera geometría, la bella «medida de la tierra».

Lo que desgraciadamente ignoraba yo en aquel momento y no supe hasta dos años después es que uno de los clientes del conductor era monsieur de Charlus, y que Morel, encargado de pagar y quedándose con una parte del dinero (poniéndose de acuerdo con el conductor para triplicar y quintuplicar el número de quilómetros), se había hecho muy amigo de él (pero aparentando, delante de la gente, que no le conocía) y se servía de su vehículo para viajes lejanos. Si entonces hubiera sabido esto y que de esto procedía la confianza que los Verdurin no tardaron en tener en aquel mecánico, quizás a su pesar, se habrían evitado muchos disgustos de mi vida en París el año siguiente, muchas desdichas relativas a Albertina; pero yo no lo sospechaba ni por lo más remoto. Los paseos de monsieur de Charlus en auto con Morel no tenían en sí mismos un interés directo para mí. Por lo demás, generalmente se limitaban a un almuerzo o a una comida en un restaurante de la costa donde monsieur de Charlus pasaba por un viejo doméstico arruinado, y Morel, encargado de pagar las cuentas, por un aristócrata muy bueno. Contaré una de aquellas comidas, que puede dar idea de las demás. Fue en un restaurante de forma oblonga, en Saint-Mars-le-Vétu.

—¿No podrían quitarnos esto? —preguntó monsieur de Charlus a Morel como a un intermediario y por no dirigirse directamente a los camareros. «Esto» era tres rosas marchitas con las que un jefe de comedor bien intencionado había creído oportuno decorar la mesa.

—Sí... —dijo Morel turbado—. ¿No le gustan las rosas?

—Al contrario, mi petición demuestra más bien que me gustan, puesto que aquí no hay rosas —Morel pareció sorprendido—. Pero en realidad no me gustan mucho. Soy bastante sensible a los nombres; y en cuanto una rosa es un poco bella, se entera uno de que se llama Baronesa de Rothschild o Mariscala Niel, y esto le deja a uno frío. ¿A usted le gustan los nombres? ¿Ha encontrado títulos bonitos para sus pequeñas piezas de concierto?

—Hay una que se llama *Poema triste*.

—Es horrible —repuso monsieur de Charlus con una voz aguda y brusca como una bofetada—. Pero ¿no he pedido champagne? —dijo al jefe de comedor, que había creído servirlo poniendo cerca de los dos clientes dos copas llenas de vino espumoso.

—Pero, caballero...

—Llévese esa porquería que no tiene nada que ver ni con el peor champagne. Ese vomitivo llamado *cup* en el que generalmente se encuentran tres fresas podridas en una mezcla de vinagre y de agua de Seltz... Sí —continuó volviéndose hacia Morel—, parece que ignora usted lo que es un título. E incluso, en la interpretación de lo que mejor toca, parece no darse cuenta del aspecto mediumnístico de la cosa.

—¿Cómo? —preguntó Morel, que no había entendido absolutamente nada de lo que había dicho el barón y creía perderse una información útil, como, por ejemplo, una invitación a almorzar. Monsieur de Charlus no se dignó considerar el «¿cómo?» de Morel como una pregunta, y, en consecuencia, Morel no recibió respuesta y creyó oportuno cambiar de conversación y darle un tono sensual.

—Mire, la rubita que vende esas flores que a usted no le gustan; otra que seguramente tiene una amiguita. Y la vieja que está comiendo en la mesa del fondo, también.

—Pero ¿cómo sabes tú todo eso? —preguntó monsieur de Charlus maravillado de la presciencia de Morel.

—¡Oh!, las adivino en un segundo. Si estuviéramos los dos paseando en plena multitud, vería usted que no me equivoco dos veces.

Y quien viera en aquel momento a Morel, con su aire de muchacha en medio de su viril belleza, comprendería la oscura adivinación que, a ciertas mujeres, le señalaba tanto como ellas a él.

Tenía ganas de suplantar a Jupien, vagamente deseoso de añadir a su «asignación» los ingresos que, según él creía, sacaba el chalequero al barón.

—Y de *gigolos* entiendo más aún, le evitaría todos los errores. Pronto será la feria de Balbec, encontraríamos muchas cosas. Y entonces ya vería cómo se iba a divertir en París.

Pero una prudencia hereditaria de criado le hizo dar otro giro a la frase que ya estaba iniciando. De suerte que monsieur de Charlus creyó que seguía refiriéndose a las muchachas.

—Mire —dijo Morel, con el propósito de excitar los sentidos al barón de una manera que consideraba menos comprometida para él mismo (aunque fuese en realidad más inmoral)—, mi sueño sería encontrar una muchacha muy pura, enamorarla y desflorarla.

Monsieur de Charlus no pudo contenerse de pellizcarle tiernamente la oreja, pero añadió ingenuamente:

—¿Qué adelantarías con eso? Si la desfloraras, tendrías que casarte con ella.

—¿Casarme? —exclamó Morel, que notaba al barón excitado, o bien que no pensaba en el hombre con quien estaba hablando, al fin y al cabo más escrupuloso de lo que él creía—. ¿Casarme? ¡Naranjas de la China! Lo prometería, pero, una vez llevada a bien la operación, la dejaría plantada aquella misma noche.

Monsieur de Charlus, cuando una ficción podía darle un placer sensual momentáneo, tenía la costumbre de otorgarle su adhesión, sin perjuicio de retirarla por entero un momento después, ya agotado el placer.

—¿De veras harías eso? —dijo a Morel riendo y arrimándose más a él.

—¡Ya lo creo! —exclamó Morel, viendo que no le disgustaba al barón que continuara explicándole sinceramente lo que era, en efecto, uno de sus deseos.

—Eso es peligroso —dijo monsieur de Charlus.

—Haría las maletas de antemano y saldría disparado sin dejar dirección.

—¿Y yo? —preguntó monsieur de Charlus.

—Le llevaría conmigo, naturalmente —se apresuró a decir Morel, que no había pensado en la suerte del barón, la última de sus preocupaciones—. Pues verá, hay una chiquita que me gustaría mucho para eso, es una modistilla que tiene el taller en el hotel del señor duque.

—¡La hija de Jupien! —exclamó el barón al mismo tiempo que entraba el repostero—. ¡Oh, eso nunca! —añadió, bien porque la presencia de un tercero le hubiera enfriado, bien porque, aun en esa especie de misas negras en las que se complacía en macular las cosas más altas, no pudiera decidirse a meter a personas amigas—. Jupien es un buen hombre y la pequeña es encantadora: sería horrible hacerles una felonía.

Morel se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se calló, pero su mirada seguía, en el vacío, clavada en la muchacha delante de la cual había querido un día que yo le llamase «mi querido gran artista» y a la que había encargado un chaleco. La muchacha, muy trabajadora, no se había tomado vacaciones, pero yo supe después que, mientras el violinista estaba en las cercanías de Balbec, ella no dejaba de pensar en su hermosa cara,



ennoblecida además porque, habiendo visto a Morel conmigo, le tomó por un «señor».

—No he oído nunca tocar Chopin —dijo el barón— y, sin embargo, hubiera podido oírlo; yo tomaba lecciones con Stamati, pero me prohibió que fuera a oír en casa de mi tía Chimay al Maestro de los *Nocturnos*.

—¡Qué tontería! —exclamó Morel.

—Al contrario —replicó vivamente monsieur de Charlus con una voz chillona—. Demostraba su inteligencia. Había comprendido que yo era una «naturaleza» y que sufriría la influencia de Chopin. Pero lo mismo da, porque desde muy joven abandoné la música, como todo, por lo demás. Además siempre se está un poco al tanto —añadió con voz nasal, muy despacio—, siempre hay personas que han oído, que nos dan una idea. Pero en fin, Chopin no era más que un pretexto para volver a ese aspecto mediuñímico que tú desdeñas.

Se observará que, después de una interpolación del lenguaje vulgar, el de monsieur de Charlus había vuelto de pronto a ser tan precioso y elevado como de costumbre. Y es que la idea de que Morel, sin remordimiento, «dejaría plantada» a una joven después de violarla le había hecho gustar súbitamente un placer completo. Sus sentidos se calmaron por algún tiempo y el sádico (él, verdaderamente mediuñímico) que por unos momentos había sustituido a monsieur de Charlus desapareció y devolvió la palabra a monsieur de Charlus, con todo su refinamiento artístico, con toda su sensibilidad, con toda su bondad.

—El otro día tocaste la transcripción para piano del XV *quatuor*, lo que es absurdo, porque no hay nada menos pianístico. Eso es para las personas a las que les hacen daño a los oídos las cuerdas demasiado tensas del glorioso sordo. Y precisamente lo divino es ese misticismo casi agrio. En todo caso lo tocaste muy mal, cambiando todos los movimientos. Eso hay que tocarlo como si estuvieras componiéndolo: el joven Morel, atacado de una sordera momentánea y de un genio inexistente, permanece inmóvil un instante; después, presa de un delirio sagrado, se pone a tocar, compone los primeros compases; entonces, agotado por tan gran esfuerzo de penetración, se derrumba, dejando caer el lindo mechón para agradar a madame Verdurin, y, además, así se toma tiempo para reconstruir la prodigiosa cantidad de materia gris que ha tomado para la objetivación pítica; entonces, recobradas las fuerzas, transido por una inspiración nueva y supraeminente, se lanza a la sublime frase inagotable que el virtuoso

berlinés —suponemos que monsieur de Charlus llamaba así a Mendelssohn— debía imitar infatigablemente. De esta manera, la única verdaderamente trascendental y animadora, te haré tocar en París.

Cuando monsieur de Charlus le daba consejos de este tipo, Morel se asustaba más que de ver al jefe de comedor llevarse sus rosas y su *cup* despreciados, pues se preguntaba con ansiedad qué efecto produciría aquello en la «clase». Pero no podía detenerse en estas reflexiones, porque monsieur de Charlus le decía imperiosamente:

—Pregunta al *maître* si hay Bon Chrétien.

—¿Bon Chrétien?, no entiendo.

—Ya ves que estamos en la fruta, es una pera. Seguro que madame de Cambremer la tiene en casa, pues la condesa de Escarbagnas, que es ella, la tenía. Monsieur Thibaudier se la manda y ella dice: «Una Bon Chrétien bien hermosa.»

—No, no lo sabía.

—Bueno, ya veo que no sabes nada. Si ni siquiera has leído a Moliere... Bueno, puesto que no debes de saber pedir, como no sabes lo demás, pide simplemente una pera que se coge precisamente cerca de aquí, la «Louise-Bonne d'Avranches».

—¿La...?

—Espera, como eres tan torpe, pediré yo mismo otras que me gustan más: *maître*, ¿tiene usted la Doyenné des Comices? Charlie, deberías leer la preciosa página que ha escrito sobre esta pera la duquesa Emilia de Clermont-Tonnerre.

—No, señor, no tengo.

—¿Tiene la Triomphe de Jodoigne?

—No, señor.

—¿La Virginie-Baltet?, ¿la Passe-Colmar? ¿No? Bueno, pues como no tiene nada, nos vamos. La «Duchesse-d'Angoulême» no está todavía madura; anda, Charlie, vámonos.

Desgraciadamente para monsieur de Charlus, su falta de buen sentido, acaso la probable castidad de sus relaciones con Morel, le hicieron ingeniárselas, desde aquella época, para colmar al violinista de extrañas bondades que éste no podía comprender y a las que su naturaleza, loca en su género, pero ingrata y mezquina, sólo podía responder con una sequedad o una violencia cada vez mayores y que sumían a monsieur de Charlus —tan altivo antes, tan tímido ahora— en accesos de verdadera

desesperación. Ya veremos cómo Morel, que se creía ya un monsieur de Charlus mil veces más importante, en las cosas más pequeñas, había entendido al revés, tomándolas al pie de la letra, las orgullosas enseñanzas del barón en cuanto a la aristocracia. Por el momento, diremos simplemente, mientras Albertina me espera en Saint-Jean-de-la-Haise, que si algo había que Morel pusiera por encima de la nobleza (y esto era en su principio bastante noble, sobre todo en alguien cuyo placer consistía en ir a buscar muchachitas —«ni visto ni conocido»— con el chófer), era su fama artística y lo que podían pensar en la clase de violín. Debía de ser feo que, porque él sintiera todo suyo a monsieur de Charlus, hiciera ostentación de renegar de él, de burlarse de él, de la misma manera que, en cuanto le prometí guardar el secreto sobre las funciones de su padre en casa de mi tío abuelo, me trató de arriba abajo. Pero, por otra parte, su nombre de artista diplomado, Morel, le parecía superior a un «apellido». Y cuando monsieur de Charlus, en sus sueños de cariño platónico, quería hacerle tomar un título de su familia, Morel se negaba enérgicamente a ello.

Cuando a Albertina le parecía más prudente quedarse en Saint-Jean-de-la-Haise pintando, yo tomaba el auto, y no era sólo a Gouville y a Féterne, sino a Saint-Mars-le-Vieux y hasta a Criquetot a donde podía ir antes de volver a buscarla. Mientras fingía ocuparme de otra cosa que no era ella y verme obligado a dejarla por otros placeres, no pensaba más que en ella. Muchas veces no iba más allá de la gran llanura que domina Gouville, y como se parece un poco a la que empieza encima de Combray, en la dirección de Méséglise, incluso a una distancia bastante grande de Albertina me recreaba pensando que, si mis miradas no podían llegar hasta ella, aquella poderosa y suave brisa marina que pasaba junto a mí, llegando más lejos que ellas, debía de rodar, sin que nada la detuviera, hasta Quetteholme, yendo a agitar la rama de los árboles que enterraban bajo su follaje Saint-Jean-de-la-Haise, acariciando el rostro de mi amiga, y a tender así un doble lazo entre ella y yo en aquella separación indefinidamente creciente, pero sin riesgos, como en esos juegos en los que dos niños se encuentran en ocasiones fuera del alcance de la voz y de la vista uno de otro y, aunque alejados, permanecen juntos. Volvía por aquellos caminos desde los cuales se veía el mar y en los que antaño, antes de que ella apareciese entre las ramas, cerraba yo los ojos para pensar bien que lo que iba a ver era verdaderamente la llorosa abuela de la tierra,

continuando, como en el tiempo en el que no existían aún seres vivientes, su loca e inmemorial agitación. Ahora ya no eran para mí más que el medio de ir a reunirme con Albertina; cuando los veía tan parecidos, sabiendo hasta dónde seguirían derechos, dónde torcerían, recordaba que los había seguido pensando en mademoiselle de Stermaria, y también que la misma prisa de volver a ver a Albertina la había sentido en París siguiendo las calles por donde pasaba madame de Guermantes; aquellos caminos adquirían para mí la monotonía profunda, el significado moral de una línea que seguía mi carácter. Era natural, y, sin embargo, no era indiferente; me recordaban que mi suerte era la de no perseguir más que fantasmas, seres cuya realidad estaba, en gran parte, en mi imaginación: en efecto, hay seres —y éste era, desde la niñez, mi caso— para los que todo lo que tiene un valor fijo, comprobable por otros —la fortuna, el éxito, las altas posiciones— no cuenta; lo que necesitan son fantasmas. A ellos sacrifican todo lo demás, hacen lo que sea, acuden a todo por encontrar a uno o a otro fantasma. Pero el fantasma no tarda en desaparecer; entonces corremos detrás de otro, sin perjuicio de volver después al primero. No era la primera vez que yo buscaba a Albertina, a la muchacha que vi el primer año frente al mar.

Cierto que otras mujeres se habían intercalado entre la Albertina amada la primera vez y esta otra de la que, en este momento, apenas me separaba yo; otras mujeres, especialmente la duquesa de Guermantes. Pero se me dirá: ¿por qué preocuparse tanto de Gilberta, por qué tanta pena por madame de Guermantes, si, amigo ya de ésta, es para no pensar más en ella y sí solamente en Albertina? Swann, antes de su muerte, habría podido contestar, él que fue amator de fantasmas. De fantasmas perseguidos, olvidados, buscados de nuevo, a veces para una sola entrevista, y para llegar a una vida irreal que huía inmediatamente, estaban llenos aquellos caminos de Balbec. Al pensar que sus árboles, sus perales, sus manzanos, sus tamarindos, me sobrevivirían, me parecía recibir de ellos el consejo de que me pusiera por fin a trabajar hasta que llegara la hora del reposo eterno.

Me apeé en Quetteholme, corrí por la pendiente, pasé el riachuelo por una tabla y encontré a Albertina pintando delante de la iglesia toda de torrecillas, espinosa y roja, florida como un rosal. Sólo el tímpano era liso, y en la alegre superficie de la piedra surgían unos ángeles que, ante la pareja del siglo XX que nosotros formábamos, seguían celebrando, cirio

en mano, las ceremonias del siglo XIII. Aquellos ángeles eran los que Albertina intentaba pintar en su lienzo preparado, e, imitando a Elstir, daba grandes pinceladas, procurando obedecer al noble ritmo que, le había dicho el gran maestro, tanto diferenciaba a aquellos ángeles de todos los que él conocía. Después recogió sus trebejos. Volvimos a subir la cuesta apoyados el uno en el otro, dejando la iglesita, tan tranquila como si no nos hubiera visto, escuchando el perpetuo rumor del arroyo. En seguida se puso en marcha el auto, tomando para la vuelta un camino distinto al de la ida. Pasamos por Marcouville-l'Orgueilleuse. Sobre su iglesia, mitad nueva, mitad restaurada, extendía el sol declinante su pátina, tan bella como la de los siglos. A través de ella parecían verse los bajorrelieves cubiertos por una capa fluida, medio líquida, medio luminosa; la Virgen, Santa Isabel, San Joaquín, nadaban aún en el impalpable remolino, casi en seco, a flor de agua o a flor de sol. Surgiendo de un polvo caliente, se erigían las numerosas estatuas modernas sobre columnas hasta el medio de los dorados velos de la puesta de sol. Un gran ciprés delante de la iglesia parecía que estuviera en una especie de recinto sagrado.

Descendíamos un momento para mirarlo y dábamos unos pasos. Albertina tenía, tanto como de sus miembros, una consciencia directa de su sombrerito de paja de Italia y de la echarpe de seda (que no le daban menos sensaciones de bienestar que aquéllos), y le imprimían, mientras daba la vuelta a la iglesia, otra clase de impulso, que se traducía en un contentamiento inerte, pero en el que yo encontraba cierta gracia; echarpe y sombrerito que eran sólo una parte reciente, adventicia, de mi amiga, pero una parte ya para mí querida y cuya estela seguía yo con los ojos, a lo largo del ciprés, en el aire del atardecer. Albertina no podía verlo, pero se daba cuenta de que aquellas elegancias producían buen efecto, pues me sonreía y armonizaba el movimiento de su cabeza con el tocado que la completaba.

—No me gusta, está restaurada —me dijo señalándome la iglesia y recordando lo que Elstir le había dicho sobre la preciosa, sobre la inimitable belleza de las piedras viejas.

Albertina sabía reconocer en seguida una restauración. No podía menos de sorprender el gusto seguro que ya tenía en arquitectura, comparado con el deplorable que conservaba en música. Como a Elstir, a mí no me gustaba aquella iglesia, su fachada llena de sol vino a posarse ante mis ojos sin causarme placer, y sólo por dar gusto a Albertina bajé a

mirarla. Sin embargo, me parecía que el gran impresionista estaba en contradicción consigo mismo; ¿por qué aquel fetichismo del valor arquitectónico objetivo, sin tener en cuenta la transfiguración de la iglesia en la puesta de sol?

—No, decididamente —me dijo Albertina—, no me gusta; me gusta su nombre de Orgullosa. Pero habría que pensar en preguntarle a Brichot por qué Saint-Mars se llama *le Vétu*. Iremos la próxima vez, ¿verdad? —me decía mirándome con sus ojos negros, sobre los cuales había bajado el sombrerito como antaño su pequeño *polo*.

Flotaba el velo. Subí al auto con ella, feliz porque al día siguiente íbamos a ir juntos a Saint-Mars, cuyos dos antiguos campanarios de un rosa salmón, de tejas en forma de rombo, ligeramente curvadas y como palpitantes, en aquel tiempo ardiente en el que sólo se pensaba en el baño, parecían unos antiguos peces alargados, cubiertos de escamas, musgosos y rojizos, que se elevaban, sin parecer moverse, en un agua transparente y azul. Al salir de Marcouville, para acortar, tomamos por una bifurcación de camino donde hay una granja. Albertina hacía parar de vez en cuando y me pedía que fuera solo a buscar, para beber ella en el coche, *Calvados* o sidra, que, aunque aseguraban que no era espumosa, nos regaba. íbamos muy apretados uno contra otro. La gente de la granja apenas veía a Albertina en el auto cerrado, yo les devolvía las botellas; nos poníamos en marcha, como para continuar aquella vida de nosotros dos, aquella vida de amantes que nos atribuirían y en la que la breve parada para beber no sería más que un momento insignificante; suposición que habría parecido tanto menos inverosímil si nos hubieran visto después de beber Albertina su botella de sidra; entonces parecía, en efecto, que no pudiera soportar entre ella y yo un intervalo que, habitualmente, no la molestaba; bajo su falda de algodón, apretaba sus piernas contra las mías, juntaba a mis mejillas sus mejillas lívidas, cálidas y rojas en los pómulos, con ese algo de ardiente y de marchito que tienen las prostitutas de suburbio. En aquellos momentos cambiaba de voz casi tan súbitamente como de personalidad; perdía la suya, su voz, para tomar otra, ronca, grosera, casi crapulosa. Anochecía. ¡Qué gozo sentirla contra mí, con su echarpe y su sombrero, recordándome que es siempre así, muy juntos, como están los que se aman! Quizá amaba a Albertina, pero no me atrevía a dejárselo ver, de suerte que, si existía en mí aquel amor, no podía ser más que como una verdad que sólo controlada por la experiencia alcanza su valor; pero me parecía irrealizable y fuera

del plano de la vida. En cuanto a mis celos, me impulsaban a dejar lo menos posible a Albertina, aunque sabía que no me curaría de ellos mientras no la dejara para siempre. Incluso al lado de ella podía sentirlos, pero entonces me las arreglaba para que no se repitiera la circunstancia que los había suscitado. Un día de buen tiempo fuimos a almorzar a Rivebelle. Las grandes puertas de cristales del comedor, de aquel hall en forma de galería que servía para los tés daban directamente al jardín dorado por el sol y de que parecía formar parte el gran restaurante luminoso. El camarero de cara color rosa, de pelo negro retorcido como una llama, se lanzaba a toda aquella dilatada extensión menos de prisa que antes, pues ya no era subalterno, sino jefe de fila; sin embargo, por su actividad natural, a veces a lo lejos, en el comedor, a veces más cerca, pero fuera, sirviendo a unos clientes que habían preferido almorzar en el jardín, se le veía tan pronto aquí como allá, como estatuas sucesivas de un joven dios corriendo, unas en el interior, por lo demás bien alumbrado, de una mansión que se prolongara en verdes céspedes, otras bajo el follaje, en la claridad de la vida al aire libre. Estuvo un momento con nosotros. Albertina contestó distraídamente a lo que yo le decía, le miraba con unos ojos muy abiertos. Durante unos minutos sentí que podemos estar muy cerca de la persona amada y, sin embargo, no tenerla con nosotros. Parecían estar en un frente a frente misterioso, mudo por mi presencia, y continuación acaso de antiguas citas que yo no conocía, o sólo de una mirada que él le había dirigido, un frente a frente en el que yo estaba de tercero importuno ante el que hay que disimular. Hasta cuando se alejó, violentamente reclamado por su patrón, Albertina, sin dejar de comer, ya no parecía considerar el restaurante y los jardines sino como una pista iluminada en la que, acá y allá, en decoraciones variadas, aparecía el dios corredor de los negros cabellos. Llegué por un momento a preguntarme si no me iba a dejar solo en mi mesa para ir tras él. Pero a los pocos días comencé a olvidar para siempre aquella penosa impresión, pues decidí no volver nunca a Rivebelle e hice prometer a Albertina que tampoco iría ella; me aseguró que era la primera vez que iba y que nunca volvería. Y yo negaba que el mozo de los pies ligeros no tuviera ojos más que para ella, y esto para que no creyera que mi compañía la había privado de un placer. A veces volvía a Rivebelle, pero solo, bebía demasiado, como lo había hecho otras veces. Mientras vaciaba la última copa miraba un florón pintado en la pared blanca, y trasladaba a ella el placer que sentía. Sólo ella existía

para mí; la perseguía, la captaba y la perdía sucesivamente con mi mirada huidiza, y no pensaba en el futuro, me contentaba con mi roseta como una mariposa que da vueltas en torno a otra mariposa quieta, con la que va a terminar su vida en un acto de suprema voluptuosidad. El momento estaba acaso muy bien elegido para renunciar a una mujer a la que ningún dolor muy reciente y muy vivo me obligaba a pedir ese bálsamo que poseen contra un mal las que lo han causado. Me habían calmado aquellos mismos paseos, que, aunque en aquel momento no los considerase sino como una espera de un día siguiente que, a su vez, a pesar del deseo que me inspiraba, no iba a ser diferente de la víspera, tenían el encanto de salir de los lugares donde, hasta entonces, había estado Albertina y donde no estaba yo con ella, en casa de su tía, de sus amigas. Encanto no de un goce positivo, sino sólo de una inquietud calmada, un encanto muy fuerte sin embargo. Pues a los pocos días, cuando pensaba en la granja ante la cual habíamos bebido sidra, o simplemente en unos cuantos pasos que habíamos dado delante de Saint-Mars-le-Vetu, recordando que Albertina iba a mi lado sin su sombrero, la sensación de su presencia daba de pronto tal virtud a la imagen indiferente de la iglesia nueva, que, cuando la fachada llena de sol venía así por sí misma a mi recuerdo, era como una gran compresa calmante aplicada a mi corazón. Dejaba a Albertina en Parville, pero para volver a buscarla por la tarde e ir a tenderme a su lado, a oscuras, en la arena. Desde luego no la veía todos los días, pero podía pensar: «Si ella contara el empleo de su tiempo, de su vida, de todos modos sería yo quien más sitio ocupara»; y pasábamos juntos largas horas seguidas que daban a mis días una embriaguez tan dulce que, ni siquiera cuando al llegar a Parville saltaba ella del auto que volvería a enviarle al cabo de una hora, me sentía solo en el coche, como si, antes de alejarse, hubiera dejado flores en él. Habría podido pasar sin verla todos los días; iba a dejarla contento, sentía que el efecto calmante de aquella felicidad podía prolongarse varios días. Pero entonces oía a Albertina decir a su tía o a una amiga al separarse de mí: «Entonces, mañana a las ocho y media. No hay que retrasarse, estarán esperando desde las ocho y cuarto.» La conversación de una mujer amada es como un suelo que cubre un agua subterránea y peligrosa. Siempre se siente detrás de las palabras la presencia, el frío penetrante de un charco invisible; se percibe acá y allá su pérfido goteo, pero el agua permanece oculta. Nada más oír la frase de Albertina desaparecía mi tranquilidad. Quería proponerle que nos



viéramos al día siguiente por la mañana, para impedirle que fuera a aquella misteriosa cita de las ocho y media, de la que sólo con palabras encubiertas habían hablado delante de mí. Seguramente me habría obedecido las primeras veces, aunque sintiendo renunciar a sus proyectos; después habría descubierto mi permanente necesidad de perturbarlos; yo habría llegado a ser esa persona a la que hay que ocultarle todo. Por lo demás, es probable que aquellas fiestas de las que yo estaba excluido fueran muy poca cosa, y que acaso no me invitaran por miedo a que me pareciera vulgar o aburrida esta o la otra invitada. Desgraciadamente, aquella vida tan unida a la de Albertina no influía sólo en mí; a mí me calmaba; a mi madre le causaba inquietudes, cuya confesión destruyó aquella calma mía. Cuando yo volvía contento, decidido a terminar de un día a otro una vida cuyo fin creía yo que dependía sólo de mi voluntad, mi madre me oyó mandar al chófer a buscar a Albertina, y me dijo:

—¡Cuánto dinero gastas! —Francisca, en su lenguaje sencillo y expresivo, decía con más fuerza: «¡Cómo vuela el dinero!»—. Procura —continuó mamá— no llegar a ser como Carlos de Sévigné, cuya madre decía: «Tiene para el dinero un agujero en cada mano». Y además creo que ya has salido bastante con Albertina. Te aseguro que es exagerado, que hasta a ella le puede parecer ridículo. A mí me ha encantado que te distrajera, no te pido que no vuelvas a verla, sino, en fin, que no os sea imposible estar el uno sin el otro.

Mi vida con Albertina, sin grandes placeres —al menos grandes placeres notados—, aquella vida que yo pensaba cambiar de un día a otro, eligiendo una hora de calma, cuando la vi amenazada por aquellas palabras de mamá se me tornó de pronto necesaria por algún tiempo. Le dije a mi madre que sus palabras acababan de retrasar en dos meses la decisión que pedía, y que sin ellas quizá habría tomado antes de terminar la semana. Mamá se echó a reír (para no entristecerme) por el efecto que instantáneamente habían producido sus consejos, y me prometió que no volvería a hablarme del asunto por no impedir que renaciera mi buena intención. Pero desde la muerte de mi abuela, cada vez que mamá se permitía reír, la risa iniciada se cortaba en seco y acababa en una expresión casi sollozante de dolor, bien por el remordimiento de haber podido olvidar un instante, bien por la recrudescencia con que aquel olvido tan breve había reavivado más su dolorosa preocupación. Pero me di cuenta de que esta vez, a la que le causaba el recuerdo de mi abuela,

instalado en mi madre como una idea fija, se añadía otra referente a mí: las consecuencias que mi madre temía de mi intimidad con Albertina; intimidad que, sin embargo, no se atrevió a dificultar por lo que yo acababa de decirle. Pero no pareció convencida de que no me engañaba. Recordaba los muchos años que mi abuela y ella me habían hablado de mi trabajo y de una regla de vida más higiénica; recordaba cómo yo les decía que lo único que me impedía comenzarla era sus exhortaciones, y que, a pesar de su silencio obediente, no lo había hecho.

Después de comer, el auto volvía a llevar a Albertina; se veía un poco aún; hacía menos calor, pero, después de un día abrasador soñábamos los dos con frescores desconocidos; y ante nuestros ojos febriles aparecía la luna, aún muy delgada (como el día en que fui a casa de la princesa de Guermantes y Albertina me telefoneó), cual la fina pelusilla, cual fresco quiñón después, de una fruta que un cuchillo invisible comenzara a mondar en el cielo. Otras veces era yo quien iba a buscar a mi amiga un poco más tarde; entonces ella tenía que esperarme delante de los arcos del mercado, en Maineville. Los primeros momentos no la veía y me preocupaba que pudiera no venir, que hubiera entendido mal. De pronto la vislumbraba, con su blusa blanca de lunares azules, saltando junto a mí al coche con el ligero brinco de un animal joven, más que de una muchacha. Y, también como una perra, comenzaba a acariciarme. Cuando caía la noche por completo y, como me decía el director del hotel, el cielo estaba *parcheminéde* de estrellas, si íbamos de excursión al bosque con una botella de champagne, nos tumbábamos al pie de las dunas, sin preocuparnos por los paseantes que deambulaban todavía por el malecón escasamente iluminado, pero que no hubieran visto a dos pasos sobre la arena negra; aquel mismo cuerpo en cuya grácil ligereza vivía toda la gracia femenina, marinera y deportiva de las muchachas que yo había visto pasar la primera vez frente al horizonte del mar, lo tenía apretado contra el mío, bajo una misma manta, al borde mismo del mar inmóvil, dividido por un rayo tembloroso; y lo escuchábamos sin cansarnos y con el mismo placer, bien porque contenía la respiración el tiempo suficiente para que creyéramos que se había parado el reflujo, bien porque exhalaba al fin a nuestros pies el murmullo esperado y retardado. Yo acababa llevando a Albertina a Parville. Al llegar delante de su casa teníamos que interrumpir los besos por miedo a que nos vieran; como no tenía ganas de acostarse volvía conmigo hasta Balbec, de donde yo la llevaba por última

vez a Parville; los chóferes de aquellos primeros tiempos del automóvil eran hombres que se acostumbraban a cualquier cosa. Y, de hecho, yo no volvía a Balbec hasta la primera humedad mañanera, esta vez solo, pero circundado aún de la presencia de mi amiga, con una provisión de besos larga de agotar. Encontraba en mi mesa un telegrama o una tarjeta postal. ¡Era también de Albertina! Lo había escrito en Quetteholme mientras yo volvía solo en auto y para decirme que pensaba en mí. Yo me metía en la cama releyéndolas. Entonces veía por encima de las cortinas la raya del día y pensaba que, después de todo, debíamos de amarnos, puesto que habíamos pasado la noche besándonos. Cuando al día siguiente por la mañana veía a Albertina en el malecón tenía tanto miedo de que me dijera que aquel día no estaba libre y no podía acceder a mi proposición de ir juntos de paseo, que retardaba esta proposición todo lo que podía. Mi inquietud aumentaba al ver su actitud fría, preocupada; pasaban personas conocidas suyas; seguramente había hecho para la tarde algún proyecto en el que yo no entraba. La miraba, miraba aquel cuerpo precioso, aquella cara rosa de Albertina, levantando frente a mí el enigma de sus intenciones, la desconocida decisión que me iba a hacer la tarde feliz o desgraciada. Era todo un estado de alma, todo un porvenir de existencia que había tomado ante mí la forma alegórica y fatal de una muchacha. Y cuando por fin me decidía, cuando, en el tono más indiferente que podía, le preguntaba: «¿Vamos a ir de paseo juntos luego y esta tarde?», y ella me contestaba: «Con mucho gusto», entonces toda la brusca sustitución, en la cara rosada, de mi larga inquietud por una tranquilidad deliciosa, me hacía más queridas aún aquellas formas a las que debía perpetuamente el bienestar, la calma que se siente después de una tormenta. Me repetía: «¡Qué buena es, qué criatura más adorable!», en una exaltación no tan fecunda como la de la embriaguez y apenas más profunda que la de la amistad, pero muy superior a la de la vida mundana. Sólo dejábamos de pedir el automóvil los días en que había una comida en casa de los Verdurin y aquellos otros en que, por no poder Albertina salir conmigo, hubiera podido aprovecharlos yo para avisar a las personas que deseaban visitarme que me quedaría en Balbec. Autorizaba a Saint-Loup para que fuera a verme aquellos días, pero sólo aquellos días. Pues una vez que llegó de improviso preferí privarme de ver a Albertina antes que arriesgarme a que él la viera, a que resultara así comprometido el dichoso estado de calma en que me encontraba desde hacía algún tiempo y

renacieran mis celos. Y no me quedé tranquilo hasta que se marchó Saint-Loup. Él se avenía de mala gana, pero con escrúpulo, a no ir a Balbec sin que yo le llamara. En otro tiempo, pensando con envidia en las horas que madame de Guermantes pasaba con él, ¡le daba yo tal importancia a verle! Las personas cambian continuamente de lugar con relación a nosotros. En la marcha insensible, pero eterna, del mundo, las consideramos inmóviles, en un instante de visión demasiado corto para que podamos ver el movimiento que las arrastra. Pero no tenemos más que tomar en nuestra memoria dos imágenes de ellas formadas en momentos diferentes, bastante próximos, sin embargo, para que no hayan cambiado en sí mismos, al menos sensiblemente, y la diferencia entre una y otra imagen mide la distancia que han recorrido con relación a nosotros. Me produjo una gran preocupación hablándome de los Verdurin; tenía miedo de que me pidiera que le presentara a ellos, lo que hubiera bastado, por los celos que no había dejado de sentir, para malograr todo el placer que yo gozaba allí con Albertina. Pero afortunadamente Roberto me confesó, por el contrario, que lo que quería sobre todas las cosas era no conocerlos. «No —me dijo—, esa clase de ambientes clericales me exaspera.» Al principio no comprendí el adjetivo «clerical» aplicado a los Verdurin, pero el final de la frase de Saint-Loup me aclaró su pensamiento, sus concesiones a modos de lenguaje que a veces nos sorprenden en hombres inteligentes. «Son unos ambientes de tribu, de congregación y capilla —me dijo—. No me dirás que eso no es una pequeña secta; todo mieles para los del clan, todo desdén para los que no lo son. La cuestión no es, como para Hamlet, ser o no ser, sino ser de o no ser de. Tú eres de, mi tío Charlus es de. ¿Qué quieres?, a mí no me ha gustado nunca eso, yo no tengo la culpa.»

Claro es que la regla que yo había impuesto a Saint-Loup de no ir a verme mientras no le llamara se la daba también estrictamente a cualquiera de las personas con las que me había ido relacionando en la Raspelière, en Féterne, en Montsurvent y en otros lugares; y cuando veía desde el hotel el humo del tren de las tres, que, en la anfractuosidad de los acantilados de Parville, dejaba su penacho colgado mucho tiempo en el flanco de las verdes pendientes, yo no tenía ninguna duda sobre el visitante que iba a venir a merendar conmigo, y se me escondía aún, como un dios, bajo aquella nubecilla. He de confesar que aquel visitante previamente autorizado por mí a venir no fue nunca Saniette, y muchas veces me lo reproché. Mas por la consciencia de que Saniette iba a resultar

aburrido (naturalmente, mucho más recibiendo su visita que contando una historia), aunque fuera hombre más culto, más inteligente y mejor persona que otros muchos, parecía imposible sentir junto a él no ya ningún placer, sino nada más que un *spleen* casi insoportable y que nos malograba la tarde. Probablemente, si Saniette hubiera confesado con franqueza este aburrimiento que temía causar, no habríamos temido sus visitas. El aburrimiento es uno de los males menos graves que hay que soportar, y el suyo acaso no existía sino en la imaginación de los demás, se lo habían inoculado por una especie de sugestión que había hecho presa fácil en su simpática modestia. Pero como le interesaba tanto no poner de manifiesto que no le buscaban, no se atrevía a ofrecerse. No era, y hacía bien, como esas personas a las que tanto gusta dar sombrerazos en un lugar público, que, si no nos han visto desde hace mucho tiempo y nos divisan en un palco con personas brillantes a las que no conocen, nos lanzan un saludo furtivo y resonante disculpándose con el placer, con la emoción que han sentido al vernos llegar, al comprobar que volvemos a las diversiones, que tenemos buen aspecto, etc. Pero Saniette, por el contrario, carecía demasiado de audacia. Hubiera podido decirme, en casa de madame Verdurin o en el trencito, que le gustaría mucho ir a verme a Balbec si no temiera molestarme. Esta proposición no me hubiera asustado. Al contrario, no ofrecía nada, pero, con una expresión torturada y una mirada tan indestructible como un esmalte cocido, mas en cuya composición entraba, a la vez que un deseo palpitante de vernos —a menos que encontrara alguien más divertido—, el propósito de que no se viera este deseo, me decía con un aire indiferente: «¿Sabe usted qué va a hacer estos días? Porque seguramente iré cerca de Balbec. Bueno, no tiene importancia, se lo preguntaba por si acaso.» Este tono no engaña, y las señales inversas con las que expresamos nuestros sentimientos con los contrarios son tan fáciles de leer que nos preguntamos cómo hay todavía personas que dicen, por ejemplo: «Tengo tantas invitaciones que no sé a dónde acudir», para disimular que no les invitan. Pero, además, aquel tono de indiferencia nos causaba, probablemente por lo que entraba en su turbia composición, lo que nunca nos hubiera podido causar el miedo al aburrimiento o la franca confesión del deseo de vernos, es decir, esa especie de malestar, de repulsión, que, en las relaciones de simple cortesía social, equivale, en el amor, a la proposición disfrazada que un enamorado no correspondido hace a una dama de verla al día siguiente, asegurando al

mismo tiempo que no tiene gran empeño en ello, o ni siquiera esta proposición, sino una actitud de falsa frialdad. De la persona de Saniette emanaba en seguida un no sé qué que obligaba a contestarle con el gesto más afectuoso del mundo: «No, desgraciadamente, esta semana, ya le explicaré...». Y yo permitía venir en su lugar a algunas personas que valían mucho menos que él, pero que no tenían su mirada transida de melancolía, y su boca plegada por la amargura de todas las visitas que, sin decirlo, deseaba hacer a unos y a otros. Desgraciadamente, era muy raro que Saniette no encontrara en el tren al invitado que venía a verme, aunque éste no me hubiera advertido en casa de los Verdurin: «No olvide que voy a ir a verle el jueves», precisamente el día en que yo había dicho a Saniette que no estaría libre. De suerte que acababa por ver la vida llena de diversiones organizadas al margen de él, o incluso contra él. Por otra parte, como nunca somos de una pieza, aquel hombre demasiado discreto era enfermizamente indiscreto. La única vez en que, por casualidad, vino a verme sin haberle invitado, estaba sobre la mesa una carta no sé de quién. Al cabo de un instante me di cuenta de que no escuchaba sino distraídamente lo que le decía. Le fascinaba aquella carta, cuya procedencia ignoraba por completo, y parecía que, de un momento a otro, se le iban a salir de las órbitas las esmaltadas pupilas para caer sobre aquella carta, una carta cualquiera, pero imantada por su curiosidad. Parecía un pájaro que va a lanzarse fatalmente sobre una sierpe. Hasta que no pudo aguantar más y la cambió de sitio como para poner orden en mi habitación. No se contentó con esto: la cogió, la volvió de un lado, luego de otro, como maquinalmente. Otra forma de su indiscreción era que se pegaba a uno y no encontraba el momento de marcharse. Como yo estaba malo aquel día, le pedí que tomara el primer tren y se fuera a la media hora. Saniette no dudaba que yo estuviera malo, pero me contestó: «Me quedaré una hora y cuarto y después me iré». Desde entonces me ha pesado no haberle dicho, siempre que podía, que viniera. Quién sabe. Acaso habría conjurado yo su mala suerte, otros le habrían invitado para que me dejara a mí inmediatamente, de suerte que mis invitaciones habrían tenido la doble ventaja de darle una alegría y de librarme de él.

Los días siguientes a aquellos en que yo recibía no esperaba a nadie, naturalmente, y venía el automóvil a buscarnos a Albertina y a mí, y a la vuelta, Amado, en la entrada del hotel, no podía menos de mirar con unos ojos apasionados, curiosos y concupiscentes, qué propina le daba yo al

chófer. Por más que ocultara la moneda o el billete en mi mano cerrada, las miradas de Amado me apartaban los dedos. Al cabo de un segundo volvía la cabeza, pues era discreto, bien educado, y hasta se contentaba él mismo con beneficios relativamente pequeños. Pero el dinero que otro recibía suscitaba en él una curiosidad irreprimible y se le hacía la boca agua. En aquellos breves instantes parecía un niño leyendo atento y febril una novela de Julio Verne, o uno que está sentado en un restaurante no lejos de nosotros y que, al ver que nos están trinchando un faisán que él no puede comer, se aparta un momento de sus pensamientos serios para echar al faisán una mirada sonriente de amor y de envidia.

Aquellos paseos en automóvil se sucedían así diariamente. Pero una vez, al subir yo en el ascensor, me dijo el botones:

—Ha venido ese señor y me ha dejado un recado para usted —pronunció estas palabras con una voz muy ronca y tosiéndome y escupiéndome a la cara—. ¡Qué catarro tengo! —añadió, como si no pudiera notarlo yo mismo—. El doctor dice que es la tosferina —y volvió a toserme y a escupirme.

—No te canses hablando —le dije en un tono de bondad que era fingido. Tenía miedo de coger la tosferina, que, con mi propensión al asma, me hubiera resultado muy penosa. Pero él, como un virtuoso que no quiere darse de baja por enfermo, hizo cuestión de honor hablar y escupir todo el tiempo.

—No importa —dijo (para ti quizá no, pensé, pero para mí, sí)—. Además voy a volver pronto a París —menos mal, con tal que no me la pegue antes—. Dicen que París es superior —continuó—. Debe de ser todavía mejor que esto y que Montecarlo, aunque algunos botones, incluso clientes y hasta algunos jefes de hotel que iban a Montecarlo para la temporada, me han dicho muchas veces que París era menos que Montecarlo. A lo mejor no es verdad, aunque, para ser *maitre d'hôtel*, hay que no ser un imbécil; para tomar todos los encargos, reservar las mesas, ¡hace falta una cabeza! Me han dicho que es todavía más terrible que escribir piezas de teatro y libros.

Habíamos llegado casi a mi piso, cuando el botones me hizo volver a bajar hasta el primero porque le parecía que el botón funcionaba mal, y lo arregló en un segundo. Le dije que prefería subir a pie, lo que quería decir y ocultar que lo que pretería era no coger la tos ferina. Pero el botones, en un acceso de tos cordial y contagioso, me metió en el ascensor.

—Ya no hay ningún peligro, he arreglado el botón.

Como no cesaba de hablar y a mí me interesaba más conocer el nombre del visitante y el recado que dejó que la comparación entre las bellezas de Balbec, París y Montecarlo, le dije (como se le dice a un tenor que nos está cansando con Benjamín Godard: «Prefiero que me cante Debussy»):

—Pero ¿quién ha venido a verme?

—Es el señor con el que salió usted ayer. Voy a buscar su tarjeta, que está en la mesa de mi conserje.

Como había dejado la víspera a Roberto de Saint-Loup en la estación de Doncieres antes de ir a buscar a Albertina, creí que el botones se refería a Saint-Loup, pero era el chófer. Y designándole con las palabras «el señor con el que salió usted» me enseñaba al mismo tiempo que un obrero es tan señor como un hombre del gran mundo. Lección de palabras solamente. Pues en cuanto a la cosa misma yo no había hecho nunca distinción entre las clases. Y si, al oírle llamar señor a un chófer, sentí la misma sorpresa que el conde X..., que lo era sólo desde hacía ocho días, y al decirle: «La condesa parece fatigada», le hice mirar hacia atrás para ver de quién hablaba; era simplemente por falta de costumbre del vocabulario; yo no había hecho nunca ninguna diferencia entre los obreros, los burgueses y los grandes señores, y hubiera sido amigo lo mismo de unos que de otros. Con cierta preferencia por los obreros, y después por los grandes señores, no por gusto, sino sabiendo que se les puede exigir más atención hacia los obreros que las que les tienen los burgueses, bien porque los grandes señores no desprecian a los obreros como los desprecian los burgueses, o bien porque suelen ser finos con toda clase de personas, como las mujeres bonitas se complacen en ofrecer una sonrisa que saben alegre a quien la recibe. Por lo demás, no puedo decir que esta manera mía de poner a la gente del pueblo en pie de igualdad con la del gran mundo, muy bien admitida por ésta, satisficiera, en cambio, siempre plenamente a mi madre. No porque, humanamente, hiciera ella alguna diferencia entre los seres, y si Francisca estaba alguna vez apenada o enferma, mamá la consolaba y la cuidaba con el mismo cariño, con la misma abnegación que a su mejor amiga. Pero mi madre era demasiado hija de mi abuelo para no aceptar socialmente las castas. Por más que las gentes de Combray tuvieran corazón, sensibilidad, por más que aceptaran las más bellas teorías sobre la igualdad humana, mi madre, cuando un criado se



emancipaba, tratándome una vez de «usted» y tendiendo insensiblemente a no hablarme ya en tercera persona, sentía ante estas usurpaciones el mismo descontento que explota en las *Memorias* de Saint-Simon cada vez que un señor que no tiene derecho a la calidad de «Alteza» aprovecha un pretexto para tomársela en un documento oficial o para no dar a los duques lo que les debe y de lo que se va eximiendo poco a poco. Había un «espíritu de Combray» tan refractario que se necesitarán siglos de bondad (la de mi madre era infinita), y de teorías igualitarias, para que desaparezca. No puedo decir que en mi madre no permanecieran insolubles ciertas parcelas de este espíritu. Le hubiera sido tan difícil dar la mano a un criado como fácil le era darle diez francos (que, por lo demás, le causaban más alegría). Para ella, quisiera o no, los señores eran los señores y los criados eran las personas que comían en la cocina. Cuando veía a un conductor de automóvil comer conmigo en el comedor no le gustaba nada y me decía: «Me parece que podrías elegir como amigo algo mejor que un mecánico», lo mismo que hubiera dicho si se tratara de matrimonio: «Podrías encontrar un partido mejor». El mecánico (por fortuna a éste no se me había ocurrido nunca invitarle) vino a decirme que la compañía de automóviles que le había mandado a Balbec para la temporada le ordenaba volver a París al día siguiente. Nos pareció que esta razón debía de ser conforme a la verdad, más aún porque el chófer era encantador y se expresaba tan sencillamente que sus palabras parecían palabras del evangelio. Pero sólo era verdad a medias. La realidad era que no tenía nada que hacer en Balbec. Y, en todo caso, la compañía, que sólo confiaba a medias en la veracidad del joven evangelista, apoyado en su rueda de consagración, deseaba que volviera en seguida a París. Si el joven apóstol realizaba milagrosamente la multiplicación de los kilómetros cuando se los contaba a monsieur de Charlus, en cambio, cuando se trataba de dar cuenta de su compañía, dividía por seis lo que había ganado. En vista de lo cual, la compañía, pensando que ya nadie hacía excursiones en Balbec, cosa verosímil a aquella altura de la temporada, o bien que la robaban, deducía de una y de otra hipótesis que lo mejor era llamar al chófer a París, donde tampoco se hacía gran cosa. Lo que quería el chófer era evitar, a ser posible, la temporada muerta. Ya he dicho —cosa que entonces ignoraba y que, de haberla sabido, me hubiera ahorrado muchos disgustos— que estaba en muy buenas relaciones con Morel, aunque delante de los demás aparentaban no conocerse. Desde que le llamaron a

París, sin saber todavía que había un medio de no marcharse, tuvimos que conformarnos para nuestros paseos con alquilar un coche de caballos o, a veces, para distraer a Albertina y porque le gustaba la equitación, caballos de silla. Los coches eran malos. «¡Qué cacharro!», decía Albertina. Por otra parte, muchas veces me habría gustado estar solo. Sin querer fijarme una fecha, deseaba que terminara aquella vida a la que yo culpaba de hacerme renunciar, más que al trabajo, al placer. Pero también ocurría que las costumbres que me retenían quedaran abolidas de pronto, generalmente cuando algún antiguo yo, rebosante de deseo de vivir con alegría, remplazaba por un momento al yo actual. Este deseo de evasión lo experimenté especialmente un día en que, después de dejar a Albertina en casa de su tía, fui a caballo a ver a los Verdurin y tomé en el bosque un camino abrupto cuya belleza me habían alabado. Ciñéndose a las formas del acantilado, unas veces subía y otras, estrechándose entre aglomeraciones de árboles, se hundía en hoces salvajes. Por un momento, las rocas peladas que me rodeaban, el mar que se divisaba por entre sus picos, flotaron ante mis ojos con fragmentos de otro mundo: había reconocido el paisaje montañoso y marino que Elstir tomó como marco para aquellas dos admirables acuarelas, *Encuentro del poeta y la musa* y *Encuentro del joven y el centauro*, que había visto en casa de la duquesa de Guermantes. Su recuerdo volvía a poner los lugares en que me encontraba tan fuera del mundo actual, que no me hubiera extrañado cruzarme en mi paseo con un personaje mitológico, como el joven de la edad prehistórica que pinta Elstir. De pronto mi caballo se encabritó; había oído un ruido singular y me costó trabajo dominar al animal y que no me tirara al suelo. Después levanté los ojos llenos de lágrimas hacia el punto de donde parecía venir aquel ruido, y, a unos cincuenta metros por encima de mí, vi en el sol, entre dos grandes alas de resplandeciente acero que lo llevaban, un ser cuya figura, poco definida, me pareció que asemejaba a la de un hombre. Me impresionó tanto como podría impresionar a un griego ver por primera vez a un semidiós. Lloraba además, pues estaba dispuesto a llorar desde el momento en que me di cuenta de que el ruido venía de encima de mi cabeza —los aeroplanos eran todavía raros en aquella época— al pensar que lo que iba a ver por primera vez era un aeroplano. Y, como cuando se ven en un periódico unas palabras emocionantes, no esperaba más que ver el avión para romper a llorar. Pero el aviador pareció vacilar sobre su camino; yo sentía que tenía abiertas ante él —ante mí, si

la costumbre no me hubiera apresado— todas las rutas del espacio, de la vida; siguió más lejos, planeó unos momentos sobre el mar y después, decidiéndose súbitamente, como si cediera a una atracción inversa a la de la gravedad, como si volviera a su patria, con un ligero movimiento de sus alas de oro picó derecho hacia el cielo.

Volviendo al chófer, pidió a Morel no sólo que los Verdurin cambiasen su *break* por un auto (lo que, dada la generosidad de los Verdurin para sus fieles, era relativamente fácil), sino, lo que era más difícil, que sustituyera por él, por el mecánico, a su cochero principal, el joven sensible y propenso a las ideas negras. Esto se realizó a los pocos días de la manera siguiente. Morel comenzó por hacer que robaran al cochero todo lo necesario para enganchar. Un día no encontraba el bocado, otro día las riendas. Otras veces había desaparecido el cojín del asiento, o la fusta, o la manta, o la esponja, o la piel de camello. Pero se arregló siempre con vecinos; lo único que ocurría era que llegaba con retraso, lo que irritaba contra él a madame Verdurin y le sumía en un estado de tristeza y de ideas negras. El chófer, impaciente por entrar, le dijo a Morel que se iba a volver a París. Había que dar un golpe decisivo. Morel convenció a los criados de monsieur Verdurin de que el joven cochero había dicho que iba a hacerlos caer a todos en una trampa y que alardeaba de dar cuenta de ellos, añadiendo que no podían dejar pasar aquello. Él no podía meterse en el asunto, pero los avisaba para que le tomaran la delantera. Convinieron que, cuando monsieur y madame Verdurin salieran de paseo con sus amigos, caerían todos en la cuadra sobre el cochero. Aunque lo que voy a contar no ocurrió sino en ocasión de lo que iba a tener lugar y los personajes me interesaron después, diré que aquel día estaba un amigo de los Verdurin pasando unos días en casa de éstos y querían ofrecerle un paseo a pie antes de su marcha, fijada para aquella misma noche.

Cuando salimos me sorprendió mucho que Morel, que nos acompañaba en nuestro paseo a pie con el propósito de tocar el violín entre los árboles, me dijera:

—Mire, me duele el brazo, no quiero decírselo a madame Verdurin, pero ruéguele que traiga uno de sus criados, por ejemplo, Howsler, para que me lleve los instrumentos.

—Creo que sería mejor elegir otro —contesté—. Se le necesita para la comida.

Por el rostro de Morel pasó una expresión de ira.

—No, no quiero confiar mi violín a cualquiera.

Más tarde comprendí la razón de aquella preferencia. Howsler era el hermano querido del joven cochero y, quedándose en casa, podría acudir en socorro suyo. Durante el paseo me dijo Morel en voz lo bastante baja para que no pudiera oírnos Howsler:

—Éste es un buen muchacho. Y su hermano también lo es. Si no tuviera esa funesta costumbre de beber...

—¡Cómo! ¿De beber? —dijo madame Verdurin, palideciendo ante la idea de tener un cochero que bebía.

—Usted no lo nota. Yo pienso siempre que es un milagro no haber tenido nunca un accidente cuando él conducía.

—Pero ¿conduce a otras personas?

—No tiene usted más que ver las veces que ha volcado; hoy tiene la cara llena de esquimosis. No sé cómo no se ha matado, ha roto las lanzas.

—Hoy no le he visto —dijo madame Verdurin temblando ante la idea de lo que hubiera podido ocurrirle a ella—. Me deja usted desolada.

Quiso abreviar el paseo para volver, pero Morel eligió un aria de Bach con variaciones infinitas para prolongarla. Al volver a la casa fue a la cuadra, vio la lanza nueva y a Howsler ensangrentado. Iba a decirle, sin hacerle ninguna observación, que ya no necesitaba cochero y a darle dinero, pero él mismo, no queriendo acusar a sus compañeros, a cuya animosidad atribuía retrospectivamente el robo cotidiano de todas las sillas, etc., y viendo que su paciencia no conducía a más que a que le dejaran por muerto en el suelo, dijo que se marchaba, y esto lo arregló todo. Al día siguiente entró el chófer, y, más tarde, madame Verdurin — que tuvo que tomar a otro — quedó tan satisfecha de él que me lo recomendó calurosamente como hombre de absoluta confianza. Yo, que no sabía nada, le tomé por días en París; pero me he anticipado mucho, todo esto se encontrará en la historia de Albertina. En este momento estamos en la Raspelière, donde he venido a comer por primera vez con mi amiga, y monsieur de Charlus con Morel, supuesto hijo de un «intendente» que ganaba treinta mil francos fijos al año y que tenía un coche y numerosos mayordomos subalternos, jardineros, mayoresales y braceros bajo sus órdenes. Pero ya que me he anticipado tanto, no quiero dejar al lector bajo la impresión de que Morel era absolutamente malo. Estaba más bien lleno

de contradicciones, y algunos días era capaz de ser verdaderamente agradable.

Naturalmente, me extrañó mucho enterarme de que habían despedido al cochero, y mucho más verle sustituido por el chófer que nos había llevado de paseo a Albertina y a mí. Pero me contó una historia complicada, según la cual tuvo que volver a París, de donde le llamaron para los Verdurin, y yo no lo dudé ni un momento. El despido del cochero dio ocasión a que Morel hablara un poco conmigo para decirme cuánto sentía la marcha de aquel buen muchacho. Por lo demás, incluso fuera de los momentos en que yo estaba solo y él se precipitaba literalmente hacia mí con una expansión de alegría, Morel, al ver que todo el mundo me festejaba en la Raspelière y al darse cuenta de que se excluía voluntariamente de la familiaridad de alguien que no ofrecía peligro para él, porque me había hecho cortar los puentes, privándome de toda posibilidad de adoptar con él aires protectores (aires que, por lo demás, nunca pensé tomar), dejó de mantenerse alejado de mí. Yo atribuí este cambio de actitud a la influencia de monsieur de Charlus, influencia que, en efecto, le hacía, en algunos aspectos, menos limitado, más artista, pero en otros, en los que aplicaba literalmente las fórmulas elocuentes, mentirosas, y además momentáneas del maestro, le entontecía más aún. Lo que había podido decirle monsieur de Charlus fue, en efecto, lo único que yo supuse. ¿Cómo, pues, habría podido adivinar entonces lo que le dijo luego (y de lo que nunca he estado seguro, porque las afirmaciones de Andrea, sobre todo en lo que se refería a Albertina, y más aún después, me parecieron siempre muy dudosas, pues, como hemos visto otras veces, no quería sinceramente a mi amiga y tenía celos de ella), y que en todo caso, si era cierto, me lo ocultaron notablemente las dos: que Albertina conocía mucho a Morel? La nueva actitud que adoptó Morel conmigo hacia aquel momento del despido del cochero me permitió cambiar de opinión sobre él. Formé de su carácter la desfavorable idea producida por la bajeza que me demostró cuando tuvo necesidad de mí, seguida, una vez recibido el favor, de un desdén llevado hasta el punto de aparentar que no me veía. A esto había que añadir la evidencia de sus relaciones de venalidad con monsieur de Charlus, y además unos instintos de bestialidad sin objeto que, cuando no eran satisfechos o daban lugar a complicaciones, se traducían en tristeza; pero este carácter no era tan uniformemente feo y estaba lleno de contradicciones. Era como un viejo libro de la Edad Media,

lleno de errores, de tradiciones absurdas, de obscenidades y extraordinariamente complejo. Al principio creí que su arte, en el que era verdaderamente un maestro, le había dado ciertas superioridades que rebasaban el virtuosismo del ejecutante. Una vez que le hablé de mi deseo de ponerme a trabajar, me dijo:

—Trabaje, hágase un hombre ilustre.

—¿De quién es eso? —le pregunté.

—De Fontanes a Chateaubriand.

Conocía también una correspondencia amorosa de Napoleón. Bien, pensé, es letrado. Pero aquella frase, que había leído no sé dónde, era seguramente la única que conocía de toda la literatura antigua y moderna, pues me la repetía cada noche. Otra, que repetía más, para impedirme que dijera nada de él a nadie, era ésta, que él creía también literaria y que apenas es francesa, o al menos no tiene ningún sentido, excepto quizá para un criado misterioso: «Desconfiemos de los desconfiados». En el fondo, yendo de esta estúpida máxima hasta la frase de Fontanes a Chateaubriand, se podía recorrer toda una parte, variada, pero menos contradictoria de lo que parece, del carácter de Morel. Este mozo, que por poco dinero que mediara habría hecho cualquier cosa, y sin remordimientos —acaso no sin una contrariedad extraña que podía llegar hasta la sobreexcitación nerviosa, pero a la que le iría muy mal el nombre de remordimiento—, este hombre que, por interés, hubiera sido capaz de sumir en la pena, hasta en el luto, a familias enteras; este mozo que ponía el dinero por encima de todo y, sin hablar de bondad, por encima de los más naturales sentimientos de simple humanidad, este mismo mozo ponía, sin embargo, por encima del dinero su diploma de primer premio del Conservatorio y que no pudieran decir nada desfavorable de él en la clase de flauta o de contrapunto. Y sus más furibundas cóleras, sus más sombríos y más injustificables accesos de mal humor provenían de lo que él llamaba (seguramente generalizando algunos casos particulares en los que había tropezado con malintencionados) la vileza universal. Se jactaba de estar fuera de ella no hablando nunca de nadie, ocultando su juego, desconfiando de todo el mundo. (Por desgracia mía, y como veremos por los resultados después de mi regreso a París, su desconfianza no había «funcionado» con respecto al chófer de Balbec, en el que seguramente había visto un semejante, es decir, en contra de su máxima, un desconfiado en el buen sentido de la palabra, un desconfiado que se calla

obstinadamente ante las personas honradas y se lía en seguida con un sirvergüenza.) Creía —y esto no era absolutamente falso— que aquella desconfianza le permitiría retirarse a tiempo, escabullirse, sin que pudieran pescarle, a través de las más peligrosas aventuras, y sin que pudieran, no ya probarle nada, sino ni siquiera decir nada contra él, en la institución de la Rué Bergère. Trabajaría, llegaría a ser ilustre, sería quizá un día, con una respetabilidad intacta, presidente del tribunal de violín en los concursos del prestigioso Conservatorio.

Pero acaso es demasiada lógica para el cerebro de Morel deducir unas de otras las contradicciones. En realidad, su naturaleza era verdaderamente como un papel con el que se hacen tantos pliegues en todos los sentidos que resulta imposible encontrarse en ellos. Parecía tener principios bastante elevados, y con una letra magnífica, estropeada por las más groseras faltas de ortografía, se pasaba horas escribiendo a su hermano que había obrado mal con sus hermanas, siendo el hermano mayor, el apoyo de las mismas, y a sus hermanas, que habían cometido con él mismo una acción incorrecta.

Pasado poco tiempo y declinando ya el verano, al bajar del tren en Douville, el sol, amortiguado por la bruma, no era ya más que un bloque rojo en el cielo uniformemente malva. La gran paz que, llegada la noche, desciende a aquellos prados hirsutos y salinos había aconsejado a muchos parisienses, pintores en su mayoría, ir a veranear a Douville, y la humedad les hacía volver temprano a los pequeños chalets. En varios de éstos estaba ya encendida la lámpara. Sólo quedaban fuera algunas vacas que mugían mirando al mar, mientras que otras que se interesaban más por la humanidad miraban con atención a nuestros coches. Solamente un pintor que había armado un caballete en una estrecha eminencia trabajaba procurando trasladar al lienzo aquella gran calma, aquella luz tenue. Acaso las vacas iban a servirle, inconsciente y gratuitamente, de modelos, pues su aire contemplativo y su presencia solitaria cuando los humanos se habían metido en casa contribuían a su modo a esa poderosa impresión de reposo que se respira en el anochecer. Y, pasadas unas semanas, no fue menos agradable la transposición cuando, avanzando el otoño, los días iban siendo muy cortos y había que hacer aquel viaje de noche. Si yo iba a dar una vuelta después de almorzar, había que volver lo más tarde a las cinco para vestirse, pues a esa hora ya estaba el sol, redondo y rojo, en el medio del espejo oblicuo, tan detestado en otro tiempo, y, como un fuego

griego, incendiaba el mar en los cristales de todas mis bibliotecas. Como si, mientras me ponía el smoking, un gesto mágico suscitara el yo alerta y frívolo que era mi yo cuando iba con Saint-Loup a comer a Rivebelle y la noche en que creía llevar a mademoiselle de Stermaria a comer a la isla del Bois, me puse a tararear inconscientemente el mismo son que entonces; y solamente al darme cuenta de ello reconocí en la canción al cantante inteligente, el cual, en realidad, no sabía más que aquélla. La primera vez que la canté empezaba a enamorarme de Albertina, pero creía que no iba a conocerla nunca. Posteriormente, en París, era cuando ya había dejado de amarla y a los pocos días de poseerla por primera vez. Ahora era cuando la amaba de nuevo y en el momento de ir con ella, muy a disgusto del director, el cual pensaba que yo acabaría por vivir en la Raspelière y dejar su hotel, y aseguraba haber oído decir que por allí había unas fiebres producidas por las marismas del Bec y por sus aguas estancadas. Me encantaba aquella multiplicidad desplegada en tres planos en mi vida; y además, cuando, por un momento, se vuelve a ser un hombre antiguo, es decir, diferente del hombre que se es desde hace tiempo, la sensibilidad, no amortiguada ya por la costumbre, recibe menores choques de las impresiones tan vivas que empalidecen todo lo que las ha precedido y a las que, por su intensidad, nos entregamos con la exaltación pasajera de un borracho. Era ya de noche cuando subíamos al ómnibus o al coche que nos llevaría a la estación a tomar el trenecito. Y en el hall, el primer presidente nos decía: «¡Ah, van a la Raspelière! Caray, vaya un tupé que tiene madame Verdurin para hacerles recorrer por la noche una hora de tren sólo para comer. Y después el mismo trayecto a las diez de la noche, con un viento de todos los diablos. Ya se conoce que no tienen ustedes nada que hacer», añadía frotándose las manos. Seguramente hablaba así por despecho de no estar invitado, y también por la satisfacción que sienten los hombres «ocupados» —aunque sea en el trabajo más estúpido— de «no tener tiempo» de hacer lo que hacen los demás.

Claro que es legítimo que el hombre que redacta informes, alinea cifras, contesta cartas de negocios, sigue las cotizaciones de bolsa, experimente un agradable sentimiento de su superioridad cuando nos dice en son de burla: «Eso es bueno para ustedes, que no tienen nada que hacer». Pero esa superioridad se manifestaría igualmente desdeñosa, incluso más (pues comer fuera de casa lo hace también el hombre ocupado), si nuestra diversión consistiera en escribir *Hamlet* o solamente



en leerlo. Y esto es, en los hombres ocupados, falta de reflexión. Pues la cultura desinteresada, que les parece cómico pasatiempo de ociosos cuando la sorprenden en el momento en que se está practicando, deberían pensar que es la misma que, en su propio oficio, destaca a algunos hombres quizá no mejores magistrados o funcionarios que ellos, pero ante cuyo ascenso rápido se inclinan diciendo: «Parece ser que es un gran letrado, un hombre extraordinario». Pero sobre todo el primer presidente no se daba cuenta que lo que a mí me gustaba en aquellas comidas de la Raspelière era que, como él decía con razón, aunque en son de censura, «representaban un verdadero viaje», un viaje que tenía para mí más encanto porque su finalidad no era el viaje mismo, porque el placer no lo buscaba en él, sino en la reunión a la que íbamos y no dejaba de influir mucho en él toda la atmósfera que lo rodeaba.

Ahora era ya de noche cuando yo cambiaba el calor del hotel —aquel hotel convertido en mi hogar— por el vagón al que subíamos con Albertina y donde el reflejo del farol en el cristal nos advertía, en ciertas paradas del trenecito jadeante, que habíamos llegado a una estación. Sin haber oído el nombre de la estación y por si acaso Cottard no nos veía, yo abría la portezuela, pero lo que se precipitaba en el vagón no eran los fieles, sino el viento, la lluvia, el frío. En la oscuridad distinguía los campos, oía el mar, estábamos en campo raso. Albertina, antes de reunimos con el pequeño núcleo, se miraba en un espejito sacado de un neceser de oro que llevaba con ella. Y es que, como las primeras veces madame Verdurin la hizo subir a su tocador para que se arreglara antes de comer, yo, en el seno de la profunda calma en que vivía desde hacía algún tiempo, había sentido un pequeño movimiento de inquietud y de celos al tener que dejar a Albertina al pie de la escalera, y tanta ansiedad había sufrido mientras estaba solo en el salón, en medio del pequeño clan y preguntándome qué haría arriba mi amiga, que al día siguiente, después de pedir indicaciones a monsieur de Charlus sobre lo más elegante que se hacía, pedí por telegrama a Cartier un neceser que hizo feliz a Albertina y también a mí. Era una prenda de tranquilidad para mí y también de solicitud por parte de mi amiga. Pues desde luego había adivinado que no me gustaba que estuviera sin mí en casa de madame Verdurin, y se las arreglaba para hacerse en el vagón toda la *toilette* que precedía a la comida.

Entre los habituales de madame Verdurin figuraba ahora monsieur de Charlus, y era desde hacía meses el más fiel. Con regularidad, tres veces por semana, los viajeros que estaban en las salas de espera o en el andén de Doncières-Ouest veían pasar a aquel hombre grueso, de cabello gris, bigote negro, labios rojos de una pintura que al final de la temporada se nota menos que en el verano, cuando la luz fuerte la hacía más llamativa y el calor medio líquida. Mientras se encaminaba al trenecito, no podía menos de dirigir a los trabajadores, a los militares, a los jóvenes en traje de tenis (y sólo por costumbre de entendido, porque ahora tenía un sentimiento que le hacía casto o al menos fiel la mayor parte del tiempo), una mirada furtiva, a la vez inquisitorial y tímida, después de lo cual bajaba los párpados sobre los ojos casi cerrados, con la unción de un eclesiástico rezando el rosario, con la reserva de una esposa entregada a su único amor o de una muchacha bien educada. Los fieles pensaban que no los había visto, porque subía a otro compartimiento (como solía hacer también la princesa Sherbatoff) como hombre que no sabe si a los demás les gustará o no que los vean con él y les deja en libertad de ir a buscarle si lo desean. Este deseo no lo había sentido las primeras veces el doctor, que quiso que le dejáramos solo en su compartimiento. Olvidando su carácter precavido desde que tenía una gran posición en la medicina, sonriendo, repantigándose, mirando a Ski por encima de los anteojos, dijo, por malicia o para sorprender al sesgo la opinión de los cofrades:

—¿Saben?, si yo fuera solo y joven..., pero no sé si, después de lo que ustedes me han dicho, puedo dejar a mi mujer que viaje sola.

—¿Qué dices? —preguntó madame Cottard.

—Nada, no es cosa tuya, no es para mujeres —contestó el doctor guiñando el ojo, con una majestuosa satisfacción de sí mismo intermedia entre el porte grave que adoptaba ante sus alumnos y ante sus enfermos y la inquietud que en otro tiempo acompañaba a sus ratos de ingenio en casa de los Verdurin, y siguió hablando muy bajo.

Madame Cottard no distinguía más que las palabras «de la hermandad» y *tapette*, y como en el lenguaje del doctor lo primero se refería a la raza judía y lo segundo a las lenguas muy sueltas, madame Cottard sacó en consecuencia que monsieur de Charlus debía de ser un israelita charlatán. No comprendió que por esto dejaran al barón aparte, se creyó en el deber, como decana del clan, de exigir que no le dejaran solo, y nos encaminamos todos al compartimiento de monsieur de Charlus,

guiados por Cottard, que seguía perplejo. Monsieur de Charlus desde el rincón donde estaba leyendo un libro de Balzac, se dio cuenta de esta vacilación, aunque no había levantado los ojos. Pero así como los sordomudos, que en una corriente de aire insensible para los demás notan que llega alguien detrás de ellos, monsieur de Charlus tenía una verdadera hiperacuidad sensorial para notar la frialdad en torno suyo. Esta hiperacuidad sensorial había producido a monsieur de Charlus, como ocurre en todos los dominios, sufrimientos imaginarios. De la misma manera que esos neurópatas que, al sentir un poquito de fresco, deducen que debe de haber una ventana abierta en el piso de arriba, se enfurecen y comienzan a estornudar, así monsieur de Charlus, si una persona se mostraba preocupada delante de él, deducía que le habían repetido algo que él había dicho sobre ella. Pero ni siquiera hacía falta ese aire distraído, o ese aire preocupado, o ese aire alegre: los inventaba él. En cambio la cordialidad le encubría fácilmente a los maldicientes que no conocía. Como adivinó la primera vez la vacilación de Cottard, si, con gran asombro de los fieles que no creían que los había visto el lector con los ojos bajos, les tendió la mano cuando estuvieron a una distancia conveniente, a Cottard se limitó a hacerle una inclinación con todo el cuerpo, irguiéndolo en seguida, sin tomar con su mano enguantada de piel de Suecia la que el doctor le tendía.

—Queríamos hacer el camino con usted, caballero, y no dejarle solo en su rinconcito. Es un gran placer para nosotros —dijo bondadosamente madame Cottard al barón.

—Mucho honor para mí —recitó el barón inclinándose con un gesto frío.

—Me ha alegrado mucho saber que ha elegido usted definitivamente este país para fijar en él su taber... —Iba a decir tabernáculo, pero esta palabra le pareció hebraica y molesta para un judío, que podía ver en ella una alusión. Se contuvo, pues, para elegir otra de las expresiones que le eran familiares, es decir, una expresión solemne—. Quería decir para fijar en él «sus penates» —verdad es que estas divinidades no pertenecen a la religión cristiana, sino a una que murió hace mucho tiempo y que ya no tiene adeptos a los que se pueda ofender—. Nosotros, desgraciadamente, con la apertura de curso y el servicio del hospital del doctor no podemos nunca elegir domicilio por mucho tiempo en un mismo lugar. —Y mostrándole una caja—: Además ya ve usted que nosotras las mujeres

estamos peor que el sexo fuerte; para ir a un sitio tan cerca como la casa de nuestros amigos los Verdurin tenemos que llevar con nosotras toda una impedimenta.

Mientras tanto yo miraba el libro de Balzac del barón. No era un ejemplar en rústica, comprado al azar, como el libro de Bergotte que me prestó el primer año. Era un volumen de su biblioteca y, como tal, llevaba la divisa: «Soy del Barón de Charlus», que a veces, para demostrar la afición estudiosa de los Guermantes, se sustituía por: «*In praeliis non semper*», y otras veces por: «*Non sine labore*». Pero no tardaremos en verlas sustituidas por otras para agrandar a Morel. Pasado un momento, madame Cottard abordó un tema que parecía más pertinente para el barón.

—No sé si será de mi opinión, caballero —le dijo—, pero yo soy muy amplia de ideas y para mí todas las religiones son buenas con tal que se practiquen sinceramente. No soy como esa gente que al ver a un... protestante se ponen hirófobos.

—A mí me han enseñado que la mía era la verdadera —replicó monsieur de Charlus.

«Es un fanático —pensó madame Cottard—; Swann era más tolerante, salvo al final; verdad es que se había convertido». Pero el barón, por el contrario, no sólo era cristiano, como es sabido, sino piadoso a la manera de la Edad Media. Para él, como para los escultores del siglo XIII, la Iglesia cristiana estaba poblada, en el sentido vivo de la palabra, de multitud de seres que se creían perfectamente reales: profetas, apóstoles, ángeles, santos personajes de todo tipo, rodeando al Verbo encarnado, a su madre y a su esposo, al Padre Eterno, a todos los mártires y doctores, de tal modo que su pueblo en pleno relieve se aglomera en el pórtico o llena el barco de las catedrales. Entre todos ellos, monsieur de Charlus había elegido como patronos intercesores a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, con los cuales tenía frecuentes conversaciones para que transmitiesen sus plegarias al Padre Eterno, ante cuyo trono se encuentran. Así que el error de madame Cottard me hizo mucha gracia.

Dejando el terreno religioso, diremos que el doctor, que había llegado a París con el magro equipaje de los consejos de una madre campesina, absorbido después por los estudios, casi puramente materiales, a los que tienen que consagrarse durante muchos años los que quieren llegar muy adelante en su carrera de medicina, no se había cultivado nunca; había adquirido autoridad, pero no experiencia; tomó al pie de la letra aquello de

«mucho honor» y se quedó a la vez satisfecho porque era vanidoso, y afligido, porque era buena persona. «Ese pobre De Charlus —dijo por la noche a su mujer— me dio pena cuando dijo que era mucho honor para él viajar con nosotros. Se ve que el pobre diablo no tiene relaciones, que se humilla.»

Pero los fieles, sin necesidad de que los guiara la caritativa madame Cottard, lograron dominar la turbación que todos habían sentido más o menos al encontrarse junto a monsieur de Charlus. En su presencia, no podían dejar de pensar en las revelaciones de Ski y en la anomalía sexual unida a la persona de su compañero de viaje. Pero esta misma anomalía ejercía sobre ellos una especie de atracción y daba a la conversación de monsieur de Charlus, notable por lo demás, pero en partes que ellos no podían apreciar apenas, un sabor tal que, comparada con ella, la más interesante, la del mismo Brichot, resultaba un poco insípida. Por otra parte, se complacieron desde el principio en reconocer que era inteligente. «El genio puede estar muy cerca de la locura», enunciaba el doctor, y si la princesa, ávida de instruirse, insistía, el doctor no decía más, pues aquel axioma era lo único que sabía sobre el genio y, por otra parte, no le parecía tan demostrado como lo que se refiere a la fiebre tifoidea y al artrismo. Y como se había vuelto soberbio y seguía siendo mal educado: «Nada de preguntas, princesa, no me interrogue, he venido a la orilla del mar a descansar. Además no me entendería, usted no sabe medicina.» Y la princesa se callaba disculpándose, encontrando que Cottard era un hombre encantador y comprendiendo que las celebridades no siempre son abordables. En aquel primer período acabaron por encontrar inteligente a monsieur de Charlus a pesar de su vicio (o de lo que así se llama generalmente). Ahora, sin darse cuenta, era precisamente por su vicio por lo que le encontraban más inteligente que a los demás. Las máximas más sencillas que monsieur de Charlus, hábilmente provocado por el universitario o por el escultor, enunciaba sobre el amor, los celos, la belleza, debido a la experiencia singular, secreta, refinada y monstruosa de donde las sacaba tenían para los fieles ese encanto de lo exótico que en una obra rusa o japonesa representada por artistas de esos países reviste una psicología análoga a la que nos ha ofrecido en todo tiempo nuestra literatura dramática. Y cuando él no lo oía, hasta aventuraban una broma de mal gusto:

—¡Oh! —cuchicheaba el escultor al ver a un joven empleado con largas pestañas de bayadera y al que monsieur de Charlus no había podido menos de mirar—, si el barón se pone a guiñarle el ojo al revisor, tardaremos en llegar: el tren va a ir reculando. Miren, miren cómo le mira, ya no estamos en un pequeño tren, sino en un funicular.

Pero en el fondo, si monsieur de Charlus no venía, los fieles se sentían casi decepcionados por viajar solamente entre personas como todo el mundo y no con un personaje pintarrajeado, panzudo y hermético, como una caja de procedencia exótica y sospechosa que emana un furioso olor de frutas que, sólo a la idea de probarlas, levantan el estómago. En este aspecto, los fieles del sexo masculino gozaban satisfacciones más vivas en la pequeña parte del trayecto entre Saint-Martin-du-Chêne, donde subía monsieur de Charlus, y Doncieres, estación donde se nos incorporaba Morel. Pues mientras el violinista no estaba allí (y si las damas y Albertina, que formaban bando aparte para no forzar la conversación, estaban lejos), monsieur de Charlus no se recataba para que no pareciera esquivar ciertos temas y hablar de «lo que se ha convenido en llamar malas costumbres». Albertina no podía importunarle, porque estaba siempre con las señoras, por atención de muchacha que no quiere que su presencia coarte la libertad de la conversación. Y yo soportaba fácilmente no tenerla a mi lado, pero a condición de que estuviera en el mismo vagón. Pues yo, que ya no sentía celos ni apenas amor por ella, no pensaba en lo que hacía los días en que no estaba conmigo, pero en cambio, cuando sí estaba, un simple tabique que pudiera disimular una traición me resultaba insoportable, y si iba con las señoras al compartimiento vecino, al cabo de un momento no podía permanecer en mi sitio y, a riesgo de molestar al que estaba hablando, Brichot, Cottard o Charlus, sin poder explicarles la causa de mi fuga, me levantaba y los dejaba allí plantados para ir a ver si, al lado, no pasaba nada anormal. Y hasta Doncieres, monsieur de Charlus, sin temor a chocar, hablaba a veces muy crudamente de costumbres que para él, decía, no eran ni buenas ni malas. Lo hacía por habilidad, para demostrar su amplitud de espíritu, convencido como estaba de que las suyas no suscitaban apenas sospechas en el ánimo de los fieles. Desde luego pensaba que había en el mundo algunas personas que, según una expresión que más tarde llegó a serle familiar, «sabían a qué atenerse sobre él». Pero se figuraba que no eran más de tres o cuatro y que ninguna de ellas estaba en la costa normanda. Esta ilusión puede parecer extraña en

un hombre tan sagaz, tan inquieto. Aun tratándose de los que él creía más o menos enterados, se jactaba de que lo estaban vagamente y tenía la pretensión de que, diciendo él tal o cual cosa a una persona, la haría rechazar las suposiciones de un interlocutor que, por cortesía, aparentaba aceptar sus decires. Y aun sospechando lo que yo pudiera saber o suponer sobre él, se figuraba que esta opinión, que él creía mucho más antigua por mi parte de lo que era en realidad, era muy general, y que le bastaba negar tal o cual detalle para ser creído, mientras que, al contrario, si el conocimiento del conjunto precede siempre al de los detalles, facilita muchísimo la investigación de éstos y, destruido el poder de invisibilidad, ya no permite al disimulador ocultar lo que quiere. Cierto es que, cuando monsieur de Charlus, invitado a una comida por uno de los fieles o por un amigo de los fieles, daba los rodeos más complicados para meter entre los nombres de diez personas que citaba el de Morel, apenas sospechaba que las razones, siempre diferentes, que daba sobre el gusto o la comodidad que él podría tener aquella noche en ser invitado con él, sus anfitriones, aparentando creerle, las sustituían por una sola, siempre la misma, razón que él creía ignorada por ellos, es decir, que le amaba. Y madame Verdurin, aparentando siempre que admitía sin la menor reserva los motivos medio artísticos, medio humanitarios, con los que monsieur de Charlus le explicaba su interés por Morel, no dejaba de agradecer conmovida al barón las bondades emocionantes, decía, que tenía para el violinista. Pero cuál habría sido el asombro de monsieur de Charlus si, un día en que Morel y él se retrasaron y no llegaron en el tren, hubiera oído a la Patrona decir: «Ya no esperamos más que a esas señoritas». Se hubiera quedado tanto más estupefacto porque ya no salía de la Raspelière, donde hacía de capellán, de abate del repertorio y a veces (cuando Morel tenía cuarenta y ocho horas de permiso) dormía allí dos noches seguidas. Madame Verdurin les daba entonces dos habitaciones comunicadas y, para facilitarles la cosa, decía:

—Si tienen ganas de hacer música, no se priven; las paredes son como las de una fortaleza, en su piso no hay nadie, y mi marido tiene un sueño de plomo.

Aquellos días, monsieur de Charlus relevaba a la princesa yendo a buscar a los nuevos a la estación, disculpaba a madame Verdurin por no haber podido ir debido a un estado de salud tan bien descrito por él que los invitados entraban en la casa con cara de circunstancias y lanzaban una

exclamación de sorpresa al ver a la Patrona despabilada y de pie, en traje de media gala.

Pues, para madame Verdurin, monsieur de Charlus había llegado a ser momentáneamente el fiel de los fieles, una segunda princesa Sherbatoff. De su situación mundana estaba mucho menos segura que de la de la princesa, figurándose que si ésta no quería ver más que al pequeño núcleo, era por desprecio a los demás y predilección por él. Como este fingimiento era precisamente el mismo de los Verdurin, que llamaban aburridos a todos los que no podían tratar, resulta increíble que la Patrona pudiera tener a la princesa por un alma de acero, enemiga jurada de lo elegante. Pero así era, y estaba convencida de que si la gran dama no trataba tampoco a los aburridos, era sinceramente y por gusto de intelectualidad. Por lo demás, el número de los aburridos disminuía para los Verdurin. En la vida de los baños de mar, una presentación no tenía las consecuencias futuras que fueran de temer en París. Algunos hombres brillantes que estaban en Balbec sin sus mujeres, lo que facilitaba todo, en la Raspelière hacían progresos y, de aburridos que eran, se convertían en exquisitos. Así ocurrió con el príncipe de Guermantes, a quien la ausencia de la princesa no habría bastado para decidirle a ir «como soltero» a casa de los Verdurin, si el imán del dreyfusismo no hubiera sido tan poderoso como para hacerle subir de un tirón las pendientes que conducen a la Raspelière, y desgraciadamente un día en que la Patrona había salido. Por lo demás, madame Verdurin no estaba segura de que él y monsieur de Charlus perteneciesen al mismo mundo. Ciertamente que el barón había dicho que el duque de Guermantes era hermano suyo, pero aquello era quizá la mentira de un aventurero. Por elegante, por amable, por «fiel» que se hubiera mostrado con los Verdurin, la Patrona casi vacilaba en invitarle con el príncipe de Guermantes. Lo consultó con Ski y con Brichot.

—¿Irán bien juntos el barón y el príncipe de Guermantes?

—Por Dios, señora, en cuanto a uno de los dos creo que puedo decir...

—¿Y qué adelanto yo con uno de los dos? —replicó irritada madame Verdurin—. Le pregunto si van bien juntos.

—Señora, esas son cosas difíciles de saber.

Madame Verdurin no ponía ninguna malicia en aquella pregunta. Estaba segura de las costumbres del barón, pero al expresarse así no pensaba ni remotamente en ellas, sino sólo en saber si se podía invitar juntos al príncipe y a monsieur de Charlus, si concordarían. No ponía



ninguna intención maligna en el empleo de esas frases hechas que los «pequeños clanes» artísticos favorecen. Para presumir con monsieur de Guermantes, quería llevarle la tarde del almuerzo a una fiesta de caridad en la que unos marinos de la costa simulaban los preparativos de echarse a la mar. Pero sin tiempo para ocuparse de todo, delegó sus funciones en el fiel de los fieles, en el barón. «Ya me comprende, no deben permanecer inmóviles como lapas, tienen que ir y venir, que se vea el movimiento, yo no sé el nombre de todo eso. Pero usted, que va a menudo al puerto de Balbec-Plage, podría dirigir un ensayo sin cansarse. Seguramente usted, monsieur de Charlus, entiende más que yo de manejar marineritos. Pero después de todo nos tomamos demasiado trabajo por monsieur de Guermantes. A lo mejor es un imbécil del Jockey. ¡Dios mío!, estoy hablando mal del Jockey y me parece recordar que usted pertenece a él. Vamos, barón, no me contesta, ¿es usted del Jockey? ¿No quiere salir con nosotros? Pues tenga un libro que he recibido, creo que le interesará. Es de Roujon. El título es bonito: *Entre los hombres.*»

Por mi parte, me gustaba que monsieur de Charlus sustituyera a menudo a la princesa, porque yo estaba muy mal con ella, por una razón a la vez insignificante y profunda. Un día que iba yo en el trenecito, colmando de atenciones, como siempre, a la princesa Sherbatoff, vi subir a madame de Villeparisis. Había ido a pasar unas semanas en casa de la princesa de Luxembourg, pero, encadenado yo a aquella necesidad cotidiana de ver a Albertina, no respondí nunca a las reiteradas invitaciones de la marquesa y de su real anfitriona. Sentí remordimiento al ver a la amiga de mi abuela y, por puro deber, hablé bastante tiempo con ella (sin dejar a la princesa Sherbatoff). Por lo demás, ignoraba en absoluto que madame de Villeparisis sabía muy bien quién era mi vecina, pero no quería reconocerla. En la estación siguiente, madame de Villeparisis abandonó el vagón, y hasta me reproché no haberla ayudado a bajar; me dirigí a sentarme de nuevo junto a la princesa. Pero dijérase que se había producido un cambio radical —cataclismo frecuente en las personas cuya posición es poco firme y temen que hayamos oído hablar mal de ellas, que las despreciemos—. Madame Sherbatoff, absorta en su *Revue des Deux Mondes*, apenas contestó con la punta de los labios a mis preguntas y acabó por decirme que yo le daba dolor de cabeza. No me imaginaba ni por lo más remoto cuál podía ser mi delito. Cuando me despedí de la princesa, no iluminó su rostro la sonrisa habitual, un saludo

seco le bajó el mentón, ni siquiera me tendió la mano y, desde entonces, no ha vuelto a hablarme. Pero debió de decir algo —no sé qué— a los Verdurin, pues cada vez que yo preguntaba a éstos si no debería tener una atención con la princesa Sherbatoff, se precipitaban en coro: «¡No! ¡No! ¡No! ¡Nada de eso! ¡No le gustan las atenciones!» No lo hacían por indisponerme con ella, pero había conseguido hacerles creer que era insensible a los halagos, alma inaccesible a las vanidades de este mundo. Es preciso haber visto al hombre político que tiene fama de ser el más integro, el más intransigente, el más inasequible desde que está en el poder; es preciso haberle visto, cuando cae en desgracia, mendigar tímidamente, con sonrisa brillante de enamorado, el saludo altanero de un periodista cualquiera; es preciso haber visto la tiesura de Cottard (que a sus nuevos enfermos les parecía una barra de hierro), y conocer los fracasos amorosos, los fracasos de *snobismo* que habían dado paso a aquella aparente altivez, el *antiesnobismo* universalmente reconocido de la princesa Sherbatoff, para comprender que, en la humanidad la regla — regla que tiene, naturalmente, sus excepciones— es que los duros son unos débiles rechazados, y que sólo los fuertes, a los que importa poco que los rechacen o no, tienen esa dulzura que el vulgo toma por debilidad.

Por lo demás, no debo juzgar severamente a la princesa Sherbatoff. ¡Es tan frecuente su caso! Un día, en el entierro de un Guermantes, un hombre notable que estaba junto a mí me señaló a un señor de buena planta y hermoso rostro.

—De todos los Guermantes —me dijo mi vecino— ése es el más extraordinario, el más singular. Es hermano del duque.

Le contesté imprudentemente que estaba equivocado, que aquel señor, sin ningún parentesco con los Guermantes, se llamaba Fournier-Sarloveze. El hombre notable me volvió la espalda y nunca más me saludó.

Un gran músico, miembro del Instituto, alto dignatario oficial, y que conocía a Ski, pasó por Harembouville, donde tenía una sobrina, y asistió a un miércoles de los Verdurin. Monsieur de Charlus estuvo especialmente amable con él (a instancias de Morel) y sobre todo para que, al volver a París, el académico le permitiera asistir a diferentes sesiones privadas, ensayos, etc., donde tocaba el violinista. El académico, halagado, y por otra parte hombre encantador, lo prometió y cumplió su promesa. El barón apreció mucho todas las amabilidades que aquel personaje (al que, por lo

demás, le gustaban sólo, y mucho, las mujeres) tuvo con él, todas las facilidades que le dio para ver a Morel en los lugares oficiales donde no entraban los profanos, todas las ocasiones que el célebre artista dio al joven virtuoso para actuar, para hacerse conocer, eligiéndole, de preferencia a otros de igual talento, para audiciones de especial resonancia. Pero monsieur de Charlus no sospechaba que debía al maestro doble agradecimiento porque doble era su mérito, o, si se prefiere, doble su culpa, puesto que conocía perfectamente las relaciones del violinista y de su noble protector. Si las favoreció, no fue ciertamente por simpatía hacia ellas, pues no podía comprender otro amor que el de la mujer, que había inspirado toda su música, sino por indiferencia moral, complacencia y servicialidad profesionales, por amabilidad mundana, por *snobismo*. En cuanto a dudas sobre el carácter de estas relaciones, tan pocas tenía que, ya en la primera comida en la Raspelière, preguntó a Ski, refiriéndose a monsieur de Charlus y a Morel como si se tratara de un hombre y de su querida: «¿Llevan mucho tiempo juntos?». Pero, demasiado hombre de mundo para dejar traslucir nada a los interesados, dispuesto, si entre los compañeros de Morel se produjeran ciertos comadreo, a reprimirlos y a tranquilizar a Morel diciéndole paternalmente: «Hoy se dice eso de todo el mundo» no dejó de colmar al barón de atenciones que a éste le parecieron encantadoras, pero naturales, incapaz de suponer en el ilustre maestro tanto vicio o tanta virtud. Pues lo que se decía en ausencia de monsieur de Charlus, las palabras de doble sentido sobre Morel, nadie tenía el alma bastante baja para repetírselo. Y, sin embargo, esta simple situación bastó para demostrar que hasta esa cosa universalmente desacreditada, que no encontraría en ninguna parte un defensor: «la habladuría», hasta eso, bien porque se refiera a nosotros mismos y nos resulte por tanto particularmente desagradable, bien porque nos entere de algo que ignorábamos sobre otro, tiene su valor psicológico. Impide que el espíritu se duerma a la vista ficticia de lo que él cree las cosas y que no es más que su apariencia. Le da la vuelta a ésta con la mágica destreza de un filósofo idealista y nos presenta rápidamente un rincón insospechado del revés del tapiz. Monsieur de Charlus hubiera podido imaginar aquellas palabras dichas por cierta cariñosa pariente: «¿Cómo quieres que Mémé esté enamorado de mí? ¡Olvidas que soy una mujer!» Y, sin embargo, tenía un afecto verdadero, profundo, a monsieur de Charlus. ¿Cómo extrañarse, pues, de que para los Verdurin, con cuyo afecto y con cuya bondad no tenía

ningún derecho a contar, lo que decían de él en ausencia suya (y, como se verá, no fue sólo decir) fuese tan diferente de lo que él imaginaba, es decir, simple reflejo de lo que oía cuando estaba presente? No hacían sino ornar de inscripciones afectuosas el pequeño pabellón ideal a donde monsieur de Charlus iba de cuando en cuando a soñar solo, cuando introducía por un momento su imaginación en la idea que los Verdurin tenían de él. La atmósfera era allí tan simpática, tan cordial, tan reconfortante el reposo, que cuando monsieur de Charlus, antes de dormirse, iba a aquel pabellón a olvidar un momento sus preocupaciones, no salía nunca de él sin una sonrisa. Pero ese tipo de pabellón es doble para todos: enfrente del que creemos único hay otro, que nos es habitualmente invisible, el verdadero, simétrico con el que conocemos, pero muy diferente y cuya ornamentación, en la que no reconoceríamos nada de lo que esperábamos ver, nos aterraría como hecha con los odiosos símbolos de una hostilidad insospechada. ¡Qué estupor para monsieur de Charlus si hubiera penetrado en uno de esos pabellones adversos, por obra de alguna habladoría, como por una de esas escaleras de servicio donde los proveedores descontentos o los criados despedidos han pintarrajeado obscenidades en la puerta de los pisos! Pero, así como carecemos de ese sentido de la orientación que poseen algunos pájaros, nos falta el sentido de la visibilidad, como nos falta el de las distancias, imaginándonos muy próxima la atención interesada de unas gentes que, por el contrario, no piensan nunca en nosotros, y no sospechando que, mientras tanto, somos para otros su única preocupación. Así, monsieur de Charlus vivía engañado como el pez que cree que el agua donde nada se extiende más allá del cristal de su acuario, que le presenta su reflejo, y en cambio no ve a su lado, en la sombra, al paseante que observa divertido sus evoluciones o al piscicultor todopoderoso que en el momento imprevisto y fatal, referido en este momento al barón (para quien el piscicultor será en París madame Verdurin), le sacará sin compasión del medio donde le gustaba vivir para echarle a otro. Además, los pueblos, en tanto que no son sino colecciones de individuos, pueden ofrecer ejemplos más vastos, más idénticos en cada una de sus partes, de esa ceguera profunda, obstinada y desconcertante. Hasta aquí, si bien daba lugar a que monsieur de Charlus, en el pequeño clan, dijera cosas de una habilidad inútil o de una audacia que hacía sonreír con disimulo, esa ceguera no había tenido aún para él ni tendría, en Balbec, graves inconvenientes. Un poco de albúmina, de

azúcar, de arritmia cardiaca, no impide que la vida siga normalmente para el que ni siquiera lo nota, mientras que sólo el médico ve en ello la profecía de catástrofes. Actualmente la inclinación de monsieur de Charlus hacia Morel —platónica o no— no hacía más que inducir a aquél a decir con frecuencia, en ausencia de Morel, que le parecía muy guapo, pensando que tomarían esto como cosa inocente y actuando como un hombre astuto que, citado a declarar ante un tribunal, no teme entrar en detalles aparentemente perjudiciales para él, pero que, por eso mismo, tienen más naturalidad y menos vulgaridad que las protestas convencionales de un acusado de teatro. Con igual libertad, siempre entre Doncières-Ouest y Saint-Martin-du-Chêne —o lo contrario a la vuelta—, monsieur de Charlus solía hablar de personas que, al parecer, tienen costumbres muy extrañas, y hasta añadía: «Después de todo, no sé por qué digo muy extrañas, pues eso no es tan extraño», para demostrarse a sí mismo lo despreocupado que estaba con su público. Y lo estaba en efecto, siempre que fuera él quien tuviera la iniciativa de las operaciones y que viera a la galería muda y sonriente, desarmada por la credulidad o la buena educación.

Cuando monsieur de Charlus no hablaba de su admiración por la belleza de Morel como si no tuviera ninguna relación con un gusto llamado vicio, se refería a este vicio, pero como si no fuera en absoluto su vicio. A veces ni siquiera dudaba en llamarlo por su nombre. Como, después de mirar la bella encuadernación de su Balzac, le preguntara yo qué prefería en *La comedia humana*, me contestó, dirigiendo su pensamiento a una idea fija:

—Todo, las pequeñas miniaturas como *Le curé de Tours* y *La femme abandonnée*, o los grandes frescos como la serie de *Les illusions perdues*. Pero ¿no conoce usted *Les illusions perdues*? Es tan hermoso aquel momento en que Carlos Herrera pregunta el nombre del castillo junto al que pasa su calesa: es Rastignac, la morada del joven a quien amó en otro tiempo. Y el abate cuando cae en un deliquio que Swann llamaba, con mucha gracia, *La tristesse d'Olympio* de la pederastia. ¡Y la muerte de Luciano! No recuerdo qué hombre de gusto a quien le preguntaron qué era lo que más le había entristecido en su vida, contestó: «La muerte de Luciano de Rubempré en *Splendeurs et misères*.»

—Ya sé que Balzac se lleva mucho este año, como el año pasado el pesimismo —interrumpió Brichtot—. Pero, a riesgo de contristar a las

almas que padecen adoración balzaciana, y sin aspirar, Dios me libre, al papel de gendarme de las letras y levantar acta por faltas gramaticales, confieso que ese copioso improvisador cuyas pasmosas elucubraciones encarecen ustedes demasiado, a mi juicio, me ha parecido siempre un escriba insuficientemente meticoloso. He leído esas *Illusions perdues* de que usted nos habla, barón, torturándome por llegar a un fervor de iniciado, y confieso con toda inocencia de alma que esas novelas de folletín, redactadas en *pathos*, en galimatías doble y triple (*Esther heureuse, Où mènent les mauvais chemins, A combien l'amour revient aux vieillards*), me han producido siempre el efecto de los misterios de *Rocamboles*, ascendido por inexplicable favor a la situación precaria de obra maestra.

—Usted dice eso porque no conoce la vida —dijo el barón doblemente irritado, pues se daba cuenta de que Brichot no comprendía ni sus razones de artista, ni las otras.

—Entiendo —replicó Brichot— que, hablando como Maître François Rabelais, quiere usted decir que soy *moult sorbonagre, sorbonicole y sorboniforme*. Pero a mí, como a los camaradas, me gusta que un libro dé impresión de sinceridad y de vida, yo no soy de esos clérigos...

—El cuarto de hora Rabelais —interrumpió el doctor Cottard en un tono no ya de duda, sino de inteligente seguridad.

—...que hacen voto de literatura según la regla de la Abbay-eaux-Bois en la obediencia del vizconde de Chateaubriand, gran maestro de la afectación, según la regla estricta de los humanistas. El vizconde de Chateaubriand...

—¿Chateaubriand con patatas? —interrumpió el doctor Cottard.

—...es el patrón de la cofradía —continuó Brichot sin recoger la broma del doctor, el cual, en cambio, alarmado por la frase del universitario, miró a monsieur de Charlus con inquietud. Brichot había cometido, al parecer, una falta de tacto con Cottard, cuyo juego de palabras hizo asomar una sonrisa a los labios de la princesa Sherbatoff.

—Con el profesor no pierde nunca sus derechos la ironía mordaz del perfecto escéptico —dijo por amabilidad y por demostrar que el chiste del médico no había pasado inadvertido para ella.

—El sabio es forzosamente escéptico —contestó el doctor—. ¿Qué sé?, *γνώθι σεαυτόν*, decía Sócrates. Es exacto, el exceso es siempre un defecto. Pero me pone negro pensar que eso ha bastado para que el nombre

de Sócrates haya llegado hasta nuestros días. ¿Qué hay en esa filosofía? Al fin y al cabo, poca cosa. ¡Cuando se piensa que Charcot y otros han hecho trabajos mil veces más notables y que se basan por lo menos en algo, en la supresión del reflejo papilar como síndrome de la oparálisis general, y que están casi olvidados! Bien mirado, Sócrates no es extraordinario. Son gentes que no tenían nada que hacer, que se pasaban el día paseando, discutiendo. Es como Jesucristo: amaos los unos a los otros. Muy bonito.

—Amigo mío... —suplicó madame Cottard.

—Naturalmente, mi mujer protesta, son todas unas neuróticas.

—No, doctorcito, yo no soy una neurótica —murmuró madame Cottard.

—¿Que no es una neurótica? Cuando su hijo está enfermo, presenta fenómenos de insomnio. Pero en fin, reconozco que Sócrates, y lo demás, es necesario para una cultura superior, para tener talentos de exposición. Yo cito siempre el *γνώθι σεαυτόν* a mis alumnos para el primer curso. El padre Bouchard, que se ha enterado, me felicita.

—Yo no soy de los que defienden la forma por la forma, como no valoraría en poesía la rima millonaria —replicó Brichot—. Pero, de todos modos, *La comedia humana* (muy poco humana) es muy lo contrario de esas obras en que el arte supera al fondo, como dice ese buen penco de Ovidio.

Y está permitido preferir un atajo que conduce al curato de Meudon o a la ermita de Ferney, a igual distancia del Valle de los Lobos donde René cumplía magníficamente los deberes de un pontificado sin mansedumbre, y de los Jardines donde Honoré de Balzac, perseguido por los alguaciles, no paraba de calcografiar para una polaca, como celoso apóstol de la jerga.

—Chateaubriand está mucho más vivo de lo que usted dice, y Balzac es de todos modos un gran escritor —replicó monsieur de Charlus, muy impregnado todavía del gusto de Swann para que no le irritara Brichot—; Balzac ha vivido pasiones que todo el mundo ignora o que no estudian más que para infamarlas. Sin hablar de las inmortales *Illusions perdues*, *Sarrazine*, *La filie aux yeux d'or*, *Une passion dans le désert*, incluso la bastante enigmática *Fausse maîtresse*, confirman mi opinión. Cuando yo hablaba a Swann de ese aspecto «antinatural» de Balzac, me decía: «Piensa usted lo mismo que Taine». Yo no tenía el honor de conocer a monsieur Taine —añadió monsieur de Charlus (con esa irritante costumbre del «monsieur» inútil que tienen las gentes del gran mundo, como si, calificando de monsieur a un gran escritor, creyeran hacerle un honor, quizá guardar las distancias y poner de manifiesto que no le conocen)—, yo no conocía a monsieur Taine, pero me consideraba muy honrado con ser de su opinión.

Por lo demás, monsieur de Charlus, a pesar de estas ridículas costumbres mundanas, era muy inteligente, y es probable que si alguna antigua boda hubiera establecido un parentesco entre su familia y la de



Balzac, sentiría una satisfacción (no menos que Balzac por lo demás), pero sin dejar de ostentarla como una prueba admirable de condescendencia.

A veces, en la estación siguiente a Saint-Martin-du-Chêne, subían al tren unos jóvenes. Monsieur de Charlus no podía menos de mirarlos, pero, como abreviaba y disimulaba la atención que les dirigía, esta atención parecía esconder un secreto, más especial aún que el verdadero; dijérase que los conocía, que lo dejaba ver a su pesar, una vez aceptado su sacrificio, antes de volverse hacia nosotros, como esos niños a quienes, por una riña entre parientes, les han prohibido saludar a unos compañeros, pero que, cuando los encuentran, no pueden menos de levantar la cabeza antes de caer bajo la férula del preceptor.

Cuando monsieur de Charlus, al hablar de Balzac, puso aquella cita del griego detrás de *La tristesse d'Olympio* en *Splendeurs et Misères*, Ski, Brichot y Cottard se miraron con una sonrisa en la que había quizá menos ironía que satisfacción, la satisfacción de los comensales que lograran hacer hablar a Dreyfus de su propio asunto, o a la emperatriz de su reino. Pensaban animarle a continuar un poco sobre este tema, pero llegamos ya a Doncières, donde se nos incorporaba Morel. Delante de éste, monsieur de Charlus vigilaba cuidadosamente su conversación, y cuando Ski intentó llevarle de nuevo al amor de Carlos Herrera por Luciano de Rubemprè, el barón puso el gesto contrariado, misterioso, y finalmente (al ver que no le escuchaban) severo y justiciero de un padre que oyera decir indecencias delante de su hija. Como Ski insistiera en continuar, monsieur de Charlus, con los ojos fuera de las órbitas, levantando la voz, dijo en un tono significativo, señalando a Albertina, aunque ésta no podía oírnos, ocupada como estaba hablando con madame Cottard y la princesa Sherbatoff, y en el tono de doble sentido de quien quiere dar una lección a una persona mal educada:

—Me parece que ya es hora de hablar de cosas que puedan interesar a esta muchacha.

Pero yo comprendí perfectamente que, para él, la muchacha no era Albertina, sino Morel; y las expresiones que empleó más adelante pidiendo que no se sostuvieran tales conversaciones delante de Morel demostraron la exactitud de mi interpretación.

—Sabrá usted —me dijo refiriéndose al violinista— que no es lo que usted pudiera creer, es un chiquito muy honesto, que ha sido siempre formal, muy serio.

Y en estas palabras se notaba que monsieur de Charlus consideraba la inversión sexual como un peligro tan amenazador para los jóvenes como la prostitución para las mujeres, y que, si aplicaba a Morel el epíteto «serio», lo hacía en el sentido que este epíteto toma aplicado a una modistilla. Entonces Brichot, para cambiar de conversación, me preguntó si pensaba quedarme todavía mucho tiempo en Incarville. Por más que le dijera varias veces que yo no vivía en Incarville, sino en Balbec, volvía siempre a caer en su falta, pues él llamaba Incarville o Balbec-Incarville a esta parte del litoral. Hay personas que hablan de las mismas cosas que nosotros llamándolas con un nombre un poco diferente. Cierta señora del Faubourg Saint-Germain, cuando quería hablarme de la duquesa de Guermantes, me preguntaba siempre si hacía mucho tiempo que no había visto a Zenaida, o a Oriana Zenaida, por lo que en el primer momento no la entendía. Probablemente hubo un tiempo en que, por llamarse Oriana una pariente de madame de Guermantes, llamaban a ésta Oriana Zenaida para evitar confusiones. También era posible que hubiera habido al principio en Incarville una sola estación y que desde ella se fuera en coche a Balbec.

—Pues ¿de qué hablaban ustedes? —preguntó Albertina, extrañada del solemne tono de padre de familia que acababa de usurpar monsieur de Charlus.

—De Balzac —se apresuró a contestar el barón—, y precisamente lleva usted esta tarde la *toilette* de la princesa de Cadignan, no la primera, la de la comida, sino la segunda.

Esta semejanza se debía a que yo, para elegir *toilettes* a Albertina, me inspiraba en el gusto que ella se había formado gracias a Elstir, quien apreciaba mucho una sobriedad que podíamos llamar británica si no tuviera más dulzura, más ductilidad francesa. Generalmente, los trajes que él prefería ofrecían una armoniosa combinación de colores grises, como el de Diana de Cadignan. Nadie como monsieur de Charlus para saber apreciar en su verdadero valor las *toilettes* de Albertina; sus ojos descubrían inmediatamente lo que constituía su singularidad, su valor; jamás diría el nombre de una tela por otra y reconocía al modisto. Sólo que prefería —para las mujeres— un poco más de brillo y de color de lo que toleraba Elstir. Y aquella noche me lanzó Albertina una mirada medio sonriente, medio inquieta, curvando su naricilla rosa de gata. En realidad, parecía que Albertina, cruzando sobre la falda de crespón de China gris su

chaqueta de cheviot gris, estaba toda de gris. Pero, haciéndome una señal para que la ayudara, porque necesitaba aplastar o levantar sus mangas de farol para ponerse o quitarse la chaqueta, se la quitó, y como aquellas mangas eran de un escocés muy suave, rosa, azul pálido, verdoso, cuello de pichón, fue como si, en un cielo gris, hubiera salido el arco iris. Y Albertina se preguntaba si aquello le gustaría a monsieur de Charlus.

—¡Ah! —exclamó éste entusiasmado—, eso es un rayo, un prisma de colores. Mi felicitación.

—Es el señor quien la merece —contestó graciosamente Albertina señalándome, pues le gustaba mostrar lo que procedía de mí.

—Solamente las mujeres que no saben vestirse temen el color —repuso monsieur de Charlus—. Se puede ser brillante sin vulgaridad y suave sin insipidez. Además usted no tiene las mismas razones que madame de Cadignan para querer parecer alejada de la vida, pues ésta era la idea que quería inculcar a D'Arthez con esa *toilette* gris.

Albertina, a la que interesaba aquel mudo lenguaje del vestir, preguntó a monsieur de Charlus sobre la princesa de Cadignan.

—¡Oh!, es una novela exquisita —dijo el barón en tono soñador—. Conozco el pequeño jardín donde Diana de Cadignan paseaba con madame d'Espard. Es de una prima mía.

Todas esas historias del jardín de su prima —susurró Brichot a Cottard—, como su genealogía, pueden ser importantes para este excelente barón. Pero ¿qué interés tiene eso para nosotros, que no tenemos el privilegio de pasear por ese jardín, ni conocemos a esa señora, ni poseemos títulos de nobleza?

Pues Brichot no sospechaba que un vestido y un jardín pudieran interesar a alguien como una obra de arte y que monsieur de Charlus volvía a ver como en Balzac las pequeñas avenidas de madame de Cadignan. El barón continuó:

—Pero usted la conoce —me dijo refiriéndose a aquella prima y para halagarme dirigiéndose a mí como si fuera un expatriado en el pequeño clan y que, para monsieur de Charlus, si no era de su mundo, al menos frecuentaba su mundo—. En todo caso, debe de haberla visto en casa de madame de Villeparisis.

—¿La marquesa de Villeparisis, la dueña del castillo de Baucreux? —preguntó Brichot cautivado.

—Sí, ¿la conoce? —preguntó secamente monsieur de Charlus.

—Nada de eso —contestó Brichot—, pero nuestro colega Norpois pasa todos los años en Baucreux una parte de sus vacaciones. Yo he tenido ocasión de escribirle allí.

Pensando que pudiera interesarle, le dije a Morel que monsieur de Norpois era amigo de mi padre. Pero ni el menor gesto de su rostro indicó que me había oído, hasta tal punto tenía a mis padres por gente de poco más o menos y que no llegaban ni de lejos a lo que era mi tío abuelo, en cuya casa había sido criado su padre y que además, al revés del resto de la familia, era muy amigo de fastidiar y había dejado a sus criados un recuerdo deslumbrador.

—Parece ser que madame de Villeparisis es una mujer superior, pero yo no he sido nunca recibido para poder juzgar por mí mismo, como tampoco mis colegas. Pues Norpois, por otra parte de lo más cortés y de lo más amable en el Instituto, no ha presentado a ninguno de nosotros a la marquesa. Que yo sepa, sólo recibe a Thureau-Dangn, que tenía con ella antiguas relaciones de familia, y también a Gastón Boissier, pues le quiso conocer después de un estudio que le interesaba mucho. Comió una vez en su casa y volvió encantado. Y para eso, no invitó a madame Boissier.

Al oír estos nombres, Morel sonrió enternecido.

—¡Ah! Thureau-Dangn —me dijo, tan interesado ahora como indiferente cuando le hablé del marqués de Norpois y de mi padre—. Thureau-Dangn era uña y carne de su tío de usted. Cuando una señora quería un sitio de centro para una recepción en la Academia, su tío decía: «Escribiré a Thureau-Dangn». Y naturalmente, la señora recibía en seguida la invitación, pues ya comprende usted que monsieur Thureau-Dangn no se iba a permitir negar nada a su tío de usted, que le hubiera devuelto la pelota. También me gusta oír el nombre de Boissier, pues su tío abuelo hacía allí todas sus compras para las damas en año nuevo. Lo sé muy bien porque conozco a la persona encargada de esta misión.

Y tanto que la conocía: era su padre. Algunas de estas alusiones afectuosas de Morel a la memoria de mi tío se debían a que no pensábamos permanecer mucho tiempo en el hotel de Guermantes, donde estábamos viviendo por causa de mi abuela. A veces se hablaba de una posible mudanza. Ahora bien, para comprender los consejos que a este respecto me daba Carlos Morel, es preciso saber que mi abuelo había vivido en el número 40 *bis* del Boulevard Malesherbes. De aquí resultó que, en la familia, como íbamos mucho a casa de mi tío Adolfo hasta el

día fatal en que yo indispose a mis padres con él contándoles la historia de la dama vestida de rosa, en vez de decir «en casa de su tío», se decía «en el 40 *bis*». Unas primas de mamá le decían con la mayor naturalidad del mundo: «¡Ah!, el domingo no se le puede ver, come en el 40 *bis*.» Si yo iba a ver a una pariente, me recomendaban que fuera primero al «40 *bis*», para que mi tío no se molestara por no haber empezado por él. Era propietario de la casa y, a decir verdad, se mostraba muy difícil en la elección de inquilinos, que eran todos amigos o llegaban a serlo. El coronel barón de Vatry iba todos los días a fumar un cigarro con él para conseguir más fácilmente que le hiciera alguna obra. La puerta cochera estaba siempre cerrada. Si mi tío veía ropa o una alfombra en una ventana, se enfurecía y les hacía retirarlo más rápidamente que lo hacen hoy los policías. Pero en fin, alquilaba una parte de la casa y se quedaba para él solamente dos pisos y las cuadras. A pesar de esto, por darle gusto elogiando lo bien conservada que estaba la casa, se celebraba el confort del «hotelito» como si sólo lo ocupara mi tío, y él dejaba hablar, sin hacer la aclaración formal que hubiera debido. El «hotelito» era desde luego confortable (mi tío introducía en él todos los adelantos de la época). Pero no tenía nada de extraordinario. Sólo mi tío, sin dejar de decir, con falsa modestia, «mi chocita» estaba convencido, o en todo caso había inculcado a su ayuda de cámara, a la mujer de éste, al cochero, a la cocinera, la idea de que, en confort, en lujo y en buen gusto, no había en París nada comparable al hotelito. Carlos Morel se había criado en esta fe. Y la conservaba, y, aun en los días en que no hablaba conmigo, si yo hablaba con alguien de la posibilidad de una mudanza, me sonreía y, guiñando el ojo con un gesto de connivencia, me decía:

—Lo que usted necesitaría es algo como el 40 *bis*. ¡Allí sí que estaría bien! Su tío sí que entendía. Estoy seguro de que no hay en todo París nada como el 40 *bis*.

En la actitud melancólica que tomó monsieur de Charlus al hablar de la princesa de Cadignan, noté que esta novela sólo le hacía pensar en el pequeño jardín de una prima bastante indiferente. Cayó en una profunda abstracción y, como hablándose a sí mismo, exclamó:

—*¡Les Secrets de la princesse de Cadignan!*, ¡qué obra maestra!, ¡qué profundo, qué doloroso, esa mala reputación de Diana, que tanto teme que se entere el hombre a quien ama! ¡Qué verdad tan eterna, y más general de lo que parece!, ¡qué lejos llega!

Monsieur de Charlus pronunció estas palabras con una tristeza en la que, sin embargo, se notaba que no carecía para él de encanto. Monsieur de Charlus, no sabiendo exactamente en qué medida eran o no conocidas sus costumbres, desde hacía algún tiempo temblaba de pensar que, al volver a París y cuando le vieran con Morel, interviniera la familia de éste y pusiera en peligro su felicidad. Hasta entonces no se le había ocurrido esta eventualidad sino como una cosa profundamente desagradable y muy penosa. Pero el barón era muy artista. Y ahora que asimilaba su situación a la descrita por Balzac, se refugiaba en cierto modo en la novela, y en el infortunio que quizá le amenazaba, y que, en todo caso, no dejaba de asustarle, tenía el consuelo de encontrar en su propia ansiedad lo que Swann y también Saint-Loup hubiesen llamado algo «muy balzaciano». Esta identificación con la princesa de Cadignan había sido fácil para monsieur de Charlus gracias a la transposición mental que practicaba habitualmente y de la que ya había dado diversos ejemplos. Esta transposición bastaba además para que la sola sustitución de la mujer, como objeto amado, por un joven, suscitara inmediatamente en torno a éste todo el proceso de complicaciones sociales que se desarrollaran en torno a unas relaciones normales. Cuando, por cualquier razón, se introduce definitivamente un cambio en el calendario o en los horarios, si empieza el año unas semanas más tarde o si dan las doce de la noche un cuarto de hora antes, como los días tendrán de todos modos veinticuatro horas y los meses treinta días, todo lo que depende de la medida del tiempo permanecerá idéntico. Se puede cambiar todo sin producir ningún trastorno, puesto que las relaciones entre las cifras son siempre iguales. Así ocurre con las vidas que adoptan «la hora de la Europa Central» o los calendarios orientales. Y hasta parece que el amor propio que se tiene en sostener a una actriz desempeña un papel en esta relación. Cuando monsieur de Charlus averiguó quién era Morel, se enteró desde luego de que era de extracción humilde, pero si amamos a una muchacha de costumbres ligeras no dejamos de amarla porque sea hija de una familia pobre. En cambio, los músicos conocidos a quienes le había recomendado contestaron al barón —y ni siquiera por interés, como los amigos que, al presentar a Odette a Swann, se la pintaron como más difícil y más buscada de lo que era, sino por simple trivialidad de hombres importantes que lanzan a un debutante—: «¡Ah!, gran talento, gran carrera, teniendo en cuenta, naturalmente, que es joven, muy apreciado por los entendidos,

llegará lejos». Y, por la manía que tienen de hablar de la belleza masculina las personas que ignoran la inversión: «Y además es agradable verle tocar; queda mejor que nadie en un concierto; tiene bonito pelo, actitudes distinguidas; la cabeza es preciosa, parece un violinista de retrato». En consecuencia, monsieur de Charlus, sobreexcitado además por Morel, que no dejaba de contarle las proposiciones que le hacían, estaba orgulloso de llevarle con él, de hacerle un palomar donde fuera a menudo. Pues el resto del tiempo le quería libre, cosa necesaria para su carrera, una carrera que monsieur de Charlus, por mucho dinero que le costara, deseaba que Morel continuase, bien por aquella idea muy Guermantes de que un hombre debe hacer algo, de que sólo se vale por el talento y de que la nobleza o el dinero no son más que el cero que multiplica un valor, bien porque tuviera miedo de que el violinista, ocioso y siempre junto a él, acabara por aburrirse. Además no quería privarse del placer que sentía diciéndose en algunos grandes conciertos: «Ese a quien aplauden en este momento estará esta noche conmigo». Las personas elegantes, cuando están enamoradas, y de cualquier manera que lo estén, ponen su vanidad en lo que puede destruir las ventajas anteriores en las que su vanidad hubiera encontrado satisfacción.

Morel, dándose cuenta de que yo no le quería mal, de que tenía sincero afecto a monsieur de Charlus y por otra parte una absoluta indiferencia física hacia los dos, acabó por manifestarme los mismos sentimientos de calurosa simpatía que una entretenida que sabe que no la deseamos y que su amante tiene en nosotros un amigo sincero que no intentará separarle de ella. No sólo me hablaba exactamente igual que en otro tiempo Raquel, la amante de Saint-Loup, sino que, según lo que me repetía monsieur de Charlus, decía a éste de mí, en ausencia mía, las mismas cosas que Raquel le decía de mí a Roberto. Y monsieur de Charlus me repetía: «Le quiere mucho», como Roberto: «Te quiere mucho». Y como el sobrino de parte de su amante, el tío solía pedirme, de parte de Morel, que fuera a comer con ellos. Por lo demás, las tormentas entre ellos eran tan frecuentes como entre Roberto y Raquel. Cierto que, cuando Charlie (Morel) se marchaba, monsieur de Charlus no daba fin a sus elogios, repitiendo una y otra vez lo bueno que era el violinista para él. Pero sin embargo se veía a menudo a Charlie irritado, incluso delante de todos los fieles, en lugar de mostrarse siempre feliz y sumiso, como hubiera deseado el barón. Más adelante, y como consecuencia de la

debilidad que hacía a monsieur de Charlus perdonar a Morel sus inconveniencias, esta irritación llegó a tal punto que el violinista no intentaba ocultarla, e incluso hacía alarde de ella. He visto a monsieur de Charlus entrar en un vagón donde iba Charlie con unos militares amigos suyos y ser recibido por éste encogiéndose de hombros y guiñando el ojo a sus compañeros. O bien hacer que se echaba a dormir, como fastidiado por aquella llegada, o se ponía a toser y los otros reían, se burlaban de él hablando a la manera de los hombres como monsieur de Charlus, se llevaban a un rincón a Charlie, que acababa por volver, como a la fuerza, junto a monsieur de Charlus, al que aquello traspasaba el corazón. Es inconcebible que lo soportara; y estas formas de sufrimiento, diferentes cada vez, planteaban de nuevo a monsieur de Charlus el problema de la felicidad, le obligaban no sólo a pedir más, sino a desear otra cosa, viciada la combinación anterior por un recuerdo horrible. Y sin embargo, por penosas que fueran después aquellas escenas, hay que reconocer que, en los primeros tiempos, el genio del hombre del pueblo francés que era Morel le llevaba a adoptar formas encantadoras de sencillez, de aparente franqueza, hasta de un independiente orgullo que parecía inspirado por el desinterés. Esto era falso, pero Morel tenía a su favor la ventaja de la actitud, pues mientras que el que ama se ve siempre obligado a volver a la carga, a poner más, en cambio al que no ama le es fácil seguir una línea recta, inflexible y graciosa. Por privilegio de la raza, el rostro tan abierto de aquel Morel de corazón tan cerrado tenía esa gracia neohelénica que florece en las basílicas de la Champaigne. A pesar de su orgullo simulado, muchas veces, al ver a monsieur de Charlus cuando no lo esperaba, se sentía azarado por el pequeño clan, se ruborizaba, bajaba los ojos, con gran alegría del barón, que veía en esto toda una novela. Y era simplemente una señal de irritación y de vergüenza. La primera se manifestaba a veces, pues por tranquila y enérgicamente decente que fuera por lo general la actitud de Morel, alguna vez fallaba. E incluso, ante alguna palabra que le dijera el barón, Morel soltaba una réplica dura e insolente que chocaba a todo el mundo. Monsieur de Charlus bajaba tristemente la cabeza, no replicaba nada y, con esa facultad que tienen los padres idólatras para creer que nadie ha observado la frialdad, la dureza de sus hijos, seguía cantando las alabanzas del violinista. No siempre estaba monsieur de Charlus tan sumiso, pero, generalmente, sus rebeliones no lograban su objeto, sobre todo porque, acostumbrado a vivir con las personas del gran mundo, en el



cálculo de las reacciones que podía suscitar tenía en cuenta la bajeza, si no nativa al menos adquirida por la educación. En lugar de esto, en Morel encontraba cierta veleidad plebeya de indiferencia momentánea. Desgraciadamente para monsieur de Charlus, no comprendía que, para Morel, todo perdía importancia cuando entraban en juego las cuestiones del Conservatorio y la buena fama en el Conservatorio (pero esto, que iba a ser más grave, no se planteaba por el momento). Así, por ejemplo, los burgueses cambian fácilmente de nombre por vanidad y los grandes señores por ventaja. Para el joven violinista, el nombre de Morel estaba, por el contrario, indisolublemente unido a su primer premio de violín, luego era imposible cambiarlo. Monsieur de Charlus hubiera querido que Morel lo recibiera todo de él, hasta el nombre. Dándose cuenta de que el nombre de pila de Morel era Charles, parecido a Charlus, y que la finca donde se veían se llamaba «Les Charmes», intentó convencer a Morel de que como un nombre agradable de decir era la mitad de una fama artística, el virtuoso debía adoptar sin dudarle el nombre de «Charmel», discreta alusión al lugar de sus citas. Morel se encogió de hombros. Como último argumento, a monsieur de Charlus se le ocurrió la desafortunada idea de añadir que había tenido un ayuda de cámara llamado así. Pero esto no hizo sino suscitar la furiosa indignación del joven.

—Hubo un tiempo que mis antepasados se enorgullecían del título de ayuda de cámara, de mayordomos del rey.

—Hubo otro tiempo —replicó soberbio Morel— en que mis antepasados les cortaron el cuello a los suyos.

Fracasado lo de «Charmel» y resignado monsieur de Charlus a adoptar a Morel y a darle uno de los títulos de la familia de Guermantes de los que disponía, pero que, como se verá, las circunstancias no le permitieron ofrecer al violinista, le hubiera asombrado mucho que Morel lo rehusara pensando en la fama artística unida a su nombre de Morel y en los comentarios que hubiera hecho «la clase». Tan por encima del Faubourg Saint-Germain ponía él la Rué Bergère. Por el momento, monsieur de Charlus hubo de contentarse con encargar para Morel unas sortijas simbólicas con la antigua inscripción: *plvs vltra carol's*. Ciertamente, ante un adversario de un tipo que él no conocía, monsieur de Charlus habría debido cambiar de táctica. Pero ¿quién es capaz de hacerlo? Por otra parte, si monsieur de Charlus cometía torpezas, tampoco le faltaban a Morel. Mucho más que la circunstancia misma que determinó la ruptura,

lo que iba a perderle ante monsieur de Charlus, al menos provisionalmente (pero este provisional resultó definitivo), es que en él no había sólo la bajeza que le hacía humillarse ante la dureza y responder con insolencia a la dulzura. Paralelamente a esta bajeza ingénita, tenía una neurastenia complicada con mala educación que surgía siempre que estaba en falta o en posición de inferioridad, y se tornaba sombrío, hosco, provocaba discusiones sobre asuntos en los que sabía que no estaban de acuerdo con él, sosteniendo su punto de vista hostil con una pobreza de razones y una violencia tajante que acentuaban esta misma pobreza. Pues, carente de argumentos, los inventaba, desplegando en ellos toda la extensión de su ignorancia y de su estupidez. Cuando estaba amable y sólo trataba de agradar, esta ignorancia y esta estupidez apenas se notaban. Pero, en sus accesos de mal humor eran lo único que se veía, y, de inofensivas, se tornaban odiosas. En estos momentos, monsieur de Charlus se desesperaba, y ya sólo confiaba en un día siguiente mejor, mientras que Morel, olvidando que el barón le ofrecía una vida fastuosa, le dedicaba una sonrisa irónica de superioridad compasiva y decía:

—Yo no he aceptado nunca nada de nadie, de modo que a nadie le debo nada.

Mientras tanto, monsieur de Charlus, como si tratara con un hombre de su mundo, continuaba ejerciendo sus iras, verdaderas o falsas, pero ya inútiles. Sin embargo, no siempre lo eran. Y un día (que cae, por otra parte, después de este primer período) en que el barón volvía con Charlie y conmigo de un almuerzo en casa de los Verdurin, creyendo que iba a pasar el fin de la tarde y la noche con el violinista en Doncières, cuando éste, al salir del tren, se despidió diciendo: «No, tengo que hacer», monsieur de Charlus sufrió tan fuerte decepción que, aunque intentó poner a mal tiempo buena cara, vi que las lágrimas le fundían la pintura de las pestañas, mientras permanecía pasmado junto al tren. Y era tal su dolor que, como Albertina y yo pensábamos acabar el día en Doncières, le dije a ésta al oído que me gustaría no dejar solo a monsieur de Charlus, pues, no sabía por qué, me parecía apenado. La pequeña acepto de buena gana. Pregunté a monsieur de Charlus si quería que le acompañara un poco. También él aceptó, pero sin querer molestar por eso a mi prima. Sentí cierta dulzura (y sin duda por última vez, puesto que estaba decidido a romper con ella) en ordenarle suavemente, como si fuera mi mujer: «Vuélvete sola, ya te veré esta noche», y en que, también como una esposa,

me diera permiso para hacer lo que quisiera y para ponerme a disposición de Charlus, al que ella quería bien. El barón y yo, contoneando él su grueso cuerpo, bajos sus ojos de jesuita, siguiéndole yo, nos dirigimos a un café donde nos sirvieron cerveza. De la inquietud de los ojos de monsieur de Charlus deduje que los tenía puestos en algún proyecto. De pronto pidió papel y tinta y se puso a escribir con extraordinaria rapidez. Mientras llenaba hoja tras hoja, resplandecía en sus ojos un pensamiento tumultuoso. Escritas ocho páginas, me dijo:

—¿Puedo pedirle un gran favor? Perdone que cierre esta carta. Pero es necesario. Tome un coche, o un auto si puede, para ir más de prisa. Seguramente encontrará a Morel en su cuarto, donde ha ido a mudarse. Pobre muchacho, se ha querido hacer el valiente cuando nos dejó, pero tenga usted la seguridad de que está más triste que yo. Déle esta carta, y si le pregunta dónde me ha visto, le dice que se apeó en Doncieres (lo que además es verdad) para ver a Roberto, lo que quizá no lo es, pero que me encontró con una persona que usted no conoce, que yo parecía furioso, que usted creyó sorprender las palabras de mandar testigos (en efecto, me bato mañana). Sobre todo no le diga que le llamo, no intente traerlo, pero si quiere venir con usted, no se lo impida. Vaya, hijo mío, es por su bien, puede evitar un tremendo drama. Mientras usted va, yo escribiré a mis testigos. Le he impedido ir de paseo con su prima. Espero y hasta creo que ella no me lo tendrá en cuenta. Pues es un alma noble y sé que es de las que saben estar a la altura de las circunstancias. Le dará las gracias en mi nombre. Tengo una deuda con ella y me complace que sea así.

Me daba mucha lástima monsieur de Charlus; pensaba que Charlie hubiera podido impedir aquel duelo, del que quizá era la causa, y me indignaba que, si era así, se hubiera marchado con aquella indiferencia en vez de estar al lado de su protector. Y mayor fue mi indignación cuando, al llegar a la casa donde vivía Morel reconocí la voz del violinista, el cual manifestaba su necesidad de expandir la alegría cantando a toda voz: «*Le samedi soir, après le turbin!*» ¡Si el pobre monsieur de Charlus le hubiera oído, él que quería hacer creer y seguramente creía él mismo que Morel estaba muy triste en aquel momento! Charlie se puso a bailar de alegría al verme.

—¡Chico (perdóneme que le llame así, con este demonio de vida militar se toman malas costumbres), qué suerte verle aquí! No tengo nada que hacer esta noche, así que le ruego que la pasemos juntos. Si quiere nos

quedaremos aquí, o si lo prefiere iremos en canoa o haremos música, no tengo ninguna preferencia.

Le dije que tenía que comer en Balbec; él tenía buenas ganas de que le invitara, pero yo no quería.

—Pero si tiene tanta prisa, ¿por qué ha venido?

—Le traigo una carta de monsieur de Charlus.

En este momento desapareció toda su alegría, se le contrajo el rostro.

—¡Tiene que venir a perseguirme hasta aquí! ¡De modo que soy un esclavo! Mire, amiguito, sea bueno. No abro la carta, le dirá que no me encontró.

—¿No haría mejor en abrirla? Me figuro que hay en ella algo grave.

—Le digo que no, usted no conoce las mentiras, las tretas infernales de ese viejo farsante. Es un truco para que vaya a verle. Bueno, pues no iré, quiero estar tranquilo esta noche.

—Pero ¿no tiene un duelo mañana? —pregunté a Morel, suponiéndole enterado.

—¿Un duelo? —me dijo estupefacto—. No sé una palabra de eso. Después de todo, me importa un pito que a ese viejo le ensarten, si le gusta. Pero me intriga usted, voy a leer la carta. Dígale que la dejó por si acaso volvía.

Mientras Morel me hablaba, yo miraba con asombro los admirables libros que le había regalado monsieur de Charlus y que llenaban la habitación. Como el violinista rechazó los que llevaban «Soy del barón, etc.», divisa que le parecía insultante para él como un signo de propiedad, el barón, con la ingeniosidad sentimental en que se complace el amor desgraciado, había variado otras, procedentes de antepasados, pero encargadas al encuadernador con arreglo a las circunstancias de una melancólica amistad. Algunas eran breves y confiadas, como «*Spes mea*», o como «*Expectata non eludet*»; a veces sólo resignadas, como «*Esperaré*»; otras galantes: «*Mesmes plaisir du mestre*», o aconsejando la castidad, como aquella tomada de los Simiane, sembrada de torres de azul y de flores de lis y desviada de su sentido: «*Sustentant lilia turre*»; otras, en fin, desesperadas y dando cita en el cielo al que no le había querido en la tierra: «*Manet ultima caelo*»; y, encontrando demasiado verdes las uvas que no había podido alcanzar, fingiendo no haber buscado lo que no había conseguido, monsieur de Charlus decía en una: «*Non moriale quod opto*». Pero no tuve tiempo de verlas todas.

Si monsieur de Charlus, al escribir aquella carta, parecía presa del demonio de la inspiración que hacía correr su pluma, Morel, en cuanto levantó el sello: *Atavis et armis*, que llevaba un leopardo acompañado de dos rosas de gules, se puso a leerla con una fiebre tan grande como la de monsieur de Charlus al escribirla, corriendo sus ojos sobre aquellas páginas emborronadas de cualquier manera no menos de prisa que la pluma del barón.

—¡Dios santo —exclamó—, no faltaba más que esto! Pero ¿dónde encontrarle? Sabe Dios dónde estará ahora.

Yo insinué que, dándose prisa, quizá le encontraría aún en un café donde había pedido cerveza para entonarse.

—No sé si volveré —dijo a su doncella, y añadió *in petto*—: Depende del giro que tomen las cosas.

A los pocos minutos llegamos al café. Observé el aspecto de monsieur de Charlus en el momento en que me vio. Al darse cuenta de que no volvía solo, sentí que recuperaba la respiración, la vida. Como aquella noche no podía pasar sin Morel, inventó que le habían contado que dos oficiales del regimiento hablaron mal de él a propósito del violinista e iba a enviarles los testigos. Morel vio el escándalo, imposible su vida en el regimiento, y acudió. Hizo muy bien, porque monsieur de Charlus había escrito ya a dos amigos (uno de ellos Cottard) pidiéndoles que fueran sus testigos.

Y si no hubiera acudido el violinista, de seguro que, loco como estaba monsieur de Charlus (y por cambiar su tristeza en furia), los hubiera mandado al azar a un oficial cualquiera y habría encontrado alivio en batirse con él. Entre tanto, monsieur de Charlus, recordando que era de raza más pura que la Casa de Francia, se decía que era demasiado bueno haciéndose tan mala sangre por el hijo de un mayordomo a cuyo amo no se hubiera dignado él tratar. Por otra parte, si ya no le complacía apenas otro trato que el de la crápula, la arraigada costumbre que ésta tiene de no contestar a una carta, de faltar a una cita sin avisar ni disculparse después, las muchas veces que se trataba de amores, le causaba tantas emociones, y el resto del tiempo, tanta irritación, tanta molestia y tanta rabia, que a veces llegaba a lamentar la multiplicidad de cartas para nada, a echar de menos la escrupulosa puntualidad de los embajadores y de los príncipes, los cuales, si le eran, desgraciadamente, indiferentes, le daban a pesar de todo una especie de reposo. Habitado a las maneras de Morel y

conociendo la poca influencia que tenía sobre él y lo incapaz que era de entrar en una vida donde las camaraderías vulgares pero consagradas por la costumbre ocupaban demasiado espacio y demasiado tiempo para que se reservara una hora al gran señor desdeñado, orgulloso y vanamente implorante, monsieur de Charlus estaba tan convencido de que el músico no vendría, tenía tanto miedo de haber llegado demasiado lejos y haber roto para siempre con él, que, al verle, no pudo contener un grito. Pero, sintiéndose vencedor, quiso dictar las condiciones de la paz y sacar de ella las ventajas que podía.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? —dijo—. ¿Y usted? —añadió mirándome—; le recomendé sobre todo que no le trajera.

—No quería traerme —dijo Morel dirigiendo a monsieur de Charlus, en su ingenua coquetería, unas miradas convencionalmente tristes y lánguidamente pasadas de moda, con un aire, que él debía de creer irresistible, de querer besar al barón y de tener ganas de llorar—, fui yo el que quiso venir. Vengo a suplicarle de rodillas, en nombre de nuestra amistad, que no haga esa locura.

Monsieur de Charlus deliraba de alegría. La reacción era muy fuerte para sus nervios; a pesar de ello, logró dominarse.

—La amistad que usted invoca tan inoportunamente —replicó en un tono seco— debería, por el contrario, hacerle aprobar que yo no quiera pasar por alto las impertinencias de un imbécil. Además, si yo quisiera obedecer a los ruegos de un afecto que he conocido mejor inspirado, ya no podría: mis cartas han salido ya y no dudo de la aceptación. Usted ha obrado conmigo siempre como un tontito y, en lugar de enorgullecerse, como podría hacerlo, de la predilección que le he demostrado; en vez de hacer comprender a la turba de ayudantes o de domésticos, entre los cuales le obliga a vivir la ley militar, el incomparable orgullo que debe ser para usted una amistad como la mía, ha intentado disculparse, casi jactarse estúpidamente de no ser agradecido. Ya sé que en esto —añadió para no traslucir hasta qué punto le habían humillado ciertas escenas— no es usted culpable más que de haberse dejado llevar por los celos de los otros. Pero ¿es posible que, a su edad, sea lo bastante niño (y un niño bastante mal educado) para no haber adivinado en seguida que ser elegido por mí y todas las ventajas que de ello se derivaban para usted iba a despertar celos?, ¿que todos sus compañeros, mientras le animaban a reñir conmigo, iban a hacer lo posible por ocupar su puesto? He creído que no debía

advertirle de las cartas que he recibido a este respecto de todos esos en los que usted tanto confía. He despreciado las insinuaciones de esos criados, lo mismo que sus inoperantes burlas. La única persona que me importa es usted, porque le quiero bien, pero el afecto tiene sus límites, y usted debe saberlo.

Por dura que sonara la palabra «criado» a los oídos de Morel, cuyo padre lo había sido, pero precisamente porque su padre lo había sido, la explicación de todas las malaventuras sociales por los «celos», explicación simplista y absurda, pero pertinaz y que, en cierta clase, «prende» siempre tan infaliblemente como los viejos trucos en el público de los teatros o la amenaza del peligro clerical en los mítines, la creía Morel casi tanto como Francisca o los criados de madame de Guermantes, para quienes era ésta la causa única de las desgracias de la humanidad. No dudó que sus compañeros hubiesen intentado birlarle el puesto, y esta creencia no hizo sino aumentar su miedo a aquel duelo calamitoso y, por lo demás, imaginario.

—¡Qué desgracia! —exclamó Charlie—. No lo resistiré. Pero ¿no tienen que verle los testigos antes de ir a ver a ese oficial?

—No sé, supongo que sí. A uno de ellos le he dicho que me quedaría esta noche aquí, y le daré mis instrucciones.

—Espero hacerle entrar en razón antes de que venga. Permítame que me quede con usted —le pidió tiernamente Morel. Monsieur de Charlus no deseaba otra cosa, pero no cedió en seguida.

—Haría usted mal en aplicar aquí aquel proverbio de «quien bien te quiere te hará llorar», pues yo a quien quiero bien es a usted y a quienes haré llorar, aun después de nuestro enfado, es a los que han intentado cobardemente hacerle daño. Hasta ahora, a sus insinuaciones interrogativas, pues se han atrevido a preguntarme cómo un hombre como yo podía tratarse con un *gigolo* de su especie salido de la nada, no he contestado más que con la divisa de mis primos La Rochefoucauld: «Es mi placer». He llegado a decirle algunas veces que este placer podía llegar a ser mi gran placer, sin que su arbitraria elevación se tradujera en un rebajamiento para mí. —Y en un arranque de orgullo casi insensato, exclamó levantando los brazos—: *Tantus ab uno splendor!* Condescender no es descender —añadió con más calma, después de este delirio de orgullo y de alegría—. Espero al menos que mis dos adversarios, a pesar de su rango desigual, sean de una sangre que yo pueda hacer correr sin

desdoro. He tomado sobre esto algunos informes secretos que me han tranquilizado. Si usted me guardara alguna gratitud, debería, por el contrario, estar orgulloso de ver que recupero por usted el humor belicoso de mis antepasados, diciendo como ellos, en caso de un desenlace fatal, ahora que he comprendido la personilla que es usted: «Muerte me da vida».

Y monsieur de Charlus lo decía sinceramente, no sólo por amor a Morel, sino porque un gusto batallador, que creía sinceramente haber heredado de sus antepasados, le daba tanta animación al pensar en batirse que ahora hubiera sentido renunciar a aquel duelo maquinado al principio con el único objeto de que acudiera Morel. Nunca tuvo ninguno sin creerse en seguida valiente e identificado con el ilustre condestable de Guermantes, mientras que, para cualquier otro, este mismo acto de ir al campo del honor le parecía absolutamente insignificante.

—Creo que será magnífico —nos dijo sinceramente, salmodiando cada palabra—. ¿Qué es ver a Sarah Bernhardt en *L'Aiglon*? Una caca. ¿Y a Mounet-Sully en *O'Edipe*? Caca. A lo sumo, toma cierta palidez de transfiguración cuando representa en el circo de Nimes. Pero ¿qué es eso comparado con este hecho inaudito de ver combatir al propio descendiente del Condestable? —Y ante esta sola idea, monsieur de Charlus, ebrio de alegría, se puso a simular lances de esgrima que recordaban a Moliere y que nos hicieron aproximarnos prudentemente a nuestros *bocks*, temiendo que las primeras estocadas hiriesen a los adversarios, al médico y a los testigos—. ¡Qué espectáculo para un pintor! Usted que conoce a monsieur Elstir —me dijo— debiera traerle.

Contesté que no estaba en la costa, y monsieur de Charlus me insinuó que se podría telegrafiarle.

—Bueno, lo digo por usted —añadió ante mi silencio—. Siempre es interesante para un maestro —y a mi juicio él lo es— plasmar un ejemplo de tal reviviscencia étnica. Acaso no se da ni uno por siglo.

Pero si monsieur de Charlus se entusiasmaba pensando en un combate que al principio creyó completamente ficticio, Morel, en cambio, pensaba con terror en las habladurías que sobre el duelo podían llegar desde la «música» del regimiento hasta el templo de la Rué Bergère. Viendo ya a la «clase» enterada de todo, insistía más y más con monsieur de Charlus, el cual seguía gesticulando ante la embriagadora idea de batirse. Suplicó al barón que le permitiera no dejarle hasta dos días después, supuesta fecha



del duelo, para cuidarse de él y procurar hacerle entrar en razón. Tan tierna proposición venció las últimas vacilaciones de monsieur de Charlus. Dijo que procuraría encontrar una escapatoria, que aplazaría dos días la resolución definitiva. De este modo, no resolviendo el asunto de una vez, monsieur de Charlus conservaría a Charlie por lo menos dos días y podría aprovecharlos para sacarle ciertos compromisos para el futuro a cambio de su renuncia al duelo, ejercicio —decía— que le encantaba en sí mismo y del que no se privaría sin pena. Y en esto era sincero, pues siempre le había gustado ir al campo para cruzar la espada o cambiar unas balas con un adversario. Por fin llegó Cottard, aunque con mucho retraso, pues, encantado de servir de testigo, la impresión le obligó a detenerse en todos los cafés o granjas del camino preguntando por «el número 100» o «ese sitio». En cuanto llegó, el barón le condujo a una habitación aislada, pues le parecía más reglamentario que Charlie y yo no asistiéramos a la entrevista, y se las pintaba solo para dar a una habitación cualquiera el carácter provisional de salón del trono o de sala de juntas. Una vez solo con Cottard, le dio las gracias calurosamente, pero le dijo que, al parecer, las palabras que le habían transmitido no habían sido dichas en realidad, y que, de confirmarse esto, el doctor tuviera la bondad de advertir al segundo testigo que el incidente, salvo posibles complicaciones, quedaba zanjado. El alejamiento del peligro decepcionó a Cottard. Incluso estuvo a punto de manifestar su enfado, pero recordó que un maestro suyo que había hecho la carrera médica más brillante de su tiempo, fracasado la primera vez en la Academia solamente por dos votos, puso a mal tiempo buena cara y fue a estrechar la mano del rival elegido. El doctor se guardó, pues, de manifestar su decepción, lo que no hubiera servido de nada, y después de murmurar —él, el más miedoso de los hombres— que no se puede dejar pasar ciertas cosas, añadió que más valía así, que se alegraba de aquella solución.

Monsieur de Charlus, queriendo demostrar su gratitud al doctor, de la misma manera que su hermano, el señor duque, hubiera arreglado el cuello de la levita de mi padre, sobre todo de la misma manera que una duquesa cogería de la cintura a una plebeya, acercó mucho su silla a la del doctor, a pesar de la animadversión que éste le inspiraba. Y no sólo sin placer físico, sino sobreponiéndose a una repulsión física, como Guermantes, no como invertido, para despedirse del doctor le cogió la mano y se la acarició un momento con la bondad de un amo que acaricia el morro de su

caballo y le da un terrón de azúcar. Pero Cottard, que nunca había dado a entender al barón los vagos rumores llegados hasta él sobre sus costumbres, pero que le consideraba, en su fuero interno, incluido en la clase de los «anormales» (y, con la habitual impropiedad de palabra que le caracterizaba y en el tono más serio, llegaba a decir de un criado de monsieur Verdurin: «¿No es la querida del barón?»), personajes de los que tenía poca experiencia, se figuró que aquella caricia de la mano era el prelude inmediato de una violación, para cuyo cumplimiento, tomando como pretexto el duelo, había sido atraído a una encerrona y conducido por el barón a aquella sala solitaria donde se disponía a forzarle. Sin atreverse a levantarse de la silla, clavado en ella por el miedo, los ojos le giraban de espanto, como quien ha caído en manos de un salvaje sin estar seguro de que éste no se alimenta de carne humana. Por fin, monsieur de Charlus le soltó la mano y, queriendo llevar hasta el fin su amabilidad, le dijo:

—Tomará usted algo con nosotros, como dicen, lo que se llamaba antes un mazagrán o un gloria, bebidas que ya no se encuentran, como curiosidades arqueológicas, más que en las obras de La Biche y en los cafés de Doncières. Un «gloria» sería bastante adecuado al lugar y a las circunstancias, ¿qué le parece?

—Soy presidente de la liga antialcohólica —respondió Cottard—. Bastaría que pasara algún medicastro de provincias para que dijeran que no predico con el ejemplo. *Os homini sublime dedit clumque tueri* —añadió, aunque aquello no viniera a cuento, pero porque su stock de citas latinas era bastante pobre, suficiente sin embargo para impresionar a sus alumnos.

Monsieur de Charlus se encogió de hombros y llevó a Cottard a donde estábamos nosotros, no sin antes pedirle un secreto tanto más importante para él cuanto que el motivo del abortado duelo era puramente imaginario y había que impedir que llegara a oídos del oficial arbitrariamente comprometido.

Mientras nosotros cuatro estábamos bebiendo, madame Cottard, que esperaba a su marido afuera, delante de la puerta —monsieur de Charlus la había visto muy bien, pero no quería llamarla—, entró y saludó al barón, el cual le tendió la mano como a una camarera, sin moverse de la silla, en parte como un rey recibiendo homenajes, en parte como un *snob* que no quiere que se sienta a su mesa una mujer poco elegante, en parte como un

egoísta que se complace en estar solo con sus amigos y no quiere que le molesten. Madame Cottard se quedó, pues, de pie hablando a monsieur de Charlus y a su marido. Pero acaso porque la educación, lo que se debe hacer, no es privilegio exclusivo de los Guermantes, y puede iluminar y guiar de repente los cerebros más inseguros, o porque Cottard, que engañaba mucho a su mujer, sentía a veces, por una especie de compensación, la necesidad de protegerla contra quien la faltaba, frunció súbitamente el entrecejo, lo que yo nunca le había visto hacer, y sin consultar a monsieur de Charlus, como amo:

—Vamos, Leontina, no te quedes de pie, siéntate.

—¿No le molesto? —preguntó tímidamente madame Cottard a monsieur de Charlus, el cual, sorprendido por el tono del doctor, no contestó. Y Cottard, esta vez sin darle tiempo, repitió autoritario:

—Te digo que te sientes.

Al poco tiempo nos separamos, y monsieur de Charlus dijo entonces a Morel:

—De esta historia, terminada mejor de lo que usted merece, saco la conclusión de que no sabe comportarse y que, cuando termine el servicio militar, le llevaré yo mismo a casa de su padre, como hizo el arcángel Rafael, enviado por Dios, con el joven Tobías.

Y el barón sonrió con un gesto de superioridad y una alegría que Morel, nada contento de la perspectiva de ser así capturado, no parecía compartir. Monsieur de Charlus, en el entusiasmo de compararse con el arcángel y a Morel con el hijo de Tobías, ya no pensaba en el final de su frase, que era tantear el terreno para averiguar si, como era su deseo, consentiría Morel en ir con él a París. Mareado por su amor, o por su amor propio, el barón no vio o fingió no ver la mueca que hizo el violinista, y, dejándole sólo en el café, me dijo con una orgullosa sonrisa:

—¿Ha visto usted su alegría cuando le comparé con el hijo de Tobías? Como es muy inteligente, comprendió en seguida que el padre con quien iba a vivir en lo sucesivo no era su padre de sangre, que debe de ser un horrible criado bigotudo, sino su padre espiritual, es decir, yo. ¡Qué orgullo para él! ¡Cómo erguía la cabeza! ¡Qué alegría la suya cuando comprendió! Estoy seguro de que repetirá cada día: «¡Oh Dios que diste al bienaventurado arcángel Rafael por guía a tu servidor Tobías en un largo viaje, concédenos a nosotros, tus siervos, la gracia de ser siempre protegidos por él y favorecidos con su ayuda!» Ni siquiera tuve necesidad

de decirle —añadió el barón, muy convencido de que se sentaría un día ante el trono de Dios— que era yo el enviado celestial, lo comprendió en seguida y enmudeció de felicidad—. Y monsieur de Charlus —al que, muy al contrario, la felicidad no le quitaba la palabra, y sin preocuparse de algunos transeúntes que volvieron la cabeza creyendo que se trataba de un loco —exclamó para sí mismo y con todas sus fuerzas, levantando las manos—: ¡Aleluya!

Esta reconciliación sólo por un tiempo puso fin a los tormentos de monsieur de Charlus; Morel, que con frecuencia iba de maniobras demasiado lejos para que monsieur de Charlus pudiera ir a verle o mandarme a que le hablara, escribía al barón cartas desesperadas y tiernas asegurándole que tenía que quitarse la vida porque, por una cosa horrible, necesitaba veinticinco mil francos. No decía qué cosa horrible era aquélla, y si la dijera sería inventada. Por el dinero mismo, monsieur de Charlus se lo habría enviado fácilmente de no pensar que era dar a Charlie los medios de pasarse sin él y además de lograr los favores de algún otro. Así, pues, se lo negaba, y sus telegramas tenían el tono seco y tajante de su voz. Cuando estaba seguro de su efecto, deseaba que Morel rompiera para siempre con él, pues, convencido de que sería lo contrario, veía los inconvenientes que de aquellas relaciones inevitables iban a resurgir. Pero si no llegaba ninguna respuesta de Morel, no dormía, no tenía un momento de tranquilidad, tantas son las cosas que vivimos sin conocerlas, tantas las realidades interiores y profundas que permanecen ocultas para nosotros. Entonces concebía toda clase de suposiciones sobre aquella enormidad por la que Morel necesitaba veinticinco mil francos, y le daba toda clase de formas, adjudicándole sucesivamente muchos nombres propios. Creo que, en aquellos momentos, monsieur de Charlus (y aunque en aquella época iba siendo menor su *snobismo* y le alcanzaba ya, si no le rebasaba, la creciente curiosidad que el barón sentía por el pueblo) debía de recordar con cierta nostalgia los multicolores torbellinos de las reuniones mundanas, donde las mujeres y los hombres más seductores no le buscaban más que por el desinteresado placer que les daba, donde nadie hubiera pensado en engañarle, en inventar una «cosa horrible» por la cual alguien estaba dispuesto a quitarse la vida si no recibía inmediatamente veinticinco mil francos. Creo que entonces, y quizá porque seguía siendo más de Combray que yo y había injertado la altanería feudal en el orgullo alemán, debía de pensar que no se es impunemente amante de un criado,

que el pueblo no es del todo el gran mundo: en fin, «no tenía confianza» en el pueblo como yo la he tenido siempre.

La estación siguiente del trencillo, Maineville, me recuerda precisamente un incidente relativo a Morel y a monsieur de Charlus. Antes de hablar de él, debo decir que la parada en Maineville (cuando se llevaba a Balbec un recién llegado elegante que, para no molestar, prefería no vivir en la Raspelière) daba ocasión a escenas menos penosas que la que voy a contar dentro de un momento. El recién llegado, que tenía en el tren su equipaje de mano, solía encontrar el Gran Hotel un poco lejos, pero como antes de Balbec no había más que pequeñas playas o villas incómodas, se resignaba, por el lujo y el bienestar, al largo trayecto cuando, al parar el tren en Maineville, veía aparecer bruscamente el Palace, sin sospechar que era una casa de prostitución. «No sigamos más lejos —decía infaliblemente a madame Cottard, que tenía fama de mujer práctica y de buen consejo—. Esto es exactamente lo que me hace falta. ¿Para qué seguir hasta Balbec, donde seguramente no estaré mejor? Nada más que por el aspecto, veo que aquí hay todo el confort; podré perfectamente traer aquí a madame Verdurin, pues quiero corresponder a sus atenciones dando algunas pequeñas reuniones en su honor. No tendrá que andar tanto camino como si yo viviera en Balbec. Esto me parece muy bien para ella, y para su mujer, querido profesor; debe de haber salones, invitaremos a esas damas. Entre nosotros, no comprendo por qué no se ha venido madame Verdurin a vivir aquí en vez de alquilar la Raspelière. Esto es mucho más sano que esas casas viejas como la Raspelière, seguramente húmeda, y no limpia; no tienen agua caliente, no se puede lavar uno a gusto. Maineville me parece mucho más agradable. Madame Verdurin hubiera podido representar perfectamente aquí su papel de Patrona. De todos modos, cada cual su gusto, yo me voy a quedar aquí. ¿No quiere usted bajar conmigo, madame Cottard? Pero de prisa, pues el tren no tardará en salir. Usted me guiará en esa casa, que será la suya y que debe de haber frecuentado bastante. Es el marco más a propósito para usted.»

No había manera de hacer callar, y sobre todo de impedir bajar al infortunado visitante, el cual, con esa obstinación que se suele poner en las coladuras, insistía, cogía sus maletas y no hacía ningún caso de lo que le decían, hasta que le aseguramos que ni madame Verdurin ni madame Cottard irían nunca a verle allí.

—En todo caso, éste será mi domicilio. Madame Verdurin no tendrá más que escribirme.

El recuerdo relativo a Morel se refiere a un incidente de un tipo más especial. Hubo otros, pero aquí me limito a anotar, según va parando el tren y el empleado gritando Doncieres, Grattevast, Maineville, etc., lo que me evocan la pequeña playa o la guarnición. Ya he hablado de Maineville (media villa y de la importancia que tenía por causa de aquella suntuosa casa de mujeres que había sido recientemente construida, no sin suscitar las protestas inútiles de las madres de familia. Pero antes de decir en qué se relaciona Maineville en mi memoria con Morel y con monsieur de Charlus, debo señalar la desproporción (que había de ser mayor posteriormente) entre la importancia que Morel daba a tener libres ciertas horas y la insignificancia de las ocupaciones a las que pretendía dedicarlas, pues esta misma desproporción había en las explicaciones de otro género que daba a monsieur de Charlus. Él, que se hacía el desinteresado con el barón (y podía hacerlo sin riesgo, dada la generosidad de su protector), cuando quería pasar la noche por su lado para dar una lección, etcétera, no dejaba de añadir a su pretexto estas palabras dichas con una sonrisa de concupiscencia: «Y además, puedo ganar cuarenta francos. No es cualquier cosa. Permítame que vaya, pues ya ve que es interesante para mí. Caramba, yo no tengo rentas como usted, tengo que hacerme una posición, aprovechar el momento de ganar dinero.»

Morel no era del todo insincero al querer dar su lección. Por una parte, es falso que el dinero no tenga color. Una manera nueva de ganarlo hace nuevas las monedas empañadas por el uso. Si saliera de verdad para una lección, es posible que los dos lises que le diera el alumno le produjesen un efecto distinto al de dos lises recibidos de la mano de monsieur de Charlus. Además, por dos lises, el hombre más rico andaría kilómetros, que serían leguas cuando se es hijo de un ayuda de cámara. Pero monsieur de Charlus solía tener, sobre la realidad de la lección de violín, ciertas dudas tanto más grandes cuanto que el músico invocaba pretextos de otro tipo, de un orden completamente desinteresado desde el punto de vista material, y absurdos además. De este modo, Morel no podía menos de ofrecer una imagen de su vida, pero voluntariamente, e involuntariamente también, una imagen tan turbia que sólo se veían de ella ciertas partes. Durante un mes se puso a disposición de monsieur de Charlus con la condición de que le dejara las tardes libres, pues deseaba

asistir con continuidad a unos cursos de álgebra. ¿Ir después a ver a monsieur de Charlus? Imposible, las clases duraban a veces hasta muy tarde.

—¿Hasta pasadas las dos de la mañana? —preguntaba el barón.

—A veces.

—Pero el álgebra se aprende igual en un libro.

—Incluso mejor, pues yo no entiendo gran cosa en las clases.

—¿Entonces? Además el álgebra no puede servirte para nada.

—Me gusta mucho. Me quita la neurastenia.

«Esos permisos de noche que pide no pueden ser por el álgebra —se decía monsieur de Charlus—. ¿Trabajaré para la policía?» En todo caso, fuera por el álgebra o por el violín, Morel, por muchas objeciones que le hicieran, se reservaba ciertas horas tardías. Una vez no fue ni lo uno ni lo otro, sino el príncipe de Guermantes, el cual, llegado por unos días a aquella costa para visitar a la duquesa de Luxembourg, se encontró con el músico, y, sin saber quién era, sin que tampoco el músico le conociera a él, le ofreció cincuenta francos por pasar la noche juntos en la casa de mujeres de Maineville; doble placer para Morel: el dinero de monsieur de Guermantes y la voluptuosidad de estar rodeado de mujeres que enseñaban los morenos pechos. No sé cómo a monsieur de Charlus se le ocurrió la idea de lo que había pasado y del lugar, pero no del seductor. Loco de celos, y por averiguar quién era éste, telegrafió a Jupien, que llegó a los dos días, y cuando, al comenzar la semana siguiente, Morel anunció de nuevo que también estaría fuera, el barón encargó a Jupien de comprar a la patrona del establecimiento para que los escondieran, a él y a Jupien, para ver la escena. «Perfectamente, voy a ocuparme de eso, caprichito mío», contestó Jupien al barón. Es increíble hasta qué punto esta inquietud movía, y en consecuencia enriqueció momentáneamente, la inteligencia de monsieur de Charlus. El amor causa así verdaderos levantamientos geológicos del pensamiento. En el de monsieur de Charlus, que, unos días antes, parecía una llanura tan uniforme que ni en la lejanía más remota se hubiera podido divisar una idea a ras del suelo, habían surgido de repente, duras como la piedra, un macizo de montañas, pero de montañas tan esculpidas como si un escultor, en lugar de llevarse el mármol, las hubiera cincelado en el sitio y en ellas se retorcieran, en grupos gigantescos y titánicos, la Furia, los Celos, la Curiosidad, la Envidia, el Odio, el Dolor, el Orgullo, el Espanto y el Amor.

Llegó la noche en que Morel iba a estar ausente. La misión de Jupien dio resultado. Él y el barón irían hacia las once y los esconderían. Tres calles antes de llegar a la suntuosa casa de prostitución (a la que iban clientes desde todos los alrededores elegantes), monsieur de Charlus empezó a andar de puntillas, disimulando la voz, suplicando a Jupien que hablara más bajo, no fuera que Morel los oyera desde el interior. Y, en cuanto entraron a paso de lobo en el vestíbulo, monsieur de Charlus, poco acostumbrado a aquella clase de lugares, se encontró, con terror y estupefacción, en un lugar más ruidoso que la Bolsa o el Hotel de Ventas. En vano pedía a las sirvientas que le rodeaban que hablaran más bajo; además hasta la voz de éstas se perdía, apagada por los pregones y las adjudicaciones que gritaba una «subjefa» con una peluca muy oscura y un rostro en el que se resquebrajaba la gravedad de un notario o de un clérigo español, y que a cada minuto, dejando alternativamente que se abrieran y se volvieran a cerrar las puertas, ordenaba con una voz de trueno, como quien regula el tráfico de coches: «Lleve al señor al veintiocho, a la habitación española». «Ya no hay paso». «Abra la puerta, estos señores piden a mademoiselle Noémie. Los espera en el salón persa.» Monsieur de Charlus estaba asustado como un provinciano en trance de atravesar los bulevares; y, empleando una comparación mucho menos sacrílega que el tema representado en los capiteles del porche de la vieja iglesia de Couliville, las voces de las doncellitas repetían cada vez más bajo, sin cansarse, la orden de la subjefa, como esos catecismos que se oye salmodiar a los alumnos en la sonoridad de una iglesia de pueblo. Por mucho miedo que tuviera, monsieur de Charlus, que, en la calle, temblaba de que le oyeran, convencido de que Morel estaba en la ventana, no sentía quizá tanto terror en el rugido de aquellas inmensas escaleras en las que se comprendía que no le podían ver desde las habitaciones. Por fin, llegado a la última estación de su calvario, encontró a mademoiselle Noémie, encargada de esconderle con Jupien, pero empezó por encerrarle en un salón persa muy suntuoso desde el que no veía nada. Le dijo que Morel había pedido una naranjada y que, en cuanto se la sirvieran, llevarían a los dos viajeros a un salón transparente. Mientras tanto, como la reclamaban, les prometió, como en un cuento, que para que se entretuvieran les iba a mandar «a una damita inteligente». Pues a ella la estaban llamando. La damita inteligente llevaba un peinador persa e hizo ademán de quitárselo. Monsieur de Charlus le dijo que no se lo quitara, y la damita pidió que le



subieran un champagne que costaba cuarenta francos la botella. Mientras tanto, Morel estaba, en realidad, con el príncipe de Guermantes; por disimular, había hecho como que se equivocaba de habitación, entrando en una donde había dos mujeres, que se apresuraron a dejar solos a los dos caballeros. Monsieur de Charlus ignoraba todo esto, pero echaba pestes, quería abrir las puertas, mandó a buscar a mademoiselle Noémie; mademoiselle Noémie, que había oído a la damita inteligente dar a monsieur de Charlus algunos detalles sobre Morel que no concordaban con los que ella había dado a Jupien, la hizo salir de estampía y, para sustituir a la damita inteligente, envió en seguida a «una damita simpática», que tampoco les informó de nada, pero les dijo que la casa era muy seria y, a su vez, pidió champagne. El barón, furibundo, mandó llamar de nuevo a mademoiselle Noémie, y mademoiselle Noémie les dijo: «Sí, tardan un poco, esas señoras pasan el tiempo en tomar actitudes, él no parece tener gana de hacer nada».

Por fin, ante las promesas y las amenazas del barón, mademoiselle Noémie se marchó con aire contrariado, asegurándoles que no tendrían que esperar más de cinco minutos. Los cinco minutos duraron una hora, transcurrida la cual Noémie condujo a paso de lobo a monsieur de Charlus, ebrio de furia, y a Jupien, desolado, hacia una puerta entreabierta y les dijo: «Lo verán muy bien, en este momento no es muy interesante, está con tres señoras, les está contado su vida de regimiento».

Por fin, el barón pudo ver por la abertura de la puerta y también en los espejos. Desde luego era Morel quien estaba ante él, pero, como si existieran aún los misterios paganos y los encantamientos, era más bien la sombra de Morel. Morel embalsamado, ni siquiera Morel resucitado como Lázaro, una aparición de Morel, un fantasma de Morel, Morel aparecido o evocado en aquella habitación (donde las paredes y los divanes repetían por doquier emblemas de hechicería), quien estaba, de perfil, a unos metros de él. Morel había perdido todo color, como si estuviera muerto; entre aquellas mujeres, con las que parecía que debiera debatirse alegremente, permanecía, lívido, en una inmovilidad artificial; para beber la copa de champagne que tenía ante él, su brazo sin fuerza intentaba lentamente extenderse y volvía a caer. Daba la impresión de ese equívoco en virtud del cual una religión habla de inmortalidad, pero de una inmortalidad que no excluye la nada. Las mujeres le acribillaban a preguntas. «Mire —dijo muy bajo mademoiselle Noémie al barón—, le

están hablando de su vida de regimiento, es gracioso, ¿verdad? —y se rió—. ¿Está usted contento? Él está tranquilo, ¿verdad?», añadió como si se tratara de un moribundo. Las mujeres menudeaban sus preguntas, pero Morel, inanimado, no tenía fuerzas para contestarlas. Ni siquiera se producía el milagro de una palabra murmurada. Monsieur de Charlus no vaciló más que un momento, comprendió la verdad, comprendió que, fuera torpeza de Jupien cuando fue a hacer el trato, fuera el poder expansivo de los secretos confiados por el cual no se guardan jamás, fuera carácter indiscreto de aquellas mujeres, o miedo a la policía, le contaron a Morel que dos señores habían pagado mucho dinero por verle, hicieron salir al príncipe de Guermantes, metamorfoseado en tres mujeres, y pusieron al pobre Morel, trémulo, paralizado de estupor, de tal manera que, si monsieur de Charlus le veía mal, en cambio él, aterrorizado, perdido el uso de la palabra, sin atreverse a coger el vaso por miedo a dejarlo caer, veía perfectamente al barón.

Y la historia no termina mejor para el príncipe de Guermantes. Cuando le hicieron salir para que monsieur de Charlus no le viera, furioso por el fiasco, sin sospechar quién era el autor, suplicó a Morel, sin darse a conocer todavía, que le diera una cita para el día siguiente en el hotelito que había alquilado y que, pese al poco tiempo que iba a permanecer allí, había decorado, siguiendo la misma maniática costumbre que viéramos antaño en casa de madame de Villeparisis, con numerosos recuerdos de familia, para sentirse como en su casa. Y al día siguiente, Morel, volviendo la cabeza a cada paso, temblando de miedo de que le siguiera y le espicara monsieur de Charlus, al no ver ningún transeúnte sospechoso, acabó por entrar en el hotelito. Un criado le hizo pasar a un salón diciéndole que iba a avisar al señor (su amo le había recomendado que no pronunciara la palabra príncipe, no fuera a despertar sospechas). Pero cuando Morel se encontró solo y quiso mirar en el espejo si no llevaba el pelo desarreglado, fue como una alucinación.

Sobre la chimenea, las fotografías, reconocibles por el violinista, de la princesa de Guermantes, de la duquesa de Luxembourg, de madame de Villeparisis le petrificaron por lo pronto de espanto. Inmediatamente vio la de monsieur de Charlus, que estaba un poco retirada. Parecía que el barón le clavaba a Morel una mirada extraña y fría. Loco de terror, volviendo de su primer paso, seguro de que aquello era una trampa en la que monsieur

de Charlus le había hecho caer para probar si le era fiel, bajó las escaleras de la villa de cuatro en cuatro, echó a correr por la carretera y, cuando entró en el salón, el príncipe de Guermantes (cuando calculó que había hecho esperar lo necesario a un conocido de paso, no sin preguntarse si aquello era prudente y si el individuo sería peligroso) no encontró a nadie. En vano exploró, con su criado, por miedo a los ladrones y revólver en mano, toda la casa, que no era grande, los rincones del jardincillo, el sótano: el compañero cuya compañía daba por segura había desaparecido. En el transcurso de la semana siguiente le encontró varias veces. Pero Morel, el individuo peligroso, escapaba cada vez como si el príncipe lo fuera más aún. Obstinado en sus sospechas, no se le pasaron jamás, y hasta en París, sólo ver al príncipe de Guermantes bastaba para ponerle en fuga. Y así fue como monsieur de Charlus se vio protegido de una infidelidad que le desesperaba y vengado sin haberlo imaginado nunca, ni sobre todo cómo.

Pero otros recuerdos vienen a sustituir lo que me contaron sobre este asunto, pues el trenecito reanuda su marcha de carraca y continúa dejando o tomando viajeros en las estaciones siguientes.

En Grattevast, donde vivía su hermana, con la que iba a pasar la tarde, subía a veces monsieur Pierre de Verjus, conde de Crécy (al que llamaban solamente el conde de Crécy), aristócrata pobre pero muy distinguido al que yo había conocido por los Cambremer, y con el que, por lo demás, tenía poco trato. Reducido a una vida sumamente modesta, casi mísera, me daba cuenta de que un cigarro, una «consumición» eran cosas tan agradables para él que tomé la costumbre de invitarle en Balbec los días que no podía ver a Albertina. Era muy fino y se expresaba de maravilla, todo blanco, con unos ojos azules muy bonitos, y sobre todo hablaba muy delicadamente con la punta de los labios de las comodidades de la vida señorial, que él había conocido sin duda, y también de genealogías. Le pregunté qué era lo que estaba grabado en su sortija y me dijo con una sonrisa modesta:

—Es una rama de *verjus* —y añadió con un placer degustador—: nuestras armas son una rama de *verjus* —simbólica, puesto que yo me llamo Verjus— con tronco y hojas de sinople.

Pero creo que habría sufrido una decepción si en Balbec no le hubiera invitado más que a *verjus*. Le gustaban los vinos más caros, seguramente por privación, porque conocía bien aquello de que se veía privado, por

gusto, quizá también por inclinación exagerada. Y cuando le invitaba a comer en Balbec, encargaba la comida con una ciencia refinada, pero comía un poco excesivamente, y sobre todo bebía, mandando entibiar los vinos que deben serlo, enfriar los que requieren el hielo. Antes y después de la comida, indicaba la fecha o el número que quería para un oporto o un coñac, como si se tratara de la creación de un marquesado, generalmente ignorada, pero que él conocía muy bien.

Como yo era para Amado un cliente preferido, le encantaba que yo diese aquellas comidas extras y gritaba a los camareros: «Rápido, ponedme la mesa 25»; ni siquiera decía «poned», sino «ponedme», como si fuera para él. Y como el lenguaje de los directores de hotel no es exactamente el mismo que el de los jefes de fila, subjefes, empleados, etc., cuando yo pedía la nota, el conde decía al camarero que nos había servido, siempre con el mismo gesto suave del revés de la mano, como si quisiera calmar a un caballo dispuesto a morder el bocado: «No se apresure (por la nota): despacio, muy despacio». Y una vez que el camarero se alejaba provisto de este recordatorio, Amado, temiendo que no siguiera exactamente sus recomendaciones, le llamaba: «Espere, voy a hacer la nota yo mismo». Y como yo le dijera que aquello no tenía importancia: «Tengo el principio, como se dice vulgarmente, de no engañar al cliente». En cuanto al director, al ver el atuendo sencillo, siempre el mismo y bastante raído de mi invitado (y sin embargo nadie practicaría tan bien como él el arte de vestirse fastuosamente, como un elegante de Balzac, si tuviera los medios), se limitaba, y eso por mí, a inspeccionar de lejos si todo iba bien y, con una mirada, a hacer calzar una mesa que se movía.

No es que no supiera, aunque escondía sus comienzos, echar una mano como otro cualquiera. Pero tuvo que darse una circunstancia excepcional para que, un día, trinchara él mismo unos pavipollos. Yo había salido, pero supe que lo había hecho con una majestad sacerdotal, rodeado, a respetuosa distancia del trincherero, de un círculo de camareros que en aquella actitud, más que aprender, lo que querían era que el jefe los viera contemplarle con un aire beato de admiración. Por lo demás, el director (penetrando lentamente en el costado de las víctimas y sin apartar de su función los ojos, como si estuviera leyendo algún augurio) no los vio en absoluto. El sacrificador ni siquiera se dio cuenta de mi ausencia. Cuando la supo, se quedó desolado. «Pero ¿no me ha visto usted trinchar yo mismo los pavipollos?» Le contesté que, como no había podido ver hasta entonces

Roma, Venecia, Siena, el Prado, el museo de Dresde, las Indias, a Sarah Bernhardt en *Fedra*, conocía la resignación y que añadiría a mi lista su trinchado de los pavipollos. La comparación con el arte dramático (Sarah Bernhardt en *Fedra*) fue lo único que pareció entender, pues sabía por mí que, los días de grandes representaciones, Coquelin el mayor había aceptado papeles de debutante, y hasta de un personaje que no dice más que una palabra o no dice nada. «De todas maneras, lo siento muchísimo por usted. ¿Cuándo volveré a trinchar? Será necesario un acontecimiento, una guerra.» (Fue necesario, en efecto, el armisticio.) Desde aquel día, se cambió el calendario, se contó así: «Fue al día siguiente del día en que trinché yo mismo los pavipollos». «Fue justamente a los ocho días de trinchar el director los pavipollos.» De suerte que esta prosectomía, como el nacimiento de Cristo o la Hégira fue el punto de partida de un calendario diferente de los demás, pero que no alcanzó tanta extensión ni tanta duración.

La tristeza de la vida de monsieur de Crécy provenía, tanto como de no tener caballos y una mesa suculenta, de no tener trato más que con personas que podían creer que Cambremer y Guermantes eran lo mismo. Cuando vio que yo sabía que Legrandin, el cual se hacía llamar ahora Legrand de Méséglise, no tenía ninguna especie de derecho a esto, animado además por el vino que estaba bebiendo, tuvo una especie de arrebató de alegría. Su hermana me decía en un tono de connivencia: «Para mi hermano no hay mayor alegría que charlar con usted».

Y es que se sentía vivir desde que descubrió una persona que conocía la mediocridad de los Cambremer y la grandeza de los Guermantes, una persona para la que existía el universo social. De la misma manera, incendiadas todas las bibliotecas del globo y surgida una raza enteramente ignorante, un viejo latinista renacería y recuperaría la confianza en la vida al oír citar a alguien un verso de Horacio. Así que nunca salía del vagón sin decirme: «¿Para cuándo nuestra reunioncita?», y era, tanto como por avidez de parásito, por glotonería de erudito, y porque consideraba los ágapes de Balbec como una ocasión para hablar al mismo tiempo de los temas que le eran caros y no podía tratar con nadie, análogo en esto a esas comidas en las que se reúne a fecha fija la Sociedad de Bibliófilos ante la mesa extraordinariamente suculenta del Cercle de l'Union. Muy modesto en lo que se refería a su propia familia, no fue por monsieur de Crécy por quien supe que era de alta estirpe y una auténtica rama francesa de la

familia inglesa que lleva el título de Crécy. Cuando me enteré de que era un verdadero Crécy, le conté que una sobrina de madame de Guermantes se había casado con un americano llamado Carlos Crécy y le dije que me figuraba que no tenía ninguna relación con él.

—Ninguna —confirmó—. Como tampoco la tienen —aunque, por lo demás, mi familia no es tan ilustre— muchos americanos que se llaman Montgomery, Berry, Chandos o Capel con las familias de Pembroke, de Buckingham, de Essex, o con el duque de Berry.

Varias veces estuve a punto de decirle, por entretenerle, que conocía a madame Swann, quien, como cocotte, era conocida anteriormente con el nombre de Odette de Crécy; pero, por más que el duque de Alençon no pudiera ofenderse de que se hablara con él de Emiliana de Alençon yo no tenía bastante confianza con monsieur de Crécy para gastarle una broma como ésta:

—Es de una gran familia —me dijo un día monsieur de Montsurvent—. Su patronímico es Saylor.

Y añadió que en su antiguo castillo encima de Incarville, ahora casi inhabitable y que, aunque nació muy rico, estaba demasiado en ruinas para poder arreglarlo, se leía aún la antigua divisa de la familia. Una divisa que me pareció muy bella, aplicada bien a la impaciencia de una raza de presa encaramada en aquel nido, desde el cual debía de tomar vuelo en otro tiempo, bien, actualmente, a la contemplación de la decadencia, a la espera de la muerte próxima en aquel retiro dominante y salvaje. Pues, en efecto, este doble sentido tiene, con el nombre de Saylor, la divisa: «No sé la hora».

En Hermenonville subía a veces monsieur de Chevregny, cuyo nombre, nos dijo Brichot, significaba, como el de monseñor de Cabrières, «lugar donde se juntan las cabras». Era pariente de los Cambremer y, por esto y por una falsa apreciación de la elegancia, los Cambremer le invitaban a menudo a Féterne, pero solamente cuando no tenían invitados a quienes deslumbrar. Monsieur de Chevregny, como vivía todo el año en Beausoleil, era más provinciano que ellos. Y cuando iba a pasar unas semanas en París no desperdiciaba ni un día para ver «todo lo que había que ver», hasta el punto de que a veces, un poco aturdido por tantos espectáculos digeridos demasiado rápidamente, cuando le preguntaban si había visto una determinada obra, no estaba seguro de ello. Pero esto ocurría rara vez, pues conocía las cosas de París con esa precisión propia

de las personas que van a París muy de tarde en tarde. Me aconsejaba las «novedades» que había que ir a ver («vale la pena»), aunque no las consideraba más que desde el punto de vista de la buena noche que hacen pasar, y en cuanto al aspecto estético lo ignoraba hasta el punto de no sospechar que a veces pudieran en efecto constituir una «novedad» en la historia del arte. Así, como hablaba de todo en el mismo plano, nos decía:

—Una vez fuimos a la ópera cómica, pero la obra no es gran cosa, se titula *Pelléas et Mélisande*. Es insignificante. Périer trabaja siempre bien, pero es preferible verle en otra cosa; en cambio, en el Gymnase dan *La Châtelaine*. Nosotros hemos ido dos veces; no deje de ir, vale la pena; y además lo hacen maravillosamente; trabajan Frévalles, Marie Magnier, Barón hijo.

Hasta me citaba nombres de actores que yo no había oído pronunciar jamás, y sin anteponerles las palabras *monsieur*, *madame* o *mademoiselle*, como lo hubiera hecho el duque de Guermantes, que con el mismo tono ceremoniosamente despectivo hablaba de las «canciones de mademoiselle Yvette Guilbert» y de los «experimentos de monsieur Charcot». Monsieur de Chevreigny no hablaba así, decía Cornaglia y Dehelly como hubiera dicho Voltaire y Montesquieu. Pues en él, tratárase de autores o de cualquier otra cosa que fuera de París, el deseo que tenía el aristócrata de mostrarse desdeñoso era vencido por el que tenía el provinciano de parecer familiar.

Desde la primera vez que fui a comer a la Raspelière con los que todavía llamaban en Féterne «el joven matrimonio», aunque *monsieur* y *madame* de Cambremer no estuviesen ya, ni mucho menos, en la primera juventud, la vieja marquesa me escribió una de aquellas cartas cuya letra se distinguía entre miles. Me decía: «Tráigase a su prima deliciosa-encantadora-simpática. Será una delicia, un placer», errando siempre tan infaliblemente la progresión esperada por el que recibía su carta que acabé por cambiar de opinión sobre el origen de aquellos disminuendos, por creerlos deliberados y por encontrar en ellos la misma depravación del gusto —trasladada al orden mundano— que inducía a Sainte-Beuve a romper todas las alianzas de palabras, a alterar toda expresión un poco habitual. Dos métodos, seguramente enseñados por diferentes maestros, se oponían en este estilo epistolar; el segundo hacía compensar a madame de Cambremer la trivialidad de los adjetivos múltiples empleándolos en

gama descendente, evitando acabar en el acorde perfecto. En cambio, yo me inclinaba a ver en aquellas gradaciones inversas, no más refinamiento, como cuando eran obra de la marquesa madre, sino torpeza cuando las empleaban su hijo el marqués o sus primas. Pues en toda la familia, hasta un grado bastante remoto, y por imitación admirativa de tía Celia, gozaba de gran honor la regla de los tres adjetivos, lo mismo que cierta manera entusiasta de tomar aliento al hablar. Imitación que, por lo demás, había pasado a la sangre; y cuando, en la familia, una niña, desde muy pequeña, se paraba al hablar para tragar saliva, decían: «Se parece a tía Celia, y se nota que, pasado el tiempo, sus labios tenderían bastante pronto a sombrearse con un ligero bigote», y se prometían cultivar en ella las disposiciones que iba a tener para la música.

No tardaron las relaciones de los Cambremer en ser menos perfectas con madame Verdurin que conmigo, y ello por diferentes razones. Querían invitarla. La «joven» marquesa me decía desdeñosamente: «No sé por qué no vamos a invitar a esa mujer; en el campo se invita a cualquiera, eso no trae consecuencias». Pero, bastante impresionados en el fondo, me consultaban continuamente sobre la manera en que debían realizar su propósito de cortesía. Como nos habían invitado a Albertina y a mí a comer con unos amigos de Saint-Loup, gentes elegantes de la región, propietarios del castillo de Gourville y que representaban un poco más que la crema normanda, de la que madame Verdurin, haciendo como que no la tocaba, era muy golosa, aconsejé a los Cambremer que invitaran con ellos a la Patrona. Pero los castellanos de Féterne, por miedo (tan tímidos eran) de descontentar a sus nobles amigos, o (tan ingenuos eran) de que monsieur y madame Verdurin se aburriesen con personas que no eran intelectuales, o también (pues estaban impregnados de un espíritu de rutina que la experiencia no había fecundado) de mezclar los géneros y tirarse una plancha, dijeron que no iban bien juntos y que era mejor reservar para otra comida a madame Verdurin, a la que invitarían con todo su pequeño grupo. Para la inmediata —que era una comida elegante, con los amigos de Saint-Loup— no invitaron del pequeño núcleo más que a Morel, con el fin de que monsieur de Charlus se enterara indirectamente de las personas brillantes que recibían, y también con la intención de que el músico fuera un elemento de distracción para los invitados, pues le pedirían que llevara su violín. Invitaron también a Cottard, porque monsieur de Cambremer dijo que era muy animado y «quedaba bien» en



una comida, y que además podría ser conveniente estar en buenos términos con un médico por si alguna vez caía alguien enfermo. Pero le invitaron solo, para no «iniciar nada con la mujer». Madame Verdurin se indignó al enterarse de que los Cambremer habían invitado a dos miembros del pequeño grupo a comer en Féterne en «petit comité». Le dictó al doctor —cuyo primer impulso había sido aceptar— una orgullosa respuesta: «Nosotros comemos esa noche en casa de madame Verdurin», plural que debía ser una lección para los Cambremer, demostrándoles que el doctor Cottard no era separable de madame Cottard. En cuanto a Morel, no necesitó madame Verdurin trazarle una conducta poco fina, pues la adoptó él espontáneamente, he aquí por qué. Si, para sus placeres, tenía con monsieur de Charlus una independencia que tanto dolía a éste, ya hemos visto que la influencia del barón se hacía sentir más en otros aspectos y que había enriquecido mucho, por ejemplo, los conocimientos musicales del virtuoso y le había hecho adquirir un estilo más puro. Pero esto no pasaba de ser una influencia, al menos en el momento de nuestro relato. En cambio, había un terreno en el que Morel creía y cumplía ciegamente lo que decía monsieur de Charlus. Ciegamente y locamente, pues no sólo eran falsas las enseñanzas del barón, sino que, aunque fueran valederas para un gran señor, aplicadas literalmente por Morel resultaban burlescas. Este terreno en que Morel era tan crédulo y tan dócil a su maestro era el mundano. El violinista, que, antes de conocer a monsieur de Charlus, no tenía la menor idea del gran mundo, tomó al pie de la letra el esquema prepotente y sumario que el barón le trazara: «Hay cierto número de familias preeminentes —le dijo monsieur de Charlus—, en primer lugar los Guermantes, que cuentan catorce alianzas con la Casa de Francia, lo que, por lo demás, honra sobre todo a la Casa de Francia, pues el trono de Francia le correspondía a Aldonza de Guermantes y no a Luis el Gordo, su hermano consanguíneo pero segundón; en tiempo de Luis XIV, guardamos luto por la muerte de Monsieur, por tener la misma abuela que el rey. Aunque muy por debajo de los Guermantes, se puede citar a los La Trémouille, descendientes de los reyes de Nápoles y de los condes de Poitiers; a los Uzés, poco antiguos como familia, pero los más antiguos como pares; a los Luynes, muy recientes, pero con el lustre de las grandes alianzas; a los Choiseul, a los Harcourt, a los La Rochefoucauld. Agregue también a los Noailles, a pesar del conde de Toulouse, a los Montesquiou, a los Castellane, y, salvo olvido, a nadie más. En cuanto a todos esos

señoretas que se llaman marqueses de Cambremerde o de Vatefairefiche, entre ellos y el último soldado raso del regimiento de usted no hay ninguna diferencia. Lo mismo da ir a hacer pipí a casa de la condesa Caca que ir a hacer caca a casa de la baronesa Pipí: en uno y otro caso es comprometer la propia reputación y usar como papel higiénico un trapo sucio, lo que no está bien.» Morel recogió piadosamente esta lección de historia, quizás un poco sumaria, juzgaba las cosas como si él mismo fuera un Guermantes y deseaba una ocasión de encontrarse con los falsos La Tour d’Auvergne para hacerles notar, con un desdeñoso apretón de manos, que no los tomaba en serio. En cuanto a los Cambremer, mira por dónde podía hacerles ver que no eran «más que el último soldado raso de su regimiento». No contestó a su invitación, y la noche de la comida se disculpó a última hora en un telegrama, tan encantado como si acabara de conducirse como un príncipe de la sangre. Debemos añadir que, en general, monsieur de Charlus podía ser increíblemente insoportable, cominero y, siendo tan listo, hasta tonto, en todas las ocasiones en que entraban en juego los defectos de su carácter. Y es que puede decirse que estos defectos son como una enfermedad intermitente del espíritu. ¿Quién no lo ha observado en mujeres y hasta en hombres dotados de una inteligencia notable, pero que adolecen de algún desequilibrio nervioso? Cuando son felices, cuando están tranquilos, satisfechos de la gente que los rodea, hay que admirar sus valiosas dotes; literalmente, la verdad habla por su boca. Una jaqueca, un pequeño pique de amor propio basta para cambiarlo todo. La luminosa inteligencia, brusca, convulsa y disminuida, ya no refleja más que un yo irritado, desconfiado, afectado, con todo lo necesario para resultar desagradable. Los Cambremer se enfadaron mucho; y, en el intervalo, otros incidentes provocaron cierta tensión en sus relaciones con el pequeño clan. Una vez que volvíamos, los Cottard, Charlus, Brichot, Morel y yo de una comida en la Raspelière, y los Cambremer, que habían almorzado en casa de unos amigos en Harambouville, hicieron con nosotros una parte del trayecto, le dije a monsieur de Charlus:

—A usted, que tanto le gusta Balzac y sabe reconocerle en la sociedad contemporánea, le debe de parecer que los Cambremer se han escapado de Scènes de la vie de Province.

Pero monsieur de Charlus, absolutamente como si fuera amigo suyo y le hubiera molestado con mi observación, me cortó bruscamente la

palabra.

—Usted dice eso porque la mujer es superior al marido —me dijo en un tono seco.

—¡Oh!, no quería decir que fuera la musa del departamento, ni madame de Bargeton, aunque...

Monsieur de Charlus volvió a interrumpirme:

—Dirá más bien madame de Mortsauf.

Paró el tren y Brichot se apeó.

—Ya podemos hacerle señas, es usted terrible.

—¿Por qué?

—No se ha dado cuenta de que Brichot está enamorado perdido de madame de Cambremer.

Por la actitud de los Cottard y de Charlie, me di cuenta de que aquello no ofrecía la menor duda en el pequeño núcleo. Creí que eran suposiciones malignas.

—Vamos, no ha notado usted cómo se turbó cuando le habló de ella —intervino monsieur de Charlus, amigo de demostrar que tenía experiencia de las mujeres y que hablaba con naturalidad del sentimiento que inspiraban y como si este sentimiento fuera habitualmente el suyo. Pero cierto tono de equívoca paternidad con los jóvenes —a pesar de su amor exclusivo a Morel— desmintió su comentario de hombre experto en mujeres.

—¡Oh, esos chicos! —dijo con una voz aguda, amanerada y cadenciosa—, hay que enseñárselo todo, son inocentes como un niño de teta, no saben distinguir cuándo un hombre está enamorado de una mujer. A su edad, yo estaba más espabilado —añadió, pues gustaba de emplear las expresiones del mundo apache, quizá por gusto, quizá para que, al evitarlas, no pareciera confesar que frecuentaba los medios donde era corriente ese vocabulario. Unos días después no tuve más remedio que rendirme a la evidencia y reconocer que Brichot estaba enamorado de la marquesa. Desgraciadamente, aceptó varios almuerzos en su casa. Madame Verdurin estimó que había llegado el momento de llamarle a capítulo. Aparte la utilidad que veía en una intervención para la política del pequeño núcleo, encontraba en esta clase de explicaciones y en los dramas que provocaban una satisfacción cada vez más viva y que la ociosidad suscita tanto en el mundo burgués como en el aristocrático. Fue un día de gran emoción en la Raspelière cuando se vio a madame Verdurin

desaparecer durante una hora con Brichot, a quien, según luego se supo, dijo que madame de Cambremer se burlaba de él, que era el tema de su salón, que iba a deshonorar su vejez, a comprometer su posición en la enseñanza. Llegó hasta hablarle en términos patéticos de la planchadora con quien vivía en París, y de su nieta. Salió triunfante: Brichot dejó de ir a Féterne, pero con tanta pena que, durante dos días, creímos que iba a perder completamente la vista, y, en todo caso, su enfermedad dio un avance que perduró. Entre tanto, los Cambremer, irritadísimos contra Morel, deliberadamente invitaron una vez a monsieur de Charlus sin invitarle a él. Como no recibieran respuesta del barón, temieron haber dado un mal paso y, considerando que el rencor es mal consejero, escribieron a Morel un poco tardíamente, lo que hizo sonreír a monsieur de Charlus como una prueba de su poder. «Contesta por los dos que acepto», dijo el barón a Morel. Llegado el día de la comida, estábamos esperando en el gran salón de Féterne. Los Cambremer daban en realidad la comida para la flor de la distinción que eran monsieur y madame Féré. Pero tenían tanto miedo de incurrir en el desagrado de monsieur de Charlus que, aunque habían conocido a los Féré por los Chevregny, a madame de Cambremer le dio una sofocación cuando, el día de la comida, vio llegar a éstos de visita a Féterne. Inventaron todos los pretextos imaginables para que se volvieran a toda prisa a Beausoleil, pero no llegaron a impedir que se cruzaran en el patio con los Féré, los cuales se quedaron tan extrañados de su expulsión como avergonzado se quedó monsieur de Chevregny. Pero los Cambremer querían evitar a todo trance que monsieur de Charlus viera a monsieur de Chevregny, considerando provinciano a éste por los matices que se descuidan en familia y que sólo se tienen en cuenta ante los extraños, precisamente los únicos que no los notan. Pero no gusta mostrarles a los parientes que han seguido siendo lo que los otros se han esforzado por dejar de ser. En cuanto a monsieur y madame Féré, eran en el más alto grado lo que se llama personas «muy bien». Para los que así los calificaban, seguramente los Guermantes, los Rohan y otros muchos eran también personas muy bien, pero su nombre dispensaba de decirlo. Como no todo el mundo estaba enterado de la gran estirpe de la madre de madame Féré ni del círculo sumamente cerrado que ella y su marido frecuentaban, cuando salía su nombre a relucir se añadía siempre la explicación de que eran personas «de lo mejor». ¿Les dictaba su nombre oscuro una especie de altiva reserva? El caso es que los Féré no

trataban a ciertas personas que los La Trémoille hubieran frecuentado. Fue necesaria la posición de reina de la costa que ostentaba en la Mancha la marquesa de Cambremer, para que los Féré asistiesen cada año a una de sus *matinées*. Les habían invitado a comer y esperaban mucho del efecto que les iba a producir monsieur de Charlus. Anunciaron discretamente que figuraba entre los invitados. Por casualidad, madame Féré no le conocía, lo que produjo viva satisfacción a madame de Cambremer, paseándose en su rostro la sonrisa del químico que va a poner en relación por primera vez dos cuerpos sumamente importantes. Se abrió la puerta y madame de Cambremer estuvo a punto de desmayarse al ver a Morel entrar solo. Como un secretario encargado de disculpar a su ministro, como una esposa morganática que expresa el pesar del príncipe por estar indispuesto (así hacía madame de Clinchamp con el duque de Aumale), Morel dijo en el tono más ligero:

—El barón no puede venir. Está un poco indispuesto, o al menos creo que es por eso... Esta semana no le he visto —añadió, desesperando, hasta con sus últimas palabras, a madame de Cambremer, que había dicho a monsieur y a madame Féré que Morel veía a monsieur de Charlus a todas las horas del día. Los Cambremer fingieron que la ausencia del barón era un atractivo más en la reunión, y, sin que los oyera Morel, decían a sus invitados: «Nos pasaremos sin él, ¿verdad?, será más agradable». Pero estaban furiosos, sospecharon una intriga tramada por madame Verdurin y, cuando ésta los volvió a invitar a la Raspelière, monsieur de Cambremer, no pudiendo resistir al deseo de volver a ver su vieja casa y de encontrarse en el pequeño grupo, acudió, pero solo, diciendo que la marquesa estaba desolada, pero que su médico le había ordenado guardar cama. Con esta semipresencia, los Cambremer creyeron dar una lección a monsieur de Charlus y, a la vez, demostrar a los Verdurin que con ellos no estaban obligados más que a una cortesía limitada, de la misma manera que las princesas de la sangre salían a despedir a las duquesas, pero solamente hasta la mitad de la segunda estancia. A las pocas semanas estaban casi enfadados. Monsieur de Cambremer me daba sobre el asunto estas explicaciones:

—Le diré que el trato con monsieur de Charlus era difícil. Es sumamente dreyfusista...

—¡No me diga!

—Sí..., en todo caso, su primo el príncipe de Guermantes lo es, se los censura mucho por esto. Yo tengo parientes que miran mucho eso y no puedo tratar a esas personas, porque me indispondría con toda mi familia.

—Pues si el príncipe de Guermantes es dreyfusista, un dato más —dijo madame de Cambremer—, porque Saint-Loup, que dicen que se casa con su sobrina, lo es también. Y hasta puede que sea esa la causa de la boda.

—Vamos, querida, no digas que Saint-Loup es dreyfusista, con lo que le queremos. No se debe difundir a la ligera esas alegaciones —dijo monsieur de Cambremer—. ¡En buena situación le pondrían en el ejército!

—Lo ha sido, pero ya no lo es —dije yo a madame de Cambremer—. Y en cuanto a su boda con mademoiselle de Guermantes-Brassac, ¿es cierto?

—No se habla de otra cosa, pero usted está bien situado para saberlo.

—Les repito que él mismo me dijo que era dreyfusista —dijo madame de Cambremer—. Por lo demás, es muy disculpable, los Guermantes son medio alemanes.

—En cuanto a los Guermantes de la Rué de Varenne, puede decir que por completo —intervino Cancan—. Pero Saint-Loup es otra cosa; por más que tenga toda una parentela alemana, su padre reivindicaba ante todo su título de gran señor francés, volvió al servicio en 1871 y cayó en la guerra de la manera más gloriosa. Yo soy en esto muy neutral, no hay que exagerar ni en un sentido ni en el otro. *In medio... virtus*, bueno, no recuerdo. Es una cosa que dice el doctor Cottard. Ése tiene siempre la palabra a punto. Debieran tener aquí un Petit Larousse.

Para no tener que pronunciarse sobre la cita latina y abandonar el tema de Saint-Loup, en el que su marido encontraba que carecía de tacto, madame de Cambremer abordó el de la Patrona, cuyo enfado con ellos era aún más necesario de explicar.

—Alquilamos con mucho gusto la Raspelière a madame Verdurin —dijo la marquesa—. Pero parece como si creyera que, con la casa y todo lo que ella se las ha arreglado para que le corresponda, el disfrute del prado, los tapices antiguos, cosas que no entraban ni mucho menos en el alquiler, tuviera además derecho a relacionarse con nosotros. Son cosas absolutamente diferentes. Cometimos el error de no encomendar el asunto a un apoderado o a una agencia. En Féterne eso no tiene importancia, pero estoy viendo desde aquí la cara que pondría mi tía De Ch'nouvelle si viera

llegar el día de mi cumpleaños a la Verdurin con el pelo al aire. En cuanto a monsieur de Charlus, conoce a personas muy bien, naturalmente, pero también a otras muy mal.

Pregunté quiénes. Madame de Cambremer, acosada a preguntas, acabó por decir:

—Dicen que sostiene a un tal monsieur Moreau, Morille, Morue, qué sé yo. Claro que sin ninguna relación con Morel, el violinista —añadió ruborizándose—. Cuando me di cuenta de que madame Verdurin se imaginaba que, porque era nuestra arrendataria en la Mancha, iba a tener derecho a visitarme en París, comprendí que había que cortar las amarras.

A pesar de este enfado con la Patrona, los Cambremer no estaban mal con los fieles, y les gustaba subir a nuestro vagón cuando se encontraban en la línea. A punto de llegar a Douville, Albertina, sacando por última vez el espejo, a veces creía conveniente cambiarse de guantes o quitarse un momento el sombrero y, con la peineta de concha que yo le había regalado y que llevaba en el pelo, se alisaba las ondas, se ahuecaba el pelo y, si era necesario, se subía el moño sobre unas ondulaciones que descendían en valles regulares hasta la nuca. Una vez en los coches que nos esperaban, no sabíamos en absoluto dónde nos encontrábamos; los caminos no estaban alumbrados; por el ruido más fuerte de las calles, notábamos que estábamos atravesando un pueblo, creíamos que habíamos llegado, nos encontrábamos en pleno campo, oíamos campanas lejanas, nos olvidábamos de que estábamos de smoking, y, ya casi adormilados, al cabo de aquel largo margen de oscuridad que, por la distancia recorrida y por los incidentes característicos de todo trayecto en tren, parecía habernos llevado hasta una hora avanzada de la noche y casi a medio camino de un regreso hacia París, de pronto el coche resbalaba sobre una arena más fina, lo que nos indicaba que acabábamos de entrar en el parque, explotaban las deslumbrantes luces del salón, introduciéndonos en la vida mundana, luego las del comedor, donde experimentábamos un vivo movimiento de retroceso al oír dar las ocho, que creíamos pasadas hacía ya mucho tiempo, mientras que los servicios numerosos y los vinos finos se iban a suceder en torno a unos hombres de frac y a unas mujeres semidescotadas, en una comida rutilante de luz como una verdadera comida de gala y que sólo cambiaba de carácter porque la rodeaba la doble echarpe oscura y singular que habían tejido, despojadas por esta utilización mundana de su solemnidad primera, las horas nocturnas, campestres y marinas de la ida y

de la vuelta. Esto nos obligaba, en efecto, a dejar el esplendor radiante, y en seguida olvidado, del salón luminoso por los coches, donde yo me las arreglaba para estar con Albertina, a fin de que mi amiga no pudiera estar con otros sin mí, y a veces también por otra causa: que los dos podíamos hacer muchas cosas en un coche oscuro donde las sacudidas del descenso nos disculpaban, además, en el caso de que se filtrara súbitamente un rayo de luz, y nos sorprendieran enlazados. Cuando monsieur de Cambremer no estaba todavía enfadado con los Verdurin, me preguntaba:

—¿No cree usted que con esta niebla le va a dar el asma? Mi hermana la tuvo terrible esta mañana. ¡Ah!, también usted la tiene —decía con satisfacción—. Se lo diré esta noche. Seguro que cuando vuelva me preguntará en seguida si hace mucho tiempo que no le da a usted.

De todos modos, no me hablaba de mi asma sino para ir a parar a la de su hermana, y si me hacía describir los detalles de mis accesos, era para notar mejor las diferencias que presentaban con los de su hermana. Pero, a pesar de tales diferencias, como creía que el asma de su hermana debía predominar, no podía creer que lo que era bueno para la suya no fuera indicado para la mía, y se irritaba de que yo no lo probase, pues una cosa hay más difícil aún que sujetarse a un régimen, y es no imponérselo a los demás.

—Pero, qué digo, profano de mí, cuando se encuentra usted ante el areópago, en la fuente. ¿Qué piensa de esto el profesor Cottard?

Pero vi a su mujer otra vez, porque me había dicho que mi «prima» era muy especial, y yo quería saber qué quería decir con esto. Negó haberlo dicho, pero acabó por confesar que se refería a una persona en la que creyó reconocer a mi prima. No sabía su nombre, pero finalmente dijo que, si no se equivocaba, era la mujer de un banquero, llamada Lina, Linette, Lisette, Lia, en fin, algo así. Yo pensaba que aquello de «mujer de un banquero» no era más que para despistarme mejor. Quise preguntar a Albertina si era verdad, pero prefería pasar por enterado a pasar por indagador. Además Albertina no contestaría nada, o contestaría un «no» con una «n» demasiado vacilante y una «o» demasiado rotunda. Albertina no contaba jamás hechos que pudieran perjudicarla, y sí otros que sólo se pudieran expresar por los primeros, de modo que la verdad era, más que la cosa misma que nos dicen, una corriente que parte de lo que nos dicen y que captamos, por invisible que sea. Así, cuando le dije que una mujer a quien ella conoció en Vichy era del género equívoco, me juró que aquella



mujer no era en absoluto lo que yo creía y no había intentado nunca hacerle mal. Pero otro día, al hablarle yo de la curiosidad que me inspiraba esta clase de personas, me dijo que la mujer de Vichy tenía también una amiga, a la que ella, Albertina, no conocía, pero que la mujer aquella le había «prometido presentarle». Si se lo había prometido, era que Albertina lo deseaba, o que la mujer aquella, al ofrecérselo, sabía que le iba a gustar. Pero si yo le hubiera dicho esto a Albertina, habría parecido que lo que yo sabía lo sabía sólo por sus revelaciones, las habría cortado en seguida, sin que yo me enterara de nada más, y habría dejado de temerme. Por otra parte, nosotros estábamos en Balbec, mientras que la señora de Vichy y su amiga vivían en Mentón; la distancia, la imposibilidad del peligro, habrían destruido en seguida mis sospechas.

A veces, cuando monsieur de Cambremer me interpellaba desde la estación, Albertina y yo nos habíamos aprovechado de las tinieblas, y la interpelación me contrariaba más porque Albertina se había resistido un poco por temor a que las tinieblas no fuesen lo bastante completas. «Estoy segura de que Cottard nos ha visto; y aunque no nos viera, ha oído tu voz ahogada, precisamente en el momento en que estaban hablando de tus ahogos de otra clase», me decía Albertina al llegar a la estación de Douville, donde tomábamos el trenecito para la vuelta. Pero esta vuelta, lo mismo que la ida, si bien me daba cierta impresión de poesía y despertaba en mí el deseo de viajar, de hacer una vida nueva, y, en consecuencia, de abandonar todo proyecto de boda con Albertina y hasta de romper definitivamente nuestras relaciones, me facilitaba también, precisamente por su naturaleza contradictoria, esta ruptura. Pues, lo mismo a la vuelta que a la ida, en cada estación subían con nosotros o nos saludaban desde el andén personas conocidas; sobre los placeres furtivos de la imaginación dominaban los continuos de la sociabilidad, que son tan calmantes, tan adormecedores. Incluso antes de las estaciones mismas, ya sus nombres (que tanto me habían hecho soñar desde el día en que los oyera, la primera noche que viajé con mi abuela) se habían humanizado, habían perdido su singularidad desde la noche en que Brichot, a ruego de Albertina, nos explicó circunstanciadamente las etimologías. Me había parecido encantadora la flor (*fleur*) que terminaba ciertos nombres, como Fiquefleur, Honfleur, Flers, Barfleur, Harfleur, etc., y divertido el buey (*boeuf*) que va al final de Bricqueboeuf. Pero la *fleur* desapareció, y también el *boeuf* cuando Brichot (y esto me lo dijo el primer día en el

tren) nos enteró de que «*fleur*» quiere decir «*puerto*» (como *fiord*) y que «*boeuf*», en normando budh, significa «cabaña». Como citó varios ejemplos, lo que me había parecido particular se generalizaba: Bricqueboeuf emparejaba con Elbeuf, y hasta, en un nombre a primera vista tan individual como el lugar, como el nombre de Pennedepie, en el que las cosas más extrañas y más imposibles de dilucidar mediante la razón me parecían amalgamadas desde tiempo inmemorial en un vocablo feo, sabroso y duro como cierto queso normando, me quedé muy desilusionado al encontrar el pen galo que significa «montaña» y se encuentra lo mismo en Penmarch que en los apellidos. Como sabía que, en cada parada del tren, tendríamos que estrechar manos amigas, si no recibir visitas, le decía a Albertina:

—Apresúrate a preguntarle a Brichot los nombres que quieres saber. Me hablaste de Marcouville l'Orgueilleuse.

—Sí, me gusta mucho ese orgullo, es un pueblo altivo —dijo Albertina.

—Más orgulloso le parecería —contestó Brichot— si, en lugar de su forma francesa o hasta de baja latinidad, como se encuentra en el cartulario del obispo de Bayeux, Marcouvilla superba, tomara la forma más antigua, más cercana al normando Marculphivilla superba, el pueblo, el dominio de Merculph. En todos esos nombres que terminan en ville, todavía podría usted ver alzándose en esta costa el fantasma de los rudos invasores normandos. En Harambouville, sólo se ha encontrado usted, de pie en la portezuela del vagón, con nuestro excelente doctor, que, evidentemente, no tiene nada de un jefe normando. Pero si cierra los ojos podrá ver al ilustre Herimundo (Herimundivilla). Quizá madame Verdurin le ha paseado en coche por ese lado, aunque, no sé por qué, siempre se va por los caminos comprendidos entre Loigny y Balbec-Plage, más bien que por los, muy pintorescos, que van de Loigny al viejo Balbec. Si es así ha visto Incarville o Villa de Wiscar y Tourville, antes de llegar a casa de madame Verdurin, es el pueblo de Tuold. Por otra parte, allí no hubo solamente normandos. Parece ser que llegaron hasta aquí alemanes (Aumenoncourt, *Alemanicurtis*). No se lo digamos a ese joven oficial que estoy viendo. Sería capaz de no volver más a casa de sus primos. También hubo sajones, como lo demuestra la fuente de Sissonne (una de las metas de paseo favoritas de madame Verdurin, y con razón), como en Inglaterra el Middlesex, el Wessex. Cosa inexplicable, parece ser que llegaron hasta

aquí los godos, los «*gueux*», como se decía, y hasta los moros, pues Mortagne viene de *Mauretania*. Ha quedado su huella en Gourville (*Gothorumvilla*). También subsiste algún vestigio de los latinos, Lagny (*Latiniacum*).

—Yo pregunto la explicación de Thorpehomme —dijo monsieur de Charlus—. Comprendo «*homme*» —añadió mientras el escultor y Cottard cruzaban una mirada de inteligencia—. ¿Pero Thorph?

- «*Homme*» no significa en absoluto lo que, naturalmente, se inclina usted a creer, barón —contestó Brichot mirando maliciosamente a Cottard y al escultor—. Aquí «*homme*» no tiene nada que ver con el sexo al que no debo mi madre. «*Homme*» es *Holm*, que significa «islote», etc. En cuanto a *Thorph*, o «pueblo», lo encontramos en cien palabras con las que ya he dado la lata a nuestro joven amigo. Así, en Thorpehomme no hay nombre de jefe normando, sino palabras de la lengua normanda. Ya ve usted cómo fue germanizado todo este país.

—Creo que exagera —dijo monsieur de Charlus—. Ayer estuve en Orgeville.

—Esta vez le devuelvo al hombre que le quité en Thorpehomme, barón. Sea dicho sin pedantería, un mapa de Roberto I nos da por Orgeville *Otgervilla*, el feudo de Otger. Todos estos nombres son de los antiguos señores. Octeville-la-Venelle es por Avenel. Los Avenel eran una familia conocida en la Edad Media. Bourguenolles, a donde nos llevó el otro día madame Verdurin, se escribía «Bourg de Mômes», pues este pueblo perteneció en el siglo XI a Baudoin de Mômes, así como la Chaise-Baudoin. Pero ya estamos en Doncières.

—¡Dios santo, cuántos tenientes van a intentar subir! —dijo monsieur de Charlus con un susto simulado—. Lo digo por ustedes, pues a mí no me estorban, porque me apeo.

—¿Oye usted, doctor? —dijo Brichot—. El barón tiene miedo de que los oficiales se le echen encima. Y sin embargo están en su papel concentrados aquí, pues Doncières es exactamente Saint-Cyr, Dominus Cyriacus. Hay muchos nombres de poblaciones en los que sanctus y sancta se han sustituido por dominus y por domina. Además, esta ciudad tranquila y militar tiene a veces falsos aires de Saint-Cyr, de Versalles y hasta de Fontainebleau.

Durante estos viajes de vuelta (como en los de ida), yo le decía a Albertina que se vistiera, pues sabía muy bien que en Amenoncourt, en

Doncières, en Epreville, en Saint-Vast, tendríamos que recibir algunas breves visitas. Y no me eran desagradables, ya fuese, en Hermenonville (el feudo de Herimundo), la de monsieur de Chevregny, aprovechando que había ido a buscar invitados para proponerme ir al día siguiente a almorzar a Montsurvent, o, en Doncières, la brusca invasión de uno de los encantadores amigos de Saint-Loup enviado por éste (si él no estaba libre) para transmitirme una invitación del capitán Borodino, de la mesa de oficiales de Coq Hardi o de la de suboficiales del Faisan Doré. Saint-Loup solía venir él mismo, y mientras él estaba allí, sin que pudieran darse cuenta, yo tenía a Albertina presa bajo mi mirada, por lo demás inútilmente vigilante. Pero una vez interrumpí la guardia. En una larga parada, Bloch, después de saludarnos, se fue inmediatamente para ir a reunirse con su padre, que acababa de heredar de su tío, había alquilado un palacio que se llamaba La Commanderie y le parecía de gran señor no circular más que en silla de posta con postillones de librea. Bloch me pidió que le acompañara hasta el coche. «Pero date prisa, pues esos cuadrúpedos son impacientes; ven, amado de los dioses, le darás una alegría a mi padre.» Pero a mí me costaba mucho dejar a Albertina en el tren con Saint-Loup, porque, cuando yo volviera la espalda, podrían hablarse, ir a otro vagón, sonreírse, tocarse; mientras Saint-Loup estaba allí yo no podía apartar de Albertina mi adherente mirada. Pero vi muy bien que Bloch, que me había pedido como un favor que fuera a saludar a su padre, en primer lugar encontró poco amable que se lo negase cuando nada me lo impedía, pues los empleados habían advertido que el tren seguiría en la estación un cuarto de hora más, y casi todos los viajeros, sin los que no echaría a andar, se habían apeado. Y además no dudó que yo era decididamente un *snob* —mi conducta en aquella ocasión era una respuesta decisiva—, pues no ignoraba el nombre de las personas con quienes le encontraba. En efecto, algún tiempo antes y sin recordar o sin importarle que ya lo hubieran hecho antes, me dijo para aproximarse a él: «Presénteme, pues, a su amigo, eso que usted hace es una falta de respeto para mí», y se puso a charlar con Bloch, que al parecer le gustó hasta el punto de despedirle con un «espero volver a verle». «Entonces es irrevocable, ¿no quieres andar cien metros para saludar a mi padre, al que tanto le gustaría?», me dijo Bloch. Me dolía mucho faltar, al parecer, al buen compañerismo, y más aún por la causa que Bloch me atribuía, y que se imaginara que yo no era el mismo con mis amigos burgueses cuando

estaba con gente de abolengo. Desde aquel día ya no me demostró la misma amistad, y, lo que me era más penoso, no me tuvo la misma estimación. Mas para explicarle el motivo que me hizo quedarme en el vagón, habría tenido que decirle una cosa —que tenía celos por Albertina— más dolorosa para mí que dejarle en la creencia de que era estúpidamente mundano. Por eso, en teoría, siempre se piensa que hay que explicarse francamente, evitar los equívocos, pero muchas veces la vida los combina de tal modo que para disiparlos, en las raras circunstancias en que sería posible, habría que revelar, o bien —lo que no era el caso— algo que molestaría a nuestro amigo más aún que la ofensa imaginaria que nos imputa, o bien un secreto cuya divulgación —y esto era lo que acababa de ocurrirnos parece todavía peor que el equívoco. Y además, aun sin explicar a Bloch, puesto que no podía, la razón de no haberle acompañado, si le hubiera pedido que no se enfadase no habría hecho sino aumentar el enfado demostrándole que lo había percibido. No quedaba más remedio que inclinarse ante aquel fatum que había dispuesto la presencia de Albertina para que me impidiera acompañarle y pudiera él creer que era, por el contrario, la de aquellas personas brillantes, cuando la verdad es que aunque hubieran sido cien veces más, el efecto habría sido ocuparme exclusivamente de Bloch y reservar para él todas mis atenciones. Así, pues, basta que, accidentalmente, absurdamente, un incidente (en este caso la presencia simultánea de Albertina y de Saint-Loup) se interponga entre dos destinos cuyas líneas convergían la una hacia la otra, para que se desvíen, se aparten cada vez más y no se encuentren nunca. Amistades más hermosas que la de Bloch por mí han quedado destruidas sin que el autor involuntario de la separación haya podido explicar nunca al enfadado lo que seguramente habría curado su amor propio y restablecido su fugitiva simpatía.

Por otra parte, amistades más hermosas que la de Bloch no es mucho decir. Bloch tenía todos los defectos que más me desagradaban. Mi cariño a Albertina los hacía, por accidente, de todo punto insoportables. Así, en aquel simple momento en que yo estaba hablando con él sin dejar de vigilar a Roberto con los ojos, Bloch me dijo que había almorzado en casa de madame Bontemps y que todo el mundo había hablado de mí con los mayores elogios hasta el «declinar de Helios». «Bueno —pensé—, como madame Bontemps tiene a Bloch por un genio, el sufragio entusiasta que éste me haya concedido será más eficaz que lo que los demás hayan

podido decir, llegará hasta a Albertina. De un día a otro tendrá que enterarse, y me extraña que su tía no se lo haya repetido, de que soy un hombre “superior”.» «Sí —añadió Bloch—, todo el mundo ha cantado tus alabanzas. Yo fui el único que guardé un silencio tan profundo como si, en vez de la comida que nos sirvieron, muy mediana, hubiera comido adormideras, caras al bienaventurado hermano de Tanatos y de Leteo, el divino Hipnos, que ata con dulces ligaduras el cuerpo y la lengua. No es que yo te admire menos que la banda de perros hambrientos con los que estaba invitado. Pero yo te admiro porque te comprendo, y ellos te admiran sin comprenderte. A decir verdad, te admiro demasiado para hablar de ti así en público; me hubiera parecido una profanación alabar en alta voz lo que llevo en lo más profundo de mi corazón. Por más que me preguntaran de ti, un Pudor sagrado, hijo de Cronion, me hizo permanecer mudo.» No tuve el mal gusto de mostrarme descontento, pero aquel Pudor me pareció emparentado —mucho más que con Cronion— con el pudor que impide a un crítico que nos admira hablar de nosotros porque una turba de lectores ignaros y de periodistas invadiría el templo sagrado donde estamos entronizados; con el pudor del hombre de Estado que no nos condecora para confundirnos con gentes inferiores a nosotros; con el pudor del académico que no nos vota para ahorrarnos la vergüenza de ser colegas de X..., que no tiene talento; con el pudor, en fin, más respetable y más condenable, sin embargo, de quien nos ruega que no escribamos sobre su difunto padre, lleno de méritos, para respetar el silencio y el reposo, impedir que se mantenga la vida y se cree la gloria en torno al pobre muerto, el cual preferiría que su nombre fuera pronunciado por las bocas de los hombres. de las coronas, por lo demás muy piadosamente llevadas a su tumba.

Si Bloch me dejó a mí muy triste por no poder comprender la razón que me impedía ir a saludar a su padre y me exasperó diciéndome que no había hablado de mí en casa de madame Bontemps (ahora comprendía por qué Albertina no aludió nunca a aquel almuerzo y se quedaba callada cuando le hablaba del afecto que Bloch me tenía), el joven israelita dejó en cambio a monsieur de Charlus una impresión muy diferente de la contrariedad.

Desde luego Bloch creía ahora que no solamente yo no podía estar un minuto lejos de las personas elegantes, sino que, celoso de las insinuaciones que habían podido hacerle estas personas (como monsieur

de Charlus), intentaba interponerme en su camino e impedirle aquellas relaciones; pero el barón, por su parte, lamentaba no haber visto más a mi amigo. Según su costumbre, se guardó de demostrarlo. Empezó por hacerme, con disimulo, ciertas preguntas sobre Bloch, pero en un tono tan indiferente, como fingiendo un interés no sentido, que parecía no escuchar la respuesta. Con un gesto de desdén, en una melopea que expresaba más que la indiferencia, la distracción, y como por simple cortesía hacia mí:

—Parece inteligente, ha dicho que escribe, ¿tiene talento?

Le dije que habían sido muy amables aquellas palabras tuyas de que esperaba volver a verle. Ni el menor gesto reveló que el barón hubiera oído mi frase, y como la repetí cuatro veces sin obtener respuesta, acabé por pensar si no habría sufrido yo un espejismo acústico cuando creí entender lo que monsieur de Charlus había dicho.

—¿Vive en Balbec? —canturreó el barón, con un gesto tan poco interrogador que es una lástima que la lengua francesa tenga sólo el signo de interrogación para cerrar esas frases aparentemente tan poco interrogativas. Verdad es que este signo apenas serviría más que para monsieur de Charlus.

—No, han alquilado cerca de aquí «La Commanderie».

Sabido lo que deseaba saber, monsieur de Charlus fingió despreciar a Bloch.

—¡Qué horror! —exclamó dando a su voz toda su fuerza de clarín—. Todas las localidades o todas las fincas llamadas «La Commanderie» fueron construidas o poseídas por los Caballeros de la Orden de Malta (a la que pertenezco), como los lugares llamados el «Temple» o la «Cavalerie» lo fueron por los Templarios. Si yo viviera en La Commanderie, sería muy natural. ¡Pero un judío! De todos modos no me extraña: es propio de una curiosa inclinación al sacrilegio, característica de esa raza. En cuanto un judío tiene bastante dinero para comprar un castillo, elige siempre uno que se llama el Priorato, la Abadía, el Monasterio... Yo he tenido que tratar con un funcionario judío, y adivine dónde vive: en Pont-l'Évêque. Caído en desgracia, hizo que le trasladaran a Bretaña, a Pont-l'Abbé. Cuando se dan en Semana Santa esos indecentes espectáculos que llaman *la Pasión*, la mitad de la sala está llena de judíos, exultantes ante la idea de que van a crucificar por segunda vez a Cristo, por lo menos en efigie. En el concierto Lamoureux, estaba yo un día al lado de un rico banquero judío. Ponían *La Infancia de Cristo*, de Berlioz, y

el judío estaba consternado. Pero al oír *El Encantamiento de Viernes Santo*, recuperó en seguida la expresión de beatitud que le es habitual. Su amigo de usted vive en La Commanderie, ¡el desgraciado! ¡Qué sadismo! Me enseñará usted el camino —añadió recobrando su aire de indiferencia— para ir un día a ver cómo soportan nuestros antiguos dominios semejante profanación. Es lástima, pues es hombre educado, parece inteligente. ¡No le faltaría más que vivir en París en la Rué du Temple!

Con estas palabras, parecía que monsieur de Charlus pretendiera únicamente encontrar un nuevo ejemplo en apoyo de su teoría; pero, en realidad, lo que hacía era plantearme una cuestión con dos fines, el principal de los cuales era saber la dirección de Bloch.

—En efecto —intervino Brichot—, la Rué du Temple se llamaba Rué de la Chevalerie-du-Temple. Y a propósito, ¿me permite que le diga una cosa, barón? —preguntó el universitario.

—¿Qué? ¿De qué se trata? —dijo secamente monsieur de Charlus, a quien esta observación impedía oír el informe solicitado.

—No, nada —repuso Brichot intimidado—. Era a propósito de la etimología de Balbec que me habían pedido. La Rué du Temple se llamaba en otro tiempo la Rué Barre-du-Bec, porque la Abbaye du Bec, de Normandía, tenía allí en París su barre de justicia.

Monsieur de Charlus no contestó e hizo como que no le oía, lo que era una de sus formas de la insolencia.

—¿Dónde vive su amigo en París? Como las tres cuartas partes de las calles sacan su nombre de una iglesia o de una abadía, hay probabilidad de que continúe el sacrilegio. No se puede impedir a los judíos que vivan en el Boulevard de la Madeleine, en el Faubourg Saint-Honoré o en la Place Saint-Augustin. Mientras no lleguen al refinamiento por perfidia, eligiendo domicilio en la plaza del Parvis-Notre-Dame, en el Quai de l'Archevêché, en la Rué Chanoinesse o en la Rué de l'Ave-Maria, hay que tenerles en cuenta las dificultades.

No pudimos informar a monsieur de Charlus de la dirección de Bloch, porque no la conocíamos. Pero yo sabía que las oficinas de su padre estaban en la Rué des Blancs-Manteaux.

—¡Oh, qué colmo de perversidad! —exclamó monsieur de Charlus de tal manera que parecía encontrar una satisfacción profunda en su propio grito de irónica indignación—. Rué des Blancs-Manteaux —repitió subrayando cada sílaba y riendo—. ¡Qué sacrilegio! Pensar que esos



Blancs-Manteaux maculados por monsieur Bloch eran los hábitos de los hermanos mendicantes, llamados siervos de la Virgen, establecidos allí por San Luis. Y la calle fue siempre de órdenes religiosas. La profanación es más diabólica aún porque a dos pasos de la Rué des Blancs-Manteaux hay una calle, cuyo nombre no recuerdo, enteramente entregada a los judíos; en ella se leen caracteres hebreos en las tiendas, fábricas de pan ácimo, carnicerías judías, exactamente la *Judengasse* de París. Ahí es donde debía vivir monsieur Bloch. Naturalmente —continuó en un tono bastante enfático y orgulloso y, en términos estéticos, dando a su rostro, empinado hacia atrás, por una respuesta que, sin él quererlo, le dirigía su herencia, un aire de viejo mosquetero Luis XIII—, yo no me ocupo de todo esto más que desde el punto de vista del arte. La política no es lo mío y yo no puedo condenar en bloque, puesto que existen los Bloch, a una nación que cuenta a Spinoza entre sus hijos ilustres. Y admiro demasiado a Rembrandt para no saber la belleza que se puede sacar de la frecuentación de la sinagoga. Pero en fin, un *ghetto* es tanto más bello cuanto más homogéneo y más completo. Por lo demás, tenga la seguridad —hasta tal punto se unen al sadismo el instinto práctico y la concupiscencia en ese pueblo— de que la proximidad de la calle hebraica de que le hablo, la comodidad de tener a mano las carnicerías de Israel es lo que ha hecho a su amigo elegir la Rué de Blancs-Manteaux. ¡Es curioso! Por cierto que por ahí vivía un extraño judío que coció unas hostias, después de lo cual creo que le cocieron a él, lo que es más extraño aún, porque eso parece significar que el cuerpo de un judío puede valer tanto como el cuerpo de Dios. Quizá se pueda arreglar algo con su amigo para que nos lleve a ver la iglesia de los Blancs-Manteaux. Allí depositaron el cadáver de Luis de Orleáns cuando fue asesinado por Juan sin Miedo, el cual, desgraciadamente, no los liberó de los Orleáns. Por lo demás, yo estoy muy bien personalmente con mi primo el duque de Chartres, pero no deja de ser una raza de usurpadores que hizo asesinar a Luis XVI y despojar a Carlos X y a Enrique V. Pero tienen de quién heredarlo, descendientes como son de Monsieur, al que seguramente le llamaban así porque era la más asombrosa de las ancianas señoras, y el Regente y lo demás. ¡Qué familia!

Este discurso antijudío o prohebreo —según se tome el exterior de las frases o las intenciones que ocultaban— fue cómicamente interrumpido, para mí, por una frase que me susurró Morel y que habría desesperado a monsieur de Charlus. Morel, que no había dejado de notar la impresión

producida por Bloch, me daba las gracias al oído por haberle «despedido», añadiendo cínicamente:

—Él hubiera querido quedarse, todo eso son celos, querría quitarme el sitio. ¡Muy propio de un youpin!

—Hubiéramos podido aprovechar esta parada, que se prolonga, para pedir a su amigo algunas explicaciones rituales. ¿No podría ir a buscarle? —me preguntó monsieur de Charlus con la ansiedad de la duda.

—No, imposible, se ha ido en coche y además enfadado conmigo —«Gracias, gracias», me sopló Morel.

—La razón es absurda, siempre se puede alcanzar un coche, nada le impediría tomar un auto —contestó monsieur de Charlus, como hombre habituado a que todo cediera ante él. Pero observando mi silencio:

—¿Qué coche es ése más o menos imaginario? —me dijo con insolencia y una última esperanza.

—Es una silla de posta abierta y que debe de haber llegado ya a La Commanderie.

Ante lo imposible, monsieur de Charlus se resignó y simuló tomarlo a broma.

—Comprendo que hayan retrocedido ante el *coupé* despampanante. Habría sido un *recoupé*.

Por fin nos avisaron de que el tren iba a partir y Saint-Loup nos dejó. Pero aquel día fue el único en que, al subir a nuestro vagón, me hizo sufrir, sin él quererlo, por la idea que tuve un momento de dejarle con Albertina para acompañar a Bloch. Otras veces su presencia no me torturó. Pues la misma Albertina, para evitarme toda inquietud, con un pretexto cualquiera se situaba de tal manera que, ni aun involuntariamente, podía rozarse con Roberto, o casi demasiado lejos para no tener siquiera que tenderle la mano; en cuanto él llegaba, Albertina apartaba los ojos de él y se ponía a hablar ostensiblemente y casi con afectación con cualquiera de los demás viajeros, continuando este juego hasta que se marchaba Saint-Loup. De este modo, las visitas que nos hacía en Doncieres no me hacían sufrir nada, ni siquiera me molestaban, no eran una excepción entre las demás, todas las cuales me resultaban agradables al traerme en cierto modo el homenaje y la invitación de aquella tierra. Desde el final del verano, en nuestro trayecto de Balbec a Douville, cuando yo divisaba de lejos aquella estación de Saint-Pierre-des-Ifs, donde, al atardecer, la cima de los acantilados centelleaba de rosa durante un instante, como la nieve de una

montaña en la puesta de sol, ya no me hacía pensar (ni siquiera digo en la tristeza que su extraño resalte repentino me causó la primera noche dándome un deseo tan grande de volver a tomar el tren para París en vez de continuar hasta Balbec) en el espectáculo que, según me había dicho Elstir, se podía contemplar desde allí de madrugada, a la hora que precede al alba, cuando todos los colores del arco iris se refractan en las rocas y cuando tantas veces despertó él al zagal que un año le sirvió de modelo para pintarle desnudo sobre la arena. El nombre de Saint-Pierre-des-Ifs me anunciaba solamente que iba a aparecer un quincuagenario extraño, inteligente y maquillado con el que podría hablar de Chateaubriand y de Balzac. Y ahora, en las brumas del atardecer, detrás de aquel acantilado de Incarville que me había hecho soñar en otro tiempo, lo que veía, como si su gres antiguo se hubiera tornado transparente, era la bella casa de un tío de monsieur de Cambremer en la que yo sabía que sería bien recibido si no quería comer en la Raspelière o volver a Balbec. De modo que no eran sólo los nombres de los lugares del país los que habían perdido su misterio de la primera vez, sino los lugares mismos. Los nombres, ya vaciados a medias de un misterio que la etimología sustituyera por el razonamiento, habían bajado un grado más. En nuestros retornos a Hermenonvilles, en Saint-Vast, en Harambouville, cuando el tren se paraba, divisábamos unas sombras que al principio no reconocíamos y que Brichot, que no veía ni gota, hubiera podido tomar, en la noche, por los fantasmas de Herimundo, de Wiscar y de Herimbaldo. Pero se acercaban al vagón. Era simplemente monsieur de Cambremer, decididamente enfadado con los Verdurin, que acompañaba a unos invitados y venía a preguntarme, de parte de su madre y de su mujer, si quería que me «raptara» para tenerme unos días en Féterne, donde iban a estar sucesivamente una excelente música que me cantarían todo Gluck y un famoso jugador de ajedrez con el que yo podría jugar excelentes partidas, no reñidas con las de pesca y de yachting en la bahía, ni siquiera con las comidas de los Verdurin, para las cuales el marqués se comprometía por su honor a «prestarme», haciendo que me llevaran y me trajeran para mayor facilidad, y también para mayor seguridad.

—Pero no creo que sea bueno para usted ir a un sitio tan alto. Mi hermana no podría soportarlo. ¡En buen estado volvería! Por cierto que no está muy bien ahora... ¡Verdaderamente, ha tenido usted una crisis tan fuerte! Mañana no se podrá tener de pie —y se moría de risa, no por

maldad, sino por lo mismo que no podía dejar de reír al ver caerse a un cojo en la calle o al hablar con un sordo—. ¿Y antes? Pero ¿no había tenido crisis desde hacía quince días? ¡Es magnífico! Verdaderamente debiera usted venir a instalarse en Féterne, hablaría de su asma con mi hermana.

En Incarville fue el marqués de Montpeyroux quien, por no haber podido ir a Féterne, pues había ido de caza, salió al tren, con botas y una pluma de faisán en el sombrero, a estrechar la mano de los que se iban y de paso a mí, anunciándome la visita de su hijo para el día de la semana que no me molestara, y agradeciéndome de antemano que le recibiera y que le hiciera leer un poco; o bien monsieur de Crécy, que iba, según decía, a hacer la digestión fumando su pipa y aceptando uno o hasta varios cigarros, y que me decía: «Bueno, ¿no me dice el día para nuestra próxima reunión en Lúculo? ¿No tenemos nada que decirnos? Permítame que le recuerde que dejamos pendiente la cuestión de las dos familias de Montgommery. Tenemos que terminar eso. Cuento con usted.» Otros iban solamente a leer periódicos y había también muchos que trababan conversación con nosotros y de los que siempre sospeché que estaban en el andén de la estación más próxima a su pequeño castillo sólo porque no tenían otra cosa que hacer que encontrarse un momento con personas conocidas. En resumen, un cuadro de vida mundana como otro cualquiera, aquellas paradas del trenecito, el cual parecía consciente de este papel que le había correspondido, y había adquirido cierta amabilidad humana: paciente, de un carácter dócil, esperaba también todo el tiempo que se quisiera a los retrasados, y, aun después de echar a andar, se paraba para recoger a los que le hacían señas; entonces corrían detrás de él jadeantes, y en esto se le parecían, pero se diferenciaban en que ellos le alcanzaban a toda velocidad mientras que él se comportaba con prudente lentitud. De suerte que Hermenonville, Harambouville, Incarville, ya no me recordaban ni siquiera las feroces grandezas de la conquista normanda, no contentos con haberse despojado por completo de la inexplicable tristeza en que yo los había visto sumergidos antaño en la humedad de la noche. ¡Doncieres! Ahora ya no era más que la estación donde subía Morel; Égleville (Aquilaevilla), donde nos esperaba generalmente la princesa Sherbatoff; Maineville, la estación donde bajaba Albertina los días de buen tiempo, cuando no estaba muy cansada y tenía ganas de seguir un poco más conmigo por un repecho, sin tener que andar apenas un poco más que si se

apeara en Parville (Paterni villa). No sólo ya no sentía yo el miedo ansioso al aislamiento que me oprimió la primera noche, sino que ni siquiera tenía que temer que me despertara, ni sentirme extraño o encontrarme solo en aquella tierra que producía no sólo castaños y tamarindos, sino amistades que formaban una larga cadena a lo largo de todo el trayecto, interrumpida como la de las colinas azuladas, ocultas a veces en la anfractuosidad de la roca o detrás de los tilos de la avenida, pero que delegaba en cada posta un amable hidalgo que venía a interrumpir mi camino con un cordial apretón de manos, a impedirme que me pareciera largo el trayecto, a ofrecerme, en caso necesario, continuarlo conmigo. En la estación siguiente encontraríamos otro, de suerte que el silbido del trenecito, si nos hacía dejar un amigo, era para permitirnos encontrar otro.

Entre las residencias menos próximas y el ferrocarril, que las costeaba casi al paso de una persona que anda de prisa, la distancia era tan pequeña que cuando, en el andén, ante la sala de espera, nos interpelaban sus propietarios, casi podríamos creer que lo hacían desde el umbral de su puerta, desde la ventana de su cuarto, como si la pequeña vía departamental no fuera más que una calle provinciana y la aislada casa solariega un hotel ciudadano; y hasta en las raras estaciones donde yo no escuchaba el saludo de nadie, el silencio tenía una plenitud nutritiva y calmante, porque yo la sabía formada por el sueño de amigos que se habían acostado pronto en la casa cercana, donde hubieran saludado con gozo mi llegada si yo les despertara para pedirles cualquier servicio de hospitalidad. Aparte de que el hábito llena nuestro tiempo de tal modo que, al cabo de unos meses, no nos queda ya un momento libre en una población donde, al llegar, la jornada nos ofrecía la disponibilidad de sus doce horas, si, por casualidad, quedaba una vacante, no se me ocurriría la idea de emplearla en ver una iglesia por la que en otro tiempo había ido a Balbec, ni siquiera confrontar un paraje pintado por Elstir con el apunte que yo había visto en su casa, sino en jugar una partida más de ajedrez en casa de monsieur Féré. Tal era, en efecto, la degradante influencia, el encanto también, que había ejercido aquel país de Balbec convertido para mí en un verdadero país de personas conocidas; si su distribución territorial, su aprovechamiento agrícola extensivo en diversos cultivos a todo lo largo de la costa daban forzosamente a las visitas que yo hacía a aquellos diferentes amigos la forma de viaje, también lo limitaban a no recibir de él otra cosa que el entretenimiento social de una serie de visitas.

Los mismos nombres de lugares, en otro tiempo tan excitantes para mí que sólo hojear el capítulo del departamento de la Mancha en el *Annuaire des Châteaux* me causaba tanta emoción como la guía de ferrocarriles, me eran ya tan familiares como esta misma guía, y hubiera podido consultarla, en la página Balbec-Douville por Doncières, con la misma dichosa tranquilidad que un diccionario de direcciones. En aquel valle demasiado social, a cuyas laderas sentía yo agarrada, visible o no, una numerosa compañía de amigos, el poético grito de la noche no era ya el de la lechuza o el de la rana, sino el «¿qué tal?» de monsieur de Criquetot o el «¡Khairé!» de Brichot. La atmósfera ya no despertaba angustias y, cargada de efluvios puramente humanos, era fácilmente respirable, hasta demasiado calmante. Esto tenía para mí al menos la ventaja de no ver ya las cosas más que en el aspecto práctico. La boda con Albertina me parecía una locura.

## Capítulo cuarto

Brusca mudanza con relación a Albertina. — Desolación al amanecer.  
— Salgo inmediatamente para París con Albertina.

Sólo esperaba una ocasión para la ruptura definitiva. Y una noche, como mamá se iba al día siguiente a Combray, donde iba a asistir en su última enfermedad a una hermana de su madre, dejándome, como hubiera querido mi abuela, para que aprovechase el aire del mar, le anuncié que estaba irrevocablemente decidido a no casarme con Albertina y que iba a dejar de verla muy pronto. Estaba contento de dar, con estas palabras, una alegría a mi madre la víspera de su marcha. No me ocultó que era, en efecto, una alegría muy viva para ella. Tenía que explicarme con Albertina. Volviendo con ella de la Raspelière, cuando ya se habían apeado los fieles, unos en Saint-Mars-le-Vétu, otros en Saint-Pierre-des-Ifs, otros en Doncierres, sintiéndome muy contento y alejado de ella, me decidí, ahora que estábamos los dos solos en el vagón, a abordar por fin el asunto. Por otra parte, la verdad es que la que yo quería entre las muchachas de Balbec, aunque ausente en aquel momento lo mismo que sus amigas, pero que iba a volver (me gustaban todas, porque cada una tenía para mí, igual que el primer día, algo de la esencia de las otras, era como de una raza aparte), era Andrea. Como iba a llegar de nuevo a Balbec al cabo de unos días, seguro que iría a verme en seguida, y entonces, para permanecer libre, para no casarme con ella si yo no quería, para poder ir a Venecia, pero tenerla sin embargo toda mía hasta entonces, adoptaría la táctica de no buscarla mucho, y en cuanto llegara, cuando habláramos, le diría: «¡Qué lástima no haberte visto unas semanas antes! Me hubiera enamorado de ti; ahora no tengo libre el corazón. Pero no importa, nos veremos a menudo, pues estoy triste por mi otro amor y tú me ayudarás a consolarme.» Sonreía interiormente pensando en esta conversación, pues de este modo haría creer a Andrea que no la amaba verdaderamente, no se cansaría de mí y yo gozaría alegre y dulcemente de su cariño. Pero todo esto contribuía a hacer más apremiante la necesidad de hablar por fin en serio a Albertina para no obrar indelicadamente, y puesto que estaba decidido a consagrarme a su amiga, era preciso que ella, Albertina, supiera

bien que no la amaba. Tenía que decírselo inmediatamente, pues Andrea podía llegar de un día a otro. Pero ya cerca de Parville me di cuenta de que no quedaba tiempo aquella noche y que era preferible aplazar hasta el día siguiente lo que ahora estaba irrevocablemente decidido. Me limité, pues, a hablar con ella de la comida que habíamos tenido en casa de los Verdurin. Cuando se estaba poniendo el abrigo, al salir el tren de Incarville, última estación antes de Parville, Albertina me dijo:

—Entonces, mañana re-Verdurin, no olvides que vas a ir a buscarme.

No pude impedir una respuesta seca:

—Sí, a menos que yo no «abandone», pues esta vida empieza a parecerme verdaderamente estúpida. En todo caso, si vamos, para que el tiempo que pase en la Raspelière no sea completamente perdido, tendré que preguntarle a madame Verdurin algo que pueda interesarme mucho, ser objeto de estudio y darme algún placer, pues la verdad es que este año he tenido bien poco en Balbec.

—No es muy amable para mí, pero no te lo reprocho, porque me doy cuenta de que estás nervioso. ¿Qué placer es ése?

—Que madame Verdurin haga tocar para mí cosas de un músico cuyas obras conoce ella muy bien. Yo también conozco una, pero parece ser que hay otra y quisiera saber si están editadas, si son diferentes de las primeras.

—¿Qué músico?

—Hijita mía, si te digo que se llama Vinteuil, ¿habrás salido de dudas?

Podemos dar vueltas a todas las ideas posibles sin que entre en ellas nunca la verdad, y cuando menos lo esperamos nos viene de fuera su terrible pinchazo y nos hiere para siempre.

—No sabes la gracia que me haces —me contesto Albertina levantándose, pues iba a parar el tren—. Eso no sólo me dice mucho más de lo que tú crees, sino que, sin necesidad de madame Verdurin, podría darte todos los datos que quisieras. Te acordarás de que te hablé de una amiga mayor que yo que me sirvió de madre, de hermana, con la que pasé en Trieste mis mejores años; por cierto que la voy a ver dentro de unas semanas en Cherburgo, y desde allí viajaremos juntas (es un poco raro, pero ya sabes lo que me gusta el mar); bueno, pues esa amiga (nada del género de mujeres que tú podrías creer), ya ves qué casualidad, es precisamente la mejor amiga de la hija de Vinteuil, y conozco casi tanto a



la hija de Vinteuil. Yo les llamo siempre mis dos hermanas mayores. No me disgusta demostrarte que tu pequeña Albertina podrá serte útil para esas cosas de música de las que dices, y con razón, que no entiendo nada.

Ante estas palabras pronunciadas al entrar en la estación de Parville, tan lejos de Combray y de Montjouvain, tanto tiempo después de la muerte de Vinteuil, una imagen se agitaba en mi corazón, una imagen guardada en reserva durante tantos años que, aun cuando, en el momento en que la almacené, hubiera podido adivinar que tenía un poder nocivo, habría creído que a la larga lo perdería por completo; conservada viva en el fondo de mí —como Orestes, cuyos dioses impidieron su muerte para que, el día señalado, volviera a su país a castigar la muerte de Agamenón— para mi suplicio, para mi castigo, ¿quién sabe?, por haber dejado morir a mi abuela; quizá surgiendo de pronto del fondo de la noche donde parecía enterrada para siempre y llamando como un Vengador con el fin de inaugurar para mí una vida terrible, merecida y nueva, acaso también para poner de relieve ante mis ojos las funestas consecuencias que los actos malos engendran indefinidamente, no sólo para los que los cometen, sino para los que no han hecho, no han creído hacer otra cosa que contemplar un espectáculo curioso y divertido, como yo, pobre de mí, en aquella lejana tarde en Montjouvain, escondido detrás de un bardal, donde (como cuando escuché complacidamente el relato de los amores de Swann) dejé ensancharse peligrosamente en mí el camino del Saber, funesto y destinado a ser doloroso. Y en aquel mismo momento tuve un sentimiento casi orgulloso, casi gozoso de mi mayor dolor, el sentimiento de un hombre a quien el choque recibido hiciera dar un salto como para llegar a un punto al que ningún esfuerzo habría podido izarle. Albertina, amiga de mademoiselle Vinteuil y de su amiga, practicante profesional del safismo, era, en comparación con lo que yo había imaginado en las más fuertes dudas, lo que en la pequeña sección de acústica de la exposición de 1889 son los teléfonos, de los que apenas se esperaba que pudieran llegar de una casa a otra y que planean sobre las calles, las ciudades, los campos, los mares, uniendo los países. Acababa de aterrizar en una terrible *terra incognita*; se abría una nueva fase de insospechados sufrimientos. Y, sin embargo, ese diluvio de la realidad que nos sumerge, aunque es enorme comparado con nuestras tímidas e ínfimas suposiciones, éstas lo habían presentido. Es algo como lo que yo acababa de saber, algo como la amistad de Albertina y mademoiselle Vinteuil, algo que mi mente no

habría sabido inventar, pero que yo captaba oscuramente cuando tanto me preocupaba ver a Albertina con Andrea. Si no se llega más lejos en el sufrimiento, muchas veces no es más que por falta de espíritu creador. Y la realidad más terrible provoca, al mismo tiempo que el dolor, la alegría de un hermoso descubrimiento, porque no hace más que dar una forma nueva y clara a lo que estábamos mascando desde hacía tiempo sin darnos cuenta. El tren se había detenido en Parville, y como éramos los únicos viajeros que llevaba, el empleado gritó «¡Parville!» con una voz desmayada por el sentimiento de la inutilidad de la tarea, por el hábito mismo que le hacía sin embargo desempeñarla y le inspiraba a la vez la exactitud y la indolencia, y más aún por la gana de dormir. Albertina, ante mí, al darse cuenta que había llegado al punto de destino, dio unos pasos desde el fondo del vagón y abrió la portezuela. Pero este movimiento que realizaba para bajar del tren me desgarraba intolerablemente el corazón, como si, al revés de la posición independiente de mi cuerpo, que, a dos pasos de él, parecía ocupar el de Albertina, aquella separación espacial, que un dibujante verídico hubiera tenido que figurar entre nosotros, no fuera más que una apariencia y como si el que pretendiera volver a dibujar las cosas con arreglo a la verdadera realidad tuviera que situar ahora a Albertina, no a cierta distancia de mí, sino en mí. Tanto daño me causaba al alejarse que me precipité a ella y la atraje desesperadamente por el brazo.

—¿Sería materialmente imposible —le pregunté— que vinieras a dormir esta noche a Balbec?

—Materialmente, no. Pero me estoy cayendo de sueño.

—Me harías un favor inmenso...

—Está bien, aunque no comprendo; ¿por qué no me lo has dicho antes? En fin, me quedo.

Mi madre estaba durmiendo cuando, después de pedir para Albertina una habitación situada en otro piso, entré en la mía. Me senté junto a la ventana, conteniendo los sollozos para que no me oyera mi madre, a la que sólo un delgado tabique separaba de mí. Ni siquiera pensé en cerrar los postigos, pues, en cierto momento levanté los ojos y vi frente a mí, en el cielo, aquel mismo pequeño resplandor de un rojo apagado que se veía en el restaurante de Rivebelle en un estudio de un sol en el ocaso pintado por Elstir. Recordé la exaltación que, el primer día de mi llegada a Balbec, me produjo, al divisar el pequeño ferrocarril, aquella misma imagen de un

atardecer que no precedía a la noche, sino a un nuevo día. Pero ningún día sería ya para mí un nuevo día, ninguno me despertaría el deseo de una felicidad desconocida, todos acentuarían mis dolores, hasta que ya no tuviese fuerza para soportarlos. Ya no ofrecía ninguna duda para mí que lo que me había dicho Cottard en el casino de Incarville era verdad. Lo que yo temía desde hacía mucho tiempo, lo que sospechaba vagamente de Albertina, lo que mi instinto extraía de todo su ser, y lo que mis razonamientos dirigidos por mi deseo me habían poco a poco hecho negar, era cierto. Ya no veía detrás de Albertina las azules montañas del mar, sino la habitación de Montjouvain donde caía en los brazos de mademoiselle Vinteuil con esa risa en la que se oía como el sol desconocido de su goce. Pues, bonita como era Albertina, ¿cómo mademoiselle Vinteuil, con las aficiones que tenía, no iba a pedirle que las satisficiera? Y la prueba de que a Albertina no le había chocado y había consentido es que no se enfadaron, sino que su intimidad no cesó de ir en aumento. Y aquel gracioso movimiento de Albertina posando su barbilla en el hombro de Rosamunda, mirándola sonriente y dándole un beso en el cuello, aquel movimiento que me recordó a mademoiselle Vinteuil y para cuya interpretación había dudado sin embargo en admitir que una misma línea trazada por un gesto fuera forzosamente el resultado de una misma inclinación, quién sabe si Albertina no lo había aprendido simplemente de mademoiselle Vinteuil. El cielo, apagado, se iba encendiendo poco a poco. Yo, que hasta entonces no me había despertado nunca sin sonreír a las cosas más humildes, al tazón de café con leche, al rumor de la lluvia, al runflar del viento, sentía que el día que iba a amanecer al cabo de un momento y todos los días que le sucederían ya nunca más me traerían la esperanza de una felicidad desconocida, sino la prolongación de mi martirio. Aún tenía apego a la vida; sabía que ya no podía esperar nada más que lo malo. Corrí al ascensor, a pesar de la hora inoportuna, a llamar al ascensorista en funciones de vigilante de noche, y le encargué que fuera a la habitación de Albertina a decirle que yo tenía una cosa importante que comunicarle, que si podía recibirme. «La señorita prefiere venir ella — volvió a contestarme—. Estará aquí dentro de un momento.» Y, en efecto, en seguida entró Albertina en bata.

—Albertina —le dije muy bajo y pidiéndole que no levantara la voz para no despertar a mi madre, sólo separada de nosotros por aquel tabique cuya delgadez, hoy inoportuna y que obligaba a hablar muy bajo, parecía

en otro tiempo, cuando en él se pintaban tan bien las intenciones de mi abuela, una especie de diafanidad musical—, me da vergüenza molestarte. Verás. Para que comprendas, tengo que decirte una cosa que no sabes. Cuando vine aquí dejé a una mujer con la que tenía que casarme, una mujer que estaba dispuesta a abandonarlo todo por mí. Esa mujer tenía que salir de viaje esta mañana, y yo llevaba una semana preguntándome cada día si tendría valor para no telegrafiarle que volvía. Lo tuve, pero sufría tanto que creí que me iba a suicidar. Por eso te pedí anoche que vinieras a dormir a Balbec. Si iba a morir, quería decirte adiós.

Y di libre curso a las lágrimas, que mi ficción hacía naturales.

—Pobrecito mío, si lo hubiera sabido habría pasado la noche contigo —exclamó Albertina, sin ocurrírsele la idea de que me iba a casar quizá con otra mujer y ella perdía la ocasión de hacer una «buena boda»: tan sinceramente emocionada estaba por una pena cuya causa podía yo ocultarle, pero no su realidad y su fuerza—. La verdad es —me dijo— que ayer, en todo el trayecto desde la Raspelière, noté muy bien que estabas nervioso y triste, y temía que te pasara algo. —En realidad, mi pena no comenzó hasta Parville, y el nerviosismo que, afortunadamente, Albertina confundía con la pena, pero que era muy diferente, provenía de la contrariedad de vivir unos días más con ella. Añadió—: Ya no te dejes, me quedaré todo el tiempo aquí.

Me ofrecía justamente —y sólo ella podía ofrecérmelo— el único remedio contra el veneno que me abrasaba, homogéneo por lo demás con él; dulce el uno, cruel el otro, los dos provenían de Albertina. En aquel momento, Albertina —mi mal— descansando de producirme sufrimientos, me dejaba —ella, Albertina remedio— enternecido como un convaleciente. Pero yo creía que se iba a ir en seguida de Balbec a Cherburgo y de aquí a Trieste. Iban a renacer sus costumbres de antes. Lo que yo quería ante todo era impedir que tomara el barco, procurar llevarla a París. Claro que, desde París, podía ir a Trieste, si quería, más fácilmente aún que desde Balbec, pero en París nos veríamos; quizá podría yo pedir a madame de Guermantes que influyera indirectamente en la amiga de mademoiselle Vinteuil para que no se quedara en Trieste, para que aceptara un puesto en otro sitio, quizá en casa del príncipe de..., al que yo había conocido en casa de madame de Villeparisis y en la de la misma madame de Guermantes. Y este príncipe, si Albertina quería ir a su casa a ver a su amiga, advertido por madame de Guermantes, podría impedir que

se encontraran. Claro es que yo podía pensar que en París, si Albertina tenía esas aficiones, encontraría fácilmente otras personas para satisfacerlas. Pero cada movimiento de celos es particular y lleva la marcha de la persona que los ha suscitado, esta vez la amiga de mademoiselle Vinteuil. Ella era mi mayor preocupación. La pasión misteriosa con que, en otro tiempo, había pensado yo en Austria porque era el país de donde procedía Albertina (su tío había sido consejero de embajada), porque su singularidad geográfica, la raza que la habitaba, sus monumentos, sus paisajes, podía considerarlos (como en un atlas, como en un álbum de fotografías) en la sonrisa, en las maneras de Albertina, aquella pasión misteriosa la sentía aún, pero, por una inversión de signos, la sentía en el dominio del horror. Sí, de allí procedía Albertina. Allí estaba segura de encontrar, en cada casa, bien a la amiga de mademoiselle Vinteuil, bien a otras. Renacerían las costumbres de la infancia, pasados tres meses se reunirían para Navidad, y luego el primero de año, fechas que eran ya tristes en sí mismas por el recuerdo inconsciente de la pena que yo sentí cuando, tiempo atrás, me separaban de Gilberta todo el tiempo de las vacaciones de año nuevo. Después de las largas comidas, después de la fiesta de fin de año, cuando todo el mundo esté alegre, animado, Albertina tendrá con sus amigas de allí las mismas posturas que yo le había visto adoptar con Andrea, aunque su amistad con ésta era inocente, quién sabe, quizá las que acercaron delante de mí a mademoiselle Vinteuil, perseguida por su amiga, en Montjouvain. Ahora yo le ponía a mademoiselle Vinteuil, mientras su amiga la acariciaba antes de echarse sobre ella, el rostro enrojado de Albertina, de Albertina, a la que oí lanzar, huyendo, abandonándose después, su risa extraña y profunda. Comparados con el sufrimiento que ahora sentía yo, ¿qué eran los celos que pude tener el día en que Saint-Loup encontró a Albertina conmigo en Doncieres y ella le hizo aquellos gestos provocativos, los celos que sentí pensando en el desconocido iniciador al que podía deber los primeros besos que ella me dio en París el día que yo esperaba la carta de mademoiselle de Stermaria? Aquellos otros celos, provocados por Saint-Loup, por un joven cualquiera, no eran nada. En este caso podría temer a lo sumo un rival al que procuraría vencer. Pero aquí el rival no era semejante a mí, sus armas eran diferentes, yo no podía luchar en el mismo terreno, dar a Albertina los mismos placeres, ni siquiera concebirlos exactamente. En muchos momentos de nuestra vida cambiaríamos todo el

porvenir por un poder en sí mismo insignificante. En otro tiempo yo hubiera renunciado a todas las ventajas de la vida por conocer a madame Blantin, porque era amiga de madame Swann. Hoy, por que Albertina no fuera a Trieste soportaría todos los sufrimientos, y si esto no bastara, se los infligiría, la aislaría, la encerraría, le quitaría el poco dinero que tenía para que la indigencia le impidiera materialmente hacer el viaje. Así como en otro tiempo, cuando quería ir a Balbec, lo que me impulsaba al viaje era el deseo de una iglesia persa, de una tempestad al amanecer, lo que ahora me destrozaba el corazón al pensar que Albertina iría quizá a Trieste era que iba a pasar allí la noche de Navidad con la amiga de mademoiselle Vinteuil: pues la imaginación, cuando cambia de naturaleza y se transforma en sensibilidad, no por eso dispone de mayor número de imágenes simultáneas. Si me dijeran que no estaba en aquel momento en Cherburgo o en Trieste, que no podría ver a Albertina, ¡cómo lloraría de alivio y de alegría! ¡Cómo cambiarían mi vida y su porvenir! Y sin embargo yo sabía muy bien que esta localización de mis celos era arbitraria, que si Albertina tenía esas aficiones podía satisfacerlas con otras mujeres. Acaso si aquellas mismas muchachas pudieran verla en otro sitio no torturaran tanto mi corazón. Era de Trieste, de aquel mundo desconocido donde yo sentía que gozaba Albertina, donde estaban sus recuerdos, sus amores de infancia, de donde emanaba aquella atmósfera hostil, inexplicable, como la que subía en otro tiempo hasta mi cuarto de Combray desde el comedor donde oía hablar y reír con los extranjeros, entre el ruido de los tenedores, a mamá, que no subiría a darme las buenas noches; como la que llenaba para Swann las casas donde Odette iba a buscar por la noche inconcebibles goces. Ahora ya no pensaba en Trieste como en un país delicioso donde la raza es pensativa, dorados los atardeceres, tristes los carillones, sino como en una ciudad maldita que hubiera querido incendiar y suprimir del mundo real. Aquella ciudad me atravesaba el corazón como una espina fija. Dejar a Albertina marcharse a Cherburgo y a Trieste me horrorizaba; y hasta que se quedara en Balbec. Pues ahora que estaba casi seguro de la intimidad de mi amiga con mademoiselle Vinteuil, me parecía que, en todos los momentos en que Albertina no estaba conmigo (y había días enteros en los que, por causa de su tía, no podía verla), estaba dedicada a las primas de Bloch, quizá a otras. La idea de que aquella misma noche podía ver a las primas de Bloch me volvía loco. Así que cuando me dijo que durante algunos días no se

separaría de mí, le contesté: «Es que yo quisiera irme a París. ¿No vendrías tú conmigo? ¿Y no podrías venir a vivir un poco con nosotros en París?» Había que impedir a todo trance que estuviera sola, al menos durante unos días, tenerla junto a mí para estar seguro de que no podía ver a la amiga de mademoiselle Vinteuil. En realidad, sería vivir sola conmigo, pues mi madre, aprovechando un viaje de inspección que iba a hacer mi padre, se había prescrito como un deber cumplir un deseo de mi abuela: ir a pasar unos días en Combray con una hermana de ésta. Mamá no quería a su tía porque no había sido para mi abuela, tan cariñosa como ella, la hermana que debiera ser. Los niños, al hacerse mayores, recuerdan con rencor a los que han sido malos para ellos. Pero la niña que fue mi abuela, al hacerse mi abuela, era incapaz de rencor; la vida de su madre era para ella como una pura e inocente infancia de la que sacaba sus recuerdos, unos recuerdos que, dulces o amargos, regulaban sus actos con unos y con otros. Mi tía hubiera podido dar a mi madre algunos detalles inestimables, pero ahora era difícil que se los diera, pues estaba muy enferma (decían que de cáncer), y mi madre, reprochándose no haber ido a verla antes por acompañar a mi padre, encontraba en esto una razón más para hacer lo que su madre hubiera hecho; y así como, en el aniversario del padre de mi abuela, que había sido tan mal padre, iba a llevar a su tumba unas flores como mi abuela acostumbraba a hacerlo, así quería llevar a la tumba que se iba a abrir los dulces recuerdos que mi tía no había ido a ofrecer a mi abuela. Mientras estuviera en Combray, mi madre se ocuparía de ciertos trabajos que mi abuela había deseado siempre, pero a condición de que se realizaran bajo la vigilancia de su hija. Por eso no se habían iniciado todavía, pues mamá, al salir de París antes que mi padre, no quería hacerle sentir demasiado el peso de un duelo en el que tomaba parte, pero que no podía afligirle tanto como a ella.

—En este momento no sería posible —me contestó Albertina—. Además, ¿por qué quieres volver tan pronto a París, si esa mujer se ha marchado?

—Porque en un lugar donde la conocí estaré más tranquilo que en Balbec, donde ella no estuvo nunca y al que yo he tomado horror.

¿Comprendería Albertina posteriormente que aquella otra mujer no existía y que si aquella noche quería de veras morir era porque ella, aturdidamente, me reveló sus relaciones con la amiga de mademoiselle Vinteuil? Es posible. Hay momentos en que me parece probable. En todo

caso, aquella mañana Albertina creyó en la existencia de la imaginaria mujer.

—Pero debías casarte con ella, pequeño mío —me dijo—, serías feliz, y seguramente lo sería ella también.

Le contesté que la idea de que podría hacer feliz a aquella mujer había estado, en efecto, a punto de decidirme; últimamente, cuando recibí una importante herencia que me permitiría ofrecer mucho lujo, muchos placeres a la mujer que se casara conmigo, me faltó poco para aceptar el sacrificio de la que amaba. Exaltado por la gratitud que me inspiraba la bondad de Albertina, tan inmediata al atroz sufrimiento que antes me había causado, de la misma manera que prometeríamos una fortuna al camarero que nos sirve una sexta copa de aguardiente, le dije que mi mujer tendría un auto, un yate; que, como a ella le gustaban tanto el auto y el yate, era una lástima que no fuese ella a quien amaba; que yo hubiera sido para ella el marido perfecto, pero que, quién sabe, quizá pudiéramos vernos agradablemente. Mas, a pesar de todo, así como el borracho mismo se contiene de interpelar a los transeúntes por miedo a los golpes, yo no cometí la imprudencia (si imprudencia era) que hubiera cometido en los tiempos de Gilberta: decirle que a quien yo amaba era a ella, a Albertina.

—Pues sí, he estado a punto de casarme con ella, pero no me he atrevido a hacerlo, no quería hacer vivir a una mujer joven al lado de un hombre tan delicado y tan fastidioso.

—Pero estás loco, todo el mundo quisiera vivir contigo, ya ves cómo te buscan todos. En casa de madame Verdurin no se habla más que de ti, y lo mismo en la alta sociedad, me lo han dicho. ¿Es que esa mujer no ha sido buena contigo, para darte esa impresión de duda sobre ti mismo? Ya veo lo que es, una mala persona, la odio, ¡ah, si yo hubiera estado en su lugar!...

—No, no, es muy buena, muy buena. En cuanto a los Verdurin y a los demás, me importan un pito. Aparte la mujer que amo y a la que, por lo demás, he renunciado, no me importa nadie más que mi Albertinita, sólo ella podrá consolarme un poco estando mucho conmigo, al menos los primeros días —añadí para no asustarla y poder pedir mucho aquellos primeros días.

Sólo vagamente aludí a una posibilidad de matrimonio, y eso diciendo que era irrealizable, porque nuestros caracteres no concordarían. A pesar mío, siempre avivados mis celos por el recuerdo de las relaciones



de Saint-Loup con Raquel y de Swann con Odette, tendía demasiado a creer que, desde el momento en que estaba enamorado, no podía ser amado y que sólo por el interés podía unirse a mí una mujer. Seguramente era una locura juzgar a Albertina por Odette y Raquel. Pero no era ella, era yo; era que los celos me hacían subestimar los sentimientos que yo podía inspirar. Y de este juicio, quizá erróneo, nacieron sin duda muchos males que iban a caer sobre nosotros.

—Entonces, ¿rechazas mi invitación para París?

—Mi tía no me dejaría marcharme en este momento. Además, aunque más adelante pueda, ¿no parecería raro que fuera a vivir a tu casa? En París se sabrá muy bien que no soy tu prima.

—Bueno, pues diremos que somos un poco novios. Qué más da, puesto que sabes que no es cierto.

El cuello de Albertina, que emergía por entero de su camisa, era fuerte, dorado, acentuado el relieve de la piel. La besé como hubiera besado a mi madre para calmar una pena de niño que, así lo creía entonces, no podría arrancar jamás de mi corazón. Albertina me dejó para ir a vestirse. De todos modos su abnegación amainaba ya; un momento antes me había dicho que no me dejaría ni un segundo. (Y me daba perfecta cuenta de que su resolución no iba a persistir, temía que si nos quedábamos en Balbec aquella misma noche vería sin mí a las primas de Bloch.) Y ahora acababa de decirme que quería ir a Maineville y que volvería a verme después de comer. No había vuelto a casa la noche antes, y podía haber cartas para ella; además su tía estaría preocupada. Le contesté:

—Si no es más que por eso, podemos mandar al botones a decirle a tu tía que estás aquí y a buscar tus cartas.

Deseosa de complacerme, pero contrariada de aquella esclavitud, frunció la frente y luego, muy amable, me dijo:

—Muy bien.

Y mandó al botones. Al cabo de un momento de dejarme Albertina, el botones llamó suavemente a la puerta. Yo no esperaba que, mientras yo estaba hablando con Albertina, el botones hubiera tenido tiempo de ir a Maineville y de volver. Venía a decirme que Albertina había escrito unas letras a su tía y que, si yo quería, podía ir conmigo a París inmediatamente. Hizo mal en darle el recado de palabra, pues, a pesar de la hora tan temprana, se enteró el director y vino muy apurado a

preguntarme si estaba descontento de algo, si era verdad que me marchaba, si no podría esperar siquiera unos días, porque el viento era hoy demasiado temeroso (de temer). Yo no quería explicarle mi empeño en que Albertina no estuviera ya en Balbec a la hora en que las primas de Bloch salían de paseo, sobre todo no estando allí Andrea, la única que podía protegerla, y que Balbec era como esos lugares donde un enfermo que ya no respira en ellos está decidido a no pasar la noche siguiente, aunque hubiera de morir en el camino. Además iba a tener que luchar con análogos ruegos, primero en el hotel, donde María Gineste y Celeste Albaret estaban con los ojos enrojecidos. (María sollozaba con la fuerza de un torrente; Celeste, más suave, le recomendaba que se calmase; pero María musitó los únicos versos que conocía —*Ici-bas tous les lilas meurent*—, y Celeste no pudo contenerse y sobre su cara color de lilas se extendió una capa de lágrimas; pero me figuro que me olvidaron aquella misma noche.) Más tarde, en el trenecito de interés local, a pesar de todas mis precauciones para que no me vieran, me encontré con monsieur de Cambremer, el cual, al ver mis maletas, se quedó lívido, pues contaba conmigo para dos días después; me exasperó con su empeño en convencerme de que mis accesos de asma se debían al cambio de tiempo y que octubre sería excelente para ellos; y me preguntó si no podría por lo menos «aplazar mi partida una semana», me lo dijo en unos términos tan estúpidos que, si no me enfurecieron, fue quizá porque lo que me proponía me hacía daño. Y mientras él me hablaba en el tren yo temía en cada estación ver aparecer, más terrible que Herimbaldo o que Guiscard, a monsieur de Crécy suplicándome que le invitara, o, más temible aún, a madame Verdurin empeñada en invitarme. Pero esto no iba a ocurrir hasta pasadas unas horas. No había llegado a ello. Sólo tenía que hacer frente a las desesperadas quejas del director. Le hice salir, pues tenía miedo de que, aun hablando muy bajito, acabara por despertar a mamá. Me quedé solo en la habitación, aquella misma habitación demasiado alta de techo en la que tan desgraciado había sido la primera vez que llegué, cuando pensaba con tanto amor en mademoiselle Stermaria y acechaba el paso de Albertina y de sus amigas como si fueran pájaros migratorios posados en la playa, donde con tanta indiferencia la poseí cuando la mandé a buscar por el botones, donde conocí la bondad de mi abuela, donde supe después que había muerto; aquellos postigos al pie de los cuales caía la luz de la madrugada los abrí yo la primera vez para contemplar los primeros

contrafuertes del mar (aquellos postigos que Albertina me hacía cerrar para que no nos vieran besarnos). Tomaba conciencia de mis propias transformaciones confrontándolas con la realidad de las cosas. Nos habituamos a ellas como a las personas, y cuando, de pronto, recordamos el significado diferente que tienen, y, después, cuando han perdido todo significado, los acontecimientos de que fueron escenario, muy diferentes de los de hoy, la diversidad de los actos realizados bajo el mismo techo, entre las mismas librerías de cristales, el cambio que esta diversidad implica en el corazón y en la vida parece más acentuado aún por la inmutable permanencia de la decoración, reforzada por la unidad del lugar.

Durante un momento tuve la idea de que el mundo donde estaban aquella habitación y aquellas librerías, y en el que Albertina significaba tan poca cosa, era quizá un mundo intelectual, que era la única realidad, y mi pena algo así como la que produce la lectura de una novela, una pena que sólo un loco podría prolongar en un dolor duradero y permanente de su vida; que acaso bastaría un pequeño impulso de mi voluntad para llegar a ese mundo real y para entrar en él atravesando mi dolor como quien rompe un cerco de papel, sin preocuparme ya de lo que había hecho Albertina más de los que nos preocupan los hechos de la heroína imaginaria en una novela después de acabar la lectura. El caso es que las mujeres a las que más he amado no han coincidido nunca con mi amor por ellas. Este amor era cierto, puesto que yo lo subordinaba todo a verlas, a tenerlas para mí solo, y lloraba si, una noche, las había esperado en vano. Pero aquellas mujeres, más que ser la imagen de mi amor, tenían más bien la propiedad de despertar este amor, de llevarlo al paroxismo. Cuando las veía, cuando las oía, no encontraba en ellas nada que se pareciera a mi amor y pudiera explicarlo. Sin embargo mi única alegría era verlas, mi única ansiedad esperarlas. Dijérase que la naturaleza les había agregado accesoriamente una virtud que no tenía ninguna relación con ellas, y que esta virtud, este poder simieléctrico ejercía sobre mí el efecto de excitar mi amor, es decir, de dirigir todos mis actos y de causar todos mis sufrimientos. Pero la belleza, o la inteligencia, o la bondad de aquellas mujeres eran cosas completamente distintas de esto. Yo he sido sacudido por mis amores como por una corriente eléctrica que nos mueve, los he vivido, los he sentido: jamás pude llegar a verlos o a pensarlos. Hasta me inclino a creer que en estos amores (dejo aparte el placer físico, que por lo demás los acompaña generalmente, pero no basta para constituirlos), bajo la

aparición de la mujer, es a esas fuerzas invisibles que accesoriamente la acompañan a las que nos dirigimos como a oscuras divinidades. Necesitamos la bondad de esas fuerzas, buscamos su contacto sin encontrar en él un placer positivo. Con esas diosas nos pone la mujer en relación, durante la cita, y apenas hace otra cosa. Como quien hace ofrendas, hemos prometido alhajas, viajes, pronunciando fórmulas que significan que adoramos, y fórmulas opuestas que significan nuestra indiferencia. Hemos empleado todo nuestro poder para lograr una nueva cita, pero que sea concedida sin contrariedad. Ahora bien, ¿nos tomaríamos tanto trabajo por la mujer misma si no la completaran esas fuerzas ocultas, pues, cuando se ha marchado, no sabríamos decir cómo iba vestida y nos damos cuenta de que ni siquiera la hemos mirado?

¡Qué sentido tan engañoso es el de la vista! Un cuerpo humano, aunque sea un cuerpo amado, como era el de Albertina, a unos metros de distancia, a unos centímetros, nos parece estar lejos de nosotros. Y lo mismo el alma que hay en él. Pero si algo cambia violentamente el lugar de esa alma con relación a nosotros, si nos indica que ama a otros seres y no a nosotros, entonces, por los latidos de nuestro corazón dislocado, sentimos que está, no a unos pasos de nosotros, sino en nosotros, que era la criatura querida. En nosotros, en unas regiones más o menos superficiales. Pero las palabras: «Esa amiga es mademoiselle Vinteuil» fueron el Sésamo, que yo hubiera sido incapaz de encontrar por mí mismo, que hizo entrar a Albertina en la profundidad de mi corazón desgarrado. Y la puerta que se cerró tras ella yo hubiera podido buscar durante cien años sin saber cómo podría volver a abrirla.

Mientras, hacía un momento, Albertina estaba conmigo, dejé de oír estas palabras por un instante. Y besándola como besaba en Combray a mi madre, para calmar mi angustia, casi creía en la inocencia de Albertina, o al menos no pensaba con continuidad en el descubrimiento que había hecho de su vicio. Pero ahora que estaba solo las palabras resonaban de nuevo, como esos ruidos interiores del oído que percibimos cuando alguien deja de hablarnos. Ahora su vicio no ofrecía duda para mí. La luz del sol que iba a nacer, al modificar las cosas en torno mío, como trasladándome un instante con relación a ella, me hizo tomar de nuevo conciencia aún más amarga de mis sufrimientos. Nunca había visto nacer una mañana tan bella ni tan dolorosa. Pensando en todos los paisajes indiferentes que iban a iluminarse y que, todavía la víspera, sólo el deseo

de visitarlos me habían infundido, no pude contener un sollozo cuando, en un gesto de ofertorio mecánicamente cumplido y que me pareció simbolizar el cruento sacrificio que yo iba a tener que hacer de todo goce, cada mañana, hasta el fin de mi vida, renovación solemne celebrada en cada aurora de mi dolor cotidiano y de la sangre de mi herida, el huevo de oro del sol, como propulsado por la ruptura de equilibrio que en el momento de la coagulación determinaría un cambio de densidad, erizado de llamas como en los cuadros, rompió de un golpe la cortina tras la que, desde hacía un momento, se le sentía trémulo y pronto a irrumpir en escena y a lanzarse, borrando bajo torrentes de luz su púrpura misteriosa e inmóvil. Me oía a mí mismo llorar. Pero en este momento, inesperadamente, se abrió la puerta y, galopante el corazón, me pareció ver a mi abuela ante mí, como en una de aquellas apariciones que ya había tenido, pero sólo en sueños. ¿Sería sólo un sueño todo aquello? Desgraciadamente estaba bien despierto.

—Me encuentras parecida a tu pobre abuela —me dijo mamá, pues era ella, dulcemente, como para calmar mi susto, confesando por lo demás aquel parecido, con una bella sonrisa de orgullo modesto que jamás había conocido la coquetería. Su cabello en desorden, cuyos mechones grises no se ocultaban, serpenteando alrededor de sus ojos inquietos, de sus mejillas envejecidas, hasta la bata de mi abuela que llevaba, todo me impidió, por un momento, reconocerla y me hizo dudar si yo estaba dormido o si mi abuela había resucitado. Hacía ya mucho tiempo que mi madre se parecía a mi abuela mucho más que a la joven y alegre mamá que mi infancia conoció. Pero yo no había pensado en ello. Es como cuando estamos mucho tiempo leyendo distraídos, sin darnos cuenta de que pasa la hora, y de pronto vemos en torno nuestro el sol, el sol que había la víspera a la misma hora y que despierta en torno suyo las mismas armonías, las mismas equivalencias que preparan el poniente. Mi madre me señaló sonriendo mi error, pues le era dulce tener tal semejanza con su madre.

—He venido —me dijo— porque, durmiendo, me parecía oír a alguien que lloraba. Me desperté. Pero ¿cómo no te has acostado? Y tienes los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué te pasa?

Le cogí la cabeza entre mis brazos.

—Mamá, tengo miedo de que me creas muy voluble. Pero, en primer lugar, ayer no te hablé bien de Albertina; lo que te dije era injusto.

—Pero ¿qué importa eso? —me contestó mi madre, y, mirando al sol naciente, sonrió con tristeza pensando en su madre, y para que no me perdiese el fruto de un espectáculo que mi abuela lamentaba que yo no viese nunca, me señaló la ventana. Pero yo, detrás de la playa de Balbec, del mar, del sol naciente, que mamá me indicaba, veía, con accesos de desesperación que no le pasaban inadvertidos, la habitación de Montjouvain, donde Albertina, toda color de rosa, apelonada como una gran gata, la nariz insolente, había cogido el sitio de mademoiselle Vinteuil y decía con arranques de su risa voluptuosa: «¡Bueno, pues si nos ven, mejor! ¿No voy a atreverme yo a escupir a ese mono viejo?» Y ésta era la escena que yo veía detrás de la que se extendía en la ventana y era, sobre la otra, sólo un oscuro velo, superpuesto como un reflejo. Parecía, en efecto, casi irreal, como un paisaje pintado; frente a nosotros, en el resalte del acantilado de Parville, el bosquecillo donde habíamos jugado a las prendas inclinaba en pendiente hasta el mar, bajo el barniz del agua, todo dorado aún, el cuadro de su follaje, como a la hora en que, cuando yo iba a echar una siesta con Albertina, nos levantábamos, al final del día, al ver ponerse el sol. En el desorden de las nieblas de la noche que arrastraban aún sus jirones rosados y azules sobre las aguas sembradas de los restos de nácar de la aurora, pasaban unos barcos sonriendo a la luz oblicua que teñía de amarillo sus velas y la punta del bauprés como cuando vienen de arribada al anochecer: escena imaginaria, entelerida y desierta, pura evocación del poniente, pero sin apoyarse, como el atardecer, en la sucesión de las horas del día que yo tenía costumbre de verle preceder, escena tenue, interpolada, más inconsistente todavía que la horrible imagen de Montjouvain que no lograba anular, cubrir, esconder —poética y vana imagen del recuerdo y del sueño.

—Pero no me has dicho nada malo de ella —me dijo mi madre—, sólo que te aburría un poco, que estabas contento de haber renunciado a la idea de casarte con ella. No es una razón para llorar así. Piensa que tu mamá se marcha hoy y va a estar muy triste dejando a su gran lobo en este estado.

Y sobre todo, pobrecito mío, que casi no tengo tiempo de consolarte. Pues aunque lo he preparado todo, siempre falta tiempo en un día de viaje.

—No es eso.

Y, calculando el futuro, pesando bien mi voluntad, comprendiendo que aquel cariño de Albertina a la amiga de mademoiselle Vinteuil, y

durante tanto tiempo, no podía ser inocente, que Albertina había sido iniciada y además, por lo que sus gestos indicaban, había nacido con la predisposición al vicio tantas veces presentido por mis inquietudes y al que probablemente no había dejado nunca de entregarse (al que quizá se entregaba en aquel mismo momento, aprovechando que yo no estaba allí), sabiendo la pena que le causaba, pena que ella no dejó ver y que sólo se traslució en aquel gesto de seria preocupación que tenía cuando comparaba la gravedad de producirme pena o de hacerme daño, aquel gesto que tuvo en Combray la primera vez cuando se resignó a pasar la noche conmigo, aquel gesto que en aquel momento se parecía extraordinariamente al de mi abuela cuando me permitía beber coñac, le dije a mi madre:

—Sé la pena que te voy a causar. Por lo pronto, en lugar de quedarme aquí como tú querías, me voy a marchar al mismo tiempo que tú. Pero esto no es nada. Aquí me encuentro mal, prefiero volver. Pero escucha, no te disgustes demasiado. Verás, me engañé, y ayer te engañé a ti de buena fe, he reflexionado toda la noche. Es absolutamente necesario, y vamos a decidirlo ahora mismo, porque ahora me doy bien cuenta, porque ya no cambiaré, y no podré vivir si no es así; es absolutamente necesario que me case con Albertina.